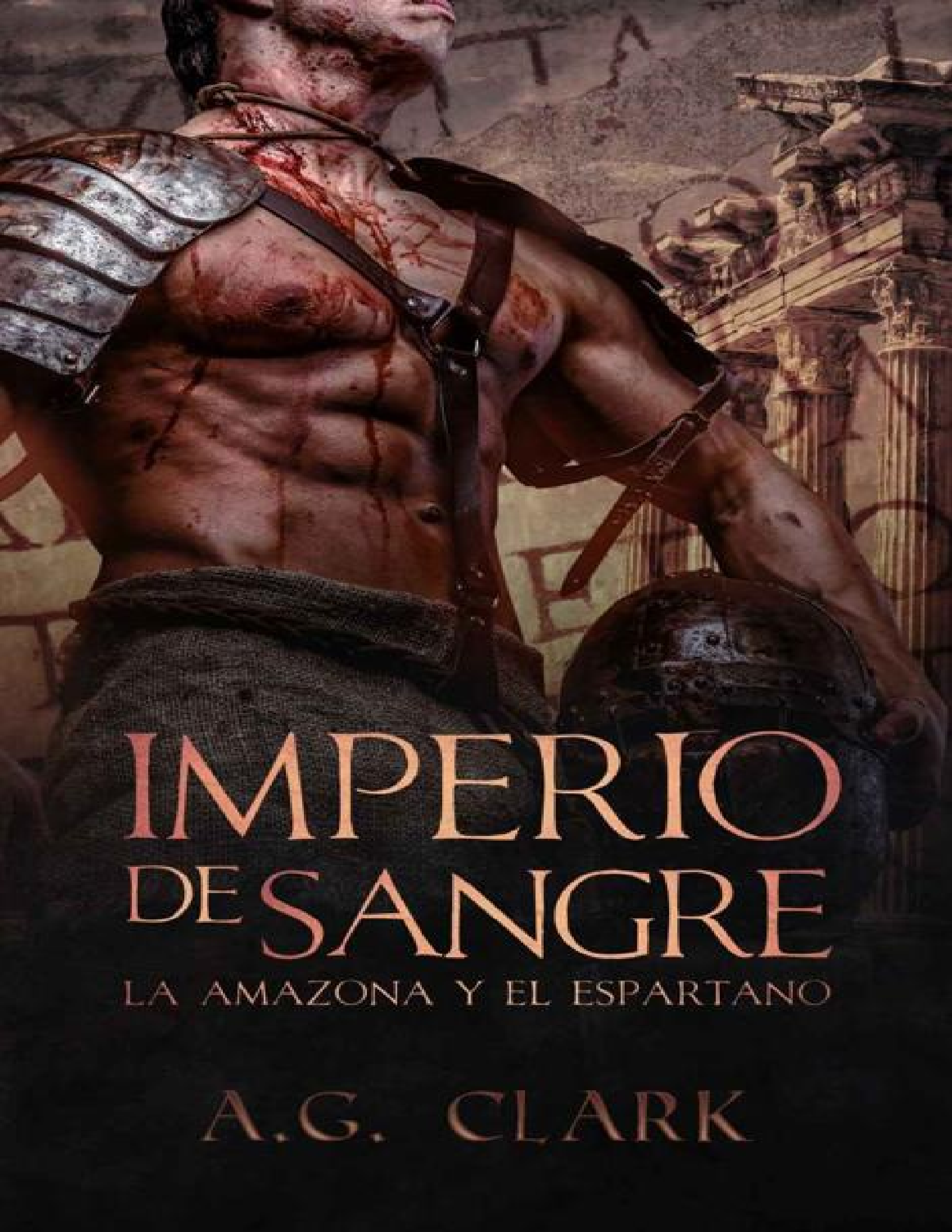


IMPERIO DE SANGRE

LA AMAZONA Y EL ESPARTANO

A.G. CLARK

IMPERIO DE SANGRE

El Espartano y la Amazona

A. G. CLARK

independiente



Derechos de autor © 2024 A. G. CLARK

Todos los derechos reservados

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor, excepto los hechos notoriamente históricos. Cualquier semejanza con nombres, fechas y sucesos reales es mera coincidencia.
Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida por cualquier medio o forma sin la previa autorización del autor.
La violación de los derechos de autor es un delito establecido en la Ley nº 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal brasileño y demás leyes donde sea publicada.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Ester Costa
Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309
Impreso en los Estados Unidos de América

“Pero todo es favorable a los jóvenes, mientras poseen la radiante flor de la encantadora juventud; es digno de ser admirado por los hombres y amado por las mujeres mientras viven; y es hermoso caer entre los combatientes de las primeras filas”.

“Incluso al morir, lanzad la lanza. También en la muerte se alcanza la gloria”.

Tirteo, poeta espartano, siglo VII a.C.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Epígrafe
Introducción
MAPAS
CONTEXTO HISTÓRICO
CAPITULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
EPÍLOGO
Hable con el autor
Acerca del autor
Libros de este autor

Introducción

Este libro está inspirado en la obra del general y escritor griego Jenofonte, quien narra en su obra Anábasis la participación de un ejército mercenario griego en la guerra civil por el trono del Imperio persa en el año 401 a.C. He mantenido, en la medida de lo posible, los sucesos narrados, las batallas, los discursos de los generales y los hechos más importantes, mezclándolos con los personajes ficticios. De igual manera, el libro Imperio de Sangre, La Última Batalla se inspiró en el libro Helénicas, también escrito por Jenofonte.

Espero que disfruten del viaje en el tiempo que solo un libro puede ofrecer y pido disculpas de antemano por posibles errores gramaticales, ya que, a pesar de ser descendiente de españoles, el español no es un idioma que domine perfectamente.

Estoy abierto a críticas constructivas, y espero que quienes lo disfruten lo recomienden a amigos y círculos literarios, ya que la mejor publicidad es el boca a boca.

A. G. CLARK

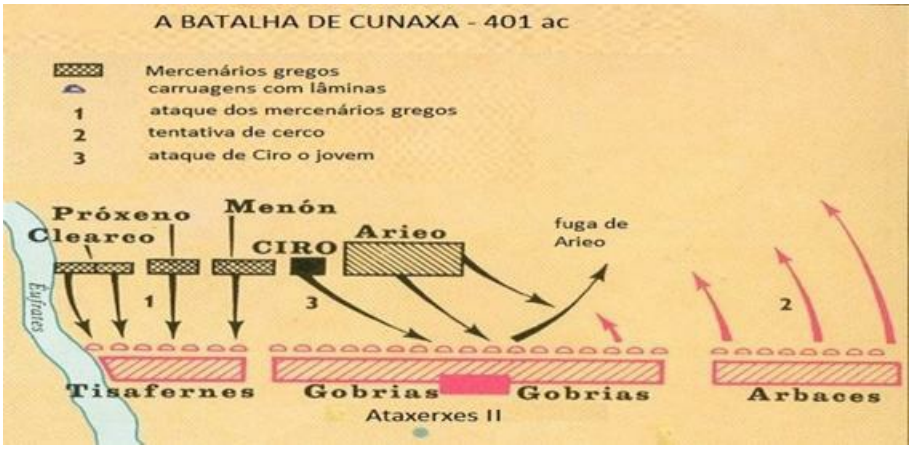
MAPAS


PROPÓNTIDE
BITINIA
Maronea
Dorisco
Eno
Cícico
Samotracia
Sestos
Lámpsaco
MISIA
Imperio
Persa
Abido
Imbros
Ilio
Lemnos
Antandro
Asso
Adramitio
LIDIA
Lesbos
Pérgamo
Mitilene
Pitane
MAR EGEO
Focea
Esmirna
Sardes
Clazomene
JONIA
Esciros
Colofón
Éfeso
Quíos
Samos
Mileto
CARIA
Andros
Icaria
Tinos
Ceos
Miconos
Fisco
Halicarnaso
Siro
Delos
Naxos
Paros
Cos
Cnido
Serifos
Amorgos
DODECANESO
Sifnos
CÍCLADAS
Astipalea
Lindo
Ios
Rodas
Milos
Anafe
Tera
Carpatos
Ciudades Antiguas
del Asia Menor
(s. VI y V a. C.)
0
50
100 km





El avance y la retirada del ejército griego narrados en el libro Anábasis.



CONTEXTO HISTÓRICO

En 401 a.C., diez mil mercenarios griegos, bajo el mando de diversos generales, fueron contratados por Ciro el Joven con el objetivo de arrebatar el trono a su hermano Artajerjes, rey de Persia.

Ciro el Joven nació tras la ascensión de su padre al trono en 424 a.C. En 408 a.C., después de las victorias del general ateniense Alcibíades, Darío II decidió continuar la guerra contra Atenas y apoyar firmemente a los espartanos, entonces en conflicto con los atenienses (Guerra del Peloponeso). Envió a su hijo Ciro el Joven a Asia Menor como sátrapa de Lidia, Frigia y Capadocia, además de comandante de las tropas persas y del distrito militar de Asia Menor.

En el general espartano Lisandro, Ciro encontró a un hombre dispuesto a ayudarlo, ya que Lisandro aspiraba a convertirse en gobernante absoluto de Grecia con el apoyo del príncipe persa. Ciro puso entonces todos sus recursos a disposición de Lisandro en la guerra del Peloponeso, pero se los negó a su sucesor Calicrátidas.

Por esa época, Darío cayó enfermo y llamó a sus hijos a su lecho de muerte. Ciro entregó todos sus tesoros a Lisandro y partió hacia Susa, la capital del Imperio Persa. Tras su fallecimiento, en 404 a.C., subió al trono Artajerjes II, hermano de Ciro. Tisafernes, sátrapa de Caria, denunció a Ciro ante su hermano, alegando que deseaba usurpar el trono. Sin embargo, gracias a la intercesión de Parisátide, madre de ambos, fue perdonado y enviado de regreso a su satrapía.

Mientras tanto, Lisandro ganó la batalla de Egospótamos y Esparta se convirtió en la ciudad más influyente del mundo griego, poniendo fin a la guerra del Peloponeso.

Durante ese tiempo, Ciro consiguió reunir un gran ejército al iniciar una disputa con Tisafernes por el dominio de las ciudades jónicas. Además, tenía la intención de preparar una expedición contra los pisidios, una tribu de los Montes Tauro que nunca se había sometido al imperio.

En la primavera de 401 a.C., Ciro reunió todas sus fuerzas, incluidos unos diez mil mercenarios griegos, y avanzó desde Sardes sin revelar el propósito de su expedición. Mediante una hábil gestión y grandes promesas, superó los recelos de las tropas griegas respecto a la duración y los peligros de la guerra.

El rey Artajerjes fue alertado por Tisafernes solo en el último momento y reunió apresuradamente un ejército. Ciro avanzó hacia Babilonia antes de encontrar al ejército de su hermano. En octubre de 401 a.C., tuvo lugar la batalla cerca de la ciudad de Cunaxa. Ciro contaba con diez mil cuatrocientos hoplitas griegos y dos mil quinientos peltastas, además de un ejército asiático de aproximadamente cien mil hombres bajo el mando de Arieo, mientras que su hermano disponía de un ejército de alrededor de quinientos mil hombres.

La expedición de los mercenarios griegos fue narrada por el general ateniense Jenofonte, quien participó en esta aventura y relató los hechos en su obra Anábasis, que ha perdurado a lo largo de los milenios y de la cual se toman muchos de los acontecimientos históricos usados en este libro.

Soldados comunes de varias ciudades-estado griegas participaron en esta expedición, impulsados por sueños de riqueza, gloria o por el simple gusto de la aventura. Es su historia, y no la de generales y reyes, la que se retrata aquí.

En medio de sangrientas batallas, surge una historia de amor entre un joven espartano y una joven nacida en Halicarnaso.

Halicarnaso estaba situada en el suroeste de Caria, una antigua colonia griega fundada por Argos, una ciudad-estado griega. A principios del siglo V a.C., la gobernaba Artemisia I, quien se hizo famosa en la batalla de Salamina[1] al comandar la flota persa durante la invasión de Grecia por el rey persa Jerjes, aunque fue derrotada por Temístocles, comandante ateniense, en 480 a.C.

La ciudad, a pesar de estar bajo la influencia y dominio del Imperio Persa, mantenía su cultura helénica: hablaban griego, tenían un teatro de estilo griego y un templo dedicado a Ares, el dios griego de la guerra.

Tras la derrota de los persas en 479 a.C. en las batallas de Platea[2] y Mícala[3], la ciudad de Halicarnaso cayó bajo la influencia griega, pagando tributo a Atenas.

Entre 431 y 404 a.C., Halicarnaso formó parte de la liga ateniense en la guerra del Peloponeso, en la cual Atenas y Esparta se enfrentaron por la hegemonía de Grecia, siendo entonces atacada por la liga del Peloponeso, formada por Esparta y sus aliados.

En uno de los muchos ataques que sufrió Halicarnaso, una granja fue incendiada y sus habitantes asesinados; una niña sobrevivió, aunque fue brutalmente ultrajada.

Imperio de Sangre retrata las aventuras de un soldado común en su búsqueda de la afirmación de valentía, exigida de todos los espartanos, y de una joven en busca de venganza y redención.

CAPITULO 1

El parto fue rápido y silencioso, como era característico de las espartanas, y culminó con la entrega de un niño en brazos de su padre por parte de la partera, quien lo cedió a los ancianos de la *gerusia*[4] que esperaban en una habitación contigua, antes incluso de que la madre pudiera recibirlo en su pecho.

—He aquí a mi hijo; es un varón —dijo Xeron, un sargento de infantería pesada[5], conocido en el ejército espartano como hoplita, mientras entregaba al bebé, aún desnudo y llorando, al mayor de los hombres presentes.

Los dioses habían sido benevolentes, pensó. Aquel era su segundo hijo varón; el primero, Epidamas, ya contaba con diecisiete primaveras, y al año siguiente se incorporaría al ejército. Siempre había impresionado a los instructores de la agogé[6], destacándose en las artes de la guerra. Era el orgullo de sus padres y de sus maestros.

Sin embargo, el bebé en sus brazos no se parecía en nada a su primogénito. Si Xeron no hubiera sido espartano, la preocupación se habría notado en su rostro, pero él había sido entrenado desde la más temprana edad para no mostrar emociones.

Nikolas, el líder de los tres ancianos presentes, un hombre cercano a los setenta años, con cabellos ralos y blancos hasta los hombros, tomó al bebé en sus brazos y lo examinó atentamente.

Estaba acostumbrado a esa tradición: todos los niños espartanos eran examinados al nacer. Si se les consideraba débiles o con alguna discapacidad física, eran abandonados inmediatamente en un barranco conocido como *apothetae*, ubicado en el monte Taigeto[7], donde morirían si no superaban la prueba.

Aquel bebé, aunque no mostraba ninguna discapacidad física, parecía frágil, por debajo del peso normal. Su llanto no era vigoroso, sino casi como un débil maullido, y su piel no estaba enrojecida por el esfuerzo de nacer, sino de un pálido enfermizo.

Los otros dos ancianos se acercaron y observaron al bebé; entonces intercambiaron miradas con Nikolas. Para ambos, el destino del bebé debía ser la muerte.

No obstante, Xeron era un valioso soldado espartano, un líder nato, un héroe a los ojos del pueblo. En varias ocasiones le habían ofrecido ascensos, pero siempre se negaba, afirmando en tono jocoso que lo máximo que podía comandar era un pelotón. Sin embargo, todos sabían que la verdad era que le gustaba el contacto directo con los hombres a los que lideraba, prefiriendo estar en la primera línea con ellos.

Además, Xeron era amigo personal de Nikolas y había salvado la vida de su hijo mayor cuando sirvieron juntos.

—Es apto —decidió Nikolas.

—No ha sido sometido a la prueba de la tina —señaló Xeron con una expresión indescifrable.

Ambos se miraron fijamente.

El anciano había intentado salvar al bebé, pero el padre no deseaba aquella gracia. ¿Qué más podía hacer?

Con un suspiro, Nikolas hizo un gesto, y uno de los hombres que lo acompañaba presentó una tina que el otro anciano llenó con vino y colocó en el suelo.

Arrodillándose, el anciano sumergió al bebé en la tina; esta era una prueba destinada a

determinar si el recién nacido era apto o no, pues solo aquellos con excelente salud resistirían sin desmayar.

El bebé se agitó débilmente, y cuando estaba a punto de desmayarse, antes de que terminara el tiempo de la prueba, Nikolas lo sacó.

—Como dije, es apto —afirmó, entregando al bebé al padre, esperando que eso salvase las apariencias y la dignidad del padre.

—¿Cómo se llamará? —preguntó el anciano que había traído la tina.

—Perseo —respondió Xeron.

—Un buen nombre —concordó Nikolas. Perseo era el héroe mitológico conocido por ser el fundador de la ciudad-estado de Micenas, medio hermano de Heracles[8] y patrón tanto de la casa real de Perseo como de la dinastía persa, famoso por haber decapitado a la gorgona Medusa, un monstruo que convertía en piedra a cualquiera que la mirara a los ojos.

—Ahora voy a llevarlo para que su madre lo conozca —anunció Xeron, y con una ligera reverencia a los ancianos, entró en la habitación.

***

Clemena tenía el corazón oprimido en el pecho; ni ella ni su esposo tenían ya esperanzas de tener otro hijo, pues habían pasado diecisiete años desde el nacimiento del primogénito.

El segundo hijo fue concebido en uno de los raros permisos de Xeron, y ahora, nueve meses después, en uno de los inviernos más rigurosos que ella recordaba, había nacido un bebé pequeño. Por lo poco que había logrado ver antes de que se lo llevaran los ancianos, se dio cuenta de que, a diferencia de su hermano, que había nacido grande y fuerte, su segundo hijo había venido al mundo con un peso inferior al normal.

¿Superaría él la prueba de los ancianos? ¿Sería posible que su amado hijo fuera llevado antes de que pudiera amamantarlo y dejado en el monte Taigeto para morir?

¡Qué triste destino el de las espartanas!

Si su hijo era considerado inepto, lo abandonarían para que muriera; en caso contrario, su destino ya estaba trazado: sería un guerrero espartano.

Esa era una de las numerosas leyes a las que estaban sometidas. Aunque las mujeres espartanas tenían una situación mucho mejor que las de otras ciudades-estado, también debían obedecer la ley.

Como cualquier mujer espartana, ella era quien administraba la granja en la que vivían: un pequeño terreno donde los siervos cultivaban trigo y olivos, y criaban algunas cabezas de ganado, además de las pocas posesiones de su esposo.

En Esparta, a diferencia de otras ciudades de Grecia, la mujer no estaba sometida a los hombres. Mientras que en las demás, las jóvenes debían sentarse en silencio y trabajar la lana, en Esparta el trabajo con tejidos se dejaba para las esclavas y las siervas ilotas. Licurgo[9], el mítico legislador, afirmaba que la función más elevada de una mujer libre era la crianza de los hijos; por ello, las jóvenes espartanas entrenaban su cuerpo al igual que los chicos y competían en carreras y pruebas de fuerza. Se creía que, cuando ambos padres eran fuertes, su descendencia sería más vigorosa.

De repente, la puerta de la habitación se abrió y su esposo entró, lo que la hizo, aun sintiendo dolor, incorporarse y apoyar la espalda contra la pared fría.

Xeron se acercó y le entregó al bebé, que lloraba suavemente y estaba amoratado por el frío.

—Es apto —dijo su esposo lacónicamente.

Lágrimas de alivio asomaron en los ojos de Clemena, quien acunó al hijo en sus brazos y

le ofreció su pecho, que él abarcó y comenzó a succionar con voracidad.

—Se llamará Perseo —anunció Xeron, y ella asintió con la cabeza; ya habían discutido el nombre y lo habían decidido de mutuo acuerdo.

Clemena sonrió a su esposo. Se consideraba afortunada, pues, aunque no estaba obligada a aceptar la elección de su padre, accedió al matrimonio, y el amor entre ambos surgió con el tiempo.

Xeron era un hombre honorable, valiente, un guerrero feroz, pero amable con ella y con los siervos de la granja.

Juntos habían criado a Epidamas, que se había convertido en un joven de gran valía y que al año siguiente se uniría a su padre en el ejército.

Eso la inquietaba. Esparta[10] y Atenas, las dos ciudades-estado más importantes, llevaban doce años en guerra por la supremacía en Grecia[11].

Todo ciudadano espartano era también un soldado.

No había muros rodeando la Acrópolis[12], la ciudad ni las aldeas. La mayor protección de Esparta era la punta de las lanzas de nuestros soldados, según se enseñaba a todos desde temprana edad.

Ese era el destino de su esposo, de su primogénito y, en el futuro, del bebé que sostenía en sus brazos.

—Nuestro pequeño Perseo —murmuró, acariciando los cabellos negros del bebé y cubriéndolo con una manta de piel de oveja.

—Mañana debo partir —anunció Xeron.

Clemena extendió la mano y estrechó la de su esposo, que descansaba a su lado.

¿Qué más podría decir o hacer?

Ese era el destino de los hombres espartanos: partir a la guerra para defender Esparta.

CAPÍTULO 2

Clemena amó a su bebé con toda la intensidad que una madre espartana sentía por sus hijos, sabiendo que él no era suyo, sino del Estado.

Hizo que su infancia fuera lo más feliz posible, pues a los siete años de edad le sería arrebatado. A esa edad, todos los niños espartanos eran enviados a la agogé, el riguroso régimen de educación y entrenamiento al que se sometía a todos los varones espartanos, un sistema que no tenía equivalente en toda Grecia.

En las demás ciudades-estado, tan pronto como los niños alcanzaban la edad para entender lo que se les decía, y la familia tenía recursos suficientes, eran puestos bajo la tutela de un *paidagogoi*[13] y enviados a la escuela de algún maestro para aprender gramática, música y oratoria.

El trato que se daba a los niños también era diferente; se les daban sandalias para usar, lo que hacía que sus pies se volvieran más sensibles, y se les permitía cambiar de ropa con frecuencia. En cuanto a la comida, el único límite era el apetito, o al menos eso era lo que nos enseñaban.

En Esparta era distinto. A los siete años, los niños eran enviados a la agogé, donde quedaban bajo la responsabilidad de un magistrado, llamado *paidonomos*[14] o, como se le conocía vulgarmente, el "pastor de niños", ya que los niños eran tratados como un rebaño. Estos magistrados y sus ayudantes, que ejercían como instructores, tenían autoridad total sobre ellos y podían castigarlos severamente en caso de mala conducta. En lugar de debilitar sus pies con sandalias, los niños estaban obligados a andar descalzos, para hacerse más resistentes.

Este hábito les permitía escalar alturas con mayor facilidad y descender precipicios con menos peligro. En palabras de los instructores, en vez de volverse afeminados con una variedad de ropas, se acostumbraban a llevar una única túnica durante todo el año, lo cual los preparaba mejor para soportar las variaciones de calor y frío.

En lo que respecta a la comida, según el reglamento, el jefe del rebaño debía vigilar que sus compañeros, al reunirse en el comedor común, comieran moderadamente para evitar engordar. Se creía que, con ese tipo de entrenamiento en la infancia, serían más capaces, cuando la ocasión lo requiriera, de continuar trabajando con el estómago vacío.

Ese era el duro régimen de educación espartana a partir de los siete años.

Y no había nada que ninguna madre espartana pudiera o se atreviera a hacer contra ello.

Con Xeron lejos en la guerra, la educación de Perseo quedó a su cargo y al de un anciano llamado Hipócrates, quien ayudaba en la administración de la finca. Fue él quien enseñó al niño a leer, escribir, los principios básicos de la aritmética y a recitar poemas épicos, especialmente la Ilíada[15] y la Odisea[16] de Homero, haciéndolo recitarlos incontables veces, principalmente cuando su esposo estaba en casa en los escasos permisos.

Hipócrates ya era anciano cuando nació Perseo, ni siquiera Clemena conocía su edad o su origen; solo sabía que, de joven, había sido capturado como esclavo por su suegro en una batalla. Por ser instruido, fue destinado como sirviente doméstico con la tarea de ser mentor de Xeron. Cuando el padre de Xeron falleció, su esposo lo heredó y lo nombró tutor de Epidamas y, finalmente, de Perseo.

Clemena apreciaba al anciano, y lo encargó de ayudarla en la administración de la finca. Xeron lo había liberado años antes, pero Hipócrates prefería seguir viviendo en la finca; decía

que no tenía a nadie a quien volver.

Perseo también ganó una compañera de juegos, Elana, una sierva ilota[17] de la misma edad que él; sus padres trabajaban en la cocina de la hacienda.

Crecieron juntos, y Clemena, que siempre había deseado tener una hija, la mimaba como si fuera un miembro de la familia. Su esposo, constantemente en campaña, no se oponía a ello, permitiendo incluso que Hipócrates la educara, a pedido de Clemena.

Hipócrates impartía las clases a los niños por la mañana, en la terraza de la casa principal de la hacienda. Después de las clases, corrían por los campos, libres y felices, nadaban en el pequeño lago que había en la propiedad, trepaban a los árboles para recoger frutas y jugaban simulando las historias que Hipócrates contaba.

Cuando Clemena encontraba tiempo, observaba a los niños.

Perseo disfrutaba de la Ilíada y decía que algún día sería como Aquiles. Elana, por su parte, prefería la Odisea y decía que ella era Penélope[18] y que él era Odiseo, y que siempre lo esperaría, tal como la esposa del héroe del poema épico. Pasaban el día entero juntos e incluso compartían las comidas; solo se separaban cuando Clemena ordenaba que él regresara a su habitación y Elana se fuera a dormir con sus padres, en un aposento reservado para ellos, un beneficio que tenían por ser siervos domésticos.

En una ocasión, Xeron observó la cercanía entre ambos.

—¿No sería mejor separarlos?

—¿Por qué, esposo mío?

—Pronto Perseo irá a la agogé; allí no tendrá una compañera de juegos.

—Déjalo ser un niño hasta que llegue ese día; al menos tendrá buenos recuerdos cuando me lo quiten.

Su esposo estuvo de acuerdo; sabía lo triste que era para una madre separarse de su hijo, aunque las espartanas, al igual que los hombres, escondían sus sentimientos tras una fachada impasible.

Fueron años felices.

Cuando Xeron y Epidamas volvían de permiso, Elana corría a esconderse de ellos en la cocina. A pesar de que la trataban con el mismo cariño que Clemena, la niña se sentía intimidada por ellos.

Y así pasaron los días.

***

Para Perseo, su infancia fue feliz; incluso años después, no recordaba haber tenido preocupaciones en esa época. El único día triste que lo marcó para siempre ocurrió cuando tenía seis años, durante una clase con Hipócrates.

Él y Elana estaban sentados en la terraza de la granja, el sol brillaba en los campos y él deseaba salir corriendo a jugar, pero sabía que si lo hacía sería castigado por su madre y decepcionaría a Hipócrates, a quien tenía un gran cariño.

El anciano les hacía recitar un pasaje de la Ilíada, pero no era un pasaje que relataba los combates en torno a Ilión, que era su parte favorita. Por eso, estaba distraído mirando los campos donde varios siervos recogían aceitunas de una pequeña plantación cerca de la casa principal.

De repente, un pensamiento pasó por su mente y, por curiosidad, hizo una pregunta.

—Hipócrates, ¿qué significa ilota?

Había escuchado ese término muchas veces, generalmente en relación a los siervos de la granja. Elana, a su lado, se sonrojó y sus ojos se llenaron de lágrimas. De repente, se levantó y salió corriendo de la terraza hacia los campos. El niño se quedó sorprendido por la actitud de su

amiga.

Hipócrates lo miró con ojos tristes.

—Niño, los ilotas son aquellos que no son espartanos; son propiedad del Estado. Son esclavos, trabajan en las tierras y tienen que entregar la mitad de las cosechas a sus amos. Son duramente explotados; aunque tu padre sea benevolente y los trate con suavidad, siguen siendo esclavos y pueden ser asesinados por cualquier espartano sin motivo aparente —respondió.

—¿Esclavos[19]? ¿Quiere decir que Elana es una esclava? —su voz sonó herida.

—Sí, aunque sus padres la traten con cariño, ella es hija de esclavos y solo el Estado puede liberarla, pero eso rara vez ocurre —dijo el viejo mentor, mirando hacia los campos, donde la niña había desaparecido.

El niño se sintió triste; el concepto de esclavitud era nuevo para él.

Hipócrates, al darse cuenta de que no podía concentrarse en la lección, lo despidió.

Corriendo por los campos, el niño la buscó; quería disculparse, no había tenido la intención de herirla.

Durante todo el día la buscó sin éxito. Solo al día siguiente la encontró, cuando ella apareció en la terraza para asistir a la clase.

—Elana, perdóname... —intentó disculparse, aprovechando que Hipócrates todavía estaba dentro de la casa, pero ella no lo permitió.

—No hables más de este asunto, Perseo, te lo imploro —dijo con una expresión triste que instaba al niño a abrazarla, pero él resistió el impulso.

—Un día conseguiré tu libertad —prometió con ímpetu.

Elana sonrió tristemente y no respondió.

Durante varios días, ella se mantuvo introspectiva; parecía infeliz. Perseo intentó hablar con ella, pero Elana se alejaba. Solo después de semanas volvió a ser la niña que él conocía: alegre y feliz. Parecía haber olvidado el asunto, y él nunca más se atrevió a tocar ese tema. Pero, en su interior, el hecho de que ella fuera considerada una esclava lo atormentaba.

Cuando su padre regresó en un breve permiso de tres días, en la primera oportunidad en la que se quedaron solos, Perseo le preguntó sobre la situación de Elana, explicándole que había descubierto el significado del término ilota.

—Hijo mío —comenzó Xeron, mirándolo fijamente—, Elana y su familia son mesenios. Hace mucho tiempo, cuando Esparta conquistó Mesenia, anexamos sus tierras y redujimos a sus habitantes a la condición de ilotas, es decir, esclavos. Pero a diferencia de los esclavos comunes que solemos capturar en guerras o que otras ciudades compran a mercaderes esclavistas, generalmente piratas, los ilotas descendientes de los mesenios pertenecen al Estado. ¿Sabes por qué nuestro entrenamiento militar es obligatorio para todos los espartanos?

El niño sacudió la cabeza en señal de negación.

—Necesitamos tener un ejército fuerte, no solo para defendernos de otras ciudades griegas, sino también porque la población de ilotas supera con creces a la nuestra. ¿Te imaginas si se rebelan? ¿Crees que nos ahorrarían a algunos de nosotros? Personalmente, no estoy de acuerdo con el trato que se les da a los ilotas; por eso los trato bien en nuestra granja. Puedo impedir que la krypteia actúe en nuestras tierras, pero no tengo influencia fuera de aquí —explicó.

—¿Qué es la krypteia[20]? —preguntó Perseo. Ya había oído esa palabra antes, pero no sabía su significado.

Xeron miró hacia los campos. Estaban sentados en la terraza desde donde tenían una amplia vista de la granja; varios ilotas trabajaban en la tierra o cuidaban del ganado.

Por un momento, el niño pensó que su padre no le había oído, pero Xeron volvió la mirada hacia su hijo.

—Es mejor que sepas esto. A los diecisiete años serás invitado a unirte a la krypteia. Si aceptas, tu misión será asesinar ilotas —respondió mirándolo seriamente.

Perseo quedó impactado. *¿Asesinato? ¿Sin razón alguna? Pensó en Elana y en sus padres; nunca permitiría que alguien los matara.*

—Cada año, los éforos declaran la guerra a los ilotas, lo que significa que cualquier espartano puede matar a un ilota sin motivo alguno, aunque la mayoría de la gente ignora esta regla. La krypteia, en cambio, va más allá: sus miembros caminan de noche, asesinando y deshaciéndose de los cuerpos de cualquier ilota que encuentren. También observan a los ilotas trabajando durante el día en los campos y seleccionan a los que parecen más fuertes y saludables o que demuestran cualidades de liderazgo, asesinándolos por la noche. Es una forma de recordar a los ilotas que están bajo constante vigilancia —explicó Xeron, con el rostro sombrío.

—¿Participaste en la krypteia? —preguntó horrorizado, imaginando a su padre matando a personas inocentes.

—No. Mi padre participó, pero me permitió elegir si quería o no hacerlo —respondió, después de meditar un poco, recordando aquel lejano pasado, cuando él mismo tenía diecisiete años.

Xeron suspiró y miró a su hijo de nuevo.

—Es una decisión que tendrás que tomar cuando llegue el momento, al igual que tu hermano, quien decidió no participar —concluyó, colocando sus manos en los hombros del niño.

—Jamás haría eso —respondió Perseo con determinación.

—Lo sé —Xeron sonrió tristemente a su hijo. Sabía que Perseo era un niño sensible y temía lo que enfrentaría en la agogé—. Solo entiende una cosa, Perseo: tratamos bien a nuestros ilotas, pero no nos pertenecen. Al igual que esta granja, pertenecen al Estado espartano. El día que consideren que nuestra familia no es digna, el Estado puede expulsarnos de aquí; esa es la manera espartana. Todos debemos trabajar para el Estado y dar lo máximo para protegerlo. Dentro de un año, cuando cumplas siete, la responsabilidad de tu educación pasará al Estado. Serás enviado a la agogé, donde comenzarás un entrenamiento intensivo para unirte al ejército cuando cumplas dieciocho años.

—¿No podré venir a visitar a mamá? —el niño sintió un nudo en la garganta.

—Sí, algunas veces.

—¿Cómo será el entrenamiento? —preguntó, con una mezcla de curiosidad y miedo.

—Aprenderás discreción, lealtad al grupo; participarás en entrenamiento militar, aprenderás a cazar y otras habilidades relacionadas con el arte de la guerra. Pero también aprenderás danza, canto y cómo vivir en la sociedad espartana. Todo lo que Hipócrates te ha enseñado te ayudará en la agogé. La agogé es una de nuestras mayores instituciones, donde se preparan los futuros soldados que defenderán Esparta. Según la leyenda, fue creada por el legislador Licurgo, nuestro gran magistrado, quien recibió las leyes que rigen Esparta del propio dios Apolo, a través de su oráculo en la ciudad de Delfos —explicó.

—¿Crees que lo lograré? —el miedo le hizo un nudo en el estómago—. Tengo miedo de fallar y de avergonzarte.

Xeron lo miró fijamente, como si lo evaluara, y nuevamente temió por lo que vendría.

¿Cómo podría alentar a su hijo menor, al que tanto amaba?

—Hijo mío, el valor forma, junto con la prudencia, la templanza y la justicia, el ideal de todo hombre. La falta de valor es la cobardía, y su exceso es la temeridad y la imprudencia,

ambas despreciables. Solo existe un tipo de valor admirable: el de enfrentar el miedo. Es más noble superar el miedo que rendirse cobardemente a él. El miedo extremo también puede llevar a un acto de valentía, como un suicidio provocado ante la inminencia de la muerte, por ejemplo, pero esa no es la valentía de los espartanos. Nuestra valentía nace del honor, de la obediencia a las sagradas leyes espartanas; es una valentía virtuosa, que no gusta de alardes ni busca aplausos, y, sin embargo, no deja de ser digna de estima.

—¿Como Leónidas y sus trescientos soldados? —preguntó el niño. Desde pequeño, le habían enseñado sobre el ejemplo de Leónidas, rey y general de Esparta, quien había muerto hacía unos ochenta años durante la batalla de las Termópilas, en la invasión de Grecia por los persas.

Defendiendo el paso de las Termópilas, que une Tesalia con Beocia, Leónidas y una tropa de apenas siete mil hombres —de los cuales solo trescientos eran espartanos de su guardia personal— lograron repeler los ataques iniciales, hasta que Jerjes I, rey de Persia, auxiliado por un pastor local que lo condujo por un sendero que rodeaba el paso, logró rodear al ejército de Leónidas. Solo quedaban trescientos espartanos y poco más de mil soldados tespienses y tebanos, quienes decidieron resistir hasta la muerte.

—Sí —respondió Xeron, sonriendo con orgullo hacia su hijo—. Leónidas sabía que su muerte era segura; el ejército persa contaba con más de doscientos mil hombres, pero decidió quedarse y morir luchando. Por dos motivos: el primero es que ningún espartano huye del combate y regresa a casa, según nuestras sagradas leyes; o vuelven victoriosos, o muertos sobre sus escudos. Y, en segundo lugar, si él hubiera huido, el resto de Grecia también habría huido.

Tan pronto como vencieron en las Termópilas, los persas invadieron Atenas, y un mes después ocurrió la batalla naval de Salamina, donde los invasores fueron derrotados. Cuando decidieron regresar a Persia, se encontraron con los espartanos, que lideraban el cuerpo principal del ejército griego, en un lugar llamado Platea. Había tres persas por cada griego, y al final los invasores fueron vencidos y expulsados de Grecia.

—¿Crees que Leónidas no tenía miedo? —preguntó Xeron—. Tenía una esposa y un hijo pequeño; el festival de las Carneas, en honor al dios Apolo, impedía en ese momento que los espartanos lucharan, mientras que gran parte del resto de Grecia celebraba los Juegos Olímpicos, otra festividad que, por motivos religiosos, también impedía el combate. Leónidas se enfrentó al duro dilema de cómo reunir guerreros para luchar contra los persas en esas circunstancias. No podía desobedecer las festividades que suspendían momentáneamente las guerras, pero tampoco se daría el lujo de permitir que el ejército invasor avanzara sin oposición por territorio griego. Así que decidió partir al encuentro de las fuerzas invasoras con nada más que su guardia personal de trescientos hombres, sabiendo que la muerte era segura y que nunca volvería a ver a su esposa y su hijo.

—¡Él superó el miedo con valentía virtuosa! —exclamó el niño, orgulloso de demostrar que había entendido la lección.

—Muy bien, esa valentía virtuosa no implica la ausencia de miedo, sino la capacidad de superarlo, si se presenta, con una voluntad firme y generosa. Es una valentía distinta a la que a veces vemos en el campo de batalla, donde soldados excepcionales luchan movidos por el ansia de gloria y honor personal. Es la valentía de la abnegación, de la sencillez, motivada únicamente por el deseo de ayudar a otros. Es una valentía-virtud, una fuerza que viene del alma, no una fuerza física o de pasión. Un filósofo ateniense dijo una vez: “La valentía es la primera de las cualidades humanas porque garantiza todas las demás”. Es por eso que no estoy de acuerdo con las leyes que permiten que nosotros, los espartanos, asesinen ilotas sin motivo, aunque sean

siervos —concluyó Xeron.

—¿Tiene miedo cuando entra en combate, padre? —preguntó tímidamente el niño, ya que para él su padre era un héroe, un guerrero salido de la Ilíada.

—Sin duda, siento miedo cada vez que entro en combate. Pienso en ti, en tu hermano y en tu madre, en nuestra ciudad y en los hombres bajo mi mando, pero supero el miedo y lucho por un objetivo mayor que mi propia vida —una sombra cruzó su mirada mientras respondía, silenciando en su mente los gritos de los heridos en las batallas en las que había participado.

—¡Xeron! —la voz de Clemena resonó desde el interior de la casa.

—Tu madre me llama —sonrió y entró en la casa, dejando al niño con sus pensamientos.

Perseo se quedó meditando sobre el coraje, sobre los ilotas y sobre las leyes de Esparta.

Jamás estaría de acuerdo con el asesinato del pueblo de su amiga de juegos; aquello le parecía algo terrible.

Elana era una ilota, y sabía que ella jamás lo perdonaría si él mataba a alguien de su pueblo sin motivo.

No entendía por qué ella era una esclava y aún intentaba comprender el concepto de esclavitud. Sabía que Hipócrates había sido esclavo, pero ahora era un hombre libre.

También se preguntaba si tendría el valor suficiente para soportar el régimen de la agogé y si algún día sería un soldado tan valiente como su padre y su hermano.

Estas dudas lo atormentaron durante meses.

CAPÍTULO 3

El año en que Perseo cumpliría siete años transcurrió con la expectativa de su envío a la agogé.

Su padre y mi hermano estaban nuevamente en campaña, y Clemena lo miraba con tristeza al pensar que pronto su hijo dejaría el hogar; por eso lo abrazaba con fuerza, aunque, como cualquier niño, él se zafaba de sus brazos y salía corriendo.

Elana empezó a evitarlo; permanecía constantemente en compañía de su madre en la cocina, faltaba a las lecciones con Hipócrates y, cuando jugaban juntos, sonreía menos.

Al acercarse su séptimo cumpleaños, Xeron y Epidanas regresaron con licencia para iniciar los preparativos del ingreso de Perseo en la agogé.

El niño estaba ansioso por ir. Epidamas había sobresalido en su entrenamiento, enorgulleciendo a sus padres con su desempeño, y ahora era un excelente soldado que ascendía rápidamente en la jerarquía militar.

Perseo quería que sus padres sintieran el mismo orgullo que tenían por su hermano.

Cuando llegó la fecha de su cumpleaños, Xeron ofreció un almuerzo al magistrado y a los dos instructores que vendrían a buscar a su hijo.

Ese día, Perseo se despertó animado; finalmente ingresaría en la agogé, sería entrenado y se convertiría en un soldado, pensó mientras corría hacia la cocina buscando a Elana, que ayudaba a sus padres en los preparativos del almuerzo.

—Hoy me uno al ejército —afirmó con infantil arrogancia—. Seré como Aquiles[21], y un día regresaré para liberarte.

La niña miró tristemente al único amigo que había tenido en su vida.

Sabía que era una esclava; aunque fuera bien tratada, su destino no le pertenecía.

Pero los años en los que había vivido como compañera de juegos de Perseo habían sido los más felices de su vida.

—Creo que ya no nos veremos más —dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

Una lágrima corrió por su mejilla, y ella trató de disimularla, secándola rápidamente con las manos.

Perseo se quedó perplejo e intentó acercarse, pero Elana salió corriendo de la cocina hacia los campos. Cuando él la alcanzó, estaba sentada bajo un gran roble, el lugar preferido de ambos para jugar.

—Volveré siempre a visitarte —prometió el niño, tratando de consolarla.

—Mis padres me han contado lo que va a pasar; apenas vendrás a casa, y pronto serás diferente. Te volverás como todos los espartanos: duro e implacable —acusó la niña, intentando secar sus lágrimas.

—¿Mi padre es implacable? —Perseo quedó confuso, sin imaginar que ella pensara eso de su padre.

—¡No! Es decir, no lo sé —respondió entre sollozos—. Mis padres son esclavos, y yo soy una esclava.

—¡Pero a ti nunca te han tratado así!

—Porque tus padres son bondadosos, pero la realidad es que no soy libre para decidir

sobre mi vida.

—No entiendo —murmuró el niño, desesperado.

A pesar de conocer el concepto de esclavitud y la situación de los ilotas en la sociedad espartana, no lograba ponerse en el lugar de Elana.

—No lo entiendes porque naciste espartano. Yo nací esclava; desde pequeña fui instruida para obedecer órdenes, para servir a mis amos. Aunque tu madre me trate con cariño y me permita estudiar contigo, sigo siendo una sirvienta. Al final del día, me retiro con mis padres a una pequeña habitación sin comodidades, en la parte trasera de la casa de la hacienda, y no me atrevo a soñar con otra vida que no sea la de servidumbre. Mis padres me dicen que solo soy tu compañera de juegos, que recibo las migajas de cariño de tu madre, y que cuando te marches a la agogé, ya no tendré ninguna utilidad —las lágrimas corrían copiosamente por el rostro de la niña.

Perseo nunca la había visto así; se sentía aún más avergonzado, nunca había intentado ponerse en el lugar de su amiga. Para él era normal que los ilotas trabajaran en la hacienda y en su casa, y, excepto por Elana, apenas prestaba atención a ellos.

—Cuando regreses, ya no serás el mismo; me tratarás como a una esclava, como a una sirvienta. ¡Podrías abusar de mí si te apeteciera! He oído historias de mujeres mayores contando cómo los espartanos las maltratan; muchas quedaron viudas, pues sus maridos fueron arrancados de sus casas durante la noche y luego encontrados muertos al día siguiente. ¡Nadie sabe decir qué hicieron para merecer la muerte, fueron asesinados sin razón aparente! Al principio no entendía lo que decían, las escuchaba escondida de mi madre, pero una noche me sorprendió oyendo su conversación. En lugar de castigarme, me permitió quedarme en esas reuniones. Fue entonces cuando entendí el tipo de vida al que estoy condenada.

Perseo se quedó perplejo; era demasiada información para su mente infantil, y no lograba comprender la magnitud de la tragedia de la vida de Elana y de sus compañeros ilotas, ni entendía bien lo que ella había dicho sobre asesinatos y violaciones.

Se sentía desesperado, sin saber cómo consolarla ni qué palabras usar; por eso dejó que sus sentimientos hablaran por él.

—¡Nunca te olvidaré! —juró—. Cuando regrese, me casaré contigo y te liberaré.

Elana se secó las lágrimas con el dorso de la mano y sonrió. Aquellas habían sido las palabras más hermosas que había escuchado en su vida, así que le dio un suave beso en la mejilla a Perseo y luego salió corriendo sin mirar atrás.

Perseo pensó en seguirla, pero oyó los gritos de Hipócrates llamándolo.

—¡Muchacho travieso! ¡Te he encontrado! —le reprendió al acercarse—. Tu padre te está buscando; se acerca la hora de partir.

Mientras seguía a su viejo mentor, le contó la conversación que había tenido con Elana, aun tratando de entender lo que había oído.

Hipócrates se detuvo un momento y lo miró fijamente.

Amaba a aquel niño como al hijo que nunca tuvo, al igual que amaba a Elana, y jamás desearía ningún mal para ellos.

—Muchacho, eres muy joven todavía, desconoces muchos aspectos de la vida. Las esclavas muchas veces son tratadas como animales; hombres sin piedad suelen matar a sus maridos y acostarse con ellas a la fuerza —Hipócrates intentaba elegir bien sus palabras.

—¿Eso ocurre aquí en la hacienda? —preguntó el muchacho, temiendo que alguien pudiera hacerle daño a Elana.

—No, tu padre no lo permite, pero eso es común en otros lugares —respondió con una

mirada triste—. Elana tuvo que madurar muy rápido; así es para todos los que nacen ilotas, pues desde muy pequeños sus amos espartanos les enseñan a no tener esperanza.

Resignado, Perseo acompañó a su mentor, con pensamientos que giraban caóticamente en su mente. Era espartano, pero juraba por todos los dioses que jamás haría daño a Elana ni a alguien de su pueblo. Si eran un pueblo tan valiente, ¿por qué no podían ser compasivos con los ilotas?

Llegaron al patio de la casa, donde había una gran mesa preparada; unos toldos sujetados con estacas de madera cubrían la mesa, proporcionando una sombra agradable. Los siervos ilotas servían a los invitados. Muchos amigos de su padre y de su hermano, en su mayoría soldados como ellos, se encontraban allí, y un lugar de honor en la mesa estaba reservado para el magistrado y los instructores.

El muchacho los observó mientras conversaban con su madre y su padre. Los instructores tenían una apariencia tosca; vestían una túnica gris y la capa roja espartana sobre los hombros, cruzada en el pecho, con correas de cuero que colgaban del lado derecho y terminaban en una vaina del mismo material donde descansaba una espada. El magistrado era un anciano, con el cabello blanco y el rostro lleno de arrugas, vestido con una túnica blanca y la capa roja sobre los hombros.

Cuando Xeron lo vio, le hizo un gesto para que se acercara.

—Aquí está mi segundo hijo: ¡Perseo! —Xeron, orgulloso, presentó a su hijo al magistrado y a los instructores, quienes miraron al niño seriamente, analizándolo.

—A partir de hoy, ya no eres un niño, sino un soldado espartano —anunció el magistrado —. Tu padre y tu hermano se destacaron en la agogé y hoy son soldados ejemplares, pilares de nuestro Estado, verdaderos héroes. No esperamos menos de ti.

Perseo se sintió intimidado y se sentó cerca de su madre, quien le apretó suavemente el muslo bajo la mesa y le dedicó una sonrisa triste, aunque orgullosa; era el segundo hijo que entregaba al Estado.

El banquete se prolongó durante toda la tarde. Perseo permaneció sentado en la mesa, aceptando los cumplidos de los invitados de su padre. Escuchaba las conversaciones sin poder participar; solo debía hablar cuando alguien se dirigía a él, y aun así, debía ser conciso en sus respuestas.

Observaba a los siervos que servían los platos: varias clases de carne eran presentadas en fuentes de barro, mientras ellos llevaban ánforas de vino, llenando cuidadosamente las copas de los invitados. La madre de Elana también ayudaba a servir, y él la buscó con la mirada, pero no la encontró por ningún lado.

La conciencia de su condición de sierva lo golpeó de nuevo, haciéndolo sonrojar.

Se sentía inquieto, pero no se atrevía a levantarse, a pesar de su deseo de buscar a su amiga otra vez.

Epidamas, con su coraza en el pecho y el manto rojo, se le acercó y le despeinó el cabello.

—Mi hermanito se ha convertido en hombre —rió divertido.

El banquete continuó en un ambiente festivo; no siempre se servían comidas de tal magnitud. En el día a día, la comida era frugal, y solo los fines de semana, cuando incluso los siervos podían descansar de su trabajo diario, se comía un poco mejor.

Al final de la tarde, llegaron las despedidas, y Perseo fue entregado al magistrado por sus padres orgullosos, aunque él pudo notar lágrimas en los ojos de su madre.

—Haced de él un soldado espartano; si no se muestra digno, que los dioses tengan piedad

—pidió Xeron en tono solemne.

Clemena besó la frente de su hijo, pero no dijo nada. Todos percibían su esfuerzo por no llorar, lo que solo aumentaba su dignidad.

Epidamas se acercó y puso las manos en los hombros de su hermano menor, con quien había tenido poco contacto, aunque le tenía un gran cariño.

—Sé valiente y honra el nombre de la familia.

Perseo miró alrededor en busca de Elana, pero no la vio.

Hipócrates estaba de pie, organizando a los siervos, y sus miradas se cruzaron. Sonriendo, el viejo mentor lo animó, ya que no tendrían la oportunidad de despedirse.

El muchacho miró una vez más a sus padres, que lo observaban lado a lado. Reprimió el deseo de correr hacia ellos, abrazar sus piernas y rogarles que lo dejaran quedarse, pero eso sería vergonzoso para su familia.

De repente, la certeza de que dejaría su hogar, a su madre amorosa, a Hipócrates y a Elana lo golpeó, llenándolo de temor por lo que le esperaba.

Sin opción, siguió al magistrado y a los instructores, quienes le apretaron los hombros, obligándolo a caminar junto a ellos.

Perseo avanzó sin mirar atrás para no avergonzar a sus padres, llevando solo la túnica que vestía.

A partir de ese momento, estaría bajo la responsabilidad del Estado.

Comenzaba una nueva etapa en su vida, una etapa de arduo trabajo y pruebas; los tiempos felices en la hacienda habían terminado.

CAPÍTULO 4

El entrenamiento era brutal, fue lo primero que Perseo notó.

Fue alojado con otros treinta niños en tiendas de campaña y recibió una única túnica y un manto que debían durar todo el año. La agogé era un campamento militar fuera de los límites de la ciudad, rodeado por una empalizada.

No había camas; los niños dormían sobre un trozo de cuero de vaca. En el centro del campamento había un barracón para los instructores y una gran cocina donde se servían las comidas y donde los más viejos los interrogaban todas las noches sobre lo que habían aprendido durante el día. Las respuestas debían ser coherentes; de lo contrario, eran duramente castigados.

Se despertaban a las cuatro de la mañana, sin importar si nevaba o llovía, si hacía frío o calor. Se vestían con sus túnicas y andaban descalzos, siendo obligados a bañarse en grandes tinajas de agua helada al lado del barracón de los instructores.

Todos tuvieron la cabeza rapada con cuchillos, y solo tendrían autorización para dejar crecer el cabello cuando fueran considerados soldados espartanos.

El desayuno consistía en un escaso gachas de avena, y a las cinco de la mañana se formaban en el centro del terreno.

Pasaban el día entero entrenando, deteniéndose alrededor de la una de la tarde para almorzar un caldo negro, que consistía en una sopa hecha de sangre animal, vinagre, sal y especias. El olor y el sabor eran horribles, pero era preferible eso a quedarse sin almuerzo.

Bajo cualquier pretexto, eran castigados físicamente o dejados sin almuerzo. Los instructores afirmaban que los soldados espartanos debían aprender a soportar el hambre y el dolor. Su entrenamiento terminaba tarde en la noche, pero era común que se les obligara a pasar la noche entera sin dormir.

La rutina era extenuante; realizaban ejercicios físicos agotadores, aprendían a luchar, a utilizar espada y lanza, a avanzar y retroceder en formación. Después del almuerzo frugal, los ejercicios físicos continuaban hasta el anochecer, cuando finalizaban el día marchando y cantando[22] en honor a Ares, Zeus, Apolo y los gemelos, Cástor y Pólux[23], o bien entonaban el peán, que consistía en un clamor ritual. El instructor principal gritaba ritualmente invocando a los dioses, y los demás respondían con el eslogan "*¡Ié Paián!*[24]".

Durante la cena, el "caldo negro", como lo llamaban, fue servido nuevamente, y luego eran interrogados por sus instructores y soldados mayores que aparecían para cenar en el lugar. Tras la cena, pasaban a las clases de escritura, filosofía, matemáticas, danza, poesía y buenas maneras, y entonces, tarde en la noche, eran dispensados para ir a sus tiendas.

Las lecciones que Perseo había tenido con Hipócrates hicieron que esta parte del entrenamiento le resultara fácil; se destacaba en las artes sociales, pero no era el mejor de la clase en los ejercicios físicos. Desafortunadamente para él, sus instructores eran los mismos que habían entrenado a su hermano y lo castigaban duramente por no ser igual a él.

—¡Ateniense afeminado! ¡Sois débiles! ¡Indignos del nombre de vuestros padres y hermanos! —gritaban mientras los golpeaban por cualquier fallo—. Es una ironía que lleves el nombre de un semidiós, hijo de Zeus, cuando en realidad eres un débil, cobarde e inútil.

La disciplina era feroz; todos eran estimulados a robar comida, ya que recibían porciones insuficientes del caldo negro. Los instructores, citando las leyes de Licurgo, explicaban que este astuto método para conseguir comida les hacía vivir la vida de un ladrón, renunciando al sueño

por la noche y, durante el día, empleando engaños y mentiras en un intento de escapar del castigo, convirtiéndolos así en más ágiles e ingeniosos para conseguir suministros, al tiempo que cultivaban sus instintos bélicos.

Un visitante de otra ciudad griega presenció a un alumno siendo golpeado hasta quedar inconsciente al ser sorprendido robando. Al explicarle el motivo del castigo, preguntó al instructor:

—Pero si ustedes consideran que es un logro tan bueno robar, ¿por qué castigan severamente a los desafortunados que son atrapados?

El magistrado que acompañaba la aplicación del castigo respondió:

—Por la misma razón que se induce a las personas, en otros aspectos que se enseñan, a castigar un mal desempeño en un servicio; así, nosotros, espartanos, aplicamos penalidades a los niños que son sorprendidos robando, ya que han sido negligentes en esta habilidad.

Para ilustrar el ejemplo, los instructores contaban la historia de un niño espartano que capturó una zorra y la escondió bajo su manto. Al ser interrogado por los instructores, y sin querer ser descubierto, lo que lo habría avergonzado, el niño siguió sosteniendo la zorra junto a su cuerpo, nunca llorando de dolor, incluso cuando el animal comenzó a masticar su barriga.

La tradición de robar alimentos estaba tan arraigada que existía una competencia anual cuyo objetivo era robar la mayor cantidad de quesos posible del patio del templo de Artemisa Ortia. Se les animaba a participar, pero, al mismo tiempo, otros eran instados a flagelar a aquellos que fueran sorprendidos robando. La lección enseñada era que, al soportar el dolor durante un breve periodo, un hombre podría ganar su recompensa y gloria duradera.

Cualquier tipo de infracción, real o imaginaria, era castigada con golpizas por parte de los instructores.

Además de las sanciones físicas impuestas por los maestros, las agresiones entre los alumnos eran comunes. Se les animaba a resolver cualquier disputa a través de la fuerza física. Lo importante era siempre luchar, nunca mostrarse sumiso ni aceptar los abusos de los más fuertes y mayores, aunque se les enseñaba a respetar siempre a los adultos y a los ancianos.

Eran disciplinados por los instructores y por los alumnos mayores, a quienes debían obedecer y servir. Entre los jóvenes de su edad, el más fuerte era elegido como líder del "rebaño", como los llamaban los instructores y los adultos.

Hacía tres semanas que Perseo estaba en la agogé, su cuerpo estaba dolorido y lleno de hematomas debido a las constantes agresiones. Sentía una nostalgia atroz de casa, de su madre, de Hipócrates y de Elana, pero no había nada que pudiera hacer. Pedir volver a casa era inaceptable; si lo hacía, sería una completa humillación para su familia y sería considerado un paria en la sociedad espartana.

Cierta mañana, todos fueron reunidos en el centro del campamento, formando un círculo. Uno de los instructores permaneció de pie en el centro mientras ellos esperaban en silencio.

Oyeron el sonido de pasos y miraron hacia la entrada del campamento. Dos instructores conducían a varios chicos que, por sus ropas, debían ser ilotas. A pesar de la curiosidad, esperaron en silencio, ya que hablar sin autorización era una infracción grave que se castigaba con palizas.

—Hoy van a iniciar su entrenamiento de lucha. La clase es simple: luchen y ganen o pierdan y reciban una paliza — orientó el instructor en el centro del círculo con una sonrisa maliciosa.

Con un gesto de la cabeza, otro instructor envió a un ilota que se dirigió al centro del círculo.

—¡Polifeo! —llamó el instructor.

Polifeo, uno de los alumnos más fuertes de la clase y designado como líder, se dirigió arrogante al centro del círculo. Era un niño alto y fuerte para sus siete años.

—¡Ataca! —ordenó el instructor.

El ilota avanzó contra Polifeo, pero este lo agarró por el tronco y lo lanzó al suelo. Luego, se montó sobre el desafortunado y comenzó a propinarle varios golpes en la cabeza. Todos observaron en silencio hasta que el instructor ordenó:

—¡Basta!

Polifeo regresó a su lugar con una expresión de orgullo, mientras un siervo ilota arrastraba al niño herido hacia afuera, con el rostro ensangrentado.

—¡Siguiente! —ordenó el instructor.

Otro ilota avanzó y otro alumno fue llamado a luchar. Las peleas continuaron hasta el comienzo de la tarde. Al final, solo quedó uno.

—¡Perseo! — llamó el instructor.

Perseo se levantó y caminó hacia el centro del círculo, sintiendo un sabor a bilis en la boca y el corazón desbocado en el pecho. El chico ilota lo miraba con odio en los ojos. Su pensamiento se volvió hacia Elana: *"¿Qué pensaría ella si me viese luchando contra alguien de su pueblo?"*

—¡Ataca! —ordenó el instructor.

Avanzando contra el ilota, Perseo lo agarró tratando de lanzarlo al suelo. Fueron un momento midiendo fuerzas, con los brazos entrelazados, cada uno intentando dominar al otro con más fuerza. Con un movimiento rápido, Perseo logró desequilibrar a su adversario pateando una de sus piernas. El chico ilota cayó al suelo y Perseo se montó sobre él, propinándole dos golpes en la cara y haciendo que la sangre brotara de su boca.

Por un breve instante, pensó en Elana y se desconcentró. Eso fue suficiente para que el chico lograra zafarse, lanzándolo hacia un lado. Luego, le aplicó una llave al cuello. Su respiración se volvió difícil; el chico le apretaba el cuello, intentando asfixiarlo. Miró desesperado a su alrededor; sus compañeros sentados observaban la lucha en silencio, y el instructor, con una mirada severa, no intervenía. Si el chico mantenía la presión, terminaría desmayándose.

Encogiendo el mentón, Perseo logró encajar su boca en el antebrazo de su adversario y mordió con fuerza. Con un grito, el chico ilota lo soltó.

Perseo se levantó rápidamente, tosiendo y tratando de respirar. El chico ilota se incorporó como un rayo y le propinó una patada en el abdomen que lo hizo doblarse de dolor. Aprovechando el momento, el chico ilota lo lanzó al suelo, haciendo que sus espaldas golpearan pesadamente contra el suelo. Entonces, el ilota se montó sobre su pecho, y Perseo tuvo tiempo solo para levantar los brazos en un intento de defenderse, pero fue brutalmente golpeado por su adversario, que lo miraba con odio.

—¡Basta! —ordenó el instructor.

El chico ilota fue retirado y llevado fuera del círculo. Ahora, él ganaría un descanso en su arduo trabajo en los campos, mientras Perseo sería golpeado por los instructores.

Aquellos que habían ganado recibieron la orden de ir al barracón a almorzar; los pocos derrotados fueron golpeados por los instructores, que los ofendían mientras los agredían. Cuando se cansaron, los dejaron estirados en el suelo.

—¡Ustedes son una vergüenza para Esparta! ¡Se quedarán sin almuerzo y sin cena; deben dormir aquí mismo, como los animales que son! —gritó uno de los instructores.

Pasaron el resto del día en el lugar; sus compañeros que regresaron del almuerzo pasaron junto a ellos burlándose y riendo. La tarde pasó lentamente; la sed era atroz, y la noche llegó con un descenso de la temperatura. Se amontonaron en el centro del círculo, tratando de calentarse mutuamente. Por la mañana, estaban helados y adoloridos por las palizas, muertos de sed y de hambre. Un instructor los despertó pateándolos y les ordenó que fueran a desayunar.

Para ellos, que habían perdido la primera lucha, la semana fue una pesadilla de humillaciones y golpizas; sus propios compañeros los agredían por haber sido derrotados. Polifeo era, entre todos, el que más se excedía.

Los instructores avisaron que semanalmente debían luchar con ilotas de su edad. La semana siguiente, Perseo volvió a luchar contra el mismo ilota, pero esta vez salió vencedor. No pensó en nada más que en ganar. Cuando fue llamado, atacó con violencia; el chico ilota, que pensaba que vencería fácilmente, fue tomado por sorpresa. Cuando intentó defenderse, ya era demasiado tarde; Perseo estaba sobre él, golpeándolo sin parar. La semana de golpizas y humillaciones lo hizo odiar a aquel infeliz chico.

Los instructores quedaron satisfechos, y solo cuando el ilota estaba inconsciente y ensangrentado, Perseo fue arrancado de encima de él.

CAPÍTULO 5

Artemisia nació en la ciudad de Halicarnaso. Sus padres le dieron el nombre de una antigua reina guerrera que había servido al rey Jerjes[25] cuando este intentó someter a Grecia, alrededor de ochenta años antes[26]. En el momento de su nacimiento, Esparta y Atenas, dos ciudades griegas, luchaban por la hegemonía en Grecia, y la ciudad de Halicarnaso pertenecía a la liga aliada ateniense.

A pesar de la guerra, la vida en la ciudad era tranquila; sus líderes contribuían con víveres, embarcaciones y algunas tropas. La lucha estaba distante, librándose en la Grecia continental, al otro lado del mar Egeo.

La vida en la granja era apacible. Los recuerdos más felices que Artemisia tenía de sus primeros años eran de su madre, Górgias, una hermosa mujer, siempre cariñosa, que cada noche peinaba el cabello de su hija con un cepillo suave de mango de plata, mientras la instruía sobre la ciudad y lo que se esperaba de la hija de un ciudadano halicarnense: obediencia a los padres y luego al marido, además de saber hilar, cuidar y administrar un hogar, y criar hijos fuertes. El padre de la niña, Filoctetes, era un hombre grande y bondadoso que cultivaba la tierra y criaba ganado, vendiéndolos en la ciudad.

No era la única hija del matrimonio; tenían un primogénito cinco años mayor llamado Agástomes. Los hermanos solían correr por los campos persiguiendo terneros y trepando a los árboles para recoger frutas. Mientras él deseaba convertirse en soldado, ella soñaba con un marido y un hogar, como todas las niñas de su edad.

Sin embargo, la tranquilidad de la vida en la granja terminó abruptamente cuando Artemisia tenía doce años. Una noche, fue despertada por su madre, que entró en su habitación sosteniendo una lámpara de barro y despertándola con una expresión asustada en su rostro.

—¡Corre y escóndete! —ordenó, obligándola a levantarse de la cama con voz urgente.

Agástomes estaba al lado de su madre, también asustado, y aun vistiendo el largo manto de algodón que los hermanos solían usar para dormir. Górgias los empujó hacia fuera de la casa, iluminando el camino; estaba angustiada, su esposo había sido despertado momentos antes por sirvientes que lo llamaban gritando sobre invasores, lo que lo llevó a vestirse con su armadura, tomar su escudo y espada, y ordenar a su esposa que escondiera a los niños.

Al salir al patio, escucharon los gritos de los sirvientes, y Górgias apresuró a los niños hacia un granero de madera cercano a la casa.

—¡Escóndanse en el heno y no salgan! — ordenó, dejándolos solos en la oscuridad tras cerrar la puerta.

Los hermanos se escondieron en medio del heno, mientras Górgias salía corriendo del granero. Artemisia no había visto ni oído a su padre; *¿dónde estaría?* Pensó, intentando contener los temblores que sacudían su frágil cuerpo. Su padre tenía un gran escudo redondo, una lanza y una pesada espada que colgaban en la gran sala que la familia utilizaba para las comidas, y de donde él las sacaba una vez al año, cuando los ciudadanos libres eran convocados para entrenar durante una semana, cerca de las murallas de la ciudad.

En esas ocasiones, más se divertían en banquetes en el campo que entrenando, mientras las esposas e hijos se reunían junto a las tiendas en una festividad alegre que terminaba el séptimo día con sacrificios a los dioses. *¿Acaso su padre estaba armado ahora? ¿Habría bandidos en sus tierras intentando robar el ganado?*

Durante parte de la noche, los hermanos escucharon gritos y risas masculinas del lado de afuera. Agástomes apretaba las manos de su hermana, visiblemente nervioso; intentó salir del heno, queriendo ayudar a su padre, pero la niña lo agarró con fuerza.

—No me abandones —murmuró llorando, sintiendo las lágrimas rodar por sus mejillas.

—No te abandonaré —respondió el chico, intentando parecer fuerte, pero su hermana percibió el miedo en su mirada.

De repente, llamas irrumpieron de la pared lateral, y el humo llenó el granero, provocando una tos violenta en los hermanos. Si permanecían dentro, acabarían muriendo quemados o asfixiados por el humo.

Salieron de entre la paja cuando las llamas ya lamían las paredes, alcanzando el techo. Agástomes, sujetando la mano de su hermana, la guió hacia fuera del granero, en dirección al patio frente a nuestra casa, mientras tosían violentamente.

No lograron correr mucho antes de que un brazo musculoso sujetara a Artemisia por la cintura. Mientras se debatía para liberarse, sintió el olor a vino invadiendo sus fosas nasales y una barba áspera rozando su rostro, provocándole repugnancia. Por más que intentó escapar, sus esfuerzos fueron inútiles, ya que el hombre era muy fuerte.

—¡Pero qué tenemos aquí! —gritó él en griego.

—¡Suéltala! —gritó Agástomes, que había sido tomado por sorpresa. Como hermano mayor, le correspondía proteger a su hermana y a su madre en ausencia de su padre, así que avanzó valientemente contra el hombre.

Aún sujetando a la chica, el hombre le dio una patada en el vientre al chico, haciéndolo caer al suelo, donde quedó retorciéndose de dolor.

Artemisia miró a su alrededor y vio a varios soldados griegos en el patio; dos de ellos estaban encima de su madre, quien, al verla, gritó desesperada. Uno de los hombres la abofeteó con violencia, haciendo que sus gritos cesaran. A su lado, su padre yacía inmóvil, con sangre escurriendo por su rostro.

Cinco griegos, o eso parecían por las corazas y los escudos redondos que portaban, rodearon a la niña. Agástomes intentó levantarse, pero otro soldado lo sujetó por el cuello, levantándolo del suelo.

El chico trató de luchar, intentando arañar los ojos de su captor. También había visto cómo violaban a su madre y cómo posiblemente habían matado a su padre, pero todo su valor fue inútil, pues, con una sonrisa sádica, el hombre le hundió una espada en el vientre y lo arrojó a un lado como si fuera un trapo viejo.

Agástomes miró a su hermana con una expresión de asombro, sintiendo un dolor insoportable en el lugar donde el metal había entrado. Intentó moverse, pero pronto su conciencia se sumió en la oscuridad.

Artemisia vio cómo el brillo en los ojos de su hermano se apagaba para siempre.

Intentó gritar, pero el soldado que la sujetaba le tapó la boca.

—Tranquila, que ahora vamos a divertirnos un poco —susurró al oído de su víctima.

La niña mordió los dedos de su captor, quien soltó un grito y la arrojó al suelo, donde se golpeó con violencia. Los compañeros del hombre soltaron carcajadas mientras Artemisia intentaba levantarse y correr. Sin embargo, uno de ellos la agarró del brazo y la lanzó bruscamente al suelo otra vez.

El soldado al que había mordido se acercó. Parecía un gigante, casi dos metros de puro músculo; su barba descuidada no ocultaba una sonrisa feroz. Aparentaba ser el líder de la turba y, en medio de las risas de sus compañeros, se echó sobre la niña, inmovilizándole las manos.

—Ahora aprenderás una lección, maldita —amenazó entre dientes.

Con una mano, el soldado rasgó violentamente la túnica de Artemisia. Ella gritó, implorando a los dioses y pidiendo ayuda, pero aquello era música para sus oídos. Los hombres a su alrededor rieron y silbaron, animándole.

El bruto sujetó las manos de la niña por encima de su cabeza, mientras con la otra mano terminaba de rasgar lo que quedaba de sus ropas, dejándola desnuda. Las risas de los soldados aumentaron.

La niña enfrentó la mirada lasciva del hombre, que separó sus piernas usando las rodillas. Intentó defenderse con todas sus fuerzas, pero era inútil; Artemisia no era más que una niña de doce años.

Cerrando los ojos, la niña oró para que algún dios descendiera del Olimpo[27] y la ayudara, prometiendo servirle toda su vida. Pero ningún dios escuchó su ruego, y sintió un dolor profundo cuando el bruto la violó.

Apretando los dientes con fuerza, mordió sus propios labios, sintiendo el sabor de la sangre en la boca, sofocando un grito mientras las lágrimas surcaban su rostro.

Después de que el hombre terminó, otro ocupó su lugar, y luego otro y otro. Artemisia perdió la noción del tiempo; ya no sentía dolor, ni sentía nada, y, por una misericordia divina, acabó desmayándose.

Cuando despertó, el sol ya asomaba en el horizonte. Sintiéndose adolorida en todo el cuerpo, Artemisia intentó moverse, pero un dolor atroz la atravesó, haciéndola sentir como si estuviera partida en dos.

Gritó, pero su voz falló y solo emitió un gemido ronco. Moviendo la cabeza hacia los lados, lo que vio no hizo más que aumentar su dolor. De un lado, su padre estaba con el rostro vuelto hacia el suelo, aún con la armadura; no podía ver su cara, pero un charco de sangre se extendía donde reposaba su cabeza. A su lado, desnuda, yacía su madre con los ojos abiertos y vidriosos. Del otro lado, su hermano estaba caído, con su túnica de algodón blanco teñida de rojo en el vientre, donde la espada lo había herido mortalmente, y el rostro contorsionado de dolor en el momento de su muerte.

Desviando la mirada, alcanzó a ver la casa donde había nacido y el granero, ambos incendiados, con humo negro saliendo de sus escombros.

Artemisia cerró los ojos horrorizada; las personas que más amaba estaban muertas a su lado, y ella no tenía fuerzas para darles una sepultura digna. Intentó moverse una vez más, pero el dolor excruciante la obligó a morderse los labios con fuerza, y se quedó inmóvil, ya que el simple acto de respirar le causaba agonía.

El sol avanzó, calentando el día y aumentando la sed de la niña, quien vagaba en un estado de semiinconsciencia, alternando entre momentos de lucidez, delirio e inconsciencia, su mente oscilando entre los recuerdos de los momentos felices que había vivido con su familia, el horror de sus muertes, la violación que había sufrido y el alivio de la oscuridad.

La noche llegó, congelando aquel frágil cuerpo. Las estrellas cruzaron el firmamento mientras ella rezaba a los dioses para que aliviaran su sufrimiento y le permitieran morir.

Pero los dioses no escucharon sus plegarias, y el amanecer llegó una vez más.

Cuando despertó, el sol ya asomaba en el horizonte. Sintiéndose adolorida en todo el cuerpo, Artemisia intentó moverse, pero un dolor atroz la atravesó, haciéndola sentir como si estuviera partida en dos.

Gritó, pero su voz falló y solo emitió un gemido ronco. Moviendo la cabeza hacia los lados, lo que vio no hizo más que aumentar su dolor. De un lado, su padre estaba con el rostro

vuelto hacia el suelo, aún con la armadura; no podía ver su cara, pero un charco de sangre se extendía donde reposaba su cabeza. A su lado, desnuda, yacía su madre con los ojos abiertos y vidriosos. Del otro lado, su hermano estaba caído, con su túnica de algodón blanco teñida de rojo en el vientre, donde la espada lo había herido mortalmente, y el rostro contorsionado de dolor en el momento de su muerte.

Desviando la mirada, alcanzó a ver la casa donde había nacido y el granero, ambos incendiados, con humo negro saliendo de sus escombros.

Artemisia cerró los ojos horrorizada; las personas que más amaba estaban muertas a su lado, y ella no tenía fuerzas para darles una sepultura digna. Intentó moverse una vez más, pero el dolor excruciante la obligó a morderse los labios con fuerza, y se quedó inmóvil, ya que el simple acto de respirar le causaba agonía.

El sol avanzó, calentando el día y aumentando la sed de la niña, quien vagaba en un estado de semiinconsciencia, alternando entre momentos de lucidez, delirio e inconsciencia, su mente oscilando entre los recuerdos de los momentos felices que había vivido con su familia, el horror de sus muertes, la violación que había sufrido y el alivio de la oscuridad.

La noche llegó, congelando aquel frágil cuerpo. Las estrellas cruzaron el firmamento mientras ella rezaba a los dioses para que aliviaran su sufrimiento y le permitieran morir.

Pero los dioses no escucharon sus plegarias, y el amanecer llegó una vez más.

***

Mientras Artemisia esperaba la muerte, Perseo iniciaba una nueva fase de su entrenamiento.

Cinco años habían pasado desde que ingresó en la agogé, años de entrenamiento duro e intensivo. Dos veces al año, Perseo y los demás recibían una licencia para ir a casa durante tres días. En todos esos años, él llegaba a la granja con el cuerpo lleno de hematomas debido a los entrenamientos y golpizas a los que era sometido. Su madre lo miraba con pena, pero solo lo abrazaba, besándole la cabeza, y ordenaba a los sirvientes que prepararan su comida favorita.

Clemena ya había pasado por esto con Epidamas, pero a diferencia de Perseo, su primogénito pronto se convirtió en líder de los chicos y rara vez era golpeado. Lo que más deseaba era abrazar a su hijo menor y protegerlo de todo el mal del mundo, pero él había nacido espartano y eso significaba que pertenecía al Estado y no a ella; por eso solo intentaba hacer que sus licencias fueran lo más agradables posible.

Hipócrates lo recibía con una mezcla de alegría y tristeza, y lo interrogaba sobre lo que había aprendido. El viejo mentor aprovechaba el poco tiempo de descanso para reforzar algún conocimiento en el que él estuviera teniendo dificultades. Para él también era difícil ver al chico regresar tan lastimado, aún más por no ser espartano, sino un esclavo liberado de otra ciudad-estado.

En las raras ocasiones en que Perseo encontraba a su padre, él le preguntaba cómo le iba.

—Estoy bien, padre —era siempre la misma respuesta, aunque en su interior Perseo deseaba quedarse en casa y no volver nunca más a la agogé, pero la humillación de aceptar su derrota lo hacía mentir.

Xeron parecía leer sus pensamientos, pues siempre afirmaba:

—Ser espartano es ser un soldado del Estado toda la vida. Vivimos con nuestras madres hasta los siete años, solo podemos casarnos a los treinta y nos jubilamos a los sesenta. Nuestro

estilo de vida nos hace fuertes; sacrificamos la vida por el Estado, no hay avaricia ni desperdicio en Esparta. No poseemos templos lujosos como en Atenas, ni filósofos, actores o piezas teatrales. Nuestros jóvenes son entrenados para un único propósito: ser guerreros y defender nuestra patria con la propia vida. Por eso somos temidos y respetados. No podemos dedicarnos a nada más que no sea entrenar y servir. Es por eso que nos dan tierras y siervos para que trabajen en ellas; así podemos dedicarnos exclusivamente al Estado. Sé que el entrenamiento es duro y cruel; tu hermano pasó por esto, yo pasé por esto, al igual que mi padre y el padre de este, por generaciones. Cuando seas un hombre, agradecerás el duro entrenamiento —afirmaba, mirándolo a los ojos.

El joven permanecía en silencio, pues nunca tendría el valor de quejarse ante su padre. Jamás lo avergonzaría de esa manera, aunque su deseo fuera implorar para que no lo enviara de nuevo al entrenamiento.

En todas las licencias que disfrutó durante esos cinco años, cuando llegaba a la granja, buscaba a Elana, pero nunca la encontraba. Su madre decía que la habían enviado a otra ciudad para hacer compras y cambiaba de tema. No tenía el valor de presionarla; temía que, si ella descubría el juramento que había hecho, o sobre sus sentimientos, que, a pesar del tiempo, no habían cambiado; por el contrario, parecían crecer a medida que él maduraba, echándola de la granja.

Buscó a los padres de Elana y les exigió que le dijeran dónde estaba, pero ellos confirmaban las palabras de su madre; él sabía que era mentira, pero nada podía hacer.

Cuestionó a Hipócrates, pero él siempre respondía de la misma forma:

—Niño, déjala en paz. Verla solo le causará dolor. Lo que crees sentir es solo amor infantil; pronto la olvidarás —afirmaba con una expresión triste.

Entonces regresaba al campamento con un peso en el corazón.

Estaba creciendo, pero no lograba olvidar a Elana.

Los años en la agogé lo habían madurado, ahora entendía la situación de su amiga y su pueblo. Deseaba hablar con ella más que nada, decirle que no le importaba que ella fuera una ilota.

En el campamento, no tenía amigos; no podía exponer sus sentimientos a sus compañeros o instructores. El hecho de sobresalir en las artes intelectuales no le ganaba la simpatía de nadie. A pesar de estar rodeado de compañeros, nunca se había sentido tan solo en la vida.

Había cumplido doce años y ahora se aproximaba su primera prueba en la que el fracaso podría costarle la vida.

CAPÍTULO 6

Artemisia escuchó voces a lo lejos; eran persas. Conocía un poco el idioma, ya que su padre insistía en que los hijos aprendieran con el sirviente de un comerciante persa con el que él comerciaba y que los visitaba una vez al mes, pues Halicarnaso estaba bajo la esfera de influencia del Imperio persa.

De repente, un rostro apareció sobre ella; unos ojos castaños, tristes y compasivos, la miraban fijamente. Él dijo algo en persa, pero ella apenas lograba concentrarse en sus palabras. Entonces el hombre cambió al griego:

—Tranquila, niña, cuidaré de ti —murmuró con voz suave.

Artemisia volvió a desvanecerse. En su estado de semiinconsciencia, sentía el cuerpo arder como si estuviera en una pira funeraria, pero notó que estaba en un carro, cuyo balanceo aumentaba aún más el dolor que sentía.

A cada momento, los recuerdos la asaltaban: la muerte de sus seres queridos y la violación de su inocencia se sucedían en un desfile incesante. La imagen monstruosa del hombre que la había ultrajado no salía de su mente; sus ojos, como los de una bestia, la aterrorizaban en su delirio.

Orando a los dioses, pidió que aliviaran su dolor, que le permitieran morir y reunirse con sus padres y su hermano, pero una vez más los dioses no la escucharon, y finalmente la niña se sumergió en la bendita oscuridad y soñó.

En su sueño, una mujer bellísima, vestida con una larga túnica blanca que brillaba al moverse, se acercó acompañada de un fuerte guerrero con armadura completa; su aspecto inspiraba temor y fuerza.

Ambos se detuvieron a su lado y la observaron. Artemisia podía sentir el poder que emanaba de ellos. Conversaban entre sí, aunque ella no lograba entender lo que decían. Sin embargo, la gracia y el encanto de la mujer hacían sonreír al guerrero, algo que la niña nunca habría esperado de una figura tan aterradora. Entonces comprendió que eran Afrodita[28] y Ares[29].

Afrodita se volvió hacia ella y habló con una voz suave, como el canto de los pájaros:

—Hija mía, sírveme y, a través de los misterios femeninos, pondré a hombres poderosos a tus pies; a través de ellos conquistarás gran poder y honor.

Artemisia se sobresaltó. ¿Cómo podía una diosa aparecerse a una mortal tan insignificante como ella? Ares la miró; de sus ojos parecían brotar llamas, y podía escuchar gritos de guerra y el lamento de los heridos en la lejanía. Cuando el Dios habló, su voz tenía el

timbre del trueno.

—Sírveme y serás poderosa. Comandarás soldados en batalla y podrás dominar naciones. A través de mí, podrás vengarte de aquellos que te causaron dolor.

Los dos dioses la observaban, esperando una decisión. Al mirar a los ojos de la diosa, la niña se vio a sí misma en un palacio, rodeada de bellos niños, con un esposo a su lado, gobernando naciones. Pero cuando enfrentó la mirada de Ares, se vio liderando tropas; la sangre y la devastación serían su legado allá por donde pasara.

La niña pensó en los hombres que destruyeron su vida; su mayor deseo era matarlos con sus propias manos.

Con valentía, se dirigió a Ares:

—¡Dios de la guerra! Te serviré a ti; hazme lo suficientemente fuerte para comandar. Te juro que no me acostaré con ningún hombre por voluntad propia; para mí, los misterios del amor permanecerán desconocidos. Repudio los dones femeninos, repudio a Afrodita y sus misterios.

Ares sonrió a la niña, pero su sonrisa, en vez de transmitir simpatía, infundía miedo. Se volvió hacia Afrodita, y su sonrisa cambió a la de un enamorado.

—Ves, mi bella, la venganza y el odio superan al amor —afirmó con una sonrisa.

La diosa la miró; sus hermosos ojos emitían chispas, y Artemisia sintió miedo. Su voz entonces sonó fría y cruel:

—¡Niña insolente! Desprecias los misterios del amor, así que te lo digo: llegará el día en que amarás como nunca has amado en la vida y serás correspondida en la misma medida. Pero tendrás que elegir entre vivir sirviendo a Ares, alcanzando tus objetivos, o vivir ese amor durante un breve tiempo.

En ese momento, el sueño terminó y la niña se despertó sobresaltada. La fiebre había pasado. Al mirar a su alrededor, notó que estaba acostada en una cama sobre pieles, en el interior de lo que parecía ser una pequeña habitación. Un candil de barro iluminaba el lugar tenuemente. Al levantar el manto de pieles que la cubría, vio que llevaba puesta una túnica de algodón. Ya no sentía su cuerpo arder, pero el dolor persistía, aunque había disminuido un poco.

De repente, una mujer de mediana edad entró. Por la vestimenta que llevaba —una túnica larga y blanca y un velo del mismo color que le cubría el cabello— parecía una sacerdotisa. Se sentó en un taburete junto a la cabecera de la cama y, sosteniendo la cabeza de Artemisia con una mano, la levantó un poco mientras, con la otra, acercaba a sus labios un cuenco de barro con agua, lo que hizo que bebiera con ansia. Sin embargo, el dolor la atravesó como un rayo, haciéndola atragantarse.

—Calma, hija mía —murmuró la sacerdotisa en griego.

—¿Dónde estoy? —preguntó Artemisia con voz débil después de recuperarse.

—En un templo de la diosa Afrodita —la sacerdotisa acarició el cabello de la niña. Nunca había visto a alguien tan joven con tantos moretones por el cuerpo.

Lágrimas corrieron por el rostro de Artemisia al recordar lo que había sucedido: sus padres y su hermano muertos, su cuerpo violado y su inocencia perdida para siempre.

¿Por qué los dioses no permitieron que me uniera a ellos?, pensó, y un sentimiento de odio que nunca había experimentado se apoderó de ella. Recordó el sueño y la promesa hecha a Ares, el dios de la guerra.

¡Dame fuerzas, mi señor! ¡Haré que los campos se empapen con la sangre de mis enemigos! Oró fervientemente en silencio.

—¿Cuándo puedo marcharme? —preguntó con determinación, intentando mantener la voz firme.

—Estás bajo el cuidado de un noble persa y aún no estás en condiciones de viajar —la sacerdotisa se asombró ante la determinación que vio en esos ojos azules.

—Llámalo, por favor —pidió de forma imperiosa a la mujer, que la miraba sorprendida. Necesitaba saber quién era el hombre que la había rescatado y cuáles eran sus intenciones.

La sacerdotisa se levantó y salió de la habitación, dejándola sola. Artemisia palpó su cuerpo, sintiendo dolores por todos lados, pero con esfuerzo y apretando la mandíbula para no gritar, logró sentarse apoyando la espalda contra la pared.

Al cabo de un tiempo, un hombre de mediana edad entró en la habitación. Tenía el cabello negro con algunas hebras plateadas, una barba bien cuidada, también negra, y ojos castaños y tristes. Vestía una túnica de mangas largas de color verde, pantalones y botas de fieltro, y un cinturón de cuero ceñía su cintura; la calidad de su vestimenta dejaba claro que era alguien adinerado.

—¿Cómo estás, hija mía? —el hombre se mostró amable, hablando en un griego sin acento mientras se sentaba en el lugar que la sacerdotisa había ocupado antes. Estaba sorprendido; no imaginó que aquella niña, a quien había encontrado tan maltratada, lograría sobrevivir.

—Bien, ¿quién es usted? —preguntó con curiosidad, aunque todavía con voz débil.

—Soy Mardoc, comandante persa bajo las órdenes directas del rey Darío —hizo una reverencia formal.

—¿Fue usted quien me socorrió?

—Sí, hija mía, te encontré casi muerta junto a los cuerpos de tus familiares; la finca había sido saqueada e incendiada, el ganado llevado y los sirvientes asesinados —el tono de su voz

sonó triste al recordar la escena de la masacre que había presenciado.

Lágrimas amenazaron con llenar los ojos de Artemisia, pero se contuvo; necesitaba ser fuerte.

Percibiendo la emoción de la niña, Mardoc continuó:

—No te preocupes, hemos realizado los ritos fúnebres adecuados a tus creencias —afirmó con amabilidad. Así lo había hecho; había un griego entre sus hombres y él se encargó de los detalles y de los sacrificios a los dioses.

—No tengo palabras para agradecer su piedad, pero ¿cuándo podré marcharme? —la pregunta audaz sorprendió al hombre.

—No estás en condiciones de viajar, y aun si lo estuvieras, ¿a dónde irías?

—¡Entrenaré hasta convertirme en una guerrera para vengarme! —a pesar de la exclamación infantil, Mardoc percibió la fuerza en aquella mirada.

Artemisia no tenía idea de cómo podría transformarse en una guerrera; Halicarnaso no admitía mujeres en sus tropas, de hecho, no conocía ningún ejército que aceptara.

El persa sonrió y ella se volvió hacia él, irritada, lanzándole una mirada fulminante, imaginando que tal vez se estaba burlando de sus intenciones.

—¿Crees que no puedo?

—Sí, pequeña leona, creo que podrías, pero si realmente deseas ser una guerrera, tal vez pueda ayudarte —su sonrisa y su tono de voz eran sinceros.

—Te estaría eternamente agradecida —respondió con esperanza.

—Puedo llevarte conmigo a Susa, la capital del Imperio; soy un noble, amigo del rey, allí podrás ser entrenada en mi casa —sugirió con una mirada benevolente.

—¿Por qué harías esto por mí? —la desconfianza asaltó a Artemisia; había oído que los persas mantenían harenes con niñas griegas.

—Mi hija, que murió hace tres años, tendría tu edad —su mirada y su tono de voz eran tristes—. Te pareces a ella.

Artemisia se quedó en silencio, al fin y al cabo, no era solo ella quien había sufrido tragedias personales.

Meditó: *¿qué opciones tenía? No conocía nada más allá de los límites de donde nació y hacia donde no podría regresar; no tenía otros parientes y dudaba que algún amigo de su padre la aceptara, a menos que fuera como sirvienta. Ahora estaba marcada; había sido violada y ningún hombre o familia la aceptaría.*

¡Ares, inspírame! Oró mentalmente.

—Acepto —respondió tímidamente, odiando tener que depender de la bondad de extraños.

—¡Genial! Pasaremos unos días más aquí hasta que te recuperes para luego reanudar el viaje —Mardoc sonrió y tocó gentilmente la mano de la niña, pero asustada, ella la retiró como si la hubiera atacado una serpiente—. Ahora es mejor que descanses —ignoró la reacción más que normal ante el trauma que había sufrido aquella pobre niña.

Haciendo una reverencia, se levantó y salió.

Artemisia se recostó en la cama, y una lágrima solitaria corrió por sus ojos.

¿Qué será de mí ahora? ¿Conseguiré convertirme en guerrera? La añoranza de sus padres y su hermano la asaltó y pronto estaba llorando copiosamente en silencio.

Se quedaron en el templo durante dos semanas hasta que los dolores que asolaban el cuerpo de Artemisia disminuyeron a un pequeño malestar, pero los dolores en su alma, esos no cicatrizarían nunca.

Cada noche soñaba con ese rostro odioso y ojos perversos que intentaba olvidar desesperadamente, despertando empapada en sudor con un grito de horror atrapado en la garganta. Se sentía sucia; por más que se bañara, no lograba sentirse limpia.

Finalmente, llegó el día del viaje. Antes de partir, la sacerdotisa principal se sentó a su lado para conversar.

Estaban en el jardín del templo, en un pequeño banco de madera, mientras la niña esperaba que las maletas fueran colocadas en la carreta que utilizarían. Algunos árboles con hermosas flores colgando de sus ramas desprendían un olor suave, el sol de la mañana brillaba en un cielo sin nubes y los pájaros cantaban entre las ramas.

—Mi niña, antes de partir tengo algo que contarte —la sacerdotisa tomó sus manos.

—¿Qué sería, señora? —preguntó Artemisia, mirando a la mujer que tenía una expresión triste.

—Las lesiones que sufriste fueron muy graves, casi te llevaron a la muerte por hemorragia; nuestros sanadores hicieron todo lo posible para salvarte, estar ahora tan recuperada es un milagro de Afrodita.

Milagro de Ares. Pensó Artemisia, recordando el sueño y la elección hecha.

—Pero nunca podrás tener un hijo —continuó la sacerdotisa después de un momento, observándola, ansiosa por su reacción, esperando gritos y llantos.

Artemisia meditó por un minuto; jamás se acostaría con un hombre, solo con imaginar a

uno tocándola sentía el inicio de un pavor que no podía explicar. Sus sueños infantiles de amor romántico, de conocer a un joven hermoso con quien casarse, estaban definitivamente destruidos, y se dio cuenta de que no le importaba no tener hijos.

—No me importa, señora; no pretendo tener hijos ni dormir con ningún hombre en este mundo —respondió contrayendo la mandíbula—. Para mí, no tenerlos es una bendición.

—No digas eso, niña; la diosa Afrodita rige los misterios del amor, y es por el amor que generamos niños —la sacerdotisa la reprendió escandalizada.

—No sigo a la diosa; solo sigo a Ares Homicida; los misterios de Afrodita no me interesan —Artemisia se rió a carcajadas sin poder contenerse.

La sacerdotisa se levantó asustada, mirándola.

—¡Eso es blasfemia! ¡La diosa puede querer vengarse de ti, niña! —advirtió, saliendo del lugar ofendida.

Artemisia sonrió; no le importaba no poder tener hijos, no los quería de todos modos, su único deseo era empuñar una espada en la batalla.

Mardoc la encontró aún sonriendo en el jardín; estaban listos para partir.

¿Qué será lo que el destino y Ares me reservan? Pensó.

***

Al cumplir doce años, todos los alumnos de la agogé eran sometidos a una prueba para demostrar si continuarían el entrenamiento. Aquellos que no la aprobaran probablemente estarían muertos.

En una mañana neblinosa de invierno, todos fueron llevados en carretas hasta un acantilado en el Monte Taigeto. Después de casi un día y una noche sacudidos dentro de la carreta, llegaron en la madrugada siguiente y fueron dejados solo con un manto, sin comida ni armas.

La distancia hasta su campamento era de tres días a pie. La orden era llegar a la agogé o morir en el intento.

Los treinta chicos dejados en el lugar pronto se dispersaron; algunos habían forjado alianzas entre ellos para ayudarse mutuamente, pero a Perseo lo ignoraron.

El frío era brutal. La primera medida que Perseo tomó fue encender una fogata utilizando piedras, ramas y musgo. Luego, utilizó las mismas piedras afiladas para hacer una lanza improvisada con un trozo de rama, mientras se calentaba junto al fuego.

Los bosques alrededor del Monte Taigeto eran espesos; había lobos y osos en la zona, pero los dioses fueron benévolos y ninguno se acercó a su fogata durante el resto de la noche, aunque él se quedó despierto durante horas escuchando los sonidos aterradores de la selva.

Al amanecer, comenzó la caminata de regreso, orientándose por el sol. Al mediodía, preparó varias trampas y durmió durante dos horas, colgado de las ramas de un árbol; dormir en el bosque era invitar a ser devorado por las bestias. Cuando se despertó, revisó las trampas y sonrió feliz; había atrapado un conejo.

Utilizando trozos de piedras afiladas, le quitó la piel y las vísceras. Luego, encendió una fogata y asó al pequeño animal, devorándolo después; su hambre era tal que solo quedaron los huesos. Reinició su caminata, tratando de no pensar en nada, solo en dar un paso tras otro; aquella no era solo una prueba de resistencia física, sino también mental.

Cuando la noche se acercó de nuevo, encendió una fogata y pasó otra noche al aire libre, concentrado en los sonidos del bosque.

Durante las horas oscuras pensó en su padre y su hermano; ellos habían pasado por la misma prueba y sobrevivido, él no debía fallar. También pensaba en Elana, imaginando dónde y cómo estaría; debía haber crecido y convertirse en una hermosa joven.

Esos pensamientos ayudaban a calentar su cuerpo.

Cuando la aurora apareció en el horizonte, siguió corriendo hacia Esparta. Mantenía un ritmo moderado, el que los instructores decían que permitía correr durante horas sin descanso, algo que había aprendido en la práctica; además, correr ayudaba a espantar el frío.

Al anochecer, exhausto, Perseo decidió colocar algunas trampas y luego buscar leña para hacer la fogata. Cuando terminó de preparar su precario campamento, revisó las trampas y se dio cuenta, feliz, de que había atrapado otra liebre.

A la mañana siguiente, continuó la carrera de regreso.

Cuando se acercaba el crepúsculo, Perseo avistó el campamento a lo lejos.

¡Lo conseguí! Fue su grito mental. Estaba helado, hambriento, pero vivo.

Había pasado la prueba.

Los instructores estaban satisfechos. De los treinta alumnos, dos murieron durante la caminata de regreso; los que sobrevivieron fueron trasladados a otro campamento.

Una nueva fase del entrenamiento, aún más dura, iba a comenzar y no terminaría hasta que cumplieran dieciocho años.

CAPÍTULO 7

El viaje hasta Susa, capital del Imperio Persa, fue largo, a pesar de que Mardoc tomó la carretera real que cruzaba el imperio saliendo de Sardes, ya que en su camino existían numerosos puestos comerciales, posadas y ciudades que hacían la jornada más suave.

—Un historiador griego[30] que cruzó esta carretera solía decir que "no hay nada en el mundo que viaje más rápido que los mensajeros persas, ni la nieve, ni la lluvia, ni el calor y ni la oscuridad de la noche impiden que realicen la tarea propuesta a ellos con la máxima velocidad". Y es verdad, nuestros mensajeros atraviesan el Imperio por esta carretera rápidamente —explicó Mardoc a una curiosa Artemisia.

Ella estaba deslumbrada, nunca había salido de los límites de Halicarnaso y escuchaba con atención a su benefactor explicar que la carretera había sido construida por orden del rey Darío I[31] y que se iniciaba en el oeste del Imperio, en la ciudad de Sardes, y seguía hacia el este hasta la ciudad de Nínive, la antigua capital del Imperio Asirio, donde entonces giraba hacia el sur, hasta la ciudad de Babilonia.

Cerca de Babilonia, se dividía en dos rutas: una se dirigía al noroeste y luego al oeste a través de la ciudad de Ecbatana por la ruta de la seda, y otra proseguía hacia el este hasta la capital persa, Susa, y de allí continuaba en dirección sureste hasta la ciudad de Pasargada y Persépolis.

Viajaban en una espaciosa carreta cerrada, aunque el deseo de Artemisia era montar a caballo, sus heridas aún no le permitían viajar de esa manera. La carretera era excelente, amplia y concurrida; caravanas provenientes del oriente con seda, especias, perfumes y una infinidad de objetos preciosos se dirigían a los puertos de las ciudades jónicas, trayendo en su viaje de regreso cereales y vinos.

Durante las largas marchas, Mardoc le contó sobre su vida. Era un noble persa, un primo lejano del rey Darío, su esposa, a quien idolatraba, había fallecido durante el parto de su única hija, a quien crio con toda devoción, pero tres años antes, la niña, que tenía la misma edad que ella, enfermó y los médicos reales no lograron salvarla.

—Ella era mi flor de loto, mi único tesoro. Cuando mi esposa falleció al dar a luz, fue el amor por mi pequeña lo que me impidió morir de dolor. Era una niña encantadora, siempre feliz y cariñosa. Después de que ella partió hacia los dioses, nada más me mantenía en la capital. Solicité una misión al rey que me envió como comandante de una guarnición para combatir las incursiones griegas —explicó con los ojos llenos de lágrimas.

Recorrían la carretera real durante toda la mañana, deteniéndose solo cuando el sol estaba en su punto más alto en alguna ciudad, plaza fuerte o posada de las muchas que existían en el camino. Retomaban el trayecto después del almuerzo, deteniéndose solo una hora antes del crepúsculo.

En estas paradas, Mardoc comenzó a enseñarle adecuadamente el uso del arco y la flecha. Artemisia siempre había disfrutado de esa arma, pero su padre nunca le permitió usarla ni la llevaba consigo en las cacerías que hacía con su hermano.

—El arco es un arma elegante. Todo persa bien nacido debe saber hacer dos cosas: montar y manejar el arco y la flecha —explicó su mentor, mostrándole un hermoso arco con incrustaciones de una piedra blanca que él dijo que se llamaba marfil, extraído de los colmillos de bestias del otro lado del mundo.

Ella tomó el arco en la mano y sintió su peso, luego intentó tensar la cuerda, pero solo hizo un leve retroceso.

—Necesitas primero fortalecer tus brazos y manos —se rió Mardoc.

A partir de ese día, todas las tardes él la hacía entrenar físicamente, fortaleciendo sus brazos, abdomen y piernas. Un capitán de su escolta le enseñaba los rudimentos de la esgrima, utilizando una pesada espada de metal sin filo.

—Si te acostumbras a esta que tiene peso extra, cuando utilices la espada normal la encontrarás ligera —explicaba el implacable oficial que la golpeaba cada vez que veía una brecha en su defensa.

Durante las noches, Mardoc le enseñaba la lengua persa y babilónica, que ella aprendía rápidamente. Su benefactor era un hombre instruido, hablaba diversas lenguas y había viajado mucho por el imperio y más allá de él, incluso había estado en Grecia. Era un hombre amable, aunque firme con los sirvientes y soldados que los acompañaban, pero con Artemisia era cariñoso. A veces ella lo sorprendía observándola con los ojos llenos de lágrimas, pero fingía no darse cuenta y él disimulaba sus emociones, aunque ella sabía que pensaba en su fallecida hija.

—Esto es un don dado por el dios Ahura Mazda[32] — decía sorprendido y orgulloso sobre la facilidad de su pupila para aprender lenguas extranjeras.

El viaje duró días, hasta que finalmente, en una tarde, se detuvieron en una plaza fuerte del ejército persa. Mardoc consiguió dos habitaciones en el lugar donde pasarían la noche.

—Mañana llegaremos a Susa —explicó —. Recuerda las instrucciones que te di sobre cómo comportarte en la corte y frente al rey.

A principios de la tarde siguiente, entraron en la capital por la concurrida carretera real. El sol, poniéndose por el oeste, la iluminaba, dándole un brillo dorado. Antes de alcanzar los muros, pasaron por grupos de casas de mampostería que se extendían a ambos lados del camino, intercaladas por pequeñas calles.

Artemisia quedó asombrada; la ciudad era más grande que Halicarnaso. Bazar, tabernas, establos y una profusión de construcciones demostraban lo poblada que era, extendiéndose en todas las direcciones. Las personas caminaban por las calles empedradas, algunas llevando cestas con verduras y legumbres, otras conduciendo carneros, cabras y otros animales. Todos abrieron paso al ver los emblemas reales que portaban la escolta y el carruaje.

Llegaron a las puertas de la ciudad, rodeada por un enorme muro de ladrillos, que se elevaba decenas de pies de altura. Un foso de varios pies de ancho, lleno de agua, la circundaba. Enormes bloques del mismo material que el muro se alzaban en altura, sujetando los dos pesados portones abiertos que parecían ser de bronce.

Una amplia avenida principal, flanqueada por árboles, columnas y extraños monumentos con hombres barbudos sosteniendo arcos, leones con cabeza de águila, toros, entre otros, se extendía en línea recta hasta un conjunto de edificios que se vislumbraban a lo lejos en una colina elevada. Jardines se esparcían por todos lados, así como palacios y templos repletos de terrazas arboladas.

Antes de llegar al conjunto de palacios en la colina, la comitiva giró a la derecha en una calle secundaria, también flanqueada por grandes casas.

Tras unos minutos, pasaron por la puerta de un palacete, entrando en un hermoso jardín con árboles y flores que Artemisia nunca había visto. Criados elegantemente vestidos con túnicas blancas les aguardaban; uno de ellos, calvo y con aspecto de tener más de sesenta años, se acercó en el momento en que Mardoc descendía del carruaje.

—Bienvenido, maestro —dijo el hombre, inclinándose.

—Es bueno estar de vuelta, Enoque —respondió Mardoc—. Esta es Artemisia, mi invitada. Trátala como si fuera mi hija —ordenó mientras la ayudaba a bajar del carruaje, sosteniendo su mano.

—Bienvenida, señora —respondió Enoque, inclinándose ante Artemisia.

Ella le devolvió el saludo con una sonrisa tímida.

—Procure los aposentos que eran de mi hija para ella, además de ropa adecuada a su dignidad. Probablemente mañana la presentaré en la corte.

—Inmediatamente, señor —respondió el anciano, haciendo señales a los demás criados para que se encargaran de las maletas y de los animales.

—Enoque es hebreo, es mi mayordomo personal y ha estado en mi familia desde que nací. Puedes confiar en él para cualquier cosa —explicó Mardoc mientras entraban.

El palacete era inmenso; salas, habitaciones, baños y jardines ocupaban el lugar. Mardoc la llevó a una hermosa habitación con una enorme cama. Una puerta doble en su interior daba acceso a un jardín privado con un árbol que él dijo que se llamaba palmera datilera y varias flores colgaban de las paredes.

—Esta era la habitación de mi hija; ahora es tuya —dijo señalando el aposento.

—Gracias —respondió Artemisia, avergonzada, mientras observaba el hermoso lugar, muy diferente de la pequeña cama de madera de su habitación en su hogar en Halicarnaso.

¡Hogar! Ahora tengo otra casa o un hogar al que regresar. Pensó con amargura.

—Ahora descansa; las sirvientas vendrán a preparar tu baño. Esta noche cenaremos en el salón principal. Varios de mis clientes vendrán para rendirme cuentas —explicó Mardoc.

—¿No entrenaremos hoy?

—No, pequeña leona. Hoy descansaremos. Mañana será un día importante —Mardoc hizo una leve reverencia y dejó la habitación con una sonrisa.

Artemisia se recostó en la cama; era muy suave y cómoda para su gusto. No pasó mucho tiempo cuando tres sirvientas entraron: una anciana y dos bellas jóvenes morenas, riendo entre sí y conversando en un dialecto que ella no reconocía, cargaban cubos de madera con agua que, por el vapor que exhalaba, debía estar hirviendo.

Con amabilidad la desnudaron, a pesar de sus protestas, y la obligaron a entrar en una bañera detrás de un biombo de bambú en la esquina de la habitación, de frente al jardín interno, donde pusieron el agua caliente. Le frotaron el cuerpo y le lavaron el cabello. Luego intentaron secarla con suaves paños, pero ella las detuvo, secándose sola. Al terminar, le ayudaron a vestirse con una complicada túnica larga de estilo persa en color rojo y dorado, hecha de una tela suave que nunca había probado, y después la hicieron sentar en un taburete acolchado, peinando su cabello en un elaborado moño que sujetaron con horquillas que parecían de plata. Finalmente, quedaron satisfechas y salieron sonriendo.

Artemisia tomó un pequeño espejo que ellas habían dejado sobre una mesita de madera. Una extraña con cabello rubio, ojos azules y labios rojos la miraba de vuelta; sus ojos, que antes eran de un azul claro, ahora tenían un tono oscuro, como si una sombra se hubiera depositado en el fondo de su mirada. Con desagrado, dejó caer el espejo.

Sus padres siempre le habían dicho que era hermosa, que había sido bendecida por Afrodita y que conseguirían un excelente matrimonio para ella.

¿De qué servía la belleza? No me protegió a mí ni a mi familia. Antes de ser una bendición, era una maldición. Pensó mientras permanecía sentada, inmersa en pensamientos sombríos, pero pronto apareció Enoque.

—Acompáñame, señora —pidió el mayordomo, mirándola para ver si entendía persa.

La siguió por los corredores del palacio hasta un gran salón iluminado por candelabros de metal colgados del techo con cadenas. Las amplias ventanas permitían la entrada de una fresca brisa nocturna, haciendo que las ligeras cortinas ondearan. Un leve aroma a incienso flotaba en el aire. En el centro del salón había una gran mesa rectangular rodeada de taburetes, donde varios hombres estaban sentados.

Los sirvientes circulaban por el salón con bandejas repletas de delicias, otros llevaban ánforas y vertían líquidos rojos y amarillos en copas que parecían de plata. En la cabecera de la mesa había dos sillas tapizadas; sentado en una de ellas, Mardoc se levantó y le indicó la silla a su lado para que se sentara, bajo la mirada de todos los presentes.

—Esta es Artemisia, mi hija adoptiva —presentó, sorprendiéndola—. Trátenla con el respeto, la consideración y la dignidad que merece.

Los hombres presentes se levantaron y se inclinaron hacia ella. Artemisia sintió su rostro ruborizarse y sonrió, algo avergonzada. El banquete —pues en realidad se trataba de eso y no solo de una cena— transcurrió durante toda la noche. Su persa era bueno, pero aún no lo suficiente como para comprender las discusiones y conversaciones que recorrían la mesa a gran velocidad.

Se mantuvo en silencio la mayor parte del tiempo. Por lo que pudo entender, los hombres eran subordinados de Mardoc y le rendían cuentas sobre los asuntos de los que él los había encargado. Su salvador era un hombre muy rico, poseía grandes extensiones de tierra donde se cultivaban trigo, legumbres, cebada, y también era dueño de rebaños de ovejas, cabras y caballos. Además, tenía talleres artesanales que producían desde ánforas hasta armas.

Ya entrada la noche, pidió permiso para retirarse a su habitación. Estaba cansada y aburrida.

—Ve, mi pequeña leona. Mañana te presentaré al rey Darío —dijo Mardoc despidiéndose de ella.

Salió acompañada de una sirvienta que iluminaba su camino con un candil.

Finalmente, después de desvestirse, pudo tumbarse en la cama, donde se revolvió varias veces, tratando de acostumbrarse a su suavidad. Sus pensamientos vagaban. *¿Qué estoy haciendo en este lugar? Debería estar entrenando para vengarme de los hombres que asesinaron a mi familia, especialmente de los espartanos y del monstruo que me ultrajó, pero aquí me tratan como hija de un hombre amable, en una tierra extraña.*

Una vez más, los recuerdos de la fatídica noche en que atacaron su hogar regresaron a su mente, haciendo que lágrimas recorrieran su rostro. Pero con determinación apartó esos pensamientos. No podía entregarse al dolor o acabaría perdiendo la razón. Así que pensó en lo que le depararía el futuro.

¿Cómo sería el rey? Pensó. Durante el viaje, Mardoc le había contado sobre la compleja casa real aqueménida que gobernaba el Imperio persa. Este había sido fundado por Ciro el Grande más de cien años antes, quien había liderado una rebelión contra el Imperio medo, derrotándolos y conquistándolos, para luego formar un imperio que incorporó los territorios de los reinos vecinos.

Su política para gobernar a los diferentes pueblos que sometía consistía en darles las mismas responsabilidades y derechos, siempre y cuando pagaran impuestos y mantuvieran la paz. No interfería en sus costumbres, religiones ni intercambios comerciales.

Ciro murió en batalla contra los masagetas, un pueblo insumiso, y fue sucedido por su hijo, Cambises II, quien había invadido Egipto con un gran ejército formado por soldados de todos los pueblos del imperio, derrotando al faraón Psamético III en la batalla de Pelusio y

conquistando aquel país.

Mientras que Ciro era recordado por su generosidad hacia sus enemigos, Cambises era visto como un tirano. Decían que era un hombre de temperamento explosivo.

Mardoc le contó que Cambises, en un arrebato de furia, había golpeado a su hermana embarazada hasta matarla. Poco después, dejó el cargo de rey y el gobierno pasó a manos de Darío, quien posteriormente se convirtió en uno de los mejores reyes de Persia.

Mi benefactor me explicó que la conquista es un hábito que crea adicción, y que el rey Cambises, habiendo adquirido ese hábito de su padre, actuaba movido por un deseo cada vez mayor; pues además de ocupar la tierra de los faraones, quería conquistar toda África.

—El mundo es inmenso, Artemisia. Hay pueblos y tierras que desconocemos y que nos llevaría una vida encontrar. Más allá de Egipto, no hay mapas confiables —le explicó en una de las muchas paradas durante el viaje.

Al sur, las tierras de Egipto terminaban en Etiopía, donde, según los griegos, los dioses celebran sus banquetes nocturnos. Los etíopes, o el pueblo "de rostro oscuro", contó Mardoc, eran soldados talentosos, organizados y valientes, que ya habían dominado Egipto antes. Cambises había comprendido que para llegar a Etiopía desde Egipto primero tendría que conquistar Nubia, una tierra árida, de antigua cultura, con soldados que usaban lanzas ingeniosamente afiladas. Al oeste del río Nilo, existía otra nación poderosa llamada Cartago, una ciudad portuaria frecuentada por griegos, fenicios y otros pueblos. Entre Egipto y Cartago se extendía un gran desierto.

Cambises, ahora aburrido, pensó que podía sortear el problema avanzando de un oasis a otro. Mientras se preparaba para atacar Etiopía, envió al desierto parte de su ejército estacionado en Egipto, pero esos soldados jamás llegaron a Cartago ni regresaron; simplemente desaparecieron en las ardientes arenas.

La campaña en el sur fue igualmente infructuosa. Cambises avanzó hacia Etiopía por vía terrestre y fluvial, pero no fue más allá de Nubia. Dicen que los nubios destruyeron la flota persa. Las fuerzas terrestres, castigadas por las ardientes regiones desérticas, apenas lograron arrastrarse de regreso a Egipto.

El fracaso tuvo un profundo efecto en Cambises. Al principio, siguiendo el ejemplo de su padre, trató de apaciguar a los egipcios adoptando su vestimenta, costumbres y religión. Pero se rumoraba que su comportamiento era inestable, rayando en la locura.

Se decía que en un ataque de mal genio había matado al buey sagrado Apis, se había burlado y quemado estatuas de los dioses, violado antiguas tumbas y profanado momias. Se contaban historias funestas sobre sus actos en su propio campamento. Se suponía que había asesinado a su esposa Roxana, su hermana, dándole una patada en el vientre; que había ordenado la muerte de Creso y, tras dar contraorden, descargó su frustración en los ejecutores fallidos.

Darío, quien había estado cerca de Cambises en Egipto, intentó luego desmentir los siniestros rumores que corrían por las tierras del Nilo. "La falsedad", afirmó, "se ha extendido por todo el país, no solo en Persia y Media, sino también en otras provincias".

Era prudente mantener cierto escepticismo ante los escándalos que rodeaban la vida privada de los poderosos, no porque su comportamiento fuera ejemplar, lejos de ello, sino porque disponían de los recursos necesarios para mantener sus escándalos en secreto, explicó Mardoc.

Cambises, deprimido, inició el camino de regreso a casa, dejando Egipto. Además de sus desastres africanos, había estallado una rebelión en Persia. Viajó de regreso a través de Gaza y Damasco, acompañado de Darío. En algún lugar de Siria, tal vez en Damasco o Hamadán, Cambises, hijo de Ciro, murió misteriosamente.

Darío, quien asumió el gobierno, afirmó enigmáticamente: "Cambises murió su propia muerte". Se rumoreaba que esto significaba que se había suicidado. Algunas versiones decían que el rey había muerto por una herida accidental que él mismo se había causado; otras, que había caído de su caballo.

La sucesión fue confusa[33], y al final Darío asumió el trono con el nombre de "el Grande", pero su nombre también significaba "el que posee bondad". Gobernaba un imperio que se extendía de este a oeste, de norte a sur, además de las regiones del norte y noreste de África, incluyendo Egipto, el este de Libia, la costa de Sudán y Eritrea, varias islas del mar Egeo, el norte de Grecia, Tracia y Macedonia.

El nuevo rey se encontró con revueltas por todo el reino, pero logró sofocarlas. Tras pacificar sus dominios, expandió su imperio conquistando Tracia y Macedonia e invadiendo Escitia, la tierra natal de los escitas, una nación de tribus nómadas que había invadido Media anteriormente y asesinado a Ciro el Grande en batalla.

—Los escitas tienen varias tribus —explicó Mardoc—. Una de ellas está compuesta solo por amazonas. Cuando lleguemos a Susa, pediré que una de ellas te entrene. Los escitas mantienen una embajada permanente con miembros de varias tribus, entre ellos siempre hay una amazona.

Mardoc continuó explicando que Darío organizó sus territorios dividiéndolos en satrapías y colocando sátrapas[34] para gobernarlas. Creó un nuevo sistema monetario unificado e hizo del arameo el idioma oficial del imperio.

También instituyó proyectos de construcción por todo el Imperio, especialmente en Susa, Pasargada, Persépolis, Babilonia y en Egipto, donde además fue responsable de la codificación de las leyes. Entre los colosales proyectos arquitectónicos que llevó a cabo estaban los magníficos palacios de Persépolis y Susa.

Pero su sueño era conquistar Grecia. Primero envió una expedición para castigar a las ciudades-estado de Atenas y Eretria por su papel en la revuelta jónica, arrasando esta última. Luego intentó someter la Grecia continental e invadió con un gran ejército, pero sus generales fueron derrotados en la Batalla de Maratón.

Darío terminó muriendo de causas naturales sin haber cumplido su sueño y dejó el trono a su hijo Jerjes.

Jerjes I, hijo de Darío I, hijo de Histaspes y nieto de Ciro el Grande. A pesar de que Ariamenes era el primogénito de Darío, fue Jerjes quien lo sucedió, dado que era nieto de Ciro II. Otro hermano fue el sátrapa Aqueménides, hijo de Darío y Atosa. Jerjes estuvo casado con Vasti y, posteriormente, con Ester, de origen judío.

Jerjes heredó el trono por designación de su padre, a pesar de no ser el primogénito. Recibió un imperio organizado y en paz, y heredó el sueño de su padre de dominar Grecia y vengar la derrota en la batalla de Maratón.

Con el ejército más grande jamás visto, marchó contra los griegos; primero ordenó construir un canal que atravesara la península de Athos, lo cual facilitó el paso de la flota. Fueron detenidos durante varios días en un desfiladero llamado las Termópilas, defendido por el rey Leónidas y su guardia personal de trescientos espartanos, junto a poco menos de ocho mil aliados.

Al oír la mención de los espartanos, a quienes culpaba de su destino y del de su familia, Artemisia apretó la mandíbula con fuerza.

—Los espartanos son excelentes soldados, prefirieron morir antes que rendirse; no dejes que tus sentimientos te hagan subestimarlos —le enseñó Mardoc.

Después de derrotar al ejército de Leónidas en la Batalla de las Termópilas, el rey Jerjes saqueó el Ática y, al tomar Atenas, devastó los santuarios de la Acrópolis.

Sin embargo, su flota fue destruida en Salamina por el general griego Temístocles. Debido a esta derrota, Jerjes regresó a Persia, dejando a su general Mardonio con órdenes de arrasar Grecia, pero Mardonio fue vencido por los griegos, liderados por los espartanos, en la Batalla de Platea.

—¿Sabías que Artemisia, la reina de Halicarnaso[35], luchó junto a Jerjes? Tu compatriota formaba parte del alto mando y dicen que dio sabios consejos al rey —contó su protector.

—Sí, mis padres me dieron su nombre en su honor —respondió Artemisia, sintiendo una punzada en el corazón al recordarlos.

—Curioso que ahora sigas el mismo camino de aquella guerrera —comentó Mardoc, mirándola pensativo.

Jerjes nunca llegó a recuperarse de esa derrota y luego abandonó sus ambiciones militares. Más tarde, fue asesinado por su ministro Artabano.

Fue sucedido por Artajerjes I[36]. Durante su reinado, una embajada griega llegó a Susa y obligó al rey a firmar un tratado de paz con Grecia, en el que Persia liberaba las colonias griegas en Anatolia, a lo largo de la costa del mar Egeo, como Troya, Mileto, Halicarnaso y otras, dejando el Egeo totalmente bajo control griego.

Durante su gobierno, Artajerjes I envió a su tío Aquemenes a Egipto, al mando de más de trescientos mil soldados, para sofocar una revuelta. La batalla tuvo lugar cerca del río Nilo, y los egipcios y libios recibieron la ayuda de Atenas, que envió doscientos barcos. Al principio, la ventaja estaba del lado persa debido a su gran número, pero cuando los atenienses tomaron la ofensiva, los persas se retiraron a una fortaleza blanca, donde fueron sitiados por los atenienses.

Tras la muerte de Artajerjes I, se desató una nueva guerra interna por el poder y un hijo ilegítimo asumió el trono.

—Ahora Darío II reina con benevolencia sobre todo el Imperio Persa —concluyó Mardoc.

Con estos pensamientos en mente, Artemisia acabó por quedarse dormida, y al día siguiente sería presentada al señor de todo el Imperio Persa.

***

En la nueva fase de entrenamiento, los alumnos fueron entrenados exclusivamente en las artes de la guerra. Comenzaban antes del amanecer y solo paraban al caer la noche. Bajo la supervisión de los instructores, eran sometidos a marchas forzadas por los campos de Laconia durante días, acampando como si estuvieran en campaña.

Perseo y sus compañeros aprendieron el servicio de centinela y la importancia de no dormir mientras estaban de guardia. Cazadores, veteranos de muchas batallas, les enseñaban el arte del rastreo, preparándolos para el servicio de exploradores. Luchaban en grupo, en parejas, en tríos o en combates individuales. Aprendían las diversas formas de matar a un ser humano y también conceptos básicos de primeros auxilios: cómo detener una hemorragia, suturar una herida o inmovilizar miembros fracturados. En ocasiones, debían aplicar estos conocimientos en la práctica, cuando algún compañero resultaba herido o sufría alguna fractura.

Su entrenamiento estaba orientado a que se convirtieran en hoplitas, la infantería pesada espartana, y recibieron con orgullo su equipo personal desde el primer día.

—¡Nunca he visto un grupo tan deplorable de alumnos como el que tengo frente a mis ojos! —gritó el instructor el primer día—. Pero ya que estáis aquí, recibiréis vuestro equipo, que debe mantenerse en perfectas condiciones. ¡Que los dioses protejan a quien dañe cualquier pieza!

En fila, los alumnos recibieron un *hoplón*[37], el escudo espartano, con la letra lambda grabada en el centro, símbolo de Esparta, a diferencia de otros escudos griegos, que llevaban una variedad de figuras mitológicas. También les entregaron una lanza de dos metros y medio, y una espada corta, llamada *xifidión*[38], que se colocaba a la altura de la cintura derecha, sujeta por una correa de cuero cruzada en el pecho. Esta espada, usada como último recurso, estaba destinada a disuadir cualquier acción que pudiera romper la formación de la falange[39], y solo se utilizaba para apuñalar en combates muy próximos.

Con orgullo, Perseo se colocó su coraza de bronce y un cinturón de cuero que le protegía desde la cintura hasta las rodillas, además de las grebas que cubrían sus canillas y rodillas, y un casco con una cresta de crin de caballo en la parte superior, que protegía su cabeza y dejaba solo aberturas para los ojos y la boca. Completaba su equipo con sandalias de cuero con clavos de bronce en la suela, que se ataba alrededor de las canillas con tiras del mismo material. Después de años caminando descalzo, le costó acostumbrarse, notó mientras caminaba torpemente sobre el suelo duro del campamento.

En los primeros días aprendieron el esquema de la infantería espartana, llamada falange. Los alumnos mantenían una formación cerrada, con la primera línea proyectando las lanzas hacia adelante; generalmente, la segunda fila atacaba por encima de los hombros de la primera. Las filas restantes, en la retaguardia, mantenían las lanzas en alto para evitar herir accidentalmente a las dos primeras filas. Estas servían como reserva y tenían la función de sostener y empujar a los compañeros de adelante, impidiendo que la falange retrocediera, forzándola hacia adelante con el objetivo de aplastar a los enemigos.

Durante horas, simulaban luchar hombro a hombro, con el escudo en el brazo izquierdo, que se usaba para defender no solo a su portador, sino principalmente al compañero de al lado, aprendiendo así a depender unos de otros, siendo la confianza en el compañero esencial.

Además del entrenamiento físico, los alumnos eran sometidos a un entrenamiento psicológico para aprender a soportar el hambre, la sed, el cansancio y, sobre todo, el dolor. Constantemente realizaban marchas forzadas y, al terminar, eran privados de agua y comida durante días. Dormían al raso, incluso en las noches gélidas de invierno, con solo sus mantos para abrigarse.

A esa edad, también fueron sometidos al ritual de la *diamastigosis*[40].

Una mañana, fueron llevados al templo de Artemisa Ortia y posicionados frente al altar. Todos tuvieron sus túnicas arrancadas y un sacerdote los azotó con fuerza, hasta que el suelo del altar se manchó de sangre, mientras una sacerdotisa sostenía una imagen de madera de la diosa.

La flagelación solo terminaba cuando la víctima caía inconsciente.

Perseo sintió que su corazón se disparaba en el pecho y su garganta se secaba, como si estuviera en una de las numerosas marchas forzadas. Antes de que llegara su turno, varios alumnos ya flagelados fueron sacados del lugar con las espaldas desgarradas y sin conocimiento.

Polifeo fue el único que resistió más tiempo; se pensaba que podría morir en la ceremonia. No sería la primera vez que un joven, para probar su valentía, resistía más allá de su límite, muriendo a causa de la flagelación. Los demás, antes que él, soportaron lo máximo posible y luego o se desmayaban o fingían desmayarse; esto no era considerado vergonzoso, siempre que hubieran derramado sangre en el altar.

Cuando llegó su turno, Perseo, por un momento, imaginó que no soportaría más de un golpe y que pediría misericordia, lo cual sería una vergüenza y acabaría con su expulsión de la agogé.

Los instructores lo llevaron al altar, le quitaron la túnica y lo pusieron en posición. Su

corazón latía con fuerza y su respiración se volvió entrecortada; el sudor comenzó a escurrir en abundancia mientras miraba el altar y oraba a Artemisa, la cazadora, pidiendo que le diera fuerza.

Apretando la mandíbula, anticipó el golpe. Cuando este llegó, sintió un dolor desgarrador al cortarse su carne, pero logró mantener los dientes apretados, evitando gritar. Con el pensamiento en su familia y en los recuerdos de los días felices de su infancia, logró soportar el dolor, hasta que perdió la conciencia.

Cuando despertó, estaba siendo arrastrado del altar, con la espalda hecha trizas.

Los instructores lo sacaron con satisfacción del templo; el suelo ya estaba manchado de sangre y los charcos escurrían por los escalones. Todos fueron llevados de vuelta al campamento, donde un médico los trató con ungüentos para curar sus espaldas destrozadas.

Ese era su estilo de vida.

En la sociedad espartana no existía otra opción para los hombres; debían ser soldados. Esta estaba estructurada en clases. En primer lugar, los *hómoioi* o e*spartiatas*, considerados ciudadanos espartanos, eran una minoría en relación a las demás clases, pero poseían el poder político y social.

Después venían los *perioeci*, habitantes de las ciudades en la periferia de Esparta, descendientes de los pueblos conquistados, que estaban integrados al Estado espartano al que pagaban impuestos. Eran libres, pero no poseían derechos políticos y dependían de Esparta en cuestiones de política exterior; estaban obligados a participar en las guerras, aunque no habían recibido la misma educación que los espartiatas. Combatían junto a ellos, aunque en regimientos y divisiones separadas.

A diferencia de los espartanos, los *perioecis* podían dedicarse al comercio y a la industria artesanal.

Por último, en la base de la pirámide social se encontraba la clase de los Ilotas, a la que pertenecía Elana. Esta estaba compuesta por esclavos que se encargaban del cultivo y la producción de alimentos. No poseían ningún derecho y podían ser asesinados por los espartanos por motivos insignificantes. No eran esclavos privados; pertenecían al Estado y solo este podía concederles la libertad.

Al día siguiente de la ceremonia, se celebraba una fiesta pública destinada a exaltar el militarismo espartano.

Los soldados más veteranos desfilaban ante el público entonando una canción:

“Nosotros fuimos, en tiempos pasados, jóvenes, valientes y atrevidos”.

A continuación, los soldados más jóvenes desfilaban justo detrás, cantando a voz en grito:

“Nosotros lo somos en el presente, a prueba de toda la gente”.

Cerrando el desfile, los alumnos de la agogé cantaban a grandes voces:

“Y nosotros un día lo seremos, pues os superaremos”.

Perseo acompañó a sus compañeros cantando en voz alta, feliz de haber sobrevivido hasta aquel día al brutal entrenamiento.

CAPÍTULO 8

La instrucción persistía, un ciclo interminable de días superpuestos a los años. Los jóvenes eran moldeados para la inevitable integración en el ejército, ya que se libraba una guerra y todos ansiaban participar en ella. Atenas se erguía como nuestro principal adversario; su supremacía residía en las vastas olas del mar, una potencia militar naval que contrastaba con Esparta, que reinaba soberana sobre la tierra. Atenas, una ciudad enfocada en el comercio, especialmente a nivel internacional, era objeto de burla para los espartanos, quienes ridiculizaban su aparente falta de soldados valerosos, etiquetándola como una nación de simples eruditos y filósofos.

La guerra contra Atenas llevaba más de una década. A los alumnos de la agogé se les informaba sobre las victorias del ejército espartano, pero nada sabían de las derrotas. Perseo, con cada noticia que recibía, imaginaba a su padre y a su hermano; ¿estarían luchando, y en qué lugar?

El rey Agis II[41] había entregado el mando de la guerra al almirante Lisandro, uno de los comandantes espartanos más renombrados.

Lisandro, en busca de recursos para enfrentar a la imponente marina ateniense, recurrió a los persas, con la esperanza de obtener financiamiento para levantar una flota naval. Al fin y al cabo, Atenas ostentaba el mayor poderío naval de Grecia. Con el respaldo de Ciro el Joven, hijo de Darío II, rey de Persia, el almirante espartano estableció un gobierno autoritario en las ciudades jónicas, sometiéndolas a su influencia. Esta estrategia le proporcionó un punto de apoyo en Asia Menor, esencial para enfrentarse a la flota ateniense con mayor libertad.

Inesperadamente, el almirante espartano obtuvo una victoria sobre los atenienses en la batalla naval de Notium[42], en las aguas costeras de la homónima ciudad jónica, gracias al apoyo de Ciro el Joven, hijo del rey persa Darío II. En esa ocasión, la escuadra espartana se encontraba anclada en el puerto de Éfeso, cuando el almirante ateniense Alcibíades intentó forzar a Lisandro a un enfrentamiento naval. Sin embargo, el espartano decidió permanecer resguardado en el puerto. Alcibíades entonces designó a su subordinado, Antíoco, para liderar la flota ateniense, manteniéndola bloqueando el puerto de Éfeso, con instrucciones de evitar el enfrentamiento, mientras él mismo partía con parte de sus fuerzas para reforzar el cerco a la ciudad jónica de Focea.

Desobedeciendo las órdenes, Antíoco intentó atraer a los espartanos hacia una batalla, usando una pequeña fuerza como señuelo. Se acercó a Éfeso con solo diez trirremes, y su plan era alejar a los espartanos de la costa, donde el resto de la flota ateniense los emboscaría. Sin embargo, el plan fracasó cuando Antíoco lideró el ataque y su trirreme fue hundido por un repentino asalto espartano.

Los nueve barcos restantes de la fuerza de distracción fueron perseguidos hasta la costa de Notium, donde la flota ateniense fue sorprendida por la llegada repentina de toda la flota espartana. En los enfrentamientos que siguieron, quince trirremes atenienses fueron capturados y otras siete se hundieron. Los espartanos, tras esta victoria inesperada, regresaron a Éfeso, mientras los atenienses se retiraron al puerto de Notium para reorganizar sus fuerzas.

Esta victoria resultó en la destitución de Alcibíades y otorgó fama a Lisandro. Toda Esparta celebró la victoria; una hecatombe fue consagrada a los dioses, y al almirante se le consideró como el comandante que podría vencer a los atenienses en el mar, otorgándosele

amplios poderes para conducir la guerra.

En un soleado día de verano, dos años después de esa batalla, los alumnos de la agogé estaban en su rutina de entrenamiento, cuando llegaron mensajeros buscando al instructor principal. A pesar de la curiosidad, Perseo y sus compañeros continuaron con su entrenamiento de combate, bajo la estricta supervisión de otro instructor. Cuando el instructor principal finalmente emergió de la barraca, su mirada recorrió nuestra formación, con una sutil sonrisa en los labios que prometía algo misterioso, alimentando las expectativas de todos los que estaban reunidos frente a él.

—¡La guerra ha terminado! —su voz resonó fuerte y vibrante.

Todos aguardaron en silencio, conteniendo cualquier signo de sorpresa o curiosidad que pudiera surgir. Sus corazones latían al unísono, resonando con la ansiedad que impregnaba el aire a su alrededor. El destino de Esparta pendía de un equilibrio incierto. ¿Traería el mensaje noticias de una gloriosa victoria o de una amarga derrota? Los segundos se estiraban como eternidades, mientras la incertidumbre llenaba sus mentes, dejándolos en suspenso, como soldados esperando el toque de clarín que sellaría el destino de una batalla.

—Se libró una gran batalla naval en la desembocadura del río Egospótamos[43]. La escuadra espartana, bajo el mando del almirante Lisandro, destruyó la escuadra ateniense —continuó sonriendo abiertamente.

Permanecieron en silencio, sobrecogidos por la sorpresa. Tras décadas de conflicto, finalmente la paz había llegado. La noticia resonó entre ellos, trayendo una mezcla de alivio e incredulidad ante la perspectiva de un futuro sin las sombras de la guerra.

—Lisandro sitió Atenas y venció a sus defensores, obligándolos a rendirse. Los muros y fortificaciones de la ciudad fueron demolidos, su escuadra se redujo a solo doce barcos, se les impuso un pesado tributo, y se instaló un gobierno aliado de Esparta —concluyó el instructor principal con evidente satisfacción.

A pesar del júbilo inicial, una sensación de desánimo flotaba en el ambiente. Habían soñado con participar en las batallas contra los atenienses, sus antiguos rivales, pero ahora no habría más guerra que librar.

Recibieron una licencia de dos semanas para regresar a casa y ser recibidos por sus padres, hermanos y familiares como vencedores.

Perseo volvió a su hogar, con la esperanza de ver a su hermano y a su padre, a quienes no veía desde hacía más de un año, y fue recibido por Hipócrates y su madre, ambos igualmente ansiosos. La ausencia de Elana durante sus permisos se había convertido en una presencia constante en sus pensamientos, aunque nunca preguntaba por ella directamente.

Durante diez días, esperaron.

Una tarde, mientras Perseo conversaba con Hipócrates en el porche intentando obtener información sobre Elana sin éxito —ya que su viejo mentor evitaba el tema—, vio a lo lejos un grupo de soldados acercándose por el camino y corrió a su encuentro, llamando a su madre.

Al llegar a ellos, se quedó impactado al ver a su hermano, apoyado en su lanza y sostenido por sus compañeros, con la pierna izquierda amputada por debajo de la rodilla. Su semblante pálido y la triste sonrisa le provocaron una ola de conmoción, y Perseo se dio cuenta de que los soldados cargaban un cuerpo envuelto en sábanas de lino, con un escudo ovalado sobre él, llevado en una camilla improvisada.

¡Ese es el escudo de mi padre!, pensó.

Conmovido, Perseo sintió el impulso de abrazar el cuerpo de su padre y llorar, pero se mantuvo firme, reprimiendo sus emociones como el entrenamiento de la agogé le había

enseñado. Su madre llegó corriendo y, al ver a su hijo herido y el cuerpo de su esposo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Sin embargo, contuvo su llanto y se dirigió a los soldados y a su hijo con altivez y orgullo.

—Os agradezco que hayáis ayudado a trasladar el cuerpo de mi esposo y que hayáis asistido a mi hijo primogénito. Ambos han cumplido con su deber: mi esposo ha pagado con su vida, y mi hijo con una parte de su cuerpo. No existe mayor orgullo para una madre y esposa espartana. Sois nuestros huéspedes.

Dirigiéndose a su hijo mayor, le besó en la frente y dijo:

—Amado hijo, ahora eres el jefe de nuestra familia.

Diciendo esto, Clemena se dirigió a los siervos ilotas que la acompañaban, ordenándoles que hospedaran y alimentaran a los soldados de la escolta y prepararan el sepulcro familiar para recibir a su esposo.

El dolor desgarraba su corazón. *¡Un esposo muerto! ¡Un hijo mutilado! Dioses, qué triste destino el de una esposa y madre espartana*, pensó amargamente. Sin embargo, para el mundo exterior, mantuvo la expresión impasible que se esperaba de todas las mujeres de Esparta.

Perseo ayudó a su hermano, acompañándolo hasta la casa. El cuerpo de Xeron fue colocado sobre una mesa en la sala principal, conservado en sal durante el viaje para retrasar la descomposición. Mensajeros fueron enviados a la ciudad para avisar a familiares y amigos sobre el fallecimiento del patriarca de la familia. Todos los siervos se vistieron de negro en señal de luto, y tanto hombres como mujeres se cortaron el cabello. Las mujeres ilotas lloraban alrededor de la mesa, sintiendo sinceramente la muerte de Xeron, quien había sido un hombre justo y bueno con todos.

Perseo no soportaba el ambiente cargado dentro de la casa. La mutilación de su hermano y el dolor por la pérdida de su padre amenazaban con hacerle llorar. Temiendo comportarse como un niño y llorar abiertamente, salió corriendo hacia los campos sin pensar, hasta detenerse al lado del gran roble donde tantas veces había jugado con Elana de niño. Se sentó bajo él y dejó que sus lágrimas fluyeran en silencio. Solo cuando se recompuso, regresó a la hacienda para rendir los debidos honores fúnebres a su padre.

Él tenía solo catorce años.

Epidamas relató que Xeron, su padre, había fallecido en el asedio de Atenas. Durante el ataque final, demostró extrema valentía y sacrificio por sus compañeros, liderando a su pelotón contra un desesperado contraataque ateniense en su sector de la línea de frente, logrando detenerlos, aunque a costa de su propia vida.

Su hermano, que contaba con treinta y un años, se había destacado en la batalla de Egospótamos, donde fue ascendido por el almirante Lisandro. En esa ocasión, lideró una división de infantería hoplita que desembarcó en la desembocadura del río, sorprendiendo a la flota ateniense mientras abastecían sus naves. Miles de atenienses fueron masacrados, según narró el propio hermano de Perseo.

Durante el asedio de Atenas, en el ataque final, Epidamas lideró a sus soldados en un asalto a la Acrópolis, donde los atenienses estaban atrincherados. Fue herido en la espinilla izquierda por un golpe de espada que atravesó su greba y alcanzó el hueso. A pesar de los cuidados médicos, la herida se infectó y tuvo que ser amputada por debajo de la rodilla.

Al día siguiente, el padre de Perseo fue sepultado en el panteón familiar. Según las leyes de Licurgo, no se permitía escribir el nombre del fallecido sobre la tumba, excepto si se trataba de un hombre muerto en combate o de una mujer devota y sagrada. Como el padre de Perseo murió en batalla, su nombre fue grabado en la lápida y fue enterrado con su manto rojo. El luto

espartano era breve; en el duodécimo día, este concluía con un sacrificio a la diosa Perséfone, esposa de Hades[44], dios del inframundo y de los muertos, y a partir de entonces el luto debía abandonarse.

Muchos soldados veteranos asistieron al funeral, entre ellos varios oficiales. Todos se dirigían al hermano de Perseo con respeto por sus méritos, y muchos más elogiaban al fallecido padre. A pesar de ser solo un sargento, era respetado por todos; sus consejos eran valiosos y su valentía, incuestionable.

Xeron no era un hombre de muchas palabras; era, sobre todo, un soldado, constantemente en campaña debido a la larga guerra librada contra Atenas. No presenció el nacimiento de Perseo; solo cuando este tenía ocho meses, llegó a conocerlo. Clemena afirmaba que Xeron sentía orgullo por sus dos hijos, pero Perseo se sentía inepto y no se consideraba digno de llevar su nombre.

Había sido un buen esposo; jamás se le oyó pronunciar palabras duras hacia Clemena, y era amable también con los siervos, especialmente con Hipócrates, a quien quería como a un verdadero amigo. Perseo deseaba haber convivido más con él, pero en las pocas ocasiones en que hablaron, los consejos que Xeron le dio quedaron grabados en su mente.

Su muerte lo afectó profundamente. En las pocas veces que regresaba de permiso, siempre encontraba un momento para conversar y jugar con su hijo. Después de que Perseo ingresó en la agogé, Xeron comenzó a interesarse por sus estudios, escuchando sus dudas y temores. Nunca lo criticaba, siempre lo alentaba y guiaba. Le hablaba de la guerra y de la responsabilidad de liderar a otros hombres, dándole consejos basados en sus experiencias. Le enseñó a Perseo el sentido del honor y del coraje; y el hijo lo idolatraba como a un héroe de los poemas de Homero.

Pero ahora estaba muerto, y Perseo sentía desesperadamente su ausencia.

Fue en esta ocasión cuando, por primera vez, Perseo conoció el amor de una mujer.

CAPÍTULO 9

A la mañana siguiente, Artemisia fue despertada por sirvientas que se horrorizaban al verla dormir sobre una piel en el suelo en lugar de usar la cama, ya que ella no se había acostumbrado a la excesiva suavidad del colchón.

Tras ayudarla a bañarse y vestirse, a pesar de sus protestas, la llevaron hasta otra sala, más pequeña que la del banquete, donde Mardoc la esperaba sentado en un banco frente a una mesa llena de manjares y frutas.

—Ven, mi pequeña leona, desayuna conmigo. Luego iremos al palacio real para una audiencia con el rey —la invitó a sentarse en una silla cerca de la suya.

Obedeciendo, se sentó y probó algunas frutas que nunca había visto antes, además de zumos extraídos de ellas. Había un pan al estilo de las ciudades jonias, que comió con apetito, bajo la mirada divertida de su benefactor.

Tras el desayuno, se dirigieron al palacio real en una carroza tirada por dos bellos corceles, blancos como la nieve. Pasaron por varios puestos de control custodiados por soldados altos, fuertes y de espesas barbas negras.

Todos portaban una lanza corta con punta de hierro y contrapeso en el otro extremo, un largo arco colgado de los hombros y un carcaj lleno de flechas en la cintura, además de un escudo de cuero y mimbre en un brazo y una daga o espada corta en la cintura. Sus cabezas estaban ceñidas con una tiara de fieltro, y vestían una amplia túnica colorida con bordados, pantalones y una coraza pectoral de metal.

—¿Sabías que los griegos los llaman “Inmortales”? —preguntó Mardoc, señalando con la mirada a los soldados al percatarse de que Artemisia los observaba con curiosidad—. Son la tropa de élite del ejército persa y lucharon en las guerras contra los griegos. El epíteto "Inmortales" se debe a que la tropa cuenta con diez mil integrantes. Cada miembro muerto, herido o gravemente enfermo es reemplazado de inmediato por otro, y durante las batallas, los muertos y heridos son retirados por sus compañeros y sustituidos rápidamente, dando al enemigo la impresión de que el grupo no sufre bajas. Solo se aceptan en sus filas a persas y medos de alta cuna.

La joven los observó detenidamente mientras la carroza continuaba su camino. *Parecen soldados fabulosos, ¿cómo pudieron entonces ser derrotados?* Pensó.

Varios monumentos se alzaban a ambos lados de la avenida pavimentada con piedras labradas. En sus muros, figuras humanas en alto relieve mostraban hombres con largas barbas portando arcos; en otras, se veían toros y varios animales híbridos, algunos con cuerpo de león, alas y rostro humano con una larga barba. Desde las terrazas arboladas de los amplios edificios, los nobles observaban el movimiento en la avenida.

Finalmente, llegaron al pórtico de una enorme fortaleza situada en la cima de una colina, desde donde se divisaba toda la ciudad circundante. Mardoc le explicó que la fortaleza se componía de la sala del trono, el “palacio real” y el “harén”, junto con los atrios interior y exterior, el jardín del palacio, pilares, escaleras, terrazas y varios pasadizos abovedados.

Al atravesar los grandes portones dobles, vigilados por centinelas de la tropa de los “Inmortales”, llegaron a un hermoso jardín, donde varios sirvientes y nobles se movían por el lugar, esperando la orden para presentarse ante el rey. Bajaron de la carroza, que se retiró hacia un área reservada para los establos, y se acomodaron en un banco bajo la sombra de un gran

árbol.

Algunos nobles se acercaban, saludando a su benefactor mientras la observaban con curiosidad. Tras dos horas de espera bajo la sombra de los árboles, un sirviente se acercó e invitó a Mardoc a seguirle.

Entraron en el palacio. Tapices adornaban los pasillos; las paredes estaban cubiertas con bellas pinturas de escenas de caza y batallas, además de guerreros, y extrañas estatuas, idénticas a las que ya había visto: leones con rostro humano o cabeza de águila, toros y otros animales exóticos. Candelabros que parecían de plata iluminaban el lugar con gruesas velas, suspendidas por cadenas desde el techo, mientras braseros ardían esparciendo el aroma de incienso perfumado.

Fueron llevados a una gran puerta doble, cerrada y custodiada por dos soldados de la guardia real que, al acercarse, les franqueaban la entrada abriendo ambas hojas.

Al atravesar el umbral, entraron en la sala del trono. Esta contaba con treinta y seis columnas, seis filas de seis columnas cada una, con capiteles tallados en forma de toros arrodillados, espaldas y largas vigas de cedro que atravesaban la gran distancia entre las macizas columnas.

—Es aquí donde el rey se sienta en el trono de su reino, y donde se celebran sus banquetes y eventos sociales de estado —explicó Mardoc en voz baja antes de entrar.

El suelo de la sala del trono se extendía majestuoso, cubierto de mármol rojo, azul, blanco y negro, cada piedra pulida reluciendo bajo la luz. Al frente de esta vasta cámara, sostenida por imponentes columnas, se desplegaban los jardines del palacio, un oasis de serenidad en contraste con la grandeza interior.

Grupos de nobles, vestidos con largas túnicas coloridas y adornados con joyas y brocados de oro, con sus cabellos y barbas engominados y a veces sujetados por anillos de oro, conversaban en voz baja en pequeños grupos, mientras sirvientes con túnicas inmaculadamente blancas servían frutas y vino en ánforas bellamente trabajadas.

Al fondo de la sala, una tarima elevada se alzaba unos tres pies por encima del suelo, coronada por un trono cuyas incrustaciones de oro y piedras preciosas centelleaban bajo la luz que lo bañaba.

Sentado en el trono, imponente y sereno, se encontraba el rey Darío, vestido con una larga túnica bordada en azul y rojo, entrelazada con hilos dorados que brillaban a la luz del ambiente. Su cabeza estaba adornada con una tiara resplandeciente, incrustada de piedras preciosas en tonos de azul, rojo y verde. Su barba, larga y canosa, estaba cuidadosamente sujeta con anillos de oro, al igual que su cabello que caía en cascada sobre sus hombros.

A su derecha, un joven de mirada desconfiada y cabellos del color del acero envejecido compartía la tarima con el rey, vestido con una túnica ricamente decorada, en armonía con la vestimenta real. A la izquierda del trono, otro joven, de aspecto más sencillo, llevaba una túnica blanca adornada solo con un cinturón de cuero que le ceñía la cintura. Su estatura imponente, cabellos negros y barba incipiente le conferían un aura de fuerza y determinación.

—Rey de Reyes, Señor del Mundo, Dios Inmortal, Darío II, aquí está Mardoc, comandante de infantería —anunció un heraldo.

Mardoc avanzó con Artemisia a su lado y se arrodilló tocando el suelo con la frente, y la joven le imitó.

—Acércate, mi amigo —la voz del rey era firme y clara, resonando en toda la sala.

Mardoc se levantó haciendo una reverencia y avanzó con pasos lentos hasta quedar a dos pasos del primer escalón de la tarima, donde volvió a arrodillarse en señal de reverencia, siendo

nuevamente imitado por Artemisia.

—Levántate —ordenó el rey—. Cuéntame cómo fue tu misión.

Mardoc se levantó, al igual que su joven protegida, quien quedó un paso detrás de él con las manos cruzadas frente a su cuerpo y la cabeza ligeramente inclinada, tal como su benefactor le había enseñado.

Su corazón latía con fuerza en el pecho, cada golpe resonando en sus oídos mientras luchaba por mantener la compostura ante tanta pompa y grandiosidad. Se sentía pequeña y fuera de lugar en medio de aquella multitud de nobles y dignatarios, una simple plebeya en un mar de riqueza y poder.

Al alzar la vista rápidamente, sus ojos se cruzaron con los del joven que estaba a la izquierda del rey. Una leve sonrisa se dibujó en los labios de él, y un guiño dirigido a ella hizo que su rostro se encendiera en un rubor violento. Ella bajó la cabeza aún más, deseando poder desaparecer en el suelo en aquel momento tan embarazoso.

—Su majestad, me alegra verlo tan bien acompañado, con los nobles príncipes a su lado. Tal como ordenó, visité las ciudades de la costa jónica para ofrecerles apoyo contra los griegos; algunas lo aceptaron de buen grado. En Halicarnaso, enfrenté a invasores de la liga peloponesia liderados por Esparta, quienes devastaban el territorio de la ciudad, que es aliada de Atenas. La guerra entre las dos ciudades griegas continúa —informó Mardoc.

—Sí, esa guerra ya ha durado demasiado, pero para nosotros es satisfactorio que así siga, pues la ciudad que venza quedará debilitada por la contienda —afirmó el rey, quien nunca olvidaba las derrotas que sus antecesores sufrieron a manos de los griegos, un pueblo al que adoraría esclavizar.

—Así es, mi señor.

—¿Y quién es esta joven a tu lado? —el monarca observó a Artemisia atentamente.

—Es una joven que encontré casi muerta después de un ataque de espartanos que aniquiló a su familia. Compadecido de su dolor y necesidad, y siguiendo las enseñanzas del dios Ahura Mazda, la socorrí y la acogí como si fuera mi hija —las palabras de Mardoc hicieron que los recuerdos afloraran en la mente de Artemisia, quien necesitó de toda su fuerza de voluntad para impedir que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Mírame, niña —ordenó el rey.

Artemisia levantó el rostro, mirando al rey sin desviar los ojos de su penetrante mirada.

—Es una chica muy bonita. ¿Qué piensas hacer con ella? —la mirada de Darío se dirigió hacia Mardoc.

—La adoptaré como mi hija, mi señor, si es de su agrado —respondió él.

—Que así sea, Mardoc. Le buscaremos un matrimonio digno de la nobleza —decidió el rey con una sonrisa.

—Mi rey, me gustaría que escuchara el deseo de la joven —solicitó Mardoc, inclinando de nuevo la cabeza.

El rey miró a Mardoc por un momento, sintiendo una leve irritación, pues ya había decidido el destino de aquella huérfana; sin embargo, Mardoc era un consejero leal y un noble de valor, así que decidió escuchar lo que aquella chica tenía que decir, sorprendido al ver que sostenía su mirada cuando volvió a examinarla.

—Dime, joven, ¿qué deseas para tu vida? —preguntó el rey, esbozando una leve sonrisa.

—Mi señor, rey de reyes, aquel para quien todo es posible, le pido solo un favor: permítame convertirme en una guerrera para poder servirle —A pesar de aparentar firmeza en la voz, Artemisia temblaba de miedo ante la perspectiva de ser dada en matrimonio.

El rey sonrió, pero antes de responder, el joven de cabello del color del acero envejecido murmuró unas palabras en su oído.

—Mi hijo Artajerjes dice que te aceptaría como una de sus concubinas; recibirías el trato de una reina. ¿Qué opinas de la idea? —Darío volvió a mirar a Artemisia.

—Mi señor, agradezco el interés y la bondad del joven príncipe por esta humilde plebeya; no soy digna de su atención. Mi deseo es solo uno: ser una guerrera para servirle —su voz esta vez salió más firme y decidida.

—Podría obligarte a aceptar; tengo guerreros de sobra en mi imperio —amenazó Darío, sin sonreír, sintiéndose a la vez impresionado e irritado por aquella joven.

—Padre, ¿me permite opinar? —preguntó el otro príncipe.

—Sí, Ciro, ¿qué sugieres? ¿También la deseas como concubina? —preguntó el rey con tono irónico.

—No, padre y señor, creo que debemos conceder a la joven su deseo. Si la tratamos como lo hicieron los griegos, no seremos mejores que ellos, quienes masacraron a su familia y le arrebataron la inocencia y pureza —sugirió el joven, dirigiendo una sonrisa amable a Artemisia.

El rey meditó por un momento las palabras de sus hijos, sopesándolas con cuidado. Artajerjes, a pesar de su juventud, ya poseía numerosas concubinas; Ciro, en cambio, se preocupaba más por entrenar equitación, tiro con arco y leer.

—Quédate en la corte durante un año, joven. Conoce nuestra hospitalidad, reflexiona sobre tus deseos; una vida de paz y comodidad está a tu alcance. Dentro de un año, te preguntaré de nuevo tu deseo y lo cumpliré, sea cual sea. Estas son las palabras del rey, estas son mis palabras —decidió en voz alta, para que todos en el salón escucharan, y despidió a Mardoc con un gesto.

Mardoc se arrodilló nuevamente, y Artemisia lo imitó. Luego retrocedieron, paso a paso, sin darle la espalda al rey, hasta llegar cerca de las puertas dobles. Al girarse, salieron del lugar.

La joven respiró hondo al cruzar las puertas del palacio, percibiendo con más intensidad los perfumes del jardín de la entrada.

—Te has desempeñado bien —sonrió Mardoc.

—Por dentro estaba temblando —respondió ella, con una sonrisa nerviosa—. ¿Qué sucede ahora?

—Seguirás viviendo en mi casa y serás tratada como mi hija. Por las tardes y noches deberás presentarte en el palacio, donde convivirás con los nobles. Te doy un consejo: escucha mucho, habla poco y no te involucres en las intrigas palaciegas.

—¿Y mi entrenamiento?

—Ahora iremos a visitar la casa de la embajada escita; debe haber alguna amazona que pueda continuar con tu entrenamiento. Si dentro de un año tu deseo sigue siendo convertirte en una guerrera, pediremos al rey que te envíe a Escitia[45] —respondió él mientras se dirigía a la carroza que los esperaba.

La carreta se deslizaba por las calles de la ciudad, dejando atrás los altos muros que la rodeaban. A medida que se alejaban, el paisaje urbano daba paso a vastos campos y caminos abiertos. Al principio siguieron la carretera real, pero pronto tomaron un desvío hacia la derecha, entrando en un sendero de tierra que contrastaba con el empedrado de la vía principal.

La llanura se extendía ante ellos, bañada por el calor del sol abrasador. El brillo dorado de los campos de trigo y cebada se mezclaba con el verde vibrante de las hojas, que danzaban suavemente al ritmo de la brisa que soplaba por el campo abierto.

A lo lejos, divisaron un pequeño palacete rodeado de árboles, destacándose en el paisaje.

Al acercarse, pudieron distinguir un gran cercado donde aproximadamente cincuenta caballos pastaban serenamente. Algunos hombres cuidaban de ellos, pero no eran los sirvientes comunes que Artemisia había visto en la ciudad. Eran altos y robustos, con largas barbas y espadas y dagas en sus cinturas.

Los hombres los ignoraron mientras se aproximaban al palacete. Al descender de la carreta, tres guerreros armados, con expresiones serias, los observaron atentamente. Un cuarto hombre descendió las escaleras del palacete para recibirlos. Era más imponente que los demás, con mayor estatura y una presencia dominante. Su barba era larga y estaba adornada con anillos de oro, contrastando con las primeras canas en su cabello. A pesar de su aspecto robusto, su prominente barriga indicaba una edad avanzada y cierto nivel de comodidad.

—¡Mardoc, amigo mío! —rugió el gigante en persa.

—Citónis —Mardoc sonrió e hizo una reverencia.

—¿Cuándo volviste de Jonia? —El guerrero le apretó el antebrazo a Mardoc en señal de saludo.

—Llegué ayer al anochecer —respondió el noble persa, devolviendo el saludo.

—¿Y quién es esta alondra? ¿Una nueva esposa? —Citónis rió, mirando descaradamente a Artemisia.

Ella sintió cómo se le encendía el rostro, pero miró al guerrero con una expresión desafiante, conteniendo sus ganas de lanzarse sobre su garganta.

—Es mi hija adoptiva, Artemisia. Cuida tus palabras, amigo mío; ella es una pequeña leona —rió Mardoc, guiñándole un ojo a la joven, quien se relajó un poco.

—Perdón, muchacha —se disculpó Citónis, sonriendo con simpatía y haciendo una leve reverencia—. Vengan, cenen conmigo; me estaba preparando para la comida de la tarde.

—Estás engordando —señaló Mardoc, mirando la barriga del guerrero.

—Es cierto, ¿pero qué puedo hacer? Este trabajo de embajador es monótono, la comida es buena y no tenemos mucho que hacer aquí salvo presentarnos de vez en cuando ante el rey y fingir que le besamos las botas —su carcajada resonó por el campo.

Siguieron a Citónis hasta una terraza cubierta en la parte trasera del palacete, donde una mesa estaba preparada con una gran variedad de platos con carne, verduras y aves, además de varias ánforas.

—Siéntense, coman. Tenemos cerveza, vino y nuestro aguardiente —invitó el guerrero mientras se sentaba, y ambos se unieron a él.

Por cortesía, aceptaron la invitación y el mismo Citónis sirvió los platos; frente a Artemisia colocó una cantidad exagerada de carne y verduras.

—Come, pequeña leona; necesitas fortalecer esos músculos —rió mientras la servía.

Mientras Citónis y Mardoc conversaban animadamente, la joven comía en silencio y probaba el vino y la cerveza. Después de casi una hora, comenzó a sentirse ligeramente embriagada, como cuando sus padres le permitían tomar una copa de vino durante los festivales en Halicarnaso.

El recuerdo la hizo apretar el vaso con fuerza y dejarlo de manera brusca sobre la mesa. Mardoc lo notó e introdujo el tema que los había llevado hasta allí.

—Amigo mío, necesito un favor —comenzó.

—Pide y lo tendrás —respondió Citónis, mordiendo un gran trozo de muslo, con la grasa escurriendo por las comisuras de sus labios. Le agradaba el noble persa, a diferencia de otros en la corte del rey; Mardoc no era disimulado ni deshonesto, y, además, los negocios que mantenían le habían permitido acumular una gran fortuna.

Artemisia observó al guerrero y comprendió por qué estaba engordando: la cantidad de comida y bebida que consumía era enorme.

—Artemisia se quedará en la corte durante un año, pero su deseo es convertirse en una guerrera. Me gustaría que, durante las mañanas, la entrenara. Mi idea es enviarla a la tribu de las amazonas dentro de un año —explicó Mardoc.

El gigante la miró fijamente, con una mirada penetrante y sin asomo de ironía. Su tierra era inhóspita y violenta, las tribus citas siempre estaban en guerra unas con otras, y los niños aprendían el arte de la guerra desde pequeños.

—¿Por qué querría ella convertirse en guerrera? —preguntó, curioso. Al fin y al cabo, la joven era hermosa y podría conseguir un buen matrimonio en la corte.

Mardoc explicó cómo la había encontrado y lo que había sucedido con su familia. Al escuchar los detalles, las lágrimas amenazaron con asomar en los ojos de Artemisia, pero se contuvo, apretando la mandíbula y las manos con fuerza debajo de la mesa.

—Entiendo —dijo el guerrero, observándola detenidamente. La venganza también formaba parte de la vida de los escitas; la sangre solo se pagaba con sangre, y las rencillas personales a veces se transformaban en guerras tribales—. Por casualidad, hace unos días llegó una amazona con mensajes de Escitia. Ella partiría mañana, pero creo que puede quedarse un año más.

—Sería perfecto —dijo Mardoc.

—¡Ikarnas! —gritó el guerrero hacia el interior del palacete.

Un sirviente apareció en la puerta, con una mirada aterrada, y avisó.

—Ella está cabalgando, señor —informó servilmente.

—¡Entonces, encuéntrala! ¡Por los mil infiernos! —gritó nuevamente el guerrero, y luego se volvió hacia ambos, sonriendo—. Estos sirvientes son un poco lentos en sus razonamientos.

Artemisia sonrió, algo avergonzada, y Mardoc se sirvió otro vaso de vino.

Después de casi una hora de espera, escucharon el galope de una montura. Pronto apareció un hermoso corcel tordillo, y sobre él, una mujer de casi un metro ochenta, con brazos musculosos, vestida con una coraza de cuero sobre una túnica gris que le llegaba hasta las rodillas y grebas de cuero en los antebrazos. Dos espadas cortas en fundas de cuero estaban sujetas a ambos lados de su cintura por correas del mismo material que le cruzaban el pecho. Su cabello negro, del mismo color que sus ojos, estaba recogido en una trenza apretada.

Ágilmente, la amazona desmontó y, con pasos decididos, subió la pequeña escalera, poniéndose frente a la mesa.

—¿Qué quieres, Citónis? —preguntó de manera despectiva en persa, con un fuerte acento.

—Tengo nuevas órdenes para ti, mujer —respondió de forma arrogante también en persa —. Te quedarás con nosotros un año más y entrenarás a esta niña. Si la consideras apta, la llevarás de regreso a tu tribu para convertirla en una de ustedes.

La amazona, llamada Ikarnas, que aparentaba tener unos veinte años, dirigió su mirada hacia Artemisia con una expresión de evidente desdén. Se acercó a la joven, sujetó sus brazos y la forzó a levantarse. Luego comenzó a examinarla como si fuera un animal, abriendo su boca para revisar sus dientes y palpando sus brazos y piernas con firmeza. De repente, le dio un golpe inesperado en el estómago, lo que causó una ola de dolor intenso que hizo que Artemisia se doblara de agonía.

Gruñendo de rabia, la joven se levantó y, de inmediato, propinó un puñetazo en la boca de la amazona, que la miró durante un momento. *¿Sorprendida? ¿Molesta?* Pensó mientras se

preparaba para la golpiza que recibiría, levantando los puños, lista para luchar. *¡Nunca más nadie me hará daño sin que luche!* gruñó en su mente.

En lugar de atacarla, la amazona soltó una carcajada, seguida por Citónis, mientras Mardoc dejaba escapar una media sonrisa entre los labios.

—Todavía es muy débil, pero tiene fuego en la mirada y en el espíritu. Acepto la misión —decidió la amazona.

Artemisia suspiró aliviada. Convertirse en una guerrera y unirse al ejército persa, tal como su compatriota lo había hecho hacía más de ochenta años, era la única manera de vengarse de los griegos y, especialmente, de los espartanos y sus aliados.

Mardoc, que parecía conocerlo todo, había explicado la razón de la guerra entre Atenas y Esparta, que ya llevaba años. El rencor entre las dos principales ciudades de Grecia se remontaba a las guerras libradas contra los reyes Darío y Jerjes[46].

—Creo que existe una gran posibilidad de que, después de terminar esta guerra fratricida, el Imperio Persa vuelva a atacar Grecia —explicó Mardoc en una de sus muchas lecciones a su pupila—. Ya que Darío, siguiendo el ejemplo de su antecesor, apoya ahora a Esparta, ahora a Atenas, en un juego político con el objetivo de debilitarlas.

La esperanza de que ese día llegara era lo que movía a Artemisia. Soñaba con comandar un ejército en la invasión de Grecia, deseaba, ante todo, combatir a los espartanos y sus aliados, a quienes consideraba responsables de su triste destino.

A medida que el crepúsculo se acercaba, decidieron regresar a la ciudad. Artemisia se sentía agotada; el día había sido largo y el efecto de las jarras de cerveza y vino que había consumido comenzaba a hacerla sentir somnolienta.

Mientras se acercaban a Susa, no pudo evitar impresionarse por la majestuosidad de la ciudad. Las murallas destacaban en el paisaje, iluminadas por cientos de antorchas, al igual que las calles llenas de gente. Nobles y plebeyos cruzaban las plazas, y el sonido de risas y conversaciones animadas salía de las tabernas abiertas a lo largo del camino.

Observando la vida vibrante a su alrededor, Artemisia sintió un nudo en el pecho. El mundo seguía su curso, indiferente a su pérdida y su dolor. Era un recordatorio cruel de que, a pesar de su sufrimiento personal, la vida continuaba para los demás, sin pausa ni consideración por los desafíos que ella enfrentaba. Era una realidad difícil de aceptar, pero sabía que tendría que encontrar fuerzas para seguir adelante, aunque el mundo a su alrededor pareciera ignorar su dolor.

CAPÍTULO 10

Después de las exequias, Perseo se encontraba vagando solo por el campo, sumido en su dolor. Salía al amanecer y regresaba tarde por la noche, inmerso en un ciclo repetitivo de melancolía. En el tercer día, se hallaba recostado bajo el viejo roble, un lugar que en su infancia había sido testigo de alegría, ahora marcado por su tristeza, mientras observaba las nubes deslizándose lentamente por el cielo.

Al cerrar los ojos y sentir el calor del sol sobre su rostro, una sombra repentina interrumpió la luz que se filtraba entre las hojas del roble. Al abrir los ojos, vio a Elana mirándolo con sus ojos castaños, profundos y llenos de pesar. Había crecido; a los catorce años, se había convertido en una joven hermosa, con la piel morena, fruto del trabajo al aire libre, y el cabello negro como el azabache, cayendo en suaves ondas por sus hombros y espalda. La túnica que llevaba resaltaba delicadamente sus formas.

Perseo no pudo reaccionar. Habían pasado muchos años desde la última vez que la vio. Durante todo ese tiempo, había soñado e imaginado lo que diría si alguna vez la volviera a encontrar, pero ahora las palabras parecían haberse desvanecido.

Elana, acercándose lentamente, se arrodilló a su lado. Perseo intentó hablar, pero ella lo silenció con suavidad, colocando su mano sobre sus labios. Con la otra mano, empujó suavemente su pecho, instándolo a recostarse nuevamente sobre la hierba. Sus ojos grises se encontraron con los suyos, el color del cielo antes de la tormenta, lo que hizo que un rubor subiera por sus mejillas.

Elana se acercó aún más, su rostro tan cercano al de él que pudo sentir su aliento fresco, ligeramente perfumado. El corazón de Perseo latía desbocado en su pecho; nunca antes había experimentado la cercanía de una mujer. Los labios de ella, tan cerca de los suyos, entreabiertos, se acercaron con suavidad. El contacto de sus labios fue como un descubrimiento, una sensación electrizante y nueva. Sin poder evitarlo, Perseo la abrazó, acercándola a su cuerpo, torpe y ansioso, respondiendo al beso con una mezcla de deseo y duda. Con paciencia y ternura, Elana lo guió, enseñándole, paso a paso, las primeras caricias del amor.

Era una experiencia nueva para él, y su falta de experiencia era evidente, lo que lo dejaba temeroso de decepcionarla. Sin embargo, Elana parecía comprender y aceptar sus limitaciones. Frente a ella, se despojó de su propia timidez, sonrojándose ante la desnudez de sus deseos, avergonzado y excitado ante la mujer que lo hacía sentir tan vivo.

Tomado de la mano por Elana, se dejó guiar hasta la hierba suave, donde ella lo condujo por los senderos del placer y la intimidad. Se sintió torpe y desorientado, pero ella lo instruyó con delicadeza y paciencia, llevándolo a explorar los misterios del cuerpo y la entrega mutua. En el silencio del atardecer, se encontraron, descubriéndose y explorándose el uno al otro con manos y cuerpos ansiosos por conocer al otro, hasta que finalmente se acostaron, respirando con dificultad.

Mientras Elana lo miraba con ojos llenos de pesar, acariciando su rostro, Perseo sintió una ola de emoción y deseo que reavivaba el fuego de la pasión que los unía. Juntos, se perdieron en el calor del momento, amándose con ternura e intensidad. Y así, en la quietud de la tarde, se entregaron, encontrando en los brazos del otro el consuelo y la felicidad que tanto ansiaban.

—Te amo —murmuraba Elana, dejándose llevar por el placer del clímax.

Pasaron la tarde bajo aquel roble, y cada vez que él intentaba iniciar una conversación,

ella lo silenciaba con un beso. A medida que el crepúsculo se acercaba, Elana se levantó y se puso su túnica. Cada gesto sencillo de ella, cada movimiento, cada mirada furtiva que le lanzaba mientras se vestía, hacía que su corazón latiera desbocado. La distancia y el tiempo no habían disminuido su amor por ella; al contrario, parecía crecer con cada momento que pasaban juntos.

—¿Cuándo nos veremos de nuevo? —Preguntó Perseo, con la voz cargada de timidez y esperanza.

Con una mirada triste, ella se arrodilló a su lado, tocando delicadamente su rostro.

—Mi bello Perseo —murmuró ella con pesar—. No debemos vernos más. Estoy casada con un buen hombre de mi tribu, elegido por su madre.

Perseo quedó en shock al descubrir que Elana estaba casada. La noticia lo golpeó profundamente, dejándolo atónito y herido.

—¿Mi madre te mandó aquí? —Su voz salió cargada de incredulidad y decepción, mientras intentaba procesar la revelación. Por un momento, deseó herirla con sus palabras, pero pronto se arrepintió al ver el dolor en sus ojos.

La mirada herida de Elana al responder le cortó el corazón.

—Vine porque quise, supe de tu dolor, me gustaba tu padre, él siempre fue bueno conmigo y con mis padres. Pensé que necesitabas una amiga. No tenía intención de acostarme contigo, pero fue más fuerte que yo, nunca te olvidé, y al verte fui tomada por un deseo egoísta de estar contigo —explicó con mirada triste—. Pero fue un error, estoy casada, debo regresar con mi esposo y tú debes volver a tu entrenamiento.

—¿Y si yo te tomara de él y te llevara a casa como mi esposa? —Preguntó Perseo audazmente.

La risa suave de Elana fue melancólica, como si representara la imposibilidad de que sus deseos se hicieran realidad.

—No seas ingenuo, sabes lo que pasaría —respondió de forma seria.

El dolor de la renuncia y la aceptación del destino inmutable lo consumieron, dejándolo avergonzado por su propia inmadurez.

Perseo estaba plenamente consciente de las devastadoras consecuencias que enfrentarían si persistieran en su amor prohibido. El peso de las tradiciones y leyes de Esparta recaía sobre sus hombros, presionándolo para renunciar a sus deseos más profundos. No solo estaba en juego el destino de Elana, sino también el de su esposo, el de toda su familia. Comprendió con claridad que su imprudencia podría resultar en la ruina de todos ellos.

Sería considerado indigno a los ojos de su madre, de su hermano y de los ancianos de Esparta, condenado a la expulsión de la agogé y al exilio de su ciudad natal. Y, aunque escapara de esos castigos, solo podría tomar esposa cuando cumpliera treinta años, una espera larga y angustiante frente al amor que sentía por Elana.

Con la cabeza baja, sintió vergüenza de su propia inmadurez y de la ilusión de que podrían desafiar las leyes que regían sus vidas.

—No te martirices, Perseo, nuestros mundos son completamente diferentes. Yo acepté el destino que los dioses me dieron, tú debes aceptar el tuyo —dijo Elana, con pesar en su rostro, tocándolo levemente en la cara.

—¡Te amo! —declaró Perseo.

—Perseo, soy una ilota, una esclava, nunca podríamos estar juntos. Tu madre impuso mi matrimonio, aunque eligió un buen hombre, no tuve opción más que aceptarlo. Entiende, por favor, mi vida no me pertenece, nunca me ha pertenecido, mis deseos y anhelos no son tomados en cuenta. Ahora debo servir no solo a tu madre y a tu hermano, sino también a mi esposo.

Olvida este encuentro, fue un error, pero no pude resistirme, nunca te olvidé —sus ojos se llenaron de lágrimas.

Él quedó inmóvil, observando a Elana alejarse, quedándose solo con sus pensamientos. Estaba devastado, paralizado por la angustia de una elección imposible. No podía condenar a Elana a la muerte ni traer deshonra al nombre de su familia, especialmente ahora, con su padre fallecido y su hermano herido. El amor y el honor luchaban en su interior, dejándolo dividido y confuso. *¿Sería capaz de sacrificarlo todo por ella? ¿Tendría el valor de desafiar las leyes de Esparta, asesinando a su marido, abandonando su ciudad natal y trayendo deshonra a su familia?* Se lo preguntó incontables veces.

Vistiéndose aún en medio de la confusión, regresó a casa y se encerró en su habitación, pasando la noche en vela, inmerso en pensamientos turbulentos. Decidió que quería a Elana para sí, pero necesitaba encontrar una solución que no comprometiera su honor ni la seguridad de su familia ni la de ella. Concluyó que podría tenerla como amante hasta completar sus estudios en la agogé. Convencería a su hermano para anular su matrimonio, siguiendo el ejemplo de muchos espartanos que tenían amantes ilotas, aunque no pudieran casarse legalmente. Los hijos de esas uniones, si eran reconocidos, podían ascender al estatus de espartiatas.

Al día siguiente, Perseo buscó a Elana por los campos para comunicarle su decisión, pero no la encontró. Tras interrogar a los sirvientes, localizó la casa donde ella vivía con su marido. Con un cuchillo a la cintura, golpeó la puerta, listo para luchar por la mujer que amaba, pero no hubo respuesta. Rodeó la pequeña casa, encontrando puertas y ventanas cerradas. Buscó a Hipócrates, el anciano, pero no lo halló. Luego, buscó a su madre y compartió lo sucedido, revelando su decisión de tener a Elana como amante y, posteriormente, como esposa. Su madre se horrorizó al escuchar la noticia.

—¡Que los dioses impidan tal locura! ¿Quieres deshonrar la memoria de tu padre? —Clemena, una mujer generalmente calmada, se exasperó.

—¡La amo, madre!

—Y yo la amo como a una hija que nunca tuve. Elegí un buen marido para ella, de su propio pueblo. Si la buscas, traerás desgracia a su vida. La matarán, si no por orden de su hermano, será por orden de los Éforos. Y aunque aceptaran que la tomes como amante, lo cual es prácticamente imposible, podría ser asesinada por su marido o sus parientes, por su bien y por el tuyo, ¡déjala en paz! —ordenó, cerrando la discusión.

Inconforme, buscó a Elana por toda la finca. Los padres de ella, ahora residenciados en un pequeño alojamiento junto a la casa principal, lo recibieron con expresiones cerradas, diciendo que ella debía estar con su marido. Los ilotas que trabajaban en la finca informaron que ella había partido en compañía de su marido y de Hipócrates. Buscó al anciano, pero no lo encontró, así que decidió preguntar a su hermano sobre el paradero de Hipócrates.

—Viajó a Argos por negocios —respondió Epidamas, mirándolo con desconfianza.

—¿Sabes si se llevó a Elana? —preguntó audazmente, aunque sabía que el nuevo jefe de la familia no aprobaría su unión con una ilota.

Epidamas lo miró con el rostro tenso. Ahora él era el jefe de la familia, poseía poder de vida o muerte sobre los ilotas de la finca y sobre Perseo.

—Nuestra madre me contó sobre tus intenciones. ¿Qué dios nubla tu mente? ¿Quieres traer la ira de los dioses y de los hombres sobre esta casa? Ordené que Hipócrates la llevara, junto con su marido, lejos, por su propio bien, antes de que él te matara por dormir con su mujer —explicó, apretando la mandíbula, tratando de no perder la calma con su hermano.

—Yo podría vencerlo —respondió Perseo, ofendido.

—Podrías, pero también podrías ser muerto por él. En ese caso, los Éforos ordenarían no solo su muerte, sino la de toda su familia, la de Elana y la de toda su familia. ¿Eso es lo que deseas? —preguntó, furioso.

Perseo no respondió y, como un niño mimado, corrió hacia los campos, donde pasó el día vagando. Al llegar por la noche a casa, su hermano y madre lo esperaban.

—Mañana vuelves a la agogé —ordenó Epidamas con un tono que no admitía discusión.

Perseo asintió con la cabeza, sintiendo el peso de la desilusión y la resignación acumulándose sobre sus hombros mientras caminaba hacia su habitación, mientras la mirada triste de su madre lo seguía por el pasillo. Sabía que discutir con su hermano en ese momento sería inútil; debía encontrar una manera de lidiar con la situación después de completar su tiempo en la agogé.

A la mañana siguiente, al amanecer, su hermano lo condujo de regreso a la agogé. El silencio entre ellos era opresivo. Mientras su hermano trotaba montado en un caballo, él caminaba, con sus pensamientos tumultuosos acompañándolo a cada paso. Sin una sola palabra, Epidamas lo dejó en la puerta de la agogé, dejándolo con una sensación de aislamiento e incertidumbre sobre el futuro.

***

Las mañanas comenzaban temprano para Artemisia, con Ikarnas apareciendo en el palacete antes del amanecer. Tras un rápido desayuno, ella la arrastraba por los campos en una rutina implacable. Rápidamente tuvo que aprender a montar a caballo de una forma más refinada, ya que la manera en que galopaba no satisfacía a la exigente amazona.

Galopaban por las vastas llanuras, alejándose de las murallas de la ciudad. Era el momento más libre de su día, con el viento azotando su rostro y los fuertes pasos del animal resonando en el suelo. Cada latido descompasado de su corazón acompañaba el ritmo de la jornada.

Ikarnas buscaba un lugar aislado donde pudieran desmontar e iniciar el entrenamiento. Allí, Artemisia empuñaba espadas aún más pesadas que las que ya había manejado en sus entrenamientos con el capitán de Mardoc. La amazona era una profesora implacable, aún más estricta y brutal con sus fallos. Cada error era corregido con firmeza, y cada movimiento era perfeccionado bajo su mirada crítica y exigente.

La amazona enseñó a Artemisia a manejar el arco cita, más pequeño y ágil que el arco persa, concebido para ser utilizado mientras se galopaba. Esta habilidad era característica de los guerreros citas y de las amazonas, que disparaban sus flechas mientras cabalgaban en círculos alrededor de los enemigos, cerrando el cerco hasta que no quedara ningún adversario con vida.

Además del entrenamiento militar, Ikarnas enseñó a Artemisia la lengua cita, sus costumbres y tradiciones, compartiendo sus experiencias en las tierras extranjeras que había visitado. Artemisia pronto dominó el idioma, absorbiendo con fascinación cada detalle de la cultura cita.

Solo cuando el sol estaba en su punto más alto, la amazona la conducía de vuelta al palacete. Tras un baño revitalizante y al ser vestida como una verdadera princesa persa, disfrutaba de un almuerzo sencillo junto a Mardoc. Luego, era llevada al palacio real, donde debía permanecer a disposición del rey y la corte.

Generalmente regresaba después del crepúsculo, a veces hasta tarde en la noche. En esas ocasiones, después de una ligera cena, Mardoc continuaba instruyéndola, enseñándole a hablar persa y arameo, además de leer y escribir en esos idiomas y en griego, algo que sus padres nunca se habían preocupado por enseñarle. Cada lección era una oportunidad para expandir sus

horizontes y prepararse para los desafíos que la esperaban en el incierto futuro.

A diferencia de las mañanas emocionantes, sus tardes eran tediosas y monótonas. Circulaba por el amplio salón real, observando a los nobles conversar o tratar de agradar al rey en su trono. A veces, los acompañaba en paseos por los diversos jardines y templos del palacio. Los sirvientes siempre estaban cerca, ofreciendo una variedad de manjares y bebidas, además de llevar sombrillas triangulares para proteger la piel pálida de los nobles del sol y abanicos hechos de largas plumas para refrescarlos.

Para Artemisia, esa vida de indolencia le resultaba desagradable. La mayoría de los nobles la ignoraba, considerándola una bárbara inculta, pero eso, de alguna manera, era un alivio. Los temas frívolos sobre la moda del imperio, los cotilleos sobre las relaciones amorosas y los intentos serviles de agradar al rey y a sus hijos solo la irritaban.

Tres semanas después de comenzar a asistir a la corte, fue encontrada por Ciro, uno de los hijos del rey, en uno de los jardines del palacio. Sentada en un banco de piedra, Artemisia estaba irritada por tener que vestir una larga túnica bordada en verde y violeta, con horquillas apretando su cabello en un recogido elaborado. El rey estaba distante, entretenido con artistas egipcios que realizaban una presentación para él y los nobles de la corte, que circulaban a su alrededor, ávidos por satisfacer sus deseos.

—¿No aprecias el espectáculo? —preguntó el príncipe, sonriendo mientras se acercaba y se situaba a su lado.

Artemisia se levantó inmediatamente y miró a Ciro durante un momento. El joven no era un adolescente como había imaginado; debía tener alrededor de veinte años. Su barba incipiente brillaba, probablemente bañada en aceite aromático. Alto y aparentemente musculoso bajo su ropa, llevaba una túnica amarilla y pantalones del mismo color. Un puñal enfundado colgaba de su cintura, sujeto por una tira de cuero finamente trabajada. Sus ojos marrones irradiaban sinceridad, acompañados de una sonrisa que dejaba ver dientes blancos y perfectos.

—No, mi señor —respondí con sinceridad, haciendo una reverencia como me había enseñado Mardoc.

—Yo tampoco —Ciro rió, él era lo opuesto a su hermano, que adoraba la formalidad de la corte—. Ellos me aburren, me gustaría estar en la llanura galopando, cazando o participando en alguna batalla.

Ella sonrió en respuesta, sintiéndose algo avergonzada por estar al lado de uno de los hijos del rey. Sin que Artemisia lo notara, una bella mujer de unos treinta y cinco años se acercó. Llevaba una deslumbrante túnica violeta que arrastraba por el suelo, mientras su cabello negro estaba cuidadosamente arreglado en un elaborado peinado, sujeto por horquillas de oro. Sus labios estaban teñidos de rojo, destacándose contra su piel, y el contorno de sus ojos estaba marcado por un maquillaje azul, lo que realzaba aún más su belleza.

—¿De qué están hablando los niños? —preguntó la mujer en un griego perfecto y sin acento.

—Artemisia, ella es Parisátide, mi excelsa madre —sonrió Ciro, haciendo una reverencia exagerada hacia su madre.

—Mi señora —la joven saludó a la reina inclinando la cabeza en señal de respeto.

Mardoc había explicado que Parisátide era media hermana de Darío II y que el verdadero poder en el Imperio estaba en sus manos, no en las del propio rey. Su benefactor detalló cómo la reina era responsable de una serie de asesinatos, incluidos los de los hermanos del rey, Sogdiano y Arsites, y que su única ambición era ver a su hijo, Ciro, sentado en el trono del Imperio.

Artajerjes, el hijo mayor de Parisátide, nació antes de que Darío fuera coronado rey. Sin

embargo, ella insistía en que su segundo hijo, Ciro, nacido cuando el padre ya ocupaba el trono, debía ser el heredero. Darío, por su parte, se negaba a ceder al deseo materno, creando un conflicto de intereses que impregnaba las intrigas palaciegas, ya que el rey tenía preferencia por su primogénito.

—He oído sobre tu triste historia, querida, los hombres son unos bárbaros —la reina invitó a la joven a sentarse a su lado, mientras Ciro permanecía de pie.

—Gracias, mi señora —Artemisia se sonrojó al aceptar la invitación.

—He oído comentarios de que estás entrenando con los guerreros escitas, si me permites decirlo, son bárbaros terribles —el tono de voz de la reina denotaba claramente aburrimiento y desprecio.

—Es cierto, mi señora, pero no creo que sean bárbaros, simplemente tienen costumbres diferentes a las nuestras —la joven sostuvo la mirada de Parisátide desafiantemente.

—Me gusta el brillo de tu mirada, niña —afirmó con una sonrisa—. Y me gustas aún más por no haberte convertido en concubina de mi hijo mayor.

—No deseo ser concubina de nadie, mi señora.

—¿Ni siquiera esposa? —preguntó la reina con una sonrisa astuta.

—Mi único deseo es convertirme en guerrera —el maxilar de Artemisia se tensó ante la idea de acostarse con algún hombre.

—Qué pena, serías una excelente esposa para mi hijo Ciro —suspiró Parisátide, volviendo la mirada hacia su hijo.

—¡Madre! —reprendió indignado el príncipe.

—¿Quieres ser guerrera con qué objetivo? —la reina volvió su mirada de halcón hacia Artemisia, ignorando a su hijo.

—Para servir al rey —la joven respondió mecánicamente, aunque su verdadero deseo era vengarse de los espartanos y sus aliados.

—¿A cuál de los reyes? ¿A mi hermano y esposo? ¿A mi hijo mayor Artajerjes, heredero del trono? —la pregunta sonó en voz baja, mientras la reina lanzaba una mirada de desprecio hacia el rey y su otro hijo, entretenidos con el espectáculo.

—A su señoría, su esposo —Artemisia respondió confundida, sin tener idea de a dónde quería llegar la reina con esas preguntas.

—¿Y después? Mi marido, por más que se considere inmortal, no lo es. ¿Quién gobernará en su lugar? Artajerjes es cruel, y sé que todavía te desea como concubina. Mis otros dos hijos menores, Ostanes y Oxatres, son incompetentes y no tienen inteligencia para ser reyes. Solo mi Ciro es digno de tal cargo —dijo acariciando la mano del príncipe, que estaba a su lado.

—¡Madre! —reprendió nuevamente Ciro, esta vez visiblemente avergonzado.

—Ustedes, jóvenes, no piensan en el futuro, ese es su error, pero yo sí pienso a largo plazo, espero que tú también, joven. Te doy un consejo, observa y aprende, y al final decide a quién vas a servir —aconsejó la reina, levantándose, lo que fue imitado por Artemisia, que inclinó ligeramente la cabeza.

—Sí, mi señora.

La reina se alejó sonriendo hacia el espectáculo.

—Perdona a mi madre, ella solo piensa en la sucesión del trono —rió incómodo Ciro, él estaba acostumbrado a las arengas de su madre de que él debía ser declarado heredero del trono.

—¿Y tú no piensas? —preguntó Artemisia audazmente.

—A veces, pero mi hermano es el primogénito, y él será rey después de mi padre. Me conformo con servirle en alguna satrapía —respondió con una sonrisa triste, observando al padre

y al hermano a distancia.

—Gracias por defender mi voluntad en la audiencia —agradeció Artemisia, cambiando de tema.

—El placer fue mío. Mi hermano te desea como si deseara un animal exótico. Te pondría en una jaula dorada y luego se cansaría y te abandonaría en el harén con sus otras concubinas. Me di cuenta de que morirías en un lugar como ese. Allí tienen todo lo que desean, menos libertad —explicó.

—Nunca aceptaría ser concubina ni esposa de nadie. Estoy juramentada al dios Ares, el señor de la guerra. No me acostaré con ningún hombre por voluntad propia —Artemisia volvió a contraer su mandíbula.

—Palabras duras —afirmó Ciro con una mirada triste.

Sintiendo una conexión inexplicable con el joven príncipe, Artemisia acabó desahogándose con él. Al fin y al cabo, él había oído el breve relato de Mardoc durante la audiencia, pero Artemisia compartió toda la angustia que había enfrentado desde la invasión de los griegos en su hacienda, pasando por la tragedia de la muerte de su hermano y sus padres, e incluso la terrible violación de su cuerpo. Sin embargo, optó por no mencionar el sueño que había tenido con los dioses, manteniendo ese secreto guardado en su interior. Al final del relato, experimentó un cierto alivio al poder desahogarse y compartir el peso de sus experiencias con alguien que parecía comprenderla.

—Lo siento mucho —dijo Ciro, que escuchó todo atentamente, tocando la mano de la joven suavemente con la punta de los dedos, pero ella la apartó al instante.

—Perdóneme, alteza —se disculpó Artemisia, sonrojándose, incapaz de controlar su aversión al contacto físico.

Artemisia sabía que esto era más fuerte que ella. Desde los sucesos en Halicarnaso, no soportaba ser tocada. Cualquier contacto físico desencadenaba un principio de pánico, aunque la persona no tuviera intención de hacerle daño. Era un reflejo involuntario, un impulso de alejamiento que nacía desde lo más profundo de su ser. Mardoc intentaba consolarla, diciéndole que era natural reaccionar así después del trauma que había vivido. Aseguraba que, con el tiempo, ella lograría superar eso, pero Artemisia no creía en esa posibilidad.

Las pesadillas eran una constante en su vida. El hombre que la había violado asaltaba sus sueños, y por más que intentara borrar la imagen odiosa de su mente, sus ojos crueles seguían persiguiéndola incluso mientras dormía. Esas pesadillas frecuentes la hacían despertar en medio de la madrugada, empapada en sudor y con un grito ahogado atrapado en su garganta.

—No tienes que disculparte, desde hoy tendrás una amiga en la corte. Solo el dios Ahura Mazda sabe cuánto también necesito una amiga en este nido de víboras —sonrió Ciro, comprendiendo. *¿Cuánto habrá sufrido esta niña?* Pensó.

A partir de ese día, Artemisia y Ciro comenzaron a encontrarse al menos tres veces por semana en los jardines o en los salones del palacio. Durante esos encuentros, compartían sus experiencias y pensamientos. Artemisia hablaba sobre su entrenamiento con Ikarnas, describiendo los desafíos y progresos que enfrentaba, mientras Ciro compartía sus propios sueños y ambiciones. Él deseaba alcanzar la grandeza de figuras como Darío, Ciro y Jerjes, ansioso por dejar su huella en la historia del imperio, o comentaba con buen humor sobre los chismes e intrigas que circulaban en la corte, revelando un lado más ligero y relajado de su personalidad.

Artemisia se rió mucho cuando Ciro mencionó, con diversión, el rumor que corría por la corte de que ellos eran amantes, para disgusto de su hermano Artajerjes.

En algunas ocasiones, Ciro invitaba a Artemisia a entrenar con él. Competían en juegos de tiro al blanco, ella con su arco cita, él con el largo arco persa. Aunque Artemisia solía ganar, Ciro no parecía importarle. Al contrario, reía y se burlaba de sus instructores.

—¿Cómo puedo ser derrotado por una niña que está entrenada por una bárbara? ¡Mis profesores son los culpables de esto! —reía, para vergüenza de sus instructores.

Artemisia siempre guardaría con cariño los recuerdos de esos días.

CAPÍTULO 11

Durante cuatro años, el arduo entrenamiento, que había comenzado cuando apenas tenía siete años, continuó incansablemente. Ahora, llevaba el peso no solo de honrar el nombre de su fallecido padre y hermano, considerados héroes de guerra, sino también el lastre de las duras palabras de sus instructores. Constantemente repetían que no era digno de la estirpe de esos héroes, que su debilidad era demasiado evidente y que, tal vez, habría sido mejor si lo hubieran abandonado al nacer.

En este mar de desafíos, los recuerdos de Elana surgían como anclas para su alma cansada. El amor secreto que sentía por ella era su fuente de fortaleza en los momentos más difíciles del entrenamiento. Vivía con la esperanza de conseguir un permiso para volver a verla, pero ahora lamentaba haber compartido el amor que sentía por la ilota con su hermano y su madre.

Doce meses después, finalmente consiguió la tan deseada licencia. Tan pronto como llegó, su primera preocupación fue preguntar a Hipócrates por el paradero de Elana.

—Su hermano logró comprar su libertad —fue la lacónica respuesta de su viejo mentor.

—¿Y dónde está? —la emoción invadió el pecho de Perseo. *¡Libre! ¡Elana está libre! ¡Todo será más fácil!*

— Se fue a Atenas con su marido y su hijo.

Fue un golpe, una revelación que trastocó sus cimientos. ¡Un hijo! Ahora, además de estar casada, Elana tenía un niño que la ataba a su marido. Pensó amargamente.

Desilusionado y abatido, salió caminando por los campos, sintiéndose traicionado y confundido. *¿No había dicho Elana que nunca lo olvidaría? ¿Que lo amaba? ¿Todo había sido una mentira?*

Decidió regresar a la agogé antes de que terminara su permiso, decidido a enterrar de una vez por todas los recuerdos de Elana.

Los años pasaron, y él se dedicó aún más al entrenamiento, tratando por todos los medios de borrar a la ilota de su mente. Sin embargo, los recuerdos de aquella tarde bajo el roble seguían persiguiéndolo, invadiendo sus noches y sus sueños.

Visitaba a su madre dos veces al año, mientras que su hermano, por su parte, se había casado con Helena, la hija de un oficial con quien había servido. La pareja tuvo dos hijos, siendo el primogénito llamado Xeron, en honor a su padre.

El entrenamiento en la agogé se intensificaba a medida que se acercaba el momento de ser incorporados al ejército. En ese momento crucial, fueron abordados por dos estudiantes mayores, recién graduados como hoplitas tras completar su entrenamiento en la agogé. Los convocaron a una reunión en el barracón donde hacían sus comidas, con el permiso de los instructores.

—¿Sabéis qué es la krypteia? —preguntó el más fuerte de los dos.

Todos asintieron en silencio.

—Estamos aquí para orientaros —dijo el otro joven.

—En estos dos últimos años, os veréis obligados a participar en cacerías contra los ilotas, cuando los Éforos lo ordenen, pero solo los mejores entre vosotros serán invitados a ingresar en

la krypteia—afirmó el primero.

Se oyeron algunos murmullos.

—Y veremos quién es digno esta noche —advirtió el segundo—. Coged vuestras espadas y esperadnos frente al barracón.

Los jóvenes alumnos salieron del salón y se dirigieron a sus tiendas, algunos emocionados por la expectativa de cazar a otros seres humanos, especialmente Polifeo. Perseo, por el contrario, sentía temor, no deseaba participar, pero no le dieron opción.

Se armaron y esperaron frente al barracón, donde los hoplitas recién graduados los esperaban.

—Esta noche habrá una reunión de algunos ilotas, creemos que se están organizando. Antes de que la serpiente crezca en nuestro seno, vamos a cortarle la cabeza —afirmó el más fuerte.

—¡Ahora seguidnos! —ordenó el otro.

Caminaron durante parte de la noche, los pasos marcados por el tenso silencio y la oscuridad que envolvía el campo. Finalmente, llegaron a una granja aislada. Los estudiantes mayores señalaron una choza distante, perdida entre los campos.

—Cercad el lugar y dominad a todos —gruñó el hoplita más fuerte.

Avanzaron en silencio, acercándose sigilosamente a la choza. La luz de los candiles se filtraba por las rendijas de las ventanas, lo que indicaba que el lugar estaba ocupado. Uno de los líderes señaló la puerta, dando la señal para que la forzaran y entraran en el lugar.

Polifeo y Evandro fueron los primeros en actuar, pateando la puerta e ingresando al recinto protegidos por sus escudos. Los alumnos mayores y otros cuatro compañeros los siguieron de cerca. Los demás se quedaron fuera, esperando, ya que la choza era demasiado pequeña para albergar a todos de una vez.

Poco después, se escucharon gritos ahogados, seguidos del repentino derrumbe de cinco ilotas por la puerta, quienes cayeron a los pies de los invasores. Flacos y vestidos con túnicas raídas, los ilotas parecían más dignos de compasión que de temor, rodeados, los infelices los miraban con terror en sus rostros.

Fue entonces cuando uno de los hoplitas presentes rompió el silencio, dirigiéndose a los ilotas con una voz firme y autoritaria:

—Deben morir. ¡Tú! —señaló a Polifeo—. Mata a uno.

Sin dudarlo, Polifeo se acercó y clavó su espada a la altura del corazón del ilota más viejo, quien con un gemido bajo murió.

—¡Ahora tú! —el otro hoplita señaló a Perseo.

Perseo observó a los cuatro ilotas restantes, viéndolos con una mezcla de compasión y determinación. Eran jóvenes, de la misma edad que él, dos de ellos lloraban en silencio mientras los otros mantenían una mirada de miedo. Apretó el mango de su espada con firmeza después de desenvainarla, sintiendo la tensión del momento recorrer su cuerpo.

Se acercó a los ilotas caídos en el suelo, consciente de que se esperaba que ejecutara a uno de ellos. Sin embargo, al ver la escena, algo dentro de él vaciló. Recuerdos de Elana inundaron su mente, junto con las enseñanzas de honor y piedad transmitidas por su padre. No lograba justificar la idea de asesinar a alguien en esas circunstancias, desarmado y sin un juicio justo.

Decidió entonces bajar su espada y alejarse, ignorando las miradas severas de los hoplitas y la sorpresa reflejada en los rostros de sus compañeros.

Los hoplitas permanecieron en silencio durante un momento, antes de que eligieran a

otros compañeros para ejecutar a los ilotas restantes. Dos de sus compañeros, al igual que él, se negaron a seguir la orden de matar a los jóvenes indefensos.

Al final, sin embargo, todos los infelices fueron asesinados.

Perseo se alejó del lugar con sus dos compañeros, manteniéndose en la retaguardia y distanciado de los demás. Sabía que su decisión podría tener consecuencias, pero no podía sacrificar sus principios y valores en nombre de la brutalidad de la guerra.

—¿Qué harán con nosotros? —preguntó uno de ellos, llamado Iolao.

—Nos castigarán —afirmó el otro, llamado Evandro.

—No me importa, no mataré a alguien desarmado, como si fuera una víctima de sacrificio —dijo Perseo de manera resoluta.

Antes de llegar al campamento, los hoplitas ordenaron que se detuvieran.

Perseo se dio cuenta de lo que iba a suceder cuando él y sus dos compañeros fueron rodeados.

—¡Avergonzáis a Esparta! —exclamó el hoplita más viejo.

—Enseñadles una lección —ordenó el otro.

Liderados por Polifeo, fueron brutalmente golpeados por sus propios compañeros. Al final, tuvieron que ser llevados de vuelta al campamento, sus cuerpos marcados por los golpes infligidos por sus colegas. Al día siguiente, los instructores no dijeron nada, pero observaron sus heridas con una satisfacción siniestra.

Esas excursiones periódicas de caza de ilotas, conocidas como "cacerías", eran una parte oscura y cruel de su entrenamiento. Algunos de ellos, como Polifeo, fueron seleccionados para ingresar a la krypteia, una unidad especial cuyas actividades estaban envueltas en secreto y misterio. Cuando estaban en misión, se les exoneraba de la agogé y pasaban días lejos del campamento, sin revelar jamás lo que hacían.

Mientras tanto, los demás jóvenes solo participaban en las excursiones de caza aleatorias, donde los ilotas capturados eran sometidos a brutales golpizas y, en algunos casos, asesinados. Además, se les alentaba a cometer violaciones. Algunas de esas cacerías tenían como objetivo localizar a las esclavas ilotas, quienes eran abusadas sexualmente.

Eran jóvenes, y el contacto físico con mujeres espartanas estaba estrictamente prohibido. Como una forma de liberar la tensión sexual que los afligía, esas cacerías se permitían.

Era un verdadero tormento psicológico para él. Por un lado, el deseo ardía en su cuerpo, una manifestación natural de su juventud y vigor. Sin embargo, por otro lado, la idea de participar en violaciones le resultaba inconcebible. La simple imaginación de alguien cazando a Elana y sometiéndola a un trato tan degradante era suficiente para provocar un profundo desespero en su alma.

Cuando se anunciaban esas cacerías nocturnas, Perseo se negaba rotundamente a participar. Para él, la idea de cometer tal acto era repugnante y moralmente inaceptable. Sin embargo, esa negativa le costó caro. Fue etiquetado como amante de ilotas, afeminado y objeto de otros epítetos ofensivos, siendo objeto de burla y aislamiento por parte de sus compañeros.

A pesar de ser obligado a participar en las cacerías, el joven siempre se negaba a matar a un hombre o niño desarmado. Las enseñanzas de su padre resonaban en su mente, recordándole que no había honor en asesinar a alguien en esas condiciones. Además, se negaba a herir a alguien que perteneciera al pueblo de Elana.

Siempre que era posible, fingía no haber alcanzado al ilota fugitivo o simplemente se negaba a agredirlo. Sin embargo, esta postura valiente le costó caro. Perseo fue frecuentemente golpeado por los instructores y sus propios compañeros, además de ser objeto de burlas.

Su hermano fue informado por los instructores sobre su comportamiento desafiante. Epidamas, a su vez, lo criticaba duramente siempre que se encontraban durante sus licencias.

En una de esas excursiones, los instructores decidieron poner a prueba su determinación. Le pusieron una espada en las manos y le ordenaron matar a un ilota capturado. Sin embargo, Perseo se negó nuevamente a obedecer. Como consecuencia, fue brutalmente golpeado.

Solo no fue muerto ni expulsado de la agogé en consideración a la memoria de su padre y de su hermano, que ahora formaba parte del alto mando espartano. A partir de ese día, lo dejaron en paz. Ya no se le obligó a participar en las excursiones, pero fue segregado por sus compañeros, quienes lo llamaban amante de ilotas.

Finalmente, el entrenamiento en la agogé terminó al cumplir los dieciocho años. Fueron entonces incorporados al ejército como soldados rasos en la infantería pesada, un cargo que solo los espartanos podían ocupar.

Si eran considerados aptos, a los treinta años podían ser nombrados sargentos, pues solo los hombres mayores de treinta años que hubieran probado su valor llegaban al cargo de oficiales. La plena ciudadanía espartana solo se alcanzaba a esa edad; hasta entonces no podían casarse ni hablar en las asambleas.

Perseo fue asignado, junto con otros jóvenes de su grupo, a una compañía de patrullas con la misión de vigilar los territorios conquistados por Esparta. Era un trabajo aburrido, caminaban todo el día por carreteras y aldeas, inspeccionaban cargas, escoltaban convoyes y montaban guardias en puestos fronterizos.

Solo después de ciento ochenta días recibió permiso para una licencia de dos meses.

Ahora Perseo podría regresar a la casa donde nació y creció, como un hombre y no como un niño.

***

El encuentro entre Artemisia y Artajerjes no fue tan agradable, y ella percibió la gran diferencia entre los hermanos.

Ocurrió durante un banquete ofrecido a los embajadores egipcios, aproximadamente tres meses después de su llegada a la corte. Al entrar en el imponente salón iluminado por cientos de candelabros de plata, suspendidos por largas cadenas del techo, se vio inmersa en una atmósfera de lujo y pompa. Grandes ventanales permitían contemplar las terrazas, desde donde se podía ver la ciudad resplandeciente bajo la luz de las antorchas. Los sirvientes se movían frenéticamente, sirviendo exquisiteces y bebidas a los dignatarios del Imperio, que conversaban animadamente en grupos coloridos, adornados con deslumbrantes joyas y peinados elaborados.

Estaba en compañía de Mardoc, pero su benefactor fue convocado a la presencia del rey, que se encontraba sentado en su trono al fondo del salón. Con una disculpa, él la dejó sola entre extraños, prometiendo regresar lo antes posible. Ansiosa y desconcertada por la situación, Artemisia se dirigió a una de las terrazas, donde disfrutó de la vista de la ciudad iluminada por las antorchas. Una suave brisa refrescaba su piel, que sudaba bajo la pesada túnica persa azul turquesa que se había visto obligada a usar en aquella ocasión formal.

Mientras observaba la luna menguante en el cielo, Artemisia se sumió en pensamientos sobre su tierra natal, Halicarnaso. *¿Algún día regresaría a la tierra donde nació? Ya no quedaba nada que la atara a aquel lugar, solo recuerdos dolorosos que la acosaban.* La soledad y el anhelo de encontrar un sitio que pudiera llamar hogar flotaban sobre ella.

De repente, una voz desagradable la sacó de sus pensamientos.

—¿Apreciando la vista, mi pajarito?

Artemisia se giró abruptamente, solo para encontrarse con Artajerjes observándola con

ojos ardientes de lujuria. Un escalofrío recorrió su espalda al sentir el despreciable deseo que emanaba de él. Un sentimiento de repulsión la invadió, su instinto latía con el deseo de cortar el cuello de aquel hombre. Controlando sus emociones, mantuvo una expresión firme, resistiendo la tentación y los susurros en su mente que la instaban a matarlo.

—Alteza —respondió inclinando la cabeza en señal de respeto.

—Estás aún más bella que cuando te presentaste ante el rey —Artajerjes pasó la lengua por sus labios.

Artajerjes estaba ricamente vestido con una túnica que brillaba con hilos de oro y plata, destacando su posición de nobleza y riqueza. Su cabello, del color del acero envejecido, y su barba estaban cuidadosamente arreglados, sujetos con anillos de oro que añadían un toque de ostentación a su apariencia. Sin embargo, el fuerte perfume que emanaba de él resultaba desagradable.

—Es muy amable, majestad —respondió educadamente, mirando a su alrededor para ver si Mardoc estaba cerca.

—Estamos solos aquí, mi pajarita, nadie se atrevería a interrumpirme. ¿Qué te parece la idea de ir a mis aposentos? Si aceptas ser mi concubina, te cubriré con seda, oro, joyas… nada te faltará —sugirió con una sonrisa desagradable.

—Pero perdería mi mayor tesoro: mi libertad —Artemisia lo miró desafiante.

— ¿Cómo te atreves? ¡Tu meretriz bárbara! — Artajerjes se irritó por la osadía y el desafío que vio en aquellos ojos, y le dio una bofetada en la cara a la joven. *¿Quién se cree que es para despreciarme?* Pensó, sintiendo al mismo tiempo irritación y deseo.

Artemisia miró a Artajerjes con furia, sintiendo cómo su rostro ardía por el golpe y por la intensidad de su indignación. *¡Tonta!* Pensó, irritada consigo misma. El movimiento repentino del príncipe la había tomado desprevenida, lamentablemente había olvidado la lección fundamental de Ikarnas: una verdadera amazona debe mantenerse alerta y vigilante en todo momento y en cualquier circunstancia.

Un impulso violento cruzó su mente, deseando con fervor estar armada con su daga para desmembrar al príncipe y demostrarle que todos eran iguales por dentro. Sin embargo, se contuvo. Sabía que atacar al heredero del trono no solo la condenaría a ella misma, sino también a Mardoc, su padre adoptivo, a una muerte lenta y dolorosa. Aunque no le importaba su propio destino, no podía permitir que su benefactor sufriera por su culpa.

—Perdóneme, majestad —respondió Artemisia, inclinando la cabeza, controlando su impulso de saltar sobre el príncipe y rasgarle los ojos con sus uñas.

—Así está mucho mejor —Artajerjes sonrió, y, sujetándola por los brazos con un movimiento rápido, intentó besar a la joven en los labios.

Artemisia forcejeó y luchó, pero parecía que cuanto más resistía, más se excitaba el príncipe, y su fuerza y determinación solo alimentaban la repugnante lujuria que emanaba de él. Desesperada, lanzó una mirada a su alrededor, buscando ayuda en el salón, donde los nobles parecían ignorar deliberadamente lo que ocurría en la terraza, o quizás preferían hacerse los desentendidos. Mardoc estaba ausente, y Artemisia se sintió completamente sola en su lucha contra el príncipe.

Contrajo los labios con repugnancia, decidida a evitar que el príncipe invadiera su boca con su asquerosa lengua. En un instante de alivio, Artajerjes fue apartado de ella violentamente, y Artemisia levantó la vista, encontrándose con la mirada de Ciro, que rebosaba odio mientras encaraba a su hermano. Artajerjes, sonrojado de vergüenza y rabia, palpó su ropa en busca de algo.

—Si eso es lo que buscas, te aconsejaría usar ropa menos suntuosa —Ciro sonrió fríamente mientras apuntaba un largo puñal de plata contra el cuello de su hermano.

El príncipe vestía una túnica persa blanca, pero a diferencia de la que llevaba su hermano, esta era más sencilla y menos ostentosa; en su cintura, en un cinturón de cuero e hilos de oro, colgaba una vaina, de donde probablemente había sacado el puñal.

—¡¿Cómo te atreves?! ¡Soy el futuro rey de Persia! —gruñó Artajerjes con voz aguda.

—Hablaste bien, hermano, futuro rey, pero aún no lo eres. Nuestro padre ordenó que ella viviera con nosotros durante un año antes de decidir lo que desea para su vida —respondió Ciro, manteniendo el puñal apuntando hacia Artajerjes.

—Maldita bárbara, y maldito seas tú también, hermano —gruñó Artajerjes, entrando con pasos pesados al salón.

—¿Estás bien? —Ciro se acercó y tocó suavemente su hombro con la punta de los dedos.

Instintivamente, Artemisia retrocedió un paso.

—Perdóneme, alteza —la joven se sonrojó por la falta de delicadeza. Ciro la ayudó, pero ella rechazó cualquier contacto, aunque ese sentimiento era más fuerte que la amistad que sentía por él.

—No tienes que disculparte, amiga mía, soy yo quien debe disculparse por los modales de mi hermano —sonrió, guardando su puñal.

—¿He causado problemas para Vuestra Alteza o Mardoc? —preguntó Artemisia tímidamente, preocupada por las consecuencias de sus actos.

—No te preocupes, probablemente nos llamarán, pero mi padre cumple su palabra, y si dijo que tenías un año para decidir lo que deseas para tu vida, eso significa que nadie te molestará —la tranquilizó—. Ahora ven, vamos a beber una copa de vino.

Artemisia siguió al príncipe de vuelta al salón, mientras los nobles cerca de la terraza abrían paso para ellos y se inclinaban servilmente. Sintió una mezcla de desprecio por la falta de coraje y solidaridad de esos hombres. *Hipócritas y cobardes, ni siquiera intentaron ayudarme*, pensó para sí misma.

Al entrar en el salón, encontraron a Mardoc al otro lado, inmerso en conversaciones con dignatarios egipcios y representantes de otras naciones del Imperio. Al percatarse de la expresión aún alterada de Artemisia, interrumpió brevemente sus conversaciones y se acercó con preocupación reflejada en su rostro.

—Ahora la dejo en buenas manos —afirmó Ciro, haciendo una leve reverencia hacia Artemisia y Mardoc, y alejándose luego en dirección al estrado donde el rey estaba sentado en su trono conversando con algunos nobles.

—¿Qué ha sucedido? —murmuró Mardoc en griego.

Artemisia le relató lo ocurrido, y se dio cuenta de que la mandíbula de su benefactor se tensaba y sus ojos adquirían un brillo que indicaba irritación. Mardoc estaba furioso por dentro. *¿Cómo se había atrevido el príncipe a faltarle al respeto a su protegida? ¿A quién él mismo había presentado como hija adoptiva? ¿Podría quejarse directamente con el rey? Probablemente Darío solo regañaría a su hijo, lo cual haría que Artajerjes buscara venganza.*

—No te preocupes —pidió la joven, casi tocando el brazo de Mardoc—. Estoy bien, Ciro me ayudó.

—Debemos tener cuidado, Artajerjes es vengativo —advirtió, aún en griego, en voz baja.

Durante el resto del banquete, Artemisia intentó mantenerse cerca de su benefactor, consciente de que alguien la observaba. A veces, sentía la mirada incisiva de Artajerjes sobre ella, cargada de una mezcla perturbadora de deseo y odio. Por suerte, el banquete llegó a su fin y

pudieron regresar a casa.

Dos días después, Artemisia fue encontrada por Ciro en la biblioteca real, donde solía pasar la mayor parte de su tiempo leyendo y estudiando, siempre que no estaba obligada a asistir a las audiencias reales.

La biblioteca era un salón imponente, con grandes ventanas que permitían la entrada de luz natural y aire fresco. Múltiples mesas de madera y sillas estaban distribuidas por el espacio, mientras que los escribas, vestidos con túnicas blancas, atendían las necesidades de los nobles presentes. Estanterías repletas de papiros y obras literarias de diversas procedencias adornaban el ambiente, ofreciendo una amplia variedad de conocimientos por explorar. Obras griegas, egipcias y de otras naciones estaban traducidas al persa y al arameo, además de las producidas en Persia. Estatuas, bustos de mármol y jarrones decorativos enriquecían visualmente el lugar, mientras que un pequeño jardín adyacente proporcionaba un ambiente tranquilo para la lectura, con las sombras refrescantes de los árboles y el suave perfume de las flores en el aire.

—¿Eres incansable, amiga mía? — Ciro sorprendió a Artemisia sentada en un banco del jardín.

—Alteza —se levantó e hizo una ligera reverencia.

—Entrenas y estudias, así que un día podrás sentarte en algún trono. ¿Has pensado en convertirte en reina de Halicarnaso? Si algún día llego a ser rey, podría colocarte en el trono —sugirió.

—Si algún día Vuestra Alteza llega a ser rey, lo serviré como comandante guerrera, no como reina —respondió la joven con una sonrisa sincera.

Ciro sonrió ante la respuesta.

—Estuve con mi padre y mi hermano —su tono se volvió más serio— Artajerjes exigió que te entregaran como concubina, además de acusarme de querer matarlo, pero le expliqué a mi padre la manera deshonrosa en que actuó mi hermano.

—Espero no haberte causado problemas —respondió Artemisia, preocupada.

—Ninguno que no pueda resolver, mi padre se irritó con Artajerjes y le prohibió terminantemente acercarse a ti —afirmó con una media sonrisa—. Pero eso no significa que aún no intente perjudicarte, mantente alerta.

—Lo haré, mi señor —Artemisia inclinó ligeramente la cabeza en señal de agradecimiento.

—Ahora te dejo con tus estudios —con la característica sonrisa en los labios, hizo una reverencia y se retiró.

Mientras observaba a Ciro alejarse, Artemisia reflexionaba sobre lo que había dicho. Si algún día tuviera que escoger un bando en la disputa por el trono, sabía que sería el de Ciro. La simple idea de que Artajerjes ascendiera al poder real era suficiente para causarle escalofríos. Podía imaginar con claridad un reinado marcado por la tiranía, el despotismo y la crueldad.

CAPÍTULO 12

Los meses pasaron rápidamente, la primavera dio paso al cálido y sofocante verano, que fue reemplazado por el otoño, que hizo que las hojas secas se esparcieran por los caminos y jardines, marcando el decimocuarto aniversario de Artemisia.

Mardoc ofreció un banquete para los amigos más cercanos, ya que el decimotercer aniversario de su protegida ocurrió días después de que partieran de Halicarnaso, y él solo lo supo meses después, cuando le preguntó a ella la fecha de su nacimiento.

Ciro asistió y la obsequió con un hermoso puñal con empuñadura de plata y una hoja de tono azulado, forjada en un país lejano.

Finalmente, llegó el invierno con sus vientos gélidos y, con él, el fin del plazo de un año en la corte.

Artemisia reflexionaba sobre el breve tiempo que quedaba antes de que terminara su período en la corte. Su determinación seguía inquebrantable, a pesar de los intentos de Mardoc por convencerla de que se estableciera en Susa. Él alimentaba la esperanza de que algún día ella heredara todas sus posesiones y tal vez encontrara a un noble que conquistara su corazón.

Sin embargo, Artemisia simplemente se reía ante esos sueños. Sentía un gran aprecio por Mardoc, quien se había convertido en un segundo padre para ella. Aunque jamás podría reemplazar a su padre, que había sido brutalmente asesinado, Mardoc era amable, atento y dedicado. Compartía su vasto conocimiento sobre filosofía, estrategia, historia y política, pasando horas conversando sobre el mundo.

Artemisia continuó su entrenamiento con Ikarnas sin interrupciones, incluso cuando sufrió enfermedades que la dejaban con el cuerpo ardiendo y la nariz goteando sin cesar. A pesar de los protestos de Mardoc, ella se veía obligada a galopar hasta los campos para entrenar, demostrando su incansable determinación.

Con la ayuda de Mardoc y de los maestros enviados por Ciro, Artemisia dominó perfectamente las lenguas oficiales del imperio, además del idioma cita enseñado por Ikarnas. También adquirió habilidades de lectura y escritura, una rareza para una mujer persa, especialmente una noble, y aún más inusual para una mujer griega o de las ciudades de la costa jónica.

Para calmar la ira que consumía su alma y la hacía despertar gritando casi todas las noches, Mardoc la alentó a visitar los templos persas en la capital. Esta búsqueda espiritual servía como un intento de encontrar paz interior y superar los traumas que la acosaban constantemente.

—Si no es en busca de elevación espiritual, al menos como forma de conocimiento, en la corte deberás acompañar al rey cuando visite los templos —le aconsejó en las primeras semanas en Susa.

Artemisia conoció el templo de Ahura Mazda y su filosofía: él era el dios del bien, que luchaba constantemente contra su hermano gemelo, el dios del mal, conocido como Arimán. Ambos eran hijos del primer dios creador, Zurvan, el tiempo. Arimán, como hijo primogénito, era más poderoso que Ahura Mazda y tendría un reinado de mil años. Sin embargo, después de ese período, él sería derrotado por este.

Pero, a pesar de las enseñanzas filosóficas de los sacerdotes persas, en mi corazón aún oraba a los dioses griegos, especialmente a Ares, el señor de la guerra.

Artemisia aguardaba con ansias la cercanía del final de su plazo en la corte persa, deseando partir hacia la lejana tierra de los Citas, donde tendría la oportunidad de unirse a la tribu de Ikarnas y, posiblemente, convertirse en una amazona. Con solo veinte días restantes, el rey ofreció un banquete para varios nobles y sátrapas, quienes asistieron para rendir cuentas de sus administraciones.

Aunque reacia a participar en el banquete, se vio obligada a acudir al salón principal del palacio. Para su sorpresa y alivio, su benefactor le proporcionó un elegante traje griego para que lo usara: una larga túnica de color verde claro que dejaba al descubierto su hombro izquierdo, adornada con un cinturón de cuero y delicados hilos de oro trabajados en su cintura. Una estola de seda cubría sus hombros del frío, mientras sus cabellos eran peinados y dejados sueltos sobre sus hombros, enmarcando su rostro. Una fina tiara de plata adornaba su frente, manteniendo el cabello alejado de su cara, y una ligera tintura realzaba la belleza natural de su piel y labios.

Aunque el traje era más cómodo que las túnicas persas, Artemisia todavía prefería las ropas sencillas que usaba cuando entrenaba con Ikarnas.

Cuando encontró a Mardoc en el salón del palacio, él sonrió con satisfacción y orgullo.

—Estás bellísima, hija mía —Ciro la saludó con una amplia sonrisa de orgullo y no pudo evitar pensar en su propia hija. *Ellas serían como hermanas.*

Artemisia observaba la ciudad iluminada por las centenas de antorchas mientras viajaba por las calles en el carruaje junto a su benefactor, quien le daba instrucciones sobre el banquete al que estaban a punto de asistir.

Al llegar al lugar, Artemisia se dio cuenta de que el festín era aún más magnífico que todos los anteriores en los que había participado. Artistas de diversas partes del mundo se presentaban, incluidos griegos que representaban una obra teatral sobre la guerra de Troya.

Dentro del salón real, Darío estaba sentado en su trono junto a sus cuatro hijos: Artajerjes, Ciro, Ostanes y Oxatres. Todos vestían túnicas ricas y coloridas, permaneciendo de pie junto al rey. En un trono más pequeño, la reina Parisátide sonreía radiante, más bella que nunca.

Aún no se les había presentado a los hijos más jóvenes del rey, y no tenía interés en conocerlos. Su deseo era esconderse entre los invitados nobles, pasando desapercibida durante toda la fiesta. Más que nunca, deseaba que su tiempo en la corte llegara a su fin para poder partir, finalmente libre y señora de su destino.

Los nobles, ricamente vestidos, entraron uno por uno, seguidos por sirvientes con arcas de madera llenas de monedas, estatuas, papiros y animales exóticos de sus satrapías. Todos se inclinaban ante el rey, tocando la frente en el suelo, mientras los sirvientes llevaban los tesoros por una puerta a la izquierda en dirección al tesoro real.

Con un gesto, Darío les indicaba que se levantaran y se pusieran frente al trono para hacer un largo y tedioso discurso, alabando al rey, a sí mismos y a sus administraciones.

Artemisia recorría con una mirada desinteresada el salón, hasta que sus ojos se cruzaron con los de Ciro, quien la observaba desde lo alto del estrado. Esto la hizo sonrojarse de vergüenza al ser sorprendida, pero el príncipe solo esbozó una sonrisa leve. Al desviar la mirada, la joven se dio cuenta de que Artajerjes también la miraba, pero a diferencia de su hermano, lo que vio en su mirada fue odio.

Al final de la ceremonia, todos fueron conducidos a otro amplio salón, iluminado por varios candelabros de metal suspendidos por cadenas en el techo, además de trípodes cerca de las paredes. Una larga mesa baja ocupaba el centro del salón, rodeada de cojines y almohadas, con un pequeño taburete reservado para Darío, en el lugar de honor.

Los sátrapas y los oficiales más importantes se acomodaron tras recibir la autorización del rey. Los demás nobles, incluyendo a Artemisia y Mardoc, permanecieron de pie, un poco más alejados. Los sirvientes circulaban alrededor de la mesa, ofreciendo una variedad de platos tradicionales de las naciones sometidas al Imperio, mientras bellas sirvientas llenaban las copas con líquidos vertidos desde ánforas decoradas, para luego recorrer el salón y servir a los demás invitados.

Tras el banquete, el rey se levantó, obligando a todos los presentes a hacer lo mismo, y se encaminó hacia un amplio jardín en el interior del palacio, seguido por todos los demás.

El viento frío del invierno no penetraba en el jardín, que estaba protegido por las diversas alas del palacio que lo rodeaban. Los braseros distribuidos por el lugar calentaban el ambiente y exhalaban perfumes agradables de maderas aromáticas provenientes de diversas regiones del mundo.

Mardoc se encontraba en algún lugar del jardín, inmerso en conversaciones con oficiales y dignatarios. Mientras tanto, Artemisia se distraía acariciando los pétalos de una flor roja que jamás había visto antes. De repente, sin embargo, escuchó que alguien pronunciaba su nombre.

—¡Artemisia!

Artemisia se giró solo para encontrar la mirada maliciosa de Artajerjes. A su lado, un hombre de unos treinta y cinco años llamó su atención. Tenía el cabello castaño oscuro y los ojos del mismo color. Una barba oscurecida, teñida con detalles dorados, caía de su barbilla, sujeta por pequeños sellos de oro, mientras su larga túnica verde y roja brillaba con hilos de oro entrelazados. Su boca delgada y sus ojos penetrantes revelaban una crueldad inquebrantable. Artemisia sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral al cruzarse con la mirada de aquel hombre, como si estuviera mirando la esencia misma de la maldad.

—¿Sí, mi señor? —se acercó, sintiéndose incómoda, pues había sido llamada por el príncipe heredero.

—Esta es la halicarnense de la que te hablé —Artajerjes se dirigió al hombre sin prestarle atención a ella.

El hombre la miró de arriba a abajo con sus ojos de cerdo, brillando de codicia.

—Soy Tisafernes, sátrapa de Lidia y Caria, un leal servidor del rey y del futuro rey —sonrió de manera maliciosa.

— Es un honor, señor —Artemisia hizo una leve inclinación de cabeza.

—Artemisia quiere ser guerrera; dentro de unos días estará frente a mi padre para decir si desea casarse con algún noble o ser una bárbara —explicó Artajerjes de manera burlona.

—Mi señor, el rey no debería ceder a tan caprichoso deseo femenino, las mujeres deben ser sumisas al hombre, y ella debería estar agradecida a su padre y a vos por aceptarla, y aceptar a un noble como esposo —el tono de voz de Tisafernes era suave, contrastando con su mirada maliciosa—. Si me lo permites, por la devoción que te tengo, me ofrezco para aceptarla como mi esposa.

Artajerjes soltó una carcajada alta, mirando a la joven con una expresión maliciosa. Se divertía visiblemente con el evidente desconcierto de Artemisia, quien había osado rechazar convertirse en su concubina.

El hecho de que ambos, él y Tisafernes, decidieran sobre su vida como si ella no estuviera presente hizo que su sangre hirviera. *Ojalá pudiera encontrarlos en la llanura, lejos de la guardia real; entonces verían de qué material fui forjada durante el último año*, gruñó en sus pensamientos.

—Prefiero ser entregada a los hombres que destruyeron mi vida que ser su esposa —

respondió Artemisia, sin poder contener la ira que dominaba su pecho.

Artajerjes volvió a reír a carcajadas, mientras Tisafernes la miraba con odio y lujuria en sus ojos. Se acercó al rostro de Artemisia y susurró en su oído en griego.

—Todavía serás mía, por las buenas o por las malas; espero que sea por las malas —gruñó el sátrapa, mientras Artemisia se controlaba para no arrancarle los ojos con las uñas.

—¿Parece que nuestro padre no fue lo suficientemente claro, hermano? —se oyó una voz fuerte.

Artemisia se giró y se encontró con Ciro, que miraba a su hermano y a Tisafernes con una expresión severa.

—Hermano, solo estoy presentando a nuestra invitada a Tisafernes —respondió Artajerjes.

Tisafernes inclinó la cabeza servilmente en presencia de Ciro y se apartó, colocándose junto a Artajerjes.

—Vamos, amigo mío, vamos a beber algunas copas de vino en mejor compañía —sugirió Artajerjes, llevando a Tisafernes del brazo.

—Maldito perro —gruñó Ciro después de que su hermano y el sátrapa se marcharan.

—Gracias, Alteza, me has salvado una vez más —Artemisia sonrió aliviada y agradecida.

—Un placer, mi amiga —Ciro sonrió de vuelta mientras extendía su copa de oro hacia la joven.

Artemisia dio un gran trago de vino para quitarse el sabor amargo de bilis que sentía en la boca por culpa de Artajerjes y Tisafernes.

—Debes tener cuidado con él —advirtió, señalando a Tisafernes, que los observaba desde la distancia.

—En unos días estaré libre, mi señor; iré con Ikarnas a Escitia, donde entrenaré para ser guerrera. Cuando regrese, estaré lista para servirle —respondió con sinceridad. Ya no tenía dudas en su mente: algún día sería la líder de las amazonas y regresaría para jurar lealtad a su único amigo.

Ciro la observó detenidamente. Dio un paso hacia la joven, quien, por un momento, pensó que él la tocaría, lo que hizo que su rostro se sonrojara y su corazón latiera con fuerza en su pecho. Sin embargo, el príncipe solo tomó la copa de las manos de la joven; sus dedos rozaron levemente los de ella, pero esta vez Artemisia no se apartó, dejando de sentir aversión al toque masculino.

Con una sonrisa, él dio un trago de vino.

—Tisafernes ha sido sátrapa de Lidia y Caria durante años, región donde se encuentra Halicarnaso, y comandante en jefe del ejército persa en Asia Menor. Es tan codicioso como cruel, pero mi padre lo estima mucho —explicó, lanzando una mirada dura hacia Tisafernes, quien, al darse cuenta de que lo miraban, se apartó aún más, mezclándose entre los nobles.

—Parece que su hermano también lo estima mucho —dijo Artemisia, sintiendo un escalofrío recorrer su espina dorsal.

—Los dos se merecen; ambos son codiciosos, brutales y carecen de honor y decencia.

—A diferencia de Su Majestad.

Ciro la miró y sonrió. Nunca había conocido a alguien como Artemisia, una joven con el espíritu de una leona, pero que a veces era tan frágil como la más fina de las porcelanas que llegaban del otro lado del mundo.

Artemisia sintió sus mejillas arder con la mirada penetrante del príncipe. Para disimular, tomó la copa de las manos de Ciro y la llevó a los labios nuevamente.

Durante el resto del banquete, Ciro se mantuvo a su lado, para odio de Artajerjes y Tisafernes, quienes los observaban desde lejos. Él solo la dejó cuando Mardoc los encontró.

Al contarle a su benefactor lo que había ocurrido, se dio cuenta de que él apretó las manos de rabia, pero no dijo nada.

Cuando se acercó el amanecer y el banquete terminó, regresaron al palacete en carruajes. Mardoc permaneció en silencio, parecía incómodo con algo. Artemisia pensó en preguntarle qué lo afligía, pero se mantuvo en silencio.

Al llegar, dispuso que los sirvientes se retiraran y, antes de que la joven se retirara a sus aposentos, le pidió que esperara un momento más. Después de asegurarse de que no había ningún sirviente cerca, Ciro la hizo sentarse a su lado en un banco frente a un brasero que calentaba la sala. Parecía incómodo, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—¿Conoce a Tisafernes? —preguntó Artemisia, tratando de iniciar la conversación que parecía incomodarle.

—Sí, hace unos tres años, el rey Darío ordenó la recopilación del tributo de las ciudades griegas de la costa de Caria y Lidia que estaban endeudadas. Tisafernes fue encargado de esta misión y estableció una alianza con Esparta, que estaba en guerra contra Atenas. Esto lo llevó a conquistar gran parte de la Jonia, hace unos dos años. Por esta razón, el año pasado me enviaron a la región para apoyar las fuerzas de Tisafernes —explicó Mardoc.

—Pero, si Tisafernes era aliado de los espartanos, ¿por qué fuiste a combatir las incursiones de ellos y de sus aliados? ¡Halicarnaso era aliado de Atenas! —respondió la joven, temiendo que Mardoc hubiera ayudado a los hombres que atacaron su hogar.

—Sí y no. Realmente fui enviado para combatir las incursiones espartanas a petición del gobernador de Halicarnaso, que estaba negociando con Tisafernes. Entiende, Artemisia, la política de Tisafernes es ambigua. Él no estaba dispuesto a iniciar un conflicto armado con ninguno de los dos bandos e intentó alcanzar sus objetivos mediante astutas y pérfidas negociaciones. Estuve presente cuando el general ateniense Alcibíades lo persuadió de que la mejor política para Persia sería mantener el equilibrio entre Atenas y Esparta, por lo que apoyaba a ambos lados —explicó.

—Esto es confuso —dijo la joven, colocando las manos sobre la cabeza.

—Sí, pero es la política que Darío ha mantenido hasta ahora.

—¿Era eso lo que le preocupaba esta noche cuando vio a Tisafernes?

—No, mi pequeña leona, lo que me preocupa eres tú, Artemisia. Temo por tu seguridad. Tal vez lo mejor que pueda suceder es que regreses con Ikarnas a la Escitia, las amazonas te protegerán durante tu entrenamiento —la expresión de Mardoc mostraba un sufrimiento visible.

—¿Por qué? —el corazón de Artemisia latía con fuerza en su pecho.

—Estás despertando muchas pasiones —respondió, avergonzado.

—¿Yo? Pero soy solo una niña de catorce veranos —exclamó sorprendida.

—No, Artemisia, sé que ya te has convertido en una mujer —Mardoc se sonrojó violentamente.

La joven también se sonrojó. Había poco más de tres meses que sus reglas de la luna descendieron una noche. El dolor que sintió la hizo gemir en voz alta hasta que una sirvienta, que siempre dormía frente a la puerta de su habitación, entró. Quiso avisar a Mardoc, pero Artemisia la prohibió.

Al día siguiente, cuando regresó del entrenamiento con Ikarnas, un médico del templo la estaba esperando. Enoque, el mayordomo, a quien la sirvienta había contado lo ocurrido al ser sorprendida intentando destruir la sábana manchada de sangre, lo había enviado aprovechando

que su benefactor no estaba en casa.

El médico me examinó y constató lo que Artemisia ya sabía: no podría engendrar un hijo. Las demás reglas de la luna llegaron en los meses siguientes, pero, a pesar de un leve malestar, no causaron tanto dolor como la primera vez. Para todos los efectos legales persas, la joven era una mujer formada.

—Te has convertido en una hermosa mujer, como la que un día mi hija se habría convertido si hubiera sobrevivido. Te quiero como si fueras ella, por eso prefiero verte partir. Aunque no pertenezco a la alta nobleza, soy experimentado y tengo mis informantes en la corte. Y aunque no los tuviera, no me pasó desapercibida la lujuria que Artajerjes siente por ti. Si Ciro no hubiera intervenido ante el rey, tal vez él te habría cedido como concubina a su hijo mayor —explicó mientras las llamas del brasero iluminaban su rostro contraído.

—Prefiero morir —respondió la joven, sintiendo asco con la idea de acostarse con Artajerjes.

—Artajerjes es vengativo, a pesar de que su padre le prohíbe tenerte, está influenciando a Tisafernes, quien le es leal como un perro, para que te tome como esposa. Para nuestra desgracia, el rey tiene en alta estima al sátrapa.

—Tal vez deba huir —murmuró en voz baja.

—Tal vez, pero por ahora, Ciro ha conseguido impedir que Artajerjes logre su propósito.

—¿Y cuál sería ese propósito?

—Pretende que te cases con Tisafernes y, después de que consumáis el matrimonio, él te tomará como amante —concluyó, apretando las manos en desesperación.

—¡Es un ultraje!

—Sí, pero mis informantes dicen que Tisafernes ha aceptado el plan. También te desea y prefiere compartirte con Artajerjes antes que no tenerte. Solo Ciro ha estado impidiendo su plan.

—¡Pero solo hoy lo conocí! —respondió, sorprendida.

—Pero él te observó días atrás en una reunión en la corte.

Artemisia recordó vagamente haber notado que Artajerjes la observaba en compañía de un hombre a quien no le prestó atención en ese momento.

—El príncipe es un amigo leal —respondió, pensando en Ciro y su ayuda.

—¿Amigo? Mi dulce niña, ¿no has notado que Ciro también te desea? La diferencia es que él es noble y nunca te tomaría por la fuerza —dijo Mardoc con una triste sonrisa.

La joven se sonrojó, protegida por la baja luminosidad que ofrecía el brasero. ¿Ciro la deseaba? *¿Era posible? Admitía que le gustaba su compañía; él era amable y un excelente amigo. ¿Podría llegar a amarlo y desearlo? En su presencia casi olvidaba las afrentas sufridas a manos de los hombres y el juramento hecho a Ares. ¿Era él una trampa de Afrodita?* Estaba confusa.

— Ahora vete a dormir y descansa. Dentro de unos días serás llamada ante el rey para decidir si aún quieres ser una guerrera. Hasta entonces, estaré vigilante. Si me doy cuenta de que el rey no cumplirá su palabra, te ayudaré a escapar. Ikarnas ya está al tanto de la situación y me ha jurado que te llevará a salvo hasta tu tribu —dijo Mardoc.

La joven se retiró a sus aposentos, pero tardó en dormirse, pensando en lo que Mardoc le había contado, especialmente sobre el supuesto sentimiento que Ciro tenía por ella. *¿Era posible? ¿Podría llegar a gustarle?*

Los días pasaron lentamente, con la expectativa de la audiencia.

Una noche, al regresar al palacio de su benefactor, él le informó que, en cinco días, el rey la escucharía en presencia de toda la corte para saber su decisión. Era una señal de que Artajerjes

y Tisafernes no habían logrado convencerlo de darle a la joven en matrimonio al sátrapa.

Dos días antes de la audiencia, Artemisia caminaba por un jardín después de una breve ceremonia que se había celebrado en el salón real, rezando a los dioses para que el tiempo pasara más rápido, deseando que su cautiverio dorado terminara pronto. Más que nada, anhelaba abandonar Susa y sentir el viento en su cabello mientras galopaba por la llanura.

Estaba distraída con estos pensamientos cuando casi chocó con Tisafernes, que la miraba desde entre las hojas del jardín.

—Lo siento, señor —se disculpó y trató de alejarse rápidamente.

El sátrapa la sujetó del brazo y la atrajo hacia su cuerpo. La joven percibió el desagradable perfume del noble y trató de zafarse, pero él la apretó con fuerza.

—No te vayas, Artemisia. Desde la noche en que nos presentamos, no he dejado de pensar en ti. El deseo me consume como si fuera un joven en los primeros años de su juventud —afirmó, con voz ronca.

—Suéltame, señor, te lo imploro —respondió ella, tratando de mantener la calma.

—Acepta mi amor, Artemisia. Te colmaré con más riquezas de las que puedas imaginar, te daré el reino de Halicarnaso para que lo gobiernes —imploró, apretándola aún más en sus brazos.

—¡Suéltame! ¡No deseo riquezas ni reinos! —exclamó la joven, indignada, sintiendo cómo la ira aumentaba en su pecho.

—Te daré todo lo que pidas, incluso aceptaré que tengas amantes más jóvenes que yo, solo concédeme el honor de tu presencia —el sátrapa intentó besarla nuevamente.

Con un rápido movimiento, ella le dio un rodillazo en los genitales, lo que lo hizo doblarse de dolor.

—¡No me toques, animal inmundo! ¡O me quejaré al rey! —explotó, nerviosa.

Tisafernes se rió en voz alta mientras se recuperaba. Sus ojos brillaron de una forma maliciosa.

—¿Y crees que él no me lo permitió? A petición de Artajerjes, me dieron permiso para cortejarte —se rió sarcásticamente.

—¡Pues la respuesta es no! Prefiero ser dada a los esclavos antes que ser tu consorte —el cuerpo de la joven tembló de rabia. Artemisia tembló de odio.

Dándose la vuelta, ella se alejó hacia la salida del jardín, pero no logró dar más de tres pasos antes de sentir un golpe en la nuca que la hizo tambalear y caer. Su cabeza solo evitó chocar contra el suelo porque, por reflejo, consiguió protegerla con los brazos.

Aturdida, sintió el peso del sátrapa sobre su espalda, inmovilizándola contra el suelo.

— Maldita ramera griega, juré que te tendría por las buenas o por las malas, y prefiero que sea por las malas. Te prometo que no será rápido y mucho menos placentero —amenazó Tisafernes mientras levantaba la túnica que Artemisia llevaba.

Con un movimiento violento, le arrancó la prenda íntima que cubría sus genitales, mientras ella se debatía con todas sus fuerzas intentando liberarse. Sin embargo, el peso del cuerpo del sátrapa le impedía moverse. Artemisia se dio cuenta de que él elevaba su túnica y sintió su órgano erecto rozar su cuerpo. Lágrimas de desesperación surgieron en su rostro, haciéndola retroceder en el tiempo, reviviendo las horas angustiantes a manos de los hombres que la habían violado en Halicarnaso.

Una risa contenida resonó en su oído, y sintió el aliento del sátrapa en su nuca.

¡Por los dioses! ¡Voy a ser violada de nuevo!

¡Ares Homicida! ¡Protege a tu sierva! Imploró en su mente.

En ese momento, Artemisia sintió que el peso de Tisafernes se apartaba de su cuerpo y escuchó su grito de dolor. Se sentó rápidamente, cubriendo sus partes íntimas.

Ciro, con una mirada de odio, contemplaba al sátrapa, quien, asustado, intentaba levantarse del suelo donde había sido arrojado.

— ¡Perro traidor! ¡Maldito! —rugió el príncipe mientras pateaba a Tisafernes, que escondía la cabeza entre los brazos.

— ¡Perdón, mi príncipe! —suplicaba el sátrapa entre gritos de dolor.

El príncipe agarró a Tisafernes, lo levantó del suelo y comenzó a golpearlo con sus puños, mientras el sátrapa intentaba protegerse sin atreverse a defenderse.

— Te voy a matar —gruñó el príncipe, apretando el cuello de Tisafernes con ambas manos. Nunca antes había matado a nadie, pero acabaría con la vida de aquel miserable con gusto por lo que había osado intentar hacerle a Artemisia.

Artemisia se desesperó; si Ciro mataba a un sátrapa del Imperio, aunque fuera hijo del rey, podría verse perjudicado. Esa sería la oportunidad que Artajerjes aprovecharía para vengarse de su hermano, acusándolo ante Darío. Por las conversaciones que había tenido con el príncipe y lo que había oído de los chismorreos en la corte, Artemisia sabía que el rey favorecía al primogénito en detrimento de su amigo.

—¡Mi señor, no haga esto, se lo ruego! No se perjudique por culpa de este perro —imploró la joven, sujetando los brazos del príncipe.

Ciro la miró por un momento y entonces soltó a Tisafernes, quien tosió atragantado.

—¡Desaparece de mi vista, perro! —ordenó con desprecio, dándole una patada al sátrapa, que salió tambaleándose mientras intentaba cubrirse con la túnica, huyendo del jardín.

El cuerpo de Artemisia comenzó a temblar, y cayó en un llanto convulsivo. Los recuerdos que tanto había intentado enterrar en su mente se liberaron, volando como pájaros descontrolados y haciéndola revivir su mayor pesadilla.

Ciro la abrazó con ternura, apoyando su cabeza en su hombro mientras acariciaba sus sedosos cabellos.

—Tranquila, no permitiré que nadie te haga daño —murmuró en su oído, compadecido. Jamás había conocido a alguien como ella, fuerte como una leona y frágil como la porcelana más delicada llegada de lejanas tierras.

El brazo de Ciro rodeó la cintura de Artemisia, su toque fuerte y firme transmitiéndole una sensación de seguridad momentánea. Ella pudo sentir el calor de su respiración fresca mientras él acariciaba su cabello, pasando la mano por su rostro para secar las lágrimas que escapaban. Cuando abrió los ojos, se encontró con la mirada penetrante de él, y sin poder evitarlo, entreabrió los labios.

Ciro se acercó despacio, sus labios moviéndose hacia los de ella, y por un breve instante, Artemisia casi cedió, tentada a permitir ese contacto. Sin embargo, antes de que sus labios se encontraran, una tormenta de emociones y recuerdos la invadió. Las imágenes de la violación de su cuerpo, el eco de su sueño con los dioses y el peso del juramento que había hecho se agolparon en su mente, llenándola de horror y determinación.

Con un impulso instintivo, se apartó de Ciro, su rostro contorsionado ahora entre la angustia y la resolución. Jamás permitiría que un hombre la tocara de esa forma.

—Perdóname, mi amiga —se disculpó él. No era inexperto en las artes del amor, pero Artemisia tenía el poder de hacerlo sentir inseguro.

—No, perdonadme vos, mi señor. Si estuviéramos en otra vida, sería la mujer más feliz del mundo por recibir vuestro afecto. Sois un príncipe noble y digno, pero el destino cruel que

los dioses me han impuesto no me permite amar, no de la forma en que una mujer debe amar a un hombre. Os amo, sí, pero como a un hermano, como una súbdita leal debe amar a su rey —las lágrimas llenaron los ojos de Artemisia.

Y era verdad; en aquel breve instante en que casi había permitido que Ciro la besara, Artemisia se dio cuenta de que lo amaba, pero no como una mujer debía amar a un hombre, sino como a un hermano.

Por un momento, percibió el dolor en los ojos de su amigo, pero Ciro se recompuso rápidamente y sonrió.

—Que así sea, amiga mía. Acepto tu amor de hermana y de súbdita —dijo, inclinando levemente la cabeza.

—Juro por los dioses servirte, mi hermano, mi amigo, mi rey —Artemisia se arrodilló, doblando una rodilla y bajando la cabeza.

—Levántate, querida amiga —pidió Ciro, un tanto incómodo, ayudándola a ponerse en pie—. Agradezco y acepto tu lealtad, aunque no deseo ser rey.

La joven arregló la túnica arrugada y rasgada, y el príncipe, educadamente, miró hacia otro lado. Después, la acompañó hasta la carreta de Mardoc, que siempre la esperaba en el jardín frente al palacio.

Dos días después, el rey convocó a Artemisia a su presencia ante toda la corte. Artajerjes y Ciro estaban a su lado en el trono; Tisafernes no había sido visto desde el día en que la atacó en el jardín, pues había partido ese mismo día de regreso a su satrapía.

La joven decidió no contarle nada a Mardoc, pues eso solo lo enfurecería, y podría tomar alguna acción impulsiva. Además, Ciro le dijo que había intercedido ante su padre, pero el rey respondió que reprendería al sátrapa más adelante, ya que Tisafernes se había defendido alegando que había actuado así por estar consumido por la pasión.

—Artemisia de Halicarnaso, hija de Mardoc, ha pasado un año desde que rechazaste convertirte en concubina de mi hijo, y también la corte de un noble sátrapa. ¿Qué deseas? —preguntó el rey con voz resonante.

—Deseo convertirme en guerrera para serviros, mi señor —respondió Artemisia, mirando discretamente a Ciro.

—¡Así sea! ¿Quién la entrenará? —preguntó en voz alta, dirigiéndose a los oficiales del ejército, a los nobles y a los embajadores de las diversas naciones sometidas al Imperio que asistían a la audiencia.

—¡Yo! Ikarnas, de la tribu escita de las guerreras amazonas, la llevaré a mi tribu, donde será entrenada. Si demuestra su valor, regresará como comandante de muchas guerreras —dijo Ikarnas avanzando unos pasos y arrodillándose frente al trono del rey.

—¡Que así sea! Esa es mi voluntad, esa es mi ley —concluyó Darío, cerrando la audiencia.

Al caer la noche, Mardoc ofreció un pequeño banquete de despedida. Artemisia partiría al amanecer del día siguiente rumbo a los confines de Escitia. Asistieron algunos pocos clientes con los que ella simpatizaba y el embajador Citónis, acompañados de Ikarnas.

Todos estaban sentados alrededor de la gran mesa, llena de bandejas con variados tipos de carne, verduras, frutas y panes. El lugar estaba iluminado por varios candelabros, con las ventanas cerradas debido al frío invernal, mientras que braseros situados en las esquinas proporcionaban calor y desprendían el aroma de maderas aromáticas. Los sirvientes servían vino, cerveza, aguardiente y agua de ánforas de metal.

La joven estaba sentada junto a Mardoc en la cabecera de la mesa, con Ikarnas y Citónis a

su izquierda. La conversación fluía alegremente mientras recordaban el año que había pasado.

Cuando todos estaban servidos, Mardoc se levantó con dos copas de vino en las manos y se volvió hacia la joven, a quien amaba como a una hija, con una sonrisa a la vez triste y orgullosa.

—Mi niña, mi pequeña leona, mi hija —comenzó, ofreciéndole una de las copas a la joven—. Has logrado mitigar el dolor que sentía por la pérdida de mi hija. Mi deseo era que decidieras quedarte en Susa y casarte con un noble que fuera digno de tu afecto, para que vivieras tus días en paz, aquí en esta casa que ahora es tuya, dándome nietos. Pero sé que eso no es posible. Todo lo que tengo es tuyo; no importa a dónde vayas, siempre tendrás un hogar aquí —concluyó, con lágrimas en los ojos.

—Mi benefactor, mi amigo, mi padre —dijo Artemisia, llorando mientras se levantaba y aceptaba la copa—. Me salvaste, y te debo la vida, pero el destino que los dioses me han dado me lleva más lejos. Sin embargo, siempre te amaré como a un padre.

Entonces lo besó suavemente en la mejilla. Con lágrimas en los ojos, Mardoc hizo una señal al mayordomo Enoque, quien se acercó con un objeto envuelto en seda.

—Es un regalo —explicó, recibiendo el paquete del mayordomo y entregándoselo a Artemisia.

Artemisia, curiosa, abrió el tejido después de dejar la copa de vino sobre la mesa. En su interior había una coraza de bronce ricamente labrada con figuras mitológicas y escenas de batalla. En el centro, estaba esculpida la cabeza de la gorgona Medusa[47]. También había un casco del mismo material, adornado con una larga crin negra de caballo, que dejaba visibles únicamente los ojos a través de una abertura. Agradecida, no pudo contenerse y besó de nuevo suavemente a Mardoc en la mejilla.

—Gracias, padre —murmuró—. Nunca le olvidaré.

El banquete continuó hasta bien entrada la noche. Después de retirarse, la joven tardó en dormir, pensando que pronto estaría en libertad.

Al amanecer, ya estaba lista. Vestía la coraza sobre una túnica acolchada, junto con pantalones y botas de fieltro, y llevaba en sus manos el casco con la crin de caballo. Mardoc e Ikarnas la esperaban para el desayuno, y tras comer, se dirigieron al patio exterior, donde una yegua torda y un corcel negro estaban preparados para el viaje.

—Un último regalo —anunció Mardoc sonriendo, señalando el corcel negro.

Artemisia se acercó al hermoso animal. Era un macho joven, completamente negro, cuyo pelaje parecía brillar; sus largas crines, trenzadas, caían sobre su musculoso cuello, y una elegante silla adornaba su lomo.

—Es un caballo entrenado para la batalla. Ikarnas lo eligió y entrenó personalmente durante las tardes en que estabas en la corte —explicó.

La joven miró a Ikarnas sonriendo, y ella le devolvió una leve sonrisa.

—Gracias —respondió, besando la mejilla de su benefactor.

—Que Ahura Mazda te guarde y proteja, y que Mitra[48] te lleve sana y salva y te conceda la victoria en la guerra —le bendijo, sujetándole las manos, como se bendice a un hijo o hija que parte, ya sea para la guerra o para la casa del esposo.

Artemisia sonrió en respuesta y montó ágil en el corcel, que resoplaba inquieto, golpeando el suelo con sus patas. Tras un año de entrenamiento con Ikarnas, la joven ya era una amazona experta.

Ikarnas también montó su animal, y con una última inclinación de cabeza, Artemisia se despidió de Mardoc, quien le sonreía mientras una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla.

Con el corazón encogido por dejar a su padre adoptivo, condujo su montura fuera del patio del palacete. Al pasar por el umbral, lanzó una última mirada hacia Mardoc y luego se adentró en las calles.

Cruzaron la ciudad trotando lentamente, esquivando a las personas que iban de un lado a otro. Al pasar por los portones de Susa, un jinete en un corcel blanco como la nieve las interceptó; su rostro estaba cubierto por una capucha gris, y una capa del mismo color le cubría el torso, cayendo sobre los flancos de su montura.

El jinete se aproximó y se situó al lado de Artemisia. Desde las sombras de la capucha, Ciro le sonrió. Ikarnas lo notó y se apartó unos pasos, mientras la pareja avanzaba lentamente, dejando la ciudad atrás. Carros de nobles y oficiales, y carretas cargadas de productos del campo, transitaban por el camino, junto con mucha gente caminando a sus labores; a los ojos de todos, solo parecían dos viajeros.

Cuando se alejaron lo suficiente, Ciro detuvo su montura y Artemisia se puso a su lado.

—No podía irme sin despedirme, amiga mía.

—Gracias, mi rey —la joven sonrió.

—¿Estás segura de que esto es lo que deseas? —Ciro miró hacia la vasta llanura que se extendía fuera de los muros de la ciudad, donde el camino real se perdía en el horizonte. Artemisia estaba emprendiendo un viaje hacia los confines del imperio, hacia tierras inhóspitas, salvajes y llenas de peligros de los que él no podría protegerla.

—Sí, mi señor, solo así podré servirte mejor —respondió Artemisia, su sonrisa volviéndose triste.

—Yo podría hacerte feliz, Artemisia —sugirió Ciro, fijando su mirada en la joven. *¿Estaba enamorado de ella?* Se lo había preguntado incontables veces.

—Lo sé, mi rey, pero yo no te haría feliz, y tú —Artemisia dejó de lado el formalismo por primera vez— mereces ser feliz con alguien que te ame como mereces ser amado.

Ciro sonrió con tristeza.

—Te echaré de menos y nuestras conversaciones también, pero ve a buscar tu destino, amiga mía —afirmó, enfatizando la palabra “amiga”. Por más que deseara compartir el destino de Artemisia, él también tenía sus propios objetivos. Quizás la separación fuera lo mejor para ambos.

—Regresaré como una guerrera para servirte, mi rey —la joven inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Que así sea —Ciro giró su caballo hacia la ciudad, mientras ella lo observaba partir.

Ikarnas emparejó su montura junto a la de su discípula.

—¿Estás lista, muchacha? —le preguntó, mirándola.

La amazona era casi diez años mayor que la joven. Había sido una maestra exigente, enseñándole a montar, a disparar con arco y flecha incluso al galope, y a luchar con dos espadas cortas que siempre llevaba al cinto, sujetas con correas de cuero que le cruzaban el pecho. Le había enseñado todo sobre la Escitia, su lengua y sus costumbres, y a cambio, Artemisia le enseñaba griego, que Ikarnas aprendía con dificultad.

De maestra se había convertido en amiga. Era callada e introspectiva, pero extremadamente leal, y la había defendido incluso de sus hermanos celtas cuando la molestaban durante los entrenamientos.

Artemisia dirigió su mirada al horizonte, donde nubes de tormenta se acumulaban en el cielo, oscureciendo los rayos de sol de la mañana que intentaban extenderse sobre la llanura. Era como si el propio cielo reflejara el torbellino de emociones que sentía. Una etapa de su vida

estaba terminando, y otra estaba a punto de comenzar.

En Susa dejaba atrás a un benefactor al que había aprendido a amar como a un padre y a un amigo al que había jurado servir con lealtad. Los recuerdos de los momentos compartidos y de las lecciones aprendidas la envolvían como un manto cómodo, aunque también pesado por la despedida.

¿Qué me depararán los dioses? Pensó, pero solo había una forma de saberlo.

—¡Estoy lista! —respondió, espoleando el flanco de su montura, que partió a galope dejando a Ikarnas atrás.

Finalmente, sentía el viento helado del invierno en su cabello, escuchaba el potente golpeteo de los cascos de su montura contra el suelo, y el latido fuerte de su corazón retumbando en su pecho.

CAPÍTULO 13

Cabalgaban por los caminos del vasto Imperio Persa en dirección a la lejana Escitia, evitando entrar en las ciudades durante el trayecto. Su jornada estaba meticulosamente planeada: partían al amanecer y detenían su marcha al atardecer, alternando entre periodos de galope, trote y algunas paradas estratégicas para alimentarse y permitir que sus monturas descansaran.

Durante el viaje, Ikarnas continuaba el entrenamiento de Artemisia, concentrándose principalmente en fortalecer su cuerpo para los desafíos que habrían de venir. Llevaban consigo un salvoconducto real en caso de ser detenidas en algún puesto de control, así como una bolsa repleta de monedas de oro, un precioso obsequio de Mardoc, que les proporcionaba los recursos necesarios para adquirir lo que precisaran a lo largo del camino.

El invierno, aunque ya próximo a su fin, se mostraba implacable, y ahora ambas se envolvían en mantos de piel de oso para protegerse del frío cortante. La coraza pectoral, el casco y las grebas de bronce que Artemisia había recibido permanecían atados a la grupa de su corcel, una decisión deliberada de la joven, que había decidido que solo los usaría en su primera batalla, un momento que aguardaba con expectación.

El viaje las llevó a través de varias naciones sometidas al Imperio Persa. En estas tierras, la travesía era relativamente tranquila, pues la ley y el orden del rey eran mantenidos por los sátrapas: gobernadores encargados de la administración de la justicia real, la seguridad de las carreteras y ciudades, así como de la recaudación de impuestos para el tesoro imperial. Sin embargo, en algunas regiones, los pueblos no estaban completamente sometidos al dominio persa y, en algunos casos, vivían en una paz precaria o en guerra constante contra el rey. En esos lugares, solían esconderse para pasar la noche en bosques o entre las rocas de las montañas, siguiendo las rutas conocidas por su experimentada compañera, que las guiaba hacia Escitia.

Después de varios días de viaje, llegaron a un conjunto de altas montañas, pero tuvieron que rodearlas en un gran desvío para evitar el territorio ocupado por los carducos, un pueblo que se negaba a aceptar el dominio persa y que se mantenía en constante rebelión. Atravesar sus montañas hubiera sido una sentencia de muerte segura, así que optaron por evitarlas, aunque fuera el camino más corto.

Finalmente, después de algunos días más cruzando el territorio de Armenia, llegaron a la orilla de un río.

—Este es el río Hárpaso, como lo llaman los persas; al otro lado comienza Escitia —explicó Ikarnas con un brillo en la mirada, mientras desmontaba. Llevaba mucho tiempo lejos de su tierra; de no ser por su joven discípula, habría regresado hacía ya un año.

Tras caminar cientos de pasos río abajo, encontraron un punto donde era posible vadearlo. Tirando de las riendas de sus caballos, lograron atravesar la corriente con facilidad. Al llegar a la otra orilla, Ikarnas lanzó un grito gutural en señal de júbilo por su regreso a su tierra natal. *¿Sentiría la misma felicidad si un día regresara a Halicarnaso?* se preguntó mientras observaba la alegría de su compañera. Sin embargo, dudaba profundamente de que eso sucediera, pues no había nada que la atrajera de vuelta a la tierra donde nació.

La amazona explicó que los escitas, en su mayoría, eran nómadas y estaban divididos en varias tribus. La mayoría de ellos se dedicaba a la caza y al saqueo de aldeas y poblados en los territorios de los pueblos vecinos o incluso contra otras tribus escitas. Sin embargo, algunas tribus se dedicaban a la agricultura y a la cría de ganado, estableciéndose en aldeas y en pocas

ciudades populosas. Estas ciudades solían estar habitadas por extranjeros dedicados a la artesanía y al comercio, formando una sociedad más diversa.

Cada tribu tenía su propio líder, y cada cinco años los jefes tribales se reunían y elegían a un rey para que residiera en la ciudad de Gimnias. El elegido se encargaba de gestionar las relaciones con los países vecinos y de preparar el banquete anual, en el que solo podían participar escitas. En esa fecha se ofrecían sacrificios a los dioses y se resolvían disputas entre los jefes tribales.

Los escitas rendían culto a varias deidades, siendo las principales Zeus, llamado Papaios; Afrodita, llamada Tabiti; Apolo[49] y Ares, este último el dios más importante, pues solo a él se le erigían estatuas y templos.

La guerrera relató además que cada tribu narraba una historia diferente sobre su origen: algunos decían ser descendientes de Hércules[50] y Equidna[51], un ser híbrido que habitaba una región llamada Hilea.

La tribu de Ikarnas creía ser descendiente de las míticas amazonas. Contaban que, cuando los griegos combatieron contra las amazonas[52] y las derrotaron a orillas del río Termodonte, embarcaron a todas las guerreras que pudieron capturar en tres naves. Sin embargo, ellas atacaron a sus captores, los asesinaron, y las naves terminaron desembarcando en Asia, donde avanzaron a través de tierras bárbaras, saqueándolas hasta llegar a Escitia.

Los escitas quedaron asombrados con unas guerreras tan valientes y ordenaron a sus jóvenes montar un campamento cerca de ellas para observar sus costumbres, con la orden de evitar el combate. Con el tiempo, comenzaron a acercarse y finalmente fueron recibidos por las amazonas, con quienes se unieron y engendraron hijos. Por eso, algunas tribus escitas aún mantenían la costumbre de entrenar a las mujeres para la guerra.

Ikarnas relató, finalmente, cómo Darío, el gran rey persa, había intentado someter a los escitas en su camino para invadir Grecia ochenta años antes, sin éxito.

Tras cuatro días cabalgando por las vastas llanuras, finalmente llegaron a la ciudad de Gimnias cuando el sol alcanzaba su punto más alto en el cielo. La actividad alrededor de los muros de madera y piedra era intensa, con numerosas tiendas levantadas y una cacofonía de distintos dialectos llenando el aire. Las personas entraban y salían por la puerta abierta, muchas vestidas con ropas coloridas hechas de pieles de animales y portando pesadas espadas y dagas en sus cinturas.

Al adentrarse en la ciudad, se encontraron con una variedad de casas construidas de forma desordenada. Algunas eran de piedra, otras pocas de madera, todas con techos cubiertos por una mezcla de barro y juncos. El suelo de tierra compacta vibraba con la energía de la vida cotidiana, mientras niños semidesnudos jugaban despreocupados bajo la atenta mirada de sus madres, que conversaban animadamente en las ventanas abiertas.

Después de mucho buscar y por un precio exorbitante, lograron conseguir un lugar para pasar la noche: un establo que tendrían que compartir con sus monturas. Se instalaron y salieron a explorar el mercado central, siguiendo una ancha avenida de tierra. El lugar, un gran espacio abierto, estaba repleto de guerreros que negociaban en voz alta con mercaderes que mostraban sus productos en el suelo. El estruendo de las distintas tabernas alrededor añadía una capa extra de caos a la ya bulliciosa atmósfera del mercado.

Ikarnas miraba a su alrededor mientras buscaba a miembros de su tribu.

—Este es el festival anual en honor a Ares. Delegaciones de todas las tribus escitas asisten. El rey presidirá un sacrificio a los dioses y luego habrá juegos y banquetes. Las celebraciones duran quince días; hemos llegado casi al final de ellas —explicó la amazona,

observando el ajetreo.

Mientras cruzaban frente a una taberna, fueron sorprendidas por unos gritos que provenían del interior, lo que las hizo detenerse por un momento. De repente, un guerrero robusto, vestido con pieles de oveja, fue lanzado fuera del establecimiento, cayendo pesadamente al suelo. Justo detrás de él apareció una mujer, vestida con una coraza de cuero sobre una túnica gris. Tenía la misma altura que Ikarnas, pero parecía ser mayor, con el cabello negro recogido en una trenza que exhibía algunas canas. Sus ojos expresivos mostraban arrugas alrededor, mientras que sus labios apretados denotaban su irritación.

La guerrera se acercó con los puños cerrados, lista para continuar la pelea, pero el guerrero levantó la cabeza aturdido y pronto se desmayó, incapaz de proseguir.

—¡Himosia! —exclamó Ikarnas.

La guerrera miró a Ikarnas y, con una amplia sonrisa, se acercó con los brazos extendidos.

—¡Hermana! ¡Pensé que no volverías! —ambas se abrazaron con alegría.

Artemisia las observó en silencio. Himosia la notó, y soltándose del abrazo, se acercó a la joven, examinándola detalladamente.

—¿Es esta la joven que mencionabas en tu mensaje? —preguntó con curiosidad.

—Sí, desea convertirse en una de nosotras —explicó Ikarnas—. Artemisia, esta es nuestra líder, Himosia.

Un poco avergonzada, la joven inclinó ligeramente la cabeza.

—Ven, niña —la guerrera la envolvió en un abrazo apretado—. Aquí no cultivamos esas maneras persas.

Al entrar en la taberna, se encontraron con un escenario repleto de guerreros de aspecto feroz, esparcidos en varias mesas. El ambiente estaba impregnado con el olor a carne asada, sudor y cerveza rancia. En una mesa cerca de la ventana, unas diez amazonas de edades variadas, entre diecisiete y cuarenta años, estaban sentadas. Todas vestían corazas de cuero sobre túnicas de colores indefinidos, y llevaban grebas del mismo material en las canillas y antebrazos. Con el cabello negro recogido en trenzas apretadas, las mujeres mostraban una apariencia robusta y decidida. Cada una de ellas portaba dos espadas a cada lado de la cintura, sujetas por correas de cuero que cruzaban sus pechos.

Himosia se dirigió a las demás en su lengua escita.

—Esta es Artemisia —la presentó con un gesto—. Desea convertirse en una de nosotras.

—Parece algo frágil —dijo con desdén una amazona de unos dieciséis años, alta y robusta.

—Pero soy rápida —respondió Artemisia en escita, sorprendiendo a todas.

Las amazonas estallaron en carcajadas mientras la joven que había comentado se ruborizaba.

—La he estado entrenando por más de un año, no se engañen, es rápida y se convertirá en una gran guerrera —afirmó Ikarnas con orgullo. Con cada día que pasaba junto a la joven, la amazona tenía más certeza de que Artemisia sería un día la líder de la tribu, no solo por su habilidad natural para aprender, sino principalmente por su determinación.

—¿Has matado a alguien? —preguntó con desdén la misma joven que había criticado a Artemisia.

—¡Ebana! ¡Basta! Si desea convertirse en una de nosotras, tendrá esa oportunidad —interrumpió Himosia, haciendo que la joven se sentara.

Pronto una jarra de cerveza apareció frente a Artemisia, junto con un plato de legumbres

y carne.

—¡Coman! Deben estar hambrientas —ordenó la líder amazona—. Nos hospedamos aquí hoy; hay una habitación en el piso de arriba, tal vez si nos apretamos, haya espacio para vosotras dos.

—Gracias, pero estamos en un establo con nuestras monturas —respondió Ikarnas.

—Está bien, mañana será el sacrificio a Ares; nos encontraremos allí —concordó Himosia.

Ikarnas asintió con la cabeza mientras atacaba un generoso trozo de costilla. Pasaron la tarde en aquella taberna, y Artemisia estaba asombrada con la cantidad de comida y bebida que las amazonas y su amiga eran capaces de consumir. Intentó controlar su propio consumo, pero su jarra parecía siempre estar llena de una cerveza amarga hecha con granos de trigo.

Algunos guerreros escitas provocaban a las amazonas, pero ellas no dudaban en responderles a la altura. Después de que Himosia golpeara al guerrero que habían visto ser arrojado fuera de la taberna, ninguno se atrevió a pasarse de la raya de nuevo.

—Ese idiota pensaba que podía cortejar a una de nosotras como si fuéramos sus vacas estúpidas —rió la líder amazona.

Ikarnas había explicado que las guerreras amazonas solo se acostaban con hombres después de una batalla o incursión, como una forma de celebrar la vida, o cuando sentían el deseo de convertirse en madres. En este último caso, elegían a un hombre de la tribu y se casaban con él, pero debían abandonar las filas de las guerreras. Aquellas que decidían no casarse, al envejecer, pasaban a formar parte del consejo de ancianas, responsables de interpretar y repartir la ley entre ellas.

Tarde en la noche, regresaron al establo donde habían dejado sus monturas. Artemisia estaba ebria y tambaleaba, apoyándose en Ikarnas, quien, aunque había bebido el triple, caminaba tranquilamente y se reía mucho del estado de su compañera. Al llegar, Artemisia se desplomó sobre un montón de heno y se desmayó.

Al amanecer del día siguiente, se despertó con su corcel resoplando junto a su cabeza, quejándose de que ella estaba sobre el heno que él comía.

—Hola, Deimos —murmuró, acariciando el hocico del hermoso animal, al que había bautizado con el nombre del dios del terror, hijo de Ares y Afrodita.

Ikarnas ya estaba lista, acomodando sus pertenencias en la grupa de su montura. Rápidamente, la joven se levantó y se lavó la cara y el cuello en un balde de agua fría que había al lado, bajo la mirada divertida de su compañera.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó la amazona con interés.

—Con un poco de dolor de cabeza —respondió la joven, frunciendo el ceño al sentir una punzada en el costado.

—Te acostumbrarás —rió Ikarnas—. Ahora vamos, debemos reunirnos con Himosia fuera de las murallas de la ciudad, donde tendrá lugar el sacrificio al dios.

Salieron del establo llevando a sus monturas por las riendas y se dirigieron hacia las afueras de la ciudad. El movimiento era intenso, con todos encaminándose hacia un descampado más allá de las murallas.

Después de buscar entre la multitud, divisaron a Himosia y sus amazonas, que les hicieron señas para que se acercaran. Con unos cuantos empujones y palabras malsonantes repartidos por Ikarnas, lograron llegar hasta la líder de las guerreras, alineando sus monturas junto a las de ellas y sujetándolas por las riendas.

Más adelante, en una pequeña elevación, se habían amontonado haces de leña, formando

una pila de considerable longitud y anchura, aunque no muy alta. Sobre esta pila, se había construido una especie de plataforma cuadrada, con tres lados inaccesibles y el cuarto lado inclinado, permitiendo el acceso. Estaban ubicadas en ese lado.

El ruido ensordecedor de la multitud llenaba el aire, intensificando aún más el dolor de cabeza de Artemisia, pero de repente, un silencio se extendió entre los espectadores. Un guerrero escita avanzaba por el único sendero despejado, sosteniendo una gran espada en sus manos. Con pasos calculados, subió a la plataforma y clavó con fuerza la espada en la madera. Poco después, varios otros guerreros, uno tras otro, salieron de la multitud portando espadas del mismo tamaño. Subían a la plataforma y también las clavaban en la madera.

—Ese es el rey Hirparsco —murmuró Ikarnas, señalando al primer guerrero que había subido.

Al lado de Artemisia, Himosia recibió una espada de manos de una de las amazonas, una mujer de mediana edad. Con pasos decididos, la líder caminó hasta el tablado y clavó la espada con una sonrisa feroz antes de descender y reunirse con ellas nuevamente.

El silencio se hizo más denso, y solo el susurro del viento resonaba en sus oídos. Los guerreros empezaron a mirar hacia atrás y pronto avistaron una procesión de veinte hombres de diferentes edades. La piel de estos hombres estaba pintada de rojo y azul, mientras eran escoltados por guerreros escitas de apariencia temible. Algunos caminaban altivamente, mirando a los espectadores con desprecio, mientras otros parecían aterrorizados. Al menos dos de ellos parecían haber perdido el control, con heces y orina escurriéndose por sus piernas. Todos llevaban las manos atadas a la espalda con cuerdas.

—Son prisioneros capturados en batalla —explicó una amazona sonriendo.

Se detuvieron a pocos pasos del comienzo del tablado, y varios hombres que parecían ser sacerdotes, debido a las pinturas en sus rostros, se acercaron. Uno de ellos colocó una gran vasija frente al tablado, mientras otros llevaban ánforas de barro. Uno a uno, los prisioneros fueron colocados de rodillas frente al gran recipiente.

Un hombre anciano vertía un líquido rojo, que Ikarnas me contó después que era vino, sobre la cabeza de la víctima humana. Al mismo tiempo, un guerrero fuerte se colocaba detrás del infeliz y lo degollaba con un golpe violento utilizando un puñal oscuro.

Cuando todas las víctimas fueron asesinadas, dos guerreros llevaron la vasija, ahora llena, hasta el tablado donde el rey observaba todo de manera impasible. Él tomó la vasija y, usando una escudilla de metal, comenzó a verter la sangre sobre las espadas clavadas en la madera.

Mientras tanto, los guerreros que escoltaron a las víctimas cortaron con sus espadas los brazos derechos de cada una de ellas, junto con los hombros, y luego lanzaron los miembros al aire, lo que provocó una explosión de gritos entre los escitas reunidos.

Artemisia observó cómo uno de los brazos trazaba un arco en el cielo.

—No te muevas ni te apartes —murmuró Ikarnas a su lado.

El brazo cayó a los pies de la joven, casi rozándola, y sangre le salpicó el rostro.

—¡Es una señal del dios! —exclamó Himosia entusiasmada— ¡Significa que Ares te favorece!

Ser alcanzada por un brazo lanzado era un augurio favorable, explicó una de las amazonas. Artemisia sintió una leve náusea, pero se contuvo; aunque una parte de ella se rebelaba contra el sacrificio, había jurado ser una de las amazonas, por lo que guardó sus sentimientos en su interior, rezando para que el dios Ares recibiera el alma de las víctimas sacrificadas.

Al terminar el sacrificio, todos se retiraron, dejando los brazos de las víctimas donde

habían caído, mientras los cuerpos eran arrastrados hacia otro lugar donde serían tendidos.

—Los brazos y los cuerpos servirán de alimento para las aves y las fieras —explicó Ikarnas—, especialmente para los lobos, que están consagrados a Ares.

Regresaron a la ciudad, donde tendría lugar otra ceremonia, esta vez dentro de los muros. Después de guardar las monturas en el establo, se dirigieron a un amplio espacio en el centro de la localidad, donde se encontraron con las demás amazonas.

Una gran piedra blanca marcaba el lugar. Varios guerreros llevaban animales con las patas delanteras atadas—cabras, ovejas y carneros—hasta el lado de la piedra, manteniéndolos en pie. Un anciano, a quien Ikarnas identificó como sacerdote, se colocaba detrás de la víctima, tirando de la cuerda que sujetaba sus patas y haciéndola caer mientras invocaba al dios al que iba a inmolar. Los guerreros presentes gritaban, animados.

Luego, el sacerdote ataba una cuerda alrededor del cuello del animal, apretándola con la ayuda de un bastón hasta que lo estrangulaba. Una vez estrangulada la víctima, los ayudantes del sacerdote—jóvenes de cabello rapado al ras—desollaban los animales, mientras otros los troceaban para cocinarlos.

Los jóvenes retiraron toda la carne de los huesos y la colocaron en calderos, un poco lejos de la gran piedra, y encendieron el fuego utilizando huesos. El olor de la carne cocida, los excrementos y la sangre impregnaba todo el ambiente en una densa humareda, ya que no soplaba ninguna brisa, poniendo a prueba los estómagos más delicados.

—No hay mucha leña en nuestra tierra, por eso aprovechamos los huesos —explicó Himosia, quien observaba el sacrificio.

Cuando la carne estuvo suficientemente cocida, el sacerdote ofreció los primeros trozos de carne y vísceras a los dioses, lanzándolos dentro de un cercado donde tres lobos estaban atados con gruesas cuerdas.

Solo entonces, los cocineros distribuyeron grandes porciones en cuencos de barro a todos los presentes. Empujando suavemente a Artemisia, Ikarnas la hizo tomar un plato. La joven comió los pedazos de carne, agarrándolos con los dedos, imitando a sus nuevas hermanas. La carne era dura y el condimento fuerte, pero aun así comió todo, bajo la mirada divertida de Himosia.

El festival duró tres días más. El rey impartía justicia en la sala del trono, dentro de un palacio de piedra. El lugar, aunque amplio, estaba siempre lleno de hombres, mujeres y niños que conversaban, reían y gritaban unos con otros en un estruendo ensordecedor. Un heraldo intentaba imponer algo de orden, llamando a los demandantes cerca del trono, también hecho de piedra.

En esas reuniones se establecían alianzas entre los líderes tribales, tratados comerciales e incluso matrimonios. Al lado de Ikarnas, la joven notó que la líder amazona se movía entre los guerreros, atrayendo la admiración y los saludos de muchos.

Finalmente, al amanecer del tercer día, partieron de la ciudad con Himosia a la cabeza.

Cabalgaban durante horas, montando el campamento solo al anochecer, encendiendo una hoguera con huesos que las amazonas llevaban en sus monturas y donde asaban carne conservada en sal. Luego dormían sobre pieles curtidas de buey junto a la fogata, usando sus mantos como protección contra el frío.

La llanura se extendía interminable en el horizonte; campos verdes indicaban el comienzo de la primavera, atravesados por algunos arroyos. Bosques y árboles eran algo raro de ver, pero una profusión de flores cubría aquella vasta extensión, esparciendo un perfume delicioso. El aire era limpio, y la brisa que llegaba era suave. Artemisia nunca se había sentido tan libre. Un

pensamiento cruzó su mente: *¿conocería Ciro la extensión del imperio de su padre? ¿Cómo estaría él? ¿Y Mardoc, su querido padre adoptivo? ¿Lo vería de nuevo algún día?*

Después de cuatro días de cabalgata, avistaron a lo lejos altas montañas, cuyos picos tocaban el cielo, confundiéndose en el horizonte. Dos días más tarde, estaban lo suficientemente cerca para ver los picos nevados.

—¡Estamos en casa! —gritó Himosia, obteniendo como respuesta un grito gutural de las amazonas, que Artemisia finalmente logró imitar satisfactoriamente tras meses entrenando con Ikarnas.

En casa. Pensó para sí misma que aquel sería su hogar adoptivo a partir de ahora, y haría todo lo posible para ser aceptada por sus nuevas hermanas. Con ellas, Artemisia se prepararía para servir al dios Ares, señor de la guerra.

CAPÍTULO 14

La aldea de las amazonas se encontraba al pie de las altas montañas citas. Las casas estaban construidas de piedra, barro y juncos recogidos de un río no muy distante. Esa era la aldea principal, donde residían las ancianas del consejo. Además, había otros ocho poblados de la tribu repartidos por la vasta llanura al pie de las montañas, el más cercano a unos tres días de cabalgata, casi en la frontera de un pueblo que se llamaba los macrones.

En las aldeas, las amazonas que ya no eran guerreras vivían con los maridos que habían elegido. Ellas ocupaban las posiciones de mando en la sociedad, mientras que los hombres se encargaban de los campos, la artesanía y la cría de caballos y ganado. Las mujeres eran entrenadas desde muy jóvenes para montar a caballo, disparar con arco y flecha, y luchar con dos espadas.

Cuando les llegaba el primer sangrado, señal de que la niña se había convertido en mujer, eran separadas de sus familias y vivían junto a otras jóvenes y mujeres en casas apartadas.

No estaban obligadas a casarse ni a someterse a ningún hombre; solo debían obediencia al consejo de ancianas, antiguas líderes guerreras, y al rey persa, mientras la Escitia se mantuviera como súbdita o aliada suya.

Se acostaban solo con quienes elegían y generalmente después de una batalla, para celebrar la vida y honrar a sus compañeras caídas. Cuando sentían el deseo de ser madres, podían abandonar el ejército de las amazonas, escoger un esposo y formar un hogar, continuando como la líder de la familia. Solo volvían a empuñar las armas cuando la tribu era atacada.

Himosia e Ikarnas presentaron a Artemisia ante el consejo de ancianas de inmediato. La joven entró en un gran salón hecho de barro y juncos entrelazados; en el centro ardía una gran hoguera hecha de huesos de animales, musgo y hierba, iluminando el lugar. La humareda subía hasta el techo y escapaba por una abertura. Apilados junto a las paredes había numerosos cráneos humanos.

Artemisia se sentó bajo la mirada penetrante de las ancianas, mujeres que nunca se habían casado ni habían tenido hijos, y que eran las líderes de la tribu. Ikarnas se levantó y explicó el deseo de la joven y la razón por la cual quería unirse a la tribu. Las ancianas discutieron entre ellas, y luego ordenaron a Artemisia que se pusiera de pie para hacerle numerosas preguntas. ¿Qué había sentido al ver cómo los hombres mataban a su familia y la violentaban? ¿Por qué quería vengarse de ellos? ¿Creía que tenía lo necesario para convertirse en una amazona? ¿Sería capaz de matar a un hombre?

Durante horas, la joven fue interrogada; las ancianas le repetían varias veces las mismas preguntas, hasta que no quedó ningún secreto, por más oculto que ella pudiera tener. Incluso le preguntaron sobre sus sentimientos confusos hacia Ciro, y se mostraron impresionadas por el sueño que había tenido con los dioses.

Al final, cuando la noche pasó y llegó el amanecer, las ancianas dieron su veredicto: Artemisia podría unirse a la tribu, siempre que venciera a una de ellas en combate. Himosia señaló a Ebana para el duelo, debido a la poca simpatía que esta sentía hacia la joven. Artemisia tendría que derrotarla, aunque Ebana le llevaba casi dos años de ventaja. Hasta entonces, la joven continuaría su entrenamiento, pero tenía prohibido salir en campaña con las amazonas.

Si el entrenamiento con Ikarnas era duro, bajo el mando de Himosia se volvió aún más exigente. Artemisia se levantaba antes del amanecer y se retiraba después de que el sol se

escondiera en el horizonte. Cabalgaba durante horas por la llanura, simulando cargas de caballería, blandía sus espadas con ambas manos mientras controlaba la montura únicamente con la presión de sus piernas. A veces, galopaba en un gran círculo, con muñecos de paja en el centro que debía golpear sin reducir la velocidad.

Practicaba combates con las manos desnudas o con espadas, lanzas y hachas de guerra. Su entrenamiento físico era tan intenso como el de las armas: corría grandes distancias por la llanura, cargaba piedras de un lado a otro y escalaba la montaña para fortalecer su cuerpo.

Aprendió a rastrear, a compensar su aparente fragilidad con velocidad y a matar, ya fuera con armas o con las manos desnudas. Pero también le enseñaron a suturar heridas, extraer flechas y lanzas de los cuerpos, hacer tablillas para huesos fracturados y preparar hierbas y ungüentos para curar o aliviar los efectos de varias enfermedades.

Desde el primer momento, Ebana, al saber que Artemisia tendría que vencerla, hizo todo lo posible para que la joven desistiera de su propósito. La derrotaba en cada enfrentamiento, sin perder la oportunidad de burlarse de Artemisia y llamarla inútil.

Durante los primeros seis meses, Ebana tuvo la ventaja, y Artemisia volvía a casa dolorida y llena de moretones morados. Pero por la noche, cuando las amazonas se retiraban a dormir, ella entrenaba con Ikarnas al menos tres horas más.

Artemisia se acostaba tarde, mucho después de que todos estuvieran dormidos, y se levantaba al amanecer, antes que las demás, para seguir entrenando sin descanso. Cuando el dolor se volvía insoportable, recordaba a sus padres y a su hermano, a los hombres que la habían violentado y a Ciro, lo que renovaba su determinación de continuar.

Las amazonas lideradas por Himosia partían en expediciones de saqueo a los territorios de los pueblos vecinos a los escitas o se enredaban en disputas sangrientas con otras tribus. Ikarnas siempre las acompañaba mientras Artemisia permanecía en la aldea, viéndolas partir y soñando con el día en que las seguiría.

En esas ocasiones, se sentaba con las ancianas para escuchar sus historias. Ellas le contaban sobre su tierra y sus costumbres. En Escitia, nada había de maravilloso salvo los ríos que la bañaban, decían; era una nación pobre. Además de esos ríos, de considerable caudal y en gran número, solo había montañas.

“Nuestra ventaja —contaban las ancianas— consiste en no dejar escapar a quienes nos atacan. No nos agrupamos si no nos conviene, ya que no poseemos muchas ciudades ni fortalezas. Si es necesario, abandonamos esta aldea en una hora y nos mudamos, llevándonos todo con nosotras. No vivimos del cultivo de la tierra, salvo algunas pequeñas plantaciones; más bien, dependemos del ganado, abundante en la llanura”.

Cuando no estaba escuchando a las ancianas, Artemisia salía a cazar en las montañas, ahora era una arquera experta. Escalaba las rocas hasta grandes alturas, donde habitaban cabras montesas que pastaban las hierbas y arbustos que crecían en las cumbres. Escondida entre las rocas, la observaba durante horas, saltando de piedra en piedra. Cuando estaban al alcance, disparaba una flecha que la alcanzaba en pleno salto.

El paisaje de la llanura verde, que se extendía desde el pie de la montaña, y el río que brillaba con los rayos del sol a lo lejos, le daba una sensación de paz. En esos breves momentos, lograba olvidar la triste suerte que los dioses le habían impuesto.

Con frecuencia, Artemisia simplemente escalaba la montaña hasta la cima. Generalmente salía de madrugada y llegaba a la cumbre nevada hacia el mediodía. La vista desde allí era aún más espectacular, la tierra y el cielo se confundían en el horizonte. En esos momentos, rezaba a los espíritus de sus padres y su hermano. Luego, con cuidado, descendía, llegando a la aldea ya

entrada la noche. Esas escaladas le daban destreza y fortalecían su cuerpo y mente.

Su dura rutina duró siete meses, pero finalmente, un día, durante el entrenamiento diario, se enfrentó a Ebana y la venció.

Las amazonas estaban reunidas en la llanura cerca de la aldea, entrenando combate. Durante una pausa para descansar, Himosia ordenó que Artemisia luchara nuevamente con Ebana, entregándole dos pesadas espadas de madera. Con determinación, la joven se levantó, espada en mano, y se acercó. Ebana la observaba con una sonrisa irónica mientras las demás guerreras se apartaban, formando un círculo alrededor de las adversarias.

Artemisia atacó simulando un golpe a la cabeza de Ebana, quien levantó su espada para bloquearlo, pero la joven cambió rápidamente la trayectoria, acertando en la costilla expuesta de su adversaria. Un gruñido de dolor se oyó, y Artemisia notó la sorpresa en los ojos de Ebana. Con un grito de rabia, Ebana avanzó, desatando un golpe que, de haber acertado en la cabeza de Artemisia, la habría matado. Sin embargo, ella saltó a un lado, dejando que la espada cortara el aire, y golpeó la espalda de Ebana con el lateral de la espada, haciendo que cayera de cara al suelo.

Ebana se levantó de nuevo, atacando rápidamente, pero Artemisia logró bloquear sus golpes, retrocediendo lentamente o esquivando. La joven notó que Ebana comenzaba a jadear, dando señales de cansancio. Tomando aire para llenar sus pulmones, su adversaria se preparó para atacar de nuevo. Era la oportunidad que Artemisia esperaba. Con un ágil salto hacia adelante, clavó la punta de su espada en el estómago de Ebana, quien se dobló de dolor. En ese momento, Artemisia la golpeó en la nuca con el lateral de la espada, dejándola inconsciente en el suelo.

Ikarnas soltó un grito gutural de celebración por la victoria de su pupila, seguido por el aplauso de las demás amazonas. Artemisia se quedó de pie, respirando profundamente, sintiendo cómo la energía del combate se disipaba por sus miembros.

Himosia se acercó y colocó las manos sobre sus hombros, mirándola fijamente con sus ojos negros.

—Ahora eres casi una de nosotras, solo falta que mates a un guerrero y hagas los rituales de iniciación —afirmó, orgullosa.

La líder amazona contó que la costumbre entre las diversas tribus, en general, era que el guerrero escita bebiera la sangre del primer hombre que lograra matar. Después de cortar la cabeza de todos los que mataban en combate, las llevaban a su soberano. Cuando presentaban la cabeza de un enemigo a este, podían compartir los botines de la lucha; de lo contrario, se les negaba ese derecho[53].

Pero entre las amazonas, la costumbre era beber una mezcla de vino con sangre del primer hombre abatido y llevar su cabeza a las ancianas, quienes serraban el cráneo por encima de las cejas, lo limpiaban y lo recubrían con piel de buey, usándolo, a manera de copa, para beber de él.

Ebana fue llevada a la curandera de la tribu. Cuando despertó, buscó a Artemisia. Ahora, en su mirada, había un signo de respeto y admiración.

—Nunca pensé que lo conseguiría —dijo, siendo por primera vez amable.

—Entrené mucho para ello —respondió Artemisia con una sonrisa, tratando de olvidar lo que había hecho.

—Pronto serás puesta a prueba en batalla. Si logras matar a tu primer guerrero, entonces serás verdaderamente una de nosotras —dijo Ebana, despidiéndose con una media sonrisa.

Esa noche, Artemisia pensó mucho sobre el asunto. Odiaba a los hombres que habían

destruido su vida, estaba segura de que, si los encontraba, los mataría sin remordimientos. Odiaba a Artajerjes y Tisafernes; los mataría si fuera necesario para defenderse. Pero, *¿sería capaz de matar durante un combate? ¿Enfrentar los ojos del adversario mientras su vida se desvanecía? ¿Estaría preparada para luchar? ¿O acabaría muriendo en mi primera batalla? ¡Ares, dame fuerza!* Oró mentalmente.

No pasó mucho tiempo antes de que Himosia reuniera a las amazonas para partir en una misión. Ahora, Artemisia vería si tenía lo necesario para ser una verdadera amazona.

CAPÍTULO 15

Perseo, ahora un hombre hecho y soldado espartano, disfrutaba de los privilegios de su nueva posición, incluyendo el derecho de llevar el manto rojo y dejarse crecer el cabello. Con pasos orgullosos y seguros, regresó a casa después de su jornada en la agogé. Sin embargo, al llegar, se sintió fuera de lugar. Desde que ingresó en la agogé, había pasado muy pocos días en aquel sitio; la granja ya no se sentía como un hogar para él. Observaba todo como si fuera un extraño en su propia casa.

Su madre y su cuñada hicieron lo posible por hacerle sentir bienvenido, pero Perseo seguía sintiéndose incómodo e inquieto. Grecia gozaba de una relativa calma después de la victoria de Esparta, y no había guerras inminentes en las que pudiera luchar. No obstante, los recuerdos de su padre y de Elana lo atormentaban constantemente, sumiéndolo en un estado de reflexión sobre su pasado y su futuro.

Perseo consideró la idea de hablar sobre su futuro con su hermano; pese a las heridas de Epidamas, él formaba parte del alto mando del ejército, ocupado en reuniones y misiones diplomáticas. Mientras tanto, su madre y su cuñada, Helena, cuidaban de la granja, con la ayuda del anciano Hipócrates, mientras sus dos sobrinos crecían fuertes y hermosos.

A pesar de la promesa que se había hecho a sí mismo de olvidar a Elana, Perseo no pudo resistir la curiosidad y la añoranza, y buscó noticias sobre ella. Una idea fija se instaló en su mente: el hijo que ella había tenido podría ser suyo. En el campo, nadie sabía nada de su destino; sus padres, ya ancianos, sólo le informaron que residía en Atenas. Por eso, decidió interrogar a Hipócrates, primero suplicándole por noticias y, después, amenazándolo de muerte si se negaba a obedecerle.

—Muchacho —dijo el anciano, empleando el mismo apelativo de la infancia de Perseo —. ¿Por qué te torturas así? Los dioses han favorecido a Elana; tu hermano compró su libertad y la de su esposo, y tu madre le dio una buena suma para que pudiera empezar una nueva vida en Atenas.

—Ese niño... —murmuró el joven—. He pensado mucho y creo que podría ser mío.

—¿Y eso importa? —preguntó el anciano—. Tú eres un ciudadano espartano, y ella una antigua sierva ilota.

—¡Al menos podría reconocer al niño si fuera mío! —exclamó, sintiendo que lo que sospechaba podía ser cierto—. ¡El muchacho podría ingresar en la agogé como *syntrophoi*, y si es digno se convertirá en un espartiata[54]!

—No seas insensato, muchacho. Aún no eres un espartano con plena ciudadanía; no tienes derecho a reconocer al niño, si es que fuera tuyo, algo que no estoy afirmando —replicó Hipócrates, mirándolo con severidad.

—Ni lo estás negando...

Perseo se sintió decepcionado cuando el anciano se negó a proporcionarle más información sobre Elana. Finalmente, desistió, reconociendo que sus amenazas eran vacías; apreciaba al hombre como a un segundo padre, pues Hipócrates había cuidado de su educación hasta los siete años y, en los años posteriores, siempre estuvo dispuesto a ofrecerle sabios consejos.

Al mismo tiempo que pensaba en Elana, anhelaba participar en una guerra. Sus sueños juveniles de gloria no se habían desvanecido; deseaba destacar como lo hicieron su padre y su

hermano. Soñaba con realizar actos valerosos y ansiaba merecer los mismos elogios que ellos habían recibido.

Ansiaba profundamente demostrar su valía ante todos. Creía que, al hacerlo, le resultaría más fácil reconocer a un hijo ilegítimo. Sin embargo, el joven no era más que un ciudadano de segunda clase, privado del derecho a una esposa, de una propiedad rural, del derecho a hablar en las asambleas, y sin una guerra en la que participar.

Deambulaba solo por la finca, buscando la presencia de su padre y de Elana en los lugares en los que estuvieron juntos. Los recuerdos eran a la vez dulces y dolorosos. A veces, dormía bajo la sombra de los árboles o nadaba desnudo en el pequeño lago de la propiedad, buscando algún alivio para su inquietud interior.

Pensaba en Elana constantemente, lo que le producía tristeza y rabia al mismo tiempo. *¿Había hecho el amor conmigo por voluntad propia o fue forzada? ¿Su libertad fue el precio que pagó para consolarme? ¿Era el niño mi hijo?* Estos pensamientos lo atormentaban, pero no tenía el valor de cuestionar directamente a su madre y a su hermano.

Cansado de tanta inactividad, caminaba todos los días hasta la ciudad. Deambulaba por el ágora, escuchaba los debates filosóficos y disfrutaba de las actuaciones de los artistas, pero se sentía aburrido. *¿De qué servían tantos años de entrenamiento si no había una guerra en la que participar?*

Una tarde, mientras caminaba por la ciudad, Perseo escuchó a un heraldo proclamar que un oficial del general Clearco se dirigiría a la asamblea y a los jóvenes al día siguiente, con el permiso de los éforos[55].

Todos sabían que Clearco era un general espartano que, durante la guerra contra Atenas, había sido encargado por los éforos de asumir el cargo de gobernador en la ciudad de Bizancio, con la misión de juzgar las disputas que estaban ocurriendo en el lugar. Sin embargo, se declaró tirano sin autorización de los éforos, y por ello fue condenado a muerte si regresaba.

También era de conocimiento general que estaba asociado con Ciro el Joven, hermano del rey persa Artajerjes. Ciro había ayudado a Lisandro financiando la guerra contra Atenas, y quizá por este motivo, con el consentimiento de Lisandro, que aún permanecía en Asia Menor, habían permitido que un oficial bajo el mando de Clearco hablara en la asamblea.

Esa noche, durante la cena, Perseo conversó con su hermano sobre la noticia.

—A Clearco, sí, lo conozco —Epidamas miró a su hermano menor con una expresión penetrante—. Se preocupa más por su propia gloria que por sus soldados. La última noticia que tuve de él fue que estaba implicado en negocios con Ciro, el hermano del rey persa Artajerjes.

—Un oficial suyo hablará mañana en la ágora; iré a escuchar lo que tiene que decir —replicó Perseo, volviendo su atención al plato frente a él.

El joven comió en silencio, sintiendo la mirada que su hermano le dirigía de vez en cuando. Clemena le sirvió otra porción de carne a su hijo menor y sonrió. Tras la muerte de Xeron, se había dedicado a sus nietos, había envejecido mucho; su cabello, antaño negro y brillante, ahora estaba blanco, pero, a pesar de su edad, aún irradiaba la dignidad y el orgullo que caracterizaban a toda mujer espartana.

Al día siguiente, Perseo acudió a la asamblea.

El sol brillaba y la temperatura era agradable.

La ágora estaba llena; sobre un estrado cubierto con gruesas telas, dos éforos estaban sentados en un banco.

A su lado, un oficial con coraza pectoral, una espada envainada en su cintura sujeta por una correa de cuero que cruzaba su pecho y un manto rojo sobre los hombros, conversaba

alegremente con ellos. Tras unos minutos, el éforo más anciano se levantó y dio inicio a la asamblea, dirigiéndose a los presentes:

—Ciudadanos espartanos, como todos sabéis, el general Clearco fue condenado a muerte si regresaba a Esparta por haberse declarado tirano de la ciudad de Bizancio sin nuestra autorización. Sin embargo, no podemos olvidar los grandes servicios que dicho general prestó en la guerra contra Atenas, tampoco podemos olvidar que los persas nos ayudaron; por tal motivo, tras analizar su solicitud, hemos autorizado a su oficial Pausanias a comparecer ante vosotros para hacer una propuesta. Hemos aceptado dicha propuesta y no pondremos obstáculos a quienes deseen aceptarla.

El éforo se sentó, y el oficial de mediana edad que los acompañaba se dirigió a los presentes:

—Ciudadanos espartanos, soy Pausanias, tengo el honor de ser espartano como vosotros, y, habiendo sido oficial bajo el mando de Clearco, lo seguí tras su destierro, acompañándolo hasta la corte del sátrapa[56] Ciro, hermano de Artajerjes, rey de Persia, donde actualmente está al servicio de este. La guerra contra Atenas terminó hace tiempo, y una época de paz ha llegado a Grecia bajo el liderazgo de nuestra amada Esparta. Sin embargo, han surgido disturbios en el Oriente. Ciro está teniendo problemas con un sátrapa vecino, y por ello está reclutando un ejército para castigarlo. Con la autorización de los éforos, me presento ante vosotros para ofreceros un contrato para combatir en el ejército de Clearco. A aquellos que acepten se les pagará en oro, además de recibir parte del botín y de los saqueos. Es la oportunidad de poner en práctica el entrenamiento al que os habéis sometido desde tierna edad. A quienes quieran unirse a esta campaña, podéis presentaros dentro de dos días, al amanecer, en la llanura de los monumentos a los héroes caídos —concluyó Pausanias.

Un murmullo recorrió la plaza, todos hablaban al mismo tiempo. Varios ciudadanos pidieron la palabra y se dirigieron a Pausanias para interrogarlo sobre la expedición: ¿Cuánto tiempo duraría? ¿Cómo se les pagaría? Otros criticaban duramente la propuesta, diciendo que era indigna de un espartano.

Perseo siguió los debates con interés, pero al no ser un ciudadano con plenos derechos, no podía manifestarse.

Al final de la tarde, decidió que se alistaría. Sería su oportunidad de obtener gloria y fortuna, y de seguir el ejemplo de su padre convirtiéndose en un guerrero de renombre; también sería la ocasión para olvidar a Elana.

Entusiasmado, el joven corrió a casa y esperó la hora de la cena para anunciar a Epidamas y a su madre la decisión que había tomado de unirse a la expedición.

Ambos se mostraron contrarios a la idea.

—¿Un mercenario? ¿Eso es lo que quieres ser? —preguntó su hermano, indignado.

—¿Vas a abandonar nuestra tierra para luchar por extranjeros? —Clemena lanzó una mirada de reprobación a su hijo.

—Quiero una oportunidad para demostrar mi valía, como lo hiciste tú y padre —Perseo sostuvo la mirada dura de su hermano.

—¡Puedes demostrar tu valor sirviendo a Esparta! —Epidamas elevó el tono de voz.

—¿Sirviendo dónde? ¿Escoltando éforos? ¿Luchando contra salteadores? ¿Haciendo guardia en puestos sin importancia? No entrené toda mi vida para eso —respondió Perseo, molesto como un niño.

—¿Crees que la guerra es como en el poema de Homero? No hay dioses ni héroes en el campo de batalla, solo muerte y destrucción —replicó Epidamas con amargura, mientras sentía el

dolor en el muñón de su pierna.

—¡Es mi oportunidad de destacar y obtener fama y fortuna! —insistió Perseo, comenzando a exaltarse. ¿Es que no comprendían sus deseos?

—Vivimos bien con lo que tenemos —intervino Clemena, seca.

—Ya eres un hombre, Perseo, no voy a decirte qué hacer, pero te advierto que no apoyo esa idea —sentenció Epidamas, dando por terminada la discusión.

Perseo permaneció en silencio, reflexionando. *¿Es que no comprendían su deseo de probar su valor?* Vivía a la sombra de su padre y su hermano desde los siete años; no había un día en que no le recordaran sus hazañas ni lo compararan desfavorablemente con ellos. Durante toda su instrucción en la agogé, había sido humillado y considerado incapaz por sus instructores, y ansiaba demostrar que todos estaban equivocados.

Durante dos días, Clemena intentó convencer a su hijo menor de que no participara en la campaña, pero fue en vano; en la mente del joven ya se veía combatiendo en tierras extranjeras, soñando despierto con destacar en la batalla y ganar una renombrada gloria. *Si regreso a casa lleno de riquezas, podré encontrar a Elana y traerla a Esparta. Si el niño es mi hijo, podré reconocerlo y él se convertirá en un espartiata.*

En esos días, Perseo se aisló en los campos, evitando a su madre y a su hermano.

Buscó a su sargento y pidió permiso para ausentarse del pelotón en el que servía.

Sus superiores lo dispensaron al saber que iba a alistarse en la campaña de Clearco. Los Éforos habían autorizado que cualquier soldado espartano participara.

El día de la partida, una hora antes del amanecer, Perseo se levantó y comenzó a prepararse para salir. No poseía muchas pertenencias, solo un saco de cuero donde colocó una muda extra de túnica corta de verano y un manto forrado de invierno, una sandalia extra, y una pequeña ánfora para almacenar agua. *Debo de ser el más pobre de los soldados*, pensó al observar sus escasas posesiones.

Al salir, encontró a su madre con los ojos enrojecidos. Clemena había llorado toda la noche; había perdido al marido que amaba, y su hijo primogénito había regresado mutilado. Ahora, su hijo menor partiría a tierras lejanas para luchar por una causa que no era suya. Pero como toda mujer espartana, se había resignado a su destino, limitándose a rezar por el regreso de Perseo, vivo o sobre su escudo.

Sin decir palabra, ella lo bendijo y le puso un envoltorio en las manos.

—Es para comer durante el viaje. Sé prudente y no lo consumas todo de una vez. Recuerda el ejemplo de tu padre y de tu hermano; sé justo y valiente —dijo, y luego se dio la vuelta y entró en su habitación.

Así eran las mujeres espartanas; por más heridas o tristes que estuvieran, jamás dejaban que se notara.

Cuando Perseo salió de la casa, encontró a su hermano sentado en un banco en el patio. Epidamas lo miró e indicó un lugar a su lado, y de pie, Hipócrates aguardaba en silencio.

—Sabes que no me gustaría que te fueras, pero no puedo impedírtelo. Crees que la guerra es algo heroico, pero te equivocas; la guerra es sucia y pocos alcanzan la gloria que tanto anhelas, especialmente cuando se lucha como mercenario y no para defender tu patria. Pero tendrás que aprenderlo por ti mismo —dijo mientras frotaba el muñón de su pierna izquierda, después de que Perseo se sentara a su lado.

Por un momento, Epidamas permaneció en silencio, meditando. Las imágenes de los combates en los que había participado, de cientos de hombres muertos y heridos, cruzaron su mente, pero las apartó. No había nada que pudiera decir para convencer a su hermano menor; era

Perseo quien debía escoger su destino y recorrerlo.

—Entonces, que así sea. Tienes mi bendición. Te regalo el escudo de nuestro padre y mi armadura —indicó un bulto apoyado en el muro, junto al escudo oval tradicional de los espartanos.

Perseo se levantó y abrió el paquete, admirando las piezas: un yelmo con crin de caballo, una coraza para el pecho, un par de grebas para las piernas. Junto al envoltorio, apoyados en la pared, estaban una lanza de dos metros y medio y una espada corta en una vaina de cuero. El joven quedó sin palabras, y Epidamas solo hizo un gesto con la cabeza antes de levantarse.

Colocando sus manos sobre los hombros de su hermano menor, entonó el peán en honor a Apolo y Ares.

—¡Ié paián! —respondía Perseo con voz firme.

Al terminar, Epidamas lo miró fijamente, con una expresión que alternaba tristeza y orgullo.

—Recuerda, es preferible morir que dar la espalda al enemigo y abandonar a tus compañeros. Sé valiente y valedor de nuestro linaje, no deshonres a nuestros ancestros. Vuelve con tu escudo o sobre él —ordenó, repitiendo las palabras que todo soldado espartano oía al ir a la guerra. Luego, se dio la vuelta en dirección a la casa sin mirar atrás, caminando con dificultad apoyado en un bastón.

Hipócrates miraba a Perseo con ojos tristes:

—Muchacho, ¿qué vas a hacer en tierras extranjeras? Si no mueres, podrías ser capturado y convertirte en esclavo —dijo, con los ojos empañados, sintiendo que perdía a un hijo querido.

—¡Nunca! Prefiero la muerte antes que la deshonra de ser capturado con vida —replicó Perseo, aunque al instante sintió vergüenza, pues aquel había sido el destino de su viejo mentor.

—No estés tan seguro, muchacho. Cuando la muerte se acerca, uno se da cuenta de que vivir es lo más importante, incluso si es como cautivo —explicó Hipócrates con una sonrisa triste —. Tuve la suerte de haber sido hecho prisionero por tu abuelo. No era letrado, pero en secreto amaba los poemas épicos, especialmente la Ilíada, que yo sabía recitar de memoria. Eduqué a tu padre como al hijo que nunca tuve, y él me liberó, pero seguí sirviéndole por voluntad propia. Vi nacer a tu hermano y a ti, los eduqué a ambos. Nunca tuve de qué quejarme; os aprecio a ti y a Epidamas como si fuerais mis hijos. Ayudé a criarlos, y se me parte el corazón verte marchar a la guerra, como también me dolió cuando partieron tu padre y tu hermano.

—¡Entonces ayúdame a tener un motivo para quedarme! —imploró Perseo—. ¡Dime la verdad sobre Elana y el niño!

Por un momento, Hipócrates miró al hombre que tenía enfrente, pero que para él siempre sería un muchacho, con ojos llenos de la sabiduría que solo los años proporcionan. *¿Qué podía decirle a Perseo?* Su destino estaba marcado por las Moiras[57], así que decidió decir la verdad.

—Muy bien. Después de que tu padre muriera, vi cuánto te afectó y permití que Elana te buscara. Sabes que la quería tanto como tú, la eduqué igual que a ti. Incluso después de que partiste, seguí instruyendo a Elana; le enseñé los poemas de Homero, filosofía, matemáticas… todo lo que sabía. La quería como a una hija. Tu madre y yo veíamos lo amigos que erais, y ella temía que te enamoraras de ella. Cuando volviste del primer año en la agogé preguntando por Elana, decidimos que era mejor que no os volvierais a ver. Aquello le rompió el corazón a Elana, pues ya sentía afecto por ti. Todas las veces que regresabas con permiso, yo le daba algún trabajo que la mantuviera lejos de aquí. Cuando tu padre falleció, permití que Elana te buscara. Ya estaba casada con un ilota que tu madre escogió para ella, pero nunca imaginamos que acabaríais juntos en una noche de amor —respondió Hipócrates, mirando al horizonte, como si recordara

aquellos hechos de años atrás.

Por un momento, Perseo dejó entrever el dolor que esos recuerdos le causaban. Hipócrates lo notó y continuó su relato:

—Elana me buscó y me contó lo sucedido. Estaba desesperada, decía que te amaba, y que ese amor sería su ruina. Durante algunas semanas, dudé si contárselo a tu madre, pero cuando Elana vino a decirme que estaba embarazada, no tuve opción. Se lo conté a tu madre, quien buscó a tu hermano; él logró comprar la libertad de ambos ante los Éforos, y tu madre les dio una buena suma para que comenzaran una nueva vida en otro lugar.

—¿El niño es mío?

—Solo Elana puede decirlo —respondió el anciano—. Meses después, recibí una carta de ella; no daba muchos detalles, solo decía que estaba bien, que su esposo había montado una pequeña taberna en la zona portuaria de Atenas, y que el niño había nacido fuerte y saludable.

—Voy rumbo a Asia. Embarcaremos en Atenas. La buscaré; necesito saber si ese niño es mío.

—Si quieres el consejo de un viejo, déjala en paz —sugirió Hipócrates.

—No puedo. Nunca la he olvidado, y si ese niño es mío, haré todo para poder reconocerlo.

—Que así sea —Hipócrates abrazó a su joven pupilo, rezando a los dioses para que encontrara lo que tanto buscaba y que regresara vivo a la tierra que lo vio nacer.

Con lágrimas en los ojos, el viejo mentor dio su bendición, recomendando mil cuidados en las tierras extranjeras.

Bajo la atenta mirada de Hipócrates, Perseo enrolló la armadura y ajustó el escudo a su espalda. Luego colocó la espada en la cintura con la ayuda de un cinturón de cuero y, sujetando la lanza, se dirigió hacia fuera de la finca con pasos firmes, sin mirar atrás, pues sabía que su viejo mentor lo observaba.

Estaba decidido a honrar a mi padre y a mi hermano, y, si fuera posible, a buscar a Elana.

Caminó durante dos horas y llegó al punto de encuentro cuando los primeros rayos de sol comenzaron a teñir la campiña. Varios monumentos dedicados a los héroes de guerra permanecían en la penumbra. Hizo una oración a su padre, pidiendo que siempre mantuviera el valor y nunca diera la espalda a los enemigos.

En un lugar apartado de los monumentos, un pequeño campamento se encontraba instalado en la campiña, y caballos pastaban en un cercado improvisado. Se dirigió hacia el lugar, donde se detuvo junto a una de las tiendas. Al lado de la tienda, había una pequeña mesa.

Un hombre anciano, que parecía un escriba, manejaba papiros y tintas. A su lado, un suboficial de semblante hosco preguntaba a tres jóvenes por su nombre y experiencia en combate. Al acercarse, reconoció a dos de ellos, Evandro y Polifeo. Habían entrenado juntos en la agogé, pero fueron asignados a unidades diferentes cuando terminaron el entrenamiento básico.

El suboficial, al notar su presencia, le preguntó sin mirarlo:

—Nombre, nombre del padre y experiencia en combate —su tono denotaba cansancio y mal humor.

—Perseo, hijo de Xeron, diecinueve años, sin experiencia real en combate.

—Otro virgen más —se rió el suboficial, mirándolo detenidamente, mientras el escriba anotaba la información—. Espera junto a los otros vírgenes —concluyó, señalando a un grupo de muchachos que conversaban animadamente.

Al acercarse, Evandro y Polifeo lo vieron.

—Vaya, mira quién tuvo el valor de alistarse —se burló Polifeo—. El amante de ilotas.

—No le hagas caso, Perseo —sonrió Evandro.

—Parece que vamos a servir juntos —Perseo se dirigió a sus compañeros, ignorando las burlas de Polifeo; hacía mucho que dejó de importarle lo que decían los demás.

—Sí, haremos fortuna en esta campaña, he oído que en Oriente hay más riquezas de las que un hombre puede soñar —afirmó Evandro.

—Y mujeres, cada una más hermosa que la otra —añadió Polifeo, riendo de manera lasciva.

Evandro tenía la misma altura que Perseo, poseía el cabello rubio y estaba en el apogeo de su forma física. En la agogé se había destacado en las pruebas de carrera, era uno de los pocos que no lo golpeaba cuando los instructores lo ordenaban, y también se había negado a asesinar a los ilotas desarmados años atrás.

Polifeo era más alto que ambos y más musculoso, tenía la piel más oscura y el cabello negro. Se había destacado en las pruebas de fuerza, nunca perdía la oportunidad de golpear a compañeros más débiles, incluido Perseo, y había participado en la krypteia, pero nunca comentaba lo que había hecho en las reuniones secretas.

En el grupo también había hombres mayores; soldados veteranos, que los miraban con desdén.

Hacia el mediodía, había alrededor de cuatrocientos voluntarios, la mayoría jóvenes, ciudadanos de segunda clase, pero también veteranos experimentados que habían combatido en la guerra contra Atenas y no se habían adaptado a los tiempos de paz.

Finalmente, Pausanias salió de la tienda más grande, su comitiva, formada por unos quince hombres, todos veteranos, ya lo esperaba cerca. Se dirigió a sus hombres, dando órdenes de que desarmaran las tiendas y se prepararan para partir. Luego se volvió hacia los nuevos reclutas, que lo observaban llenos de expectativas.

— ¡Espartanos! Veo a muchos jóvenes, probablemente sin experiencia alguna en la guerra, pero también veo a muchos veteranos. Partiremos hoy para encontrarnos con el resto del ejército del general Clearco en la ciudad de Sardes, en Asia. Marcharemos a paso acelerado hasta el puerto de Atenas, donde embarcaremos hacia Esmirna y de allí marcharemos hasta Sardes. Durante la marcha, seguirán siendo entrenados. Los dividiremos en cuatro regimientos, mis soldados serán sus oficiales. Aquellos que no logren llegar al puerto de Atenas, obviamente, no estarán en condiciones de participar en la campaña. Firmaron un contrato de dos años, las deserciones serán castigadas con la muerte. El primer pago se realizará cuando lleguemos a la ciudad de Atenas —concluyó.

Con esto dicho, instruyó a sus oficiales para que dividieran a los voluntarios en cuatro regimientos y distribuyó espadas, lanzas, armaduras y escudos a los que no tenían. El equipo era usado, pero mejor que nada. Perseo, sin embargo, ostentaba con orgullo las armas de su padre y hermano.

El joven fue asignado a un pelotón bajo el mando del sargento Polialfes, un veterano de cincuenta años, junto con Evandro y Polifeo, además de otros jóvenes y hombres mayores. Pronto todos se darían cuenta de que la disciplina en un ejército mercenario espartano era idéntica a la del ejército regular.

—¡Malditos hijos de puta! Cuando lleguemos a Sardes, aquellos de ustedes que lleguen podrán considerarse soldados, pues ahora son una burla de soldados, una vergüenza para la gloriosa Esparta —rugió el sargento Polialfes.

Recibieron una ración de higos secos y pan duro como piedra, y antes del crepúsculo

estaban marchando en formación cerrada, el primer y segundo regimiento a la vanguardia, el convoy de mulas con suministros en el centro, y el tercer y cuarto regimiento en la retaguardia.

Voy hacia mi tan ansiada oportunidad de obtener honor y gloria, pensó Perseo mientras miraba el camino que se abría ante él.

CAPÍTULO 16

Unos días después de vencer a Ebana, Artemisia se encontraba en su primera patrulla con un grupo de treinta amazonas, lideradas por Ikarnas, galopando por la llanura cuando avistaron una columna marchando lentamente.

Avanzaron hacia ella y vieron a hombres, algunas mujeres, niños y ancianos caminando. Los hombres llevaban hachas y espadas, y algunas de las mujeres portaban arcos. Todos eran citas de la tribu de las amazonas.

Ikarnas desmontó y una anciana se acercó a ella.

—Hermana mía, nuestro pueblo fue atacado y quemado por los macrones que invadieron nuestras tierras —dijo la anciana, con la piel cubierta de hollín y el rostro marcado por las huellas de las lágrimas que habían caído.

—Luchamos, pero eran muchos, tal vez unos cien hombres. Después de atacarnos, secuestraron a varias mujeres y se marcharon de vuelta a sus tierras —afirmó un hombre mayor, con una barriga prominente, armado con un hacha y sus ropas de piel manchadas de sangre.

—No os preocupéis, las llevaremos hasta las ancianas —respondió Ikarnas.

Rápidamente, todas desmontaron y ayudaron a los ancianos y a los niños a montar. Tras varias horas caminando por la llanura, llegaron a la aldea. Los escitas atacados fueron acomodados y atendidos por las curanderas, mientras que las mujeres mayores fueron llevadas ante las ancianas.

Artemisia hubiera querido acompañar la reunión, pero solo Himosia entró en el salón, después de ordenar que varios escuadrones recorrieran la llanura para comprobar si los invasores se dirigían hacia la aldea. El resto de ellas aguardaba ansiosas fuera.

Solo cuando se acercó el crepúsculo y la sombra de la montaña cubrió la aldea, la líder amazona salió del salón de las ancianas.

—Ikarnas, prepara dos escuadrones de amazonas. Partiremos al amanecer —ordenó la líder, regresando al interior del barracón.

Había alrededor de dos mil amazonas en todas las aldeas que componían la tribu, divididas en escuadrones de cien. Ikarnas era la comandante de uno de esos escuadrones al que Artemisia pertenecía.

Con una sonrisa feroz, Ikarnas comenzó a gritar órdenes. Ebana, que también formaba parte del escuadrón, se acercó y susurró al oído de Artemisia.

—Vamos a ver si eres una verdadera amazona —se alejó después con una sonrisa desafiante.

Al amanecer, partieron galopando hacia la frontera con los macrones. Por primera vez, Artemisia llevaba la coraza, las grebas de bronce y el casco que Mardoc le había regalado en Susa. Las demás amazonas la miraban con envidia; pocas de ellas poseían corazas de bronce, las que existían eran viejas y frágiles por los años de uso, la mayoría de las guerreras solo usaba protecciones de cuero curtido.

A paso lento, para no forzar las monturas, cabalgaron sin parar, hasta que llegaron al anochecer del segundo día a la aldea atacada. Aún había señales de humo en las cabañas quemadas y cuerpos sin enterrar estaban esparcidos por el lugar, entre ellos varias amazonas aún con espadas y arcos en las manos. Los cuerpos de los macrones también yacían dispersos por los campos y el aire estaba impregnado con el olor a sangre y putrefacción. Cuervos y aves de rapiña

volaban graznando, irritados por la cercanía de las guerreras que interrumpían su macabro festín.

La líder amazona ordenó que recogieran todos los cuerpos, separándolos por sexo, con la excepción de los macrones.

—Que sirvan de pasto a los lobos —gruñó, con expresión feroz, refiriéndose a los enemigos muertos.

Recogieron todo lo inflamable que encontraron y encendieron una pira para quemar los cuerpos de los hombres de la tribu. Las mujeres, incluidas las niñas, fueron quemadas en otra pira, mientras Himosia cantaba sobre la vida en el más allá y los hechos valientes de las guerreras.

Todas acompañaban el canto con gritos guturales llenos de tristeza y odio.

Cuando el sol se levantó sobre la llanura al día siguiente, comenzaron la caza de los macrones. Sus rastros eran evidentes en la hierba verde; debían estar caminando lentamente, ya que había señales de huellas y patas de caballos, lo que favorecía que las amazonas los alcanzaran antes de que se adentraran mucho en el territorio macrones.

Tras otro día galopando, alcanzaron un río que servía de frontera entre las dos naciones, cuando el sol comenzaba a ponerse en el horizonte. Desmontaron para descansar en la orilla cita y, cuando llegó la noche, la líder decidió que era el momento.

—Ikarnas, toma tres amazonas y avanza a ver si consigues encontrarlos. Por los rastros que vimos, creo que no están a más de tres horas delante de nosotros —ordenó Himosia.

—Ebana, Artemisia, Ecbata —ordenó Ikarnas.

Bajo su mando, la patrulla cruzó el río sosteniéndose a sus monturas, llegando con seguridad a la otra orilla. La luna llena iluminaba todo y pronto encontraron los rastros de los macrones y sus prisioneras.

Cabalgaron durante dos horas sin parar, a pesar del cansancio y el hambre, la patrulla siguió adelante, hasta que Ikarnas levantó el brazo y cambiaron del galope al trote lento. Finalmente, la amazona hizo una señal con la mano y, desmontando, empezó a palpar el suelo.

—Los rastros están frescos, no deben estar a más de una hora de aquí —avisó Ikarnas—. Desmonten, Ebana y Artemisia, vengan conmigo, Ecbata, quédate aquí con las monturas.

La joven amazona, que debía tener alrededor de quince años, asintió con una mirada asustada; también era su primera incursión en territorio enemigo.

Lideradas por Ikarnas, corrieron rápidamente, deteniéndose solo de vez en cuando para que la líder confirmara las huellas. Casi una hora después, avistaron luces de fogatas y gritos de hombres divirtiéndose. Lentamente, se arrastraron, aplanándose en la hierba, hasta que lograron ver el campamento de los macrones.

La mayoría de sus hermanas estaban atadas. Artemisia contó unas ochenta, pero muchas estaban siendo violadas por hombres ebrios. Debía haber alrededor de doscientos soldados macrones. La joven sintió una ira fría recorrer su cuerpo. Recordó lo que había pasado años atrás en Halicarnaso y las evocaciones amenazaron con dominarla, pero las trancó en su mente.

Hoy, iniciaré mi venganza, pensó, apretando la mandíbula.

Con una señal, Ikarnas hizo que retrocedieran. Después de encontrar a Ecbata, regresaron con Himosia y el resto de las amazonas al otro lado del río.

—No están lejos. Si salimos ahora, podemos alcanzarlos cuando la aurora comience a asomar en el horizonte —explicó Ikarnas—. Están embriagándose y violando a nuestras hermanas.

La líder amazona apretó la mandíbula y ordenó que todas cruzaran el río.

La caza estaba a punto de terminar.

Galoparon nuevamente sin detenerse. La madrugada avanzaba y los primeros indicios de la aurora asomaron en el horizonte, tiñendo el cielo de rosa en el este, mientras que en el oeste las estrellas seguían brillando.

Himosia, que galopaba en la vanguardia, desenvainó su arco, colocando una flecha en él, y fue imitada por las demás. La columna se dispersó, formando un gran arco para que todas tuvieran una línea de visión despejada para disparar.

Algunos macrones despertaron de su letargo de sueño y embriaguez al oír el estrépito del galope, mirando a las guerreras sorprendidos. Artemisia hizo puntería con su arco mientras controlaba su caballo con la presión de sus piernas, tal como había sido exhaustivamente entrenada.

La primera flecha disparada por Himosia voló, alcanzando a un macrones en el cuello. Los demás empezaron a gritar y sacaron sus espadas. Sin pensarlo, la joven disparó una flecha y, con satisfacción, vio cómo se clavaba en el pecho de un hombre alto y delgado. De repente, el aire se llenó con el silbido de las flechas que cortaban el cielo en busca de víctimas.

Siguiendo a su líder, las amazonas rodearon el campamento en un largo arco, siempre disparando, y lentamente fueron cerrando el cerco. Hasta que, con un salto, Himosia desmontó, desenvainó sus espadas y avanzó corriendo contra los pocos remanentes, seguida por todas.

Artemisia corrió rápidamente, sujetando una espada en cada mano, encarando a un soldado armado con una lanza, la cual apuntó hacia ella al verla acercarse.

Cuando se acercó, el soldado dio dos pasos al frente, clavando la lanza en dirección a su vientre. Pero Artemisia ya esperaba el movimiento y, con un pequeño desvío a la derecha, pasó junto a la larga lanza y superó a su enemigo, decapitando la cabeza del infeliz con un violento golpe de la espada que sostenía con la mano izquierda.

Miró a su alrededor en busca de más enemigos, pero no vio ninguno. Estaban todos muertos o dominados.

Con un grito triunfal, Himosia levantó los brazos al cielo, con las espadas manchadas de sangre, seguida por todas las demás. Luego corrieron hacia sus hermanas, liberándolas de las ataduras. Estaban heridas física y emocionalmente, pero seguían vivas.

La líder amazona ordenó que verificaran si algún macrones seguía con vida y que los reunieran. Encontraron a unos veinte aún respirando y los colocaron en el centro del campamento. Eran de varias edades, pero todos tenían el terror grabado en los ojos.

—El más joven —ordenó Himosia, señalando a un muchacho que debía tener la edad de Artemisia—. Dejadlo con vida para que sea testigo.

El joven fue separado y colocado de pie, con la punta de dos espadas apuntando a su pecho.

—Hermanas mías, ellos son vuestros —advirtió la líder amazona a las mujeres rescatadas, señalando a los diecinueve soldados macrones que aún vivían.

Gruñendo, se acercaron a los infelices y comenzaron a golpearlos, destrozándolos. Con horror, Artemisia observó cómo una mujer madura le arrancaba los ojos a un hombre, mientras otra le cortaba la lengua antes de desgarrarle el cuello con la misma cuchilla.

Tras la masacre, Himosia llamó a Artemisia, Ecbata y a otras dos adolescentes.

—Vosotras cuatro mostrad a vuestras instructoras los cadáveres de los enemigos que estáis seguras de haber abatido —ordenó.

En compañía de Ikarnas, la joven se dirigió hacia donde había decapitado al lancerista macrones. La guerrera observó detenidamente el corte, en silencio sacó un pequeño odre de piel de buey y lo colocó sobre la herida, apretando cerca de la zona del corte para que la sangre

brotara y llenara el recipiente.

—Muy bien —sonrió Ikarnas, orgullosa, mientras se levantaba y guardaba el odre, sujetándolo a su cintura.

Artemisia miró el cuerpo. En el calor del momento no se había percatado si era joven o viejo. Buscó la cabeza del infeliz y la vio unos pasos adelante. Se acercó y la tocó con el pie, haciendo que el rostro, que estaba mirando al suelo, volviera hacia ella. Era un joven, tenía una pequeña barba rala alrededor de la barbilla; sus ojos estaban abiertos, parecía sorprendido.

Mirándolo, no sintió nada, ni felicidad por haber matado a un hombre que había violado a sus hermanas, ni tristeza por una vida tan joven que había sido arrebatada por su mano. Solo sintió un vacío enorme en el pecho.

Ikarnas se acercó y, en silencio, guardó la cabeza dentro de una alforja de cuero; su cráneo probablemente se convertiría en una copa.

—Ares Homicida, acepta esta ofrenda y recíbelo, tuvo una muerte honrosa —murmuró en voz baja para sí misma.

Los cuerpos de los macrones fueron dejados para servir de pasto a los lobos y aves. El joven que había sido perdonado, después de ser golpeado, fue montado en un animal que galopó desbocado tras una amazona golpearlo en el flanco. Iba a transmitir a su pueblo lo que les ocurría a aquellos que se aventuraran en las tierras de las amazonas.

Al regresar a la aldea, Artemisia y las otras tres amazonas que participaron por primera vez en una batalla fueron introducidas en el salón de las ancianas. Sus instructoras prepararon vino con hierbas en copas hechas con los cráneos de enemigos abatidos.

Artemisia observó cómo Ikarnas vertía la sangre del joven soldado que ella había matado en la copa. Con una sonrisa, su amiga e instructora se acercó y se la entregó en las manos.

La joven sonrió de vuelta y bebió todo el contenido. Poco después sintió una torpeza en la mente y su vista se nubló. Empezó a escuchar voces extrañas, las llamas dieron paso a visiones de animales que nunca había visto. Un guerrero con un aspecto feroz, el mismo que había visto en un sueño justo después de salir de Halicarnaso, se materializó en su visión y, sonriendo, levantó la cabeza del joven que ella había matado. ¡Ares! El dios estaba contento con el sacrificio. Pensó.

Por el rabillo del ojo, imaginó ver a una mujer vestida de dorado, cuyo rostro mostraba irritación. Pronto, la imagen se deshizo y un joven vestido con coraza y grebas, con un manto rojo sobre los hombros, la miraba desde la sombra producida por su yelmo de crines de caballo. *¿Ciro?* Pensó para sí misma, pero el joven retiró el yelmo. No era Ciro, ni nadie que ella hubiera conocido en su vida.

Oyó un trueno y se concentró en la imagen de Ares. Ahora ya no sonreía y sus ojos brillaban con rencor. En su mano, la cabeza del macrones cambió, y el rostro del joven que había visto junto a la diosa tomó su lugar. Un sentimiento de pérdida la invadió y la imagen estalló en luces, haciéndola caer en la oscuridad.

Cuando despertó, ya era de día. En el salón de las ancianas, la fogata estaba apagada y un humo se elevaba de la leña quemada, escapando por la abertura del techo.

Algo en el vino me hizo delirar. Pensó para sí misma. A su lado, las otras tres amazonas parecían dormir también. Aún aturdida, se levantó y salió a la claridad del día, siendo recibida por los gritos guturales de las amazonas reunidas.

Ikarnas se acercó sonriendo y la abrazó, besando su rostro.

— Bienvenida, hermana, has renacido como una amazona — dijo, apretándola en sus brazos.

Ahora, la joven podía ser considerada una verdadera amazona.

En las fiestas celebradas anualmente en las tribus citas, se podía participar en el ritual antes del banquete destinado a los verdaderos guerreros, en el que se servía vino mezclado con agua en una copa. Todos los que habían matado en combate podían beber de ese vino; aquellos que no habían hecho algo similar eran privados de este derecho y permanecían apartados del banquete, en una situación humillante. Los responsables de la muerte de muchos enemigos bebían en dos copas al mismo tiempo.

El tiempo pasó rápidamente.

Más de dos años habían pasado desde que Artemisia llegó a la tribu de las amazonas. Desde el día en que fue iniciada, combatieron contra los macrones durante más de un año, ya que, al enterarse de la masacre de sus hombres, invadieron las tierras de las amazonas, robando su ganado, pero no se atrevieron a atacar sus aldeas.

En respuesta, las amazonas incursionaban en el territorio macrones, devastándolo e incendiando sus campos. En ocasiones, atacaban sus ciudades fortificadas, incendiando sus murallas.

Artemisia había perdido la cuenta de cuántos macrones mató en combate. Fue herida dos veces: una flecha se clavó en el costado de su cuerpo, y un golpe de espada cortó la piel de su abdomen.

La guerra fue brutal, pero las amazonas no eran menos feroces que ningún guerrero hombre, hasta que, cansados, los macrones enviaron embajadores con regalos y pidieron la paz.

La joven, que ahora era una mujer, estaba acostumbrada a la vida austera de las amazonas y era más feliz que nunca.

Había días en los que ni siquiera pensaba en su familia y lo que les había ocurrido. Las imágenes del rostro del hombre que primero la violentó se desvanecieron en su mente, pero sus ojos crueles, esos no podía olvidarlos, y a veces aún tenía pesadillas con ellos, despertando empapada en sudor, gritando de miedo y odio, asustando a Ikarnas, que corría hacia ella, la abrazaba y la tranquilizaba hasta que volvía a dormir.

Gracias a su constante entrenamiento, era considerada una de las mejores amazonas, pero no la mejor.

Había aprendido sus costumbres y se había integrado a la tribu. La única diferencia entre ella y las demás era su cabello rubio y sus ojos azules, mientras que el total de las mujeres tenía el cabello y los ojos negros.

Las amazonas adoraban al dios de la guerra Ares, Apolo, el arquero infalible, y Artemisa[58], la diosa de la caza y la virginidad. Mensualmente hacían sacrificios a los dioses, generalmente cabritos montañeses cazados en las alturas y, eventualmente, un enemigo capturado en batalla.

Las mujeres que abandonaban a las amazonas por el deseo de ser madres o por enamorarse adoraban a Afrodita, la diosa del amor, un culto que yo no mostraba interés en aprender. De la misma manera, rechazaba cualquier intento de contacto de los jóvenes citas que trataban de cortejarme, algunos tuvieron que aprender de la peor manera a dejarme en paz.

Cuando la guerrera se veía soñando con un esposo y con hijos, siempre era con el joven que había visto en sus visiones con quien se imaginaba casada. Era un sueño tonto, admitía, pero a veces, cuando la melancolía era grande, especialmente en primavera, cuando el mundo parecía explotar en colores, y hasta los animales se reproducían, Artemisia se sentía solitaria y recurría a ese rostro, al cual, aunque nunca lo hubiera visto antes, conocía todas sus perfecciones e imperfecciones.

Los días pasaron, dando lugar a semanas que se transformaron en meses.

Una mañana, cinco caballeros se acercaron a la tribu escoltados por diez amazonas, lo que causó alboroto y curiosidad. Era inusual recibir visitantes.

Todas se reunieron en la plaza central observándolos. Por sus ropas, eran persas, ya que vestían túnicas largas hasta las rodillas, pantalones, botas de fieltro y mantos de piel que cubrían sus hombros.

El corazón de Artemisia aceleró. El primer caballero desmontó, la miró y sonrió. Su cabello ahora tenía más cabellos blancos que negros, igual que su barba, algo despeinada por el largo viaje. El hombre se acercó con los brazos extendidos.

—¡Artemisia! ¡Mi pequeña leona, mi hija! —exclamó Mardoc, abrazándola fuerte con lágrimas en los ojos.

—¡Padre! —Artemisia se conmovió, dándose cuenta de cuánto había envejecido en poco más de dos años.

Himosia se acercó observándolos de manera curiosa.

—Esta es nuestra líder —presentó la joven a su líder.

—Mi señora —Mardoc la saludó en persa, que Artemisia tradujo inmediatamente al escitia.

—Bienvenido, padre de Artemisia —respondió la líder amazona con una sonrisa—. Deben estar cansados, Artemisia se encargará de su alojamiento, más tarde cenaremos con las ancianas.

Artemisia condujo a Mardoc hasta la pequeña y humilde casa que compartía con Ikarnas, mientras que las demás llevaban a la escolta de su padre hasta otras casas.

—Espero que no te importe nuestra pobreza —se disculpó sonriendo.

—Verte compensa cualquier incomodidad —respondió Mardoc mientras se sentaba en un pequeño banco de madera frente a la mesa en la que la joven colocó queso de cabra, pan y un vaso de cerveza, y luego se sentó junto a él.

Su benefactor la observó atentamente por un breve instante. Había soñado con el día en que la reencontraría, y estaba feliz de verla tan bien.

—Estás hermosa y te ves muy bien —dijo mientras tomaba un trago de cerveza— ¿No extrañas la capital?

—Gracias —respondió sonrojada—. Solo la biblioteca y al señor. Pero, ¿qué te trae tan lejos? —preguntó sin contener la curiosidad.

—Solo te extrañaba —sonrió feliz.

—¿Qué me cuentas de nuevo? —preguntó Artemisia pensando en cómo estaría Ciro, las noticias de la capital rara vez llegaban hasta la tribu.

—Ciro partió hace algunos meses para asumir la satrapía de Lidia, Frigia y Capadocia, además de haber sido nombrado comandante de las tropas persas del distrito militar de Asia Menor —respondió tomando un trozo de pan, entendiendo la curiosidad de su protegida—. Recibí una carta de él solicitando que te entregara una misiva, por eso decidí hacer el viaje yo mismo —explicó sonriendo mientras sacaba de los pliegues de su túnica un papiro.

Artemisia cogió cuidadosamente el papiro enrollado de las manos de Mardoc, un sello lacraba la carta con cera roja y el sello de Ciro. Sintió su corazón latir con fuerza, nunca lo había olvidado ni el juramento que hizo de servirle. En algunas noches, cuando la soledad era mayor de lo normal, se encontraba pensando en lo que habría sucedido si hubiera permitido que él la besara.

Apartando esos tontos pensamientos, la joven rompió el lacre y leyó la carta, que estaba

escrita en griego con una letra elegante.

"Artemisia

Mi querida amiga, mi súbdita más fiel. ¿Qué habrá sido de ti? A pesar de mis esfuerzos, nunca recibí noticias tuyas. Espero que estés bien, que hayas alcanzado la paz de Ahura Mazda y que Mitra te haya sido favorable en las batallas.

Después de que partiste, con los esfuerzos de mi dedicada madre, finalmente mi honrado padre, el rey, me nombró sátrapa de Lidia, Frigia y Capadocia, con órdenes de apoyar a Esparta en la guerra contra Atenas.

Espero que me perdones, sé de tu aversión a los espartanos, pero la política siempre se antepone a nuestros sentimientos y deseos. Un general ateniense llamado Alcibíades logró varias victorias contra la liga espartana. Descubrí que Tisafernes lo apoyaba secretamente.

Pero con el peligro de que Atenas se convirtiera en la ciudad más poderosa de Grecia, mi padre ordenó que apoyáramos a los espartanos. Conocí a un general llamado Lisandro, y a pesar de mi primera aversión hacia él, por conocer lo que pasaste a manos de sus aliados, no puedo mentir al decir que me sorprendió. Es un hombre sensato y divertido, y acabamos siendo grandes amigos.

Me gustaría que estuvieras aquí conmigo. Tus consejos serían valiosos. Pienso en ti varias veces y espero que algún día podamos vernos de nuevo.

Tu amigo

Ciro"

Envolviendo el pergamino con cuidado, Artemisia miró a su benefactor y se dio cuenta de que él imaginaba el contenido de la carta.

—¿Entonces? —preguntó Mardoc, curioso.

—Solo me manda su estima —respondió con una sonrisa triste.

—¿Por qué no te unes a él? Podrías ser una consejera real —Mardoc fue cuidadoso con las palabras.

—No, Mardoc, mi objetivo aún no ha sido alcanzado, solo me presentaré ante él cuando sea la líder de las amazonas.

—¿Y si te dijera que voy a unirme a él? —preguntó con un atisbo de esperanza—. Me invitó a servirle y acepté.

—Aun así, mi padre, no le sería útil —afirmó con convicción.

Un leve rastro de tristeza cruzó los ojos de Mardoc, y Artemisia lo percibió. Se levantó, se acercó a él y besó cariñosamente su rostro.

—Aprecio tu cariño por mí —murmuró la joven—. Pero debo seguir mi destino.

Mardoc asintió con la cabeza. Sabía que la joven no regresaría hasta convertirse en la líder de las amazonas, pero se permitió soñar con tener a la hija a su lado.

Mardoc y su comitiva permanecieron cinco días en la aldea, siendo recibidos con todo honor por las ancianas, y al amanecer del sexto día partieron. El noble persa llevaba una carta de Artemisia dirigida a Ciro.

"Mi amigo, mi Rey

Agradezco tus amables palabras hacia mí, tu obediente sierva, pero no puedo aceptar tu invitación, aún no he alcanzado mis objetivos. Cuando sea líder de las amazonas, entonces me presentaré ante ti para servirte.

Hasta ese día, acepta mis sentimientos de amistad y lealtad.

Artemisia"

No hay mucho más que pueda escribir, pensó al sellar la carta.

El tiempo pasó.

Al año siguiente, durante el festival en honor a Ares en la ciudad de Gímnias, Artemisia participó en los juegos en honor al dios y ganó las pruebas de tiro con arco, carrera de caballos, que consistía en dar diez vueltas alrededor de los muros de la ciudad, y lucha con espadas sin filo, derrotando a guerreros citas dos veces más grandes que ella.

Su fama entre las amazonas aumentó, ahora era considerada la mejor entre ellas, quizá solo superada por Himosia, la líder. Todo esto como resultado de los entrenamientos constantes a los que se sometía, incluso cuando las demás descansaban.

Los días dieron paso a semanas, meses y luego años; el tiempo pasó rápidamente mientras Artemisia participaba en varias incursiones con las amazonas. Matar en combate se había vuelto algo natural para ella, después de la primera muerte las demás se volvieron cada vez más fáciles.

Cuando cumplió veinte veranos, ya se consideraba la mejor de todas las amazonas, nadie la vencía en lucha con espadas, lucha cuerpo a cuerpo, tiro con arco o carrera. Himosia, que daba señales de estar cansada, ya superando la mediana edad, esperaba ansiosa el momento en que Artemisia la desafiaría por el liderazgo.

La costumbre era que, para convertirse en líder, la pretendiente debía vencer a su predecesora en un combate con las armas elegidas por la líder del momento, pero Artemisia amaba a Himosia y no tenía interés en desafiarla.

Durante dos años más, la líder esperó que Artemisia la desafiara, incluso Ikarnas alentaba a su pupila, pero Artemisia no deseaba despojarla del puesto, hasta que, usando su prerrogativa, Himosia puso a prueba su liderazgo.

Reunió a todas las amazonas al pie de las montañas y, en presencia de las ancianas, lanzó el desafío.

—¡Hermanas! Estoy cansada, alguna enfermedad ha debilitado mis miembros, los cabalgamientos por la llanura ya no me dan placer, solo sufrimiento. Pensé que una de ustedes me desafiaría, pero parece que seré yo la que las desafíe a ustedes —dijo, mirando a Artemisia.

Un murmullo corrió entre las cerca de mil amazonas reunidas, muchas miraron a Artemisia, incluida Ikarnas.

—Estoy poniendo mi liderazgo a disposición, quien se crea digna que avance y me enfrente en un combate a mano limpia —ordenó con una voz que resonó por la llanura.

Ebana se levantó y se acercó al centro del círculo. Era considerada una de las mejores guerreras, pero no había vuelto a derrotar a Artemisia desde que ella la venció. Era común que las amazonas lucharan entre sí por diversión y como forma de entrenamiento.

Himosia sonrió y se preparó, mientras su adversaria comenzaba a circular lentamente a su alrededor. Con un grito, Ebana avanzó, pero la líder amazona, con sus años de experiencia, la atrapó por el cuello con los brazos y la lanzó lejos. Apenas Ebana tuvo tiempo de reaccionar, un patacón en su rostro, propinado por la mujer más experimentada, la dejó inconsciente.

—No es porque yo quiera abdicar del liderazgo que voy a facilitarte las cosas —rugió—. ¡Ven, Artemisia, la que es considerada la mejor entre nosotras! Haz valer tu fama y desafíame por el liderazgo o vete cubierta de deshonor.

Artemisia se levantó aceptando el desafío. Ya no había otra opción, rechazar la petición equivaldría a caer en desgracia ante las amazonas y avergonzaría a Ikarnas, quien la había hecho ser aceptada en la tribu.

Ambas vestían túnicas simples de piel, sin armaduras ni grebas.

Circulando alrededor de Himosia, la joven la observó. Ya había visto luchar a la líder

innumerables veces, incluso había entrenado con ella. Sabía que era fuerte, pero *¿sería aún rápida?*

Himosia avanzó con un salto, intentando sorprender a la joven, pero Artemisia saltó rápidamente a un lado, al mismo tiempo que lanzaba un puñetazo en la cabeza de la mujer mayor, lo que la hizo tambalear. Sonriendo, la líder de las amazonas se levantó, levantó los puños y avanzó golpeando a la joven varias veces. Sin embargo, Artemisia logró defenderse con los brazos, aunque al menos dos puñetazos la golpearon en la cara y uno en el estómago, lo que la hizo rechinar los dientes por el dolor.

Con una llave de brazo, Himosia intentó inmovilizarla por el cuello, pero Artemisia, ágilmente, se zafó y propinó una patada en la rodilla de la mujer mayor, haciendo que esta doblara la pierna impactada.

Era la oportunidad que Artemisia esperaba. Saltando sobre su cuello, atrapó a Himosia con las piernas, estrangulándola.

La líder amazona intentó zafarse de todas las formas posibles, hasta que perdió el conocimiento por la falta de aire. En ese momento, la joven la soltó y se levantó, jadeando por el enorme esfuerzo.

—¡Larga vida a Artemisia! ¡Líder de las amazonas! —gritó Ikarnas, mientras cientos de gritos guturales llenaban el aire.

Artemisia miró a su alrededor, sintiendo cómo la energía del combate se disipaba en su sangre mientras las guerreras gritaban en honor a su victoria.

Ella era la líder indiscutible.

Casi diez años habían pasado desde el fatídico día en que los guerreros griegos invadieron su hogar, asesinaron a sus seres queridos y violaron su cuerpo. De una joven asustada, se había transformado en una guerrera. Fue aceptada por las amazonas y vivió muchas aventuras con ellas. Ahora, con veintidós veranos, era la líder más joven que las guerreras habían tenido en toda su historia.

Finalmente puedo presentarme ante Ciro como la líder de las amazonas, y si los dioses lo permiten, haré correr ríos de sangre en honor a Ares, pensó.

CAPÍTULO 17

Los voluntarios salieron de la sagrada Esparta, la tierra de sus antepasados. El primer día marcharon a paso acelerado hasta bien entrada la noche, cuando finalmente recibieron la orden de montar el campamento y cayeron al suelo, exhaustos. Pero antes de que pudieran acomodarse, Polialfes se dirigió a las reclutas:

— ¿Acaso las niñas piensan que esto es una excursión? —preguntó con ironía—. ¡Pónganse el equipo y síganme!

Polialfes los condujo a un bosque, donde los hizo formar en pelotón: tres filas de doce soldados, una detrás de otra, y los obligó a avanzar en línea, arrojando y recogiendo las lanzas como si estuvieran en combate. Al toque de la trompeta, la segunda línea avanzaba, seguida de la tercera, y así sucesivamente.

Era un ejercicio extenuante, simulando un combate en formación cerrada. Los brazos de Perseo estaban tan pesados por el esfuerzo que apenas podían sostener la lanza y el escudo, pero Polialfes era implacable, y cualquier signo de debilidad era un insulto para todos. Les golpeaba con una vara de oliva.

Después de dos horas de ejercicio, el sargento los obligó a subir corriendo en formación a un pequeño monte, como si estuvieran asaltando una posición enemiga en la cima. Los soldados llegaban jadeando por el esfuerzo y debían descender aún en formación, simulando nuevamente el asalto a una posición enemiga. Después de otras dos horas de ese ejercicio, finalmente los dispensó.

—¿Un grupo de atenienses afeminados se dicen espartanos? ¡Los persas y sus aliados bárbaros los devorarán vivos! —dijo con desprecio—. ¡Están dispensados!

Cayeron todos en el mismo lugar, exhaustos. La mayoría del pelotón eran reclutas recién salidos de la agogé, algunos veteranos los ignoraban, formando un grupo aparte. Tras media hora, jadeando de cansancio, lograron reunir fuerzas y se dirigieron al campamento donde ardían fogatas. Al llegar, recibieron una ración de higos y pan duro de los correos del suministro.

Perseo tomó su ración y comió vorazmente antes de caer al suelo exhausto, enrollándose en su capa, y pronto estaba dormido.

Lo despertaron antes del amanecer con Polialfes gritando:

—¡Vamos, hijos de una prostituta! ¡Prepárense para marchar en una hora! —gritaba, pateando a los rezagados.

El sargento era implacable; masacraba a todos desde la hora en que despertaban hasta que los liberaban para cenar y dormir.

—¿Se creen hoplitas? —bramaba—. ¡Esperen hasta estar en la línea de frente, tras una barrera de escudos, donde podrán ver el blanco de los ojos de su enemigo, donde sentirán el nauseabundo olor de los excrementos! ¡Ah, sí! ¡Muchos se orinan y se defecan en las tangas cuando los escudos se encuentran y las lanzas chocan! ¡Pero, ay de ustedes si actúan como cualquier otro ciudadano de Grecia! ¡Ustedes son espartanos, y el miedo y la cobardía no son parte de nosotros! ¡Si me entero de que uno de ustedes, animales, ha mancillado el nombre de Esparta, yo mismo lo mataré cuando regresen!

Marcharon por los campos de Laconia, algunos movidos por el deseo de aventura, otros por el dinero, Perseo por la ansia de conquistar honor y gloria.

La rutina era extenuante. Comenzaban a marchar antes del amanecer, parando al

mediodía durante una hora para almorzar, generalmente ración de frutas secas, pan y agua. Luego reiniciaban la marcha, que se extendía hasta la puesta de sol, cuando se detenían para montar el campamento. Después, más dos o tres horas de ejercicios físicos extenuantes, dependiendo del humor de Polialfes.

Llegaron a la frontera espartana, y todos se alinearon para presenciar el sacrificio de un toro blanco a Zeus y Atenea[59]. Era una tradición realizar el sacrificio cuando un ejército salía del territorio de Laconia. Los sacerdotes inmolaron el toro y luego abrieron sus entrañas para buscar presagios; poco después, anunciaron que habían recibido buenos augurios de los dioses.

Durante la marcha hacia Atenas, ningún espartano desertó. Al haber entrenado juntos y estar en el mismo pelotón, Evandro, Polifeo y Perseo formaron un vínculo de amistad. Los problemas ocurridos en la agogé fueron olvidados, ya que se dirigían a la guerra y necesitaban unos de otros.

Finalmente, llegaron a la ciudad de la antigua enemiga de Esparta y acamparon fuera de las murallas, mientras los oficiales se dirigían al puerto del Pireo[60] para contratar barcos que los llevarían a la ciudad de Esmirna, en Asia, desde donde partirían para encontrar a Clearco y al resto de sus tropas.

Perseo recibió su primer pago y todos tuvieron dos días de descanso, con recomendaciones expresas de no causar problemas en la ciudad. Al amanecer, Perseo, Evandro y Polifeo partieron rumbo a Atenas. Era la oportunidad de Perseo para encontrar a Elana. La única información que tenía era que su marido había abierto una taberna en la zona portuaria de la ciudad. El joven comentó con sus compañeros que necesitaba encontrar a una mujer en Atenas. Ellos se rieron burlándose, pero al final accedieron a acompañarlo cuando Perseo les dijo que el primer lugar que iba a visitar serían las tabernas en la zona portuaria.

En compañía de Evandro y Polifeo, Perseo entró en la ciudad. Al cruzar las puertas, quedaron deslumbrados. Para ellos, nacidos en Esparta, Atenas era otro mundo, con grandes templos, teatros, ágoras más grandes que las de su tierra natal, esculturas de dioses y héroes. Un enorme templo en la parte alta de la ciudad, dedicado a la diosa Atenea, resplandecía bajo el sol. Sin embargo, aún podían ver las marcas del sitio que la ciudad había sufrido años atrás. Asistieron a obras de teatro y presenciaron discusiones filosóficas en las ágoras, que pronto los aburrieron. Luego visitaron los jardines, pero a pesar de toda la belleza de la ciudad, Perseo no dejaba de pensar en Elana.

—Vamos a buscar la taberna que necesito encontrar —dijo Perseo, decidido.

—Podemos aprovechar para beber también — sugirió Polifeo, riendo.

Salieron de la ciudad en dirección al puerto del Pireo, que se encontraba a menos de una hora caminando. Llegaron a la zona portuaria, donde almacenes y astilleros bordeaban la orilla. A su alrededor había tiendas y tabernas llenas de gente. Recorrieron varias de ellas, deteniéndose para beber vino a un precio accesible, y Perseo aprovechaba para preguntar por el dueño del lugar. Cuando él se presentaba, conversaban amablemente, con el espartano intentando averiguar si el propietario era el marido ilota de Elana.

Alrededor del mediodía, estaban cansados y hambrientos. Habían visitado varias tabernas, pero sin éxito en encontrar la que Perseo buscaba. Finalmente, encontraron una pequeña, oculta en un callejón, donde servían carne con verduras y jarras de vino dulce. Después de unos minutos consiguieron una mesa y pidieron comida y bebida, ya que estaban hartos de la ración de campaña. Aprovecharon entonces el almuerzo sencillo, pero sabroso, y pidieron otro odre de vino, que fue servido por el propietario, un hombre joven, de no más de treinta años, aunque con algunos hilos plateados entrelazados en su cabello.

—¿Son espartanos? —preguntó él con una mirada desconfiada.

—Lo somos —respondió Evandro.

—Tu acento suena espartano —dijo Perseo, interesado.

—Sí, viví unos años en Esparta —respondió el hombre con expresión cerrada, dejando el odre sobre la mesa con un golpe seco y retirándose hacia el mostrador.

Los compañeros de Perseo lo miraron. Este podría ser el tabernero que busco, pensó Perseo, siguiendo con la mirada al propietario, quien estaba conversando con un camarero. Poco después, el hombre salió de la taberna.

—Lo seguiré —avisó Perseo a sus compañeros.

—Ten cuidado, mientras tanto, vamos a ver si conseguimos unas monedas extra —indicó Polifeo señalando una mesa donde jugaban a los dados.

—Cuenta conmigo —se animó Evandro.

Perseo salió de la taberna mientras sus compañeros se dirigían a la mesa de juego. Al ganar la calle, vio al tabernero caminar apresuradamente y lo siguió manteniendo una distancia prudente. Recorrían varias calles y dejaron la zona portuaria, entrando en un barrio residencial con casas pequeñas pero limpias, en contraste con las pocas casas de la zona del puerto.

El hombre entró en una pequeña casa blanca, y Perseo se detuvo junto a un olivo y esperó durante una hora. Cuando el hombre salió, se ocultó en un callejón, esperando que el tabernero se alejara. *Es mi oportunidad*, pensó.

El joven se acercó a la casa y llamó a la puerta, esperando con el corazón acelerado, como si acabara de realizar uno de los extenuantes entrenamientos de Polialfes. Por un momento, pensó que nadie le abriría, pero de repente la puerta se abrió.

Elana lo miró con expresión atónita, y un niño de unos cuatro años, agarrado a sus piernas, lo observaba con cara sorprendida.

—Perseo —murmuró ella.

—Elana —Perseo sintió el corazón desbordarse de emoción.

Por un momento, el tiempo se detuvo. Se quedaron mirándose. Él quería hacer mil preguntas, pero no sabía por dónde empezar. Ella estaba aún más hermosa que la última vez que la vio; ya no era una adolescente, sino una mujer formada.

Finalmente, Elana habló.

—Entra —invitó, abriendo la puerta.

Perseo entró en la casa, que era pequeña, pero limpia y ordenada. Ella lo condujo hasta un pequeño jardín en el fondo de la casa y lo invitó a sentarse en un banco. El niño se despegó de sus piernas y comenzó a jugar en el jardín.

—Es hermoso —Perseo señaló al niño con la mirada.

—Sí, es mi mayor tesoro —Elana lanzó una mirada amorosa al niño—. Su nombre es Hipócrates.

Se miraron de nuevo por un momento.

—Elana, nunca te olvidé —Perseo tomó las manos de la joven—. Después de las exequias de mi padre, desapareciste. Traté de descubrir dónde estabas, pero tuve que volver a la agogé. Cuando conseguí una licencia, ya habías sido liberada y no estabas más en la granja. Solo ahora, al estar partiendo de Grecia, descubrí que estabas en Atenas y que tu marido había abierto una taberna en la zona portuaria.

—¿Hipócrates te lo dijo? —murmuró, adivinando.

—Sí.

—¿Te vas a ir? —Elana frunció el ceño. La guerra entre Esparta y Atenas había

terminado y no había oído hablar de ninguna otra guerra en Grecia.

—Me voy a Asia. Firmé un contrato como mercenario para luchar bajo el mando de un general espartano —explicó—. Pero necesitaba encontrarte, necesitaba saber si este niño es mío.

Los ojos de Elana se llenaron de lágrimas y sus manos temblaron. Desvió el rostro hacia el niño que jugaba en la tierra del jardín, y Perseo siguió su mirada. El niño era fuerte y saludable, tenía el cabello negro como el de Elana, pero sus ojos eran similares a los de él, de un color castaño claro.

—Perseo —murmuró después de un minuto de silencio— ¿Por qué viniste? No sabes el dolor que me causas. Estoy casada, mi marido es un buen hombre que cuida de mí y de mi hijo.

—Elana, te amo, siempre te he amado, incluso antes de aquella tarde bajo el roble, ya te amaba. Dime que me amas, que este niño es nuestro. Si lo pides, abandono el ejército, abandono Esparta y huyo contigo y con nuestro hijo a cualquier lugar del mundo —suplicó.

—¡¿Qué locura es esta que dices?! —exclamó indignada—. Tú eres espartano, quizás hoy o mañana no te importe haber dado la espalda a todo lo que representa tu familia, a todo lo que eres, pero llegará un tiempo en que maldecirás este día, el día en que abandonaste tu patria, a tu madre, a tu hermano y la memoria de tu padre, y me culparías.

Es verdad, ¿cómo puedo dar la espalda a todo lo que soy, a toda la tradición familiar, a todo el entrenamiento al que fui sometido desde mis primeros años de vida? Aunque sirviendo como mercenario, sigo estando atado a la ley. En Esparta, cuanto más fuerte es un hombre, más pronto se inclina ante la autoridad establecida. Ni siquiera los reyes estaban exentos de cumplir la ley. Pensó amargamente.

— Perdóname —Perseo la miró fijamente—. Pero tengo que saber la verdad, no puedo seguir adelante con esta duda que me devora.

Elana se levantó y se arrodilló frente a Perseo, tomando sus manos, lo que hizo que un escalofrío recorriera su piel al sentir el cálido contacto de la mujer con la que había soñado durante años. Ella sostuvo su mirada con sus ojos grises.

—Te amo, Perseo, siempre te he amado, desde niña. Aquella tarde bajo el roble fue el día más feliz y triste de mi vida, porque te tuve, pero pronto te perdí. El fruto de nuestro amor está aquí —Elana señaló al niño que seguía jugando.

Perseo no resistió y la abrazó, intentando besarla, pero ella no lo permitió, levantándose rápidamente.

—Ahora estás comprometido —continuó la joven, con una lágrima recorriendo su rostro —. Ve y cumple tu destino. Yo también estoy comprometida con mi marido, él podría haberme repudiado cuando me quedé embarazada, pero no lo hizo. No puedo abandonarlo ahora, él es amable y nos ama.

Perseo la entendió. Ella se había quedado embarazada, y su marido podría haberla repudiado, pero no lo hizo. Por el contrario, la aceptó con el hijo que llevaba en su vientre de otro hombre, un espartano, alguien del pueblo que lo había esclavizado. Eso por sí solo demostraba que Clemena había elegido bien al marido de Elana. *Debe ser un hombre bueno y honorable.* Pensó.

Con el corazón roto, el joven espartano se levantó, ya no había nada más que hacer o decir.

—Cuando regrese, te buscaré de nuevo —prometió.

Ella solo movió la cabeza. Aprovechando que el niño seguía jugando, le dio un suave beso en los labios a Perseo, que al sentir su sabor a menta experimentó un dolor casi físico en su corazón.

—¿Puedo al menos cargarlo en mis brazos?

Elana asintió con la cabeza y llamó al niño.

—Hipócrates, ven a conocer a un amigo de mamá —llamó a la criatura.

El niño vino tambaleándose con sus piernecitas y miró al hombre de forma interrogante. Perseo lo levantó en brazos, lo examinó; era un niño saludable y hermoso. Luego lo abrazó y besó su frente.

—Que todos los dioses inmortales del Olimpo te protejan y te bendigan —murmuró.

Le entregó al niño a Elana y caminó hacia la calle sin mirar atrás.

—Que todos los dioses del Olimpo te protejan, mi amor —la escuchó murmurar mientras ella cerraba la puerta de la casa.

Con los ojos humedecidos y los pensamientos en tumulto, Perseo tomó el camino hacia la taberna donde había dejado a sus compañeros. Al llegar, Polifemo y Evandro seguían en la mesa de dados jugando. Perseo se sentó en una mesa cercana y pidió una jarra de vino. El propietario apareció para servirle, mirándole de manera extraña. *Tal vez me ha reconocido*, pensó, conteniendo las ganas de cortar la garganta del tabernero con su puñal. Por eso, agradeció y pagó el vino, permitiendo que sus pensamientos volvieran a un tiempo más feliz, cuando no estaba atado al código de honor espartano y era un niño que corría feliz por los campos acompañado de Elana.

No podía odiar al tabernero; él había aceptado a Elana embarazada de un niño de un odiado espartano y la estaba cuidando, lo que para Perseo era imposible en ese momento. Estaba comprometido con una campaña militar, había firmado un contrato, y si desertaba, nunca podría regresar a Esparta. *¿Sería capaz de darle la espalda a mi tierra, a mi familia, manchar el nombre de mi padre y de mis antepasados?* Pensó nuevamente.

Sumido en estos pensamientos, Perseo no se dio cuenta de que la noche había llegado. Se encendieron candiles de barro, iluminando el lugar con una luz mortecina. Los dados no dejaban de rodar, las monedas cambiaban de manos constantemente y varios jugadores se relevaban en la mesa. Evandro desistió cuando perdió casi todo su sueldo, mientras que Polifemo, por el contrario, logró una gran suma de monedas. Perseo se dio cuenta de que algunos individuos de mala apariencia comenzaron a observar a su compañero y murmuraban entre sí, lo que le hizo desconfiar de sus intenciones.

—Polifemo, vámonos, nuestra licencia acaba mañana temprano —dijo Perseo a su compañero, intentando convencerlo de que se levantara de la mesa.

—De acuerdo, vamos —Polifemo percibió el tono de urgencia en la voz de su compañero y guardó sus ganancias, levantándose.

—¿Encontraste a quien buscabas? —preguntó Evandro.

—Sí —fue la respuesta lacónica.

—Por tu cara, parece que no fue un encuentro feliz —se burló Polifemo.

—Deberías haberte quedado con nosotros, conocimos a una chica que, por un óbolo, se acostó con nosotros —comentó Evandro de manera lasciva.

Perseo no respondió, prefiriendo mantenerse en silencio. Los tres salieron de la taberna; la noche estaba fresca, con una leve brisa marina. Comenzaron a caminar por las estrechas y mal iluminadas calles, tratando de encontrar el camino hacia el campamento, mientras los pensamientos del joven espartano regresaban a Elana y al niño.

De repente, Evandro se dio cuenta de que los estaban siguiendo algunas personas.

—Creo que no les ha gustado mi suerte —Polifemo rió nervioso.

—Es probable que nos ataquen —murmuró Evandro, preocupado, mirando por encima de

los hombros.

—Solo tengo un puñal —advirtió Perseo, palpando la hoja que llevaba dentro de la túnica, atada a su cintura con una correa de cuero.

—Yo también —respondió Polifemo.

—Yo también, pero apuremos el paso —sugirió Evandro.

Cuando apresuraron el paso, los hombres empezaron a correr para alcanzarlos. Perseo y sus compañeros se detuvieron y se dieron la vuelta hacia sus perseguidores, sacando los puñales y esperándolos. Ahora podían ver que eran seis, de varias edades. El grupo redujo el paso y se acercó lentamente. Cuatro de ellos sacaron puñales, mientras que dos llevaban pesados garrotes. Avanzaron despacio, sin disimular sus intenciones hostiles, y comenzaron a dividirse en parejas para atacar.

—Lucharemos en formación —murmuró Perseo.

Evandro y Polifemo asintieron en silencio y formaron una línea, con Perseo en medio de los dos. Los hombres se detuvieron un momento, confundidos, pero, con gritos de odio, corrieron hacia los espartanos, blandiendo los puñales y los garrotes.

Perseo y sus compañeros estaban hombro con hombro, con los puñales listos, no tenían escudos, pero juntos tendrían más posibilidades. Cuando los bandidos estaban a dos pasos de distancia, los espartanos emitieron un grito unísono y se lanzaron al frente, asestando golpes con los puñales dirigidos a los vientres de sus adversarios.

La maniobra conjunta desequilibró a los bandidos, y pronto tres de ellos cayeron al suelo, retorciéndose mientras se sujetaban los vientres heridos, con la sangre manchando sus túnicas. Polifemo, que estaba a la izquierda, recibió un golpe en la cabeza de uno de los hombres armados con garrote, cayendo al suelo sobre su enemigo, a quien hirió con el puñal.

Perseo se lanzó contra su agresor, asestando un golpe hacia la garganta, pero su oponente saltó ágilmente hacia atrás, mientras Perseo, con su visión periférica, se dio cuenta de que Evandro luchaba con los otros dos atacantes, que estaban armados con puñales.

Perseo y su oponente se miraron durante un momento. El bandido levantó el garrote por encima de su cabeza y avanzó, asestando un golpe descendente dirigido al rostro del espartano. Perseo dio un paso al lado, escapando del garrote, lo que hizo que su adversario se desequilibrara hacia adelante. En ese momento, Perseo aprovechó la oportunidad y asestó una estocada con su puñal en la nuca del bandido, haciéndolo caer al suelo ya sin vida. Se giró y vio que Evandro había derribado a uno de los hombres que lo atacaban, pero aparentemente estaba herido en el brazo y rodeado por el atacante sobreviviente, que intentaba golpearlo mientras él se esquivaba.

Acercándose por la espalda del atacante, Perseo agarró su cabeza con el brazo izquierdo, mientras pasaba la hoja afilada por su cuello. La tráquea se rompió y la sangre brotó. Cuando el bandido llegó al suelo, ya estaba muerto. Con una sonrisa pálida, Evandro le agradeció y ambos corrieron hacia Polifemo, que yacía en el suelo, su cabeza ensangrentada y respirando lentamente. Al examinar la herida, se dieron cuenta de que fragmentos de hueso fracturado sobresalían de su cabello.

—Parece bastante grave —constató Evandro.

—Creo que el golpe le fracturó el cráneo —afirmó Perseo, palpando suavemente el área afectada.

—Vas a tener que cargarlo, mi brazo izquierdo está herido —señaló Evandro, mostrando el brazo que sangraba por un corte en el bíceps.

Cortando un trozo de la túnica de Polifeo, el joven espartano envolvió la cabeza de su compañero improvisando un vendaje. Luego cortó otro trozo y vendó el brazo de Evandro. Con

dificultad, colocaron a Polifeo sobre los hombros de Perseo, ya que Evandro, con el brazo izquierdo herido, no tenía fuerzas para ayudar.

Caminaron lo más rápido posible por las callejuelas de Atenas hasta que encontraron la salida de la ciudad y se dirigieron al campamento.

El pecho de Perseo parecía a punto de estallar y sus espaldas y piernas ardían por el esfuerzo de cargar a Polifeo, que seguía inconsciente. Evandro trataba de ayudar con el brazo bueno mientras cruzaban con pocas personas en el camino, que los ignoraban, incluso cuando pedían ayuda.

—Malditos atenienses —masculló Evandro.

Después de lo que pareció una eternidad, avistaron el campamento y pronto las centinelas bloquearon su paso, pero al ver que eran espartanos y que pertenecían a la compañía de mercenarios, tomaron a Polifeo y lo llevaron hasta la tienda del médico que acompañaba a la tropa.

Perseo y Evandro los siguieron en silencio. Las centinelas, al llegar, llamaron al médico mientras dejaban cuidadosamente a Evandro frente a una fogata. El médico salió de la tienda con aire somnoliento, pero al ver a Polifeo y la cantidad de sangre que empapaba el vendaje improvisado, despertó de inmediato.

—Díganme qué ha sucedido —pidió mientras buscaba el pulso del paciente.

—Fuimos atacados por ladrones y uno de ellos le dio un golpe de garrote en la cabeza a nuestro compañero —respondió Evandro.

—Lo cargamos hasta aquí lo más rápido posible —explicó Perseo, mientras el médico retiraba el vendaje y observaba la herida más de cerca con la ayuda de una antorcha que una de las centinelas acercó a la cabeza de Polifeo.

—Podrían haberse ahorrado el trabajo —afirmó el médico amargamente—. Este hombre ya está muerto.

Perseo y Evandro permanecieron en silencio. Conocían a Polifeo desde los siete años, habían pasado juntos todas las dificultades de la agogé, no eran amigos, solo compañeros de entrenamiento, pero desde el inicio del viaje, un vínculo de amistad entre ellos se estaba formando, y ahora había sido súbitamente roto.

—Ustedes dos, preséntense ante el oficial y comuníquenle lo sucedido —ordenó el médico.

Aún en silencio, la dupla siguió a una centinela que los condujo hasta el oficial encargado de la vigilancia nocturna. Este escuchó el relato en silencio y, cuando terminaron, se dirigió a ambos.

—Vayan a descansar. Mañana cremarán a su compañero, que esto sirva de lección —les ordenó, despidiéndolos con un gesto.

Perseo y Evandro se dirigieron hasta donde su pelotón estaba acampado. Todos dormían enrollados en sus mantos, algunos pocos aún no habían regresado de su licencia.

Evandro se acostó en un rincón, envuelto en su manto, y se giró hacia el otro lado, mientras Perseo se apoyaba en un tronco y se quedaba observando las llamas de la fogata. No pasó por su mente conversar o lamentar la muerte del compañero; eran espartanos y este tipo de sentimentalismo no estaba permitido, pero, aun así, el joven se sintió tocado por la muerte de Polifeo y, en silencio, hizo una oración al dios Hades para que lo recibiera en los Campos Elíseos[61], el lugar reservado para los héroes.

Perseo tardó mucho en dormir, la muerte de Polifeo y el reencuentro con Elana y su hijo ocupaban sus pensamientos.

A la mañana siguiente, despertó con el cuerpo adolorido. El pelotón fue asignado por el oficial del día para cremar el cuerpo de Polifeo; sus pocos bienes y su saco de monedas fueron recogidos.

El oficial informó que se encargaría de enviar lo que quedara a la familia de Polifeo y salió, dejando el cuerpo envuelto en sábanas. Pausanias ordenó que lo llevaran a un pequeño bosque cercano, donde apilaron una gran cantidad de leña y lo colocaron, con dos monedas sobre los ojos, para pagar al barquero Caronte[62] en su viaje al Hades.

— Si aún no lo entienden, esto no es una excursión por el campo; están viajando a un país lejano, donde lucharán contra bárbaros. El camino hasta allí está lleno de peligros, y aunque estén en ciudades aliadas, pueden morir. Polifeo murió luchando y envió a uno de sus enemigos al Hades para mostrarle el camino; esa es una muerte honorable —discurso Pausanias, que había llegado para acompañar la cremación.

Dicho esto, ordenó que el fuego fuera encendido y alimentado con leña y grasa animal para que la cremación fuera completa. A última hora de la tarde, cuando el fuego se extinguió, los huesos fueron recuperados, bañados en vino y luego envueltos y enviados al oficial del día, para que se encargara de enviarlos a la familia de Polifeo en Esparta.

A la mañana siguiente, todos fueron llevados hasta el pequeño pueblo de Pireo, que servía como puerto de la ciudad de Atenas, y donde Perseo había estado buscando la taberna del marido de Elana. Serían embarcados en trirremes destinados a transportar tropas hacia la ciudad portuaria de Esmirna, en Asia.

Antes de subir a los barcos, los oficiales los alinearon y sacerdotes sacrificaron un chivo al dios Poseidón[63], suplicando por un viaje sin incidentes, mientras cantaban un himno en honor al dios:

— Acerca de Poseidón, gran dios, comienzo a cantar, del que mueve la tierra y del mar sin fin, marino, que el Helícon tiene y Egai vasta. De dos maneras, Tremeterra, los dioses te compartieron las honras: domador de caballos y salvador de naves. ¡Salve, Poseidón, abrazaterra, de cabellera oscura, y venturoso, propicio al pecho de los navegantes!

Después de embarcar, Perseo y Evandro permanecieron en el puente observando cómo el puerto se alejaba.

—Al menos no vamos a tener la compañía de ese hijo de puta del Polialfes —gruñó Evandro—. Maldito cobarde, bueno para hacer discursos, pero en la hora de ir a la guerra...

Era cierto, el sargento se había quedado atrás con otros oficiales que los habían llevado hasta Atenas. Polialfes era un hombre cruel más allá de lo necesario, casi mató a golpes a algunos reclutas durante el viaje, pero no se atrevió a hacer lo mismo con los veteranos que los acompañaban.

Perseo nunca había visto el mar, mucho menos viajado en barco, así que se sentía mareado como la mayoría de los soldados. No soportaba estar en los camarotes, donde el olor a vómito y sudor era insoportable, por lo que se quedaba en el puente. Y cuando no estaba vomitando sobre la borda, apreciaba el mar azul.

Los días eran cálidos, pero soportables gracias a la brisa marina, y las noches eran estrelladas y frías. Acostado en el puente, el joven espartano admiraba la belleza del cielo nocturno mientras alternaba sueños de gloria y riquezas con Elana y su hijo Hipócrates.

¿Estarían bien cuando regresara? ¿Sería capaz de regresar de esta jornada? Si volvía, ¿Elana me elegiría a mí o a su marido? Esas dudas acompañaron al joven durante todo el viaje.

CAPÍTULO 18

Himosia abandonó la jefatura de las amazonas. Ahora, con cuarenta años, deseaba quedar embarazada y pronto encontró un pretendiente entre los hombres de la tribu. Artemisia asumió el cargo, y su primera misión oficial fue acudir a la capital para la elección del nuevo rey de los escitas. Se sentía preparada para cualquier desafío, ya que Ikarnas y Himosia le habían enseñado todo lo que sabían.

Los líderes tribales se reunían cada cinco años para elegir un rey que tenía la función de presidir el festival anual en honor a Ares, así como representar a todas las tribus en las negociaciones con otras naciones, principalmente con el Imperio Persa, con quien mantenían una relación de desconfianza. Nunca olvidaron que Darío había intentado subyugarlos décadas atrás, y desde entonces, a pesar de formar parte del imperio, los reyes sucesores de Darío respetaron la autonomía de la Escitia.

Artemisia partió con diez amazonas, dejando a Ebana en su lugar. Se habían convertido en amigas, y confiaba en su ferocidad y lealtad hacia la tribu para liderarla en su ausencia; además, Himosia estaría cerca para orientarla.

Llegaron a Gímnias en vísperas del festival de Ares, que coincidía con la elección del nuevo rey, quien presidiría su primer sacrificio al dios. La ciudad estaba en ebullición; líderes tribales de toda la Escitia se encontraban allí con sus comitivas, y alrededor de la ciudad se habían montado tiendas de pieles para alojar a todos.

El humo de los campamentos se elevaba al cielo, mezclando olores de las hogueras usadas para cocinar. Pegadas a los muros, varias tiendas de mercaderes ofrecían de todo: desde corazas y grebas de bronce de Grecia hasta túnicas de tejidos ligeros provenientes de los confines orientales del imperio.

Siguiendo el consejo de Himosia, se hospedaron en la residencia de una antigua amazona que se había casado y mudado a la ciudad, donde su esposo trabajaba como artesano. Recibió al grupo con alegría y las alojó en un pequeño cuarto que servía de depósito para el taller de su marido. Había espacio suficiente para que todas se acostaran en camas de paja, mientras que las monturas quedaron en un establo dentro de los muros de la ciudad.

Al caer la noche, se dirigieron fuera de los muros, donde ya estaba preparado el estrado para el sacrificio anual. El tumulto de hombres y mujeres conversando a gritos, mezclado con los pregones de los vendedores que exponían sus productos en la hierba, era ensordecedor.

El olor a carne asada impregnaba todo el lugar desde las ollas de los vendedores, que también ofrecían cerveza a gritos. Incluso se podía encontrar vino, y Artemisia terminó comprando un odre que compartió con sus hermanas. Ella e Ikarnas ya habían probado vino antes, generalmente importado de Grecia, pero el producido en la Escitia era, sin duda, de calidad inferior.

Después de esperar casi una hora, finalmente apareció el rey, subió al estrado y levantó los brazos pidiendo silencio. Tras algunos minutos y muchas imprecaciones entre los guerreros que se empujaban en el lugar, consiguió captar la atención de todos.

—¡Mi tiempo como rey ha terminado! ¿Quién de vosotros desea asumir mi lugar? —gritó con voz retumbante.

—¡Yo! Samot, de la tribu de los sauromatas —gritó un guerrero alto, de larga barba negra y cabello del mismo color, mientras subía al estrado.

—¡Yo, Cnéias, de la tribu de los cimerios! —gritó otro guerrero, tan alto y fuerte como el primero, pero con una barriga que comenzaba a volverse prominente.

—¡Yo, Bilios, de la tribu de los helecos! —gritó otro guerrero, más bajo que los dos primeros, pero mucho más robusto; su cabello negro tenía mechones rojos, al igual que su barba.

El rey esperó a ver si alguien más se pronunciaba. Cualquier líder tribal podía participar en las elecciones, incluidas las amazonas, pero Artemisia no tenía ningún interés en ese cargo, ni sus antecesoras, ya que nunca una amazona se había postulado.

—¡Dentro de tres noches, en vísperas del sacrificio anual, los demás líderes deberán votar y elegir entre los tres quién tomará mi lugar! —bramó el rey, seguido por el rugido de cientos de voces gritando al unísono.

La elección para rey era sencilla: los tres candidatos debían buscar a los líderes tribales y convencerlos de votar por ellos. Bilios y Samot tenían propuestas similares: deseaban mantener el statu quo de sumisión al Imperio Persa. Por su parte, Cnéias argumentaba que los citas no debían obediencia a nadie y que debían conservar su independencia, aunque estaba a favor de mantener relaciones amistosas con los persas.

Los debates en el salón real fueron acalorados, con improperios y amenazas lanzados de un lado a otro. Artemisia escuchaba atentamente, pero ya había decidido su voto; someterse a Darío y quizás luego a su hijo Artajerjes estaba fuera de discusión. Votaría por Cnéias, pues al menos él los mantendría independientes. Los candidatos hacían innumerables promesas a los líderes tribales, ofreciendo rebaños, esclavos e incluso oro.

La votación parecía empatada con cuatro votos para cada líder, lo que aumentó la presión sobre el voto de la líder amazona. Bilios y Samot intentaron convencer a Artemisia ofreciéndole monedas de oro persa.

—Las amazonas no necesitamos monedas; vivimos de lo que la tierra nos da y conseguimos lo que necesitamos con la punta de nuestras espadas —respondió, rechazando la oferta.

Cnéias, en cambio, no intentó comprarla y apeló al patriotismo cita.

—No debemos ser sumisos ante los persas; nunca fuimos conquistados, debemos ser aliados y ser tratados como iguales —explicó el pretendiente al trono.

Artemisia estuvo de acuerdo, pero mantuvo silencio sobre a quién votaría.

En la tercera noche, todos fueron llamados a votar por orden de edad. Cada líder tribal debía elegir a su candidato; la votación siguió equilibrada, con cada candidato recibiendo cuatro votos, y Artemisia fue la última en votar, quien desempataría la elección.

—¡Somos citas! No somos vasallos de Darío II ni del futuro rey Artajerjes; nunca fuimos conquistados. Yo, que adopté la Escitia como patria, lo comprendo; ¿por qué vosotros no lo entendéis? —declaró la amazona ante los líderes reunidos—. ¡Mi voto es para Cnéias!

Los partidarios de Cnéias estallaron en gritos, mientras los demás murmuraban su descontento. El rey levantó los brazos pidiendo silencio.

—¡La líder de las amazonas ha votado y decidido! Cnéias es el nuevo rey; ¡que su reinado sea próspero para los escitas! —rugió con voz potente.

Con el fin de la votación, varios sirvientes entraron en el salón con grandes bandejas de carne y verduras, además de ánforas de cerveza y vino. Siguiendo la tradición, Cnéias presidió el banquete, ocupando el lugar de honor.

—¡Que se acerquen aquellos que han matado en combate! —bramó Cnéias.

Los líderes tribales se acercaron, todos guerreros experimentados. Artemisia cerraba la fila por ser la más joven, pero recibió con orgullo una copa hecha de un cráneo humano llena de

vino, para brindar en nombre del nuevo rey. Al entregarle la copa, Cnéias le sonrió y murmuró un "gracias" casi inaudible. *Ahora tiene una deuda de honor conmigo*, pensó la amazona.

Al día siguiente, el rey presidió la ceremonia anual en honor al dios Ares, sacrificando a veinte guerreros capturados de diversas tribus. Entre ellos se encontraba un macrones, capturado por las amazonas en los últimos días de la guerra contra ellos y enviado a la ciudad. Durante años, había sido mantenido con vida, hasta que los sacerdotes decidieron que había llegado el momento de sacrificarlo.

Después de las ceremonias habituales, Artemisia y sus hermanas se reunieron en la casa de la antigua amazona para prepararse para regresar a su tribu, cuando un guerrero escita se acercó, solicitando que la líder de las amazonas acudiera a una audiencia con Cnéias antes de dejar la ciudad.

Artemisia asintió y siguió al guerrero por las calles de la ciudad, que ahora, al final del festival, parecían más vacías. Solo Ikarnas la acompañaba. Entraron en el palacio real, donde la actividad era intensa debido a la partida del antiguo rey y la llegada del nuevo. El guerrero la condujo hasta una pequeña sala y abrió una pesada puerta de madera para que entrara.

—Solo tú —dijo él, impidiendo el paso de Ikarnas, quien hizo ademán de desenvainar su espada, pero con un gesto, la líder de las amazonas la detuvo.

—Está bien, sé cómo defenderme —tranquilizó Artemisia a su compañera.

En la sala, iluminada por pequeñas aberturas en las paredes que servían como ventanas, Cnéias la esperaba frente a un brasero donde asaba un trozo de carne. En una pequeña mesa, había dos copas de madera y una jarra. El rey sonrió, vertió cerveza en las copas y le entregó una a la amazona.

—Gracias, Artemisia. No olvidaré tu voto de confianza —dijo sonriendo.

—Era la mejor propuesta —respondió ella con indiferencia.

—Sí, y como muestra de mi amistad quiero mostrarte algo —Cnéias extendió un pergamino enrollado.

El sello de cera había sido roto, pero aún se podía reconocer el emblema del rey Darío. Artemisia miró a Cnéias con curiosidad, quien, con un gesto, la animó a leer.

—Es de un mensajero procedente de Susa; se dirigía a los embajadores persas —explicó el rey con una mueca.

Los persas mantenían una embajada permanente en la ciudad, en un pequeño palacio, desde donde los reyes escitas negociaban con Darío II.

Artemisia desenrolló el pergamino y lo leyó. La carta estaba escrita en persa, con una caligrafía elegante.

"A los embajadores,

El rey Darío padece una enfermedad que los médicos reales no han logrado curar. Se están haciendo los preparativos para la sucesión del trono; el príncipe Artajerjes será el nuevo rey.

Las órdenes son mantener a los escitas en paz con el Imperio. Hay rumores no confirmados de que el príncipe Ciro podría estar tramando tomar el trono.

El rey ha convocado a todos sus hijos en Susa para anunciar a su sucesor.

Megatrones – Canciller real"

La guerrera amazona pensó en Ciro. ¿Y si Artajerjes estaba tramando algo contra su vida? Sería muy capaz de hacerlo.

—Parece que podríamos tener una guerra civil —sonrió el rey—. ¿Qué sería más ventajoso para nosotros? ¿Apoyar a Ciro o a Artajerjes? Tú, que los conociste a ambos, ¿a quién

apoyarías?

Artemisia apretó la mandíbula y pensó: ¿Cuánto sabe Cnéias sobre mi estancia en Susa?

—Quizás debería ir a la capital para evaluar cuál sería el partido más ventajoso para nosotros —respondió la amazona, intentando aparentar indiferencia.

—¿Harías eso?

—Sí, si vuestra alteza lo desea —respondió, fingiendo lealtad.

—Hazlo. Cuando regreses, reuniré a los líderes tribales y decidiremos juntos —afirmó Cnéias, satisfecho.

—¿Algo más? —preguntó ella, devolviéndole el pergamino.

—No, Artemisia —respondió el rey tomando la carta de vuelta—. Haré que el mensaje llegue a los embajadores.

—Entonces partiré de inmediato —dijo la amazona, pensando en el largo viaje que tenía por delante.

—Que Ares te acompañe —la despidió el rey con un gesto.

Al salir, Artemisia encontró a Ikarnas esperándola. Su compañera se mostró aliviada al verla. Cuando salieron del palacio, Artemisia le contó el contenido de la conversación.

—¿Crees prudente regresar? —preguntó Ikarnas, consciente de los problemas que su amiga había tenido con Artajerjes y Tisafernes.

—Sí, Ciro es mi amigo. Si va hacia una trampa, quiero ayudarlo —respondió la amazona, inquieta.

—¿Iremos todas? —frunció el ceño Ikarnas. Toda la tribu de amazonas desplazándose podría interpretarse como un acto de guerra.

—No, solo yo y cinco guerreras como escolta —respondió, considerando dejar a Ikarnas al mando de las amazonas—. Tú te quedarás y liderarás la tribu.

—No pienses en dejarme atrás —gruñó Ikarnas—. Iré contigo; Ebana puede liderar a las amazonas hasta nuestro regreso.

Artemisia sonrió agradecida. Sabía que sería inútil ordenar a la amazona más veterana que se quedara. Ikarnas era una amiga leal y, aunque muchas veces la joven la había animado a disputar el liderazgo con Himosia, su amiga siempre se había negado, afirmando que no deseaba tal honor y que se conformaba con seguir a Artemisia cuando llegara el momento.

Regresaron a la aldea, y Artemisia informó a las ancianas sobre la misión que el rey le había encomendado, aunque no les reveló que lo que realmente la movía era el afecto que sentía por Ciro. Ebana quedaría en su lugar, con órdenes de liderar a las amazonas y prepararlas para la guerra que se avecinaba en el horizonte, en caso de que la nación escita se viera envuelta en el conflicto.

Al día siguiente, Artemisia, Ikarnas y otras cuatro guerreras experimentadas partieron rumbo a Susa. Galoparon sin descanso, desde el amanecer hasta el anochecer, evitando entrar en las ciudades, y finalmente llegaron a Susa días después. Durante el trayecto, Artemisia pensaba constantemente en Mardoc, su padre adoptivo, y en Ciro. *¿Cómo estarán?*

Llegaron a la capital del Imperio a media tarde, y las calles estaban llenas de gente; en los mercados, plazas y tabernas, el tema de conversación dominante era la salud del rey. Todos querían saber quién sería el sucesor. Artajerjes era el primogénito, pero era bien sabido que Parisátide mostraba preferencia por Ciro.

Artemisia condujo a Ikarnas y a sus hermanas hasta el palacio de su benefactor. *¿Estará él en Susa? ¿O seguirá en compañía de Ciro?*, pensó. Entraron en el patio exterior, y un sirviente se acercó al reconocerla.

—¡Señorita Artemisia! —exclamó sorprendido.

—¡Papatos! —respondió la amazona, acercándose para abrazarlo, lo que lo dejó algo desconcertado. Siempre había sido amable conmigo durante el año que pasé en Susa, recordó la amazona.

—¿Está el maestro Mardoc? —preguntó, mirando a su alrededor.

—No, aún sigue fuera, pero la casa es suya —respondió una voz firme.

Artemisia miró hacia la puerta, donde Enoque, el mayordomo hebreo, sonreía. Los años habían sido generosos con él, pues no aparentaba la avanzada edad que tenía, aunque caminaba lentamente y con la espalda ligeramente encorvada hacia la joven.

Él las invitó a entrar y, con eficacia, alojó a Ikarnas y a las demás en habitaciones del interior del palacio, mientras que a Artemisia le asignó sus antiguos aposentos.

—La casa es suya, y los sirvientes también; lo que desee, puede pedirlo —le informó, antes de retirarse para dejar paso a dos sirvientas que trajeron paños suaves y productos de belleza.

—Gracias —agradeció la amazona—. ¿Sabe si Mardoc regresará pronto?

Antes de salir, Enoque se dio la vuelta y la miró.

—Sí, llegó un mensajero por la carretera real informando que Ciro llegará pronto a Susa; mi maestro está entre los miembros de su comitiva —respondió con una sonrisa, abandonando la estancia.

Las sirvientas prepararon un baño caliente en la tina que había en la habitación, un lujo que Artemisia no experimentaba desde hacía mucho, pues estaba acostumbrada a bañarse en las frías aguas de los ríos de Escitia. Después le dieron un masaje con aceite aromático y la vistieron con una túnica sencilla. Sonrió al imaginar a Ikarnas y a sus hermanas pasando por el mismo tratamiento.

Al terminar, le anunciaron que se había preparado un almuerzo para ellas. Artemisia encontró a sus hermanas en el salón de comidas; parecían incómodas con sus túnicas persas coloridas. Pero Enoque no permitió que usaran las ropas con las que habían llegado hasta que estuvieran lavadas.

Esperaron la llegada de Ciro y Mardoc durante una semana, hasta que, una tarde, un mensajero llegó corriendo al palacio informando que Ciro se aproximaba por la carretera real.

Los preparativos para recibir a Mardoc ya estaban listos, y no había nada que Artemisia pudiera hacer para ayudar, así que, en compañía de Ikarnas y las demás amazonas —ahora vestidas con sus ropas habituales: túnicas hasta la altura de las rodillas, corazas de cuero en el pecho y grebas del mismo material, salvo la líder de las amazonas, que llevaba equipo de bronce —, salieron al encuentro de la comitiva montadas en sus caballos.

El movimiento en la carretera era más intenso de lo habitual; parecía que toda la población de Susa esperaba a ambos lados de la vía la llegada de la comitiva real. Artemisia y sus hermanas avanzaron unos cientos de pasos, alejándose de la multitud, y esperaron en una pequeña colina junto a la carretera por donde pasaría la comitiva.

No pasó mucho tiempo hasta que aparecieron los exploradores, jinetes vestidos con túnicas persas, armados con lanzas y pequeños escudos, y protegidos con corazas de mimbre en el pecho. Detrás de ellos venía una escolta de unos cien soldados de infantería, también armados con lanzas y escudos, que portaban largos arcos persas y carcajes de flechas a la espalda. Más atrás seguían cinco carruajes pesados, tirados por parejas de caballos; sus ventanas abiertas estaban protegidas por cortinas para ocultarse de las miradas curiosas de la multitud.

En la segunda carroza, el rostro de Mardoc asomó por la ventana, y sonrió, sorprendido,

al ver a Artemisia, que le devolvió la sonrisa. Con un simple intercambio de miradas, entendieron que se encontrarían en la residencia del noble. La tercera carroza, la más grande de todas, era probablemente la que transportaba a Ciro. Artemisia percibió un leve movimiento en la cortina de la ventana y una sombra en su interior, pero esta no se abrió. *¿Acaso mi amigo me habrá visto*?

Cuando la comitiva pasó, las amazonas cerraron la columna en la retaguardia y la acompañaron hasta la entrada del patio del palacio real. Como no eran invitadas ni pertenecían a la comitiva, se detuvieron en la puerta y luego regresaron al palacete donde se hospedaban para esperar a Mardoc.

Fue ya cerca del crepúsculo cuando su padre adoptivo llegó a la residencia y, sonriendo, abrazó a Artemisia y le besó la mejilla.

—¡Hija mía, estás aún más hermosa que la última vez! —exclamó, emocionado, con los ojos llenos de lágrimas, observándola con atención. ¡Qué bella e imponente está!, pensó con orgullo de padre.

—Padre —respondió Artemisia, conmovida; lo amaba como si fuera su verdadero progenitor.

Después de instalarse de nuevo en su casa, se reunieron en el salón donde solían tomar las comidas. Enoque sirvió un banquete, y varios clientes de su benefactor se presentaron para rendir cuentas y mostrar respeto. Las horas transcurrieron mientras conversaban sobre negocios y la situación política.

La guerra entre Atenas y Esparta había terminado con la victoria de los espartanos, gracias al apoyo persa.

Mardoc relató que el general espartano Lisandro[64] había buscado a Ciro en la ciudad de Sardes para hablarle sobre los asuntos relacionados con Grecia y para quejarse de Tisafernes, quien, tras recibir órdenes de apoyar a los espartanos y ayudarlos a expulsar a los atenienses del mar, se había mostrado negligente debido a su amistad con el general ateniense Alcibíades[65]. Ciro escuchó con agrado las quejas contra Tisafernes, a quien consideraba un enemigo.

—Lisandro es una persona agradable, supo ganarse la amistad de Ciro y le animó a apoyarle en la guerra —explicó Mardoc.

Contó que, en vísperas de la partida de Lisandro, Ciro le había ofrecido una cena, al final de la cual le pidió que expresara con franqueza todo lo que deseaba, asegurándole que no se le negaría nada. El espartano, ante tales palabras, le dio la siguiente respuesta: "Puesto que os mostráis tan generoso conmigo, os pido y aconsejo que aumentéis en un óbolo el salario de los marineros, de modo que, en lugar de tres óbolos al día, reciban cuatro".

Ciro, encantado por la generosidad de Lisandro, ordenó entregar diez mil dáricos, los cuales fueron empleados por él para pagar a los marineros un óbolo adicional al día. Esta liberalidad pronto dejó las galeras enemigas vacías, pues la mayoría de los marineros prefería unirse a las flotas donde recibían mejor paga; y aquellos que permanecían en sus antiguos navíos cumplían sus obligaciones de mala gana, siempre dispuestos a amotinarse y manteniendo así a sus comandantes en constante tensión.

Esta estrategia le aseguró una victoria naval en la costa de Éfeso, donde capturó quince navíos del enemigo. A pesar de la victoria, Lisandro fue sustituido por el almirante Calícrátidas[66], ya que su tiempo en el cargo había expirado. Lisandro, enfurecido por su sustitución, envió a Sardes el resto del dinero que Ciro le había dado para pagar a los marineros, y le dijo a Calicrátidas que fuera él mismo a pedir el dinero al príncipe. Mientras tanto, mientras

eso no se resolviera, que encontrara una manera de pagar a sus hombres.

—No quedaba otro recurso para Calicrátidas que buscar a Ciro para pedirle dinero —explicó Mardoc—. Pero Ciro, que tenía amistad con Lisandro, no quiso recibir a su sustituto.

A un guardia que se encontraba junto a la puerta, le pidió que fuera a decir al príncipe que Calicrátidas, almirante de los lacedemonios, deseaba hablar con él. El guardia le respondió: "Extranjero, Ciro no tiene tiempo ahora para recibirte, pues está a la mesa". Calicrátidas, entonces, simplemente le contestó: "Está bien, esperaré aquí hasta que haya terminado". Ante estas palabras, los persas, tomándolo por un rústico, se burlaron de él. Calicrátidas se retiró. Buscó a Ciro por segunda vez y, al no conseguir hablar con él, se irritó y dijo que se marcharía.

—Intenté que Ciro lo recibiera, pero fue en vano, Calicrátidas regresó a Éfeso, maldiciendo y aborreciendo a aquellos que, antes que él, se habían humillado tanto que se dejaron insultar por los persas, lo que les permitió sentirse orgullosos de sus riquezas. Me dijo personalmente que, al llegar a Esparta, su primera preocupación sería hacer todo lo posible para poner fin a las discrepancias entre los griegos, de modo que, al volverse temibles para nosotros, ya no tuvieran que venir a mendigar nuestra ayuda para destruirse unos a otros. Tiempo después recibimos información de que había sido derrotado y muerto en un combate naval cerca de las islas Arginusas. Ciro volvió a apoyar a Lisandro y, finalmente, este venció a los atenienses en la batalla de Egospótamos, y Esparta se convirtió en la ciudad más influyente de Grecia. Poco después llegaron mensajeros convocando a Ciro para regresar a Susa —concluyó Mardoc su explicación.

Y ahora Ciro estaba en una trampa, ¿intentaría Artajerjes asesinarlo? ¿Acaso mi amigo real tenía planes para derrocar a su hermano? Pensó la amazona. Cuando solo quedaban Mardoc y la amazona en el salón, al terminar el banquete, ella lo interrogó sobre ello.

—Solo Ciro lo sabe, no habla de sus planes con nadie —respondió él mirándola con preocupación—. Pero tal vez a ti te lo cuente, mañana estamos convocados para asistir a su ala en el palacio real para una audiencia.

Después de años, ¿volvería a ver a mi amigo? ¿Habría cambiado? ¿Qué sentiría al verlo? Estas dudas acompañaron a Artemisia durante toda la noche mientras intentaba dormir en una cama demasiado suave para su gusto, hasta que, irritada, extendió un manto en el suelo y se acostó, logrando finalmente caer en un sueño sin sueños.

Al día siguiente, apenas el sol asomó en el horizonte, Artemisia ya estaba despierta, preparándose para el encuentro con Ciro. A pesar de que deseaba usar su armadura, Mardoc la convenció de ponerse una túnica persa roja de largos pliegues con dibujos dorados. Las sirvientas peinaron su cabello en un complicado moño, la moda en la capital.

—Es mejor no llamar la atención — aconsejó su benefactor preocupado.

Al salir del palacio, Ikarnas y sus hermanas, que estaban en el patio haciendo ejercicio, se rieron y se burlaron al verla vestida como una dama persa.

En un carruaje, se dirigieron por las bulliciosas calles de la ciudad y se presentaron en la puerta del palacio real. Mardoc informó al oficial de la guardia que el príncipe Ciro los esperaba. Tras consultar una tablilla de arcilla y verificar los nombres en una lista de visitantes, el soldado les permitió la entrada, no sin antes registrar que no portaran armas.

Otro oficial los escoltó a través de numerosos pasillos hasta el ala residencial donde Ciro estaba hospedado. Artemisia notó que había un número mayor de oficiales y soldados dispersos por el palacio, todos pertenecientes a los “Inmortales”.

Su corazón comenzó a latir con rapidez a medida que se acercaban a un jardín donde el príncipe los recibiría. El soldado persa los dejó en una puerta custodiada por dos enormes

hombres de piel negra que portaban cimitarras en la cintura.

—Estos vienen a tener una audiencia con el príncipe Ciro —avisó el soldado, dándose la vuelta y regresando a su puesto.

Los etíopes, pues esa era su nacionalidad, como explicó Mardoc después, les permitieron entrar. Como todos los jardines persas, aquel estaba lleno de flores y árboles que llenaban el aire con un dulce aroma, y pájaros cantores cantaban en sus jaulas de oro. Al fondo del jardín, sobre una pequeña tarima de madera, Ciro estaba sentado en una silla del mismo material. Un músico tocaba una flauta, emitiendo notas melancólicas, mientras dos bellas sirvientas, vestidas con velos casi traslúcidos que apenas cubrían las curvas de sus cuerpos y rostros, servían frutas y vino extraído de una ánfora.

Al ver a los invitados, Ciro miró a Artemisia durante largos segundos, luego hizo un gesto con la mano y despidió al músico y a las sirvientas. Acercándose junto a Mardoc, Artemisia se arrodilló, doblando una rodilla frente al príncipe.

—Mi rey.

—Mi amiga, no soy rey, ni tengo tal ambición — sonrió él.

—Mi señor —saludó Mardoc, también doblando una rodilla.

—Levántense y caminen conmigo —ordenó el príncipe, levantándose y dirigiéndose por un sendero en el jardín.

Mientras Artemisia se levantaba y lo seguía, lo observó por un instante. Los años lo habían transformado. Había perdido su aire juvenil; su barba era larga y bien cuidada, al igual que su cabello largo, parecía más musculoso y seguro de sí mismo. Su presencia emanaba poder y autoridad.

—Estás maravillosa, amiga mía —afirmó Ciro, observándola también.

—Gracias, mi señor, pero fue Mardoc quien me convenció de usar estos trajes —dijo, sintiéndose incómoda con ellos.

—Te quedan muy bien —sonrió él.

—¿Cómo está vuestro padre? —preguntó la amazona, desviando el tema.

—Débil por la enfermedad, los médicos dicen que su hora de encontrarse con Ahura Mazda está cerca. Ha declarado a mi hermano como sucesor del reino de Persia, y a mí como sátrapa de Lidia y comandante en todas las provincias bajas y marítimas de Asia —respondió con una expresión de pesar.

Durante quince minutos caminaron dando vueltas por el jardín. Ciro le pidió a Artemisia que le contara cómo le había ido con las amazonas, y se mostró extasiado cuando ella le contó que se había convertido en la líder de ellas. A cambio, él le contó sobre su administración y su amistad con el espartano Lisandro. Artemisia ardía de deseo de preguntar cuáles eran sus planes, pero, siguiendo el consejo de Mardoc, se mantuvo paciente.

De repente, un oficial persa entró en el jardín.

—Príncipe Ciro, su presencia es requerida junto al rey —se inclinó en señal de respeto y esperó.

Ciro acercó su rostro al de Artemisia, y ella sintió su suave y amaderado perfume cuando casi rozó sus labios con su oído.

—Soy prisionero en mi propia casa —murmuró en griego y se apartó, siguiendo al oficial persa.

Mardoc y ella se miraron y dejaron el jardín en dirección a la salida. Pero antes de que pudieran llegar, otro oficial los detuvo.

—Mardoc y Artemisia, vuestras presencias son solicitadas por la reina madre —avisó el

oficial, haciendo un gesto para que lo siguieran.

Artemisia no había hablado con la reina desde el encuentro que tuvieron en el jardín, años atrás. Mardoc me había contado que ella seguía intentando controlar el Imperio, pero ahora, con la muerte de Darío, su mayor preocupación era la sucesión y la seguridad de Ciro.

El oficial los condujo a través de varios pasillos hasta que salieron a un amplio atrio y entraron en otra ala del palacio, en la que no vieron soldados de la tropa de los "Inmortales". Tras caminar unos pasos, llegaron a otro jardín, donde el oficial hizo una reverencia y los dejó en el lugar.

Parisátide estaba sentada en un taburete tapizado frente a una mesa con tapa de plata. Varios papiros estaban dispuestos sobre la mesa, así como una ánfora delicadamente trabajada. En su mano, sujetaba una copa de oro y piedras preciosas. El paso de los años estaba disimulado bajo una pesada capa de maquillaje, pero aún conservaba su belleza.

La reina madre observó a sus invitados con una mirada penetrante. Mardoc se inclinó y Artemisia lo imitó, pero sin doblar las rodillas, pues no la consideraba su reina. Con una sonrisa burlona, Parisátide hizo un gesto para que se acercaran.

—Mi reina —saludó Mardoc.

—Señora —la saludó Artemisia. *Ella podría ser reina, pero ahora yo soy la líder de las amazonas cita y no somos sumisas al imperio*, pensó.

—Estás fabulosa con esos ropajes, Artemisia. Me informaron que ahora eres la líder de las amazonas —sonrió.

—Sí, señora —respondió con orgullo.

—¿Cómo fue el encuentro con mi amado hijo?

Mardoc permaneció en silencio, mientras Artemisia dudaba sobre si debía contar que Ciro se consideraba prisionero, aunque sabía del feroz amor que su madre le profesaba.

—Puedes hablar con libertad, en esta ala del palacio quien reina soy yo. Aquí no hay sirvientes escuchando tras las paredes o entre los arbustos —ordenó con una mueca de desprecio.

—El príncipe se considera un prisionero —Artemisia sostuvo la mirada penetrante de la reina.

—Y es cierto. Aunque Darío aún no ha fallecido, Artajerjes ya cuenta con la lealtad de la mayoría de los nobles —explicó, con la mandíbula contraída.

La reina miró a Mardoc y luego volvió a fijar sus ojos en la amazona con intensidad.

—Un día te pregunté qué lado elegirías —afirmó con voz dura— ¿Ya lo has elegido?

—Sí, el príncipe Ciro es mi amigo, a él le debo mi lealtad —*no había dudas al respecto*, pensó.

—Me alegra saberlo —la reina se relajó—. Cuando llegue el momento, ¿podré contar con tu ayuda para salvar la vida de mi amado hijo?

—Sí —respondió de inmediato. *Haré lo que sea necesario para ayudar a mi amigo real*, pensó.

Parisátide interrogó a Mardoc sobre el tiempo que había pasado junto a Ciro en Sardes y a Artemisia sobre su entrenamiento y cuántas amazonas disponía. Cuando se dio por satisfecha, los despidió, advirtiéndoles que permanecieran atentos y confiaran en el oficial que los había escoltado hasta ella. En caso de necesidad, él sería enviado a ellos.

Algunos días después, Darío falleció durante la noche, y los pregoneros recorrieron la ciudad anunciando la muerte del rey. Desde ese día, Artemisia no había vuelto a encontrarse con Ciro ni con la reina.

Como noble, Mardoc debía presentarse en el palacio para rendir homenaje al monarca y

jurar lealtad al nuevo rey, y Artemisia lo acompañó a primera hora de la tarde. Era su oportunidad para encontrar a Ciro y ver cómo se encontraba su situación. Esta vez, la amazona se negó a usar túnicas de la nobleza, por lo que llevaba su coraza y grebas, que brillaban después de haber sido lustradas. Un manto blanco caía sobre sus hombros, pero había dejado sus espadas en la residencia de su benefactor.

Fueron escoltados hasta el salón de audiencias, donde el cuerpo del rey estaba dispuesto en un ataúd abierto sobre una mesa de madera maciza. Vestía una túnica blanca con hilos de oro, su cabello y barba estaban peinados y aceitados, y el maquillaje en su rostro le daba la apariencia de estar simplemente dormido.

Los súbditos se acercaban al cuerpo y se inclinaban en señal de respeto. Luego, se acercaban al estrado donde se encontraba el futuro rey y se inclinaban ante Artajerjes, sentado en el trono.

A su lado, de pie, estaban Parisátide y sus otros hijos: Ciro, Ostanes y Oxatres, todos con túnicas inmaculadamente blancas. Sentada en un trono más bajo, estaba la esposa de Artajerjes, la princesa Estatira, una mujer de profundos ojos castaños, que sonrió a Artemisia con simpatía.

Mardoc había contado que Artajerjes había desposado a Estatira por orden de su padre y su madre, y luego la conservó, en contra de su voluntad e incluso de la prohibición de ellos. El hermano de Estatira, Terituchmes, que sucedió a su padre Hidarnes como sátrapa, se casó con Amastris, hija del rey Darío, pero se enamoró de su media hermana Roxana, que era muy bella y hábil con el arco y la lanza. Terituchmes metió a Amastris en un saco, donde fue asesinada a puñaladas por trescientos cómplices, pues él planeaba una rebelión; sin embargo, la conspiración fue abortada por un tal Udiastes, que atacó y mató a Terituchmes.

Parisátide ordenó la ejecución de toda la familia de Terituchmes: su madre, sus hermanos Mitrostes y Helicus, y sus hermanas, excepto Estatira. Roxana fue destazada mientras aún vivía, y el rey Darío II ordenó el mismo castigo para Estatira, pero Artajerjes, a través de llantos y lamentos, logró controlar la ira de su padre y madre. Darío II perdonó la vida de Estatira a petición de la reina, pero le dijo a Parisátide que algún día se arrepentiría de esa decisión.

Para Artemisia, era sorprendente que alguien como Artajerjes pudiera amar a alguien más que a sí mismo.

Artajerjes miró fijamente a Artemisia con una media sonrisa cuando ella inclinó ligeramente la cabeza para saludarlo.

—Salve, Artajerjes, rey de los persas. Yo, Artemisia, líder de las amazonas citas, te saludo.

De reojo, la amazona se dio cuenta de que Parisátide y Ciro la observaban mientras ella se alejaba con Mardoc, mezclándose con los demás nobles.

Tras varias horas de ceremonia, el cuerpo de Darío fue llevado a otro lugar donde se le prepararía para su último viaje hasta su mausoleo, al amanecer del día siguiente. Artemisia no había tenido la oportunidad de acercarse a Ciro, quien salió con su madre por otra puerta, escoltado por soldados de la guardia real.

La amazona se disponía a partir con Mardoc cuando escuchó una voz desagradable.

—Has quedado aún más bella con el paso de los años.

Volviéndose, Artemisia, que reconoció la voz, encaró a Tisafernes, quien la observaba con sus ojos suinos.

—¿No te cansas de jugar a ser soldado? —afirmó el noble observando el atuendo de la amazona—. Mi cama está vacía, si lo deseas, te tomaré por esposa y todo lo que quieras te lo daré —concluyó, mirando con lascivia y pasando la lengua por sus labios.

—Prefiero morir antes que acostarme contigo —respondió Artemisia con desprecio.

Tisafernes, irritado, se acercó y sujetó el brazo de la joven, pero antes de que Mardoc pudiera intervenir, ella se soltó con un fuerte tirón.

—Vuelve a tocarme y te cortaré las manos —gruñó, mirándolo con furia.

Tisafernes dio un paso atrás, con odio y deseo en la mirada.

—Los días de tu benefactor y de tu amigo Ciro están contados. Después de la coronación de Artajerjes, serás mía —amenazó en voz baja, alejándose tras lanzar una mirada maliciosa a Mardoc.

Mardoc y Artemisia regresaron al palacio preocupados por la amenaza de Tisafernes contra Ciro.

—Mañana, en el cortejo fúnebre, intentaré hablar con la reina y con Ciro —anunció el noble, con aire cansado, mientras comían una ligera cena servida por Enoque. Las amazonas ya se habían retirado, dándoles privacidad.

Artemisia asintió en silencio. Solo después de muchas horas, ya en su habitación, logró dormir, preocupada por la situación de Ciro, temiendo por su vida.

A la mañana siguiente, acompañaron el cortejo fúnebre hasta el mausoleo donde Darío fue enterrado. Artemisia avistó a Ciro y Parisátide a lo lejos, rodeados por soldados de la guardia real. Tras la ceremonia, ella regresó sola al palacio de Mardoc en su carruaje, ya que él intentaría hablar con la reina en el palacio real.

El noble regresó tarde por la noche, con aspecto cansado, y la amazona lo aguardaba despierta en el salón donde se servían las cenas. Cuando él entró, ella lo miró interrogativamente mientras le servía una copa de vino.

—He conseguido hablar con la reina. Tisafernes ha estado intentando convencer a Artajerjes de que Ciro pretende arrebatarle el trono, aunque no lo ha mandado arrestar por falta de pruebas —explicó, dando un gran trago de vino.

—¿Por qué no vuelve a Sardes? —preguntó la amazona—. Allí estaría protegido por sus tropas, o podría pedir ayuda al general Lisandro.

—Mientras Artajerjes no sea coronado en Pasárgada, Ciro no puede regresar a su satrapía —respondió el noble, observando con expresión preocupada el humo aromático que subía del brasero cerca de la mesa donde estaban.

—¿Crees que Artajerjes podría intentar asesinar a Ciro en Pasárgada? —Artemisia dejó entrever su preocupación.

—Si Tisafernes lo convence, creo que sí. Pero la reina tiene influencia en la corte y, junto con Artajerjes, está intentando convencerlo para que permita que Ciro regrese a Sardes —respondió—. Pero prepárate, tal vez tengamos que rescatar al príncipe.

Cómo desearía estar con todas mis amazonas, pero están demasiado lejos. Tendré que esperar a la ceremonia en Pasárgada, pensó Artemisia, observando el humo en espiral que subía del brasero.

Los días pasaron con los preparativos para el cortejo de la coronación. Artemisia e Ikarnas, junto con las otras cuatro amazonas, partieron tres días antes para reconocer el templo y las posibles rutas de escape. La amazona estaba decidida a rescatar a Ciro, con el apoyo incondicional de sus guerreras.

La construcción de la ciudad de Pasárgada había comenzado por orden de Ciro, el Grande, hacía más de cien años. Era una ciudad poblada y vasta. Su lugar más importante era la tumba de Ciro. Artemisia y sus hermanas pasaron por allí; seis anchos escalones conducían al sepulcro de piedra, que tenía una entrada estrecha y baja que estaba sellada. Mardoc les había

contado que en su interior había una cama dorada, una mesa dispuesta con copas y un ataúd dorado, con la siguiente inscripción:

"Extranjero, soy Ciro, quien dio a los persas un Imperio, y fui Rey de Asia.

No guardes rencor por este monumento."

La amazona aprovechó para conocer el templo donde Artajerjes sería coronado rey, ubicado en el interior de la ciudad. Era un edificio rectangular de ladrillos, con cientos de pasos de largo y unos veinte de alto. El acceso al templo era a través de dos grandes puertas dobles de bronce. En su interior, en el atrio central rectangular, se encontraba una estatua de Anahita[67], unos escalones más abajo que los laterales, donde decenas de columnas se elevaban hasta el techo.

La ceremonia tendría lugar frente a la estatua de la diosa, en presencia de toda la corte. Ciro estaría allí, probablemente escoltado por los soldados de la guardia real. La mejor oportunidad para rescatarlo sería en el interior del templo, donde el número de soldados sería menor, pero el problema sería cómo salir con él.

Al revisar el exterior, Artemisia se dio cuenta de que peregrinos de diversas ciudades llegaban a Pasárgada para asistir a la ceremonia, muchos de ellos instalando sus tiendas junto al templo y en los alrededores. Entonces, una idea surgió en su mente: la construcción era de ladrillo cocido, y si lograba hacer una abertura en la parte trasera, podría entrar disfrazada de acólita y salir con Ciro por el mismo camino.

Encontraron una pequeña finca fuera de la ciudad, cuyo propietario alquiló un establo para guardar sus caballos y dormir. Artemisia explicó el plan a Ikarnas, y su hermana se encargó de comprar una tienda grande, que instaló junto a la pared trasera del templo. Silenciosamente, durante la noche, las guerreras comenzaron a cavar una abertura lo suficientemente grande para que Ciro pudiera pasar por ella. Con una moneda de plata compraron seis mantos sacerdotales con capucho. Era la mejor idea que la líder amazona había tenido.

Mardoc llegó la víspera de la ceremonia. Ikarnas había ordenado que una de las amazonas que las acompañaban se quedara en el camino que unía Susa con Pasárgada, esperando su llegada. Al avistarlo, mediante gestos, ya que no sabía hablar persa, la guerrera logró que él la siguiera hasta la finca donde se encontraban.

Se sorprendió cuando Artemisia le contó el plan. Ella ya había comprado otros seis caballos para que pudieran ir alternando durante la huida.

—Tisafernes acusará a Ciro frente a todos —advirtió Mardoc después de escuchar el plan —. Entonces Artajerjes mandará detenerlo.

—Maldito perro —gruñó la amazona—. Si tengo la oportunidad, lo mataré.

—Mantén la calma. El objetivo principal es rescatar a Ciro. Si el plan funciona, dirígete a mi finca en Susa y espera allí —se refería a una gran hacienda donde criaba ovejas y cultivaba trigo.

El noble regresó a la ciudad, ya que debía alojarse con el resto de la corte en el palacio del gobernador. Mientras tanto, Artemisia llevó a sus guerreras hasta la tienda que habían montado en la parte trasera del templo. Inspeccionó la abertura realizada; la pared parecía intacta, pero bastaba con retirar los ladrillos, ya que estaban sueltos, para que pudieran entrar.

A la mañana siguiente, la comitiva real llegó para la ceremonia. Artajerjes, seguido de varios nobles, entre ellos Tisafernes, entró al templo. Artemisia, escondida entre la multitud que vitoreaba al nuevo rey, llevaba un largo manto gris con capucha, que ocultaba su coraza y armas, y observó cómo Ciro entraba escoltado por cinco soldados de la guardia real. Parisátide entró poco después, cubierta con un velo que le tapaba el rostro.

Una vez dentro, una fila doble de unos cien soldados de la guardia real de los "Inmortales" se apostó frente a las puertas de bronce, que se cerraron con un fuerte estruendo, mientras la multitud permanecía a su alrededor, charlando y esperando el final de la ceremonia.

Apresuradamente, Artemisia caminó hasta la tienda en la parte trasera del templo. Los ladrillos seguían en su lugar, pero bastaba con retirarlos, ya que estaban sueltos, para que pudieran entrar.

La amazona cambió su manto gris y, imitando a sus hermanas, se puso uno blanco, cubriéndose la cabeza con la capucha del hábito sacerdotal. Silenciosamente, se deslizaron hacia el interior del templo, después de tomar sus arcos y aljabas de flechas, que colgaron de sus cinturas.

El pasillo por donde entraron estaba oscuro, las numerosas columnas del interior las ocultaban de las miradas curiosas. Esquivando las columnas y avanzando cuidadosamente por las paredes, dieron varios pasos hasta casi llegar a la entrada del templo. Si Ciro fuera detenido, sería por ese camino por donde pasaría, ya que era el único entre las columnas, mientras el atrio central se encontraba lleno de nobles.

Artemisia observó la ceremonia desde detrás de una columna. Siguiendo la tradición, Artajerjes se despojó de sus vestiduras y se puso las ropas que Ciro, el Grande, había usado antes de ser rey. Luego, los sacerdotes le ofrecieron una torta hecha de higos con terebinto, de la cual mordió un pedazo. Después le sirvieron una bebida compuesta de vinagre y leche; al menos, eso fue lo que Mardoc me había dicho que se serviría.

Los sacerdotes lo consagraron rey colocando una corona de oro sobre su cabeza. Al girarse para enfrentar a los nobles, Tisafernes se acercó acompañado de un anciano sacerdote.

—¡Mi rey! —dijo en voz alta—. Este sacerdote es un antiguo maestro y profesor de Ciro en su infancia. Alega que el príncipe le confidenció que sería rey después de asesinar a vuestra alteza aquí en el templo.

Un murmullo de asombro recorrió a los presentes.

—¿Es esto cierto? —preguntó Artajerjes en voz alta.

—Sí, mi rey —respondió el sacerdote, con voz temblorosa, sin atreverse a mirar a Ciro.

—¡Sabes que es mentira! —gritó Parisátide.

—¡Deja que Ciro se exprese, madre! —ordenó Artajerjes.

Ciro miró a su hermano con altivez.

—Sabes que no tramé nada, hermano, y si alguna vez pensara derrocarte del trono, no lo haría a traición, sino cara a cara, lanza a lanza, y no mediante artimañas —respondió con altivez.

—¡Soldados! ¡Lleven a mi hermano de regreso a Susa, donde será juzgado! —ordenó Artajerjes.

Cinco soldados rodearon a Ciro, quien, resignado, los siguió. Artemisia observó desde la distancia cómo los soldados subían el escalón de cuatro peldaños que los llevaba al camino entre las columnas, hacia la salida, directamente hacia ella.

Al salir entre las columnas, las amazonas interceptaron a los soldados, quienes, sorprendidos, tardaron algunos segundos en reaccionar, lo que les costó la derrota.

Con un salto, usando el cabo de su arco, Artemisia asestó un golpe violento en la cabeza del líder de la escolta, haciéndolo caer desmayado. Lo mismo hicieron sus hermanas. No podían matar a todos; ya su crimen era grave suficiente. Por suerte, estaban lo suficientemente lejos de la estatua de la diosa, donde los nobles hablaban en voz alta sobre la prisión de Ciro y Parisátide gritaba de forma estridente, acusando a Tisafernes de poner hermano contra hermano.

Ciro la miró sorprendido. Al reconocerla, sonrió.

—¡Artemisia! ¿Te arriesgas por mí?

—Sí, mi rey —respondió la amazona, inclinando ligeramente la cabeza.

—¿Cómo vamos a huir? —preguntó, aún sonriendo.

—Hay caballos preparados en la parte trasera del templo —hizo un gesto para que lo siguiera.

En compañía de Ciro y sus hermanas, Artemisia corrió entre las columnas del templo. Dos sacerdotes sorprendidos aparecieron frente a ellas, pero Ikarnas, arrojando su cuerpo contra ellos, los derribó, dejándolos inconscientes.

De repente, se oyeron gritos de alarma: los guardias derrotados habían sido encontrados.

Corrieron hacia la abertura que habían hecho en la pared trasera y alcanzaron el exterior de la tienda y la luz del día. Rápidamente se mezclaron con la multitud que aguardaba la consagración del nuevo rey, mientras escuchaban los gritos de alarma de los soldados que rodeaban el templo.

Poco después encontraron a Mardoc, quien los esperaba con los caballos. Había acordado fingir estar enfermo para no asistir a la ceremonia, pero tan pronto como todos se dirigieron al templo, el noble llevó los caballos, que estaban en un establo de la ciudad, al punto de encuentro que habían acordado, cerca de una fuente.

Montando rápidamente, el grupo galopó hasta el lugar donde estaban los caballos de reserva preparados, con Ciro cubierto con un manto sacerdotal con capucha.

Al llegar, Mardoc los orientó a salir de Pasárgada de inmediato.

—Tomen los caballos de reserva y váyanse a mi finca en Susa. Mi administrador ya sabe que llegarán. Volveré junto con Parisátide para ayudarla a convencer a Artajerjes de que Ciro es inocente. Espérenme seis días. Si no aparezco, lleven a Ciro hasta la ciudad de Sardes.

—Gracias, amigo mío, no olvidaré tu ayuda —afirmó el príncipe, colocando ambas manos sobre los hombros del noble.

—¡Ahora váyanse! —ordenó Mardoc.

Partieron al galope, llevando los caballos de reserva por las riendas, dejando Pasárgada atrás antes de que comenzaran las búsquedas.

Ahora, Artemisia, Ciro y sus hermanas eran fugitivos de la ira del rey de todo el Imperio Persa.

CAPÍTULO 19

El grupo llegó a la finca de Mardoc cuando la noche apenas comenzaba, dos días después de partir de Pasárgada, viajando durante la noche por senderos y campos, evitando el camino principal que conducía a Susa. El administrador del lugar, un antiguo cliente del noble, los esperaba ansioso, ya que había sido advertido de que llegarían en cualquier momento.

Entraron rápidamente en el interior de la residencia, una sólida casa de piedra, y se dirigieron a un salón donde se servían las cenas. El lugar resultaba acogedor, con un gran brasero en el centro que calentaba e iluminaba el espacio; a la derecha había una amplia mesa rodeada de taburetes de madera, y sobre ella varios candiles de barro dispersaban una luz tenue por todo el ambiente.

—Mi señor —dijo el administrador inclinándose ante Ciro—. Mardoc pidió que vuestra alteza no salga de la residencia; los sirvientes que trabajan aquí no deben saber de vuestra presencia.

—Así será —respondió el príncipe, quitándose el manto sacerdotal cubierto de polvo.

—Mi señora, lo mismo se aplica a vos y a vuestras guerreras. Yo mismo llevaré los caballos al establo, y mi esposa se encargará de atender vuestras necesidades —añadió, señalando a una mujer morena de mediana edad, que llevaba el cabello cubierto con un velo negro.

—Serviré la cena. Por favor, tomen asiento —les invitó la mujer, haciendo una reverencia.

Mientras el administrador salía para guardar los caballos, la mujer entró en otra habitación, que, por el sonido de las ollas y el delicioso aroma de un guiso, parecía ser la cocina.

El grupo había cabalgado sin descanso, comiendo solo frutas mientras galopaban y haciendo breves pausas para que los caballos descansaran. Ciro, que no estaba tan acostumbrado como las amazonas a cabalgar durante horas, fue quien más sufrió, pero no se quejó ni un solo momento. Artemisia lo observaba mientras sus hermanas se dispersaban por la sala; el príncipe, aunque tenía un aire cansado, parecía de buen humor y le sonrió a la amazona.

—Parece que os debo la vida, amiga mía.

—Es mi deber, señor —respondió la joven, devolviéndole la sonrisa.

La esposa del administrador los interrumpió, entrando con una gran fuente de carne que colocó sobre la mesa; luego regresó a la cocina para traer copas y platos de barro, además de una jarra de cerveza y pan.

—Voy a preparar el baño para vuestra alteza, que descansará en nuestra humilde habitación —le dijo a Ciro—. Las señoras dormirán aquí en la sala, pero también prepararé un baño en la habitación de al lado —concluyó, señalando una pequeña puerta en un lateral del salón que conducía a otro cuarto, y luego salió.

Todos estaban hambrientos y comieron con buen apetito y en silencio. Al terminar, Ciro pidió permiso y se fue a bañar. Artemisia aprovechó para ordenar a Ikarnas y a las demás que también se bañaran y luego estableció turnos de vigilancia junto a la ventana, para observar si alguien se acercaba. Ella misma se quedó de centinela hasta que sus hermanas terminaron el baño.

Cuando llegó el turno de Artemisia, entró en el pequeño cuarto sin ventanas y, tras quitarse el polvo del cuerpo bañándose en una tina de madera con agua caliente, se puso una túnica de repuesto que llevaba en su equipaje. Colocó el arco y el carcaj de flechas en su espalda y se ciñó las espadas a la cintura, sujetándolas con un cinturón de cuero que cruzaba su pecho, y regresó al salón. Ella haría el primer turno de vigilancia de la noche.

El administrador, que había cuidado de los animales, se despidió deseando buenos sueños a todos y se retiró con su esposa a un rincón de la espaciosa cocina. Además del salón donde se servían las cenas y la cocina, la casa tenía otra habitación que servía de dormitorio para la pareja, al que se accedía por una escalera de madera en el segundo piso. Junto a la sala de comidas, había un espacio que servía de almacén y donde las amazonas se habían bañado. La casa tenía una puerta en el fondo de la cocina y la principal por donde habían entrado.

Mientras sus hermanas se acostaban para descansar, Ciro bajó del cuarto donde se había bañado, vistiendo una túnica rústica del administrador, ya que sus ropas reales estaban cubiertas de polvo de la travesía y las habían escondido. Artemisia se levantó del lugar donde estaba sentada junto a la ventana al verlo entrar; el príncipe sonrió, estirando los brazos y mostrando la ropa que llevaba puesta.

—Incluso con esas ropas de campesino, aún pareces un rey —dijo la amazona sonriendo, pues el cabello y la barba bien cuidados del príncipe contrastaban con el gris de la vestimenta del administrador.

—Y tú pareces la diosa de la caza Artemisa, a quien los griegos veneran —respondió él con una sonrisa.

Artemisia sintió que sus mejillas se encendían ante el cumplido, y para disimular miró por la rendija de la ventana hacia el exterior de la casa; la luna llena iluminaba el terreno, lo que facilitaría ver si alguien se acercaba. Al volverse, Ciro estaba a su lado, y a pesar del baño, ella todavía percibía el aroma del príncipe, una fragancia que recordaba a madera y limón.

—Estoy feliz de que hayas logrado tu objetivo y agradecido porque me hayas salvado; te debo la vida —afirmó él con voz suave.

—Solo cumplí con mi deber como una súbdita leal —respondió Artemisia, ruborizándose de nuevo.

—Estás aún más hermosa con el paso de los años, Artemisia —la elogió, tocando con los dedos un mechón de su cabello que se había soltado de la trenza.

Involuntariamente, ella retiró la cabeza y se sonrojó intensamente; a pesar de los años transcurridos, Artemisia aún no soportaba que alguien la tocara, era algo instintivo que no podía evitar.

—Perdóname, señor —se disculpó, incómoda.

—No tienes nada que disculpar —respondió Ciro, alejándose un poco para mirar por la ventana.

No entiendo mis sentimientos; me gusta Ciro, y en su presencia me siento tranquila y protegida, pero no sé definir lo que siento por él, pensó, recordando que en sus años de entrenamiento con las amazonas había visto a muchas mujeres abandonar la hermandad guerrera. Cuando les preguntaba, decían que se habían rendido a los misterios de Afrodita, que estaban enamoradas. Después de casarse, observaba sus rostros felices, pero ella no podía imaginarse al lado de un hombre, aunque a veces soñaba con el joven de su visión. El sexo no estaba prohibido para las amazonas, pero ellas lo hacían solo para satisfacer su propia voluntad, generalmente después de largas campañas o batallas.

Le enseñaron que no debía haber sentimiento en el sexo, pues, de ser así, debían casarse y

abandonar la hermandad. Algunas guerreras eran tan estrictas en sus creencias que jamás se acostaban con hombres; esas se convertían en ancianas del consejo de las amazonas.

En sus años como guerrera, Artemisia había tenido varias oportunidades de acostarse con hombres; muchos eran pretendientes atractivos, incluso señores tribales que deseaban convertirla en reina o en la esposa de sus herederos, pero la amazona nunca quiso tal destino.

Después de sangrientas batallas, cuando celebraban la victoria y la vida, observaba a sus compañeras buscando hombres para disfrutar de un momento de placer, mientras ella se mantenía aparte, rechazando a cualquier pretendiente. Eso no le molestaba, y le gustaba estar sola con sus pensamientos. Pero a veces, en sus momentos de silencio y soledad, se encontraba pensando en Ciro y en lo que podrían haber llegado a ser si no hubiera partido de Susa.

—Nadie puede servir a dos amos —afirmaba Himosia cuando explicaba la filosofía de las amazonas—. O servimos a Ares, señor de la guerra, o nos rendimos a los misterios de Afrodita, la diosa del amor.

Artemisia nunca había querido experimentar los placeres del sexo, no después de la forma violenta en que perdió su inocencia, pero con Ciro era diferente. Sentía algo por él que no sabía explicar; su presencia perturbaba la frágil paz que había conseguido para su espíritu.

El príncipe, al notar el cambio en el ánimo de la amazona, cambió de tema, contándole lo que había ocurrido en los años en que ella estuvo con las amazonas. Le habló sobre la administración de su satrapía y cómo había ganado la lealtad de sus súbditos mediante una gestión justa. Avergonzado, le relató la amistad que había forjado con Lisandro, el general espartano, y cómo lo había apoyado para vencer a Atenas en la guerra. A su vez, Artemisia le habló de su entrenamiento y las costumbres de los escitas, de su primera batalla y de la mezcla de miedo y emoción que había sentido.

Fueron interrumpidos por Ikarnas, que se había levantado para tomar su lugar como centinela. De común acuerdo, Ciro regresó a su aposento mientras Artemisia se acostaba junto a sus hermanas, con las armas a su lado, listas para ser empuñadas, aunque tardó en dormir, con sus pensamientos y sentimientos en conflicto.

Esperaron a Mardoc, quien llegó solo tres días después, por la mañana, mientras el administrador y su esposa cuidaban de los campos y las amazonas descansaban. Con una sonrisa, el noble abrazó y besó las mejillas de su hija adoptiva y se inclinó ante Ciro.

—Tu madre convenció a tu hermano y él retiró la orden de arresto, confirmando el deseo de tu padre de que sigas siendo sátrapa de Lidia, Frigia y Capadocia —explicó Mardoc con aire preocupado—. Pero ella me recomendó que partas de inmediato.

—¿Y Tisafernes? —preguntó Ciro con curiosidad.

—Seguirá siendo sátrapa de Caria —Mardoc apretó la mandíbula.

—¿Cómo lo logró mi madre? —Ciro frunció el ceño, extrañado por la buena suerte.

—No fue fácil. Suplicó, lloró e incluso amenazó con suicidarse en la sala del trono si Artajerjes no retrocedía. En presencia de Estatira, le lanzó en cara a la nueva reina que solo seguía viva gracias a su intervención, que Darío quería asesinarla, como hizo con sus hermanos. Finalmente, con la ayuda de Estatira, el rey retiró su orden, pero desea que partas inmediatamente y espera que le sean enviados los tributos de las ciudades jonias —explicó, entregándole dos pergaminos sellados a Ciro.

Ciro abrió uno de los pergaminos y leyó su contenido.

—Una orden real de mi hermano confirmando la voluntad de mi padre —sonrió.

Luego abrió el segundo pergamino y su semblante cambió. Apretando la mandíbula, se lo entregó a Mardoc para que lo leyera en voz alta.

“Mi amado hijo:

Con mucho esfuerzo he conseguido convencer a tu hermano de que te permita partir.

Parte lo más pronto posible. Tisafernes sigue envenenando el alma de tu hermano, afirmando que deseas el trono.

Tu hermano tiene un espíritu débil y oscila entre mis súplicas y la insistencia de Tisafernes de que debes ser eliminado, pues siempre serás una amenaza.

Mis espías informaron que Tisafernes partió de vuelta a Caria con órdenes de provocarte y entrar en guerra contra ti, para que así puedas ser acusado de traición ante la corte.

Sé que nunca has deseado el trono, pero tu hermano no posee lo necesario para gobernar; castiga a los siervos leales y recompensa a los desleales, no tiene tu grandeza y valentía. Si has de luchar, hazlo no solo para defenderte, sino para tomar lo que es tuyo por derecho: el trono de Persia.

Tu madre, que te ama profundamente,

Parisátide”

Mardoc terminó y enrolló el pergamino, devolviéndoselo a Ciro.

—Por eso ella me recomendó que te marcharas —constató Mardoc.

—Entonces partamos hoy mismo —decidió Ciro, resuelto.

—Nuestros caballos están descansados —respondió rápidamente Artemisia—. Podemos partir al anochecer y evitar la ruta real.

—Solo necesito llegar a Nínive; allí tengo un hombre de confianza y soldados leales —respondió el príncipe, reflexionando sobre el asunto.

—Tu madre me pidió que te trajera dinero —informó Mardoc, sacando una bolsa de cuero de los pliegues de su túnica—. Hay suficiente para el viaje.

Artemisia llamó a Ikarnas y a las demás, ordenándoles que se prepararan y recogieran provisiones en la cocina de la casa.

En ese momento, oyeron el sonido de caballos acercándose. Corrieron hacia la ventana y vieron a unos treinta jinetes que se aproximaban a la residencia, vestidos con pieles y armados con espadas y pequeños escudos.

—¿Bandidos? —preguntó Ciro.

—Asesinos —gruñó Mardoc—. Me deben haber seguido; perdóname, majestad.

Artemisia no necesitó dar órdenes, y cuatro guerreras subieron al cuarto del piso superior y, saliendo por la ventana, se colocaron en el tejado. La líder de las amazonas abrió la ventana y, con Ikarnas a su lado, tras coger los arcos y aljabas, se prepararon. Artemisia apuntó una flecha, tensando la cuerda hasta que la pluma de la flecha rozó su rostro. Calculando la velocidad del primer jinete y apuntando con precisión, soltó la flecha que voló hacia él, alcanzándolo en el pecho y haciéndolo caer al suelo.

En ese momento, Ikarnas, a su lado, y las demás en el tejado dispararon sus flechas; los jinetes caían al suelo, sus monturas galopaban sin rumbo, entorpeciendo el avance de los demás.

—¡Dame una espada! No moriré sin luchar —pidió Ciro, extendiendo la mano hacia la amazona, quien le entregó una de sus espadas mientras Ikarnas le entregaba otra a Mardoc.

Los asesinos, bajo la lluvia de flechas, desmontaron y, sacando grandes escudos rectangulares de mimbre de sus monturas, se protegieron y avanzaron lentamente.

—Cuento veinte de ellos —gritó una de las amazonas desde el tejado.

Veinte contra ocho, considerando que Mardoc no tenía habilidades de guerrero. Artemisia lo calculó mentalmente.

Los asesinos se acercaban con los escudos llenos de flechas.

—¡Vamos a atacarlos antes de que entren en la casa! —gritó Artemisia en escita.

Ciro la miró interrogante; su rostro no mostraba miedo, solo determinación.

—Alteza, Mardoc, quédense aquí dentro —ordenó la líder de las amazonas, preocupada por la seguridad de ambos, mientras hacía una señal a Ikarnas.

Con un salto, ambas saltaron por la ventana y corrieron hacia los asesinos, lanzando gritos guturales. Las amazonas en el techo lanzaron otra descarga de flechas, obligando a los asesinos a refugiarse tras sus escudos.

Artemisia, disparando su arco sin pausa contra el escudo de uno de ellos para mantenerlo cubierto, corrió hacia él. Al acercarse, soltó el arco y sacó su espada. Con un salto hacia adelante y hacia un lado, clavó la hoja por encima del borde del escudo de su adversario, perforando su cuello expuesto.

Artemisia no perdió tiempo en comprobar si el hombre había muerto y pronto estaba encima de otro, quien, al verla acercarse, salió de detrás de su escudo con una espada en la mano, pero la amazona le atravesó la boca con la espada, sintiendo cómo partía los dientes y se hundía en la carne blanda de su enemigo, sin darle tiempo a reaccionar.

Oyendo a las guerreras correr detrás de ella con gritos guturales, Artemisia vio cómo los asesinos dejaban caer los escudos y, con espadas en mano, se preparaban para enfrentarlas. Artemisia miró rápidamente hacia un lado; Ikarnas, tras matar a dos asesinos, luchaba contra un hombre alto, armado con un hacha.

Dos asesinos corrieron hacia Artemisia lanzando golpes con sus espadas. Ella se defendió con su hoja de un ataque dirigido a su cabeza mientras esquivaba el ataque del segundo asesino y, con un movimiento circular, la amazona cortó las costillas del primero, que cayó al suelo gritando. Luego, se giró hacia el segundo, lanzando una serie de golpes. El hombre estaba bien entrenado, pues bloqueaba los ataques de la amazona y contraatacaba.

De repente, Artemisia escuchó un grito a sus espaldas.

— ¡Artemisia, cuidado! —gritó Ciro.

De reojo, ella vio que el príncipe se había lanzado contra un asesino que intentaba atacarla por la espalda, entrando en combate con él. Artemisia se concentró en su atacante, quien avanzaba con un golpe dirigido a su cabeza; con un salto hacia un lado, le permitió golpear el vacío y le apuñaló en las costillas, hundiendo la espada hasta la empuñadura. Luego, la retiró con una torsión, rompiendo los huesos, que quedaron expuestos al sacar la hoja. Su adversario cayó al suelo con un grito de dolor, y ella le atravesó el cuello con un golpe certero.

Artemisia miró a su alrededor: no quedaban asesinos vivos.

Ciro parecía estar bien, respirando para recuperar el aliento. El asesino al que había atacado yacía muerto a sus pies. Artemisia contó a sus hermanas; Ikarnas estaba bien, aunque tenía un leve corte en el brazo que sangraba, pero una de las amazonas estaba caída en el suelo. Artemisia corrió hacia ella; era Epiana, una amazona de treinta años, cuyo pecho subía y bajaba dificultosamente debido a una herida de la que brotaba abundante sangre. Artemisia miró a Ikarnas, quien negó con la cabeza.

—Mi líder, mi muerte ha sido honorable, dame un funeral digno —murmuró Epiana y exhaló su último aliento.

—Ve en paz, que cabalgues por los Campos Elíseos —murmuró Artemisia, citando el lugar al que iban los guerreros caídos en combate.

—¡Artemisia! —gritó Ciro.

La amazona miró hacia atrás; el príncipe estaba arrodillado con Mardoc en sus brazos.

Padre mío, por los dioses, ¡no! —pensó, mientras corría hacia él.

Mardoc tenía los ojos abiertos; a su lado, yacía un asesino con el cuello cortado. El noble sonrió cuando la joven se arrodilló y tocó su rostro con la punta de los dedos; él sujetaba su vientre, intentando sostener con las manos los órganos eviscerados que escapaban de su cuerpo. La sangre manaba de su herida, y un hedor de excrementos emanaba del intestino cortado.

—Padre mío —murmuró Artemisia—. ¡Viejo necio! Te dije que te quedaras dentro de la casa.

—Hija mía, no podía abandonarte… al menos logré matar a uno —dijo con voz entrecortada, intentando sonreír a pesar del rictus de dolor.

Con lágrimas que se deslizaban por su rostro, Artemisia acarició la cara del hombre a quien amaba como a un padre. Ella había visto heridas así antes y sabía que no había nada que pudiera hacer; su muerte sería lenta y dolorosa.

—Debes marcharte con Ciro… reconocí a uno de esos hombres. Ayer, cuando estuve con la reina en el palacio, lo vi conversando con Tisafernes y con otro hombre de aspecto feroz —susurró, cerrando los ojos por un momento—. La reina sospechaba que eran asesinos.

—Maldito perro traidor —murmuró Ciro junto a la amazona, apretando la mandíbula.

—No puedo dejarte, padre mío —respondió Artemisia, sintiendo cómo las lágrimas resbalaban por su rostro mientras acariciaba los cabellos de Mardoc.

—Hija mía, ¿por qué el destino no me permitió envejecer para que algún día me dieras nietos con los que pudiera jugar? —murmuró, sonriendo mientras abría los ojos.

Artemisia besó la frente de Mardoc, humedeciéndola con sus lágrimas, sin saber qué decir para confortarlo.

—Ahora vete y cumple tu destino. Antes, te lo imploro, dame el alivio de la muerte. No la temo; siempre he seguido los preceptos de Ahura Mazda —pidió Mardoc, mirándola fijamente.

Artemisia asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. Ikarnas se arrodilló junto a ella y sacó su largo puñal, que llevaba atado a la cintura. Pero, antes de que acercara la hoja al corazón de Mardoc, Artemisia tomó su mano.

—Debo hacerlo yo —afirmó la amazona, tomando el arma de su amiga.

Mardoc sonrió una vez más mientras Artemisia colocaba el puñal en su pecho. Ella lo miró indecisa. *¿Cómo puedo matar al hombre que me salvó? Al que me amó sin interés, como si fuera su hija, y a quien yo amo y considero como a un segundo padre.*

—¡Hazlo! —ordenó Mardoc, cerrando los ojos con una mueca de dolor, intentando mantener la voz firme.

Uno de los asesinos que las atacara fue encontrado aún con vida, herido por un corte en el brazo. Él las miraba asustado, custodiado por dos amazonas y con las manos atadas con una cuerda.

Lanzando un grito que provenía del fondo de su alma, Artemisia, sosteniendo el puñal con ambas manos, lo alzó por encima de su cabeza y lo hundió en el pecho de su padre adoptivo, atravesando su corazón y sintiendo la hoja penetrar en el suelo.

Con un suspiro, Mardoc —su benefactor, su amigo, su padre— abandonó el mundo de los mortales, mientras lágrimas rodaban por los ojos cerrados de la amazona.

Ciro le tocó el hombro con suavidad, y ella abrió los ojos, encontrándose con su mirada triste y pesarosa.

—Debemos partir; podrían venir otros —advirtió el príncipe con aire compungido.

Artemisia asintió. En ese momento, el administrador de la finca, su esposa y varios

sirvientes se acercaron, atemorizados. Ella ordenó que su benefactor fuera llevado a Susa para que Enoque se encargara de los ritos fúnebres necesarios, y pidió que se construyera una pira funeraria para cremar a su hermana caída en combate.

Los sirvientes reunieron suficiente leña y prepararon una pira lejos de la casa principal. Mientras tanto, Ikarnas organizaba la partida y preparaba los caballos. Una carreta, con el administrador al mando, se dispuso a partir hacia Susa, llevando a Mardoc envuelto en lienzos de lino en su interior.

—Dile a Enoque que Ciro fue atacado y que Mardoc murió defendiéndolo —indicó la amazona.

—Así lo haré, mi señora —respondió el administrador, con lágrimas en los ojos.

La amazona se acercó al cuerpo de su benefactor envuelto en lino y lo besó en la frente, a través de la tela.

—Adiós, padre mío —murmuró, conteniendo las lágrimas.

Al ver la carreta alejarse, Artemisia sintió un dolor desgarrador en el corazón. Amaba a Mardoc como a un padre; en el momento que más lo necesitó, él apareció, como enviado por los dioses, y la socorrió y ayudó en su recuperación. Su bondad con ella y con todos los que lo conocían demostraba cuán noble era de espíritu.

Con pasos firmes, la amazona se dirigió hacia la pira funeraria. Epiana estaba envuelta en lienzos, y su cuerpo y la leña habían sido rociados con aceite inflamable. Ikarnas sostenía una antorcha encendida, mientras las demás guerreras cantaban en cita una triste melodía sobre la vida y la muerte de las amazonas.

Ciro aguardaba al lado, con las monturas listas para partir, junto a la esposa del administrador y algunos sirvientes. Ikarnas le había indicado que, después de que la pira se consumiera, los huesos de la amazona debían ser triturados hasta convertirse en cenizas, las cuales debían ser lanzadas al viento.

Una de las amazonas empujó brutalmente al asesino hasta el borde de la pira, haciéndolo arrodillarse. Artemisia lo miró con odio; no necesitaba interrogarlo, sabía quién lo había enviado. Se colocó detrás de él, desenvainando su puñal y le agarró el cabello, exponiéndole la garganta mientras el hombre balbuceaba algunas palabras ininteligibles, con los ojos desorbitados de terror.

— ¡Ares Homicida! ¡Dios de la guerra que se regocija en la sangre de los enemigos y el estruendo de las batallas, acepta esta ofrenda! ¡Recibe a nuestra hermana entre tus guerreros! —gritó Artemisia en cita, y con movimientos rápidos y violentos cortó la cabeza del asesino, lanzándola lejos. Con un empujón, hizo que el cuerpo cayera frente a la pira, su sangre salpicando y empapando la madera impregnada de aceite.

Ikarnas le entregó la antorcha, y con una oración silenciosa, Artemisia la acercó a la leña. Las llamas estallaron, incendiando la pira, y ella se apartó por el calor, uniéndose al cántico fúnebre de sus hermanas.

De reojo, la amazona notó que Ciro la observaba atentamente. *¿Qué estaría pensando al ver mi lado más salvaje? Salí de Susa años atrás como una adolescente inocente; mis años con las amazonas me habían hecho tan dura y fría como mis enemigos, y mis manos estaban manchadas con la sangre de incontables guerreros*.

Mientras el cuerpo de la amazona ardía y el olor a carne quemada hería las fosas nasales de Artemisia, y el calor de la pira secaba las lágrimas en sus ojos, un presentimiento de que esta no sería su última pérdida la embargó. *¿Cuántas más morirán? ¡Maldito seas, Tisafernes! ¡Que las Erinias*[68] *me concedan venganza!*

CAPÍTULO 20

Partieron de la propiedad rural con monturas adicionales y provisiones suficientes para una semana, compuestas de carne conservada en sal, higos, pasas y varios odres de piel con vino y cerveza, que llevaban en los caballos de carga, dejando atrás la pira funeraria de la amazona fallecida, que aún ardía, elevando su humo hacia los cielos.

Durante horas galoparon procurando mantenerse lejos del camino real.

Al amanecer, buscaron un bosque o algún lugar apartado de las miradas de curiosos para descansar durante el día. No sabían si enviarían otros asesinos o si Artajerjes cambiaría de opinión nuevamente y mandaría tropas leales para cazar y apresar a Ciro.

Después de la pérdida de Mardoc y de su hermana, Artemisia se sumió en un profundo mutismo. A pesar de los intentos de su amigo real por conversar, ella se aislaba, alegando cansancio, aunque en realidad sólo deseaba estar sola con su dolor.

La pérdida de una hermana amazona era aceptable; no era la primera vez que presenciaba algo así. Se consideraba un destino noble morir en combate. Pero la pérdida de su benefactor la había conmovido profundamente. Viejos recuerdos enterrados afloraron de nuevo en su mente: recuerdos de su padre, madre y hermano, recuerdos de la violencia que sufrió a manos de los soldados que destrozaron su vida, y, sobre todo, del cruel semblante del primero que la ultrajó, quien parecía ser el líder de la turba.

Estos amargos recuerdos ahora se entrelazaban con las memorias de Mardoc, su amabilidad y el amor paternal que le ofreció, el año que pasó en la corte bajo su cuidado y orientación, su lealtad hacia Ciro, quizás influenciada por Artemisia.

Su muerte es mi culpa; si no se hubiera involucrado en esta disputa para ayudarme, tal vez aún estaría vivo. Pensaba en ello durante las pausas para descansar, apartándose y evitando el contacto con Ciro.

Durante días cabalgaron hasta que, considerando que estaban lo suficientemente lejos de Susa y sin señales de estar siendo perseguidos, decidieron volver a viajar durante el día, dejando las noches para descansar. Sin embargo, por precaución, evitaban entrar en ciudades u hospedarse en posadas.

Finalmente, se acercaron a la ciudad de Nínive, pero como la noche ya había avanzado, optaron por pasar la noche en un pequeño conjunto de piedras y ladrillos de una antigua fortaleza. A lo lejos, podían ver las luces de las antorchas brillando sobre las murallas.

Nínive era una ciudad situada en una importante encrucijada de rutas comerciales que cruzaban el río Tigris. A pesar de su importancia, la ciudad llevaba décadas en decadencia. Mientras las amazonas preparaban una hoguera, Artemisia observaba a Ciro explicando a las demás que fue Senaquerib, antiguo rey del Imperio Asirio, quien hizo de Nínive una ciudad magnífica, doscientos años antes. Él diseñó calles y barrios, y construyó un enorme palacio, además de una extensa muralla de ladrillos de barro que rodeaba la ciudad.

—En su interior aún quedan enormes esculturas y paneles en bajo relieve que representan escenas de batallas, empalamientos y soldados de Senaquerib desfilando los despojos de guerra ante él, pero como todo en la vida, la grandeza de Nínive fue efímera, y hace unos doscientos años, el Imperio Asirio fue atacado por los medos, que se aliaron con los caldeos y susianos, y lo destruyeron, arrasando la ciudad hasta los cimientos. Lo que ven ahora es una pálida sombra de lo que fue una ciudad magnífica —explicó, mirando a Artemisia de reojo.

Las amazonas terminaban de preparar una ligera cena, mientras Artemisia, apostada en lo alto de la antigua torre, observaba la ciudad a lo lejos, atenta a cualquier aproximación. La luna, aunque no estaba llena, esparcía su luz por toda la llanura, reflejándose en las aguas del río Tigris. De repente, percibió un sonido de piedras rodando y, al volverse, vio a Ciro subiendo entre los escombros hacia ella, llevando un pequeño cuenco con carne asada.

—Debes comer —le pidió el príncipe, entregándole el plato a la amazona.

Colocándose a su lado, él observaba la ciudad a lo lejos, mientras ella mordisqueaba un pequeño trozo de carne, aparentemente sin apetito una vez más.

—La vida humana es breve; hoy caminamos bajo el sol, mañana la huella de nuestros pasos habrá desaparecido como si el viento los hubiera barrido. Lo que importa a los ojos de los dioses son nuestras acciones, y Mardoc siempre siguió el camino del bien —dijo Ciro con voz suave.

Artemisia se quedó en silencio, deseando poder llorar una vez más por su pérdida y dolor. Ciro se giró hacia ella y la tomó en sus brazos. Esta vez, la amazona no reaccionó, y se acomodó en su pecho, dejando que las lágrimas silenciosas resbalaran por su rostro. Después de días en el camino, podía sentir su verdadero aroma natural, una fragancia agradable y almizclada.

Ciro tocó suavemente el rostro de la amazona, secando sus lágrimas, levantó su rostro hacia el suyo y la miró fijamente. Esta vez, Artemisia no se apartó del contacto físico. Su corazón latía con fuerza en su pecho, cansada de ser fuerte, se sentía frágil, y en los brazos de aquel hombre se sentía protegida. Los labios de la pareja se acercaron y la amazona cerró los ojos, sintiendo el cálido beso. Entreabrió los labios y permitió que la lengua del príncipe explorara su boca, correspondiendo al beso y abrazándolo por el cuello.

Es la primera vez que beso a alguien, pensó.

El príncipe la apretó contra su cuerpo musculoso, con una mano en la nuca de la amazona y en sus cabellos, y la otra sujetándola por la cintura. Artemisia sintió su virilidad contra ella y pensó que conocería los misterios de Afrodita, pero su cuerpo no reaccionó al toque. Sentía un gran cariño por Ciro, pero no el deseo arrebatador que tantas veces había oído contar a otras mujeres.

Ciro lo notó y se apartó con una sonrisa triste, a lo que Artemisia le respondió con una sonrisa.

—Al menos ya no tendremos dudas sobre nuestros sentimientos —dijo Ciro, con tono resignado.

—Perdóname, mi amigo. Te quiero, pero no de la forma en que una mujer debería amar a un hombre. Tal vez mi destino sea convertirme en una anciana escita y nunca acostarme con un hombre para conocer los misterios de la diosa —la amazona se sonrojó.

—Rezaré a Anahita para que puedas conocer el amor —dijo él suavemente—. Y me conformo con tu amistad y lealtad.

Artemisia agradeció sonriendo mientras Ciro descendía los escombros hacia la fogata. Ella lo observó saltando ágilmente sobre las piedras. Le gustaría haber sentido por él algo más que simple amistad o amor fraternal, pero no lo sentía. Era leal a él y nunca lo traicionaría, pero su corazón seguiría sin conocer el amor.

Al día siguiente, entraron en la ciudad de Nínive, que, a pesar de su decadencia, aún era magnífica. Aun con sus estatuas y relieves faltando trozos, partes de las murallas rotas y jardines mal conservados, seguía siendo un punto comercial en la ruta entre Oriente y Occidente. Sus calles estaban llenas de moradores y comerciantes de toda la región y del mundo, que venían a negociar con las caravanas que utilizaban el lugar como punto de abastecimiento.

Ciro, que aparentemente conocía la ciudad, los guió por una infinidad de calles y callejones hasta que llegaron a una casa de ladrillos en pésimo estado de conservación, en el lado oriental. Tras golpear la puerta cuatro veces, una rendija se abrió y un hombre de unos treinta años, con apariencia feroz y una larga barba negra, asomó su rostro y los observó. El príncipe real retiró la capucha que le cubría el rostro y sonrió.

El hombre abrió los ojos sorprendido y, de inmediato, abrió la puerta, dejándolos entrar a una gran sala iluminada por candiles de barro. En el interior había varios taburetes de madera esparcidos por una gran mesa de madera en el centro de la habitación, con platos de carne, vegetales, pan y ánforas de barro dispuestos sobre ella. Sentados en los taburetes, varios rostros barbados miraban a los visitantes de manera amenazante, con las manos sobre las empuñaduras de las espadas atadas a sus cinturas.

—¡Por Mitra! —exclamó un hombre de unos treinta años, con una larga melena negra ondulada y una barba de la misma longitud y color.

Ciro sonrió, y el hombre se inclinó profundamente.

—¡Mi señor! —exclamó, mientras los demás hombres dentro de la sala, torpemente, se levantaban y se inclinaban.

—Este es Artapates —presentó Ciro, haciendo que el hombre se levantara—. Un leal amigo.

Artapates, un hombre fuerte y musculoso, sonrió mientras se levantaba.

—Esta es Artemisia, líder de las amazonas escitas. Gracias a ella estoy vivo —presentó a la amazona con una sonrisa.

—Tienes mi eterna gratitud y amistad —dijo Artapates, haciendo una reverencia.

Artemisia correspondió al saludo con una ligera inclinación. Mientras tanto, Ikarnas y sus compañeras observaban en silencio la mirada sorprendida de los hombres en la sala.

—Artapates es mi general más fiel. Es el encargado de mi servicio de inteligencia y de mi seguridad —explicó el príncipe, sentándose en un taburete.

Artapates sonrió, invitando a Artemisia y a las demás a sentarse, comer y beber. Luego ordenó que los hombres salieran de la sala y se prepararan para viajar.

—Recibí información de tu madre sobre lo sucedido en Susa y Pasárgada, y te esperaba con ansias —explicó el general, sirviendo jarras con cerveza que extrajo de una de las ánforas, después de que sus hombres salieran de la sala.

—Tisafernes envenenó la mente de mi hermano, y, por lo visto, no se detendrá hasta verme preso y ejecutado —Ciro apretó la mandíbula.

—Debemos partir hacia Sardes de inmediato y prepararnos, mi señor. Mis informantes dicen que ha comenzado una movilización de tropas en la satrapía de Caria —aconsejó el general, tomando un trago de su jarra.

—¿Qué me sugieres, Artemisia? —Ciro se volvió hacia la amazona.

Ella no necesitó meditar para responder; conocía a Ciro, a su hermano y a Tisafernes, y para ella la situación estaba clara.

—Debes partir y movilizar tus fuerzas, mi rey —sugirió, enfatizando la palabra *rey*—. Yo partiré hacia la Escitia para intentar convencer a nuestro rey de aliarse con Su Alteza. Si no acepta, iré hasta usted en Sardes con mis amazonas para servirlo.

Los ojos de Ciro brillaron por un momento antes de responder.

—Que así sea. No tenía intención de convertirme en rey, pero si no hay otra opción, que Ahura Mazda y Mitra iluminen nuestros caminos —decidió, sonriendo.

Cuando llegó el crepúsculo, en compañía de Ciro, Artapates y treinta hombres de su

guardia personal partieron de Nínive. Trotaron por el camino durante un tiempo hasta que llegaron a una bifurcación; por la carretera de la izquierda se llegaba a Sardes, y la bifurcación de la derecha conducía a Armenia y la Escitia.

Artemisia se detuvo en la encrucijada, el general y sus hombres continuaron su camino a paso lento, mientras que Ikarnas y las amazonas tomaron la bifurcación de la derecha, trotando también. Ciro emparejó su montura al lado de ella.

— Aquí está la encrucijada de nuestras vidas, Artemisia. Si te diriges a la Escitia, siempre serás mi amiga, mi leal súbdita, mi hermana —afirmó con una mirada penetrante—. Si decides seguirme hasta Sardes, te coronaré como mi reina y seré paciente hasta conquistar tu corazón.

Sus miradas se cruzaron, Artemisia pensó en la decisión que tenía ante ella. Sabía que con el tiempo tal vez Ciro ganaría su amor; ese sería el camino de Afrodita. Si elegía ir a la Escitia, estaría tomando el camino de Ares y regresaría como líder guerrera amazona, la muerte y la destrucción serían sus legados.

El sueño que tuvo años antes en un templo de Afrodita volvió con fuerza a su mente; había jurado servir a Ares, el dios de la guerra, y no podía romper ese juramento, no sin antes hacer correr ríos de sangre en honor al dios homicida.

—Hasta pronto, mi amigo, mi señor, mi rey —dijo la amazona, inclinando la cabeza.

—Hasta pronto, mi amiga.

Con una sonrisa triste, Ciro golpeó el flanco de su montura y galopó hacia Artapates y su escolta, que ya se distanciaban.

La amazona lo observó partir en silencio. Cuando él desapareció en el horizonte, galopó hacia sus guerreras mientras el viento azotaba su rostro y las lágrimas de pesar caían de sus ojos. La imagen de Ciro, con su mirada triste, se transformó en el rostro del joven que había visto en el salón de las ancianas durante la ceremonia de su iniciación. *¿Quién sería él? Ese joven que atormenta mis sueños desde aquel día y que me da la sensación de conocerlo, aunque nunca lo haya visto en mi vida*. Pero pronto apartó esa imagen de su mente. Tenía mucho en qué pensar, ahora que la guerra se acercaba.

Las amazonas galoparon por las llanuras y montañas durante varios días hasta que, finalmente, a media tarde, llegaron a la ciudad de Gímnias, donde se hospedaron en la casa de una antigua guerrera amazona, que las recibió con alegría.

Inmediatamente, la líder amazona buscó al rey Cnéias en el palacio real. Tras esperar un tiempo en una antesala, un guerrero la condujo al mismo aposento en el que el rey la había recibido meses antes. Él no parecía haber cambiado, salvo por su vientre, que ahora estaba más prominente, resultado de los banquetes que solía ofrecer.

Sonriendo, le entregó una copa de madera con vino.

—Prueba esto, es vino persa de la mejor calidad —sugirió—. Un obsequio de los embajadores persas.

Artemisia tomó la copa de su mano y dio un trago, realmente era un excelente vino persa. Dedujo que los embajadores ya debían haber sido informados sobre la coronación de Artajerjes.

—Estuve en Susa, el rey ha muerto y Artajerjes ascendió al trono, el sátrapa Tisafernes está envenenando su mente contra su hermano. Ciro regresó a Sardes, hay informes de que Tisafernes planea atacarlo, si lo hace, toda Persia estará pronto involucrada en el conflicto. Debemos apoyar a Ciro —expresó Artemisia de manera lacónica.

—Directa al grano —rió el rey—. Sí, ya sé todo eso, los embajadores me lo contaron hace unos días.

—¿Y qué les respondiste? —la amazona apretó el pomo de su espada con fuerza.

—Nada, como te prometí, reuniré a todos los líderes tribales en quince días, y entonces decidiremos a qué bando apoyar —sonrió.

—Es un tiempo que no podemos desperdiciar.

—Tengo que escuchar a los demás jefes —el rey se encogió de hombros.

Artemisia asintió, pero por dentro estaba furiosa. A pesar de la aparente amabilidad de Cnéias, la amazona no confiaba en él, por lo que, después de intercambiar algunas palabras más con el rey, partió inmediatamente hacia la aldea de las amazonas. Fueron recibidas con festejos por sus hermanas. Himosia estaba embarazada y lucía una hermosa barriga.

—Espero que sea una niña —felicitó Artemisia a la antigua líder.

Ebana había mantenido a las amazonas en constante entrenamiento y se mostró feliz de ver a Artemisia. Esa noche, todas se reunieron junto al consejo de las ancianas, donde Artemisia explicó todo lo sucedido y su intención de unirse a Ciro.

—Eres la líder de las amazonas, nuestra razón de ser es luchar y morir en batalla, la decisión es solo tuya —dijo la más anciana de las sabias.

Al final de la reunión, se decidió que Artemisia llevaría a quinientas amazonas hasta Gímnias y, de allí, partirían hacia Sardes para unirse a Ciro. Ebana quedaría en su lugar como líder de las amazonas hasta su regreso.

Al día siguiente, mensajeras recorrieron las aldeas informando que Artemisia partiría a la guerra. No obligaría a nadie a seguirla, aunque ese era su derecho como líder, pero había decidido aceptar solo a voluntarias.

Al final de dos días, casi mil amazonas se encontraban en la aldea, listas para partir. Con la ayuda de Himosia y Ebana, Artemisia eligió a quinientas, combinando experiencia con juventud.

A las que no fueron elegidas, les pidió que sirvieran a Ebana tan bien como le habían servido a ella y a Himosia antes de ella. Esa noche, se celebró una ceremonia funeraria con sacrificios al dios Ares para conmemorar la partida de las amazonas; serían consideradas muertas hasta el día en que regresaran. Era una antigua tradición utilizada siempre que las amazonas iban a combatir en tierras lejanas.

Las guerreras que partirían se reunieron fuera de la aldea, en una pequeña colina en la llanura, lugar utilizado para la cremación de las caídas en combate. Se erigió una pira funeraria hecha de huesos y madera.

Una cabra montesa tuvo su cuello cortado, y su sangre fue recogida por dos ancianas, quienes la guardaron en un recipiente de barro. Sus entrañas fueron examinadas por la mayor de las ancianas. Después, el cuerpo fue colocado sobre la pira funeraria.

—Los augurios son favorables —gritó una de las ancianas, que había examinado las entrañas, levantando los brazos ensangrentados con las vísceras de la cabra y luego arrojándolas a la pira.

Una de las ancianas mezcló en el cuenco que contenía la sangre de la cabra, vino y hierbas. A continuación, con la ayuda de otras ancianas, caminó de una en una, empezando por Artemisia. La anciana llenaba una copa hecha de un cráneo humano con el contenido del cuenco y se la entregaba a la amazona para que bebiera.

Cuando todas habían ingerido la mezcla, las ancianas vertieron lo que quedaba del cuenco en la pira funeraria, y la mayor de todas se acercó con una antorcha y la encendió. Entonces comenzaron a cantar sobre la vida y la muerte de las amazonas, sobre su partida hacia tierras lejanas, rogando al dios que las acogiera si morían con valentía.

Era la canción fúnebre de la muerte.

Este acto representaba la cremación anticipada de las amazonas, en caso de que murieran en combate en tierras distantes y no se les pudiera ofrecer los ritos funerarios adecuados.

La bebida con las hierbas empezó a hacer efecto, y pronto todas cayeron en un sueño agitado, con visiones extrañas.

De nuevo Artemisia soñó con Ares. Él estaba de espaldas a ella, de pie sobre un campo cubierto de cuerpos; guerreros persas, griegos y amazonas yacían a sus pies. Ella se acercó con reverencia. De repente, el dios se giró y la miró; de sus ojos parecían brotar llamas, y el sonido de gritos de hombres heridos y de combate llenaba sus oídos. Ares levantó los brazos y en sus manos, sujetas por el cabello, había dos cabezas decapitadas: la de la amazona y la del joven que ella había visto en la visión de su iniciación. De repente, la imagen explotó en mil colores, y Artemisia despertó.

A su alrededor, Ikarnas y las quinientas amazonas comenzaban a despertar lentamente; los caballos pastaban en la llanura, esperándolas. Las puertas de la aldea, a lo lejos, estaban cerradas; todas eran consideradas muertas hasta que regresaran.

Después de organizar a las amazonas en cinco escuadrones, Artemisia las condujo hacia Gímnias, con Ikarnas a su lado como segunda al mando.

Al llegar, acamparon fuera de los muros, en tiendas que llevaban en las monturas de sus caballos. Los doce líderes tribales ya estaban en la ciudad.

Al día siguiente, Cnéias convocó una asamblea en la que sólo los líderes podían entrar al salón real. Artemisia entró en la estancia, que estaba iluminada por decenas de candiles de barro. En el centro del aposento había una larga mesa de madera. Los líderes tribales, sentados en taburetes de madera, se giraron para mirarla.

El ruido de las conversaciones y los gritos disminuyó hasta convertirse en un murmullo. La amazona se sentó en un taburete junto al líder de los harpasos, quien, según sabía, estaba en contra de la sumisión persa, aunque su tribu no era de las más poderosas. El hombre le sonrió amablemente.

Levantando los brazos, el rey Cnéias pidió silencio. Cuando consideró que tenía la atención de todos, comenzó su discurso:

—¡Hermanos! Estamos aquí para escuchar a Artemisia, líder de las amazonas, que acaba de llegar de Susa con noticias sobre la muerte del rey —gritó con fuerza, su voz resonando en el salón.

Todos los ojos se volvieron hacia la amazona, que se levantó y recorrió lentamente con la mirada la mesa, encarando a los líderes. Sabía que no contaría con mucho apoyo para lo que pretendía hacer, pero le había prometido a Ciro que intentaría convencer a la nación escita.

—¡Hermanos! Estoy aquí para traerles noticias desde Susa: el rey Darío ha muerto, y su primogénito, Artajerjes, ha sido proclamado rey de los persas. Sin embargo, su hermano menor, tras ser injustamente atacado por él y por Tisafernes, sátrapa de Caria, ha regresado a la ciudad de Sardes y reclutará un ejército para poder defenderse. ¿A quién apoyaremos nosotros, los escitas, si estalla una guerra civil entre los dos? —preguntó, mirando a todos.

Los líderes estallaron en gritos y discusiones. Cinco líderes tribales, incluida la amazona, querían apoyar a Ciro, mientras que seis querían apoyar a Artajerjes, incluso enviando tropas. Uno prefería mantenerse neutral, y el rey permanecía en silencio.

La discusión subió de tono, con los partidarios de Ciro acusando a los demás de haber recibido monedas persas de los embajadores extranjeros. Las amenazas volaban de un lado a otro del salón, y algunos llegaron a posar las manos sobre las empuñaduras de sus espadas.

Artemisia se sentó desanimada, en silencio. El problema de los escitas era precisamente

su falta de consenso y de un líder único; cada uno era señor de sus propias tierras, y el poder del rey no era lo suficientemente fuerte.

Cnéias se levantó, exigiendo silencio.

—Hermanos, vamos a escuchar la opinión de cada uno de vosotros, por orden de edad.

Cada uno de los líderes se puso de pie y declaró su voto, explicando las razones de su posición.

—Aún no tenemos mayoría absoluta; solo con una mayoría tomaremos una decisión —avisó el rey.

Las discusiones reanudaron mientras los sirvientes entraban con comida y ánforas de bebida. En medio del banquete, Artemisia intentó reunir al líder que optaba por la neutralidad, pero por más que intentó convencerlo, él se mantuvo firme; era un hombre mayor, a quien el calor y la emoción de las batallas ya no inflamaban el espíritu.

Al final, al ver imposible obtener los votos suficientes, Artemisia tuvo que aceptar la sugerencia de uno de los líderes de que votaran en conjunto por la neutralidad. Cuando Cnéias pidió una nueva votación, el resultado fue un empate, y ahora le correspondía al rey decidir.

Él se levantó y los miró a todos.

—Voto por la neutralidad. Que los persas se maten entre ellos y nos dejen en paz —decidió, dirigiendo su mirada hacia la amazona.

Un tumulto estalló en la sala, con gritos y acusaciones, pero la decisión ya estaba tomada. Ese era uno de los poderes del rey: entablar relaciones con naciones vecinas y declarar guerra o paz tras escuchar el consejo de los líderes.

El rey abandonó el salón mientras los líderes continuaban discutiendo y banqueteando. Artemisia se levantó y lo siguió a través de la gran puerta detrás del lugar de honor en la mesa; sus guardias no impidieron su paso.

—¡Cnéias! —llamó la amazona, logrando que él se detuviera para mirarla.

—Voy a partir con mis amazonas hacia Sardes.

—Si te vas, lo harás sin nuestra autorización. Cuando regreses, podrías ser juzgada por traición por los otros líderes —dijo, sosteniéndole la mirada ferozmente.

Los juicios por traición ocurrían durante el sacrificio anual al dios Ares. El acusado se dirigía a todos los guerreros reunidos y se defendía de las acusaciones, y solo los guerreros podían decidir. Si la persona era declarada culpable, se le sacrificaba junto con las demás víctimas al dios; si era inocente, era liberada.

—No me importa. Prometí que ayudaría a Ciro, y eso es lo que haré.

—Solo puedo desearte suerte; que Ares te conceda la victoria —respondió, dándole la espalda.

La amazona salió del palacio real y encontró a Ikarnas, quien la miró con expresión interrogativa.

—Partiremos sin apoyo. Reúne a nuestras guerreras —ordenó Artemisia.

Una hora después, bajo la luz de la luna y las estrellas, las amazonas cabalgaban rumbo a la ciudad de Sardes y hacia la guerra.

CAPÍTULO 21

La escuadra espartana atravesó el mar Egeo en dirección a Asia. Hipócrates había enseñado a Perseo todo sobre la región.

La costa conocida como Jonia había sido colonizada por griegos de diversas ciudades, pero durante la expansión del Imperio persa hacia occidente, este conquistó varias colonias griegas.

Unos cien años antes, con el apoyo de Atenas y Eretria[69], las ciudades jónicas se rebelaron, lideradas por Mileto, aunque fueron derrotadas. Estas revueltas llevaron al rey Darío I a lanzar su poderoso ejército contra la Grecia continental, dando inicio a una guerra que duró años. Lo que estaba en juego era el control del comercio marítimo en la región.

En un primer movimiento, Darío I decidió enviar a Grecia una expedición punitiva. Eretria fue arrasada y saqueada, pero los atenienses y plateos, liderados por Milcíades[70], lograron rechazar a los persas en la llanura de Maratón. En esa batalla, los espartanos no participaron, ya que llegaron tarde debido a la festividad de las Carneas, que les impedía combatir.

Jerjes I, hijo de Darío, comandó diez años después una invasión a gran escala contra Grecia. Algunas ciudades griegas, lideradas por Atenas y Esparta, formaron una coalición para enfrentar al invasor, mientras que otras, como Tebas, se sometieron a los persas.

Inicialmente, los persas derrotaron a los griegos en el desfiladero de las Termópilas y en Artemisio; luego invadieron y saquearon Atenas. La flota ateniense, sin embargo, comandada por Temístocles[71], logró destruir la flota persa en Salamina[72] y cambió el rumbo de la guerra. Meses después, bajo el mando del espartano Pausanias[73], el ejército de la coalición griega venció al ejército persa en Platea y puso fin a la invasión.

A pesar de que los griegos lograron expulsar a los persas de la Grecia continental, estos continuaron interfiriendo en las relaciones entre las ciudades griegas, principalmente apoyando a Esparta en la guerra que libró contra Atenas durante más de veinte años.

Ahora Perseo se dirigía a unirse a un ejército mercenario para combatir bajo las órdenes de un persa.

La travesía transcurrió sin problemas y desembarcaron en la ciudad portuaria de Esmirna[74].

No tuvieron tiempo de conocer la ciudad; todos fueron alineados y marcharon con destino a la ciudad de Sardes. Fue una marcha forzada en la que solo se detenían para beber y comer, marchaban desde el amanecer hasta el anochecer. En compensación, se suspendieron los ejercicios y entrenamientos después de las marchas. Los oficiales querían que el ejército llegara relativamente descansado para ser incorporado al resto de las fuerzas del general Clearco.

Finalmente llegaron a Sardes, capital de la satrapía de Lidia, donde se enteraron de que el joven Ciro, sátrapa de Lidia, Gran Frigia y Capadocia, hermano del rey persa Artajerjes, ya había partido hacia la ciudad de Celenas.

Los reclutas fueron llevados a un campamento en las afueras de la ciudad, donde se encontraba el ejército de Clearco. Era una llanura atravesada por un arroyo que servía para abastecer a las tropas, con algunos árboles dispersos que salpicaban el lugar. Permanecieron formados en posición de firmes, esperando durante aproximadamente una hora, hasta que vieron acercarse a un oficial acompañado de Pausanias y otros suboficiales, quien se dirigió a todos:

—¡Saludos, espartanos! Me alegra ver que muchos han respondido al llamado del dios Ares. Sé que el trayecto ha sido largo, pero finalmente serán integrados a mi ejército. Con su llegada completaré mis tropas y nos uniremos al ejército del joven Ciro, quien nos ha contratado para luchar contra el sátrapa Abrácomes. Ciro es generoso con sus amigos y ha prometido enriquecernos, permitiéndonos saquear las ciudades que no se sometan a su dominio. Serán redistribuidos entre mis veteranos que ya están aquí, pero primero recibirán una comida caliente y luego deberán dirigirse al arsenal para recibir sus armas —dijo señalando una gran tienda junto a un roble, donde se veía una gran cantidad de lanzas y escudos apilados—. Esperen en el arsenal; mis oficiales los guiarán. Recibirán parte de su paga cuando lleguemos a la ciudad de Celenas. ¡Sean bienvenidos! —concluyó con una sonrisa.

Dicho esto, se retiró, dejando a cuatro oficiales superiores bajo el mando del capitán Pausanias. De inmediato, varios sirvientes comenzaron a repartir una sopa insípida con algunos trozos de carne flotando en la grasa. El sabor no era el más agradable, pero al menos era una comida caliente después de semanas comiendo raciones frías de campaña, y sin duda mejor que el caldo negro que solían tomar en la agogé.

Se dirigieron al arsenal. Como Perseo ya contaba con una armadura completa, solo tomó un puñal nuevo, que colocó en su costado derecho, y una lanza extra. Poco después, varios capitanes y sus ayudantes de órdenes empezaron a circular entre los reclutas, seleccionándolos. Uno de los capitanes se acercó e hizo un gesto para que Evandro lo siguiera.

—¡Señor! —dijo Perseo dirigiéndose al oficial—. Entrenamos juntos en la agogé y formamos una buena dupla en combate.

El oficial lo miró evaluándolo, y luego asintió para que lo acompañara también. Una vez que todos fueron elegidos, cada capitán ordenó a sus seleccionados que siguieran a los ayudantes de órdenes hasta los respectivos campamentos.

Uno de ellos se dirigió a Perseo y los demás:

—Vamos, muchachos. Los llevaré a sus pelotones —ordenó.

Siguieron por un sendero, donde, a ambos lados, se veían numerosas tiendas de campaña, y entre ellas diversas fogatas en las que los soldados se reunían conversando alegremente, jugando a los dados o cocinando. Tras una breve caminata, entraron en un camino entre las tiendas y el ayudante de órdenes fue parando en cada fogata para ir distribuyendo a los soldados. Después de varias paradas, solo quedaron Perseo, Evandro y otros dos soldados que él no conocía.

El ayudante de órdenes, sin decir una palabra, continuó caminando, y Perseo y los demás lo siguieron. Pronto llegaron a otra hoguera, rodeada de tiendas.

El sol se estaba poniendo rápidamente, y el olor de la comida en el aire hizo que el estómago de Perseo se retorciera de hambre; la sopa insípida que había comido antes no lo había satisfecho en absoluto. El ayudante les indicó que esperaran y se acercó a la hoguera, conversando amigablemente con un soldado de cabello gris que, al escucharlo, miró hacia atrás y evaluó a los reclutas.

Cuatro hogueras ardían, con calderos humeantes colgando sobre ellas, preparando la cena nocturna. El soldado de cabello gris, que aparentaba unos cincuenta años, se acercó con el oficial que había guiado a los reclutas y les habló a todos.

—Soy Georgios, su sargento. Sean bienvenidos a mi pelotón. Procuren no causar problemas con los demás, escuchen a los veteranos y sigan las órdenes. Si tienen algún problema, pueden venir a mí. Los integraré con los demás muchachos —les dijo.

Luego, saludó al oficial golpeándose el pecho con el puño cerrado, y el oficial se retiró.

—¡Atención! —ordenó Georgios, alzando la voz.

Los soldados alrededor de las hogueras miraron a su sargento, prestándole atención.

—Estos son los nuevos reclutas. Encárguense de integrarlos y ayúdenlos en el entrenamiento.

Después, se volvió hacia los novatos.

—Vosotros dos, id a aquella hoguera —ordenó, señalando a dos de los reclutas—. Vosotros dos, venid conmigo —concluyó, dirigiéndose a Perseo y Evandro.

Siguieron al sargento hasta la hoguera, donde otros ocho soldados estaban sentados y los observaron con curiosidad.

—Este es Diomedes. Si necesitas aprender a robar algo, él es el indicado. Dicen que es hijo del mismo dios Hermes[75], por eso es tan buen ladrón —lo presentó, señalando a un soldado alto y delgado, de cabello castaño rojizo, cortado a la altura de los hombros, que les dirigió una sonrisa amplia.

—Bienvenidos. Si tenéis algo para vender o queréis comprar algo, hablad conmigo primero —dijo guiñándoles un ojo.

—Este es Petrus. Fuerte como un toro y tan listo como uno. No os metáis en peleas con él si queréis vivir más tiempo —advirtió, señalando a un soldado de casi dos metros, musculoso, con el cabello rubio desvaído. Petrus solo miró a los novatos y sonrió.

—Y este es Laertes. Si necesitáis lecciones sobre tácticas, disciplina, reglamentos, o queréis mantener vuestro equipo y aspecto impecables, él es la persona indicada —explicó Georgios, apuntando a un soldado que estaba sentado muy erguido, rubio, de cabello largo e impecable, con fríos ojos azules, quien miró a los novatos con desdén.

—Más novatos… no durarán hasta el final de esta campaña —murmuró Laertes en un tono audible.

—No le hagáis caso —dijo otro soldado, de piel morena y cabello negro bien cuidado—. Soy Atreu. Bienvenidos.

—Si necesitáis erudición o asistencia religiosa, él es vuestro hombre —añadió Georgios —. Atreu es un noble espartano, pero tiene la erudición de un ateniense y cree firmemente en los dioses. También sabe un poco de medicina.

Perseo y Evandro respondieron con sonrisas tímidas; aquellos veteranos les causaban una profunda impresión.

—Estos son los veteranos. Llevan tiempo juntos —explicó Georgios—. Y estos son Tales, Ikarnes y Alexandrus, que se unieron a nosotros recientemente. A los demás miembros del pelotón los conoceréis poco a poco.

Los tres los miraron y los saludaron con una inclinación de cabeza.

—¿Cuáles son vuestros nombres? —preguntó Georgios.

—Me llamo Evandro.

—Y yo soy Perseo.

—Muy bien, sentaos —ordenó el sargento, señalando donde estaban sentados los demás. Luego se dirigió a la otra hoguera para presentar a los demás reclutas.

Evandro y Perseo se sentaron mientras eran observados por los soldados que acababan de conocer; todos parecían tener más de veinticinco años y eran veteranos de campañas pasadas. En ese primer contacto, Perseo se enteró de que Georgios, Diomedes, Petrus, Atreu y Laertes llevaban más de cinco años juntos, formando el núcleo del pelotón, y que los nuevos reclutas serían integrados y entrenados por ellos.

Perseo pasó la noche en silencio, escuchando cómo conversaban sobre campañas pasadas

y sus expectativas para la nueva jornada. Todos habían luchado en la guerra contra Atenas.

—¿Sabéis en qué os habéis metido? —preguntó Atreu a ambos.

—Nos dijeron que íbamos a combatir como mercenarios para un persa llamado Ciro —respondió Evandro.

—Sois tan inocentes como niños —rió Diomedes.

—Vamos a invadir el mayor imperio de la tierra —explicó Atreu—, pero al menos estamos bajo las órdenes del hermano del rey persa.

—Pero si es hermano del rey, ¿por qué tiene que luchar contra un gobernador vecino? —preguntó Perseo, intrigado, recordando las palabras de Pausanias, que afirmaba que Ciro deseaba combatir a un sátrapa llamado Abrácomes.

—Esas guerras internas en el imperio son comunes, quizá hasta incentivadas por el propio rey como una forma de mantener a raya a sus gobernadores —explicó Atreu.

Evandro y Perseo recibieron una tienda para compartir y pronto se retiraron a dormir; la marcha forzada los había agotado, y todavía estaban al comienzo de la jornada.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Georgios llevó a sus nuevos reclutas a una caminata de diez kilómetros con equipo completo. Todos llegaron sudorosos a una pequeña colina, donde fueron divididos en tres grupos de doce y obligados a subir la pendiente, donde otro grupo los esperaba para chocar escudo contra escudo. Un grupo debía tomar la cima de la colina y el otro defenderla.

Se turnaron en esta actividad durante horas. Cuando el crepúsculo se aproximaba, el sargento dio por terminado el ejercicio y los hizo marchar de regreso al campamento a paso acelerado.

Terminaron el ejercicio sin contratiempos. Tras las marchas aceleradas entre Esparta y Atenas, y entre Esmirna y Sardes, Perseo y Evandro estaban bien preparados y agradecieron en silencio a Polialfes, quien los había endurecido.

Dos días después, el ejército inició la marcha, dejando Sardes, y Perseo no tuvo oportunidad de conocer la gran ciudad.

El ejército, liderado por el general Clearco, marchaba desde el amanecer hasta el crepúsculo y pronto llegaron a la satrapía persa de Frigia, alcanzando su capital, Celenas, donde nacían dos ríos: el Meandro y otro llamado Cataractes, tan amplio como el primero. En esta ciudad, Ciro tenía un enorme palacio y mantenía una reserva llena de animales salvajes donde solía ejercitarse y cazar.

Llegaron a la ciudad donde Ciro los esperaba, marchando orgullosamente. A la vanguardia iban el general Clearco y sus oficiales a caballo, seguidos por diez soldados tocando flautas y trompetas para marcar el paso.

Después marchaban los hoplitas, en columna de tres, con los escudos en el brazo izquierdo y las lanzas en la mano derecha. Todos portaban el equipo completo: grebas, coraza pectoral y yelmo con crin de caballo, y sobre los hombros, la capa roja espartana que solo los espartiatas podían usar.

Cerrando la columna iban la infantería ligera peltasta y los arqueros, y en la retaguardia, el convoy de provisiones escoltado por la pequeña caballería de apoyo.

Era una fuerza considerable. Según Georgios, el ejército de Clearco estaba compuesto por mil hoplitas, ochocientos peltastas, doscientos arqueros cretenses, además de doscientos jinetes tracios que formaban parte de la escolta del general y actuaban como exploradores.

Acamparon cerca del río Meandro, lejos de Celenas, que observaban a la distancia. Entre las tropas y la ciudad se alzaban numerosos campamentos de soldados persas y griegos, estos

últimos habiendo llegado casi al mismo tiempo que los espartanos, liderados por varios generales.

Debería haber alrededor de trece mil soldados griegos, además de más de cien mil soldados persas y aliados. Los espartanos levantaron sus tiendas y recibieron la orden de no salir del campamento, la ciudad les estaba prohibida, pero eso no impidió que Diomedes y Petrus salieran durante la noche, regresando solo al amanecer, oliendo a vino y perfume barato.

Laertes mascullaba furiosamente, amenazando con denunciarlos por desobediencia, pero Georgios le ordenaba callarse y castigaba a los dos enviándolos a recoger leña para la hoguera, lo que hacían alegremente, regresando solo al caer la noche. Esto provocaba que el sargento volviera a gritarles, amenazándolos con todo tipo de castigo, pero ellos solo reían.

En una de esas salidas, obligaron a Perseo y Evandro a acompañarlos, para desesperación de la pareja. En lugar de recoger leña para el campamento, los veteranos los llevaron hasta los límites del parque privado del joven Ciro. Alrededor del lugar, una cerca viva de casi dos metros rodeaba el bosque, que era inmenso.

Usando sus espadas para abrir un agujero en la cerca, Diomedes y Petrus los obligaron a seguirles.

—¿No está prohibido invadir los dominios del sátrapa? —preguntó Perseo, temeroso.

—Esto es demasiado peligroso —murmuró Evandro.

—Lo peligroso es que os rompa la nariz si no obedecéis, efebos[76] que apenas habéis salido de la agogé —gruñó Petrus, amenazándolos con su enorme mano cerrada.

Prudentemente, la pareja se quedó en silencio y siguieron a los veteranos. Al otro lado de la cerca viva, entraron en un frondoso bosque, donde los pájaros cantaban por doquier y una infinita variedad de plantas y flores crecía entre los árboles. Estaban sin el equipo, solo con túnica y la espada en la cintura, sujeta por una correa de cuero que cruzaba el pecho, mientras que Diomedes y Petrus llevaban algunos dardos de un metro de largo, comúnmente usados por los peltastas.

Cautelosamente se adentraron cada vez más en la espesura, hasta que llegaron a un hermoso lago, que parecía ser el centro del bosque. Haciendo señales para que guardaran silencio, Petrus y Diomedes los hicieron agacharse entre los matorrales y follaje cercanos a la orilla, donde se quedaron esperando pacientemente.

En la agogé, los alumnos eran entrenados para cazar. Perseo sabía que el mejor lugar para abatir una presa era cerca de un curso de agua, solo tenían que quedarse en silencio y esperar a que algún animal apareciera para beber.

La temperatura era fresca y el sol brillaba a través de las hojas de los árboles. No pasó mucho tiempo antes de que un ciervo se acercara al lago, deteniéndose un momento para olfatear el aire. Perseo contuvo la respiración, pero Diomedes, experimentado, los había colocado a favor del viento.

El animal se acercó y bajó la cabeza para beber. En ese momento, Diomedes y Petrus lanzaron sus dardos, alcanzando al pobre animal simultáneamente, haciéndolo caer al suelo con un bajo gruñido.

—Buen tiro — elogió Evandro, impresionado.

—Vamos, a cogerlo —ordenó Diomedes, ignorando el elogio.

Se acercaron al animal que ya estaba muerto y Diomedes y Petrus retiraron sus dardos.

—Ahora, vosotros dos llevad el ciervo al lugar por donde entramos —ordenó Petrus.

Los jóvenes no se atrevieron a desobedecer, pero mentalmente, Perseo maldecía a los dos, habiendo sido rebajado a la condición de un ilota.

—¿No vais a venir? —preguntó impertinentemente Evandro.

—Vosotros vais adelante, a ver si encontramos algo más —rió Diomedes.

Murmurando bajito, Perseo y Evandro cargaron el pesado animal por el bosque, siguiendo los rastros que habían dejado. Cuando se acercaban a la cerca viva, fueron sorprendidos por cuatro guardias forestales. Eran tipos robustos, que vestían ropa de pieles de animales y apuntaron sus dardos amenazadoramente hacia ambos, comenzando a gritar lo que Perseo pensó que eran palabrotas, además de señalar frenéticamente al animal abatido.

Obviamente estaban en problemas, ya que se les había advertido que la ciudad estaba prohibida para ellos y el bosque estaba prácticamente al lado, siendo propiedad del sátrapa persa.

El más viejo de los guardias forestales se acercó de forma amenazante, con una sonrisa sádica, y apoyó la punta de su dardo en el pecho de Perseo, quien todavía sostenía el ciervo. Evaluó sus posibilidades de soltar al animal y desenfundar su espada, pero probablemente moriría antes de que pudiera sacar la espada de la vaina. Su única oportunidad era enfrentarse al hombre, pero este se dio cuenta de sus intenciones y, con una sonrisa irónica, clavó el dardo con más fuerza en el pecho del espartano, llegando a rasgar la piel.

Con gestos, el guardia indicó que dejaran el animal en el suelo. Con movimientos lentos, obedecieron la orden. Perseo miró de reojo a Evandro; tendrían que reaccionar o serían apresados o muertos.

Antes de que tomaran una decisión, Diomedes y Petrus, saliendo de la maleza, atacaron a dos de los guardias, golpeándolos en la cabeza con el mango de sus dardos, dejándolos inconscientes. Aprovechando la sorpresa, el jefe de los guardias desvió la mirada de Perseo y Evandro, lo que les permitió actuar. Perseo se lanzó hacia el hombre, golpeándolo con fuerza en la cabeza, mientras Evandro se enfrentaba al otro, que intentó apuñalarlo con su dardo, pero rápidamente Diomedes estuvo a su lado, dándole un golpe en la cabeza que lo dejó fuera de combate.

—Vayámonos de aquí, no creo que estén muy contentos de dejarnos escapar con un ciervo de la alteza chupadora de… —se rió Petrus.

—¿Vamos a dejar el animal? —preguntó Evandro.

—No seas tonto —rió Diomedes— ¿Para qué crees que los traje a ustedes dos? Vamos, carguen el animal, al menos tendremos carne fresca esta noche.

Rápidamente abandonaron el bosque y regresaron al campamento, donde Georgios los reprendió severamente. Perseo y Evandro se sonrojaron de vergüenza, pero Diomedes y Petrus solo sonreían indiferentes.

—¡Sois una vergüenza para el ejército! ¡Si os hubieran atrapado os habrían matado! ¡La pena por cazar en las tierras del sátrapa es la muerte! ¡Ahora desapareced de mi vista! — ordenó Georgios, irritado.

Más tarde, Perseo preguntó a Atreu por qué Georgios no los castigaba más severamente.

—Siempre han sido así, llevamos más de cinco años juntos, y a pesar de su aparente desobediencia, no hay soldados más decididos. Espera a verlos en combate, forman una pareja excelente en la línea, y, además, ya me han salvado la vida, la de Georgios y la de innumerables soldados, muchas veces. Laertes, aunque siempre pide que los castiguen, nunca lleva sus quejas a los oficiales superiores, porque sabe que todos quieren a Diomedes —explicó Atreu, encogiéndose de hombros.

Dos días después, Georgios les informó que al día siguiente los ejércitos se alinearían en la llanura fuera de la ciudad para ser revisados por el joven Ciro y su comitiva.

—Su alteza perfumada debe estar queriendo elegir algunos efebos para su harén personal,

cuidado vosotros dos, sois carne nueva y jugosa —rió Diomedes, señalando a Evandro y Perseo.

Al día siguiente, el ejército griego y persa se alineó en la llanura. Perseo se encontraba en la tercera fila del pelotón. A lo lejos, una lujosa carroza tirada por dos caballos blancos avanzaba lentamente frente a los ejércitos reunidos, seguida por una comitiva de caballeros.

Cuando la carroza pasó frente al pelotón, Perseo vio a un auriga[77] conduciendo los caballos, junto a él un soldado persa ricamente vestido con piezas de oro y un dardo también de oro. Detrás de los dos, en una plataforma ligeramente elevada de la carroza, un hombre más alto que los conductores observaba atentamente. Poseía una barba negra bien cuidada, enrollada al estilo persa, y su cabello negro caía suavemente sobre sus hombros. Vestía un traje que brillaba con los rayos del sol, parecía estar confeccionado con hilos de oro.

Detrás de la carroza seguían varios caballeros persas y griegos, entre ellos el general Clearco, pero quien más llamó la atención de Perseo fue una amazona que montaba un corcel negro, cuyo color contrastaba con su piel clara. Su rostro estaba cubierto por un casco al estilo espartano, con una larga melena de caballo que caía por su espalda. Portaba dos espadas cortas en la cintura, sujetas por correas que cruzaban su pecho. Atadas a los anillos en la silla de montar, llevaba un pequeño arco y una aljaba llena de flechas.

Perseo empujó a Diomedes, que estaba a su lado, y señaló a la amazona. Con una sonrisa lasciva, el veterano dijo:

—Esa debe ser Artemisia, comandante de una tropa de caballería escita[78] formada solo por mujeres. Dicen que es feroz como una leona y que mata a sus amantes después de cansarse de ellos —explicó sonriendo.

—No me importaría morir después de hacer el amor con ella —rió Petrus.

—Son amazonas fenomenales, pueden montar a caballo y disparar flechas con esos arcos pequeños al mismo tiempo. Son mortales a corta y media distancia. También son letales cuando luchan con dos espadas. Ella manda cerca de quinientas amazonas —explicó Atreu, que había escuchado la conversación.

—Dicen que es bisnieta de la reina Artemisia[79], que sirvió al rey Jerjes cuando invadió Grecia hace más de ochenta años, una perra griega que se vendió a los persas —murmuró Laertes.

—¡Callaros! —reprendió Georgios, irritado.

Permanecieron toda la mañana alineados mientras la comitiva los revisaba lentamente. Perseo observaba a la amazona que se alejaba; había algo noble en su postura. Ella manejaba su corcel con la mano izquierda, mientras que la mano derecha descansaba suavemente sobre el pomo de una de sus espadas. Solo cuando la carroza y su comitiva se marcharon de regreso a la ciudad, recibieron la orden de desmovilización. Georgios ordenó que regresaran al campamento y se dirigió, junto con otros sargentos, hacia la tienda del comando del regimiento.

—Quédense en el campamento, esto va para todos —ordenó el sargento, mirando directamente a Diomedes y Petrus—. Tal vez partamos mañana mismo.

En el campamento, los soldados comenzaron los preparativos para el almuerzo. Luego lustraron sus armaduras, grebas, cascos y escudos, afilaron lanzas, espadas y puñales, y prepararon algunas raciones para el viaje, que consistían en frutas y carne seca, además de odres con agua. Diomedes, en lugar de llevar agua, llenó su odre con vino que consiguió en una de sus visitas a la ciudad.

Al atardecer, Georgios regresó y avisó que al día siguiente iniciarían la marcha hacia la ciudad de Peltes.

Antes del amanecer, ya estaban despiertos desmantelando el campamento. Luego

comenzaron a reunirse lentamente, mientras los sargentos gritaban a lo largo de toda la línea, obligándolos a entrar en formación rápidamente. Cuando los oficiales estuvieron satisfechos, dieron inicio a la marcha.

CAPÍTULO 22

Tras días cabalgando, Artemisia y sus amazonas finalmente llegaron a la ciudad de Sardes, capital de Lidia, cuando el sol estaba en el cénit. Ciro administraba desde allí sus satrapías y mantenía su corte. Había un gran ajetreo de soldados fuera de los muros de la ciudad, con varios campamentos llenos de tiendas de campaña.

Artemisia ordenó a Ikarnas y a las amazonas que buscaran un lugar apartado y montaran el campamento, mientras ella se dirigía al palacio de Ciro.

Trotando por las calles de la ciudad, la amazona notó que atraía las miradas de las personas; probablemente nunca habían visto a una amazona antes. Su coraza y grebas estaban cubiertas de polvo por el largo viaje, y el manto gris que llevaba sobre los hombros estaba manchado de suciedad. Llevaba el casco con crin de caballo atado a la silla de su montura, así como su arco y aljaba de flechas.

Finalmente, se acercó a un gran palacio rodeado por altos muros de ladrillo, situado en la parte alta de la ciudad. Un puesto de control con soldados de infantería de la guardia real estaba frente a las puertas. Al acercarse, los interceptaron.

—¿Qué desea? —preguntaron en persa, señalando con sus lanzas.

Sin desmontar, Artemisia los miró fijamente.

—Soy Artemisia, líder de las amazonas, y vengo a ponerme a disposición de Ciro.

—Desmonte y espere —ordenó el soldado más viejo, un sargento, mientras hacía una señal para que otro se acercara—. Avise al oficial de guardia.

El joven salió corriendo hacia el palacio, mientras Artemisia desmontaba y acariciaba el cuello de su corcel, Deimos. Mientras esperaba, sacó dos manzanas de su alforja, dándole una al caballo, que, con grandes bocados, la devoró, mientras ella mordía la otra, observando las defensas del palacio. Estaba bien protegido; soldados armados con lanzas y arcos patrullaban alrededor de los muros, además de unos treinta más frente a la puerta, que la observaban curiosos, pero en silencio.

Un rato después, apareció un oficial alto y fuerte. Al acercarse, Artemisia reconoció a Artapates, general de la guardia real y jefe de inteligencia de Ciro.

—¡Artemisia! —saludó sonriendo, señalando para que los soldados permitieran la entrada de la amazona.

Le estrechó el antebrazo en señal de saludo y ordenó a un soldado que se hiciera cargo de su montura.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó, observando el traje polvoriento.

—Hoy. He ordenado que mis amazonas montaran un campamento fuera de los muros —respondió mientras caminaba al lado del general hacia el palacio.

—Querrás presentarte ante Ciro, por supuesto. Si me permites, pondré a tu disposición algunas sirvientas y una habitación para que te refresques del viaje —sonrió de manera cortés.

Con una sonrisa, Artemisia aceptó; realmente necesitaba un baño, pues había cabalgado desde el amanecer, durante más de seis horas ininterrumpidas, para llegar a Sardes.

Artapates la llevó a una de las alas del palacio y abrió la puerta de una habitación.

—Siéntete a gusto. Al atardecer, Ciro ofrecerá un banquete a los generales griegos que

han llegado, y estará encantado de verte —hizo una reverencia y se alejó.

Artemisia entró en la habitación, que era espaciosa. Grandes ventanas rectangulares dejaban entrar la luz, iluminando el lugar. Una gran cama estaba apoyada contra una de las paredes, y en otro rincón, una enorme tina de metal. Una pequeña mesa y un taburete tapizado se encontraban junto a una de las ventanas. Alfombras cubrían el suelo y tapices adornaban las paredes. En el lado opuesto a la cama, había un gran baúl de madera donde Artemisia colocó las dos espadas y el puñal que llevaba consigo. El arco y la aljaba se quedaron en la silla de su montura.

De repente, entraron cuatro mujeres; tres eran jóvenes, de poco más de quince años, y una mujer de mediana edad que las dirigía.

—Soy Panisia, estamos a su servicio —se presentó la mujer, haciendo señas para que dos de las sirvientas vaciaran los cubos que traían consigo, llenando la tina con agua caliente, mientras la otra colocaba diversas túnicas sobre la cama.

—Gracias —sonrió Artemisia en agradecimiento mientras examinaba las túnicas. *Todas elegantes, pero probablemente incómodas*, pensó para sí misma.

—Son para que las elija usted —avisó la sirvienta, ayudando a las más jóvenes a preparar un baño.

—Son preciosas, pero me gustaría que limpiaran mi armadura y mis grebas, y que me consiguieran una túnica sencilla para usar debajo de ella —solicitó mientras dejaba que otra joven la ayudara a quitarse la coraza.

—Así será —asintió la mujer, haciendo un gesto para que una de las jóvenes tomara la coraza y las grebas y saliera de la habitación.

Las jóvenes ayudaron a Artemisia a entrar en la tina; el agua estaba deliciosamente caliente y contribuyó a relajar su cuerpo, que fue frotado con fuerza para eliminar la suciedad y el polvo de los días de cabalgata. Le lavaron el cabello y, una vez que se secó, la ayudaron a peinarlo, aplicando un poco de aceite perfumado para dejarlo suave y desenredado.

Mientras tanto, otra joven entró en la habitación con una bandeja que contenía pan, queso, frutas y tres pequeñas ánforas que, según explicó, contenían agua, vino y cerveza.

—Ahora descanse, mi señora. En breve traerán su equipo y túnica, y podrá prepararse para el banquete —anunció Panisia, retirándose con las demás sirvientes.

Después de comer frugalmente, la amazona se recostó en la cama. Era cómoda, pero demasiado cómoda para su gusto; estaba acostumbrada a dormir sobre una piel de buey curtida en el suelo. Mientras se revolvía de un lado a otro, se preguntaba cómo estaría Ciro. Habían pasado semanas desde que lo dejó en la encrucijada del camino en Nínive.

¿Estará herido por no haber aceptado su propuesta? Yo entendí que sus sentimientos hacia mí eran mayores que el simple amor fraternal entre amigos y hermanos; después de todo, me había ofrecido convertiría en su reina, pero yo no lo amaba, no como una mujer debe amar a un hombre.

Pero, ¿qué era el amor? Artemisia recordó lo que su madre le había dicho cuando le contó que estaban eligiendo un marido para ella, días antes de la tragedia que los llevó. La amazona le había preguntado por qué no podía ser ella misma quien eligiera a alguien que le gustara, y su madre le explicó que el amor llegaría con el tiempo, que fueron sus propios padres quienes eligieron a su marido y, con el tiempo y la convivencia, ella aprendió a amarlo, y así sería con ella también.

¿Habrá cometido un error? Si lo permitiera, ¿acaso no acabaría amando a Ciro con el tiempo? ¿Sería capaz de superar mi trauma con respecto a ser tocada y, lo más importante, seré

capaz de renunciar a mi juramento de venganza?

Con la mente dando vueltas, Artemisia acabó quedándose dormida, y fue despertada tiempo después por un discreto golpe en la puerta. A la luz tenue que se filtraba por las ventanas, supo que el crepúsculo estaba cerca. Al levantarse y abrir la puerta, encontró a una sirvienta esperándola con su equipo en brazos, mientras otra sostenía una túnica blanca. Con la ayuda de ambas, Artemisia se colocó la túnica y después la coraza y las grebas, que relucían, señal de que estaban limpias y pulidas. Colgó las dos espadas de su cintura y dejó que las sirvientas le peinaran el cabello, dejándolo suelto, sujeto al frente con una fina tiara de plata para que no cayera sobre sus ojos. Con una sonrisa, las sirvientas abandonaron la habitación, y Artapates apareció en la puerta.

—¿Estás lista? —le dijo amablemente.

—Sí, lo estoy —respondió Artemisia con la expectación de ver de nuevo a su amigo real.

—Te llevaré al salón; Ciro ya está al tanto de tu llegada y ansía verte —avisó Artapates con una sonrisa.

—¿Qué puedes contarme de lo que ha sucedido desde que dejamos Nínive?

—Te pondré al tanto de los últimos acontecimientos —respondió el general.

Mientras recorrían los pasillos del palacio, Artapates relató que, tras llegar a Sardes, tanto Ciro como Tisafernes habían enviado emisarios reclamando la jurisdicción sobre las ciudades jónicas. Todos reconocieron la autoridad de Ciro en detrimento de Tisafernes, excepto Mileto, donde los partidarios del sátrapa gobernaban con mano de hierro. Ciro también escribió a los espartanos, pidiéndoles que enviaran soldados y prometiéndoles que a los que vinieran a pie les daría caballos, y a los que ya tuvieran caballos, les daría carros de combate. A quienes tuvieran propiedades, les otorgaría aldeas enteras, y a los que ya poseyeran aldeas, les daría ciudades. En cuanto al sueldo de aquellos que tomaran las armas para él, les pagaría no por lo acordado, sino según el mérito y el valor de cada uno.

—Ciro tiene un corazón generoso, al contrario de su hermano. Atiende todas las necesidades personales, dando ejemplo a sus soldados. En los banquetes, bebe más vino que los demás invitados, sin llegar a embriagarse. Sale de caza con miembros de la nobleza, mostrando su valor, a diferencia de su hermano, que no tolera el vino y se esconde en el palacio de Susa —explicó el general con un aire de desprecio.

—¿Y cuál fue la respuesta de los espartanos? —preguntó la amazona, imaginando si tendría que luchar junto a ellos como aliados.

—Sé que no tienes en buena estima a esos soldados, Artemisia, pero son formidables. Los espartanos respondieron enviando a Clearco, un general exiliado de Esparta, con la orden de obedecer a Ciro en todo lo que pidiera. Además, ofrecieron sacrificios en Esparta y en todas las ciudades griegas en señal de apoyo —informó Artapates—. Clearco se presentó ante Ciro, y este le entregó diez mil dáricos para contratar soldados; sus oficiales recorrieron las ciudades en busca de voluntarios.

Artemisia asintió con la cabeza, recordando haber visto a las tropas en su llegada a Sardes.

—¿Y cuáles son los próximos pasos?

—Mileto sigue bajo el yugo de Tisafernes, quien ha estado ejecutando a los opositores. Varios ciudadanos acudieron a Ciro, quejándose y jurando que los habitantes de la ciudad están desesperados, pidiéndole al príncipe que los libere del dominio del sátrapa —explicó Artapates mientras caminaban hacia la cámara real—. En unos días partiremos para sitiar la ciudad; ya ha zarpado una escuadra de trirremes para bloquear el puerto.

Mileto era una ciudad al sur de la costa jónica, situada junto a la desembocadura del río Meandro. Su principal actividad económica era la cría de ovejas, y producía la mejor lana del mundo griego. Cuando Ciro II el Grande, rey de Persia, conquistó Lidia, los milesios empezaron a enfrentar todo tipo de dificultades y se alzaron en la Revolución Jónica contra Persia, cuyo rey en ese momento era Darío I. Debido a su liderazgo en la rebelión, la ciudad fue arrasada, lo cual fue uno de los motivos que llevaron a persas y griegos a una guerra que terminó ochenta años antes.

—¿Y Artajerjes? ¿Aún no ha tomado ninguna medida contra Ciro? —preguntó la amazona, intrigada.

—No. Recibimos una carta de Parisátide informándonos de que el rey está complacido, ya que la primera medida de Ciro fue recaudar y enviarle los tributos de las ciudades jónicas, además de enviar cartas quejándose de Tisafernes. La reina explicó que su hijo mayor se siente satisfecho con esta enemistad, pues no confía en ninguno de los dos y espera que este conflicto los debilite mutuamente. Mientras los tributos sigan llegando a Susa, no interferirá —respondió con una sonrisa irónica.

Artemisia pensó en Parisátide. Sabía que ella tenía gran influencia en la corte y sobre su hijo, y seguramente lo habría presionado para permitir que Ciro actuara con libertad. La mujer era insidiosa, urdiendo intrigas contra Artajerjes, su propio hijo, en favor del hijo menor.

Llegaron frente a una gran puerta doble de bronce, custodiada por dos soldados de la guardia real, que bloqueaban el paso con sus largas lanzas cruzadas. A su lado, otros diez guardias permanecían en formación, y en una gran estantería se guardaban varias espadas.

—Nadie puede estar en presencia de Ciro armado —informó Artapates, sonriendo como si se disculpara.

La amazona entregó sus espadas y el puñal a uno de los soldados, quien los guardó en la estantería.

Los dos guardias abrieron la puerta, permitiéndoles la entrada, y la cerraron después de que Artemisia y Artapates entraran en la sala.

El salón era inmenso. Varias ventanas en la pared derecha dejaban entrar la luz del final del día, que complementaba la iluminación de los numerosos candiles de metal colgados del techo. Una enorme mesa baja de madera estaba dispuesta en el centro; a su alrededor había numerosos cojines, y ánforas, platos y copas esparcidos sobre la mesa indicaban los lugares donde se sentarían los invitados.

Varios oficiales persas y griegos estaban repartidos en pequeños grupos conversando animadamente. Al ver entrar a la amazona y al general, algunos giraron la cabeza, observándolos con atención. Artemisia buscó con la mirada, pero no vio a Ciro en el salón.

Artapates la condujo hasta un pequeño grupo de griegos que conversaban de pie, sosteniendo copas de plata. Los sirvientes caminaban por el lugar vertiendo bebidas de las ánforas que llevaban: cerveza, agua y varios tipos de vino. El oficial persa tomó dos copas de un sirviente que las llevaba en una bandeja y le hizo una señal a otro para que vertiera el contenido de su ánfora en ellas.

—Prueba este vino —ofreció, entregándole una copa a la amazona—. Se produce en la isla de Samos y fue enviado como obsequio para Ciro.

Artemisia bebió un sorbo; el vino era excelente, suave y con cuerpo.

—Señores, quiero presentarles a Artemisia, la líder de las guerreras amazonas —anunció Artapates a los griegos reunidos, quienes la miraron con curiosidad. Todos llevaban, como ella, corazas sobre túnicas y grebas en las canillas, y también estaban desarmados.

—Artemisia, estos son Próxeno, de Beocia; Sofeneto, de Estinfalo; Sócrates, de Acaya; y Paixón, de Megara —los presentó. Ellos la saludaron con sonrisas y asentimientos.

—Es un placer —respondió la amazona.

—Pensé que las amazonas eran solo una leyenda —comentó Sofeneto, un general bajo y robusto con una barba triangular que le caía hasta el mentón.

—Te aseguro que no lo somos —respondió Artemisia, mirando al hombre fijamente.

—Artemisia ha llegado directamente desde Escitia con quinientas amazonas. Son expertas en disparar sus arcos a caballo, además de ser hábiles espadachinas —explicó Artapates, sonriendo hacia la amazona.

El servicio de información de Artapates era realmente eficiente; ya sabía la cantidad de guerreras que la amazona había traído, aunque ella no se lo hubiera mencionado. Continuaron caminando por el salón mientras el general persa le contaba que Xénias comandaba cuatro mil hoplitas[80], Próxeno mil, Sócrates unos quinientos y Paixón, de Megara, setecientos hoplitas.

—Estos griegos son ambiciosos y rondan a Ciro como abejas alrededor de la miel; compiten por su atención, deseando que el príncipe se convierta en rey y ellos sean nombrados sátrapas —explicó con desdén.

Entonces contó que Próxeno, de Beocia, aspiraba a realizar grandes hazañas, y por eso se unió a la empresa de Ciro, con la esperanza de adquirir prestigio y fortuna.

—Aunque es ambicioso, no actúa de forma desleal ni intenta menospreciar a sus compañeros o a los demás generales. Es un buen oficial de estado mayor y sabe inspirar a sus subordinados, pero no es capaz de liderar a los soldados rasos, pues no les infunde ni respeto ni temor. Respeta a sus soldados más de lo que ellos lo respetan a él; tiene miedo de ser estricto y ganarse su odio, haciendo que no le obedezcan. Es ingenuo y tiende a ser engañado por los más astutos —explicó.

Artemisia observó a Próxeno a lo lejos. Tendría unos treinta años, una barba rizada y el cabello largo.

—Menón, en cambio, de Tesalia, no oculta a nadie su insaciable codicia. Aspira a mandar únicamente con el objetivo de enriquecerse. Se relaciona con los grandes y poderosos solo para garantizar su impunidad. El perjurio, la falsedad y la traición le son comunes para alcanzar sus metas. Para él, la sinceridad y la verdad son puras tonterías. No tiene apego real por nadie, y no le cuesta nada tender trampas a quienes llama amigos. Desprecia a las personas con quienes convive y suele mezclar la burla en sus palabras. En lugar de saquear a sus enemigos, lo cual requiere mucho esfuerzo, prefiere engañar y robar a sus amigos. Se siente más cómodo con los mezquinos y pusilánimes que con los nobles. Menón alardea ante sus amigos de su habilidad para el fraude, el engaño y la picardía, y considera un tonto a quien no recurre a la astucia para lograr sus objetivos. Para ganar un lugar prominente junto al rey, se esfuerza por desprestigiar a sus compañeros griegos, como si fuese necesario apartarlos para ganar toda la gloria. Para conquistar la confianza de sus soldados, los ha hecho cómplices de sus excesos, y sus tropas son las más insubordinadas del ejército, causando problemas en las ciudades donde acampan —el persa señaló al general griego con un gesto de cabeza y una expresión de disgusto.

La amazona observó a Menón, de unos treinta años, cuyo rostro destacaba por su mirada y sonrisa maliciosas.

—En su juventud, residió unos años en la corte del general Arieo. Regresó a Grecia después de mantener un romance con un oficial persa llamado Taripas, algo mayor que él.

—¿Y los demás?

—Por el momento, no hay nada que los desacredite; son excelentes oficiales y parecen

honestos, aunque, como todos los griegos al servicio de Ciro, desean salir de esta aventura enriquecidos —respondió con una sonrisa irónica.

—¿Y Clearco? ¿Qué clase de general es? —preguntó la amazona, deseando saber qué tipo de hombre lideraba a los odiados espartanos.

—Clearco es un soldado profesional. Como buen espartano, le gusta el peligro, pero es un general prudente e ingenioso; sabe resolver los problemas que se le presentan sin necesidad de recurrir a otros. Es duro con sus subordinados y con sus tropas; cuando castiga, lo hace con severidad, como cualquier oficial espartano. Sus tropas son las más disciplinadas del ejército que Ciro ha reunido. A pesar de su dureza, es un soldado ejemplar y el primero en correr riesgos, dando ejemplo a sus soldados. Tiene alrededor de cincuenta años —concluyó Evandro.

—¿Por qué los necesitamos? —Artemisia se mostró molesta con la presencia de tantos griegos.

—Son los mejores soldados del mundo; su infantería es formidable. Cuando los espartanos se unan a nosotros, los usaremos como punta de lanza para romper cualquier ejército que se cruce en nuestro camino —explicó el general, haciendo un gesto con la mano.

Continuaron caminando por el salón, y Artapates se detuvo un momento.

— ¿Ves a esos tres? —señaló discretamente a tres persas que conversaban cerca de una ventana.

Artemisia observó en la dirección indicada. Los hombres llevaban largas túnicas de colores, pantalones y botas de fieltro, y conversaban animadamente mientras bebían de sus copas. Dos de ellos eran altos y fuertes, con largas barbas y el cabello negro y rizado; el tercero era un poco más bajo, pero de hombros más anchos, con el cabello negro y la barba con tonos rojizos.

—El más alto, el que está de frente a nosotros, es Orontas, actualmente general de infantería —comenzó Artapates—. Era amigo del rey Darío, y cuando Ciro llegó hace años a Éfeso para asumir las satrapías, Orontas incitó a los misios y atacó Sardes. Ciro lo derrotó en Sardes y sometió nuevamente a los misios. Orontas huyó, pero meses después se presentó en el templo de Artemisa, en Éfeso, donde juró lealtad. Yo lo habría ejecutado, pero el rey Darío envió un mensaje ordenando que Ciro lo perdonara.

La amazona miró discretamente al trío; ellos continuaban conversando animadamente.

—El más bajo y robusto es Arieo, general de infantería de las fuerzas persas y aliadas —explicó—. Es leal a Ciro, pero últimamente ha pasado mucho tiempo en compañía de Orontas y de Ayanam, el tercer hombre.

Ayanam los miró en ese momento, y Artapates, sonriendo, alzó su copa en un gesto de saludo hacia el general. Continuaron caminando.

—Ayanam es general de caballería, sirvió bajo las órdenes de Darío y Artajerjes en Susa, y vino aquí hace unos cinco años. No confío mucho en ellos debido a sus lazos con Artajerjes —explicó, apretando la mandíbula.

En ese momento, una enorme puerta al fondo del salón se abrió con un sonido alto, llamando la atención de todos. Ciro entró por ella, vestido con una larga túnica persa de colores, con hilos rojos y verdes. Su cabello y barba negra, sueltos y brillantes por el aceite aromático, y en su cintura llevaba un largo puñal con empuñadura de oro.

Todos en el salón se inclinaron ante su presencia, pero, con una sonrisa y un gesto de mano, ordenó que se levantaran. Caminó entre los invitados, saludando a unos y conversando brevemente con otros, hasta que se acercó al lugar donde Artemisia estaba de pie junto a Artapates.

Sus miradas se cruzaron, y la sonrisa del príncipe se amplió mientras se dirigía a la amazona con los brazos extendidos.

—¡Artemisia! Mi amiga —la saludó, besándola en ambas mejillas.

—Mi rey —respondió ella, inclinando la cabeza.

—¿Dónde están tus espadas? Tú, como mi amiga personal y de confianza, tienes permiso para portarlas en mi presencia —dijo, mirando a Artapates, que permanecía impasible a su lado.

—Gracias, mi señor. Mis espadas y mis amazonas están a su disposición.

—Ven, siéntate a mi derecha —pidió, dirigiéndose hacia la cabecera de la gran mesa.

Ciro se sentó, y los invitados se acomodaron poco después. Artemisia se sentó en la punta de la mesa a su lado derecho, mientras que Artapates ocupó el lado izquierdo. En ese momento, varios sirvientes entraron en el salón con grandes bandejas de verduras, carnes, mariscos, frutas de los más variados colores, y ánforas que contenían vino, cerveza, aguardiente y agua. Al mismo tiempo, hermosas bailarinas, con velos diáfanos que dejaban entrever sus cuerpos curvilíneos y sus pechos, se contoneaban sensualmente al son de cítaras, flautas y tambores, para el deleite de los invitados.

El resto del banquete transcurrió alegremente. Ciro estaba de buen humor y compartió varias anécdotas de su vida con los invitados, quienes escuchaban atentamente. Así, la amazona se enteró de que él adoraba cazar, y que un año antes de regresar a Susa había sido herido por un oso, que le había dejado cicatrices en el pecho. Después de matar al animal, envió la piel como regalo al rey Darío.

A medianoche, los sirvientes y bailarinas fueron retirados del salón. Ciro y los oficiales comenzaron a discutir la estrategia y las acciones que debían tomar para sitiar la ciudad de Mileto. El general Paixón solicitó el honor de comandar el asedio con sus setecientos hoplitas y una fuerza auxiliar persa, a lo cual el príncipe accedió.

Ciro anunció que todos debían divulgar la noticia en todas las ciudades, informando que en un mes partirían para combatir a los pisidios en las estribaciones de los Montes Tauro, una cadena montañosa con algunos picos elevados. Los pisidios habitaban algunos valles fértiles en las montañas; el príncipe ya los había combatido cuatro años antes. Era una tribu insumisa que, de vez en cuando, descendía de las alturas para atacar ciudades en las llanuras.

—Pero, en lugar de atacar a los pisidios, avanzaremos por los Portones de Hierro y entraremos en Cilicia —afirmó Ciro, señalando un punto en un gran mapa de piel de buey extendido sobre la mesa.

—Para quienes no conocen las Puertas de Cilicia, o Portones de Hierro[81], es un paso a través de los montes Tauro que lleva a las bajas llanuras de Cilicia mediante un estrecho desfiladero con miles de pasos de altura —explicó Artapates.

—Sienéses es el sátrapa de Cilicia, un cobarde; su esposa Epiaxa es más valiente que él —advirtió el príncipe con una sonrisa de desprecio.

—Si pasamos por el paso, tendremos el camino libre hasta la ciudad de Tarso, capital de esa satrapía —continuó Artapates, señalando un punto en el mapa con el nombre de la ciudad.

—¿Y qué hay de Tisafernes? —preguntó el general Arieo.

—Mis informantes dicen que está en Mileto, al mando de unos quinientos jinetes que actúan como su guardia personal —respondió Artapates.

—Es él quien más problemas nos causa —Orontas sonrió con dureza—. Si pudiera ser capturado, sería excelente; no habría nadie más con la habilidad suficiente para intentar detenernos.

—Si me permite, señor —se dirigió Artemisia a Ciro—, tal vez podría acompañar al

general Paixón. Cuento con quinientas amazonas; si se presenta la oportunidad, podríamos enfrentar a Tisafernes y su guardia personal.

Ciro la observó por un momento, como si meditara la petición; la amazona notó un destello de preocupación en su semblante que pronto desapareció, reemplazado por una sonrisa.

—Que así sea, Artemisia —decidió.

El general Paixón mostró satisfacción ante el inesperado refuerzo que recibió. En un mes, el ejército partiría de Sardes rumbo a Susa, en un viaje de varias semanas con numerosas paradas; durante ese intervalo, deberían sitiar y, si era posible, expulsar las fuerzas de Tisafernes de la ciudad de Mileto.

Con la estrategia definida, se permitió a los sirvientes volver a entrar en el salón, seguidos de las bailarinas y artistas de diversas nacionalidades, además de hermosas cortesanas, vestidas con largas túnicas de vivos colores, que pronto distrajeron a los invitados. Artemisia se apoyó en una de las ventanas, disfrutando de la leve brisa que entraba cargada con el olor a flores de los jardines del palacio. Con una copa de vino en la mano, observó de reojo a Ciro, quien conversaba animadamente con varios generales que se le acercaban; a veces, él la miraba y sonreía.

Cuando la madrugada ya avanzaba, a una señal de Artapates, los generales empezaron a retirarse, algunos acompañados por cortesanas. Cuando Artemisia se disponía a marcharse, Ciro se acercó y la detuvo, sujetándola suavemente del antebrazo.

—Quédate un poco más —murmuró, invitándola a sentarse en un espacioso diván.

La amazona esperó a que todos se retiraran; el último fue Artapates, que hizo una reverencia y salió en silencio. El salón, antes ruidoso, ahora estaba sumido en el silencio, iluminado solo por los candiles de metal. La brisa fría de la madrugada entraba por las ventanas, refrescando el ambiente que antes había estado sofocante.

—Cuéntame, ¿cómo fue en Escitia? —pidió Ciro, tomando un sorbo de su copa.

Artemisia relató la reunión de los líderes tribales y la decisión de mantenerse neutrales en una eventual guerra. Explicó que había reunido quinientas amazonas y partió, aunque el rey escita se había opuesto; aunque sospechaba que Artapates ya le habría contado.

—Me alegra tenerte a mi lado.

—Y a mí me alegra servirle, mi rey.

Ciro fijó sus ojos en los de Artemisia, y ella sostuvo su mirada. Parecía indeciso sobre lo que iba a decir mientras jugueteaba con la copa en su mano.

—Ten cuidado en Mileto —pidió finalmente, levantándose para salir del salón.

—Lo tendré, mi señor —la amazona se levantó de inmediato e inclinó la cabeza.

El príncipe se retiró por la misma puerta por la que había entrado, sin mirar atrás, mientras Artemisia lo observaba. *Ojalá me hubiera enamorado de él, pero no siento nada más que amor fraternal*, pensó.

Se retiró a sus aposentos; de común acuerdo con el general Paixón, partirían a Mileto en dos días.

CAPÍTULO 23

Dos días después, Artemisia partió hacia Mileto junto al general Paixón y su infantería hoplita de setecientos soldados, junto con una fuerza auxiliar compuesta por dos mil infantes lidios, misios y persas, además de cientos de arqueros. Marcharon a paso rápido, mientras las amazonas avanzaban como exploradoras.

Tras varios días de marcha, llegaron a Éfeso, una ciudad fundada por colonos griegos, famosa por su templo dedicado a la diosa Artemisa, construido ciento cincuenta años antes. El gobernador local ya los estaba esperando y ofreció a Artemisia, junto con el general Paixón y sus oficiales, hospedarse en su palacio.

Amablemente, la amazona rechazó la invitación, prefiriendo quedarse en el campamento con sus hermanas, montado fuera de las murallas de la ciudad, aunque aceptó participar en el banquete ofrecido por el gobernador.

Al día siguiente, visitó el templo de Artemisa[82] junto con sus guerreras. El lugar era magnífico, construido completamente en mármol. Sus columnas eran altísimas, dispuestas en filas dobles que formaban una amplia vía ceremonial alrededor del sitio que albergaba la imagen de culto de la diosa. Treinta y seis de estas columnas estaban decoradas con esculturas en relieve. Una sacerdotisa aceptó las mechas de cabello de las amazonas como ofrenda a la diosa, para que las protegiera y las guiara.

En la ciudad, un presente de Ciro la esperaba: corazas y grebas de bronce al estilo griego, suficientes para todas las amazonas, además de yelmos simples, sin crines de caballo. El general Paixón también recibió un refuerzo de quinientos soldados de la ciudad.

Noticias de Artapates informaban que el puerto de Mileto estaba bloqueado por la flota de Ciro y que Tisafernes aún permanecía en el lugar.

Después de tres días de descanso, reanudaron la marcha y pronto se acercaron al territorio de Mileto. *Si continúo bordeando la costa, llegaré a Halicarnaso,* pensó, pero enseguida apartó esa idea de su mente. *Jamás regresaré allí.*

Liderando a las amazonas, Artemisia avanzó al frente del ejército para explorar las defensas de Tisafernes. Por donde pasaban, siervos y campesinos las recibían con alegría; las noticias contaban que el sátrapa había instaurado un régimen de terror que solo empeoró con el bloqueo del puerto.

Se apostaron en una colina desde donde se podía avistar la ciudad y su puerto a lo lejos. Columnas de humo se elevaban hacia el cielo. El día acababa de amanecer y el sol iluminaba las murallas de la ciudad; en el mar, varias trirremes[83] bloqueaban el puerto, algunas lanzaban bolas de fuego contra la ciudad. Tropas de infantería trabajaban en la llanura construyendo barricadas de madera y fosos reforzados con estacas puntiagudas.

Con una señal de Artemisia, Ikarnas soltó un grito gutural seguido por cientos de otros, y golpeando los flancos de sus monturas, las amazonas descendieron la colina al galope desenfrenado, con los arcos en mano y las flechas preparadas. A lo lejos, los soldados sorprendidos las observaban estupefactos. Controlando su montura con las piernas, Artemisia apuntó y disparó una flecha cuando estuvo a alcance de los desafortunados; el proyectil se clavó en el cuello de un soldado, que cayó al suelo sujetándoselo.

Varios soldados soltaron sus herramientas y desenvainaron las espadas, solo para caer bajo las flechas de las amazonas. De repente, los que quedaban dieron la espalda y corrieron de

vuelta a la ciudad. Artemisia continuó avanzando, apuntó nuevamente y acertó en la nuca de un soldado, que cayó al suelo. Pronto estuvieron a tiro de las flechas de los arqueros apostados en las murallas, pero antes de que pudieran disparar, las amazonas giraron y regresaron a la colina, dejando la llanura sembrada de cuerpos.

Las puertas de la ciudad, que antes estaban abiertas, ahora estaban cerradas, y la actividad de soldados en las murallas era intensa, pero no se atrevían a salir a ofrecer combate.

Las amazonas esperaron en la colina todo el día hasta que llegó la vanguardia del ejército del general Paixón. Informaron que el resto de las tropas no estaba lejos.

El sol comenzaba a ponerse sobre el mar.

—¡Movimiento en la puerta! —gritó Ikarnas señalando hacia la ciudad.

Las puertas se abrieron, y varios infantes salieron de ellas, armados con lanzas y grandes escudos de mimbre, avanzando en dirección a las amazonas.

—¡Montad! —ordenó Artemisia, subiendo ágilmente a su corcel.

Las amazonas descendieron nuevamente la colina al galope; la infantería había tomado posición a cientos de pasos de las puertas, formando una larga fila doble en las defensas improvisadas. Algunos arqueros las acompañaban en la fila trasera.

Galoparon en paralelo a la formación de la infantería, disparando sus flechas. En la segunda vuelta que hicieron, Artemisia notó movimiento en las puertas: cientos de jinetes salían a toda velocidad, dirigiéndose hacia el este, en dirección a Caria y Cilicia.

Con los infantes interponiéndose entre las amazonas y las puertas, Artemisia las lideró galopando nuevamente en paralelo a sus filas en forma de medialuna, hasta que las superaron, dejando atrás tanto a los soldados como a la ciudad, en persecución de los jinetes que ya se distanciaban.

—¡Tisafernes! —gruñó Artemisia entre dientes mientras guardaba el arco y tomaba las riendas de su corcel para aumentar la velocidad.

Las amazonas se desplegaron por la llanura, separadas unos pasos entre sí, galopando en persecución de los jinetes. Los corceles, criados en las estepas escitas y acostumbrados a largas cabalgatas, pronto estaban alcanzando la retaguardia de los jinetes enemigos, que Artemisia calculó en unos quinientos, tal como había informado Artapates.

Estaban igualados en número, pero en habilidad Artemisia estaba segura de que eran superiores.

Sacando sus arcos mientras galopaban, las amazonas empezaron a disparar sus flechas, alcanzando las espaldas de los jinetes en la retaguardia y causándoles varias bajas. El sol estaba a punto de desaparecer en el horizonte; pronto la oscuridad caería sobre la llanura.

De repente, cientos de jinetes dieron media vuelta y galoparon en dirección a las amazonas, ofreciendo combate con lanzas y espadas en ristre. Artemisia guardó el arco y desenvainó una espada, mientras que con la otra mano controlaba las riendas de su corcel.

En poco tiempo, las dos tropas de caballería se enfrentaron con un estruendo; gritos de guerra y relinchos se alzaron hasta el cielo. Al pasar junto a un jinete que venía en su dirección, Artemisia cortó su cabeza de un golpe certero en el cuello, continuando el galope sin mirar atrás. Pronto otro jinete chocó contra ella, haciendo que su corcel se encabritara; emparejados, intercambiaron golpes de espada, el metal produciendo un sonido agudo y chispas con cada choque.

El caballero era hábil; parecía tener mediana edad, y su cabeza estaba protegida por un yelmo. Las espadas se cruzaron, y por un breve momento midieron fuerzas, mirándose mutuamente a los ojos. Artemisia dejó de ejercer presión con su espada, permitiendo que la de su

adversario avanzara. Con un golpe en el flanco de su corcel, hizo que avanzara dos pasos rápidos hacia adelante, y la hoja de su enemigo cortó el vacío. Inmediatamente, sobre su hombro, la amazona clavó su espada en el cuello expuesto del caballero, que cayó al suelo, ya muerto.

Artemisia miró a su alrededor; sus guerreras estaban luchando y parecían llevar ventaja. A lo lejos, observó a unos cincuenta jinetes que seguían galopando hacia el este, cada vez más distantes. Tisafernes debía estar entre ellos.

—¡Perro cobarde! —gritó la amazona con todas sus fuerzas.

Estaba a punto de lanzarse imprudentemente en persecución de Tisafernes cuando vio a Ikarnas luchando contra dos caballeros al mismo tiempo. Artemisia avanzó al galope, emparejándose con uno de ellos, y le atravesó la espalda con su espada, mientras su hermana cortaba el pecho del otro, que cayó al suelo con un grito de dolor.

Ambas miraron a su alrededor; los soldados restantes galopaban huyendo en todas direcciones, algunos corrían a pie, pero eran perseguidos y abatidos por las amazonas. El sol desapareció en el horizonte, y la oscuridad creció, impidiendo cualquier persecución.

Tisafernes había escapado.

Artemisia levantó su espada ensangrentada hacia el cielo y lanzó un grito típico de victoria, imitada por sus guerreras. Desmontaron y, con la ayuda de antorchas hechas de huesos que llevaban en las sillas de sus monturas, registraron el campo de batalla buscando a sus hermanas muertas y heridas, y ejecutando a los caballeros enemigos que aún estuvieran vivos, perdonando solo a dos, quienes serían sacrificados al dios Ares.

Las amazonas perdieron a quince guerreras; otras diez estaban heridas, dos de ellas en estado grave, y varias decenas con heridas leves. Las bajas entre los caballeros enemigos fueron numerosas, dejando el campo cubierto de cadáveres que servirían de pasto para las fieras. Se llevaron a las guerreras caídas.

Al llegar a la colina, el grueso del ejército del general Paixón había llegado y, tras montar el campamento, iniciaron el asedio. Los soldados de infantería que habían salido de la ciudad para permitir la fuga del sátrapa regresaron tras los muros, dejando atrás a sus muertos.

Al amanecer del día siguiente, en una colina desde donde se veía el mar, las amazonas levantaron una pira funeraria. Tras sacrificar a los dos caballeros capturados a su lado, quemaron los cuerpos de sus hermanas caídas en combate mientras cantaban el cántico fúnebre escita. Cuando la pira consumió los cuerpos, trituraron los huesos hasta que se convirtieron en polvo, y luego lo esparcieron al mar.

El asedio se prolongó durante días. No había máquinas de asedio para derribar las murallas; la estrategia era vencer a los defensores por hambre, ya que no tenían cómo recibir suministros.

***

Después de quince días, un mensajero llegó con órdenes de Artapates para que Artemisia fuera directamente a la ciudad de Colosas a preparar la llegada de Ciro. Tras despedirse del general Paixón, las amazonas cabalgaron hacia el territorio de Frigia, donde se encontraba la ciudad.

Colosas era próspera y producía una lana de excelente calidad; una carretera amplia y bien conservada la conectaba con Éfeso y continuaba hacia el río Éufrates. En el lugar, emisarios de Ciro informaron al gobernador local sobre su inminente llegada y la del ejército. Los preparativos para recibirlo eran frenéticos, y después de que Artemisia enviara grupos de exploradoras en todas las direcciones, aguardó la llegada del príncipe, acampando cerca de las murallas de la ciudad.

Durante la mañana, la columna del ejército fue divisada por las exploradoras, y al final de la tarde, la comitiva real se instaló en la casa del gobernador. Ciro viajaba con toda su corte, compuesta de concubinas, artistas, escribas, filósofos y profesores.

Artemisia recibió al príncipe frente al palacio del gobernador, con el propio gobernador a su lado, un hombre de mediana edad, calvo y nervioso, que temblaba ante la proximidad de Ciro, quien descendió de su carruaje vestido con una imponente túnica dorada.

Sonriendo e ignorando al gobernador, Ciro se acercó y besó ambas mejillas de la amazona, en señal de amistad.

—He hecho sacrificios a los dioses por tu seguridad —la saludó con una sonrisa.

—Gracias, mi señor —la amazona inclinó levemente la cabeza.

—Ven, camina conmigo —ordenó, ignorando al gobernador, que permanecía inclinado en señal de respeto.

Artapates, dos pasos atrás, detuvo al hombre para conversar sobre los alojamientos. Artemisia condujo a Ciro por el palacio hasta el ala que le habían reservado. Su tintorero real, un hombre de mediana edad llamado Megafernes, de modos afectados, seguía detrás con el equipaje real y varios sirvientes.

—Aquí estarás bien acomodado, mi rey —dijo Megafernes abriendo las puertas dobles de una habitación que antes había pertenecido al gobernador—. Hay un pequeño jardín privado —indicó una puerta que daba acceso a un jardín rodeado de muros.

—Muy bien —dijo Ciro, entrando en el jardín y cerrando la puerta tras nosotros.

Artemisia aguardó en silencio, observando al príncipe, que parecía estar bien dispuesto y saludable.

—Cuéntame cómo fue en Mileto —pidió con gentileza.

—Tisafernes escapó por poco —respondió apretando la mandíbula—. Maldito sea, ese perro cobarde no se atrevió a ofrecerme combate.

—Artapates me informó que huye hacia Susa con la intención de convencer a mi hermano de que quiero deponerlo —explicó mientras olía una flor de aspecto exótico.

—Es probable.

—Estoy al tanto de tu valor y del de tus hermanas. ¿Qué puedo hacer para recompensarte? —preguntó Ciro mirando a Artemisia.

—Servirle ya es recompensa suficiente, señor.

—Gracias por tu lealtad —Ciro sonrió en respuesta, dirigiéndose al interior de la habitación, donde Megafernes organizaba sus pertenencias con la ayuda de varios sirvientes.

Artapates estaba de pie junto a la puerta, esperando pacientemente.

—Nos quedaremos siete días aquí en Colosas —anunció el príncipe, y con un gesto los despidió a todos—. Ahora, si me disculpáis, necesito un baño —añadió sonriendo.

Con una reverencia, Artemisia salió de la habitación en compañía de Artapates.

—¿Cómo van los preparativos? —preguntó, curiosa.

—Casi terminados; mis informantes dicen que el general Menón, de Tesalia, con mil hoplitas y quinientos peltastas[84], dólopez, enianenses y olintios, está a dos días de aquí —respondió el general—. Partiremos de aquí hacia Celene, donde aguardaremos al general Clearco con sus espartanos.

Artemisia apretó la mandíbula; la mención de los espartanos la hacía recordar el ataque a Halicarnaso en su infancia, aunque nunca había descubierto si fueron ellos o sus aliados.

—¿Los soldados griegos saben que atacaremos a Artajerjes? En Mileto los oí hablar de combatir al sátrapa Abrácomes, pero nada sobre avanzar hasta Susa —preguntó, intrigada.

—Los oficiales griegos han contado esa pequeña mentira; no están seguros de que los soldados aceptarían ir hasta los confines del Imperio —Artapates sonrió con ironía.

La amazona sabía que Abrácomes era sátrapa de la Cilicia inferior, un pequeño territorio antes de las Puertas de Hierro; era leal como un perro a Tisafernes y lo había ayudado en varias ocasiones.

—Ven, no te preocupes por eso. Vamos a beber algo; esta noche el gobernador ofrecerá un banquete en honor a Ciro —dijo, guiando a la amazona por los pasillos del palacio.

Tras siete días en Colosas, el ejército partió hacia Celene.

Al llegar a la ciudad, Ciro avisó que permanecerían en el lugar durante treinta días, hasta que todas las tropas estuvieran reunidas, abastecidas y descansadas. El palacio que ocupó se encontraba junto a la fuente del río Mársias, que regaba la ciudad y se unía al Meandro. En ese lugar, según cuenta la leyenda, Mársias, un frigio que se consideraba un músico perfecto, osó desafiar al dios Apolo en una competición, en la que el vencedor tendría derecho a castigar al perdedor. Apolo ganó y Mársias fue atado a un árbol y desollado vivo; de su sangre nació el río Mársias.

Durante los banquetes nocturnos, el príncipe contó que, en ese mismo palacio, Jerjes había descansado tras la desastrosa retirada de Grecia, para regocijo de los generales griegos presentes.

Diez días después, Artemisia se encontraba en compañía de Ikarnas en una colina desde la que se divisaba la ciudad y los varios campamentos de soldados a ambos lados de la carretera que llevaba hasta ella. Sus exploradoras le informaron de que una gran tropa se acercaba.

Artapates, que lo sabía todo, había dicho que se trataba del general Clearco con los hoplitas espartanos. *Finalmente podré conocer a los responsables de la muerte de mi familia y de la destrucción de mi inocencia*, pensó la amazona mientras observaba la carretera.

A lo lejos, vio acercarse la columna. En la vanguardia, avanzaban algunos caballeros que la amazona imaginó que eran el general y sus oficiales. A continuación, sonaban flautas y trompetas, mientras varios soldados con mantos rojos marchaban.

Detrás de ellos, marchaban en formación de tres, alrededor de mil soldados vestidos con corazas, grebas y cascos con crines de caballo. En sus brazos izquierdos llevaban escudos redondos y en las manos derechas largas lanzas, mientras que mantos rojos cubrían sus hombros, cayendo por sus espaldas.

A continuación, venían unos ochocientos soldados vestidos con túnicas sencillas, sin corazas ni cascos, portando pequeños escudos y tres dardos pequeños en las manos. Debían ser los peltastas, la infantería ligera, y cerrando la columna, unos doscientos arqueros, con sus arcos en las manos y aljabas a la espalda.

Al pasar frente a la posición elevada donde Artemisia se encontraba, sintió una mezcla de sensaciones: odio por ser la causante de sus pérdidas y curiosidad debido a la fama de ser soldados fabulosos que nunca daban la espalda al enemigo. Un escalofrío premonitorio recorrió su espina dorsal y un rostro emergió en su mente, el mismo rostro que había visto en tres ocasiones, en las visiones durante las ceremonias en Escitia y cuando se despidió de Ciro en el camino a Nínive, el rostro del joven que parecía estar marcado con hierro candente en su pensamiento.

Era un rostro común de un joven, sus ojos castaños eran lo que más llamaba la atención, parecían inocentes. Ahora la sensación de que ya lo conocía la asaltó de nuevo, pero la amazona apartó esos pensamientos de su mente mientras observaba con desdén cómo los espartanos se alejaban en dirección a los campamentos de las otras tropas griegas.

Dos días después, llegaron Sósias, de Siracusa, con trescientos hoplitas, y Sofeneto, de Arcadia, con mil. Pasión de Mégara arribó con sus setecientos hoplitas, viniendo directamente del sitio de Mileto.

Ciro ordenó un censo de las tropas; había alrededor de once mil hoplitas y cerca de dos mil peltastas griegos, además de cerca de cien mil soldados persas, incluyendo en estos números los varios contingentes de Mísios, Frigios, Lídios y Tracios.

Durante los treinta días que permanecieron en la ciudad, Artemisia comprendió por qué Ciro conquistaba a todos a su alrededor, logrando reclutar para su causa a personas de diversas naciones y personalidades diferentes.

Era amable con todos y respetuoso con los ancianos, a pesar de ser de origen humilde. Le gustaba montar a caballo y entrenar con los soldados. Amaba la caza y obsequiaba a sus amigos con las presas que cazaba. Era un buen administrador de finanzas y hombres, siempre cumplía con su palabra.

"Que los dioses no me lleven sin devolver con intereses lo que debo a amigos y enemigos", decía a todos.

Era firme con aquellos que desobedecían la ley, pero piadoso. En las ciudades bajo su dominio, extranjeros y residentes podían ejercer sus profesiones y creencias sin temor a persecuciones. Las carreteras estaban vigiladas y el orden se mantenía.

Valoraba la valentía de sus soldados y los recompensaba; en cuanto a los cobardes, los convertía en esclavos de los primeros como castigo y oportunidad de redención por su valentía.

Tenía la audacia de sus antecesores, Ciro el Grande, a quien debía su nombre, Darío I y Jerjes. Si lograba tomar el trono de su hermano, el Imperio Persa conocería una nueva era dorada, y Artemisia, como su amiga, haría todo lo posible para que alcanzara su objetivo.

Cerca de la fecha de partida, Artapates, a petición de Ciro, organizó una revisión de las tropas griegas y persas. Al amanecer, todos estaban alineados en la llanura. Ciro, en una carroza de guerra tirada por dos caballos blancos y conducida por un auriga, avanzaba lentamente frente a los ejércitos reunidos, seguido por una comitiva de caballeros.

La amazona siguió detrás de la carroza en su corcel, acompañada de varios caballeros persas y griegos. Estaba con su armadura y el casco con crina de caballo que le cubría el rostro, y su cabello estaba recogido en una trenza apretada, escondida bajo el manto blanco que caía sobre sus hombros.

Después de sentirse satisfecho, Ciro ordenó que su carroza regresara a la ciudad, y Artemisia lo siguió al galope, descansando su mano izquierda sobre el pomo de su espada, mientras con la derecha controlaba su corcel. La amazona sentía las miradas de los soldados griegos sobre ella y rió mentalmente al pensar: *¿Será que creían en la historia que escuché, en la que decían que yo era la nieta de la legendaria Artemisia, que luchó bajo las órdenes de Jerjes durante la invasión de Grecia?*

La amazona regresó a la ciudad, donde almorzó en compañía de Ciro y los oficiales. Las órdenes de partida ya se habían distribuido; a la mañana siguiente avanzarían hasta la ciudad de Peltes, en una marcha que llevaría dos días. Como siempre, las amazonas irían al frente, buscando señales de posibles emboscadas.

Cada día que pasaba, avanzaban cada vez más hacia el interior del Imperio Persa.

CAPÍTULO 24

Los espartanos marcharon durante dos días y llegaron a la ciudad de Peltes, donde el ejército estableció su campamento en las cercanías de la ciudad.

Xenias de Arcadia, uno de los varios generales mercenarios griegos, con el consentimiento de Ciro, celebró las Lupercales[85], realizando diversos sacrificios a Zeus-Lykaios[86], además de promover desafíos de fuerza, velocidad y habilidad.

Ciro ofreció como premios pequeñas escobas de oro, que servían para peinar las crines de los caballos y que equivalían al salario de seis meses de un hoplita. Las competiciones estaban abiertas a todos los soldados, y cuando los heraldos recorrieron el campamento anunciando los eventos, Petrus se inscribió en la competición de lucha y Laertes en la de carreras.

La animación en el campamento del ejército griego era intensa. La ciudad proporcionó víveres suficientes para alimentar a las tropas, reabastecerlas para el viaje y para los banquetes que se celebrarían durante cinco días consecutivos.

Al amanecer, Perseo y sus compañeros se dirigieron a la arena de carreras, donde una gran multitud se aglomeraba alrededor de una pista de unos seiscientos cincuenta pies, un poco más de un estadio. La prueba consistía en diez vueltas alrededor de la pista.

Aunque el día apenas comenzaba, el calor ya era intenso. El pelotón del sargento Georgios levantó una tienda para su campeón, Laertes, conocido en toda la compañía por ser un campeón de las olimpiadas. Mientras se depilaba y se untaba el cuerpo con aceite, ya que la tradición dictaba que los atletas corrían completamente desnudos, Diomedes ya recogía monedas para apostar. Todo el pelotón y varios soldados del regimiento apostaron para aumentar las ganancias, confiando en la victoria de su compañero de Perseo.

Diomedes, después de recaudar una gran suma, junto con Petrus y Atreu, se dirigieron a los oficiales designados por Ciro, quienes recogían las apuestas y las anotaban cuidadosamente para la carrera, que tendría lugar en dos horas.

Georgios, Evandro, Perseo y otros soldados esperaban, y cuando Laertes salió de la tienda, cubierto de aceite y con los cabellos sueltos, varios soldados vitorearon, llamándolo hijo de los dioses, tal era su belleza física.

Lo siguieron hasta la pista mientras él fingía no oír los gritos, pero claramente se regocijaba con los saludos de la tropa. Llegaron al lugar y encontraron a Diomedes y los demás, que habían encontrado un buen sitio desde donde ver la prueba.

—¡Gana esta carrera y seremos ricos! —gritó Diomedes entre carcajadas.

Laertes lo ignoró y entró en la pista, donde otros treinta concursantes se aglomeraban en la línea de salida, todos desnudos y en excelente forma física. En una tribuna montada, el joven Ciro, acompañado de su comitiva y varios oficiales persas y griegos, incluido el general Clearco, esperaban el inicio. Servidores de ambos sexos, mínimamente vestidos, circulaban entre los invitados, llevando bandejas llenas de comidas exóticas y frutas, mientras otros servían vino y otras bebidas de grandes jarras de plata.

Atreu ofreció vino de un odre de piel de cabra, además de varios trozos de carne y frutas.

—Vamos, amigos, hoy es un día de fiesta, sírvanse y regocijémonos con los dioses —sonrió.

—Solo tú puedes creer en los dioses —gruñó Georgios, con rostro serio, pero se sirvió un trozo de muslo de ave.

—¿No crees, Georgios? —preguntó Perseo.

—Creo en el hombre y en lo que puede hacer. Si los dioses existen, no deben preocuparse por nosotros, ¿por qué si no permitirían la guerra y otras desgracias?

—No culpes a los dioses, Georgios, somos nosotros, sus hijos, los que causamos el mal en el mundo. Tenemos la opción de elegir entre el bien y el mal dentro de nosotros —dijo Atreu.

Antes de que Georgios pudiera responder, el heraldo real tocó la primera nota de la trompeta, señal para que los atletas se prepararan. En el segundo toque, los corredores se lanzaron por la pista, que rodeaba el cantero central donde estaban las tribunas reales. Solo Ciro y sus invitados podían ver la carrera desde todos los ángulos; nosotros solo los veíamos cuando pasaban frente al lugar donde estábamos.

La algarabía era grande, grupos de soldados gritaban incentivos a los atletas en los que habían apostado. En la primera vuelta, Laertes pasó en décimo lugar. Petrus gritaba y maldecía, amenazándolo de varias formas desagradables. Perseo se preocupó, pues había apostado casi todas sus monedas a su compañero. Georgios sonrió y se volvió hacia él:

—No te preocupes, Laertes está reservando energía, espera a la última vuelta —explicó, volviendo la mirada hacia la pista.

La carrera transcurrió con los competidores alternándose en la delantera, hasta la novena vuelta, cuando Laertes se mantuvo entre los diez primeros. Sin embargo, cuando llegó la última vuelta, aceleró y adelantó a todos los que estaban en la cabeza, y cuando apareció en la recta final, ya tenía varios cuerpos de ventaja sobre el segundo colocado, lo que causó un gran alboroto entre los espectadores cuando cruzó la línea de meta.

Perseo y sus compañeros lo rodearon, celebrando, llevándolo de forma triunfal hasta los pies de las gradas, donde Ciro esperaba junto al general Clearco, que sonreía orgulloso, afirmando a quien quisiera escuchar que Laertes era un ejemplo tanto de soldado como de atleta, y que estaba bajo su mando desde hacía varios años.

El joven Ciro pidió que el campeón subiera a las gradas, lo que hizo como si fuera un dios o el hijo de un dios. Al llegar a la cima de la escalera, los sirvientes le cubrieron los hombros con un manto, el sátrapa le entregó el premio y lo invitó a acompañarlo al palacio de la ciudad, donde se celebraría un banquete en su honor.

Laertes fue sin dignarse a mirar a sus compañeros.

—Qué gran hijo de perra —maldijo Petrus—. Ni siquiera miró a sus compañeros —se quejó, disgustado.

—No me importa —rió Diomedes—. Lo que importa es que ganamos una buena suma con las apuestas, y mañana en las pruebas de lucha tendrás tu oportunidad de convertirte en héroe.

Ambos salieron riendo, mientras el resto del grupo se dirigía al campamento, donde les esperaba un buey que había estado asándose desde la mañana y suficiente vino para emborracharse.

La última cosa que Perseo recordó, después de haber comido y bebido todo el día, fue ver a Diomedes y Petrus regresar de la ciudad, borrachos y con una gran bolsa de monedas, fruto de las ganancias de las apuestas. Despertó al día siguiente con un dolor de cabeza tremendo y con Atreu pinchándolo en los costados con el pie.

—Despierta, muchacho, casi es hora de la prueba de lucha —avisó.

—Mi cabeza está a punto de estallar —Perseo se frotó las sienes con ambas manos.

—Date un baño, te pasará —sugirió Diomedes, echándole un cubo de agua fría en la cara.

—¡Hijo de un asno! —gritó asustado—. ¡Casi me matas ahogado!

—Voy a buscar a nuestro campeón, si no es capaz de despertarse hasta que volvamos de esta campaña —rió Diomedes, sin prestar atención a los gruñidos de Perseo.

—¿Y nuestro campeón, Laertes? —preguntó Perseo, curioso.

—No volvió, un oficial del comandante dijo que era invitado al palacio real y pasaría la noche allí —respondió Georgios.

Media hora después, Diomedes regresó con Petrus a su lado, que estaba empapado y resoplaba como un toro enfurecido.

—Ahí viene nuestro campeón, pero parece que ya se ha bañado en el río de la victoria —rió Atreu.

—¡Maldito hijo de noble! ¡Quítate del camino o empezaré las competiciones rompiéndote la cabeza! —maldijo Petrus.

—Vamos, hijo —pidió Diomedes, riendo—. Un baño por la mañana revigora a cualquiera.

—Un baño para mí solo cuando tenga que cruzar un río —murmuró Petrus, quien recibió un cubo de agua en la cara, igual que Perseo.

—Vamos, muchacho, si quieres participar en las competiciones, tiene que ser ahora —advirtió Georgios, de forma agria.

—Viejo, siempre estás de mal humor —rió Diomedes.

—Y tú, con tu bocaza, nos vas a causar problemas —respondió Georgios, con el ceño fruncido.

Todos se dirigieron hacia las arenas de lucha, que consistían en dos grandes cercados con el suelo de tierra batida. Los luchadores se enfrentarían en dos grupos, y al final, los finalistas de cada grupo se medirían al anochecer.

Se dirigieron a la arena donde Petrus iba a luchar y levantaron nuevamente una pequeña tienda. Como todo atleta, Petrus se depiló y se untó el cuerpo con aceite, a diferencia de Laertes, quien poseía un físico digno de un dios, bien distribuido, y se movía con gracia y elegancia. Petrus, por su parte, era pura fuerza bruta, con enormes músculos, y caminaba como un toro enfurecido. Diomedes nuevamente se encargó de las apuestas, y mientras recogía monedas de varios soldados, Perseo preguntó tímidamente:

—¿Diomedes, y mi dinero de la apuesta de ayer?

—Hijo mío, tus monedas están bien guardadas y están siendo apostadas nuevamente —rió.

—Pero no sé si quiero apostar hoy —protestó Perseo.

—Muchacho, ¿qué vas a hacer con tus monedas? ¿Gastarlas en bebidas y prostitutas? Cuando reiniciemos la marcha, estarás más pobre de lo que llegaste aquí. Tranquilo, voy a aumentar nuestras ganancias —rió de nuevo.

Perseo se encogió de hombros. Era inútil discutir con Diomedes, ni siquiera Georgios conseguía hacerlo.

Pronto, los heraldos llamaron a los competidores. Las reglas eran simples: luchaban hasta desmayarse o pedir que se detuviera la lucha.

Los competidores eran todos similares a Hércules, altos y musculosos, no solo griegos, sino soldados de todas las naciones que componían el ejército del joven Ciro, y aquellos que creían tener la oportunidad de ganar se inscribieron en la competencia.

La prueba se llamaba "Palé" y era uno de los deportes que se practicaban en las Olimpiadas, que tenían lugar cada cuatro años en la ciudad griega de Olimpia. El que alcanzaba tres puntos ganaba. Para marcar un punto, era necesario que el adversario tocara el suelo con la

espalda, o que golpeara el suelo con la mano si era sometido por el rival, o fuera forzado a salir del área de lucha.

Se permitía todo tipo de agarre con el objetivo de persuadir al adversario a aceptar la derrota. Las luchas comenzaron con Petrus y su primer oponente, un enorme soldado negro egipcio. Ambos se dirigieron al centro de la arena y, tras la señal del oficial que actuaba como árbitro, se enzarzaron como dos gigantes. El bullicio alrededor era enorme, con todos gritando e incentivando a su favorito.

Pero pronto, Petrus consiguió esquivar a su oponente y, a continuación, le aplicó una llave de brazo en el cuello, arrojándolo al suelo. El soldado negro abrió los ojos buscando aire para respirar mientras intentaba liberarse del abrazo mortal. Estaba a punto de desmayarse cuando golpeó el suelo con las manos, admitiendo su derrota.

Las luchas continuaron durante toda la mañana y, alrededor del mediodía, Petrus se proclamó campeón de su arena. Se acercó a sus compañeros con una sonrisa abierta y la boca cubierta de sangre.

—¡Vino! —gritó.

—Aquí —Evandro le extendió un odre.

Petrus vació el odre de un solo trago.

—Vamos, campeón, vamos a descansar para la noche —rió Diomedes mientras llevaba a Petrus hacia el campamento.

Los soldados comenzaron a dispersarse hacia sus respectivos campamentos para el almuerzo. Al llegar, Petrus bebió otros dos odres de vino de un solo trago y cayó roncando al lado de su tienda.

—¿Crees que se levantará para las finales? —preguntó Perseo.

—Con facilidad —respondió Diomedes—. Y aún querrá beber un odre más antes de las finales. Ahora, si me permiten, iré a hacer nuevas apuestas para las finales y triplicar nuestras ganancias.

—Asegúrate de no perder todo nuestro dinero —pidió Georgios, con cara seria.

—Tranquilo, viejo, tendrás lo suficiente para enviar a tu familia —respondió Diomedes mientras se dirigía hacia la ciudad.

Cuando anocheció, se dirigieron hacia la arena escoltando a Petrus, que estaba de buen ánimo. Las antorchas iluminaban todo el lugar, se levantaron palcos para la comitiva del joven Ciro y sus generales. Vieron a Laertes en medio de los nobles y oficiales, pero él fingió no ver a sus compañeros.

Petrus entró a la arena desnudo y comenzó a flexionar los músculos. Al otro lado, un enorme soldado etíope entró sonriendo en el cercado, lo que causó un gran alboroto entre los soldados del ejército persa del sátrapa, mientras que la multitud griega animaba a su compatriota y ofendía a su adversario.

Los luchadores se acercaron al centro de la arena, mirándose fijamente. Luego comenzaron a caminar en círculo, buscando debilidades que no existían. De repente, el soldado etíope avanzó como un toro hacia Petrus, quien, con una rapidez increíble para un hombre de su tamaño, dio un paso al lado, dejando pasar al adversario, y de inmediato lo abrazó por la espalda, arrojándolo al suelo.

La multitud griega enloqueció, pero el etíope logró arrodillarse e intentaba por todos los medios liberarse del abrazo de oso del espartano. Durante minutos que parecieron horas, midieron fuerzas hasta que, con un rugido, Petrus consiguió levantar al etíope y arrojarlo lejos. El etíope no tuvo tiempo de reaccionar; cuando intentó levantarse, el espartano ya estaba sobre

él, lanzando todo su peso contra el adversario, quien cayó sentado y pronto se vio siendo estrangulado por una llave de brazo.

El etíope no se rindió y trataba de todas las maneras de zafarse, pero cuanto más fuerza hacía, más apretado se volvía el abrazo. Finalmente, comenzó a debilitarse y, de repente, dejó de moverse. En ese momento, Petrus lo soltó y se levantó, mientras la multitud griega enloquecía. El espartano se acercó al palco, y un oficial del joven Ciro bajó para entregarle el premio.

Perseo y sus compañeros entraron a la arena y llevaron al campeón hasta el campamento, donde celebraron derramando odres de vino. A la mañana siguiente, despertaron con la cabeza explotando. Por la tarde, comenzaron a llegar órdenes para prepararse para la marcha.

Cuando llegó la noche, Laertes apareció en el campamento.

—Mira quién fue pateado del Olimpo —rió Diomedes.

—¿Qué pasó? ¿Se aburren de tu presencia? —preguntó Atreu irónicamente.

—Partiremos mañana, después del almuerzo —anunció Laertes, ignorando los comentarios irónicos.

—Ah, entonces te mandaron de vuelta a los infantes —rió Petrus nuevamente.

—Estás celoso porque no fuiste invitado al banquete en el palacio —comentó Laertes con una expresión despectiva.

—Prefiero la compañía de los chupadores de pica —se rió Petrus.

—Vamos, vamos, dejemos en paz a Laertes —regañó Georgios con una media sonrisa.

Sin dignarse a mirar a sus compañeros, Laertes se dirigió altivamente a su tienda, mientras el resto no paraba de reír. Diomedes distribuyó las ganancias de las apuestas, y ahora todos tenían una buena reserva de monedas de oro y plata.

La fiesta terminó, y al día siguiente reiniciarían la marcha.

CAPÍTULO 25

Al llegar a la ciudad de Peltes, Xenia de Arcadia, uno de los varios generales mercenarios griegos, con el consentimiento de Ciro, celebró las Lupercales, una fiesta en honor a Zeus-Lykaios, en la que se realizaban varios sacrificios además de promover desafíos de fuerza, velocidad y destreza.

Ciro ofreció como premios pequeñas escobas de oro, que se usaban para peinar las crines de los caballos y que equivalían al salario de seis meses de un hoplita. Las competiciones estaban abiertas a todos los soldados, y los pregoneros recorrieron los campamentos anunciando los eventos.

Una gran cantidad de suministros había sido almacenada en la ciudad para recibir a Ciro, una de sus ideas. Las ciudades por las que pasaría ya estaban al tanto de la marcha y se les instaba a proporcionar víveres para el ejército. A efectos prácticos, iban a combatir contra los pisidios en las estribaciones del monte Tauro.

Artemisia aprovechó los días tranquilos en Peltes para cazar con Ikarnas y algunas amazonas. No tenía interés en asistir a los juegos de los griegos, estaba cansada de su presencia constante. Algunos generales eran simpáticos, pero otros eran arrogantes en su orgullo, como si hubieran combatido personalmente en Maratón o las Termópilas.

Sin embargo, durante la primera noche de los juegos, se vio obligada a asistir al banquete ofrecido por Ciro a los oficiales y nobles de la ciudad. Algunos atletas ganadores fueron invitados a participar. En esta ocasión, para no despertar la curiosidad de los invitados, la amazona acudió vestida con una larga túnica persa azul y dorada, un regalo de su amigo real, que la ayudaba a mezclarse entre la multitud, aunque se sentía incómoda en ellas. Ciro insistía en que ella asistiera, si no a todos, al menos a la mayoría de los banquetes que se ofrecían en su honor.

Después del primer día de juegos, se distribuyeron las órdenes: partirían la tarde posterior al último día del festival en dirección a la ciudad de Oleiros, en una marcha de dos días.

Ansiosa y cansada de la presencia constante de los griegos, que como abejas invadían el mercado y las calles de la ciudad, Artemisia partió dos días antes hacia la ciudad, junto con un escuadrón de emisarios persas para prepararla.

Mientras los emisarios, acompañados de veinte de sus amazonas como guardia de honor, se dirigían al gobernador local para informarle de la aproximación de Ciro, ella ordenó que las demás delimitasen el campamento cerca de un arroyo, para que los caballos tuvieran abundante agua, y les indicó que trazaran el lugar donde Ciro montaría sus suntuosas tiendas, en caso de que no quisiera hospedarse en la ciudad.

Como era costumbre, envió exploradoras en todas direcciones para comprobar si había señales de Abrácomes, Tisafernes o cualquier otra fuerza hostil. Solo cuando el crepúsculo se acercó, se dio por satisfecha, tras verificar que las amazonas habían montado las tiendas y que estaban debidamente abastecidas con víveres.

De pie, en la pequeña elevación donde había sido armada su tienda en el centro del campamento, Artemisia contemplaba la puesta de sol, que teñía el cielo con varios tonos rojizos en su lenta caída, hasta que finalmente desapareció en el horizonte, dejando un rastro rojo.

Ese era uno de los pocos momentos de paz que podía disfrutar, aunque su mente estaba asaltada por preguntas.

¿Algún día conoceré la verdadera paz de tener un hogar? ¿Un marido? ¿Niños

corriendo en el jardín? ¿Renunciaré a mi liderazgo abandonándolo todo para someterme a un hombre? ¿Será posible, si lo intento, llegar a amar a Ciro o a otro hombre?

—Mi señora —una voz la sacó de sus pensamientos.

—¿Sí? —preguntó a Ikarnas, que acababa de hacer su ronda por el campamento, mirándola con una sonrisa cansada.

—La cena está lista, y tus guerreras te esperan —la amazona mayor hizo una pequeña inclinación de cabeza.

—Entonces vamos, amiga mía —Artemisia dejó de lado sus pensamientos. *Después de todo, ¿qué podría ser mejor que galopar todo el día? ¿Tener verdaderas hermanas de armas con las que luchar y compartir las comidas? ¿Sentir la emoción de la batalla y la sensación de estar viva después de la victoria?*

Días después, ayudaron al gobernador en los preparativos para recibir al príncipe, que debía llegar después del mediodía. Se aisló y registró toda un ala del palacio del gobernador, y no fue hasta que, a la hora del almuerzo, la guardia personal de Ciro llegó a la ciudad para relevarlos que abandonaron el palacio.

—¿Está todo preparado, Artemisia? —preguntó Artapates sonriendo al acercarse con sus hombres.

—Sí, hemos aislado esta ala del palacio, las exploradoras recorren todas las direcciones en busca de señales de emboscadas, algunas están infiltradas entre los habitantes para escuchar cualquier susurro de traición. Ya hemos delimitado el lugar para montar el campamento real, por si Ciro decide quedarse en él.

—Eficiente como siempre —el noble hizo una señal para que Artemisia lo siguiera, mientras él inspeccionaba personalmente el palacio, y sus soldados de la guardia real se dispersaban por el lugar relevando a las amazonas.

—Ikarnas, espera conmigo en las puertas del palacio —Artemisia le pidió a su siempre silenciosa segunda al mando, quien respondió con una leve inclinación de cabeza.

Artapates se dirigió al interior del palacio mientras la amazona caminaba a su lado. Los pasillos eran amplios y bien iluminados, con aberturas que daban a un hermoso jardín en el centro del lugar.

—Ciro debe llegar en unas cuatro horas —avisó.

—El gobernador y los nobles ya están esperando, se está preparando un banquete para recibirlo.

—Sí, Ciro hace que su presencia sea obligatoria, es obvio —dijo sonriendo.

—Ciertamente —asintió Artemisia, aunque no le gustaban esos banquetes, no había opción más que participar.

Acompañó a Artapates hasta los aposentos que le habían destinado, no muy lejos de los destinados al príncipe, lo que demostraba el prestigio del noble como comandante de la guardia real. Él observó el lugar, moviendo la cabeza de manera satisfactoria.

—Como siempre, todo está perfecto —dijo mientras acariciaba su larga barba rizada.

—Gracias, mi señor, ahora, si me permite, voy a salir a hacer una ronda por la ciudad con mis amazonas —avisó la amazona haciendo una leve inclinación.

Artemisia salió del palacio, fresca, mientras que afuera la temperatura era cálida, con el sol brillando en un cielo despejado. Ikarnas y cerca de cincuenta amazonas, que habían estado de centinela, la esperaban montadas. El corcel negro de Artemisia estaba al lado de la yegua torda de su amiga, quien sostenía las riendas. Al acercarse, Artemisia montó con un movimiento ágil y rápido, haciendo que el animal solo resoplara al sentir su peso sobre el lomo.

—¿Y ahora? —preguntó Ikarnas.

—Vamos a hacer una ronda por la ciudad, luego tengo que prepararme para recibir al príncipe, debo asistir al banquete en su honor —Artemisia frunció los labios al pensar en la aburrida noche que tenía por delante.

Partieron trotando por las calles de la ciudad, las amazonas eran objeto de las miradas sorprendidas de los habitantes, que no estaban acostumbrados a ver mujeres guerreras.

Tras la ronda, cerca del crepúsculo, regresaron al campamento donde les esperaba una tina con agua tibia, dos jóvenes amazonas las aguardaban con telas limpias y aceite aromático.

La armadura que llevaba, regalo de Mardoc, brillaba con sus hilos de oro y plata. Artemisia no se cansaba de observar los detalles esculpidos en ella, especialmente el centro de la coraza, donde destacaba la cabeza de la gorgona Medusa. Sus ojos irradiaban ferocidad, y las serpientes de su cabello mostraban los colmillos de la monstruosa figura.

Con un suspiro de satisfacción, la amazona se desnudó y entró en el agua templada. Una de las jóvenes comenzó a frotar su espalda con firmeza, mientras que la otra lavaba suavemente su cabello.

Artemisia cerró los ojos por un momento mientras se relajaba. Pero el momento no duró mucho, pronto una voz interrumpió sus pensamientos.

—Mi señora, Ciro se acerca, está a unas horas de la ciudad — informó Ikarnas.

—Sí, ya voy saliendo — la líder de las amazonas abrió los ojos y sonrió en agradecimiento a las jóvenes amazonas.

Tras vestirse con la armadura y las grebas, y colocar una capa blanca sobre sus hombros, Artemisia dejó que una de las amazonas trenzara su cabello de forma tradicional. Tomó una de sus espadas y la colgó a su lado, aunque el banquete festivo en honor a Ciro prohibiera que cualquier invitado asistiera armado, esta norma no se aplicaba a su guardia personal ni a algunos pocos comandantes, entre ellos la líder de las amazonas. Ser agasajada con tal deferencia era señal de prestigio.

Galopó con unas cincuenta amazonas hasta la llanura fuera de la ciudad, donde, desde una pequeña elevación, pudo observar la aproximación del ejército. Primero llegó la caballería tracia, junto con escuadrones de la caballería persa. Poco después, marcharon la infantería persa y sus aliados, y, tras ellos, la comitiva real con sus carromatos y carruajes; detrás de ellos, otras tropas se perdían de vista en el camino, haciendo que una nube de polvo se alzara al cielo.

Ikarnas hizo una señal y dos amazonas avanzaron para encontrarse con los conductores y guiarlos hasta el lugar donde se montarían las tiendas reales.

A lo lejos, Artemisia observó que, cerrando la columna del ejército, venían los aliados griegos. Al observarlos, una vez más sintió disgusto por su presencia. Ignorando ese sentimiento, se acercó trotando a la comitiva real, rodeada por los soldados de la guardia personal de Ciro, pesadamente armados y montados en espléndidos caballos.

Las carrozas avanzaban a paso moderado, y desde las varias ventanas, la líder amazona percibió el movimiento de las cortinas. Podía imaginar a las concubinas reales elegidas para compartir la compañía de Ciro, observándolo todo con miradas curiosas.

Sonrió mentalmente al recordar cómo Ciro se había sentido incómodo al contarle que tenía varias concubinas. No sintió celos ni resentimiento; sus sentimientos por él estaban bien definidos: lo amaba como a un hermano y nada más.

Trotando, se acercó a la carroza más grande. Los guardias reales le permitieron acercarse, otro de sus privilegios como comandante favorita del príncipe.

—Mi señor, todo está preparado para su llegada, se ha reservado un ala entera del palacio

del gobernador, y se le ofrecerá un banquete — anunció en voz alta, dirigiéndose a la ventana, protegida por una cortina de tela roja.

Desde el interior de la carroza se oyeron murmullos femeninos y una fuerte y burlona risa masculina.

—Gracias, Artemisia. Creo que una cama de verdad será bienvenida después de sacudirme por el camino. Los espero en el banquete — la voz de Ciro sonó desde el interior de la carroza.

—Así será, mi señor — Artemisia se alejó trotando en dirección a la ciudad, dejando a veinte de las amazonas para escoltar y guiar el camino hasta el palacio del gobernador.

Por la noche, durante el banquete, ella asistió vistiendo su armadura completa, a excepción del yelmo, y con el cabello suelto. Como siempre, los nobles de la ciudad la miraron atónitos. Una mujer vestida con armadura de batalla y comandando un ejército era algo rarísimo de ver. Sin embargo, los griegos ya estaban acostumbrados a su presencia; algunos incluso olvidaban que era mujer y conversaban en su presencia sin pudor sobre temas que harían sonrojar a una dama de la nobleza.

El banquete, como la mayoría de los que había tenido que asistir, resultó aburrido. El gobernador y los nobles de la ciudad se esforzaban por mostrarse atentos y sumisos, tratando de agradar a Ciro, conocido por su generosidad, al igual que los varios generales griegos que competían por su atención.

Generalmente, en esas ocasiones, Artemisia se aislaba en un rincón con una copa de vino, hasta que, cuando pensaba que había pasado suficiente tiempo, salía discretamente y regresaba a su campamento y tienda, y eso fue lo que hizo nuevamente.

Lo que más ansiaba la amazona era encontrar a Tisafernes en batalla.

CAPÍTULO 26

A la tarde siguiente a la finalización del festival de las lupercales, el ejército espartano reinició el avance por el interior del Imperio Persa.

En dos días llegaron a la ciudad de Oleiros, donde reabastecerían provisiones y descansarían durante cinco días. A Perseo le parecían aburridas las marchas, caminaban desde el amanecer hasta el anochecer, con breves intervalos para comer una insípida ración de campaña y beber agua. Las gargantas de todos estaban siempre secas debido al calor, y aunque las carreteras persas eran infinitamente mejores que las griegas, seguían estando cubiertas de polvo debido a la falta de lluvia.

Durante las caminatas, Perseo pensaba constantemente en Elana, en su hijo, en su madre, en su hermano y en el viejo Hipócrates. *¿Estaría aún vivo el anciano cuando yo regrese? ¿Regresaría yo? ¿Cómo estaría mi hogar? ¿Mi hermano? ¿Mi madre? ¿Mis sobrinos? ¿Y Elana? ¿Cómo estaría ella en Atenas? ¿Nuestro hijo estaría creciendo fuerte? ¿Volvería a verlos? ¿Tendría oportunidad de reconocerlo?* Estas dudas ocupaban su mente durante las extenuantes marchas.

Al final del día, él estaba exhausto, la vida en el campamento era agotadora. Cuando se detenían al anochecer, debían montar el campamento; generalmente, había una pequeña tienda para cada dos soldados. No tenían privacidad, el ruido era intenso desde el amanecer hasta bien entrada la noche, y la entrada a las ciudades estaba generalmente prohibida para los griegos, salvo para los generales y sus oficiales.

Los soldados del pelotón de Perseo no tenían mucho que hacer, cenaban, bebían vino cuando lograban conseguirlo, se peleaban con soldados de otros regimientos, jugaban a los dados, contaban chistes e historias o buscaban el convoy de suministros que, como en cualquier ejército del mundo, iba acompañado de meretrices, actores, filósofos y vendedores de todo lo que uno pudiera imaginar, ansiosos por recibir una parte de los beneficios de los pillajes o del sueldo de los incautos soldados.

Perseo no tenía valor para buscar a las meretrices y, después de haber visto una obra de teatro mal interpretada, decidió que no buscaría diversión en ese lugar. Echaba de menos los espacios abiertos y silenciosos de los campos de Esparta, necesitaba estar a solas con sus pensamientos. Por ello, habló con Georgios y le pidió permiso para ir a cazar al día siguiente; quedarse acampado esperando órdenes para marchar, o buscar diversión en el convoy de suministros, lo estaba dejando irritado.

El sargento le permitió salir a cazar, pero le ordenó regresar antes del anochecer. Los guías locales señalaron un bosque, a unas dos horas de caminata del campamento griego, donde había abundante caza y les aseguraron que la zona era pacífica y no había señales de tropas enemigas.

A la mañana siguiente, antes del amanecer, Perseo se armó con tres dardos, su espada y un puñal. No llevó armadura ni escudo, pues consideraba que no era necesario, y si tuviera que correr por algún motivo, el peso del equipo dificultaría sus movimientos. Sin embargo, llevó un trozo de queso, pan y un odre de agua.

El joven espartano caminó, disfrutando de las suaves colinas de la región, el rocío de la hierba mojaba sus pies empapando sus sandalias. El silencio, tras varios días en medio del bullicio del ejército, le resultaba gratificante. A lo lejos, avistó un bosque que se iba acercando

conforme caminaba, y no tardó en llegar a su límite.

El sol ya brillaba con fuerza, pero en el interior la temperatura era agradable. Perseo caminaba en silencio, escuchando el canto de los pájaros, atento a cualquier ruido o señal de animales.

Identificó un sendero con varios rastros de jabalíes, ciervos y otros animales pequeños, y lo siguió en silencio hasta llegar a un pequeño lago formado por un arroyo. Varios rastros terminaban en sus suaves orillas, lo que indicaba que el lugar se utilizaba para saciar la sed.

Acomodándose en un arbusto, Perseo se escondió lo mejor posible con un dardo en la mano y esperó. El tiempo pasó y la temperatura fue subiendo, el sol brillaba entre las hojas de los árboles, el aire estaba inmóvil y no pasaba ni una brisa por el bosque.

De repente, Perseo oyó un ruido y contuvo la respiración. Una corza salió del interior del bosque, olfateando el aire. Con cautela, se acercó a la orilla del arroyo. El joven estaba a unos cincuenta pasos del animal, oculto entre el follaje. Calculó el trayecto y apretó más fuerte el centro del dardo. *Tiene que ser un lanzamiento preciso*. Se acordó de sus años de entrenamiento en la agogé, cuando cazar era la única opción para calmar el hambre.

Cuando la corza agachó la cabeza y comenzó a beber, apuntó al tronco del animal. Aunque la herida no fuera mortal al instante, tomaría tiempo hasta que cayera, y él podría alcanzarla fácilmente, bastaba seguir el rastro de sangre que dejaría. Apartando cualquier pensamiento, Perseo lanzó el dardo violentamente, siguiendo su trayectoria con la mirada. Justo en el momento en que el proyectil alcanzó el vientre del animal, una flecha disparada desde el otro lado del pequeño lago le atravesó los ojos, matándola instantáneamente y haciendo que cayera al suelo.

Perseo se levantó rápidamente, desenvainando su espada. *Quienquiera que haya lanzado la flecha, pensó, era un arquero formidable.* Miró a su alrededor.

***

Dos días después del banquete, Artemisia despertó en medio de un sueño que le había dejado una sensación placentera que no sabía definir. En el sueño, ella era Artemisa, corriendo libre por el bosque. Se levantó antes de los primeros signos del alba y, tras mojarse la cara con agua fresca de una palangana, se puso una túnica, sandalias y se armó con su daga, sujeta a un cinturón que ajustaba a su cintura. Luego tomó el arco y colgó una aljaba de flechas sobre sus hombros.

Al salir de la tienda, algunas amazonas ya estaban preparando el desayuno en un gran caldero donde cocinaban gachas. Artemisia se acercó y sintió el delicioso aroma. Una de las guerreras rápidamente sirvió un poco en un cuenco de madera y se lo ofreció. Sonriendo agradecida, Artemisia bebió, sintiendo el calor esparcirse por su cuerpo. Aunque los días eran calurosos, las noches y las mañanas solían ser frías.

—Avisad a Ikarnas que me ausentaré todo el día, tengo intención de cazar —ordenó mientras se dirigía hacia el establo de caballos para coger su corcel.

El sueño, que no lograba recordar con claridad, le había dado ganas de salir a cazar, pero esta vez sola.

Trotando, mientras los primeros rayos de sol hacían brillar el rocío matutino en la hierba, la amazona se acercó a un bosque no muy lejano, que las amazonas habían localizado al inspeccionar los alrededores de la ciudad. Ya lo habían recorrido y no habían encontrado señales de enemigos.

Al llegar al borde, desmontó y dejó su corcel suelto para que pastara en la hierba. Estaba entrenado para no abandonar a su jinete y cualquiera que intentara montarlo, además de ella,

podría resultar gravemente herido.

—Quédate aquí —murmuró acariciando el cuello fuerte del animal, que respondió con un suave resoplido.

Los rayos de sol de la mañana comenzaron a bañar el bosque, forzando su paso entre las hojas. Los pájaros cantaban anunciando el nuevo día, y el olor de las flores silvestres era penetrante. Después de unos minutos caminando, Artemisia localizó un arroyo que desembocaba en un pequeño lago y se acomodó detrás de un tronco grueso, entre los arbustos que crecían en el suelo fértil. Era un buen lugar para una emboscada; cuando el sol calentara, varios animales acudirían allí a refrescarse.

Al cabo de media hora, notó movimiento al otro lado del lago, y para su sorpresa, un joven con una túnica griega, llevando tres dardos, una espada embainada colgada en la cintura, sujeta por una correa de cuero que cruzaba su pecho, y un puñal también en la cintura, se acercaba al lugar, observando.

Artemisia redujo el ritmo de su respiración y permaneció inmóvil. El joven miró a su alrededor con aire despreocupado y pronto se escondió detrás de un arbusto. Desde donde ella estaba, en un punto algo más elevado, pudo ver su rostro, oculto entre las hojas.

Impactada, la amazona casi se traiciona al dejar caer el arco de su mano.

¡Ese rostro! ¡Es el rostro que vi en mis visiones en Escitia! ¿Cómo es posible? La visión regresó con fuerza, como si estuviera ocurriendo en ese mismo instante, lo que la hizo cerrar los ojos y sacudir la cabeza para ahuyentarla.

¿Es una señal de los dioses? ¡Un griego, un hombre de la misma raza que destruyó mi vida, ahora está a mi merced!

Con rabia, Artemisia preparó una flecha en su arco y apuntó, acertaría fácilmente en la cabeza de ese griego. Moriría rápidamente, sin saber de dónde venía el golpe.

Lo observó atentamente mientras apuntaba, era griego, sin duda, probablemente espartano, por la túnica sencilla que llevaba, la misma que la amazona había visto en los soldados espartanos. El joven tenía la piel bronceada por el sol, el cabello largo hasta los hombros, negro y lacio, atado con un trozo de cuero en la nuca para evitar que cayera sobre sus ojos. Su nariz era ligeramente respingada, y sus labios no muy gruesos. Aunque no era excesivamente musculoso, se notaba que estaba en excelente forma física.

Es un joven apuesto, pero es un maldito griego que me persiguió en tres ocasiones. ¿Será la voluntad de los dioses que lo mate? ¿No vi su cabeza en las manos de Ares en mi visión?

Recuerdos del asesinato de su familia y de la violación que sufrió amenazaban con dominar la mente de la amazona. *¿No eran esos hombres griegos? ¿Aliados de Esparta, o incluso espartanos?* Tensó la cuerda del arco, llevando la flecha hasta que la pluma en su base tocó su rostro, y respiró profundamente. Solo bastaba abrir los dedos, y la flecha asesina volaría directo a su objetivo, alcanzando el costado de la cabeza desprotegida del joven.

Antes de que Artemisia disparara, el joven volvió a mirar alrededor, de forma despreocupada. Su mirada pasó por el escondite de la amazona y se fijó por un breve instante en el lugar donde ella estaba, aunque Artemisia estaba segura de que él no la había visto, oculta entre las hojas de los arbustos.

Es joven, quizás uno o dos años más joven que yo, su mirada aún tiene un aire de inocencia. Debe ser su primera campaña militar. ¿Habrá matado a alguien ya? ¿Habrá cometido las atrocidades que los soldados acostumbran a hacer? Desde el inicio de la campaña, no hemos entrado en combate, excepto en la lucha en Mileto, en la que los espartanos no estuvieron presentes. Parece demasiado joven para haber luchado en otras guerras. Debe ser

recién entrenado.

De manera vacilante, sin saber bien por qué, Artemisia bajó el arco. Le dejaría vivir unos minutos más. Sintió algo extraño en su alma, de repente, el deseo de matarlo y el odio hacia los griegos parecían no tener importancia. Lo observó nuevamente; él estaba tranquilamente recostado entre las hojas de un arbusto, probablemente esperando que algún animal se acercara a beber agua, mientras el día se calentaba cada vez más.

Por un momento, la mente de la amazona divagó. *Él era bello, no como algunos persas que había conocido en la corte, siempre bien vestidos, bien peinados, bien perfumados. Él poseía una belleza simple y rústica. Era diferente de Ciro; mientras el príncipe era imponente, alto y musculoso, irradiando un poder natural, el joven ante ella era sencillo, un simple soldado de infantería.*

¿Cuántas veces no habré soñado despierta con este joven? Alguien que pensé que no existía, que era solo fruto de una visión provocada por sustancias alucinógenas.

Sin darse cuenta, Artemisia sintió un calor entre sus piernas. Asustada, tocó el lugar delicadamente por encima de la tanga que llevaba bajo la túnica, y una ola de placer, algo que nunca había sentido, emanó de esa zona, recorriendo su cuerpo como una corriente de fuego.

¡Ares, ayúdame! Rezó mentalmente. *¿Será esta la sensación de la que mis hermanas hablaban, esa que sentían al acostarse con hombres? Algo que nunca había experimentado desde que fui violada. Era uno de los misterios de Afrodita, la diosa del amor, a quien había renegado y aún renegaba*. Sus hermanas contaban el placer que sentían al acostarse con un hombre, narrando sensaciones y experiencias que no sabían cómo definir, algo que Artemisia jamás pensó que experimentaría. Sentir algo así por un hombre, y encima un espartano, era inconcebible para ella.

¿Cómo podía sentir algo así por un hombre de la raza que más odiaba? Si debía sentir algo, debería ser por Ciro, él sí que siempre se mostró amable conmigo, ofreciéndome convertirme en su reina.

Con odio en el corazón, la amazona volvió a mirar al joven, tensando la cuerda de su arco con la punta de la flecha apuntando directamente a la sien de su objetivo. Respiró profundamente y en silencio, mientras una voz en su mente le ordenaba disparar. *Morirá, después, esconderé su cuerpo; aunque sus compañeros lo busquen, pronto levantarán el campamento y él solo será un recuerdo para las personas que conoció.* Pero otra voz le preguntaba: *¿Acaso alguien lo espera? ¿Una madre? ¿Un padre? ¿Hermanos? ¿Una esposa? ¿Quizá un hijo? ¿Qué daño me ha hecho este joven para que quiera matarlo?*

Artemisia tensó aún más el arco, lista para disparar y acabar con aquel tormento, silenciando las voces en su cabeza. De repente, una corza salió del bosque, olfateando el aire casi al lado del joven, y se acercó cautelosamente a la orilla del lago. Mientras observaba al animal de reojo, la amazona notó que el joven se preparaba para lanzar un dardo.

La corza bajó la cabeza y empezó a beber del agua fresca. Ese era el momento: él lanzaría su dardo y Artemisia lo alcanzaría con su flecha. Retensando el arco, se preparó.

—¡Maldita Afrodita! —murmuró, y disparó.

La flecha voló y siguió su curso, alcanzando a la corza entre los ojos casi al mismo tiempo que el dardo del joven le daba en el vientre. El muchacho se levantó rápidamente, desenvainando su espada, y se acercó cautelosamente a la corza, mientras miraba a su alrededor intentando averiguar de dónde había salido la flecha.

Artemisia sonrió para sus adentros. *Si quisiera, él ya estaría muerto,* pensó. Sonriendo, se levantó y caminó lentamente hacia el lago con pasos ligeros, llevando el pequeño arco en la

mano y el carcaj con varias flechas colgado en la espalda, listo para ser usado.

Perseo, que se acercaba despacio a la corza y atento a cualquier movimiento, percibió el movimiento entre el follaje en la orilla opuesta y avistó a la amazona. *¿Sería Artemisa, la diosa de la caza?*, pensó, pero apartó esa idea supersticiosa: la mujer estaba vestida con sencillez; una túnica blanca hasta la altura de las rodillas, al estilo griego, y llevaba en las manos un pequeño arco y, colgado a la espalda, un carcaj con varias flechas.

Artemisia miró a Perseo, quien pensó que aquel rostro era tan bello como imaginaba que sería el de la diosa Artemisa. Su cabello, rubio como el trigo, estaba recogido en una trenza apretada que caía sobre sus hombros y descansaba suavemente sobre su pecho derecho. Con una sonrisa irónica, ella se acercó lentamente, atravesando el pequeño lago, que era poco profundo, mojando sus pies y sus sandalias atadas con tiras de cuero que terminaban debajo de las rodillas. Su andar era cautivador, recordando al de un felino. "¿Sería una aparición de la diosa?", pensó de nuevo, sin reaccionar.

—¿Te has quedado mudo, forastero? —preguntó Artemisia en griego, con una media sonrisa que hizo a Perseo sacudir la cabeza, rompiendo el hechizo.

Si no es una diosa, debe ser una hechicera, pues su voz tiene un timbre musical que parece hechizar, pensó, notando que su arco ahora llevaba una flecha encajada, lista para disparar, aunque momentos antes estaba desarmado.

—Esa presa me pertenece —respondió Perseo con brusquedad y el ceño fruncido, lo cual hizo que Artemisia riera para sus adentros, pues él parecía un niño enfadado por haber perdido un juguete.

—No, chico, yo he alcanzado primero a la corza; me pertenece —afirmó la amazona de forma burlona.

—No estoy de acuerdo, mujer; llevo toda la mañana al acecho esperando cazar en este lugar. —*¿Cómo se atreve a llamarme chico? No parece mucho mayor que yo*, pensó, molesto por la arrogancia de la mujer.

—Lo sé, te vi escondido entre los arbustos; eres un pésimo cazador. Si quisiera, te habría alcanzado sin que notaras de dónde salió mi flecha —respondió la amazona con tono burlón, mientras seguía acercándose.

Con brusquedad, Perseo arrancó su dardo del vientre de la corza y lo sostuvo con indiferencia mientras volvía a encarar a la mujer. La amazona estaba ahora a pocos pasos de él, lo que le permitió ver sus ojos, de un azul profundo y oscuro, con pequeñas arrugas en las comisuras que delataban su vida al aire libre. *Es tan bella como Elana*, pensó, observando el cuerpo firme y las piernas torneadas de la joven.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Artemisia, al notar la mirada del joven, que la analizaba. Había sentido esa mirada masculina innumerables veces, y siempre le molestaba, pero esta vez le divertía. *No debe de tener mucha experiencia con mujeres*, pensó.

La sonrisa irónica en los bellos labios de Artemisia desconcertó a Perseo, quien se sonrojó como un niño, sintiendo cómo le ardía el rostro.

El espartano era algo más alto que la amazona, y los años de entrenamiento habían dejado su cuerpo firme y con músculos bien definidos, sin ser exagerados. Sus ojos eran castaños y, para Artemisia, parecían inocentes.

—He visto mejores —respondió Perseo, intentando sonar irónico.

—¿Y cómo resolvemos esto? —la ironía desapareció de la voz de Artemisia mientras señalaba la corza abatida. Sentía que el encanto se desvanecía y la ira tomaba el control de su espíritu. *¡Por Ares! Voy a darle una lección a este mocoso*.

Perseo sostuvo la mirada de la amazona. *¿El azul de sus ojos se ha vuelto más oscuro, o es solo mi impresión?*, pensó, notando la tensión en el aire, pero decidió que no entregaría la presa. Ahora era una cuestión de orgullo personal.

—No hay nada que resolver; vete y busca otra presa —respondió el joven, arrancando la flecha clavada en la cabeza de la corza y lanzándosela hacia la amazona.

Con un movimiento rápido, ignorando la flecha que cayó a su lado, Artemisia utilizó el arco para golpearlo. Perseo apenas vislumbró el movimiento borroso de su brazo y del arma que apuntaba a su cabeza. Instintivamente, retrocedió, pero la madera lo alcanzó en el hombro, deslizándose hasta su pecho y causándole una sensación de ardor.

Antes de que pudiera reaccionar, sintió una patada en el estómago que lo hizo caer al suelo. En un abrir y cerrar de ojos, Artemisia estaba sobre él, presionando el mango del arco contra su cuello, asfixiándolo y obligándolo a soltar el dardo que sujetaba, para intentar apartar la madera que lo estrangulaba.

—Ríndete y te perdonaré la vida —gruñó la amazona, que podría matarlo si quisiera, aunque aflojó la presión.

Se miraron fijamente. *El azul de sus ojos está aún más oscuro*, pensó Perseo, convencido de que aquella mujer realmente lo mataría, pero no temblaría de miedo ante una mujer. Con un movimiento rápido de su rodilla, el espartano logró golpear las costillas de la amazona, haciéndola caer de lado con un gruñido.

Rápidamente, se levantó dando tres pasos hacia atrás, al mismo tiempo que ella se ponía de pie.

Perseo amagó con desenvainar su espada, pero antes de que pudiera hacerlo, Artemisia avanzó, golpeándolo en los brazos con su arco, el cual él usaba para defenderse mientras retrocedía.

Con el espartano nuevamente a la defensiva, la amazona apuntó a su cabeza, pero en un movimiento rápido, él avanzó, sujetando su muñeca, mientras con el otro brazo rodeaba la cintura de Artemisia y, usando la rotación de sus caderas, la lanzó al suelo de espaldas con un golpe que había practicado extenuantemente en la agogé, haciéndola apretar los dientes para no gemir de dolor.

Antes de que ella pudiera levantarse, Perseo ya estaba sobre ella, sujetando sus manos sobre su cabeza. Artemisia intentó liberarse, gruñendo como una fiera, pero la presión de los dedos del espartano la obligó a soltar el arco, mientras él, con las piernas, lograba inmovilizar las de ella, que intentaban golpearlo.

¡Maldita Afrodita! Bajé la guardia ante un hombre y ahora sería violada y asesinada. Al darse cuenta de que sus esfuerzos eran inútiles, dejó de resistirse y enfrentó la mirada de su adversario.

Jadeante por el esfuerzo, Perseo sostuvo la mirada de la mujer que yacía bajo su cuerpo.

Su aliento olía a menta, el perfume almizclado que emanaba de su piel, sus labios rojos por el esfuerzo estaban entreabiertos, dejando ver unos dientes blancos y perfectos.

¡Qué mujer tan hermosa!, pensó el joven, y sin querer, se excitó. El deseo, como un relámpago, recorrió su cuerpo, que presionaba el de ella.

—¿Vas a violarme, como haría cualquier soldado griego? —preguntó Artemisia, dejando entrever todo el desprecio que sentía hacia los hombres, al sentir la presión de la virilidad del joven contra su cuerpo. *Típico de los hombres, esto sería mi fin*, pensó.

La pregunta tuvo el efecto de avergonzarlo como nunca antes en su vida, haciéndolo sonrojar intensamente.

—No soy un animal —respondió Perseo, ofendido y avergonzado, mientras se levantaba de un salto, liberándola.

Aunque a veces el deseo lo consumía, Perseo había jurado nunca violar a ninguna mujer. Creía que una conducta así era indigna de un espartano, incluso en tiempos de guerra. No la culpaba; sabía cómo se comportaban muchos de sus compatriotas.

Artemisia se sorprendió. *¿Un soldado que no se aprovechaba de una mujer indefensa?* Eso era nuevo para ella. Había presenciado cómo actuaban los soldados griegos, y de cualquier otra nacionalidad, durante las campañas.

—Quédate con la presa —decidió Perseo, dándole la espalda y caminando lejos de ella, aún avergonzado consigo mismo.

La amazona se levantó rápidamente, recuperando su arco y el carcaj aún lleno de flechas. *Podría matarlo fácilmente*, pensó. *Qué inocente es, dando la espalda a un enemigo*. Artemisia sintió una oleada de vergüenza, mezclada con un calor que ascendió desde entre sus piernas, dejándola levemente mareada y con los oídos zumbando.

Sacudiendo la cabeza para apartar esas sensaciones, caminó cinco pasos hacia el joven, que aún le daba la espalda, y colocó suavemente su mano sobre su hombro. Perseo se volvió sorprendido; no la había escuchado levantarse ni acercarse. *Sus ojos están más claros*, pensó, admirando la sonrisa que flotaba en los labios de la mujer, esta vez sin señales de ironía o desprecio.

—Perdóname; no estoy acostumbrada a soldados que saben comportarse como hombres y no como bestias —se disculpó Artemisia, dándose cuenta de que había juzgado mal al joven.

—Perdón a ti; debí cederte la presa —respondió Perseo.

—¿Por ser yo una mujer? —preguntó ella, en tono burlón.

Perseo se sonrojó de nuevo, avergonzado. *Qué fácil era hacerlo sentir incómodo; si alguna vez frecuentara la corte persa, los nobles y sus damas lo devorarían vivo,* pensó la amazona, lo cual la hizo reír alegremente, provocando que él se ruborizara aún más.

—Vamos, mi valiente guerrero —sonrió Artemisia—. Compartamos la presa.

La amazona no esperó respuesta y se dirigió hacia la corza abatida a orillas del pequeño lago. Arrodillándose, hizo una breve oración a la diosa Artemisa, señora de la caza. Luego, sacó su puñal, que llevaba en una funda en su cinturón, y comenzó a desollar al animal, sin dejar de prestar atención a los movimientos del joven, que parecía indeciso sobre qué hacer.

Después de un momento de duda y vacilación, él se acercó y se arrodilló a su lado. Ella lo miró y le sonrió amistosamente. *Si no era Artemisa, debía ser una de sus sacerdotisas o una cazadora experta,* pensó mientras, en silencio, ambos despiezaban juntos la presa.

Desollaron al animal con cuidado, dejando la piel lo más intacta posible. Después, abrieron la corza y le extrajeron las vísceras. Cortaron la carne en grandes trozos que envolvieron en hojas de helecho que crecían alrededor del lago. Trabajaron con rapidez, y al final quedaron cuatro grandes pedazos separados.

Estaban cubiertos de la sangre del animal, y Perseo, aún en silencio, se sentía un tanto avergonzado.

—¿Cómo te llamas? —no le había preguntado aún su nombre.

La amazona lo miró fijamente.

—Puedes llamarme Diana —respondió, con una sonrisa burlona en los labios. Diana no era más que otro nombre de la diosa Artemisa, a quien sus padres también habían querido honrar al nombrarla Artemisia.

—Soy Perseo, espartano, soldado de la infantería hoplita al servicio del general Clearco

—se presentó formalmente, como si estuviera en una ceremonia oficial.

Perseo... era un nombre hermoso, pensó la amazona para sí. *El nombre de un semidiós.*

—Encantada, Perseo —dijo la amazona riendo—. Estoy hecha un desastre, voy a bañarme.

Nuevamente, él se sintió desconcertado mientras permanecía parado, observándola. No sabía si despedirse o quedarse; había algo en ella que le hacía querer permanecer a su lado. Por un momento, el recuerdo de Elana cruzó su mente, avergonzándolo.

La amazona, con una sonrisa burlona, soltó la trenza que mantenía recogido su cabello, dejando que la hermosa melena rubia se extendiera hasta el inicio de sus nalgas, y sin pudor alguno se despojó de la túnica que vestía. Sentía como si un fuego líquido se extendiera por todo su cuerpo.

¡Dioses, nunca he actuado de esta forma! pensó, sintiendo cómo su corazón se aceleraba locamente.

De reojo, percibió que él la observaba en estado de choque. *¿Sería virgen? ¿O simplemente inexperto?* Sin mirar atrás, la amazona entró en el pequeño lago y se sumergió. *Quizá el agua fría calme el fuego que me consume*, pensó mientras comenzaba a lavarse con vigor, frotándose las manos y los brazos para quitarse la sangre del animal abatido.

Perseo seguía de pie, visiblemente incómodo. La amazona lo miró de reojo y él volvió a ruborizarse, incapaz de apartar la vista del esbelto y curvilíneo cuerpo de la mujer, que tenía largas y torneadas piernas, pequeños pechos firmes con pezones rosados, y nalgas tonificadas.

—Mi noble guerrero espartano, ¿acaso tiene miedo de una doncella? —preguntó la amazona, riendo al notar la incomodidad del espartano mientras le salpicaba agua juguetonamente.

Enfurecido por haber sido desconcertado nuevamente, Perseo, con el ceño fruncido, se quitó la túnica, quedándose solo con un taparrabos que cubría sus genitales. Sentía otra vez el deseo arder dentro de él, así que entró de inmediato en el agua fría, intentando disimular la erección que comenzaba a asomar. Se sentó y empezó a frotarse vigorosamente los brazos y las manos, evitando mirar a la mujer desnuda a su lado.

De nuevo, escuchó aquella risa clara y cristalina con un timbre musical; claramente, ella se estaba divirtiendo a su costa.

Artemisia lo estaba disfrutando; era delicioso verlo sonrojarse y observarlo, concentrado como un niño, mientras intentaba quitarse la sangre de las manos y evitar mirarla.

El calor ahora se extendía por las entrañas de la amazona, haciéndola sentir el rostro encendido, los pechos endurecidos, y la mente envuelta en una confusión incontrolable.

¡Por los dioses! Que Ares me perdone, maldita sea Afrodita y sus misterios, fue el último pensamiento racional que tuvo la amazona.

Con un movimiento rápido, Artemisia se lanzó sobre Perseo, derribándolo al agua y besándolo de forma violenta. Por un momento, él intentó apartarla, cuando el recuerdo de Elana cruzó su mente una vez más, pero pronto desapareció, consumido por el fuego que incendiaba su sangre, y él correspondió al beso.

Con furia, Artemisia continuó besándolo, tirando de su cabello mientras deslizaba las manos por su cuerpo, arañándolo, compensando su inexperiencia con un ardor que rozaba la violencia, como si su subconsciente quisiera descargar el odio acumulado durante tantos años.

Perseo correspondió, recorriendo el cuerpo de la amazona con sus manos fuertes, dejando un rastro de calor por donde pasaba. Cuando tocó su intimidad, la joven sintió un placer que nunca había experimentado en su vida, y gimió alto, mordiendo los labios del espartano.

No resistiendo al deseo, ella lo desnudó y experimentó por primera vez las sensaciones de amar a un hombre por voluntad propia.

Artemisia cerró los ojos y se entregó a sus instintos, siendo correspondida, y se amaron con furia, como si fuera la última vez y fueran la última pareja en la faz de la tierra. Para Perseo, aquello también era algo nuevo; la joven lo besaba de una forma diferente y salvaje, mientras que con Elana los besos eran lentos y suaves, con la cazadora eran violentos y urgentes. Los ojos de la amazona estaban cerrados, sus uñas arañaban su pecho, y sus cabellos rubios caían sobre su rostro cada vez que se acercaba a besarlo. *Si el lago fuera un poco más profundo, probablemente me ahogaría*. Pensó, manteniendo la cabeza por encima del agua, hasta que ambos alcanzaron el clímax juntos, en una explosión de sensaciones que Artemisia nunca había experimentado antes y que dejaron sus músculos temblando incontrolablemente.

Entonces, ¿este es el misterio de Afrodita que mis hermanas y las cortesanas de la corte persa decían que era la mejor sensación que una mujer podía experimentar? Pensó para sí misma mientras sentía su corazón latir fuerte en su pecho.

Aturdida, se recostó sobre el pecho de Perseo, ambos empapados por las aguas del pequeño lago, y con la respiración entrecortada.

De repente, él se levantó y la tomó en sus fuertes brazos, llevándola fuera del lago, mientras la amazona lo miraba interrogativamente con una sonrisa sensual en los labios.

Nunca me habían llevado en brazos desde que mi familia fue asesinada. Pensó.

Él la llevó hasta la sombra formada por la copa de un roble en la orilla del lago, colocándola suavemente sobre la hierba. Artemisia aguardó expectante, había actuado por impulso e instinto, como un animal salvaje en celo, no sabía qué esperar, no tenía experiencia, al menos no agradable. Sobre los misterios de Afrodita solo sabía lo que había oído de sus hermanas y de las cortesanas que había conocido, además de aquel beso que Ciro le dio en Nínive.

Perseo la besó suavemente en los labios, y Artemisia respondió al beso de forma salvaje, pero él controló el ritmo e insistió en besarla lenta y suavemente. Poco a poco, ella se dejó llevar por el ritmo. Una sensación maravillosa recorrió su cuerpo cuando él la besó y acarició con sus labios, dejando un rastro de fuego por donde pasaba.

Cariñosamente, Perseo besó las cicatrices que Artemisia tenía, y por un momento, ella sintió ganas de llorar, de felicidad y tristeza a la vez.

Lenta y suavemente, él la besó por completo, como Elana me enseñó años atrás, bajo otro roble en la ahora lejana Esparta, provocando en ella nuevas sensaciones desconocidas, hasta que la amazona sintió su cuerpo desfallecer en los brazos del espartano, cerrando los ojos y sintiendo la respiración agitada, mientras intentaba calmar los latidos violentos de su corazón.

Al abrir los ojos, encontró la mirada de Perseo.

Qué interesante cómo el tono de azul cambiaba según su estado de ánimo. Pensó el joven.

Artemisia quería agradecerle al espartano por el placer recibido y lo tiró sobre ella, para amarse nuevamente, hasta que alcanzaron el clímax juntos.

Sintiendo su cuerpo relajarse, con el peso sobre el de ella, presionándola contra él y contra el suelo, la amazona lo miró sonriendo, quería decirle cuánto estaba feliz, pero las palabras se le escaparon de la mente.

Se acurrucaron en los brazos del otro.

Artemisia pronto empezó a resoplar suavemente, y Perseo acarició su cabello, que tenía el mismo perfume que su cuerpo. Una ola de vergüenza lo alcanzó al darse cuenta de que no

había pensado en Elana. Intentó apartar ese sentimiento, estaba muy lejos de Atenas, marchando hacia una guerra de la cual quizás no regresaría, y Elana ya estaba casada. Con esos pensamientos, Perseo se quedó mirando al cielo a través de las hojas del roble, y terminó quedándose dormido.

Artemisia fue la primera en despertar y escuchó a Perseo resoplando. Lentamente se levantó y lo observó.

Tan joven e inocente.

Los recuerdos la asaltaron de forma violenta; vergüenza, alegría, tristeza, odio. *¿Será que así retribuía el asesinato de mis padres y la violación de mi cuerpo? ¿Acostándome con un espartano? ¿Dónde estaba el deseo de venganza y el juramento hecho a Ares? ¿El dios de la guerra?*

Buscando su túnica, se vistió rápidamente, tomando el puñal y su arco, colgando la aljaba de flechas sobre su hombro. Se acercó nuevamente a Perseo, observándolo.

Él es un espartano, su padre o su hermano mayor podría ser uno de los hombres que destruyó mi vida, podría ser el maldito que me violó por primera vez. ¿Y qué hice yo? ¡Como una cortesana o un animal en celo, me acosté con él!

Artemisia sacó su puñal y se arrodilló a su lado, casi rozando la hoja en su cuello.

Un golpe rápido y todo terminará, y la visión de su cabeza en las manos de Ares se hará realidad.

— ¡Ares, dame fuerzas! — oró, murmurando, apretando con más fuerza el mango del puñal, hasta que las articulaciones de sus dedos se pusieron blancas por el esfuerzo.

En ese momento, Perseo murmuró en su sueño, su frente se contrajo como si estuviera teniendo una pesadilla. Un impulso irracional de abrazarlo y consolarlo reemplazó al odio asesino. Guardando la daga en la vaina, suavemente depositó un beso en la frente del joven, quien inmediatamente se relajó y una media sonrisa apareció en su rostro.

¡Por los dioses! No lo mataré, pero no debo encontrarlo nunca más. Si sigo cerca de él, ¿cómo podré continuar con mi venganza?

La amazona se levantó en silencio, recogió la ropa de Perseo y la dobló, dejándola junto al roble junto con sus dardos. Luego, separó la mitad de la carne de la cierva y dejó el resto para él.

Con una última mirada, la amazona salió rápidamente del lugar en busca de su corcel.

Poco después, cabalgaba frenéticamente por la llanura, en una mezcla de felicidad y tristeza.

Al día siguiente, partieron de Oleiros en dirección a la ciudad de Caístro. Como de costumbre, ella iba al frente con sus amazonas. Los recuerdos de la tarde en el bosque ocuparon su mente durante todo el viaje.

Yo, que juré jamás entregarme a un hombre, que despreciaba los misterios de Afrodita, que odiaba a los griegos, y en particular a los espartanos, me acosté con uno de ellos, conocí placeres que nunca imaginé que fueran posibles.

Mientras cabalgaba velozmente por la llanura, sintiendo el viento en su rostro, Artemisia experimentaba un sentimiento que para ella era desconocido: una ansia de querer algo que no sabía explicar, un deseo de sentir nuevamente el suave toque de labios y manos en su boca y cuerpo, de perderse en una mirada y una sonrisa, pero no de cualquiera, solo de aquel joven que había encontrado en el bosque de Oleiros.

Una grieta surgió en su férrea voluntad de no entregarse nunca al amor, una fisura que poco a poco crecería y la haría perderse.

No había otra opción, estaba decidida a no volver a ver nunca más al joven espartano.

***

Perseo despertó sobresaltado y se sentó rápidamente.

¿Había soñado? Miró a su alrededor y no encontró a la mujer que se llamaba Diana, aunque no creía que ese fuera su nombre.

Se vistió con la túnica que estaba seca y delicadamente doblada a su lado, junto al roble, donde estaban sus tres dardos, la espada, el puñal y dos grandes trozos de la cierva abatida.

Después de vestirse, miró a su alrededor una vez más, pero no percibió ningún rastro de Diana. *¿Sería ella la diosa de la caza, Artemisa?*

El sol se acercaba rápidamente al crepúsculo. Colocando la carne sobre sus hombros, regresó al campamento, llegando cuando ya comenzaba a caer la noche.

Georgios lo esperaba impaciente y preocupado.

—¿Dónde estabas, Perseo? Pensé que habías desertado o muerto —preguntó el sargento, molesto, mientras el joven ponía los trozos de cierva junto al fuego que Diomedes había encendido.

—Parece que te metiste en problemas —Laertes señaló las marcas en los brazos de Perseo causadas por el arco de la amazona.

—Estoy bien —respondió secamente—. Me quedé dormido y perdí la noción del tiempo.

Encogiendo los hombros, sus compañeros tomaron la carne de la cierva y la asaron. Sin apetito, Perseo comió solo un trozo mientras se quedaba sentado, escuchando las conversaciones y observando las llamas, con la mente en el encuentro que había tenido.

Poco a poco, sus compañeros fueron durmiendo, quedando solo Georgios y Atreu.

—¿Crees que la diosa Artemisa podría bajar del Olimpo y mezclarse con nosotros, simples mortales? —Tomando valor, Perseo le preguntó a Atreu, contándole sobre el encuentro en el bosque con la misteriosa mujer, pero sin entrar en los detalles íntimos.

—Creo en los dioses, pero no creo que bajen del Olimpo. Puede ser que la diosa Artemisa haya puesto a esa mujer en tu camino —respondió Atreu después de meditar un momento.

Perseo entonces contó sobre el sentimiento de vergüenza que había experimentado después.

—Sentí que estaba traicionando a Elana.

—Tienes que aprovechar lo que la vida te ofrece —aconsejó Georgios—. Hoy estamos vivos, mañana podemos estar muertos.

—Sigue tu camino, si los dioses lo desean, volverás a encontrar a Elana —concluyó Atreu.

Sacudiendo la cabeza, Perseo asintió, pero tardó en quedarse dormido, pensando en Elana y en la misteriosa mujer que se había llamado a sí misma Diana.

CAPÍTULO 27

En Caístro comenzaron los problemas. El tesoro de Ciro se desvanecía casi por completo, y los tributos de las ciudades jónicas aún no habían sido enviados al príncipe, lo que le impidió cumplir con sus compromisos.

Las tropas griegas empezaron a quejarse del retraso y amenazaron con regresar a Grecia si no recibían sus salarios. Sus oficiales, con gran dificultad, lograban mantenerlas bajo control. La disciplina comenzaba a desmoronarse, a excepción de los soldados espartanos.

Ciro afirmaba a los generales que pronto le serían enviados los tributos de sus satrapías y que pagaría el salario de los mercenarios griegos. Mientras tanto, envió embajadas a las ciudades exigiendo tributos, afirmando que eran para costear la campaña contra los psidios. Los emisarios enviados a Tarso regresaron informando que Epiaxa, esposa de Sienéses, sátrapa de Cilicia, se dirigía hacia él, escoltada por un escuadrón de caballería.

Aunque Cilicia era una satrapía del Imperio Persa, el rey Darío había permitido que Sienéses, descendiente de los antiguos reyes, gobernara en su nombre, manteniendo el título de rey.

La comitiva, con diez carruajes, llegó a la ciudad al mediodía. Artapates se encargó de alojar a Epiaxa en una ala del espacioso palacio del gobernador, junto con sus sirvientes y varias arcas de madera que fueron descargadas de los carruajes.

Al anochecer, se ofreció un banquete suntuoso, aunque Ciro estaba casi sin dinero, no escatimó gastos, y Artemisia asistió a su invitación.

El salón estaba iluminado por varios candeleros de metal suspendidos del techo por cadenas. Varias mesas estaban dispersas por la habitación, siendo la más grande de todas en el centro, con taburetes acolchonados alrededor de ellas, algunos invitados ya sentados.

Los oficiales persas y griegos llevaban sus mejores trajes, con corazas y grebas brillando de tan pulidas, y ricas túnicas entrelazadas con hilos de oro. Artemisia vestía su coraza sobre una túnica blanca como la nieve, además de grebas y una espada en la cintura. Su cabello estaba suelto y un manto blanco caía sobre sus hombros.

Ciro estaba sentado en el lugar de honor de la mesa más grande, frente a las puertas dobles que daban acceso a la habitación. Diversos grupos conversaban en voz alta. De repente, las puertas se abrieron y un heraldo anunció a Epiaxa en voz alta.

—¡Epiaxa, reina de Cilicia!

Todas las voces se callaron. Epiaxa, una mujer alta y esbelta, con cabellos negros como el azabache, recogidos en un complicado peinado al estilo persa, entró al lugar con una sonrisa sensual en los labios. Su túnica dorada permitía entrever las curvas de su cuerpo mientras caminaba. Sus labios carnosos estaban pintados de rojo, mientras que alrededor de sus ojos negros, una pintura azul al estilo egipcio los realzaba. Era una mujer hermosa y lo sabía, demostrando con su andar felino, distribuyendo sonrisas a los invitados.

Ciro se levantó y caminó hacia ella. Le ofreció su antebrazo, que la reina tomó con una mano, y la condujo hasta un banco a su lado. Cuando se sentó, los sirvientes entraron por una puerta lateral llevando bandejas de plata con carne, pescado, aves, vegetales y frutas. Se colocaron ánforas de vino sobre las mesas y los sirvientes corrían para servir a todos.

—Amigos míos, bebamos en honor a Epiaxa, la más bella entre las mujeres —dijo el

príncipe levantando su copa.

Todos los presentes levantaron sus copas y bebieron. Artemisia también tomó un sorbo. Se sentó junto a Artapates, quien a su vez estaba a la derecha de Ciro, mientras Epiaxa ocupaba su lado izquierdo.

—Gracias, gentil señor. Como prueba de amistad y sumisión, mi esposo le envía regalos —dijo Epiaxa, haciendo una señal a un sirviente de su comitiva que estaba parado junto a la puerta.

La puerta se abrió y varios hombres entraron cargando arcas de madera que depositaron frente a Ciro. Luego las abrieron, causando murmullos de admiración entre los presentes. En su interior brillaban monedas persas de oro y plata, reflejando la luz de los candeleros, y en otras arcas había telas valiosas del oriente, copas y platos incrustados con piedras preciosas, una verdadera fortuna que permitiría pagar al ejército.

—Acepto los regalos con gusto —dijo Ciro, agradeciendo con una sonrisa.

El banquete comenzó alegre tras aquel regio obsequio, después de que los sirvientes, escoltados por soldados de Artapates, llevaron las arcas al interior del palacio. Artemisia observó a Ciro, junto a Epiaxa, quien jugaba su encanto sobre él tocando de vez en cuando el brazo del príncipe apoyado en la mesa.

Mi amigo parece interesado en la reina, pensó, sonriendo mentalmente.

Mientras la amazona comía pequeñas porciones de los platos servidos, sin apetito, sus pensamientos volvieron a vagar hacia el bosque de la ciudad de Oleiros y el joven espartano, los toques de sus manos y labios en su piel, los olores y sensaciones, el placer que había experimentado embriagaban su mente. Sintió el calor extendiéndose entre sus piernas con los recuerdos y bebió un trago de vino para disimular. *¿Qué me está pasando? En mis años con las amazonas nunca sentí nada por los innumerables pretendientes que tuve, pero ahora, a pesar de mis esfuerzos, no puedo olvidar a Perseo. ¿Estará bien? ¿Recordará nuestros momentos juntos? ¿O seré solo una más en su vida?*

—¡Artemisia! —una voz insistente la sacó de sus ensoñaciones.

Ciro y Epiaxa sonreían a la amazona, él con sinceridad, ella con un aire superior.

—Disculpe, señor, estaba distraída —Artemisia tomó otro trago de vino.

—Epiaxa tiene curiosidad sobre el entrenamiento de las amazonas —Ciro tocó suavemente el brazo de la reina, que sonrió de manera afectada.

Artemisia explicó brevemente a Epiaxa cómo era el entrenamiento de las amazonas. La reina soltó una risa sonora cuando la joven le dijo que las amazonas preferían a Ares antes que a Afrodita.

—¿Qué puede ser más placentero y bello que los misterios de Afrodita? —preguntó con voz áspera a la amazona, pero lanzando una mirada sensual a Ciro, quien sonrió tontamente.

El banquete se prolongó de forma festiva, mientras Ciro y Epiaxa conversaban toda la noche. Cuando Artemisia consideró que había pasado el tiempo suficiente, salió discretamente del salón y regresó a su campamento en la biga en la que había llegado, acompañada de una joven amazona.

Las centinelas estaban alertas y notaron su aproximación; Artemisia les sonrió y se dirigió directamente a su tienda. Ikarnas la esperaba de pie frente a su tienda, que estaba al lado de la líder de las amazonas. Como siempre, Ikarnas solo se retiraba cuando estaba segura de que Artemisia estaba bien.

—Ve a dormir, amiga mía —pidió Artemisia mientras entraba en el interior de su tienda.

Después de desnudarse, la amazona se arrojó bajo una piel. Pasó mucho tiempo para

quedarse dormida, moviéndose constantemente, tratando de no pensar en Perseo y en lo que habían hecho. *¿Qué me está pasando? Fui asaltada por un sentimiento que no pude dominar y actué por puro instinto,* pensó mientras las memorias del encuentro con el espartano invadían su mente.

No lo entiendo, el trauma que sufrí cuando era joven en Halicarnaso me impedía dejar que un hombre me tocara, los únicos que permití fueron Mardoc, con su cariño de padre, y Ciro, que me besó en Nínive. Aparte de estos dos, nunca acepté, por voluntad propia, que un hombre me tocara. Pero con Perseo fue diferente, prácticamente lo atacé, y con él experimenté algo que nunca había experimentado antes. Con él olvidé mis traumas y, por un momento, ni las memorias de lo que me ocurrió en mi infancia me perturbaban.

Artemisia pasó la noche en insomnio, con sus pensamientos en caos, y al día siguiente despertó cansada, quedándose en la tienda hasta el mediodía, cuando Ikarnas, preocupada, entró con su desayuno.

Alrededor del mediodía, Artemisia fue informada de que los soldados griegos habían recibido su salario y el ejército se movería en dirección a la ciudad de Timbra en una marcha de dos días, donde permanecerían un día y una noche para reabastecer al ejército.

***

Los espartanos dejaron Oleiros y marcharon durante tres días hasta llegar a la ciudad de Caístro. Durante toda la marcha, los pensamientos de Perseo se dividían entre Elana y la mujer misteriosa que ella había encontrado. *¿Había soñado con el encuentro? ¿Sería una mujer real o una diosa? ¿Acaso los dioses sentían envidia de los hombres y bajaban del Olimpo para mezclarse con los mortales?* El joven era escéptico respecto a su existencia, pero a veces la duda asolaba su alma.

En Caístro fueron informados de que se quedarían diez días en el lugar. Las tropas empezaban a impacientarse; marchaban, comían las raciones de campaña frías, llegaban a aldeas y ciudades persas donde acampaban a su alrededor, eran reabastecidos, servían como centinelas y reanudaban la marcha. Sin embargo, aún no habían recibido el sueldo prometido y la insatisfacción era general. Comenzaron a llegar quejas al alto mando del ejército.

El tercer día de estancia en Caístro, se propagó un principio de motín por todo el ejército, comenzando con los arqueros cretenses y las tropas hoplitas atenienses, y pronto se extendió. Comenzaron a surgir amenazas de regresar a Grecia abandonando la campaña, y los oficiales tenían dificultades para hacer que se les obedeciera.

En las tropas espartanas, la situación seguía siendo relativamente tranquila. Estaban acostumbrados a seguir órdenes, pero incluso entre ellos algunas voces empezaron a levantarse contra la situación, ya que no formaban parte del ejército regular de Esparta, sino que eran mercenarios contratados.

Perseo y sus compañeros estaban acampados en los campos alrededor de la ciudad, con órdenes de no entrar en ella, pero eso no impedía que Diomedes y Petrus escaparan todas las noches y regresaran al amanecer con señales de embriaguez.

Una mañana, una gran comitiva de carruajes persas fue avistada dirigiéndose a la ciudad, acompañada de un escuadrón de caballería.

Los comandantes espartanos no sabían lo que ocurría en la ciudad, así que Georgios ordenó que Diomedes y Petrus fueran al lugar a obtener información. Durante dos días no tuvieron noticias de ellos. A la mañana del tercer día, regresaron con los ojos rojos, oliendo a vino y perfume barato. Bajo la mirada atónita de sus compañeros, se dirigieron tambaleándose

hacia la hoguera donde estaban preparando el desayuno.

—¡Cerdo! ¡Les ordené que trajeran noticias, no que se emborracharan hasta caer! —gritó Georgios.

—Tranquilo, sargento, conseguimos la información —dijo Petrus con una sonrisa borracha, soltando un gran eructo.

—Es cierto, conocimos a una sirvienta del palacio del gobernador, una cosita deliciosa, con un fuego que nunca se apagaba —rió Diomedes, dando otro gran eructo.

—No me hagas escuchar esos detalles sórdidos, cerdos —murmuró Laertes.

—Métete una lanza en los oídos si no quieres escuchar —regañó Petrus.

—Entonces, ¿cuáles son las noticias? —murmuró Georgios, curioso como los demás.

—La comitiva que vimos era de Epiaxa, esposa de Sienéses, rey de Cilicia. Vino con un cargamento de regalos; oro, plata, todo lo que imagines. Parece que ella y el bastardo de Ciro tuvieron un encuentro bastante caliente, según me contó la sirvienta —rió Diomedes de manera lasciva.

—Yo hundiría mi lanza en esa Epiaxa sin pensarlo —suspiró Petrus.

—Realmente, la vimos de lejos, una belleza, si me permitís decirlo, haría que un eunuco recordara lo que perdió —se rió Diomedes.

—También encontramos a un ayudante de órdenes de Clearco —dijo Petrus de manera despectiva.

—Después de emborracharlo con vino barato en una taberna, abrió la boca. Parece que el joven Ciro va a pagar nuestro sueldo con el regalo que recibió de la reina —concluyó Diomedes sobre la aventura.

—Yo preferiría que ella me pagara de otra forma —suspiró Petrus de nuevo.

—¿Cerdo, solo piensas en eso? —preguntó Laertes.

—En eso y en hacerme rico en esta campaña —se rió Petrus.

—Basta de discusiones, vamos a esperar y ver qué pasa —cortó Georgios.

Después del almuerzo llegaron órdenes del alto mando, ordenando que las tropas se prepararan para reanudar la marcha. Junto con las órdenes, llegó el pago en monedas persas de oro, que equivalía a cuatro meses de sueldo adelantado.

***

Al día siguiente, los espartanos reanudaron la marcha con alegría. Dos días después llegaron a la ciudad de Timbra, donde permanecieron durante un día y una noche, tiempo suficiente para reabastecerse. Según la leyenda, en esta ciudad había una fuente consagrada a Midas. Diomedes y Petrus desobedecieron las órdenes de quedarse en el campamento y se dirigieron a la ciudad para verificar si la leyenda era cierta; regresaron horas después, decepcionados.

—Pensamos que, si esa fuente era de oro, podríamos arrancarle un trozo —suspiró soñador Petrus.

—Pero era una porquería de mármol, no de oro, solo servía para abastecer de agua a las matronas y los caballos —Diomedes escupió al suelo.

—Si Midas[87] convierte todo en oro, seguro que se olvidó de convertir esta fuente —concluyó Petrus.

—Aún mandaré crucificar a los dos por desobedecer —regañó Georgios, irritado.

—Sería un alivio para la monotonía, ya no aguanto más marchar —rió Diomedes, disfrutando de su propia broma.

—Mis pies están horribles —señaló Petrus, afectado, mostrando sus enormes y sucios

pies.

—Idiotas —gruñó Georgios, alejándose.

—El viejo se va a volver loco con ustedes dos —rió Atreu.

—Tiene que relajarse más, si fuera a visitar a las meretrices volvería más tranquilo —se burló Diomedes.

Al día siguiente, reanudaron la marcha, y en dos días llegaron a la ciudad de Tireu, donde les informaron que permanecerían allí durante tres días. Al segundo día, recibieron órdenes de alinearse en formación de combate en la llanura fuera de la ciudad.

—¿Nos van a atacar? —preguntó Perseo, temeroso.

—¿Tienes miedo, novato? —dijo de manera despectiva Laertes.

—¡No! —Perseo infló el pecho, pero en su interior estaba preocupado.

Georgios, que regresaba de una reunión con el capitán, escuchó la conversación y respondió:

—No es un ataque, parece que nos van a presentar a la reina Epiaxa, de Cilicia. Debe querer ver si valemos el oro que gastó para pagar nuestro sueldo —explicó el sargento.

—¿Quién sabe? Tal vez quiera ver mi lanza —rió de forma lasciva Petrus.

—Nada gratis para ustedes dos —cortó Georgios, dirigiéndose a Petrus y Diomedes—. Lustrad las armas y los escudos, el comandante quiere que todos estemos presentables.

Al amanecer, el ejército se alineó en columnas de cuatro. El general Menón ocupó el ala derecha con sus fuerzas, el general Clearco a la izquierda, y los demás jefes el centro. Ciro y Epiaxa estaban de pie, sobre una rica carruaje conducida por un auriga. Ellos pasaron revista a las tropas persas y sus aliados, que desfilaron frente a ellos en escuadrones.

Atreu calculó que las tropas que desfilaron eran unas treinta mil. A medida que pasaban, él las describía en voz baja.

Las primeras en desfilar fueron las tropas persas, que llevaban tiaras de fieltro hechas de pelos de animales en la cabeza, túnicas coloridas, y corazas de pechos con incrustaciones que imitaban escamas de peces, además de pantalones largos que cubrían las rodillas. Llevaban un escudo que parecía ser de mimbre, además de dardos más pequeños que los de nuestros peltastas. También cargaban largos arcos, un carcaj con flechas y un largo puñal suspendido en la cintura.

A continuación, desfilaron las tropas medas[88], vestidas de la misma manera que los persas.

Seguidamente, llegaron las tropas asirias, que llevaban cascos de bronce, escudos de mimbre anchos, casi de la altura de un hombre, lanzas de unos metro y medio, y también mazas[89] de madera, recubiertas de nudos de hierro. Sus corazas de pechos eran de lino.

A continuación, marcharon las tropas lidias, cuyos armamentos eran similares a los de los griegos: escudos ovalados, lanzas y cascos. Junto a ellas marchaban los Mísios, con cascos, escudos más pequeños que los de los griegos y dardos endurecidos al fuego. También había tropas de Tracia; ellos llevaban pieles de zorros en la cabeza y vestían túnicas, calzaban botas de piel de cabra y estaban armados con escudos ligeros, dardos y pequeños puñales.

Aún había otras tropas que Atreu no supo identificar. Tras la infantería, marchó trotando la caballería. Había tropas persas y medas, que usaban túnicas de colores, cotas de malla de lino, pantalones amplios y botas. Estaban armados con pequeños escudos y largas lanzas.

Mientras Atreu explicaba, Diomedes dio un codazo a Perseo y señaló hacia un escuadrón de caballería que cerraba el desfile. Estaba compuesto por amazonas con el cabello negro y largo, recogido en trenzas. Todas portaban dos espadas en la cintura, y en las sillas de sus caballos se veían pequeños arcos y aljabas de flechas; vestían cotas de malla y grebas de bronce.

Eran comandadas por la amazona que Perseo había visto anteriormente en la última inspección de tropas realizada por Ciro. Montaba el mismo corcel negro y llevaba un casco con crin de caballo, que cubría su cabello y rostro, a diferencia de sus compañeras, que portaban cascos simples, sin crin. Por un momento, Perseo pensó que la mujer que había encontrado en el bosque en las cercanías de la ciudad de Oleiros podría ser una de las amazonas, pero rápidamente descartó esa idea. La mujer que se hacía llamar Diana debía ser una cazadora; ella era rubia y las mujeres que desfilaban eran morenas.

El escuadrón de amazonas cerró el desfile de las tropas persas, que regresaron a la ciudad, lideradas por la amazona con el casco de crin de caballo. Solo quedaron en el lugar la carroza del joven Ciro y las comitivas de él y de Epiaxa.

A continuación, Ciro y la reina recorrieron los batallones griegos montados en su carroza, mientras todos permanecían en posición de firme, observándolos. Los espartanos llevaban los escudos pulidos, los cascos con crin de caballo les hacían parecer más altos e imponentes, y las grebas y pecheras brillaban bajo el sol.

Perseo y sus compañeros observaron al joven Ciro y a Epiaxa mientras pasaban. El sátrapa vestía una ropa aún más magnífica que la que había usado en la primera inspección, y a su lado, la reina estaba ricamente vestida y adornada con anillos y collares. Su cabello negro brillaba, enrollado en un complicado peinado, sus labios estaban pintados de rojo y sus ojos intensamente maquillados. Su mano descansaba suavemente sobre el brazo del monarca persa.

De repente, la carroza de Ciro se detuvo y llamó a los generales griegos que lo acompañaban. Estos llevaron sus caballos hasta el lado de la carroza, conversando con el monarca mientras los soldados los observaban curiosos. Pronto, todos se alejaron. Oficiales del estado mayor comenzaron a recorrer las filas, transmitiendo órdenes para que los soldados presentaran armas y avanzaran.

—Muy bien, muchachos, prepárense. Al toque de la trompeta, presenten armas y avancen —gritó Georgios.

Las trompetas sonaron la señal y los espartanos comenzaron a avanzar, con los escudos en alto y las lanzas en posición de ataque, apuntando hacia adelante. Las trompetas sonaron de nuevo y aceleraron el paso poco a poco; a cada toque de trompeta, respondían con gritos. Aceleraron cada vez más rápido hasta que empezaron a correr. Corrían con tal furia y determinación que la comitiva del joven Ciro y la reina, que los acompañaba, huyó asustada, dejando la carroza real sin escolta.

La reina parecía aterrada por el avance hacia su dirección, pero de repente la trompeta sonó el toque de alto, y con un movimiento brusco, los soldados detuvieron su carrera. El joven Ciro sonreía radiante, como un niño mostrando su juguete favorito a otro niño. Los soldados, orgullosos, se dieron cuenta de que la reina había quedado impresionada por la exhibición, aunque parecía pálida.

Una vez más, fueron pasados revista por el joven Ciro y los generales griegos, y la comitiva persa regresó junto al sátrapa, visiblemente avergonzada. Cuando el sátrapa se dio por satisfecho, se dirigió a la ciudad con su comitiva, y los soldados recibieron la orden de desmovilizarse y regresar al campamento. Todos estaban de buen humor, riendo por el hecho de haber asustado a la comitiva de la reina, lo que demostraba que inspiraban terror entre los persas.

—Se aterrorizada si viera a Petrus desnudo —se rió Diomedes mientras regresaban al campamento.

—Mi lanza sí que causa terror —rió con gusto Petrus.

—Cállense los dos —regañó Georgios.

Al día siguiente, reiniciaron la marcha y, tras tres días, llegaron a la ciudad de Icónico, donde descansaron durante tres días antes de partir nuevamente.

El destino era la satrapía de Liconia; hasta ese momento, el viaje había sido relativamente agradable, pero las cosas pronto iban a cambiar.

CAPÍTULO 28

Durante la marcha hacia la ciudad de Timbra y luego hacia Tireu, Ciro y Epiaxa estuvieron constantemente juntos, algo que Artemisia observó. La pareja viajaba incluso en la misma carroza, y no era un secreto que mantenían un romance.

En el banquete ofrecido tras el desfile, el príncipe contó a todos los presentes el susto que la reina y sus comitivas habían sufrido. Con aire de burla, se rió de aquellos que huyeron asustados por la carga de los griegos.

Al día siguiente, reiniciaron la marcha. La rutina de Artemisia se reducía a patrullas, inspecciones en las ciudades y en los alrededores del campamento real, además del entrenamiento diario con sus guerreras. Intentaba, de este modo, olvidar el encuentro con el soldado espartano y, durante el día, con sus innumerables ocupaciones, lograba tener éxito. Sin embargo, durante las solitarias noches, los recuerdos de lo sucedido la asaltaban, haciéndola revolverse en su lecho durante horas, en un vano intento de dominar sus sentimientos.

Tras tres días de marcha, llegaron a la ciudad de Icónico.

Ciro decidió quedarse en el lugar durante tres días. Diariamente, salía con Epiaxa y una pequeña escolta, liderada personalmente por Artapates, para pasear por los campos. Artemisia fue convocada para participar en la escolta; la reina quería ver personalmente a las amazonas cabalgando. Ciro pidió que las amazonas hicieran una demostración de habilidad con el arco, y, cabalgando alrededor de varios muñecos de paja que simulaban hombres, dispararon sus flechas sin errar ni una sola vez.

Epiaxa aplaudía encantada con la demostración.

Cuando la pareja se cansaba, entraban en una gran tienda montada en la pradera, y los sirvientes corrían a atenderles, hasta que eran enviados afuera y se quedaban sentados en la puerta, como perros de guardia.

Al segundo día, la amazona se sentó junto a Artapates, comiendo queso y aceitunas y bebiendo vino bajo un árbol. El día estaba caluroso, y la sombra ofrecía frescura. Ciro y la reina estaban en el interior de la tienda desde hacía más de dos horas, y el oficial persa entretenía a Artemisia con relatos de su agitada vida y de los años que había servido con el príncipe.

La amazona se dio cuenta de que el noble persa poseía una fidelidad inquebrantable, y su mayor sueño era ver a Ciro coronado rey de Persia. Tal vez, por compartir este sueño, forjaron una sincera amistad. Ella lo estimaba por su lealtad, inteligencia y ferocidad en proteger al príncipe, y él admiraba el coraje de Artemisia por haberse convertido en amazona para servirle. Además, ambos compartían algo más: el odio hacia Tisafernes.

De repente, un caballero se acercó y, después de ser interceptado por los soldados de la guardia real, caminó directamente hasta Artapates, se arrodilló a su lado y le susurró algo al oído.

Tras terminar de hablar, se levantó, adoptando una actitud respetuosa. El hombre era alto y estaba ricamente vestido con una túnica de excelente calidad. Poseía una barba negra larga y bien cuidada, al igual que su cabello.

—Este es Samyr, mi oído y brazo derecho —presentó Artapates al hombre, que hizo una leve reverencia a Artemisia.

Con un gesto, Artapates despidió a Samyr, quien, tras una leve inclinación, se alejó hacia su montura.

—Las noticias no son buenas, los liconios no nos dejarán pasar sin luchar —dijo

Artapates, mirando con expresión preocupada la tienda donde se encontraba Ciro.

Solo al anochecer pudieron hablar con el príncipe, quien ordenó que el ejército debía ponerse en marcha nuevamente.

Al día siguiente partieron. Se esperaba que les tomara cinco días cruzar el territorio de Liconia.

Ciro, en acuerdo con Clearco, el general espartano, envió su división al frente de la columna del ejército para abrir el camino. La información de Samyr resultó ser cierta, y en la primera noche en territorio de Liconia, el convoy de suministros fue atacado.

Los liconios lanzaban sus dardos y flechas y se dispersaban por las regiones secas de su territorio, cubiertos por la oscuridad de la noche. Cuando la caballería greco-persa los atacaba, ya se habían dispersado, volviendo a atacar otro punto de la gran columna del ejército.

No pasó mucho tiempo antes de que la vanguardia de los espartanos se distanciara de la columna principal. Artemisia fue enviada a investigar con qué se enfrentaban. Dejó cuatro escuadrones de sus amazonas protegiendo a Ciro y el convoy, y partió con Ikarnas, llevando un escuadrón y órdenes: los liconios eran hostiles y debían ser tratados como tales, permitiéndose el saqueo y pillaje de su territorio.

Las órdenes de Ciro eran directas y claras: destruir cualquier resistencia en el camino del ejército.

Tras horas cabalgando, Artemisia localizó la vanguardia espartana. Centinelas la interceptaron y la llevaron hasta el puesto de mando, mientras sus amazonas descansaban. Fue admitida en una tienda espaciosa, donde un oficial de mediana edad, vestido con su equipo completo, salvo por el yelmo con crin horizontal, que reposaba sobre una mesa en el centro de la tienda, se acercó.

—Comandante Egisto —se presentó.

—Admeto —dijo otro oficial que se encontraba en la tienda.

—Artemisia —respondió la amazona—. Traigo órdenes del general Clearco — explicó, entregando un pergamino.

Egisto lo abrió y leyó mientras se rascaba la barba.

—Buscar y destruir —murmuró.

—Los liconios son considerados hostiles —afirmó la amazona, observándolo.

—Bien, tenemos información de que un gran grupo se está concentrando en un pueblo, a unas horas de aquí —señaló el oficial sobre un mapa extendido sobre la mesa.

—Puedo ofrecer apoyo —sugirió la amazona, observando el mapa atentamente.

—Toda ayuda es bienvenida, atacaremos al anochecer —decidió el comandante.

—Perfecto, avanzaré y los esperaré aquí —dijo Artemisia, señalando un punto en el mapa.

La amazona regresó con sus hermanas, y pronto estaban galopando hacia la aldea liconia. En el camino avistaron un conjunto de árboles, que Artemisia había visto en el mapa, y desmontaron para esperar a los espartanos en el pequeño bosque, aprovechando para cenar higos, habas y miel, y descansar.

La noche llegó, y pronto avistaron a los espartanos. *Si fuéramos enemigos, los habríamos alcanzado a distancia*, pensó Artemisia, ya que solo cuando estuvieron al lado de los árboles, los espartanos notaron la presencia de las amazonas.

***

Perseo y sus compañeros marcharon durante cinco días por el territorio de Liconia, con su división al frente del ejército. Desde el primer día, se dieron cuenta de que no sería una

marcha tranquila como las anteriores.

El convoy de suministros en la retaguardia, compuesto por decenas de carros que transportaban alimentos, armas, agua, además de compañías de actores, médicos, cortesanas, prostitutas y esclavos, fue atacado y emboscado constantemente, lo que retrasó su avance e imposibilitó el abastecimiento de las tropas en la vanguardia del ejército. Los pueblos por los que pasaban estaban abandonados y no se encontraron víveres ni suministros.

La caballería persa del joven Ciro y la caballería griega se vieron obligadas a escoltar el convoy de suministros. Solo una compañía de exploradores tracios avanzó, explorando el camino, seguida por la tropa de las amazonas, que pasaron galopando delante de ellos, lideradas por la guerrera con el casco de crin de caballo.

Por la tarde del segundo día, se dieron cuenta de que estaban aislados del resto del ejército y del convoy de suministros. Al montar el campamento, esperaron el reabastecimiento de víveres por parte de las compañías de mensajeros, pero no llegaron, y los soldados tuvieron que recurrir a las raciones de emergencia.

Mensajeros llegaron e informaron que el resto de la columna del ejército estaba siguiendo el convoy de suministros, y las órdenes eran continuar avanzando. El hambre acechaba al frente. La vanguardia estaba compuesta por una división de hoplitas del ejército de Clearco y diversas compañías de peltastas y arqueros.

Georgios y otros sargentos fueron convocados a una reunión con el comando de la división.

—Parece que vamos a tener acción —dijo sombríamente Atreu.

Georgios regresó horas después y reunió a todo el pelotón.

—Muy bien, hombres, hemos recibido órdenes. Junto con el pelotón del sargento Menelaus, una compañía de peltastas y una de arqueros, nos dirigiremos a una aldea a unas tres horas de marcha de aquí. Nuestros exploradores han informado que hay tropas hostiles en ese lugar, las órdenes del comandante son encontrarlas y destruirlas. Se ha autorizado el saqueo, los habitantes de Liconia son considerados hostiles al joven Ciro y deben ser tratados como enemigos. El teniente Anaxandro nos liderará —explicó Georgios.

—¿Sin prisioneros? —Laertes mostró una sonrisa malévola.

—No necesito decir que no permitiré asesinatos a sangre fría de mujeres, ancianos y niños, sin importar cuáles sean las órdenes —Georgios dirigió una mirada severa a Laertes, que lo miró de forma sombría.

—¿En lugar de matar, podríamos traer algunas mujeres como esclavas? —preguntó Petrus de forma esperanzada.

—Nada de esclavas, no tenemos cómo cuidar de ellas, pero pueden saquear lo que deseen. Aténganse a objetos de valor, pero no dejen a los habitantes sin nada —orientó Georgios.

—Es una actitud piadosa que agradará a los dioses —comentó Atreu.

—Guarda tus creencias para ti, si los dioses existieran, no habrían permitido la desgracia que se les va a abatir a esos pobres bastardos —resopló el sargento.

—Pero son enemigos —dijo Perseo.

—Los soldados, no las mujeres y los niños. Ahora basta de charla, coman lo que puedan y prepárense, partiremos en media hora —ordenó Georgios.

Evandro miró a Perseo preocupado. Esta sería la primera vez para ambos en un combate real contra soldados enemigos, no contra ladrones como los que enfrentaron en Atenas. *¿Estaremos preparados? Habíamos entrenado toda nuestra vida para este momento, y temo no estar a la altura*. Pensó.

Cuando se acercó el crepúsculo, nos reunimos con el pelotón del sargento Menelaus y una compañía de arqueros. El teniente Anaxandro se acercó con el capitán Admeto a su lado.

—Muy bien, muchachos —comenzó Admeto, un oficial de unos cuarenta años—. Las órdenes son simples: buscar y destruir. Maten a todos los hombres que puedan empuñar una espada. Se permite el saqueo, pero quien quiera tomar esclavos tendrá que responsabilizarse de ellos.

Tomar esclavos estaba permitido, siempre y cuando te responsabilizaras de su guarda y alimentación. Los infelices seguirían junto al convoy de suministros. Debías contratar a un carretero para cuidar de tus esclavos, alimentarlos y vestirlos hasta llegar a una ciudad con un mercado donde pudieran ser vendidos.

Admeto se giró hacia Anaxandro y le dijo:

—Anaxandro, esta es tu primera vez al mando de hombres en combate. No importa si eres noble u oficial, lo que importa es la experiencia. Escucha los consejos de los sargentos Menelaus y Georgios, y te irá bien —le aconsejó mientras miraba fijamente al teniente.

Anaxandro se sonrojó y asintió con un movimiento de cabeza. Era joven, aún no había cumplido los treinta años. Según las leyes de Esparta no podía ser oficial, pero como estaba en un ejército de mercenarios, la ley no se aplicaba. Todos sabían que su padre era un oficial agregado al estado mayor persa, y había logrado que su hijo inexperto comandara una compañía.

—Otra cosa, señores —continuó Admeto, mirando a todos—. Contarán con el apoyo de un escuadrón de amazonas, ellas cubrirán su retirada. No se engañen, son verdaderas fieras. Cualquier hombre que las toque sin permiso corre el riesgo de perder lo que no debe, y esto incluye a ustedes dos —afirmó Admeto con una mirada severa dirigida a Diomedes y Petrus.

—¿Yo, señor? Jamás me atrevería —respondió Diomedes, haciendo una cara de inocencia.

Se escucharon algunas risas en el pelotón. Admeto se despidió de nosotros y apretó los antebrazos de Menelaus y Georgios.

—Cuídense, señores —dijo, y se alejó del lugar con su ayudante de órdenes.

Anaxandro reunió a todos y dijo:

—Los peltastas ya han partido a reconocer el camino, avanzaremos. Los pelotones deben mantener una distancia de al menos doscientos pasos. Yo iré con Menelaus. Arqueros, manténganse en la retaguardia. Tened cuidado con dónde disparáis esas flechas. Georgios, controla a tus hombres, conozco bien su fama, nada de intentar confraternizar con las amazonas —ordenó.

Diomedes y Petrus soltaron una risita, escondidos entre sus compañeros, lo que hizo que Anaxandro se sonrojara y frunciera el ceño.

Salieron del campamento con la oscuridad de la noche, seguidos por los arqueros, listos para brindar apoyo. Caminaron rápidamente, siguiendo a dos exploradores persas que conocían bien la región, con los pelotones separados para evitar una emboscada que los alcanzara a todos.

La luna estaba llena e iluminaba el camino. Cruzaron campiñas y pequeños bosques de la manera más silenciosa posible. Tras una larga caminata a paso acelerado, Anaxandro ordenó una parada de diez minutos en un pequeño conjunto de árboles.

Cuando llegaron al lugar, varias amazonas aparecieron de repente. Estaban escondidas entre los árboles con sus arcos listos, y sus caballos camuflados entre el follaje, entrenadas para mantenerse en silencio y no delatar su posición.

Los espartanos ignoraron a las amazonas, excepto Diomedes y Petrus, quienes bromearon con ellas, pero solo recibieron miradas de desprecio.

—Deben ser lesbianas —rió Diomedes al unirse a sus compañeros después de su infructuosa tentativa.

—Cállate, Diomedes —ordenó Georgios.

Artemisia se acercó al hombre que parecía comandarlos, quien dijo llamarse Anaxandro. Tras una breve presentación, elaboraron la estrategia. Los peltastas avanzarían seguidos de los hoplitas espartanos. Las amazonas proporcionarían cobertura fuera de la ciudad y cuando fuera necesario para la retirada.

Perseo observó a lo lejos a la amazona con casco de crines de caballo conversando con Anaxandro. Mientras él y sus compañeros esperaban, bebieron ansiosamente el agua que llevaban en sus cantimploras de cuero.

De repente, se pusieron alerta. Algunos soldados fueron avistados acercándose a la tropa. La luna llena iluminaba los campos, permitiendo ver la aproximación de cualquier persona. Esperaron tensos, los arqueros prepararon sus flechas, pero al cabo de unos minutos se relajaron cuando se dieron cuenta de que eran algunos peltastas griegos comandados por un oficial, quienes pronto se unieron a ellos.

—Hemos localizado el pueblo —informó el oficial peltasta dirigiéndose al teniente.

Anaxandro llamó a Menelaus y Georgios, y junto con el oficial peltasta y la amazona, discutieron durante unos minutos. El teniente ordenó que todos se reunieran alrededor de él.

—Los peltastas han localizado el pueblo. Parece que hay una tropa de unos doscientos soldados liconios, infantería ligera y un pequeño escuadrón de caballería. Están a unos quince minutos caminando en marcha acelerada. Hay algunas centinelas dispersas alrededor del pueblo, pero están descuidadas y con fogatas encendidas. El oficial peltasta aseguró que podrán silenciarlas rápidamente —afirmó Anaxandro.

—Va a ser una masacre —dijo Laertes con una mirada maligna.

—¿Qué sugiere, señor? —preguntó Menelaus, y todos miraron atentamente a Anaxandro, que estaba visiblemente ansioso.

—Acepto sugerencias —dijo finalmente.

—Creo que el mejor plan sería que los peltastas silenciaran a las centinelas, los arqueros se quedarían en la retaguardia con las amazonas listas para brindar apoyo. Atacamos el pueblo por el norte y el sur, nada de equipo pesado, solo escudos y espadas. Dejamos el resto del equipo aquí. ¿Qué le parece? —preguntó Georgios dirigiéndose a Menelaus.

—Un excelente plan —coincidió Menelaus.

—Señor? —Georgios se volvió hacia Anaxandro.

—Muy bien, estoy de acuerdo con el plan. Iré en compañía del pelotón del sargento Menelaus —decidió Anaxandro.

Perseo, oculto entre las hojas cercanas, observó cómo la amazona simplemente asintió con la cabeza cuando Anaxandro habló en voz baja con ella. Su yelmo y la escasa luminosidad de la noche ocultaban su rostro, dándole una apariencia aterradora, como si detrás del metal no hubiera nadie.

—¿Las órdenes son matar a todos en la aldea? —preguntó Atreu.

—Creo que debemos perdonar a las mujeres y a los niños, los objetivos principales son los soldados y los hombres de la aldea. El mando ha dado permiso para el saqueo, pero solo después de eliminar a los soldados, ¿qué opina, señor? —preguntó Georgios con amargura a Anaxandro.

—Lo que ustedes decidan —respondió Anaxandro, nervioso.

—Pobres desdichados, ni siquiera se darán cuenta de lo que pasó —suspiró Diomedes

con aire fatalista.

—¿Será que encontraremos oro? —rió animado Petrus.

—Ustedes dos, idiotas, si los encuentro saqueando antes de liquidar a los enemigos, juro por los dioses que los mandaré crucificar —gruñó Georgios, molesto.

Diomedes y Petrus rieron en voz baja, mientras Laertes murmuraba algo sobre indisciplina y corte marcial.

—Y esto va para todos —advirtió Georgios, mirando a su alrededor con irritación. —. El que haga ruido al derribar un escudo o espada, se quedará a pan y agua durante cinco días.

Todos se despojaron de los yelmos, corazas y grebas, junto con las lanzas, y dejaron el equipo bajo un árbol. Anaxandro y Menelao avanzaron al frente con su pelotón, acompañados de la mitad de los arqueros y las amazonas. Georgios dio la orden de marcha acelerada y Perseo y sus compañeros lo siguieron con la otra mitad de los arqueros. Caminaron alrededor de diez minutos, el corazón de Perseo latía desbocado en su pecho, su estómago se revolvía y sentía ganas de vomitar. A su lado, Evandro también parecía nervioso.

¿Sería capaz? ¿Honraría el nombre de mis ancestros? En Esparta nos enseñaban a preferir una muerte honrosa a una vida ignominiosa. Pensó Perseo, mientras las lecciones que tantas veces le habían enseñado los instructores y su padre, grabadas a fuego en su alma, cruzaron rápidamente su mente en esos momentos tensos antes de su primera batalla.

Se recordó de Xeron, quien en una de sus visitas le había enseñado el significado del honor alcanzado cuando se moría en batalla. Una fina lluvia caía sobre los campos, el aire estaba húmedo y frío, pero aun así estaban sentados en la veranda observando el paisaje. Perseo había conseguido una licencia de dos días de la agogé para visitarlo en su casa, tras haber estado ausente durante meses en campaña.

— Perseo, hijo mío — comenzó Xeron—. En otras ciudades, el hombre que se muestra bajo y débil gana para sí una reputación maligna y el apelativo de cobarde, pero eso es todo. Para lo demás, él compra y vende en el mismo mercado que el buen hombre; se sienta a su lado en los juegos y teatros; hace ejercicios con él en el mismo gimnasio, y todo eso concuerda con su carácter pusilánime. Pero en Lacedemonia no hay un hombre que no se sienta avergonzado de recibir al cobarde en las actividades cotidianas o de luchar con tal antagonista en el gimnasio. Considera la rutina diaria; los jóvenes y adultos se dividen en juegos colectivos, pero él es dejado fuera, como un extranjero: no tiene cabida. Durante la danza del coro, se le prohíbe participar. En las calles, es él quien debe apartarse para que otros pasen, o, estando sentado, debe levantarse y ceder el lugar, incluso a un hombre más joven. En casa, tendrá a sus parientes que lo criticarán por su cobardía y lo aislarán del convivio familiar. Serán ellos quienes lo responsabilicen de todas las desgracias de sus vidas. Un hogar sin esposa que lo bendiga, esa es una condición que debe afrontar, pues ninguna mujer lo deseará como esposo, y ningún padre consentirá que su hija se case con él. No recorrerá las calles con un semblante suave y sonriente; no imitará a los hombres cuya fama es irreprochable; si lo hiciera, sentirá sobre sus espaldas los golpes de sus superiores. Ese es el peso de la infamia que se impone a todos los cobardes en Esparta, por lo que consideramos la muerte preferible a una vida tan impregnada de deshonra y reproche.

Esa era la dura ley de Esparta a la que estaban sometidos. Un poema del poeta espartano Tirteo, que luchó en la segunda guerra mesénica[90], uno de los muchos que Hipócrates le hizo memorizar, cruzó su mente:

“Bello es caer en sangre un valiente héroe, que luche por la patria en la vanguardia. ¿Caminar como mendigo? Nada hay peor que un hombre arrastrarse como indigente. A la deriva su padre y madre echados a la calle, hijos y esposa recibiendo desprecios de todos a quienes

pidan con las manos vacías. Ofende el pecho, enluta la raza, quien soporta la risa ajena y el escarnio. Si mal vamos sin un céntimo, y sin que un buen sueño nos guíe. Morimos por la patria, nuestro bien, que vil es vivir así, sin cariño."

—Hoy dejarán de ser vírgenes —rió Petrus mientras adelantaba a Perseo, sacándolo de sus recuerdos.

Los espartanos fueron interceptados por peltastas antes de llegar al villaje. Ellos los guiaron, y Georgios ordenó que caminaran en silencio. Todos lo siguieron. Poco después, avistaron el villaje a lo lejos, bañado por la luz de la luna e iluminado por varias fogatas encendidas alrededor de él. El sargento se reunió nuevamente con Menelaus, Anaxandro y el oficial peltasta. Tras un minuto, regresó a sus comandados.

—Atreu, cuenta hasta quinientos de manera lenta —ordenó dirigiéndose a Atreu, quien comenzó a contar al instante.

—Prepárense, los peltastas ya partieron para silenciar a las centinelas. En la cuenta de quinientos avanzamos a trote acelerado, ignoren las fogatas de las centinelas, avancen por el villaje y maten a todos los soldados y hombres adultos que encuentren, pero perdonen a los caballos y no incendien el lugar, no queremos que otras tropas enemigas descubran nuestro ataque —ordenó.

Atreu continuaba contando mientras el pelotón liderado por el teniente Anaxandro y Menelao se desviaba lateralmente para atacar la aldea desde el otro lado. Perseo y sus compañeros desenvainaron sus espadas y afirmaron los escudos.

Perseo comprobó que sus sandalias estuvieran bien atadas. El sudor empezó a brotar, resbalando por el interior de su túnica y empapándola. Su estómago comenzó a revolverse de nuevo, y miró a sus compañeros a su alrededor. Evandro, a su lado, parecía estar temblando. Laertes estaba tranquilo, mientras que Diomedes y Petrus susurraban, riendo. Georgios recorría el pelotón, tranquilizando a los novatos y animando a los veteranos.

—¿Cómo estáis? —preguntó, dirigiéndose a Perseo y Evandro.

—Nervioso —respondió Perseo.

—Parece que voy a vomitar —dijo Evandro.

—Es normal la primera vez; combatir no es más que un trabajo. Actuad según os han entrenado toda vuestra vida, intentad mantener la calma. Sois espartanos, estáis preparados —les aconsejó Georgios, dándoles una palmada en el hombro.

Cuatrocientos; el estómago de Perseo dejó de revolverse. Cuatrocientos cincuenta; su corazón parecía que iba a explotar en el pecho. Cuatrocientos setenta; apretó el mango de la espada con más fuerza. Cuatrocientos noventa; el joven flexionó las rodillas. Cuatrocientos noventa y cinco; pensó en Elana, en su hijo, en su madre, en su hermano y en Hipócrates. Cuatrocientos noventa y nueve. *¿Dónde estaría Diana?*, pensó. ¡Quinientos! Con una señal de Georgios, todos partieron en una carrera rápida.

Corrían en silencio, pasaron junto a una hoguera en las afueras de la aldea y Perseo miró rápidamente a un lado. Los peltastas señalaban hacia el poblado; en el suelo, algunos soldados liconios yacían con el cuello cortado. Fijó su vista al frente, viendo cómo la aldea se acercaba rápidamente. Solo escuchaba el sonido de su propia respiración, entrecortada por el esfuerzo. Con su visión periférica observaba el pelotón extendido, avanzando con rapidez. Evandro seguía a su lado.

Llegaron a la aldea y entraron por una pequeña calle de tierra, rodeada de casuchas de madera y barro, que terminaba repentinamente en un lugar que se asemejaba a un ágora: un espacio abierto donde había un pozo en el centro y una gran hoguera ardía. A su lado, varios

grupos de soldados liconios dormían plácidamente.

La plaza era amplia y debía servir como mercado; pequeñas callejuelas salían en varias direcciones. Laertes, el más rápido, fue el primero en alcanzar el lugar, dirigiéndose hacia un grupo de soldados dormidos y cortándoles la garganta de forma rápida y silenciosa.

Laertes hizo una señal para que todos se dispersaran. Perseo se acercó a un grupo de soldados que dormían, algunos de ellos sosteniendo odres de vino de manera descuidada.

De repente, sintió una sed atroz. *Daría cualquier cosa por un trago de vino*, pensó, pero apartó el deseo y se acercó en silencio lo mejor que pudo. Entonces levantó la espada, apuntando a la garganta de un hombre de unos treinta años. Por una fracción de segundo, su brazo se detuvo y su voluntad vaciló. *Voy a quitarle la vida a un ser humano desarmado*, pensó, pero tan pronto como llegó ese pensamiento, se desvaneció. Los años de entrenamiento en la agogé prevalecieron, y con un golpe seco, Perseo atravesó la garganta del soldado, que emitió un sonido gorgoteante que para él sonó como un grito.

Mirando a un lado, vio a Evandro, que también atacaba a los soldados dormidos. Continuaron avanzando en su trabajo sangriento, cuando de repente escucharon un grito en una lengua extranjera que solo podía significar una cosa:

—¡Alarma!

Soldados liconios comenzaron a despertarse somnolientos por toda la aldea. El pelotón de Menelao avanzaba por el otro lado del poblado, arrasando todo a su paso. Perseo miró a un lado y vio a Laertes que corría con algunos soldados del pelotón hacia un pequeño grupo de liconios que se dirigían a la plaza central desde el lado oeste del poblado. Por ello, se unió a sus compañeros.

Al acercarse, Perseo vio el asombro en los rostros de los soldados nativos; sin duda, no los esperaban. Laertes fue el primero en alcanzar el grupo y, con un golpe violento, decapitó a un enorme liconio. Sus compañeros avanzaron con indecisión, y eso fue su perdición.

Ya no había necesidad de guardar silencio.

—¡Alalá! —gritó alguien, invocando el nombre del *daimon*[91] que personificaba el grito de guerra griego. Alalá formaba parte del séquito de Ares, el dios de la guerra.

Los espartanos cayeron sobre los liconios como una manada de lobos hambrientos sobre un rebaño de ovejas.

Perseo alcanzó a un soldado liconio que levantaba los brazos tratando de proteger su cabeza, pero él le hundió la espada en el vientre desprotegido, giró la hoja y la sacó con violencia. Con un gemido alto, el soldado cayó al suelo sujetando sus entrañas.

Con la visión periférica, Perseo percibió algo que se acercaba a su cabeza. Levantó el escudo a tiempo y bloqueó un golpe de espada que le habría partido el cráneo. Lanzando el escudo contra el rostro de su oponente, oyó el crujir de huesos. Rápidamente, bajó el escudo y le asestó una estocada en el pecho al atacante; la hoja penetró hasta la empuñadura, entonces Perseo giró la espada y la retiró, haciendo que el soldado cayera al suelo con un grito de dolor.

Perseo miró a su alrededor buscando otros enemigos; sus compañeros estaban ocupados luchando. De repente, un enorme liconio avanzó hacia él como un toro enfurecido y asestó un violento golpe con un martillo de combate hacia su cabeza. Perseo logró alzar el escudo a tiempo, y el sonido metálico del impacto resonó con fuerza. El golpe fue tan brutal que Perseo fue lanzado hacia atrás, cayendo al suelo; su espada se le escapó de las manos, y trató desesperadamente de recuperarla, extendiendo el brazo, pero sintió el pesado pie del liconio en su pecho, inmovilizándolo.

El peso del enemigo era aplastante, y Perseo pensó que sus huesos se romperían. Intentó

quitar el pie de su adversario de encima, pero no lo logró y comenzó a quedarse sin aire. El liconio, con una sonrisa que parecía el gruñido de una bestia, levantó el martillo sobre su cabeza, listo para aplastar el cráneo del espartano de un solo golpe. El único pensamiento de Perseo fue que iba a morir.

De repente, el guerrero se detuvo, sus dedos se aflojaron, dejando caer el martillo hacia atrás. Con una expresión de asombro, miró su propio pecho, atravesado por una espada ensangrentada. El liconio cayó pesadamente sobre Perseo, quien, mientras intentaba liberarse, vio a Laertes mirándolo con desprecio.

—¡Novato idiota, presta atención! —exclamó Laertes, alejándose en busca de otros enemigos.

¡Qué soldado ejemplar! Un verdadero Aquiles, frío como la nieve en la cumbre del monte Olimpo. Cada uno de sus movimientos era fluido y perfecto; mataba con arte y precisión, pensó Perseo, sintiendo envidia de no ser como Laertes, el soldado espartano perfecto. Con dificultad, Perseo apartó el enorme cuerpo del liconio de encima y se levantó. Miró a su alrededor; ya no quedaban enemigos en pie, solo cuerpos terriblemente mutilados esparcidos por el suelo.

Perseo escuchaba los gritos de dolor, los lamentos de las mujeres y el llanto de los niños que llenaban el aire. El olor de excrementos y vísceras impregnaba el lugar; el poblado había despertado en medio de una pesadilla macabra, y por un momento Perseo pensó que iba a vomitar, pero logró controlarse.

Volvió al centro de la plaza y se dirigió al pozo. Tiró del cubo de agua, lo vertió sobre su cabeza y bebió con ansia, mientras el agua helada recorría su rostro y pecho, ayudando a limpiar la sangre de los liconios muertos. En silencio, agradeció a los dioses: había sobrevivido a su primer combate como soldado.

Evandro se acercó con una sonrisa tensa, y Perseo notó que su brazo sangraba. Le señaló la herida.

—Cortadura superficial —dijo Evandro, palpándose el corte.

Perseo asintió y le pasó el cubo a su compañero, quien primero bebió con avidez y luego vertió lo que quedaba sobre la herida. Georgios se acercó, examinó el corte y sacó una tira de cuero de una bolsa que llevaba, atando el brazo de Evandro tras verter un poco de vino de un pequeño odre.

—Aguantará. Cuando terminemos, busca a Atreu para que te cosa el brazo —ordenó el sargento.

Ambos miraron a su alrededor. Grupos de soldados griegos entraban en las chozas, sacando a los aldeanos a la fuerza. Las mujeres y los niños eran agrupados en un rincón de la plaza, y los hombres adultos en otro, bajo la vigilancia de algunos peltastas.

—Vamos a buscar algo de valor antes de que no quede nada —sugirió Evandro.

Perseo miró a Georgios, quien asintió, y en compañía de Evandro se adentraron en un callejón. Cruzaron con varios soldados que rebuscaban en las casas como perros callejeros en busca de un hueso. Ambos registraron algunas casas, pero la aldea parecía pobre; lo más valioso que encontraron fue un odre lleno de una bebida de olor fuerte. Evandro tomó un trago y tosió, atragantado, antes de pasárselo a Perseo, quien lo olió y frunció el ceño ante el hedor nauseabundo. Sin querer parecer inexperto, dio un sorbo. La bebida le quemó la garganta, haciéndolo toser y ahogarse.

—¡Por los dioses! ¡Esto es demasiado fuerte! —exclamó Perseo, devolviendo el odre a Evandro, quien dio otro gran trago.

Siguieron caminando por la aldea, que parecía sumida en un infierno. Soldados griegos violentaban a las mujeres bajo la luz de las antorchas; adolescentes, ancianas, nadie escapaba de aquella ignominia. Otros bebían cuanto encontraban, ya visiblemente ebrios. Evandro y Perseo se detenían unos segundos, observando el triste espectáculo, mientras libraban una lucha interior; eran jóvenes, inexpertos y en plena fuerza física.

Evandro, siempre que tenía oportunidad, buscaba a las solicitadas meretrices en el convoy de suministros. Perseo no lo hacía, aunque había tenido aquel misterioso encuentro en el bosque con la cazadora. Ambos sentían, al mismo tiempo, el deseo de poseer a una mujer y aversión por lo que veían hacer a sus compañeros. Evandro intentó entrar en una de las casas donde una mujer estaba siendo violentada por dos soldados del pelotón, pero Perseo lo detuvo.

—Vámonos —dijo, tirando de Evandro.

Cruzaron otra callejuela y vieron a tres peltastas que clavaban sus lanzas en un liconio que parecía más un campesino que un soldado. El infeliz lloraba y balbuceaba palabras incomprensibles mientras los peltastas reían. Un niño de pecho yacía en el suelo con la cabeza destrozada, y Perseo desvió la mirada.

Pasaron por el patio de una pequeña casa de barro, donde unos diez griegos formaban un círculo, riendo y gritando obscenidades. La curiosidad llevó a ambos hasta el grupo, y al acercarse, Perseo quedó horrorizado; una niña, que no debía tener más de seis años, estaba siendo violentada por un arquero cretense. A su lado, una mujer que parecía ser su madre era violada por un hoplita y un peltasta. No reconocía a esos hombres; el hoplita pertenecía al pelotón de Menelao. A pesar de la brutalidad, la madre se debatía y gritaba, aparentemente suplicando que perdonaran a su hija.

Un odio frío se apoderó de Perseo. Para él, la violación era inconcebible. A diferencia de muchos compañeros de la agogé, nunca había participado en las llamadas "expediciones de caza", como se conocían entonces las incursiones nocturnas en busca de esclavas ilotas para violarlas. Elana, al ser una ilota, lo hacía sentir indignación ante la posibilidad de que algún espartano pudiera violentarla.

Perseo miró a su alrededor. Los soldados griegos gritaban obscenidades, preparándose para turnarse en la violación, como si fueran bárbaros sin cultura. Evandro, con mirada lasciva, observaba la escena, y Perseo no pudo contenerse. Avanzó, apartando a los soldados y sacó violentamente al arquero de encima de la niña, arrojándolo hacia atrás. Se agachó para examinarla; la pequeña estaba inmóvil, con la mirada perdida en el vacío y sangre goteando entre sus delgadas piernas, mientras los compañeros del arquero abucheaban y reían, incitándole a violar a la niña.

—¡El efebo está ansioso por perder la virginidad! —gritaban riendo.

—¡Sois unos animales! —Perseo rugió indignado al dirigirse a ellos, poniéndose de pie.

Los dos soldados que estaban violando a la madre de la niña la soltaron, y ella corrió a abrazar a su hija.

—¿Qué pasa? ¿Eres un afeminado? —preguntó un hoplita que parecía ser el líder de la turba.

—¡Sois peor que animales, solo es una niña! —gritó con rabia, señalando a la pequeña inerte en los brazos de su madre.

Apenas había terminado de hablar cuando Perseo sintió un golpe en la cabeza que lo hizo caer al suelo. Con la vista nublada, vio que los soldados dominaban a Evandro, poniéndole una espada en el cuello. Aún intentando enfocar, observó el rostro del arquero cretense, a quien había apartado de encima de la niña, acercándose al suyo.

—¡Pedazo de mierda! Voy a joderte en su lugar y luego cortarte el cuello —gruñó, con el aliento apestando a vino barato y cebollas.

El espartano intentó levantarse, pero recibió un puñetazo en la boca y sintió el sabor de la sangre extenderse. Consiguió lanzar un golpe que apenas rozó al arquero, quien, con un grito de odio, exclamó:

—¡Voy a matarte, pedazo de mierda!

El arquero se sentó sobre el pecho de Perseo, inmovilizándolo, y le propinó una lluvia de golpes en la cabeza. Perseo intentaba protegerse levantando los brazos, pero cuando defendía la cabeza, su agresor atacaba su torso. Sus ojos se volvieron borrosos y se dio cuenta de que pronto se desmayaría. *Voy a ser asesinado por mis propios compañeros de ejército*, pensó.

De repente, el arquero fue arrancado de encima de él con violencia, y Perseo escuchó un sonido seco de huesos rompiéndose. Cuando recuperó la vista, vio a Petrus lanzando el cuerpo del arquero a un lado como si fuera un trapo, con el cuello en un ángulo antinatural.

Los compañeros del arquero protestaron y amagan con desenvainar sus espadas, pero entonces Perseo oyó la voz de Diomedes.

—A ver, ¿quién quiere morir primero? —amenazó, apuntando su espada hacia la turba.

Petrus desenfundó su espada y se colocó al lado de Diomedes. Los compañeros del arquero gruñeron, preparándose para atacar.

CAPÍTULO 29

Las amazonas observaron a los espartanos dispersarse por la llanura y partir. Ellas avanzaron en la misma dirección; su misión era impedir que los liconios escaparan del poblado.

Al llegar al lugar, Artemisia desplegó a sus guerreras alrededor de la aldea y observó a los soldados griegos avanzar en silencio hacia el sitio, que parecía dormido.

No tardó mucho para que gritos y sonidos de lucha se elevaran al cielo.

Algunos liconios intentaron escapar del pueblo, pero cayeron bajo las flechas de las amazonas.

Cuando el sonido de la batalla cesó, Artemisia decidió entrar en la aldea.

—Ikarnas, quédate aquí —ordenó mientras le entregaba las riendas de su corcel.

Avanzó por el poblado; había cuerpos esparcidos por todo el lugar. En la plaza central localizó al teniente llamado Anaxandro, quien comandaba a los espartanos.

—Interceptamos a algunos liconios que salían del poblado —informó, dirigiéndose a él.

—Los sorprendimos. Ahora estamos revisando el lugar —respondió—. Si deseas, acompáñame; voy a verificar cómo están los hombres —añadió, haciendo señas para que dos sargentos hoplitas y un oficial peltasta los acompañaran.

Caminaron por la aldea; los cuerpos de hombres, mujeres y niños yacían esparcidos, iluminados por varias antorchas encendidas y por las llamas de algunas casas incendiadas. El olor a humo mezclado con vísceras y desechos humanos llegaba a mis fosas nasales.

A los sobrevivientes los estaban reuniendo en la plaza central, como si fueran ganado. Soldados repartidos por la aldea saqueaban todo lo que tuviera valor. Asesinatos, violaciones, todo tipo de violencia se veía; el ser humano mostraba lo peor de su naturaleza.

Los recuerdos del saqueo en su hogar amenazaron con apoderarse de la mente de Artemisia, pero los apartó. *Soy una guerrera experimentada; no es la primera vez que veo esto. Quizá no esté de acuerdo en el fondo, pero acepto que es un hecho inevitable*, pensó, ya que hacía tiempo que había comprendido que debía ser tan dura como sus verdugos y enemigos si quería lograr su venganza.

De repente, escucharon una discusión en voz alta que venía del patio de una pequeña casa. Al llegar, vieron a un soldado alto y delgado apuntando con su espada a un grupo de griegos; a su lado, un gigante musculoso de casi dos metros de altura también tenía la espada en la mano. En el suelo de tierra del patio, una mujer estaba abrazada a un niño, llorando desconsoladamente; un joven espartano también yacía en el suelo, con manchas de sangre y cortes en el rostro que parecían resultado de una golpiza.

El corazón de Artemisia se aceleró al reconocer a Perseo. Durante días había luchado contra los recuerdos de lo que ocurrió en el bosque de Oleiros, y justo cuando parecía estar superándolo, ahora lo encontraba de nuevo. *Los dioses deben estar riéndose de mi determinación de no volver a verlo, pues lo han puesto en mi camino una vez más*, pensó.

—¡Atención! —gritó el teniente Anaxandro junto a la amazona.

Los soldados se detuvieron y se volvieron, encontrando la mirada furiosa del teniente, quien estaba al lado de un oficial peltasta, de los sargentos Menelao y Georgios, además de varios hoplitas y peltastas.

Gracias a los dioses, mi rostro y mis ojos están escondidos en las sombras del interior de mi yelmo, pensó la amazona.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó irritado Anaxandro.

—Ese mierdecilla nos impidió divertirnos —respondió el hoplita que parecía ser el líder de la turba.

—Y aquel otro le rompió el cuello a Tíndaro —afirmó un arquero flaco con cara de comadreja, señalando a Petrus y al arquero muerto.

—Lo rompí, si no, iba a matar a nuestro compañero —Petrus se encogió de hombros despreocupado.

—¡Ahora basta, largo de aquí! No quiero peleas entre griegos, volved a la plaza; estamos a punto de partir —ordenó Anaxandro mientras se alejaba, seguido por el oficial peltasta.

Artemisia se detuvo un momento mirando a Perseo; no necesitaba estar desde el principio de la confusión para saber lo que había ocurrido. Las violaciones estaban sucediendo desde el fin de la batalla. Por un instante pensó en revelarse, pero desechó la idea; no era el momento, y aún luchaba contra el deseo de volver a ver al espartano.

Así que decidió seguir a Anaxandro y reunirse con sus guerreras. Ya estaba harta de presenciar la barbarie griega.

—¡Habéis oído, moved el trasero! —gritó Menelao dirigiéndose a la turba.

—Vosotros, ayudad a Perseo —ordenó Georgios, dirigiéndose a Diomedes, Petrus y Evandro, quien había sido liberado.

Los soldados del pelotón de Menelao y los arqueros se retiraron con odio en la mirada. Diomedes se acercó y ayudó a Perseo a levantarse.

—Nos vemos en un rato, Georgios; será mejor llevar a estos idiotas a la plaza; el teniente está impaciente por partir —sugirió Menelao, empujando a los rezagados hacia la plaza.

—De acuerdo, ya vamos.

Menelao meneó la cabeza asintiendo y se retiró con los soldados, mientras el pelotón de Perseo escuchaba sus furiosas reprimendas contra ellos. Perseo se sentía completamente adolorido, su rostro estaba hinchado, y apenas podía ver con el ojo izquierdo. Atreu, que había llegado con Georgios, se arrodilló a su lado, examinándolo con suavidad.

—Te masacraron —constató tocando con la punta de los dedos el rostro herido—. Báñate con agua fría, cuando lleguemos al campamento te pondré un emplasto de hierbas en las heridas, parece que no hay fracturas.

—¡Esos animales estaban abusando de una niña! —se quejó Perseo con una mueca de dolor.

La madre aún estaba abrazada a la niña, llorando en silencio. Atreu se levantó y se acercó a la mujer, se arrodilló, murmuró algunas palabras y palmeó con delicadeza el cuello de la niña. Luego se levantó.

—La niña está muerta —afirmó con pesar.

—Qué lástima, era muy bonita, iba a ser una hermosa mujer —suspiró Petrus.

Perseo se levantó con dificultad con la ayuda de Diomedes. Miró a la mujer, que lloraba en silencio abrazando a su hija. Intentó decir algo que la consolara, pero nada de lo que dijera aliviaría el dolor de esa madre, ni siquiera conocía el idioma que ella hablaba. Intentó acercarse, pero sintió una mano sobre su hombro, obligándolo a alejarse del lugar. Al volverse, vio a Diomedes mirándolo con una sonrisa triste.

—Déjala, no hay nada que puedas hacer, son los efectos secundarios de la guerra, siempre son los inocentes los primeros en sufrir y morir —consoló Diomedes a Perseo mientras

lo empujaba hacia afuera del patio.

—Al menos te mejoraron la cara —sonrió Petrus tratando de animar a su compañero.

—Vámonos de aquí, reúnan a todos en la plaza central —ordenó Georgios secamente.

Salieron del lugar, y Perseo lanzó una última mirada a esa triste escena. Con la ayuda de Evandro llegó a la plaza central y se dirigió al pozo donde se lavó con agua fría. Algunos cortes en su rostro ardieron al entrar en contacto con el agua, pero aliviaron un poco el dolor físico; sin embargo, el dolor emocional de lo que había presenciado tardaría mucho en desaparecer.

Al llegar a la plaza, Artemisia informó al teniente Anaxandro que cubriría la retirada de la tropa griega. En ese momento, el sargento Georgios se acercó.

—¿Qué ha pasado, Georgios? ¿No sabes controlar a tus hombres? —preguntó irritado el teniente.

—Un recluta de mi pelotón intentó impedir la violación de una niña — respondió Georgios, enfatizando la palabra "niña"—. Algunos soldados no lo aceptaron y casi lo matan, Diomedes y Petrus solo ayudaron a un compañero.

—Controla a tus hombres, sargento —gruñó Anaxandro, visiblemente de mal humor.

La amazona observó Perseo caminar hacia el pozo en el centro de la plaza, apoyada por sus compañeros, y decidió salir de allí. Saber de su noble gesto la hacía vacilar aún más en su determinación de no volver a verlo nunca más.

—Cubriré la retirada —informó, dirigiéndose a Anaxandro.

—Está bien, gracias, Artemisia —respondió, avergonzado.

Lo que quedaba de la población del pueblo fue reunido: mujeres, niños y ancianos de un lado; hombres y adolescentes capaces de portar una espada, del otro, todos bajo la vigilancia de los griegos. En una esquina de la plaza, el teniente Anaxandro, Menelao y Georgios conversaban. Por la expresión de Georgios, Perseo notó que no estaba de acuerdo con algo. Finalmente, terminaron la conversación y se dirigieron al centro de la plaza.

El teniente luego habló a todos:

—Los hombres y adolescentes deben ser ejecutados para que no vuelvan a atacarnos, las mujeres y los niños deben ser perdonados, que carguen lo que puedan y nos vamos —ordenó mientras se retiraba de la plaza con el oficial peltasta y algunos hoplitas.

Georgios solo asintió con la cabeza, mostrando su descontento. Había estado en contra de esa masacre innecesaria. Un grupo de soldados, liderado por Laertes, se adelantó y se acercó a los hombres y adolescentes que tenían las manos atadas. Entonces, sacaron sus cuchillos y empezaron a cortarles las gargantas a los pobres infelices. Las mujeres y los niños gritaban y lloraban, pero eran controlados por los demás soldados.

Perseo giró el rostro, disgustado.

Artemisia, al salir del lugar, colocó a sus guerreras en la salida del pueblo, todas con sus arcos listos. No pasó mucho tiempo antes de que comenzaran a escucharse los gritos en la plaza.

—Deben estar matando a los prisioneros —comentó una amazona.

—Bárbaros, no hay honor en matar a personas desarmadas —dijo otra.

—Cállense las dos —ordenó Ikarnas junto a Artemisia.

Las amazonas guardaron silencio.

—¿Estás bien? —murmuró Ikarnas con suavidad, solo para que Artemisia lo oyera.

—Sí, estoy bien —respondió la líder amazona, tratando de disimular la lucha de sentimientos que ocurría en su interior—. Cuando se vayan, avanzaremos —ordenó.

Ikarnas asintió con la cabeza y permaneció en silencio, escuchando los gritos en el interior del pueblo.

Después de la masacre, los soldados recibieron la orden de partir, llevándose todo lo que tuviera algún valor.

El pelotón comenzó el camino de regreso al campamento del ejército, dejando atrás a las mujeres y los niños, junto con los infelices liconios muertos.

Sus gritos acompañaron a Perseo durante un buen rato.

Artemisia observó a Perseo y sus compañeros. Los dos que lo habían ayudado en el pueblo reían y bromeaban, mientras él, con una expresión seria, caminaba con dificultad, pero pronto se perdieron en la oscuridad y ella ya no escuchó más las bromas de la pareja.

Tras la suficiente distancia de los griegos, la amazona ordenó la retirada.

— ¡Avancen hasta el campamento!

Con un grito gutural, Ikarnas dio la señal y las amazonas salieron disparadas. Artemisia permaneció un tiempo más observando el pueblo. Algunas casas ardían en llamas y los gritos de mujeres y niños herían sus oídos. Dando la espalda, siguió a sus compañeras.

Poco después, estaban adelantando a los soldados griegos. Artemisia siguió galopando en la retaguardia, pero al avistar a Perseo, detuvo su montura. Por un breve momento, pensó en revelarse. Lo miró, pero el espartano no la reconoció.

Georgios se acercó con una mirada interrogativa, pero golpeando el flanco de su montura, la amazona disparó detrás de sus hermanas en dirección al campamento griego, con sus sentimientos luchando entre el deseo de volver a ver a Perseo y el deseo de olvidar todo lo que había sucedido en el bosque de Oleiros.

***

Después de que las amazonas adelantaran a los espartanos, estos continuaron la marcha hasta el campamento griego.

La mañana se acercaba, muchos soldados reían y celebraban el ataque, los espartanos habían caído sobre el pueblo como un rayo de Zeus. Solo hubo diez heridos leves, tres de gravedad, que eran transportados en camillas tiradas por caballos que pertenecían a la caballería liconia, y cuatro muertos, incluido el arquero cretense que tuvo el cuello roto por Petrus.

Perseo caminaba en silencio sintiendo mucho dolor en el rostro y el cuerpo, tenía una costilla fisurada y respiraba con dificultad. Evandro caminaba a su lado en silencio.

Georgios le había ofrecido un caballo al joven, pero Perseo lo rechazó, aceptando solo que su armadura y escudo fueran transportados en el lomo de un hermoso semental negro que ahora pertenecía a Diomedes.

—Voy a hacer buen dinero con él —rió Diomedes con placer, dándole una palmada al cuello del bello animal.

—Qué pena, podríamos quedarnos con él —acarició Petrus el hocico del caballo, que intentó morderle la mano.

—Nada de caballos, si quieres andar por ahí en uno, ve a buscar a los tracios y alístate en la caballería —cortó bruscamente Georgios mientras aceleraba el paso para alcanzar a Menelao, que estaba en la vanguardia junto a Anaxandro.

—¿Qué le pasó? —preguntó Petrus.

—No aceptó bien la muerte de esos hombres desarmados —respondió Atreu.

—Se está volviendo afeminado —dijo Laertes con desprecio.

—Y tú cada vez más un maniaco asesino —se irritó Diomedes.

—Eran enemigos y recibimos órdenes —insistió Laertes.

—Apuesto a que tuviste una erección matando a esos pobres desgraciados —se rió Petrus

con desdén.

Laertes no respondió y apresuró el paso, alejándose del grupo.

Continuaron la marcha, y cuando el sol estaba alcanzando el cenit, avistaron a lo lejos el campamento del ejército. Pronto fueron abordados por una compañía de caballería tracia, que, al ver que eran griegos y después de hablar con Anaxandro, siguieron adelante.

Al llegar al campamento, Perseo fue a buscar al médico del ejército, quien le colocó un emplasto maloliente en sus heridas y le vendó el torso con lino, mientras Anaxandro, Georgios y Menelao se dirigían a la tienda del capitán Admeto para presentar el informe de la misión.

Perseo regresó a su pelotón y fue recibido con bromas por sus compañeros:

—Hueles como un chivo viejo —se rió Diomedes.

Perseo no tenía ánimo para conversar y se aisló en su tienda, saliendo solo para comer. Pensaba constantemente en lo que había presenciado, había matado a un ser humano desarmado y dormido por primera vez en su vida, fue diferente al hombre que mató en Atenas, aquel había intentado matarlo.

Él empezó a ver el lado cruel de la guerra y cómo el ser humano podía ser degradante. El rostro de la niña muerta no salía de sus pensamientos, y el joven juró a sí mismo que jamás cometería un acto tan bestial. Las lágrimas llegaron a sus ojos y pensó en Elana y en su hijo. *¿Cómo estaría ella? ¿Cómo desearía que estuviera a mi lado?* La idea de huir con ella nunca me había parecido tan tentadora; la guerra no era noble como nos enseñaron en la agogé.

Durante los tres días siguientes, el ejército avanzó por Liconia causando devastación a su paso, las aldeas eran saqueadas e incendiadas. El regimiento de Perseo participó en varias misiones de saqueo, pero debido a sus heridas, se vio obligado a quedarse en el campamento por la costilla rota. Perseo intentó argumentar y protestar, ya que se sentía avergonzado, pero Georgios fue inflexible, un hoplita herido comprometería a todos si tuvieran que luchar en formación de falange, decía él.

En los momentos en los que estuvo solo en el campamento del pelotón, no podía sacar el rostro de la niña muerta de sus pensamientos; tenía pesadillas recurrentes sobre lo que había presenciado. Una noche, Perseo despertó bañado en sudor y asustado, había tenido una pesadilla, en la que el rostro de la madre de la niña muerta se había transformado en el rostro de Elana, y el rostro de la niña se había transformado en el rostro de su hijo, Hipócrates.

Se levantó y salió de la tienda. Georgios estaba despierto sentado frente al fuego, y Perseo se sentó a su lado. Solo el crepitar de la leña y los ronquidos eventuales de los soldados dormidos rompían el silencio.

—¿No puedes dormir? —preguntó Georgios sin apartar los ojos del fuego que danzaba con la brisa.

—No puedo dejar de pensar en lo que le hicieron a la niña, y en cómo actuaron nuestros compañeros. No vi honor ni gloria en la masacre de esos prisioneros indefensos —respondió.

—Esta fue tu primera batalla, y aún así fue una pequeña escaramuza. En la guerra no existe honor ni gloria, olvida los poemas de Homero, no somos héroes, somos hombres, y en la guerra mostramos lo peor de nosotros —explicó Georgios mientras avivaba el fuego con una rama.

—Laertes lucha como Aquiles, y no lo vi violando a niños indefensos —respondió Perseo.

—Sí, Laertes es el guerrero perfecto, tiene poco más de veinticinco años, su bisabuelo fue uno de los trescientos que acompañaron a Leónidas hasta las Termópilas, hace ochenta años. Su familia es rica y poderosa, su linaje tiene generales y magistrados, posee conexiones con la

realeza. No necesitaba estar aquí, se alistó en nuestra compañía a los diecisiete años cuando abandonó Esparta. Su padre le dijo que su destino era convertirse en magistrado, ya que, al ser el segundo hijo, el primogénito debía seguir la carrera militar. Él no aceptó y partió en busca de gloria, queriendo demostrar a su padre que podía ser digno del abuelo, un héroe espartano. ¿Sabías que fue campeón olímpico en la carrera? —preguntó.

Perseo negó con la cabeza. Georgios continuó:

—Sí, fue campeón, fue el mejor alumno de su agogé, lo que lo mueve es la gloria y el orgullo. Él es el soldado espartano perfecto, siempre está con la armadura y el cabello impecables, incluso durante las batallas, obedece las órdenes sin cuestionarlas, cortaría la garganta de mil niños si se lo ordenaran, pero jamás los violaría como aquel arquero, para él eso no sería honorable. Le encanta combatir, si buscas ese tipo de honor y gloria, debes inspirarte en él, pero en él no encontrarás piedad —concluyó.

Perseo asintió en silencio.

—Ahora, esos dos —continuó Georgios señalando a Diomedes y Petrus que roncaban fuerte— son dos ratas de alcantarilla para muchos espartanos. Petrus es hijo de una familia espartana pobre, fue expulsado de la agogé a los dieciséis años, dijeron que no era lo suficientemente inteligente. Escapó de Esparta y se fue a Atenas. Diomedes es hijo de una ilota y de un espartiata que lo adoptó, es un *syntrophoi.* Él tuvo éxito en la agogé y se convirtió en un espartiata, pero nunca olvidó las humillaciones que sufrió por ser adoptado, ni olvidó su linaje materno ilota.

Perseo asintió en silencio. Él mismo, en la agogé, había actuado algunas veces con desprecio hacia dos *syntrophoi* de su grupo; algunos compañeros eran más crueles y constantemente los agredían. *Los dioses debieron haberse reído de mí cuando descubrí que el hijo de Elana era mío, si las moiras del destino lo permitieran, adoptaría a Hipócrates y él ingresaría en la agogé como syntrophoi,* pensó.

—Cuando Diomedes se graduó de la agogé, en lugar de servir en el ejército, huyó a Atenas, donde vivió en las calles, fue despreciado por no ser ateniense, igual que Petrus, pero aprendió mucho en las calles, donde acabó conociendo a Petrus, desde entonces son amigos inseparables y soldados formidables. Para Laertes y muchos espartanos, ellos son unos pillos, indisciplinados y ladrones, engañarían al propio dios Hermes si tuvieran la oportunidad, pero no son despiadados como Laertes, no nacieron para la guerra —concluyó.

Perseo pensó en eso y recordó una lección que Hipócrates le había dado años antes, cuando el viejo mentor se dio cuenta de que su pupilo prefería a Aquiles sobre Héctor. Por eso le explicó la diferencia entre el valor de los dos principales personajes del poema. Aquiles nació para ser guerrero, su energía y virilidad causaban terror en los enemigos. Era hijo de una diosa, fue sumergido en el río Estigia[92] y adquirió la invulnerabilidad; solo su talón, donde su madre lo sostenía, era vulnerable. Su punto débil era su sentido de honor exagerado y su orgullo desmesurado.

Héctor, en cambio, era solo un hombre mortal, que tuvo que aprender a ser valiente. Durante nueve años defendió su patria contra los griegos que querían tomarla. Su valentía provenía de su deseo de proteger su ciudad y a sus seres queridos. A pesar de saber que moriría a manos de Aquiles, decidió enfrentarlo, tras despedirse de su esposa e hijo, él representaba la verdadera valentía.

—Entonces, ¿quién es más valiente y noble? ¿Aquel que mata sin piedad, preocupado solo por su gloria, o aquel que mata solo cuando es necesario, preocupado por un bien mayor? —preguntó Georgios, mirando al joven.

Ambos guardaron silencio, Perseo se dio cuenta de que, de todos, Georgios era el más honorable, jamás era injusto, era un excelente líder, hasta Laertes lo seguía sin cuestionarlo. A través de sus actos, Perseo comprendió que Georgios no estaba de acuerdo con la matanza de hombres y adolescentes desarmados. Removiendo esos pensamientos, finalmente se quedó dormido, pensando en su pregunta; estaba dividido, *¿acaso quería convertirme en un soldado como Laertes? ¿Frío e implacable? ¿O como Diomedes y Georgios?*

La marcha por Liconia continuó y Perseo se reintegró al pelotón.

Estaban cerca de la frontera de Capadocia, y los guías decían que, con un día más de caminata, estarían fuera de Liconia.

CAPÍTULO 30

Tras la masacre de la aldea liconia, Artemisia se presentó ante el comandante Egisto y, después de relatar lo que había presenciado, le advirtió que regresaría a la columna del ejército para informar a Ciro sobre la situación.

—Si es posible, pide que envíen apoyo de la caballería —pidió Egisto mientras la observaba montar.

—Así lo haré —respondió la amazona, golpeando el flanco de su corcel y disparando por la llanura al frente de sus hermanas.

Al día siguiente, al llegar a la tienda de mando, Artemisia informó a Ciro y a los generales reunidos sobre la situación y transmitió la solicitud de refuerzos del comandante espartano.

—No puedo abandonar el convoy de suministros, los liconios nos emboscan en todo momento —se quejó Orontas, irritado.

—Es una de mis divisiones en la vanguardia y necesitamos el apoyo de la caballería —reclamó Clearco—. ¡Habéis oído lo que contó Artemisia!

—Los tracios están protegiendo la retaguardia, no podemos moverlos sin comprometer la seguridad de la columna —apuntó Menón, señalando el mapa de piel de buey extendido sobre la mesa.

Mientras los generales discutían, Artemisia observaba a Ciro, que, desde su silla, escuchaba en silencio.

—Si me lo permiten, señores, puedo ofrecer apoyo con mis amazonas. Estuvimos allí y podemos regresar rápidamente —intervino la amazona, interrumpiendo la discusión.

—Sería perfecto, Artemisia —respondió Clearco, visiblemente aliviado.

—¿Vuestra Alteza está de acuerdo? —preguntó Arieo, dirigiéndose a Ciro.

—Sí, adelante. Estamos perdiendo demasiado tiempo en Liconia —respondió el príncipe con claros signos de irritación.

—Partiré de inmediato —dijo Artemisia, inclinándose ante Ciro.

Al salir de la tienda real, la amazona respiró hondo y miró al cielo, donde el sol ya se acercaba al cenit. Ikarnas la esperaba pacientemente afuera, sosteniendo las riendas de sus caballos.

—Partiremos a la vanguardia de inmediato —le informó, tomando las riendas de su corcel y montando con agilidad.

Ikarnas también montó, y juntos trotaron de regreso al campamento de las amazonas. Al llegar, Artemisia comenzó a dar órdenes para que las guerreras desmontaran las tiendas y se prepararan para partir.

Una hora después, galopaban por la llanura en dirección a la vanguardia del ejército.

Tras avanzar durante toda la tarde y la noche, haciendo breves paradas para descansar a los caballos, llegaron al campamento griego antes del amanecer.

Los centinelas se levantaron, listos para dar la alarma, pero al reconocer a las amazonas, las dejaron pasar. Mientras Ikarnas organizaba a las guerreras, Artemisia se dirigió a la tienda del comandante Egisto.

—Es un placer verla de nuevo —la saludó el oficial cuando la amazona se acercó a la entrada de la tienda.

—Igualmente —respondió ella—. Ciro me ha ordenado que les preste apoyo.

—Gracias, realmente lo necesitaremos. Permíteme llamar a mis oficiales —dijo, ordenando a un asistente que buscara al capitán Admeto, a quien la amazona ya conocía, y a otros oficiales.

Mientras esperaba, Egisto le ofreció una copa de vino con miel, que la amazona aceptó de buen grado, junto con unos trozos de queso de cabra, ya que estaba agotada y hambrienta.

Los oficiales se presentaron y extendieron un mapa de cuero de buey sobre la mesa.

—Nuestros exploradores han informado de una gran concentración de soldados liconios que se están preparando para interceptarnos, justo aquí —dijo un capitán peltasta, señalando con el dedo un punto en el mapa.

—Están cerca del camino que lleva a Capadocia —indicó Artemisia, señalando una línea en el mapa que representaba la carretera.

—Admeto, avanzad con vuestro regimiento. Artemisia puede daros cobertura y apoyo —decidió Egisto, rascándose la barba de varios días.

—Sería mejor atacar durante la noche —sugirió la amazona.

—Que así sea —asintió Admeto.

Quedaron de acuerdo en que partirían al anochecer. Tras la reunión, Artemisia ordenó a las amazonas que descansaran lo máximo posible. Ella misma se tumbó sobre la hierba, usando la montura de su caballo como almohada, y pronto se quedó profundamente dormida.

Cuando llegó el crepúsculo, las amazonas estaban todas preparadas. Artemisia había llevado consigo a trescientas guerreras; las demás permanecieron en el campamento persa para ayudar a proteger el convoy real.

Partieron al anochecer, con la luz de la luna iluminando su camino. Artemisia avanzaba al frente, guiando a los griegos.

Desde su montura, buscó a Perseo entre los hoplitas, y lo vio brevemente caminando junto al gigante que había visto en la aldea liconia protegiéndolo. Parecía despreocupado, riendo por algo gracioso que otro hoplita había dicho. Su escudo y casco colgaban de su espalda, y sostenía la lanza en la mano derecha. El corazón de la amazona latió con fuerza, pero se contuvo y avanzó hasta alcanzar a las exploradoras.

Después de horas de marcha, avistaron a lo lejos las fogatas que delataban el campamento liconio. Con el visto bueno del capitán Admeto, las amazonas se concentraron en una pequeña pendiente. El plan era sencillo: rodearían el campamento enemigo por los flancos y lo atacarían, mientras que los griegos harían un ataque frontal.

Las amazonas rodearon el campamento liconio en un amplio arco, manteniendo siempre las luces a la vista. Se colocaron en la retaguardia enemiga y desenvainaron los arcos. Artemisia encajó una flecha en la cuerda, controlando su caballo solo con la presión de sus piernas, y lideró a las amazonas en un galope hacia el campamento.

Artemisia lanzó un grito gutural que sus hermanas imitaron. Los centinelas se levantaron sobresaltados, solo para ser atravesados por las flechas de las amazonas. De una tienda salió apresuradamente un oficial liconio intentando colocarse una coraza de cuero; Artemisia apuntó y disparó, acertándole en la garganta. Antes de que el hombre cayera al suelo, ya tenía otra flecha lista.

Una trompeta anunció el ataque griego, que había avanzado silenciosamente contra los liconios.

La confusión era enorme: liconios heridos por las flechas gritaban caídos en el suelo. Otros intentaban huir del campamento, pero eran interceptados por los griegos, quienes atacaban

con fiereza y avanzaban por el lugar.

Los griegos atacaron con violencia, aprovechando la confusión provocada por las amazonas. Perseo golpeó con el borde de su escudo a un liconio que corría en su dirección huyendo de las guerreras, alcanzándolo en la garganta y rompiéndole el cuello, haciéndolo caer al suelo. El espartano avanzó y lanzó su lanza contra otro enemigo, acertándole en el vientre.

Perseo miró a su alrededor: sus compañeros luchaban ferozmente. Petrus decapitó a un hombre con un golpe certero de su espada. Laertes corría tras varios enemigos aterrorizados, atravesándolos con su lanza.

Las amazonas intensificaban la confusión en el campamento, lanzando a sus caballos contra los liconios. Con habilidad, guiaban a sus monturas usando solo la presión de sus piernas y empuñaban una espada en cada mano, golpeando a los soldados aterrados. La velocidad de sus golpes era impresionante; miembros y cabezas eran cortados con precisión.

De repente, Perseo sintió un golpe violento en su escudo que lo hizo caer y perder el control de su mano. Al levantar la vista, vio a un soldado liconio empuñando una pesada hacha de guerra de doble filo, preparado para segarle la vida.

Voy a morir, pensó en un instante fugaz, al darse cuenta de que su espada no podría detener el golpe. Sin embargo, la levantó y con la otra mano palpó el suelo desesperado, intentando alcanzar su escudo sin quitar la vista del hacha.

El hombre alzó su arma por encima de la cabeza, preparándose para descargarla en un golpe mortal.

Cuando el hacha comenzó su trayectoria hacia la cabeza del espartano, este hizo un débil intento de defenderse, pero sabía que iba a morir.

***

Artemisia, en medio de la confusión, avistó a un soldado griego a unos veinte pasos de donde se encontraba y lo reconoció. Era Perseo, quien luchaba con valentía. Por un momento, se distrajo observándolo, y un liconio apareció frente a su montura, intentando sujetar las riendas. Sin embargo, su corcel, entrenado para la batalla, se encabritó y lanzó sus patas delanteras violentamente contra la cabeza del desafortunado, rompiéndosela. Este movimiento, sin embargo, hizo que ella perdiera el equilibrio, y por ello saltó de la silla, rodando por el suelo.

¡Insensata! Gritó mentalmente. *¡Podría haber muerto por distraerme!*

La amazona se levantó rápidamente, lista para defenderse. Escuchó un fuerte sonido de metal contra metal y vio cuando Perseo cayó al suelo, dejando escapar su escudo. Un soldado liconio, armado con una pesada hacha de guerra de doble filo, se preparaba para acabar con su vida.

Cuando el hacha comenzó su trayectoria hacia Perseo, Artemisia avanzó, soltando un grito de guerra, y con un golpe certero cortó la cabeza del liconio, que rodó por la tierra. El hacha cayó de sus manos y un chorro de sangre brotó del lugar donde estaba su cabeza, mientras el cuerpo se desplomaba lentamente hacia un lado.

Ambos se miraron mutuamente, con el rostro de la amazona oculto tras su yelmo.

Perseo se levantó rápidamente, recuperando su escudo. En un movimiento rápido, que sorprendió a la amazona, interceptó a un liconio que avanzaba contra ella desde la izquierda con una larga lanza. En el momento en que el escudo del espartano bloqueó el ataque con un golpe seco, la amazona avanzó y, con un golpe, cortó los antebrazos y la lanza del enemigo. El liconio, asombrado, miró los restos de sus brazos, de donde brotaba sangre. En el suelo, sus manos cortadas aún sostenían un trozo de la lanza. Con otro golpe, Artemisia decapitó al desafortunado,

y su cabeza voló, rodando por el suelo.

¡Qué rapidez! Esa guerrera debía ser, realmente, descendiente de las míticas Amazonas que lucharon contra Hércules, pensó Perseo, admirado.

Miraron a su alrededor: la batalla había terminado. Los pocos liconios sobrevivientes que huían estaban siendo perseguidos por las amazonas. Los soldados griegos remataban a los heridos enemigos.

Artemisia lanzó un grito en cita, levantando sus espadas ensangrentadas. Sus compañeras respondieron con un sonido gutural desde la garganta, celebrando la victoria. Ágilmente, montó en su corcel, que otra amazona le había traído, y se alejó en dirección a sus hermanas, no sin antes dirigir una última mirada al espartano desde las sombras de la abertura de su yelmo.

Perseo aún no me ha reconocido, pensó mientras galopaba.

Mientras las amazonas cazaban a los liconios que huían, masacrándolos, los griegos registraron el campamento y encontraron una gran cantidad de provisiones y suministros. Admeto ordenó que permanecieran en el lugar y atendieran a los heridos.

El ataque había sido un éxito. Los griegos habían perdido cuatro soldados y tenían cinco heridos, mientras que las amazonas solo contaban con cinco guerreras levemente heridas.

Los griegos reunieron los cuerpos de los enemigos caídos y los apilaron a cincuenta pasos del campamento. Colocaron centinelas alrededor y se les autorizó a beber y comer. Hallaron vino enterrado en grandes barriles de madera, y pronto el ambiente en el campamento se tornó festivo, aumentando aún más cuando las amazonas regresaron de la cacería de los liconios que huían, lideradas por Artemisia, quien detuvo su montura frente a Perseo.

—¡Hermanas mías! La victoria es nuestra y de nuestros aliados. ¡Abandonemos por esta noche el arduo trabajo de Ares y entreguémonos a los misterios de Afrodita! —gritó Artemisia en cita—. ¡Escoged a quien queráis, excepto al joven que tengo frente a mí, que nos observa!

Las amazonas respondieron con entusiasmo y desmontaron al instante, atando las riendas de sus caballos a pequeñas estacas de metal que clavaban en el suelo.

Los espartanos las observaban con curiosidad. Excepto en la noche del primer ataque en el pueblo liconio, cuando aparecieron para darles cobertura, nunca antes habían luchado junto a ellas. Estaban impresionados: eran guerreras valientes y letales con sus arcos, capaces de disparar incluso al galope, además de ser diestros con sus espadas dobles. Compensaban su relativa inferioridad física con una agilidad asombrosa.

Las amazonas se quitaron los yelmos, soltando sus cabellos oscuros que llevaban trenzados. Eran todas morenas de ojos oscuros. Algunas parecían muy jóvenes; otras, más maduras, pero todas debían tener entre dieciséis y treinta años. Animadas, se unieron a los espartanos. Usando gestos o con un griego torpe, pedían compartir la comida y bebida hallada, sentándose a su lado.

Ikarnas se acercaba a un oficial de mediana edad, insinuándose, mientras Artemisia desmontaba para atar a su corcel, observando a Perseo de reojo.

—¡Por los dioses! ¡Creo que quieren divertirse! —exclamó Diomedes, entregándole un odre de vino a una hermosa amazona de unos veinticinco años que se sentó junto a él.

Entre risas, las guerreras se aproximaban a los soldados griegos de manera coqueta. Perseo miró alrededor; todos sus compañeros tenían compañía. Algunos, como Diomedes y Petrus, eran cortejados por dos amazonas a la vez. Hasta Georgios y Laertes estaban acompañados, y el sargento sonreía, claramente avergonzado. No tardaron en dejarse arrastrar por las amazonas hacia la oscuridad fuera del campamento o hacia algunas tiendas liconias aún de pie.

Artemisia observó a Perseo, que permanecía solo frente a la hoguera. El espartano estaba incómodo; ninguna amazona lo había elegido, según su orden. Se oían risas y gemidos de soldados y amazonas entregados al amor, mientras Perseo avivaba el fuego con una ramita, intentando ignorar los sonidos a su alrededor.

Con el corazón latiendo acelerado y sintiendo que toda su determinación de no volver a verlo se desmoronaba, Artemisia se acercó lentamente.

¡Dioses, concededme, aunque sea un breve instante de felicidad!, rogó Artemisia para sí.

—¿Te has quedado solo, guerrero? —preguntó con un toque de burla en la voz, armándose de valor para seguir sus instintos.

Perseo se levantó indignado, girándose para encarar a la mujer que estaba a dos pasos de distancia. Observó detenidamente a la líder de las amazonas, viendo cómo era alta y esbelta, lo que contrastaba con la coraza que llevaba en el pecho, decorada con varias escenas de batallas y, en el centro, la cabeza de la gorgona Medusa, manchada con sangre seca de los enemigos abatidos. Las grebas que llevaba en las espinillas eran de estilo griego, sus dos espadas estaban embainadas, sujetas a cada lado de su cintura por un cinturón de cuero que cruzaba su pecho, y su casco, con crin de caballo, ocultaba sus ojos y rostro.

—No me importa —respondió, intentando fingir indiferencia, aunque se sentía intimidado por la presencia de la guerrera.

Con una risita burlona, la amazona se quitó el casco, dejando libre una larga trenza de cabellos rubios que caía sobre sus hombros. Sus ojos azul claro brillaban bajo la luz de las hogueras.

—¿Diana? —exclamó Perseo, sorprendido, sintiendo una ola de calor recorrer su cuerpo al ser asaltado por los recuerdos de aquella tarde en el bosque, haciendo que el deseo ardiera en su alma.

Intentó no pensar en esa tarde, pero no podía apartar la vista del rostro de la amazona, que, con un movimiento lento, soltó las cintas que sujetaban su cabello, dejándolo caer sobre sus hombros con un delicado giro de cabeza.

—No soy Diana, mi nombre es Artemisia —respondió la amazona, mostrando sus hermosos dientes en una sonrisa cautivadora.

Perseo se quedó mudo, no sabía qué decir; después de todo, la amazona era comandante del ejército del joven Ciro, y él podría considerarla su superior jerárquica.

—¿Qué pasa, Perseo? ¿Acaso los dioses te han dejado sin habla? —preguntó Artemisia con una sonrisa irónica y un aire burlón, deleitándose al provocar al espartano.

—No, señora —Perseo hizo una salutación formal, tocándose el pecho con la mano cerrada.

—Vamos, Perseo, deja las formalidades de lado. Cuando terminó la batalla, permití que mis amazonas celebraran para conmemorar la victoria y la vida. Les dije que podían elegir a cualquiera, menos a ti —afirmó la amazona, mirando fijamente al espartano, quien sostuvo su penetrante mirada.

Artemisia ya estaba a menos de un paso de distancia. *¿Cómo podía? No la vi moverse*. Pensó Perseo.

—Te he echado de menos —la amazona se detuvo a menos de un paso de él, sintiendo que su corazón latía desbocado, mientras las sensaciones de aquella tarde en el bosque asaltaban su cuerpo y alma, nublando su mente.

Acto seguido, ella abrazó al espartano y lo besó en la boca con voluptuosidad.

Por un breve momento, Perseo intentó resistirse, pero fue inútil. Él la rodeó por la cintura

y la acercó a su cuerpo. Las corazas que llevaba en el pecho impedían un contacto más cercano, pero Artemisia suspiró en medio del beso al sentir las manos de Perseo acariciando su nuca y sus cabellos.

Artemisia se apartó un poco y lo tomó de la mano, llevándolo hacia una tienda. El interior estaba iluminado por una lámpara, y varias almohadas estaban esparcidas por el suelo, mostrando que el lugar pertenecía a un oficial.

Con ansias, mientras se besaban, se despojaban mutuamente de los broches y tiras de cuero que sostenían sus corazas, quedando solo con sus túnicas.

Se despojaron de las túnicas y de las ropas íntimas, y Perseo suavemente acostó a Artemisia sobre las almohadas. Besó su cuerpo por completo, mientras ella sentía que sus labios dejaban un rastro de fuego sobre su piel, haciendo que gimiera de placer, incendiando su alma, nublando su mente y haciendo que el deseo quemara su cuerpo, mientras él la besaba por entera.

Artemisia lo atrajo hacia ella y, como si fueran amantes de toda la vida, se amaron lentamente hasta llegar al clímax juntos, sus músculos temblando incontrolablemente.

Agitados, se quedaron acostados, ella acurrucada en el pecho del espartano, que acariciaba su cabello sedoso, sintiendo el aroma de flores silvestres.

—Te he echado de menos, Perseo, nunca olvidé aquella tarde en el bosque. Sabía que formabas parte del ejército griego. Intenté no buscarte, pero cuando te encontré en el pueblo liconio y vi lo que intentaste hacer por aquella pobre niña, supe que los dioses te habían puesto en mi camino —murmuró Artemisia, mirando hacia un lado de la tienda, sin atreverse a mirar a Perseo, avergonzada por sus sentimientos.

—Yo también no olvidé aquella tarde —respondió Perseo sin interrumpir su caricia—. Me preguntaba si eras la diosa Diana o solo una cazadora nativa. Nunca pensé que fueras la líder de las amazonas.

—Lo soy. Ellas son mis hermanas y compañeras, pero el peso del liderazgo siempre cobra un alto precio. Cuando tengo oportunidad, me gusta cazar sola. Encontrarte aquel día fue una sorpresa. Pasé mucho tiempo observándote mientras esperabas a tu presa. Pensé en matarte varias veces, pero parecías tan inocente e indefenso —sonrió Artemisia, rememorando aquel día.

—¿Por qué habrías de matarme? Somos aliados del joven Ciro —preguntó Perseo, intrigado, mirándola.

—Eso no importa ahora —respondió Artemisia, desvió la mirada, sin querer contar su historia, no en ese momento—. Hay cosas más importantes que hacer.

Riéndose, ella se lanzó sobre Perseo de forma insinuante, rozando su cuerpo contra el de él, besando su boca con pasión, mordisqueándolo a veces, mordiendo su cuello y hombros, provocándole, hasta que él no resistió más y la atrajo hacia él para amarse una vez más.

Dioses, que este momento nunca termine. Pensó Artemisia para sí misma mientras lo amaba como si fuera la última vez, hasta que, tras alcanzar el clímax, exhaustos, se quedaron dormidos entrelazados como una pareja de amantes.

Antes del amanecer, Artemisia se levantó y observó a Perseo mientras se vestía en silencio. *Parece un niño durmiendo tranquilamente*, pensó. *Por los dioses, no entiendo qué está pasando conmigo. En su presencia reacciono como una adolescente inmadura y enamorada. ¿Cómo pude criticar a mis hermanas que se acuestan con hombres? ¿Dónde está el odio que les profesaba a los hombres, y en especial a los espartanos?*

Artemisia salió de la tienda y encontró a Ikarnas, que ya la esperaba con su corcel preparado. Su sonrisa indicaba que se había divertido durante la noche.

Montaron con sus hermanas lejos del campamento devastado y fuera del territorio

liconio.

Iban a comprobar si había alguna fuerza hostil en la vanguardia, en pleno territorio de Capadocia.

Perseo despertó al escuchar los gritos de los sargentos ordenando que todos tomaran formación. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que los rayos del sol ya caían sobre la tienda. La estera a su lado estaba vacía.

Artemisia se fue sin despedirse, pensó.

De repente, de forma brusca, el tejido que cubría la entrada de la tienda se abrió y la cabeza de Diomedes apareció en su interior.

—Ahí estás, sátiro[93] —rió—. Apúrate, vamos a partir.

Perseo se vistió rápidamente con su armadura y salió a la luz del sol. Recorrió el campamento con la mirada, pero no vio señales de Artemisia. Por los comentarios que escuchó, supo que ella había partido con sus hermanas antes del amanecer. Se unió a sus compañeros, que estaban de excelente humor, conversando animadamente sobre la noche increíble que habían disfrutado con las amazonas.

—¿No conseguiste compañía, Perseo? —preguntó Evandro riendo.

Perseo sonrió, pero no respondió, guardando las memorias de la noche anterior para sí mismo, sin querer compartirlas con sus amigos. En su interior, libraba una batalla entre Elana y Artemisia por el dominio de su corazón.

Al día siguiente ya estaban fuera del territorio liconio; habían dejado un rastro de muerte y destrucción por donde habían pasado.

CAPÍTULO 31

El ejército marchó por Capadocia durante cuatro días, el sol era inclemente y secaba las gargantas, los caminos que recorrían estaban polvorientos, y el movimiento de una fuerza tan grande solo empeoraba la situación; hacía semanas que los soldados no sabían lo que era la lluvia.

El primer día de marcha llegaron a la ciudad de Dana al atardecer, donde, según la leyenda, la ciudad originalmente se llamaba Toana, debido a que su fundador había sido Toas, un rey tracio. La ciudad se encontraba al pie de los Montes Tauros[94], que se veían a lo lejos con sus picos nevados.

El ejército se dispersó por la llanura alrededor de la ciudad. Tras la masacre de los liconios, las tropas no tuvieron más problemas.

Permanecerían tres días en la ciudad descansando y reabasteciendo las provisiones. Perseo no había vuelto a ver a Artemisia ni a sus guerreras, y no tenían permiso para ingresar al campamento del ejército persa de Ciro.

Como era costumbre, Artemisia y las amazonas prepararon el palacio del gobernador para recibir a Ciro y su comitiva.

Perseo pensaba constantemente en la líder amazona, nunca había conocido a ninguna mujer como ella, incluso en Esparta, donde las mujeres gozaban de más libertad que en otras ciudades griegas. La diferencia entre Elana y Artemisia no era solo física, aunque ambas eran bellísimas, estaba en sus espíritus. Mientras Elana era calma y transmitía una sensación de paz, la guerrera era como una fuerza de la naturaleza incontrolable que despertaba en él sentimientos que nunca imaginó poseer.

El segundo día, al anochecer, fueron sorprendidos por una tormenta que azotó toda la región: lluvia fuerte e incesante con viento, rayos que cruzaban los cielos y truenos que resonaban fuertemente. Atreu decía que los dioses estaban discutiendo. Algunos miraban al cielo aterrados, otros se reían de los creyentes.

Las tiendas amenazaban con volar debido al viento. Perseo y sus compañeros ataron tres de ellas para formar una sola y así protegerse mejor de la lluvia. En su interior, Perseo, Diomedes, Petrus, Atreu, Laertes, Georgios y Evandro se apiñaban alrededor de un pequeño fuego. Tenían que abrir constantemente la lona de la entrada para dejar salir el aire viciado y permitir que el aire fresco traído por el viento entrara, lo que hacía que las llamas titilasen.

Diomedes consiguió un cerdo, solo los dioses sabían dónde lo había encontrado, todos sospechaban que lo había robado del stock personal del cuartel general. A pesar de ello, lo asaron en la fogata mientras la tormenta seguía azotando el campamento, como si el mundo estuviera siendo atacado por los titanes[95].

Las odres llenas de vino comenzaron a circular por el interior de la tienda. El grupo estaba relativamente seco, con el estómago lleno de carne y ligeramente entumecido por la bebida. Incluso Laertes estaba de buen humor, algo raro en él. Conversaban sobre todo: política, dioses, la campaña en Persia y sobre sus hogares. A pesar de ser todos espartanos, excepto Evandro y Perseo, el resto no veía la ciudad de Esparta desde hacía mucho tiempo.

Georgios contó que tenía una pequeña granja, estaba casado y tenía tres hijos, el mayor de diez años. Hacía dos años que no veía a su familia. Plantaba olivos, trigo y vides, criaba cabras y ovejas, y la granja estaba administrada por su esposa.

Atreu era hijo de un sacerdote espartano que servía en el templo de Zeus, y su madre era una ilota. Durante su infancia, vivió con otros sacerdotes en el templo. Cuando tenía quince años, su padre, que estaba enfermo y presagiaba su pronta muerte, lo adoptó porque no había podido tener hijos varones con su esposa legítima.

Ingresó en la agogé tarde y contó al grupo sus años de sufrimiento allí, ya que no había recibido el mismo entrenamiento que sus compañeros que ingresaron a los siete años. Fue el último alumno de su clase y, por ello, lo golpeaban a diario. Tres años después, al terminar la agogé, decidió alistarse en el ejército del general Clearco durante la guerra contra Atenas, ya que nada lo ataba a Esparta. Sin embargo, nunca olvidó los años que pasó con los sacerdotes, siendo el más religioso de todos nosotros.

Laertes era el segundo hijo de un general espartano. Su familia era famosa, un bisabuelo había luchado y muerto con Leónidas en las Termópilas. Se destacó en la agogé y fue atleta olímpico, campeón en las carreras en los Juegos Olímpicos. Su familia estaba formada por generales y nobles, era orgulloso y seguía rigurosamente la ley de Licurgo. Era un soldado fabuloso, pocos podían vencerlo en un combate singular, pero abandonó Esparta cuando su padre decidió que sería magistrado.

Diomedes era hijo de una ilota y de un espartiata que lo adoptó cuando tenía dos años, convirtiéndose así en syntrophoi, lo que le permitió acceder a la agogé. Sin embargo, los niños adoptados eran discriminados por ser considerados impuros por los demás niños espartanos. A pesar de haberse graduado y ser considerado un espartiata, nunca olvidó las humillaciones que sufrió y, al cumplir los dieciocho años, abandonó Esparta. Viajó por varias ciudades griegas, Corinto, Argos, Tebas, entre otras, y terminó en Atenas, donde conoció a Petrus en las calles del barrio pobre de la ciudad. Juntos se unieron al ejército espartano en la guerra contra Atenas.

Petrus fue expulsado de la agogé a los dieciséis años. Era el más fuerte de su clase y podía derribar incluso a instructores experimentados, pero fue considerado incapaz en las artes intelectuales y lo mandaron fuera porque sus profesores dijeron que no era lo suficientemente inteligente. Al regresar a casa, fue expulsado nuevamente por su padre, quien lo echó de Esparta acusándolo de haber avergonzado el nombre de la familia. Terminó vagando por las ciudades griegas y llegó a Atenas, donde, junto con Diomedes, hicieron fama en el inframundo de la ciudad. Decidieron alistarse en el ejército del general Clearco después de salvarle la vida en una taberna.

Las vidas de nuestros compañeros veteranos estaban llenas de aventuras. Todos participaron en la guerra contra Atenas, mientras que Evandro y yo no tenemos mucho que contar; espartanos sin experiencia que salimos de la agogé hace menos de un año. A los ojos de estos veteranos, somos niños. Pensó Perseo, mientras Evandro contaba sus historias de la agogé y de su aventura en Atenas.

Perseo contó su historia de vida, incluso su relación con Elana, pero omitiendo su encuentro con Artemisia, ya que solo Georgios y Atreu sabían de ello, y a ellos también les había ocultado que Diana era en realidad la líder amazona. Ninguno de los dos fue ridiculizado por su inexperiencia; habían sido aceptados en la pequeña hermandad que los veteranos habían forjado a lo largo de años de convivencia.

La noche transcurrió alegre y festiva, a pesar de la tormenta que no cesaba.

***

La comitiva real se alojó en el palacio del gobernador, una construcción sólida de rocas ubicada en la parte alta de la ciudad.

Artemisia aguardó frente al palacio la llegada de Ciro. Artapates fue el primero en llegar y la saludó con una sonrisa, colocándose a su lado.

—¿Está todo organizado?

—Sí, las provisiones están siendo preparadas y los aposentos de Ciro ya están listos —respondió la amazona, sonriéndole al saludarlo.

—Perfecto.

En ese momento, Samyr, el silencioso oficial de Artapates, se acercó y le susurró algo al oído. Artemisia notó de reojo que la sonrisa de Artapates se congeló y su mandíbula se tensó, mientras varios generales persas se posicionaban frente a los portones para recibir a Ciro, bajo la mirada severa del oficial de seguridad.

—Con su permiso —pidió Artapates y se apartó con Samyr hacia el interior del palacio, bajo la mirada desconfiada de los generales.

Debe haber sucedido algo, o tal vez llegó nueva información, pensó Artemisia, pero pacientemente aguardó hasta que la carroza que transportaba a Ciro se detuvo frente al patio interior. Los guardias reales y las amazonas vigilaban el perímetro.

Los sirvientes se apresuraron a abrir la puerta y el príncipe descendió primero, mirando a su alrededor satisfecho, luego tomó el brazo de Epiaxa para ayudarla a bajar. Caminaron con calma, escuchando la aclamación de la población seleccionada, que se apiñaba contra la fila de guardias reales. El príncipe pasó frente a la amazona y le sonrió, mientras Epiaxa a su lado la miraba con una sonrisa falsa.

—La espero en el banquete, me gustaría que usara un presente que envié —dijo Ciro.

Artemisia hizo una reverencia en señal de agradecimiento mientras el príncipe se alejaba con Epiaxa.

Un banquete sería ofrecido en tres horas, por lo que la amazona regresó a su campamento para prepararse para la fiesta. Después de asegurarse de que sus guerreras estuvieran bien instaladas, se dirigió con Ikarnas a su tienda, donde dos amazonas la aguardaban con una tina de agua caliente preparada para un baño. Una larga túnica roja y blanca estaba colgada sobre una pequeña mesa de madera, un obsequio de Ciro.

Con un suspiro de alivio, Artemisia se despojó de su ropa y se metió en el agua, mientras una de sus guerreras frotaba sus cabellos e Ikarnas servía dos copas de vino, vertiendo el contenido de una jarra que estaba sobre la mesa y entregándole una a su líder.

—¿Cuáles son las órdenes? —preguntó mientras tomaba un sorbo de su copa.

—Estaremos tres días aquí, luego partiremos hacia Capadocia, donde deberemos incrementar la vigilancia. Tisafernes confirmará que no atacaremos a los psidios y tratará de convencer a Artajerjes de enfrentar a su hermano —suspiró Artemisia nuevamente mientras sorbía el suave vino.

—Enviaré algunas exploradoras por delante —advirtió Ikarnas, levantándose y saliendo de la tienda.

Una vez terminado el baño, Artemisia se secó, y las dos amazonas, una mujer de unos treinta años y una joven de veinte, la ayudaron a ponerse la larga túnica. Una de ellas sostuvo un espejo redondo, otro regalo de Ciro.

Artemisia observó su reflejo. Su cabello rubio, ligeramente ondulado, caía sobre sus hombros, llegando casi a la altura de sus caderas. Sus pechos eran firmes y de un tamaño que consideraba satisfactorio, sus piernas largas y torneadas. El constante entrenamiento desde su niñez había hecho que sus músculos estuvieran firmes. Sus ojos azules la miraban desde el espejo, mientras el reflejo mostraba una sonrisa de dientes perfectos y labios rojos.

¿Perseo me consideraba bella? pensó. Al recordar su rostro, la amazona empezó a sentir un leve calor entre las piernas y apartó de su mente esa imagen. Con un suspiro, se puso la complicada túnica que realzaba sus curvas.

La amazona agradeció a sus compañeras con una sonrisa y salió. El crepúsculo se acercaba rápidamente, y el sol, ahora un gran círculo rojo, se ponía en el horizonte hacia el oeste. Una ligera brisa de verano soplaba, trayendo consigo el aroma del campamento a sus narices: una mezcla de flores silvestres, hierba recién cortada y guisado de carne que se cocinaba en grandes calderos para la cena de las guerreras.

Una biga de dos ruedas, tirada por dos hermosos caballos tordillos, la esperaba. La conductora era Ikarnas, completamente armada, acompañada por otras cinco amazonas que formarían la escolta, montadas en sus caballos.

Subiendo al carro y de pie, Artemisia se sujetó del apoyo. Con un chasqueo de las riendas, Ikarnas guió los caballos de vuelta hacia la ciudad y al banquete que esperaba a su líder.

El banquete, como todos los que había presenciado antes, le parecía aburrido. Nobles de la ciudad, ricos comerciantes, oficiales griegos y persas, y los miembros de la comitiva de Ciro y Epiaxa se dispersaban por el enorme salón de piedra, iluminado por decenas de candelabros colgando del techo y lámparas en las paredes.

En una mesa colocada sobre un escenario, el príncipe y Epiaxa conversaban animadamente, con el gobernador sonriendo a su lado.

—Estás bellísima, Artemisia —dijo Artapates, acercándose con dos copas de vino, entregándole una a la amazona.

—Gracias —respondió Artemisia, observando la vestimenta del noble, que, como todos los persas, llevaba una túnica larga de colores, pantalones y botas de fieltro. Los oficiales griegos ostentaban sus corazas y mantos sobre los hombros.

—No te vayas después del banquete, tenemos asuntos urgentes que tratar con Ciro —le indicó antes de alejarse.

Debe tener algo que ver con la noticia que Samyr le entregó más temprano, pensó.

El banquete transcurrió con animación, varios artistas locales y miembros de la comitiva que seguía a Ciro se presentaron. En medio del banquete, Epiaxa anunció que al día siguiente continuaría su viaje hacia Tarso, donde prepararía una recepción digna de un rey para el príncipe.

Se hacían brindis en honor a Ciro y a la reina. Un poeta griego con una lira se presentó y recitó poemas de amor:

—Cae la luna, caen las Pléyades y es medianoche, el tiempo pasa y yo sola, aquí acostada, deseante —declamó en griego y persa, sacando acordes tristes de su instrumento.

—No miento: yo me quería muerta. Me dejaba, hecha lágrima: “Pero, ah, ¡qué triste es nuestro destino! Voy contra la voluntad, juro”. “Sé feliz”, dije, “y recuerda cuánto te quiero. ¿O ya lo olvidaste? Pues te lo recordaré. Nuestros momentos de amor. Cuántas coronas, en tu regazo — Rosas, violetas, azafrán — Trenzamos juntos! Collares multicolores atados al tierno cuello de Átis; perfumes en el cabello, aceites raros de tu piel sobre la mía. Cama suave, el amor nacía de tu belleza, y yo mataba tu sed” —declamó nuevamente.

Un sentimiento de melancolía se apoderó de Artemisia. *¿Sería mi vida solo batallas? ¿Conoceré el amor? ¿Algún día encontraré la paz y me unirá un buen hombre para construir un hogar, tener hijos? ¿Podré tener hijos?* Pensó. *Cómo desearía que Perseo estuviera aquí conmigo, ¿dónde estará? Probablemente junto a sus compañeros en el campamento griego, ¿pensará en mí? ¿O buscará a las meretrices del convoy de suministros?*

Con este sentimiento en el alma, la amazona desfiló por el salón conversando con unos y

otros, sin concentrarse en sus palabras tediosas, en sus galanteos exagerados; escuchaba sin escuchar, con la mente volando lejos.

Finalmente, el banquete terminó, Epiaxa se retiró a sus aposentos y poco después Ciro también salió del salón, una señal de que todos debían retirarse. Mientras Artemisia observaba cómo el salón se vaciaba poco a poco y los sirvientes comenzaban a recoger los objetos utilizados en el festín, Artapates hizo una señal y ella lo siguió, saliendo del lugar.

Recorrieron algunos pasillos vigilados por los guardias reales y se dirigieron a los aposentos privados de Ciro, quien los esperaba.

—Es la propia Afrodita, mi amiga —Ciro sonrió levantándose de un taburete tapizado en el que estaba sentado frente a una mesa con varios pergaminos y tintas.

—Gracias, mi rey —la amazona hizo una leve reverencia.

—Bien, vamos directo al grano, aún debo despedirme de Epiaxa —Ciro sonrió de manera traviesa.

—Mi rey, temo que haya una conspiración en contra de su persona —comenzó Artapates.

—Explíquese —Ciro perdió su expresión de buen humor y frunció el ceño.

Artapates le entregó un pergamino que había sacado de los pliegues de su túnica. El príncipe leyó atentamente, una expresión de ira fría hizo que su rostro se contrajera aún más.

—¿Está seguro de esto? —preguntó, leyendo nuevamente el papiro.

—Sí, mi señor, interceptamos e interrogamos al mensajero, él confesó que su misión era entregar esta carta a Tisafernes —respondió Artapates—. Un espía que infiltré junto a Megafernes lo escuchó escondido y me contó que Ayanam planea reclutar a otros conspiradores.

—Léelo —ordenó Ciro, entregándole el papiro a Artemisia.

Leyó la carta fechada, datada de una semana atrás, en ella Ayanam avisaba a Tisafernes que Ciro avanzaría por la Capadocia hacia Susa, la capital del imperio, donde pretendía derrocar del trono a su hermano Artajerjes, e informaba que, si se le autorizaba, con la ayuda del tintorero real Megafernes, encargado de las ropas de Ciro, lo asesinaría. Solo pedía que Artajerjes fuera informado de su lealtad.

—Es su letra, mi señor —respondió la amazona, reconociendo la caligrafía elegante de Ayanam.

—¿Quién más está involucrado? —preguntó, irado.

—Solo los dos, mi señor, los mantuve bajo vigilancia durante todo este tiempo, abortamos la conspiración al principio —respondió Artapates.

—Deténganlos, quiero interrogarlos.

—Me encargaré personalmente de eso, mi señor —Artapates hizo una reverencia.

Una idea alocada cruzó la mente de Artemisia y, antes de que pudiera analizarla, ya estaba hablando.

—¿Vuestra Alteza me permite una opinión? —preguntó con esperanza.

—Siempre, amiga mía —Ciro volvió su atención hacia la amazona.

—Tal vez lo ideal sea utilizar a los griegos para apresar a los conspiradores —sugirió con el corazón acelerado.

—Es una buena idea, mi señor —concordó Artapates, sonriendo.

—¿Y quién enviaríamos? —preguntó el príncipe.

—Clearco es su general más leal, debe haber soldados de confianza sirviendo con él —sugirió Artapates, mirando de reojo a la amazona.

—Combatí junto con un teniente suyo, llamado Anaxandro, tal vez debamos utilizar a su compañía, por lo que vi son excelentes soldados —respondió la amazona, temblando por dentro.

—Podemos detenerlos a primera hora de la mañana y traerlos ante su presencia —afirmó Artapates.

—Que así sea —decidió Ciro, con el semblante cargado.

Tras discutir otros asuntos, ambos fueron dispensados. Artapates acompañó a Artemisia hasta la salida, donde Ikarnas la esperaba con el carruaje y la escolta.

—Creo que recompensaré a los griegos después de la ejecución, ordenarás que los lleven a un palacio de placer que existe en la ciudad, su propietaria es una mujer llamada Salomé, a quien conozco. Una noche disfrutando de los placeres de Afrodita, a costa del rey, los alegrará —Artapates miró a la amazona.

—Sí, creo que lo apreciarán —respondió cautelosamente.

—Sabes, amiga mía, Salomé es de mi confianza, su establecimiento es conocido por la discreción que ofrece a sus clientes, no le importaría ceder sus propios aposentos para que un griego pueda ser interrogado discretamente por una comandante de confianza del rey —sugirió, sonriendo.

El corazón de Artemisia se aceleró. *¡Por los dioses! Artapates debe saber de mis encuentros con Perseo. Por más cuidadosa que haya sido, había varios griegos que pudieron haberme visto con él después de la batalla en Liconia, no creo que mis amazonas lo hayan contado, pues confío plenamente en ellas. Pero, ¿qué esperar del jefe de inteligencia de Ciro? Sus informantes están en todas partes. ¿Debería confiar en él?* Pensó. *El príncipe confía, y Artapates siempre ha sido amable conmigo, desde que nos conocimos en la ciudad de Nínive. No estoy haciendo nada malo, aunque no se lo he contado a Ciro, primero porque no surgió la ocasión y segundo porque es un asunto personal mío. Aunque en el fondo temo que no lo apruebe, ya que a veces lo sorprendo observándome a lo lejos, ¿será que aún siente algo por mí?*

No quiero herirlo, pero estoy dispuesta a aprovechar los pocos momentos de felicidad que los dioses quieran concederme, después de todo, corro el riesgo de morir en batalla en cualquier momento.

—Sería eternamente agradecida —respondió audazmente, manteniendo la mirada del noble.

—Perfecto, vamos ahora mismo al palacio a concretar los detalles —decidió, caminando al frente.

Artemisia le pidió a Ikarnas que la esperara y salió acompañada de Artapates hacia el patio exterior, donde una carroza cerrada las aguardaba. Subieron y, en silencio, siguieron por las calles de la ciudad. El aire estaba pesado, presagio de una tormenta que se había estado formando durante el día y que caería en breve.

Llegaron a un palacete iluminado por antorchas sujetas a sus paredes y fueron interceptados en la puerta por un enorme guardia, que al ver a Artapates se inclinó servilmente, permitiéndoles el paso. Fueron recibidos en un atrio por una mujer vestida con velos transparentes, con el cabello teñido de rojo, al igual que su boca; era una mujer de gran belleza.

—Mi señor Artapates, ¿desea ver a Salomé? —preguntó la joven con voz suave.

—Sí, en un lugar reservado.

—Naturalmente, acompáñenme —dijo la joven, dirigiéndose hacia una pared cubierta de plantas y enredaderas.

Apartándolas con las manos, se reveló una puerta, y entraron en un pasillo iluminado por faroles. No caminaron mucho cuando una mujer de mediana edad, ricamente vestida con una túnica roja y el cabello recogido en un peinado sujetado por horquillas, se acercó. A pesar de su

sobrepeso, caminaba con gracia y aún conservaba los rasgos de una belleza exótica.

—¡Artapates! —ronroneó, haciendo un gesto discreto hacia la joven que los acompañaba, quien se apartó dejándolos a solas.

—Salomé, ella es Artemisia, comandante de las guerreras amazonas —la mujer observó a la amazona detenidamente.

—Es muy hermosa, joven, he oído mucho sobre ti y tus amazonas —la matrona hizo una leve inclinación de cabeza.

—Gracias, señora.

—¿En qué puedo serles útil? —preguntó con tono servicial.

—Mañana algunos soldados griegos vendrán a su palacio, entretenlos con lo mejor, por supuesto, a expensas del rey —dijo Artapates, entregándole una bolsa de cuero en la que se podía escuchar el tintinear de las monedas.

Salomé escondió rápidamente la bolsa en los pliegues de su túnica y sonrió astutamente.

—Así será, mi señor. ¿Hay algo más en lo que esta sirvienta pueda ser útil? —preguntó con una mirada divertida.

—Sí, entre todos los soldados hay uno al que no debe prestársele atención, él será interrogado por Artemisia. Pensé que tal vez podrías proporcionar un lugar tranquilo —dijo Artapates—. No hace falta decir que, con toda la discreción necesaria para no incurrir en la ira de Ciro, de quien Artemisia es amiga.

—Naturalmente, mi señor, la discreción es nuestro lema —Salomé fingió ofenderse.

—Lo sé —sonrió el general.

—Pondré a disposición mis propios aposentos. Cuando lleguen los soldados, Artemisia podrá señalar quién debe ser dejado en paz, junto a esta puerta —apuntó hacia el lugar por donde habían entrado—. Escondida entre las hojas, hay una pequeña ventana camuflada; basta con que me señale quién es el joven y me encargaré de todo. Al final del pasillo se encuentran mis aposentos privados.

—Así está perfecto —sonrió Artapates.

—Gracias —murmuró la amazona avergonzada, pero el deseo de ver a Perseo era más fuerte que su razón.

Salieron del lugar y regresaron en silencio al palacio donde Ciro se encontraba hospedado. Artapates la acompañó hasta el lugar donde Ikarnas aguardaba a la amazona con la biga y su escolta.

—Sabes, para mí es un placer ver que la diosa Anahita ha extendido sus bendiciones sobre ti —dijo Artapates.

Artemisia sabía que Anahita era la diosa persa que personificaba las cualidades físicas y metafóricas del agua, especialmente el poder fertilizante que fluía desde su fuente sobrenatural en las estrellas. Ella regía todas las aguas: los ríos, arroyos, cascadas, lagos, mares, lluvias y el rocío.

Anahita presidía la concepción y generación de los niños, purificando la semilla del hombre y el vientre de la mujer, y su leche era, por tanto, la patrona de las mujeres y los niños, una de las muchas manifestaciones de la Gran Madre en las tradiciones orientales. Era la diosa de la noche, las estrellas y el amor.

—No es lo que piensas —dijo Artemisia, sonrojándose mientras se preparaba para subir a la biga.

—En este mundo transitorio, encontrar el amor en medio de nuestras tribulaciones es una bendición. No te preocupes, tu secreto está bien guardado —dijo el noble, ignorando

amablemente la débil protesta de Artemisia.

—Gracias —murmuró la amazona, subiendo ágilmente al carro. Con una señal, Ikarnas chasqueó las riendas, haciendo que la pareja de caballos trotase fuera del palacio.

Gotas gruesas de lluvia empezaron a caer. Artemisia miró al cielo oscuro, un rayo cruzó el firmamento iluminando las nubes negras y cargadas, seguido por un trueno que resonó a lo lejos. *Ares, perdóname, pero el deseo de ver a Perseo es más fuerte*. Pensó, mientras más rayos cruzaban el cielo y un temporal comenzaba a empaparla.

CAPÍTULO 32

La amazona, en las primeras horas del día siguiente, se presentó en el palacio y fue conducida a una sala donde varios generales persas aguardaban, entre ellos Orontas y Arieo.

Al ver a Artemisia, Orontas se acercó con una sonrisa a medias.

—Buenos días, Artemisia, ¿sabes de qué trata la reunión? —preguntó, visiblemente curioso.

—No tengo idea.

—Parece que Ayanam no ha sido convocado, por lo que se ve —comentó, mirando a su alrededor.

—Así parece —respondió la amazona, de forma seca.

Orontas se encogió de hombros y se apartó, mientras Artapates entraba en la sala y se dirigía hacia Artemisia.

—Están curiosos —murmuró la amazona, observando a los oficiales que conversaban en voz baja.

—Sí, lo están —sonrió Artapates.

Servidores entraron en la sala sirviendo vino y cerveza, además de queso y frutas. A media mañana, tras una tensa espera, un oficial entró y susurró algo al oído de Artapates, quien asintió con la cabeza.

—Señores, Ciro nos convoca —dijo, dirigiéndose hacia la salida del aposento.

Todos abandonaron el salón con expresiones curiosas y tensas.

***

A la mañana siguiente al temporal, un mensajero del general Clearco asomó la cabeza dentro de la tienda donde Perseo y sus compañeros dormían tras la noche de juerga.

—Sargento Georgios, usted y su pelotón deben presentarse ante el general —avisó, con una mirada de reproche.

—¡Que los dioses lo lleven al Hades! —murmuró Petrus, lanzando una odre vacía en dirección al mensajero.

—¡¿A esta hora se despiertan a personas honradas?! —exclamó Diomedes, cubriéndose la cabeza con su manto.

Laertes saltó de un brinco y salió de la tienda en busca de su equipo, no parecía haber bebido toda la noche. Georgios se levantó con dificultad, gemía mientras frotaba sus miembros adoloridos.

—Espera fuera, ya salimos —ordenó al mensajero—. ¡Y ustedes, levántense y alístense!

Tras muchas quejas, todos salieron de la tienda. La tormenta había pasado y el sol brillaba en el cielo. Se dirigieron a grandes cubos de madera que recogían la lluvia y se bañaron en el agua helada. Con dificultad, se pusieron el equipo. El resto del pelotón fue despertado por Georgios, ellos también aprovecharon la tormenta para beber, ya que estaban desaliñados y con los ojos rojos.

Georgios luchó para poner a los hombres en orden, con excepción de Laertes, que ya estaba armado, con el cabello limpio y aceitado, mientras que el resto parecía haber salido de una batalla. Entre gruñidos, formaron filas chapoteando en el suelo empapado y lodoso.

Algo debe haber sucedido para que nos convoquen tan temprano, y por el propio general. Pensó Perseo.

En columna de tres, siguieron al mensajero y a Georgios, que marchaban al frente, tropezando por la noche de borrachera y por el lodazal que se había convertido el sendero que llevaba hasta las tiendas del cuartel general griego, situado en el centro del campamento.

Llegaron y aguardaron en posición de firmes. Georgios y el mensajero fueron autorizados por las centinelas a entrar en la tienda del general. Esperaron una hora su regreso. De repente, un soldado del pelotón vomitó en el suelo, el resultado de la noche de juerga, justo en el momento en que el sargento salía acompañado por el general, el teniente Anaxandro y varios persas y oficiales griegos.

Georgios y Anaxandro fulminaron al infeliz soldado con la mirada, mientras él trataba de recomponerse. Clearco solo observó la escena con una sonrisa irónica en los labios al ver el lamentable estado de los soldados.

—Así que, ¿ustedes, malhechores, se han estado emborrachando? —dijo el general, evaluando a todos de arriba a abajo.

Caminando entre el pelotón que seguía en posición de firmes, Clearco se detuvo frente a Diomedes.

—Unas ánforas de vino y un cerdo han sido robados de la cocina del estado mayor. ¿No serías tú el autor, Diomedes? —preguntó, escrutando a Diomedes con la mirada.

—¿Yo, señor? —Diomedes se mostró ofendido—. Jamás robaría algo del estado mayor — agregó con una sonrisa inocente.

—Espero que no —afirmó Clearco, todavía con una sonrisa irónica.

Luego se giró hacia Georgios y Anaxandro:

—¿Puedo confiar en ustedes para cumplir con la misión?

—¡Sí, señor! —respondieron ambos.

—Muy bien, ya saben lo que tienen que hacer —dijo, retirándose hacia el interior de la tienda con sus oficiales y los persas que lo acompañaban, excepto uno que vestía una túnica bordada, pantalones y botas de fieltro sorprendentemente limpias.

—Hombres, tenemos una misión que cumplir. Este es Samyr, vamos a seguirlo hasta el campamento persa —explicó Georgios, dirigiéndose a los soldados y señalando al oficial persa, quien correspondió con una leve inclinación y una sonrisa irónica en los labios.

—¿Cuál es nuestra misión? —preguntó Atreu.

—Espero que sea invadir algún burdel —rió Diomedes.

—¡Cállense! Nuestra misión es capturar a dos persas considerados traidores —explicó Anaxandro.

Los soldados guardaron silencio. Podían no estar contentos con la misión, pero eran espartanos y no cuestionaban órdenes, mucho menos frente a un extranjero. El persa comenzó a caminar hacia la salida del campamento griego, acompañado por el sargento y el teniente. Perseo y sus compañeros lo siguieron de manera ordenada por un sendero que los llevaría al campamento persa, a cientos de pasos de distancia del campamento espartano, pues, a pesar de ser aliados, mantenían una respetuosa distancia.

Caminaron durante media hora, y por un momento, Perseo tuvo la esperanza de avistar el campamento de las amazonas, pero pronto llegaron al campamento persa y, para su decepción, no las vio. Las centinelas hicieron ademán de interceptarlos, pero retrocedieron al ver al oficial persa que los ignoró.

Perseo observó al persa con curiosidad. El hombre era alto y estaba ricamente vestido,

con una barba larga y bien cuidada, pero nada en él lo diferenciaba de los demás persas que había visto. Recorrieron el campamento seguidos de las miradas atónitas de los soldados; no era habitual que los griegos entraran en él, pero la presencia del oficial del joven Ciro, quien era conocido, impedía cualquier manifestación por parte de ellos. Se acercaron a un conjunto de tiendas que, por su riqueza, pertenecían a los oficiales de la comitiva real.

Se detuvieron frente a una enorme y colorida tienda. Las centinelas apostadas en la puerta retrocedieron, mientras que Georgios ordenó cercar el lugar. Samyr llamó a un nombre, y esperaron un momento hasta que un hombre de mediana edad, ricamente vestido, salió de la tienda. Al ver a Samyr, se inclinó reverente. El persa se dirigió a Anaxandro en un griego perfecto.

—Este es Megafernes, tintorero real, encargado de los trajes de nuestro señor, Ciro —dijo.

El persa, llamado Megafernes, parpadeó nerviosamente e hizo una pequeña reverencia con la cabeza al teniente.

Samyr volvió a dirigirse a Megafernes en persa, y a medida que hablaba, el otro hombre se fue palideciendo, empezó a temblar, y finalmente, nuevamente en griego, el oficial se dirigió a Anaxandro:

—¡Prendan a este traidor! —ordenó.

El teniente miró a Georgios y asintió con la cabeza. Inmediatamente, el sargento ordenó que Diomedes y Petrus ataran las manos de Megafernes con una cuerda. Él se dejó amarrar sin mostrar reacción alguna.

—¡Ahora, síganme! —ordenó el persa, en un griego perfecto.

Arrastraron a Megafernes, ahora maniatado, siguiendo nuevamente a Samyr y Anaxandro, que se dirigían hacia otra tienda, a pocos pasos. Nuevamente, el persa se detuvo en la puerta de una tienda aún más lujosa que la anterior y llamó a otro nombre. Otro oficial persa, igualmente ricamente vestido, portando una espada y un puñal en la cintura, salió del interior del lugar. Al vernos, miró con desdén al oficial y luego a nosotros. Al percatarse de que Megafernes estaba maniatado, palideció, pero mantuvo su actitud altiva. Samyr se dirigió a Anaxandro:

—Este es Ayanam, comandante de la caballería persa de nuestro señor, Ciro.

Ayanam ni siquiera se dignó a mirar al teniente, solo observaba a Samyr con una mirada llena de odio.

El oficial persa se dirigió al hombre en su lengua nativa, que se sonrojó y Perseo vio cómo su rostro se llenaba de rabia. Georgios, anticipándose, ordenó de inmediato a Laertes y Atreu que prendieran a Ayanam. Este hizo un movimiento para sacar su espada, pero Laertes, como un rayo, le propinó un potente golpe en el rostro, derribándolo al suelo, donde fue inmovilizado, desarmado y con las manos atadas. Los soldados persas que presenciaron la escena bajaron la cabeza y se apartaron. *Aparentemente, Samyr imponía tanto terror en ellos que todos retrocedían ante su acercamiento*, pensó Perseo.

Condujeron a los prisioneros, siguiendo a Samyr y Anaxandro, que tomaron la ruta que los llevaba hacia la ciudad. Los prisioneros marchaban en el centro de la columna en silencio, con la cabeza baja. Después de una hora de caminata, cruzaron las puertas de la ciudad de Dana. Todos los que se cruzaban con ellos los miraban con asombro, pero nadie osó interceptar a los griegos.

Se dirigieron a un conjunto de palacios en la parte alta de la ciudad, donde Ciro se hospedaba con su comitiva, y se detuvieron frente al más grande de todos los edificios, que estaba fuertemente custodiado por soldados de infantería persa, pesadamente armados. En las

murallas del lugar, varios arqueros los observaban.

Samyr se acercó al oficial de la guardia, quien miró a los prisioneros con desprecio y les permitió el acceso. Al pasar por el arco de la gran puerta del palacio, se encontraron con un enorme patio donde los soldados persas descansaban. Ellos miraban a los griegos con desconfianza, pero la presencia de Samyr impedía cualquier manifestación.

Al atravesar el patio, llegaron a una pesada puerta de madera que estaba cerrada. Cuatro enormes centinelas etíopes la vigilaban. Sus pieles eran negras como el carbón y portaban grandes hachas de guerra. Samyr habló con ellos en un idioma extraño que Perseo nunca había oído y que creía que era etíope, y abrieron la puerta, permitiéndoles el paso.

Marchando, los griegos entraron en otro patio, y esta vez se encontraron con un enorme jardín al estilo persa. Flores y árboles frutales adornaban el lugar, esparciendo un delicioso perfume, mientras el canto de innumerables aves atrapadas en jaulas de oro se oía por doquier. Cuando los últimos soldados del pelotón pasaron por el umbral, la puerta se cerró con un estruendo.

Soldados etíopes, distribuidos por el patio en posición de firme, observaban atentamente a los griegos. Se dirigieron al centro del jardín y se detuvieron frente a una enorme tarima, donde diez mujeres ricamente vestidas reían y conversaban con el joven Ciro, quien se encontraba en el centro, recostado sobre lujosos cojines. Mesas bajas rodeaban el lugar, llenas de diversas delicias. Perseo identificó carnes, pescados y una multitud de frutas. Varios jarros de plata y oro se encontraban sobre las mesas. *Debe haber vino de la mejor calidad*, pensó, sintiendo sed.

Perseo miró a su lado. Diomedes y Petrus, con miradas lujuriosas, observaban atentamente a las beldades persas, cuyas voces dulces competían con el canto de los pájaros.

Ciro ignoró a los griegos durante unos minutos, mientras las bellezas se reían y le daban uvas y otras frutas en la boca. Él sostenía una rica copa incrustada con piedras preciosas. De repente, los miró y, riendo, se dirigió a las mujeres en persa. Ellas miraron a los griegos tímidamente y, con risitas deliciosamente sonoras, descendieron de la tarima con la agilidad de corzas, internándose en el jardín, dejando solo el rastro de sus deliciosos perfumes en el aire.

A continuación, varios oficiales del alto mando persa entraron por la parte trasera del lugar y se colocaron fuera de la tarima, entre ellos Artemisia. Ella estaba vistiendo su armadura, pero sin el casco. Sus espadas estaban en la cintura y su largo cabello estaba recogido en trenzas que caían por su espalda. Por un breve momento, dirigió su mirada hacia Perseo, se encararon, pero la amazona desvió la vista, ignorándolo completamente.

Ciro se dirigió a sus oficiales en persa, explicando que ambos prisioneros estaban acusados de alta traición.

—¿Cuál es la pena que debo aplicarles? —preguntó.

—El crimen de traición merece la muerte —respondió Artemisia, pensando en la traición que había llevado a Mardoc a la muerte, y en su deseo de asesinar a Tisafernes por ello.

—Mi señor, quizás sería mejor exiliarlos, mostrando a todos que Vuestra Alteza es benevolente —sugirió Orontas.

Artapates lanzó a Artemisia una mirada significativa; la sugerencia del oficial había despertado su natural desconfianza.

Ciro entonces se dirigió a Samyr, aún en persa, ordenándole que agradeciera a los griegos y tradujera la conversación. Aunque el rey dominaba el griego perfectamente, no lo consideraba apropiado dirigirse en esa lengua a simples soldados de infantería.

—Mi señor Ciro agradece la ayuda de los valiosos aliados griegos. A su magnificencia le gustaría que traduzca lo que ocurra —explicó, haciendo una ligera reverencia hacia el teniente

Anaxandro y el sargento Georgios, quienes asintieron con la cabeza en señal de acuerdo.

Ciro, con una mirada dura dirigida a los prisioneros, comenzó a hablar en persa, mientras Samyr lo traducía simultáneamente en un griego impecable.

—Ustedes están acusados de alta traición. He recibido pruebas de que mantuvieron conversaciones secretas con mi enemigo Tisafernes, con quien planearon mi muerte. ¿Niegan el crimen?

—¡Mi señor! —respondió Megafernes, llorando mientras caía al suelo y ponía las manos atadas sobre su cabeza—. Perdóname, la culpa es de Ayanam, que me convenció de que vuestra alteza era enemigo de su hermano Artajerjes!

Ayanam miró con desdén al suplicante y luego dirigió una mirada altiva a Ciro.

—¿No tienes nada que decir, Ayanam? Tú, que eres uno de mis generales más queridos?

—No eres mi rey. Solo hay un señor en Persia y su nombre es Artajerjes, a quien deseas destronar —Ayanam lanzó una mirada de desprecio al príncipe.

—Jamás tuve esa intención. Solo quiero combatir a Abrácomes y su aliado Tisafernes, quienes están sembrando el caos en el reino de mi hermano —Ciro miró de reojo a Samyr, para asegurarse de que estaba traduciendo.

El príncipe se dirigió entonces al oficial, pidiendo que no tradujera la conversación. Explicó a los presentes que se había interceptado una carta dirigida a Tisafernes, y que ambos prisioneros estaban bajo vigilancia constante.

—La pena por traición es la muerte —decidió, lo que hizo que Megafernes llorara aún más fuerte y Ayanam palideciera—. Puedes volver a traducir, Samyr —ordenó al hombre de confianza de Artapates.

El oficial persa inclinó la cabeza y, sin vacilar, tradujo la sentencia de Ciro.

—Los condeno a ambos por alta traición, por haber conspirado para asesinarme con mi enemigo Tisafernes. Sus bienes, mujeres y sirvientes serán confiscados y distribuidos entre aquellos en quienes confío. Por su intento de asesinato, los condeno al escafismo[96].

Megafernes soltó un grito desgarrador y cayó al suelo, mientras Ayanam palidecía, pero, con orgullo, se dirigió a Ciro y a los oficiales persas presentes.

El escafismo era una forma de ejecución que consistía en atar al acusado con cuerdas y alimentarlo únicamente con leche y miel, hasta que sus intestinos quedaran desordenados.

El acusado no era limpiado, su cuerpo también estaba cubierto de miel y leche. No moriría de hambre o sed, ya que se le alimentaría tres veces al día. La miel y las heces atraerían insectos, que entrarían por sus ojos, oídos, nariz y boca; gusanos y parásitos, alimentados por la suciedad, se retorcerían en sus entrañas devorándolo por dentro. *Era una muerte terrible*, pensó Artemisia.

—¡Todos ustedes son traidores y morirán por ello! Este hombre los llevará a la ruina, no quiere combatir a Abrácomes, ¡quiere destronar a su hermano y a nuestro rey Artajerjes! —advirtió, escupiendo al suelo.

Ciro ignoró a Ayanam y conversó con Samyr, quien, al terminar la conversación, se acercó a Anaxandro y Georgios y explicó cuál sería la pena aplicada, lo que hizo que el teniente palideciera mientras asentía con la cabeza, mientras que el sargento se mantenía impasible.

Anaxandro ordenó que Georgios explicara la misión.

—Vamos a acompañar a Samyr y a ayudarlo en el cumplimiento de la sentencia. Levanten a este pobre bastardo —ordenó, señalando a Megafernes.

Petrus agarró el brazo del desdichado, que aún lloraba, y sin esfuerzo lo levantó del suelo, poniéndolo de pie. Colocaron a los prisioneros en el centro de nuestra formación y, tirando de las

cuerdas que los mantenían atados, se dirigieron hacia la puerta.

Al salir del patio, Perseo lanzó una última mirada a Artemisia, pero ella fingió no verlo.

—Que sirva de lección, no toleraré traiciones —dijo Ciro al levantarse de su trono, lanzando una mirada dura a sus generales antes de salir del lugar.

Los oficiales permanecieron en el jardín murmurando entre sí, mientras Artapates, tomando a la amazona por el brazo, la llevó hacia el establo del palacio.

—Todo está arreglado. Después de la ejecución, los griegos serán llevados al palacio de Salomé —informó, sonriendo—. Mañana partiremos hacia Capadocia, sus órdenes son avanzar y explorar el terreno.

—Así será —respondió Artemisia, sintiendo la emoción de la anticipación del encuentro con Perseo.

—Aproveche el día —deseó el general, volviendo al interior del edificio, mientras Artemisia dejaba el lugar.

Perseo y sus compañeros siguieron a Samyr, Anaxandro y Georgios escoltando a los prisioneros, que caminaban con pasos temblorosos entre ellos.

Recorrieron las calles de la ciudad y pronto se encontraban fuera de ella. El sol ya estaba en su punto más alto, y después de la tormenta del día anterior, no había ni una nube en el cielo, y el clima estaba cálido.

Siguieron nuevamente el sendero que conducía al campamento persa. Esta vez, Samyr los guió hasta un amplio espacio abierto. En el centro de este lugar, dos gruesos troncos de roble estaban firmemente clavados en la tierra. Siguiendo las órdenes de Georgios, Perseo y sus compañeros ataron a los prisioneros y esperaron. Dos soldados persas los aguardaban pacientemente junto a los postes, con baldes en las manos. Otros soldados comenzaron a acercarse al círculo, pero mantenían una respetuosa distancia de Samyr y de los prisioneros atados. Cuando el oficial persa consideró que ya había suficientes soldados, se dirigió a ellos en persa, explicando el motivo de la sentencia que iba a ser aplicada, en medio de un silencio casi palpable de la tropa reunida.

Cuando Samyr terminó, se dirigió a los soldados persas que estaban con los baldes. De manera violenta, estos obligaron a los prisioneros a abrir la boca y, forzándolos por sus gargantas, vertieron leche y luego miel, empapando los cuerpos de los desgraciados prisioneros, que se atragantaron y tosieron.

Satisfecho, Samyr se dirigió a los griegos:

—Ellos han sido condenados por alta traición y mi señor Ciro ha decidido que expiarán sus pecados mediante el escafismo.

—¿Qué es eso? —preguntó Diomedes atrevidamente, bajo la mirada de censura de Anaxandro y Georgios.

—Serán alimentados únicamente con leche y miel, hasta que sus intestinos se desordenen. No serán limpiados, sus cuerpos también han sido embadurnados con miel y leche. No morirán de hambre ni de sed, pues serán alimentados tres veces al día. La miel y las heces atraerán insectos que entrarán por sus ojos, oídos, nariz y boca; gusanos y parásitos, alimentados por la suciedad, se retorcerán en sus entrañas devorándolos por dentro —explicó, de manera impasible.

—¡Por los dioses, eso es bárbaro! ¿Por qué no simplemente les cortan la cabeza? —exclamó indignado Atreu.

—Su trabajo ha terminado —avisó Samyr, ignorando el comentario del espartano—. Serán recompensados. Deben estar hambrientos y sedientos, acompáñenme.

Mientras Megafernes gritaba implorando misericordia y Ayanam murmuraba una plegaria, los espartanos abandonaron el campamento sin mirar atrás. Anaxandro y Georgios permanecieron en silencio, mientras Atreu refunfuñaba sobre la inhumanidad del trato recibido y los castigos divinos que caerían sobre los persas. Perseo seguía al pelotón sin mirar atrás, sintiendo el estómago revuelto.

***

Tras salir del palacio, Artemisia se dirigió al pequeño palacio de Salomé. La misma Salomé la recibió, mientras un sirviente guardaba su montura en el establo. Entraron al jardín y la mujer condujo a la amazona hasta la puerta oculta. Al seguir el pasillo, llegaron al final, donde una escalera con varios peldaños llevaba a los aposentos privados de Salomé, a la derecha, y a otra puerta a la izquierda, que Salomé indicó que conducía a las habitaciones donde sus jóvenes atendían a los clientes.

Una joven de hermosos cabellos rojizos esperaba en el espacioso aposento, con ventanas enrejadas que iluminaban el lugar. En una mesa de madera había ánforas de vino, cuencos con frutas y dulces, y flores en jarrones que hacían el ambiente aún más agradable. En una pequeña habitación había una tina de madera para el baño, y al lado, en un aparador, aceites aromáticos y perfumes.

—Mi aposento es suyo. Ella es Flor de Loto, una de mis chicas. Ella la ayudará a prepararse, y cuando lleguen los griegos, basta con que señale al joven que desee interrogar —dijo, poniendo énfasis en la palabra.

—Gracias —respondió Artemisia, sonrojándose.

Con una reverencia, Salomé se retiró.

Flor de Loto ayudó a la amazona a despojarse de la coraza y las grebas. Artemisia se sumergió en la tina con agua caliente, y la joven, en silencio, la ayudó a lavarse. Tras salir de la tina, Artemisia disfrutó de los aromas de los perfumes y aplicó una gota de una esencia floral en su cuello.

Sobre la cama, había varias túnicas largas al estilo persa y otras más cortas, al estilo griego. Artemisia eligió una simple túnica blanca al estilo griego y se la puso.

—Es muy hermosa, señora —elogió Flor de Loto mientras cepillaba el cabello de la amazona.

—Gracias —respondió Artemisia—. Tú también eres muy hermosa.

En ese momento, una niña pequeña, de unos ocho años, irrumpió corriendo en el aposento.

—Los griegos han llegado —avisó, sin aliento.

—Con elegancia, mi niña, siempre con elegancia —orientó Flor de Loto.

—Los griegos han llegado, señora —repitió la niña, esta vez con voz pausada.

Artemisia y Flor de Loto siguieron por el corredor hasta una pequeña ventana oculta entre las plantas. La amazona vio a los griegos en el jardín, observándolo todo con curiosidad, entre ellos, Perseo.

—Es él —dijo señalando a Perseo.

—Avísale a Salomé —ordenó Flor de Loto, dirigiéndose a la niña.

La pequeña corrió por el pasillo, subiendo nuevamente las escaleras.

***

Samyr los condujo nuevamente hasta la ciudad, pero esta vez no se dirigieron al conjunto de palacios, sino a un barrio elegante desde donde los edificios brillaban bajo el sol de la tarde

temprana. Llegaron a una enorme mansión, y el guía se detuvo frente al portón, el cual estaba custodiado por un gigante mal encarado con una cimitarra a la cintura. Al ver al oficial persa, el hombre se inclinó servilmente y abrió el portón, permitiendo la entrada.

Entraron en un patio con una fuente en el centro. Una gran mesa estaba dispuesta bajo los ramajes que cubrían el lugar, grandes bandejas de barro contenían carnes y frutas, y jarras de barro estaban dispuestas entre los platos. Una matrona, vestida con lujos, recibió a Samyr con una sonrisa y conversaron brevemente en persa, antes de que el oficial se dirigiera a los griegos.

—Esta es Salomé, la propietaria de esta casa de placeres. Ella se encargará de satisfacer vuestras necesidades. Mi señor Ciro es benevolente y magnánimo con sus aliados. Disfruten de las regalías que él ha preparado para ustedes. Ahora, me retiro —hizo una reverencia a Anaxandro y Georgios antes de alejarse y dejar el lugar.

La matrona hizo un gesto para que todos se acomodaran a la mesa. La comida desprendía un aroma delicioso, y pronto descubrieron que en los odres había varios tipos de vinos exquisitos, además de agua cristalina y fresca. Los espartanos se acomodaron en cojines alrededor de la mesa y se sirvieron. El estómago de Perseo aún estaba revuelto por lo que había visto y oído, al igual que muchos de sus compañeros de pelotón, pero el hambre habló más fuerte y comió con apetito.

—¿Cómo pueden ser tan crueles? ¿No temen a los dioses? —preguntó Atreu, aún inconforme.

—Son sus leyes —respondió Diomedes con la boca llena de carne.

—A mí me da igual, pero preferiría una muerte rápida a una tortura como esa —dijo Petrus, haciendo una mueca.

—Son bárbaros —comentó Evandro, visiblemente disgustado.

—Samyr dijo que pueden tardar más de una semana en morir, pobres bastardos —explicó Georgios, suspirando mientras vertía vino en su copa.

—Son traidores, lo merecían —afirmó Laertes fríamente.

—No lo sé, la traición depende del punto de vista. Y si es cierto que Ciro quiere destronar al hermano... ¿No fue para eso que me alisté? —comentó Diomedes pensativo.

—Eso no nos interesa —respondió Anaxandro, cortando la discusión con firmeza—. Hacemos lo que se nos ordena y punto.

El grupo guardó silencio por un momento, cada uno reflexionando sobre las órdenes que habían seguido, pero pronto la conversación se desvió hacia otros temas mientras seguían comiendo y bebiendo.

Todos quedaron en silencio; la perspectiva de luchar contra Artajerjes, señor de toda Persia, no era nada agradable. No era para eso que Perseo y sus compañeros habían sido contratados, pero sus divagaciones fueron interrumpidas cuando las puertas del jardín que daban al interior de la mansión se abrieron y cincuenta mujeres entraron. No eran tan hermosas como las que vieron en el jardín de Ciro, pero todas eran bellas, vestidas con velos transparentes que dejaban entrever los pezones de sus pechos. Las jóvenes se acercaron a los espartanos, con sonrisas insinuantes, acariciándoles el rostro y sentándose a su lado o en sus regazos.

La matrona sonrió y, en un griego algo torpe, dijo:

—Disfruten del obsequio de Ciro, con excepción de ti, joven guerrero —señaló a Perseo.

Después de dar instrucciones a las mujeres en persa, se retiró del lugar.

Como si Perseo fuera portador de la peste, las beldades no se acercaron a él. Sus compañeros estallaron en risas y burlas.

—¡Por los dioses, debes tener peste contagiosa! ¡Bien para nosotros, nos queda más! —se

burló Evandro mientras agarraba a dos mujeres.

—Primero las amazonas que no quisieron nada contigo, ahora las meretrices, los dioses no te quieren —rió Atreu mientras abrazaba a una bella persa.

—Por el palo de Zeus, creo que voy a cambiar de bando si así es como Ciro agradece —se rió Diomedes, al mismo tiempo que abrazaba a una mujer de cabellos negros como el azabache—. Ahora, si me permiten, voy a buscar una habitación tranquila en este palacio —avisó, levantándose y llevando a la mujer con él, quien gritaba de placer.

Petrus estaba extasiado, no sabía qué mujer elegir, y, temiendo quedarse sin ninguna, agarró a una rubia y le quitó a una morena a un soldado, quien hizo ademán de protestar, pero Petrus solo le lanzó una mirada malévola, y el soldado se encogió de hombros, dejándola ir. Feliz como un niño, Petrus las arrastró hacia el interior de la mansión.

Había más mujeres que hombres en el recinto.

No me importa no poder tomar una mujer, pensó Perseo, con Elana y Artemisia en mente. *¿Cómo podría traicionarlas?* Ya sentía que había traicionado a Elana con Artemisia, aunque la primera estuviera casada, pero no quería traicionar también a la amazona. Sus sentimientos estaban confundidos, sentía el deseo recorrer su cuerpo cuando pensaba en ella.

Desde su escondite, Artemisia observaba a Perseo.

—Ahora la dejo, mi señora —dijo Flor de Loto, volviendo por el pasillo.

¿Debo ir a su encuentro? pensó la amazona. Después de tanto planear, ahora estaba temerosa. Se había dejado llevar por el deseo y ahora Artapates conocía su secreto. No entendía lo que le estaba pasando; cuanto más intentaba alejarse del joven espartano, más lo deseaba.

Respirando hondo, salió al jardín, ahora vacío, y silenciosamente se acercó a él.

Perseo aún estaba impresionado por la crueldad reservada para los prisioneros, y bebía para alejar el sabor amargo en su boca. El vino era dulce y pronto estaba levemente embriagado. No se dio cuenta cuando una mujer se acercó y se sentó a su lado, comenzando a acariciar sus hombros. Sin mirarla, retiró su mano de la de ella. *¿Acaso no escuchó las instrucciones de que no merezco los obsequios del joven Ciro?* Pensó, irritado. No quería causar problemas a la mujer, así que escuchó una risa irónica y, de repente, su rostro fue girado con fuerza hacia ella, siendo sorprendido por un beso cargado de pasión y violencia.

—¿Artemisia?

—Sí, mi bello guerrero, ¿pensaste que dejaría que estas meretrices se aprovecharan de ti? —rió la amazona, con los ojos azules brillando en un tono claro y el corazón latiendo aceleradamente en su pecho.

Ella lo tomó de la mano y lo condujo al interior del palacio. Por un momento, Perseo intentó resistir. *¿Sería una traición hacia Elana?* Pensó. *Pero cada vez que encuentro a Artemisia, siento que mi amor por Elana entra en conflicto con el deseo que siento por la guerrera escita. Pero Elana está casada y lejos, ella dijo que debía seguir mi camino. Tal vez nunca regrese, y si regreso, no sé si ella dejaría a su marido y me aceptaría.*

Culpando al vino, Perseo siguió obedientemente a Artemisia.

Pasaron por varias habitaciones, en una de ellas Perseo vislumbró de reojo a Diomedes y Petrus jugando a los dados, intentando enseñar el juego a cuatro mujeres desnudas que reían sin entender las reglas. Artemisia lo guió hacia una rica habitación aislada de las demás.

La guerrera, de forma brusca, lo lanzó sobre los cojines. Luego, aún de pie, desnudó la túnica griega que llevaba sobre los hombros, dejándola caer a sus pies, quedando completamente desnuda. Perseo observó el cuerpo de la amazona, era bellísimo, y sus cicatrices le conferían un aire exótico. Intentó levantarse, pero ella, con el pie, lo forzó a regresar al suelo, empujándolo de

nuevo sobre los cojines.

Artemisia se arrodilló junto a Perseo y lo desnudó lentamente. Pronto estaban amándose. El cabello de la amazona caía sobre el rostro del espartano, quien pudo percibir su perfume de flores silvestres. Ella rozó sus labios con los de él, mordisqueándolos suavemente, y él la abrazó con fuerza, apretándola contra sí. Pronto, ambos se entregaron al amor sin prisa, olvidando los problemas del mundo, hasta que, saciados, se recostaron, jadeando, mirando al techo. Las sombras se alargaban en la habitación, indicando que el día avanzaba rápidamente.

—Te eché de menos —Perseo acarició el cabello de la amazona, quien sonrió—. Desapareciste después de aquella noche en el campamento Licinio.

—Fui enviada en una misión. Entiende, Perseo, además de comandante de las amazonas, soy parte del estado mayor persa. Ciro me honra con su confianza —explicó, mirándolo fijamente.

Perseo asintió con la cabeza. Estaba actuando como un amante celoso, pero le molestaba el hecho de que ella se hubiera ido sin despedirse, como si la noche que pasaron juntos no hubiera significado nada. *¿Acaso me ignoró en presencia de los oficiales persas y del rey? ¿Tendría vergüenza de estar involucrada conmigo, un simple infante espartano?* Pensó.

—¿Crees que esos infelices eran traidores? —Cambió de tema Perseo, mirando al techo.

—Sí, su conspiración fue descubierta y tuvieron el fin que merecían —Artemisia se inclinó sobre el pecho de Perseo.

—¿Crees lo que dijo Ayanam sobre que Ciro quiere destronar a su hermano? —preguntó, curioso.

—¿Por qué hablas de asuntos tan aburridos? —suspiró, dándose la vuelta para que él no notara su incomodidad—. Estamos juntos, disfrutemos del momento.

Perseo la abrazó por detrás, aspirando el cuello de la amazona y haciendo que su piel se erizara. La sensación de tenerlo abrazado contra su cuerpo fue reconfortante y tranquilizadora para Artemisia, quien no tardó en darse cuenta de que él comenzaba a respirar suavemente, y una agradable somnolencia la invadió. Poco después también se quedó dormida.

Él despertó sobresaltado, con un sentimiento de vergüenza que lo invadía, sintiendo que estaba traicionando a Elana. A su lado, Artemisia dormía plácidamente, respirando suavemente, y él acarició su cuerpo levemente, pasando los dedos sobre las cicatrices, lo que la despertó.

Estirándose, ella abrió los ojos y sonrió al verlo, y él le devolvió la sonrisa.

El deseo la arrebató nuevamente, y lo besó con ardor, siendo correspondida, y nuevamente se entregaron al amor, hasta que, después de mucho tiempo, exhaustos, se quedaron dormidos entrelazados.

A medianoche, la amazona despertó y observó al espartano, que dormía tranquilamente. *Su bello rostro relajado… parece tan inocente*, pensó. Estiró los dedos para acariciarlo, pero se detuvo. Lo dejaría dormir. No sabía si podría despedirse de él. En realidad, no sé lo que siento. *¿Cómo puedo desear a alguien a quien debería odiar?* Pensó. *Al entregarme a los misterios de Afrodita, ¿no estaría rompiendo mi juramento de servir a Ares? ¿Y las visiones que tuve con Perseo antes de conocerlo? ¿No sería un sueño premonitorio? ¿Estaré condenándolo a muerte por quedarme con él?*

Con estos pensamientos confusos bailando en su mente, Artemisia se vistió silenciosamente con su armadura y grebas, que había dejado en la habitación, y salió del aposento. Bajó las escaleras, recorrió el pasillo hasta la puerta oculta y salió al patio. Los ruidos de la algarabía de los soldados griegos llegaban hasta el jardín. Sonriendo mentalmente, la amazona se dirigió al establo, montó en su corcel y galopó rápidamente de vuelta a su

campamento.

En unas horas partirían hacia Cilicia como exploradores; los duros trabajos de Ares la llamaban nuevamente.

Cuando Perseo despertó, la madrugada ya estaba avanzada, y se dio cuenta de que Artemisia ya no estaba en la habitación. El espartano se sentó mirando a su alrededor. *¿Por qué siempre desaparece sin despedirse?* Pensó indignado.

Bajó al patio, donde el bullicio de los soldados divirtiéndose continuaba en los aposentos por los que pasó. En el jardín, los faroles iluminaban el lugar. La comida y bebida estaban nuevamente dispuestas sobre la mesa, y solo Georgios estaba sentado en una de las sillas, bebiendo. Perseo se acomodó a su lado.

—Entonces, ¿cómo fue sentirse un conquistador de tierras bárbaras? —preguntó Georgios, con una sonrisa irónica en los labios.

Perseo le contó que la cazadora que había encontrado en el bosque era Artemisia, la líder amazona. También relató el encuentro en el campamento Licinio y lo sucedido momentos antes. Habló de su vergüenza y de cómo se sentía dividido.

—Me siento avergonzado, como si ya no fuera digno de Elana. No puedo resistir cuando estoy cerca de Artemisia. A su lado me olvido de la madre de mi hijo en Atenas. Siento como si mi alma y mi corazón estuvieran divididos por la mitad —explicó, avergonzado.

—Tienes que aprovechar el momento. ¿Quién te garantiza que mañana no estarás muerto? Nuestra jornada es larga, y parece que hay algo de verdad en lo que dijo Ayanam. Si vamos a combatir contra Artajerjes, puede que todos muramos. Elana está lejos y está casada; hasta que regreses, ella seguirá unida a su marido, y tú estarás preso al ejército. ¿Por qué no disfrutar de los momentos con Artemisia? Todos podemos morir al final del viaje. Al menos, habrás aprovechado lo que los dioses te ofrecieron. Deja de martillarte con problemas que no puedes resolver ahora —concluyó Georgios.

—¿Qué debemos hacer si tenemos que luchar contra Artajerjes?

—Creer en los dioses y en nuestros comandantes. A pesar de ser mercenarios, seguimos siendo espartanos. Luchar y combatir es nuestro modo de vida —suspiró Georgios, cansado.

Perseo pasó el resto de la madrugada acostado en un banco del jardín. Me hubiera gustado haber pasado la noche con Artemisia, pero ella desapareció sin dar explicaciones, pensó antes de quedarse dormido. Despertó con Evandro dándole un leve golpe con el pie.

—Vamos, Perseo, Georgios está llamando a todos. El teniente Anaxandro está ansioso por regresar al campamento.

Se reunieron todos en el jardín, y por la expresión de felicidad en sus rostros, la noche había sido buena para todos. Georgios los hizo entrar en formación, y Anaxandro los guió fuera del patio.

El capataz abrió la puerta para que salieran del palacete, y marcharon por las calles de la ciudad rumbo al campamento griego, cantando canciones obscenas. El teniente permaneció en silencio, pero no los detuvo. Incluso Georgios y Laertes sonreían.

Llegaron al campamento alegres y felices, pero pronto la felicidad desapareció. Había un gran movimiento de soldados y oficiales gritando órdenes.

Partirían al día siguiente.

CAPÍTULO 33

El ejército salió de Capadocia y entró en el territorio de Cilicia. Era un lugar horrible para marchar; un recorrido corto costaba horas de caminata en un terreno accidentado. Las tropas seguían en una única columna por una carretera en pésimas condiciones, a veces rodeada por montañas y acantilados, otras veces la ruta serpenteaba entre barrancos y riscos rocosos. Algunos imprudentes resbalaron en el borde y cayeron cuesta abajo; al menos uno murió con el cuello fracturado.

Si eran atacados, no habría forma de que el ejército se desplegara en filas para luchar. El terreno de Cilicia favorecía a los defensores. Si encontraran la más mínima resistencia, podrían ser detenidos en su avance o incluso derrotados. Solo la caballería tendría suficiente movilidad para luchar en caso de ataque.

Los generales temían una emboscada o un ataque. La fuerza y estrategia de los griegos consistían en una línea de batalla firme y cohesionada, en formación de falanges, donde los enemigos chocaban contra la infantería pesada, igual que las olas se estrellan contra las rocas, siendo destruidos. Pero el terreno no permitía ese tipo de maniobra, dependíamos de la caballería, de la infantería ligera y de los arqueros.

Artemisia envió exploradoras en todas las direcciones. Liderando una escuadra de cincuenta guerreras, entró en una aldea entre dos montañas. Al acercarse, mujeres, ancianos y niños salieron de sus casas de piedra con expresiones asustadas.

Desmontaron en la plaza central, donde había un pozo. Mientras daban de beber a sus monturas, una anciana se acercó tímidamente. Artemisia, usando una mezcla de persa y arameo, acompañada de gestos, explicó que no harían daño a nadie.

La anciana sonrió mostrando sus encías. Al final, las amazonas compartieron sus provisiones con ellas, que estaban delgadas y hambrientas. Permanecieron en el lugar un buen rato y descubrieron que soldados de Sienéses habían pasado por allí recogiendo los pocos suministros de la aldea y obligando a los adolescentes y hombres a seguirlos, advirtiendo que se unirían al ejército ciliciano.

Artemisia envió mensajeras a Artapates para informarle lo que había descubierto y continuó avanzando cautelosamente. Al día siguiente, se acercaron a un conjunto de montañas que rodeaban la carretera hacia Tarso. Soldados cilicianos estaban en sus cumbres, en posición de batalla. Un ataque de caballería sería una muerte segura, así que las amazonas retrocedieron.

Regresaron al campamento persa, cruzándose con tropas griegas que marchaban en sentido contrario, bajo el sol y el polvo levantado por las monturas. Por un breve momento, Artemisia los observó mientras galopaba con la esperanza de ver a Perseo, pero no lo avistó entre tantos soldados.

Encontró a Ciro junto a sus oficiales. El príncipe vestía una armadura de mimbre y montaba un hermoso corcel blanco. Al verla, ordenó que todos desmontaran. Un oficial se acercó con un pequeño banco desmontable y lo armó para que el príncipe se sentara, mientras otro extendía en el suelo un gran mapa de la región hecho de piel de vaca.

Artemisia le informó sobre lo que había descubierto, aunque Artapates ya lo había avisado.

—Mis espías dicen que Sienéses recibió órdenes de Tisafernes para obstruir nuestro camino, o al menos retrasarnos —explicó Artapates a la amazona.

—Están en las cumbres de las montañas, será difícil continuar por la carretera si no los desalojamos —señaló Artemisia, señalando un punto del mapa.

—¿Y si flanqueo esas montañas? —preguntó Menón, señalando los senderos dibujados que rodeaban la carretera.

—En esas montañas hay muchas aldeas dispersas, quizás encuentres resistencia —advirtió Arieo.

—Creo que puedo con algunos campesinos —Menón mostró los dientes en una sonrisa despectiva.

—Una escuadra dirigida por el almirante Tamón está atacando la costa de Cilicia en este momento —intervino Artapates—. Tal vez esto obligue a Sienéses a retirar sus tropas hasta Tarso.

—Tal vez... —interrumpió Orontas.

—Muy bien, que así sea. Menón puede intentar flanquear las montañas, acamparemos aquí y mañana avanzaremos —ordenó Ciro secamente.

—Si esta es la bienvenida que Epiaxa prometió —se burló Menón, lo que provocó algunas sonrisas entre los oficiales griegos y persas presentes—. Imaginen lo que haría si nos considerara enemigos.

—¡La culpa no es de ella! —cortó Ciro, irritado, lo que hizo que las sonrisas desaparecieran—. Sienéses es leal a mi hermano y a Tisafernes.

—Perdóneme, majestad —se disculpó Menón, haciendo una profunda reverencia.

—Creo que tienes una misión que cumplir —interrumpió Artapates.

—Nos encontraremos en Tarso —Menón sonrió a medias, sintiéndose incómodo, y se dirigió hacia sus tropas.

Se distribuyeron órdenes para que el ejército acampase en el lugar. Se levantaron las grandes tiendas de Ciro, mientras que las diversas tropas se esparcían por el terreno irregular armando su campamento. Artemisia se alejó con sus guerreras hasta una sierra en la vanguardia de la columna, donde montaron sus tiendas.

Desde la cima, ella podía ver gran parte de la región, observaba los diversos campamentos dispersos y pensaba en Perseo constantemente, pero no había tenido oportunidad de encontrarlo desde que dejó la ciudad de Dana y no se atrevía a buscarlo en el campamento espartano.

La amazona aún no entendía sus sentimientos, una parte de ella deseaba encontrarlo, mientras que otra se rebelaba, recordando los crímenes cometidos por los griegos contra ella y su familia.

A la mañana siguiente, el ejército desarmó el campamento y avanzó. Nuevamente, Artemisia tomó la vanguardia con sus guerreras, pero esta vez no avistó a los cilicianos en las sierras, que, al percatarse de la maniobra de Menón, retrocedieron.

Marchando a paso acelerado, el ejército finalmente cruzó las Puertas de Cilicia, un paso estrecho entre dos enormes paredes de piedra. Era un punto perfecto para la defensa, pero misteriosamente estaba desguarnecido.

Subieron la montaña y, al llegar a la cima al día siguiente, observaron al otro lado un valle fértil, cubierto de plantaciones, en el que se encontraba la ciudad de Tarso. El río Cidno la atravesaba, dividiéndola en dos, desembocando en el mar.

El ejército descendió la montaña sin contratiempos y, en cuatro días de marcha, alcanzó la ciudad de Tarso, la capital de Cilicia. A lo lejos, los soldados vieron los muros de la gran ciudad, próspera y rica debido a su puerto comercial. En el campamento espartano, Atreu

comentó que, según las leyendas, la ciudad había sido fundada por Senaquerib, unos doscientos años antes, cuando un ejército invasor griego fue derrotado. En el lugar de la batalla, él habría erigido un monumento relatando la hazaña y fundado la ciudad.

Sienéses mantenía su corte en Tarso, desde donde gobernaba Cilicia en nombre de Artajerjes.

Se enviaron emisarios a la ciudad exigiendo que Sienéses se sometiera al poder de Ciro, pero no fueron recibidos y regresaron informando que había un gran movimiento de soldados en los muros y que los habitantes más acomodados habían huido, acompañando al sátrapa y a su esposa, Epiaxa, a un conjunto de fortalezas construidas en las montañas que rodeaban Tarso. Embajadores de las ciudades vecinas de Solos y Eso, ciudades marítimas, llegaron a presentar su sumisión a Ciro. Sin embargo, ningún emisario de la ciudad de Tarso se presentó y las puertas de la ciudad permanecían cerradas, con soldados guarneciendo sus muros.

Menón aún no había regresado ni enviado mensajeros, lo que comenzaba a preocupar a todos. Ciro ordenó que Artemisia lo buscara en las sierras. Retrocediendo por el camino por el que habían venido, las amazonas circundaron las sierras siguiendo las huellas de las tropas del general griego.

Algunas aldeas en el camino estaban incendiadas, los cuerpos de los habitantes—ancianos, mujeres y niños—yacían extendidos en el suelo, horriblemente mutilados. Lobos y aves rapaces se alejaban con la aproximación de las amazonas, llevando trozos de carne de los desafortunados. El olor de la sangre y de la carne en descomposición era horrible, hería las narices de las guerreras y ponía nerviosas a las monturas.

—Trabajo de los griegos —murmuró Ikarnas.

Artemisia guardó silencio, pensando. *¿Sería posible que Perseo y sus compañeros hubieran hecho algo tan bárbaro? ¿Cómo era posible que los griegos, que se enorgullecían de su cultura, practicaran tal violencia?* Por lo que conozco de Perseo y por lo que vi en Liconia, creo que no.

Al alcanzar la cima de una sierra, días después, localizaron un conjunto de aldeas en un valle entre las montañas.

A lo lejos, escucharon gritos de batalla y avistaron una formación compacta de soldados griegos luchando en el centro de la aldea.

Era Menón y sus soldados.

Las amazonas descendieron por el sendero lo más rápido posible, y al llegar al valle, comenzaron a galopar hacia la aldea. A medida que se acercaban, los soldados cilicios se voltearon asustados hacia ellas.

Disparando sus flechas, las guerreras abatieron a varios soldados antes de alcanzarlos. Finalmente, se estrellaron contra ellos, que intentaban formar una línea defensiva. Ahora, los cilicios estaban entre dos fuerzas: las amazonas y los griegos, pasando de atacantes a defensores.

El corcel de Artemisia atropelló a dos cilicios que intentaron interponerse en su camino. Abandonando el arco, sacó sus espadas, y mientras galopaba entre los soldados, desfería golpes a derecha e izquierda, salpicando sangre de miembros y cabezas decapitadas.

Aprovechando el refuerzo inesperado, los griegos se lanzaron al ataque, deshaciendo la formación defensiva. Tras un combate encarnizado, los cilicios sobrevivientes huyeron del lugar, dejando atrás a sus muertos y heridos.

La líder amazona desmontó de su corcel, mientras Ikarnas y las demás guerreras perseguían a los cilicios, matándolos cuando los alcanzaban, mientras los griegos asesinaban a

los heridos. Artemisia miró alrededor, la aldea parecía arrasada, y no vislumbró a ningún morador. Probablemente, debían haber sido asesinados por los griegos. *Cuánta muerte y destrucción sin sentido*, pensó.

—¡Artemisia, por los dioses! Fue Atenea quien te envió —agradeció Menón al acercarse.

—Ciro me envió, estaba preocupado por tu demora —respondió Artemisia, limpiando la sangre de sus espadas con un trozo de tela y guardándolas.

—Estábamos saqueando este valle cuando, al caer la noche, fuimos sorprendidos por los cilicios que descendieron de las montañas —explicó mientras un soldado le vendaba el brazo, que sangraba debido a un corte.

—¿Tal vez porque habéis masacrado varias aldeas en el camino? —la amazona se irritó.

—Bueno, son enemigos —el general se encogió de hombros con una sonrisa irónica.

La voluntad de Artemisia era romperle la nariz al griego de un golpe, pero se contuvo. Desafortunadamente, él era un aliado de Ciro. Se conformó con lanzarle una mirada de desprecio, y Menón se alejó murmurando.

Después de ayudar a socorrer a los heridos, las amazonas escoltaron a los griegos fuera del valle. En el camino, encontraron patrullas que Menón había enviado para saquear las aldeas. Sus cuerpos estaban horriblemente mutilados; algunos tenían sus genitales cortados y puestos en sus bocas, otros fueron cegados o les arrancaron las lenguas y las orejas antes de ser decapitados.

El general y sus hombres quedaron indignados. Era la respuesta de los montañeses ante las acciones de los griegos.

Violencia generando violencia, pensó la amazona.

Finalmente, salieron del valle y tomaron el camino hacia Tarso. Las amazonas habían perdido a seis guerreras, muertas en combate, y al menos diez más estaban heridas.

Superaron nuevamente las puertas de Cilicia y descendieron la montaña sin más contratiempos.

***

La llegada de Menón con su tropa y los muchos heridos, transportados por sus compañeros en camillas improvisadas con ramas y mantos, al campamento griego causó gran conmoción. Los soldados contaron lo sucedido con sus compañeros que salieron en patrullas, y la noticia se esparció por los campamentos griegos como fuego en un campo seco.

Georgios ordenó que Diomedes fuera a buscar información, y una hora después, regresó corriendo:

—Menón ha perdido un regimiento entero, casi cien hoplitas. Fueron masacrados por los cilicios cuando se entregaban al saqueo en los pueblos de las montañas.

—Los generales exigirán venganza contra los cilicios —dijo Georgios pensativo.

—¿Vamos a actuar como en Liconia? —preguntó Evandro.

—Será más difícil. En Liconia no tuvimos que tomar una ciudad amurallada. Si conseguimos tomar Tarso, se dejará a su suerte. El saqueo y pillaje realizados por un ejército enfurecido y motivado por la venganza no es algo agradable de ver —respondió Georgios.

—¿Crees que Ciro lo permitirá? Si fuera para atacar Tarso, ya habría dado la orden —inquirió Atreu.

—Ahora no tiene opción, o lo permite o nuestros generales lo abandonarán —respondió nuevamente Georgios.

—Ellos lo pidieron, mataré a cualquiera que se cruce en mi camino, hombre, mujer o niño —se irritó Laertes.

—Eres un mono bastante sádico, Laertes —acusó Georgios—. ¿Qué tienen que ver las mujeres y los niños con la masacre de nuestros compañeros? Quien hizo esto fueron los soldados o milicianos de la ciudad. Debieron haber actuado así para proteger sus tierras. Somos un ejército invasor a sus ojos. Haríamos lo mismo si hubieran invadido Esparta.

Laertes se quedó en silencio, aunque su rostro se ruborizó de odio. Solo Georgios podía hablarle de esa forma, cualquier otro ya habría sido desafiado a un combate a muerte.

—Siento pena por esos infelices, especialmente por las mujeres y los niños —suspiró Atreu.

—Guarda tu piedad para los dioses —gruñó Laertes.

—No sé ustedes, pero en lugar de matar, después de entrar en la ciudad buscaré algunas bellas doncellas y las protegeré con mi lanza —rió de manera lasciva Petrus, sujetando sus genitales.

—Cerdo indisciplinado —regañó Laertes.

—Yo buscaré oro después de que caiga la ciudad. No me gusta matar mujeres y niños, a menos que sea absolutamente necesario —meditó en voz alta Diomedes.

—Ustedes —ordenó Georgios señalando a Perseo y Evandro—. Quédense cerca y no se metan en asuntos que no les conciernen. Los soldados no suelen gustar de ser interrumpidos durante un saqueo —advirtió.

Perseo se sonrojó avergonzado, su experiencia en Liconia casi le costó la vida.

La conmoción en el campamento griego fue grande, todos juraban venganza por los compañeros muertos. Las historias de mutilaciones y violaciones de los cuerpos de los soldados griegos hicieron que el ánimo de la tropa fuera aún más belicoso, aunque ellos mismos habían practicado actos abominables contra mujeres, niños y ancianos en las aldeas por las que habían pasado.

Los soldados esperaban expectantes la decisión de los generales y de Ciro.

***

Tras regresar del rescate del general Menón, las amazonas acamparon y, después de una ceremonia bajo las sombras de las montañas, cremaron a sus hermanas caídas. Al volver al campamento, un mensajero aguardaba a Artemisia para informarle que Ciro la convocaba a una reunión.

En la reunión, se discutió la estrategia a seguir. Los generales griegos presentes exigieron que la ciudad de Tarso fuera tomada y destruida como venganza; los persas no estaban de acuerdo, pues creían que un acuerdo permitiría el paso del ejército sin problemas. El ambiente en la tienda real estaba tenso.

—¡Exijo venganza por mis soldados! —reclamó Menón.

Artemisia lo miró con irritación, a punto de recriminarle que la culpa de todo era suya, pues había ordenado la masacre de aldeas enteras durante su avance.

Pero cuando cruzó la mirada con Ciro, él le hizo un discreto gesto, y la amazona se mantuvo en silencio, aunque por dentro hervía de rabia.

—Mis soldados están a punto de rebelarse —se quejó Próxeno.

—No sé si podremos contenerlos mucho más tiempo —afirmó Clearco con rostro tenso.

—Artapates, ¿el mensajero que envié a Epiaxa para que su marido se sometiera, ha regresado? —preguntó Ciro, volviéndose hacia su general.

—Regresó hoy, mi señor. Sienéses ha huido hacia las fortalezas que se encuentran en las

montañas alrededor del valle, junto con su corte y los hombres más ricos de Tarso —respondió este con calma.

La discusión se intensificó; los generales y Ciro no lograban ponerse de acuerdo sobre qué hacer.

Artemisia estaba agotada; habían cabalgado sin descanso durante días para asistir a Menón y regresar a Tarso. Acababa de cremar a seis de sus hermanas. Sentía la ausencia de Perseo; habían pasado días desde que lo encontró en la ciudad de Dana y no veía otra oportunidad de verlo. La posibilidad de que cualquiera de los dos muriera en combate solo aumentaba su deseo de aprovechar la vida mientras pudiera.

Estaba inmersa en sus pensamientos cuando una voz la sacó de su ensueño.

—¡Artemisia! —Ciro estaba irritado.

—Perdón, señor —la amazona desvió la mirada, volviendo su atención hacia el príncipe, confundida.

—¿Qué opinas del plan? Mañana los griegos atacarán Tarso —dijo él, sonriendo más calmado.

Artemisia temía por la vida de Perseo, pero no podía permitir que sus sentimientos se evidenciaran frente a todos.

—Habrá muchas bajas —respondió, mirando fijamente a Ciro.

—Bajas que aceptamos gustosamente para vengar a nuestros hermanos —replicó Paixón, con quien había luchado en Mileto.

—Les aseguro que causaremos el triple de bajas entre los cilicianos —gruñó Menón con una mueca de odio.

Sin más opciones y debido a la negativa de Sienéses de recibir sus emisarios, Ciro autorizó que las tropas griegas tomaran y saquearan la ciudad, pero sin la participación del ejército persa.

La reunión terminó de madrugada. Los heraldos ya corrían con las órdenes de batalla, y el movimiento en el campamento griego era frenético. Ciro invitó a Artemisia a quedarse para una cena junto a los oficiales griegos y persas, pero ella declinó amablemente, alegando que estaba cansada, y salió de la tienda real.

Mientras se dirigía al campamento acompañada de Ikarnas, la mente de la amazona no dejaba de dar vueltas. *Necesito ver a Perseo, necesito tenerlo. Mañana a esta hora puede estar muerto, y no habré tenido la oportunidad de despedirme.*

—Necesito verlo, Ikarnas. Mañana él estará en combate, y tal vez no sobreviva —Artemisia sintió un nudo en el corazón al pensar en esa posibilidad.

Durante las largas horas de cabalgata y las noches de vigilia, le había contado a Ikarnas sobre los sentimientos confusos que experimentaba hacia Perseo. Como buena amiga, su compañera había sabido escucharla sin juzgarla.

—Hay un pequeño bosque cerca del campamento de los espartanos. Puedo montar una tienda allí para que tengan privacidad. Solo llevaría una pequeña escolta de amazonas —sugirió Ikarnas, mirando a su líder con disposición.

—Gracias, amiga mía. ¿Y cómo pasaremos las centinelas? —preguntó curiosa.

—Unas cuantas monedas de oro deberían bastar —Ikarnas le dedicó una sonrisa irónica.

—Que así sea, entonces. Prepara la tienda, partimos cuando la noche esté avanzada —ordenó ansiosa. Ya no le importaba si los oficiales griegos o persas descubrían que se acostaba con un simple soldado hoplita. *Afrodita parece nublar mi mente, debilitando mi voluntad y mi razón,* pensó.

CAPÍTULO 34

Las órdenes fueron distribuidas al amanecer en el campamento griego: al día siguiente atacarían.

Los soldados se prepararon; sería el primer asedio contra una ciudad amurallada, algo muy diferente a las escaramuzas en Liconia, libradas en campo abierto o en aldeas sin defensas. Ahora enfrentarían a un ejército organizado que contaba con la ventaja defensiva.

Al caer la noche, Perseo se envolvió en su manto e intentó dormir junto al fuego, pero no pudo; su mente estaba inquieta. *¿Qué me deparará el día de mañana? Matar mujeres, ancianos y niños no es digno de un guerrero espartano.*

Perseo seguía rumiando sus dudas, y los fantasmas del ataque al pueblo liconio regresaron a su mente. Trataba de dormir, pero el sueño no llegaba; escuchaba a Diomedes y a Petrus reír mientras jugaban a los dados, robándose uno al otro en la oscuridad.

Se revolvía de un lado a otro sobre el suelo duro, intentando dormir, pensando en Elana y Artemisia. *¿Qué estarán haciendo? Elana, en Atenas con su esposo; Artemisia, en alguna misión o en la corte de Ciro*. Finalmente, decidió recogerse en su tienda y acabó cayendo en un sueño lleno de pesadillas, en las que las víctimas eran su madre y su hermano, luego Elana y su hijo Hipócrates, y finalmente Artemisia.

***

Cuando cayó la noche, Artemisia se dirigió al campamento griego en compañía de Ikarnas. Al pasar por el bosque, observó la tienda armada, tal como su compañera le había prometido, y a cinco amazonas vigilando, mientras sus monturas pastaban tranquilamente en las cercanías.

Con el rostro cubierto por el capuchón de sus mantos, Artemisia e Ikarnas caminaron unos pasos hasta que dos centinelas las interceptaron.

—¡Alto! ¿Qué desean? —exclamó un joven soldado, apuntándoles con su lanza.

—Mi señora desea conversar unos instantes con uno de vuestros compañeros —explicó Ikarnas.

—¿Tenéis autorización? —preguntó el otro soldado, un hombre de mediana edad.

—Sí —Ikarnas sacudió una pequeña bolsa de cuero, haciendo sonar las monedas en su interior.

—¡Eso no es autorización! —gritó el joven soldado, dando dos pasos hacia ellas de manera amenazante.

—Tranquilo, muchacho —aconsejó el hombre mayor—. ¿Qué queréis con el soldado? ¿Y quién es?

—Solo conversar —respondió Ikarnas, sonriendo con picardía—. Su nombre es Perseo y sirve bajo el mando del sargento Georgios.

El hombre mayor se rascó la barba mientras pensaba. Había participado en las acciones en Liconia y recordaba el encuentro con las amazonas. Él mismo había pasado una noche con una de ellas y guardaría esos recuerdos por el resto de su vida.

—Está bien, id, pero regresad por el mismo camino, para asegurarme de que el soldado

no se marcha contra su voluntad —decidió, abriéndose a un lado y permitiéndoles el paso, tras recibir la bolsa de monedas que Ikarnas le entregó—. Seguid en esa dirección; hay un grupo de tiendas, separadas por fogatas. En la segunda fogata está el campamento de Georgios.

—Iré sola —murmuró Artemisia a Ikarnas desde la sombra de su capuchón.

La amazona caminó varias decenas de pasos hasta localizar las tiendas indicadas. Muchos soldados dormían, pero el sargento Georgios se despertó y la observó sin levantarse.

Artemisia se quitó el capuchón y sonrió. Con una sonrisa de complicidad, el sargento le indicó una tienda abierta. Ella se acercó y vio a Perseo durmiendo. Se arrodilló junto a él, le sacudió suavemente el hombro y lo despertó.

Perseo abrió los ojos y miró a la amazona sorprendido. Con un gesto, ella le pidió silencio y le indicó que la siguiera.

Salieron de la tienda; el amanecer aún estaba lejos, los compañeros de Perseo dormían, y Georgios fingía dormir. Sin decir nada, dejaron el campamento. Las dos centinelas miraron hacia otro lado cuando la pareja pasó.

Artemisia condujo a Perseo hasta la tienda que Ikarnas había montado, y ambos entraron bajo la atenta mirada de las amazonas.

Dentro, una pequeña lámpara de barro iluminaba tenuemente el espacio con una luz difusa. Solo una esterilla cubría el suelo; era una tienda de campaña sencilla. Artemisia se quitó el manto, bajo el cual llevaba una túnica griega blanca que le llegaba justo por encima de las rodillas, y las espadas embainadas en la cintura, sujetas con correas de cuero que cruzaban su pecho.

Sin poder contenerse, se lanzó a los brazos de Perseo, besándolo con pasión.

—¡Cuánto te he echado de menos, Perseo!

—¿De verdad? No lo parece; siempre desapareces sin despedirte —respondió él, molesto como un niño.

—No me gustan las despedidas —desvió la mirada—. ¿Vamos a discutir cuando estás a punto de entrar en combate?

—No, no vamos a discutir, lo siento —Perseo sonrió, dándose cuenta de lo ridículo de la situación y recordando los consejos de Georgios de aprovechar el momento; estaba actuando nuevamente como un amante celoso.

—Quiero que tengas cuidado, Perseo. Temo por tu vida —dijo Artemisia, sonrojándose.

Perseo la abrazó y la besó tiernamente.

—Tendré cuidado.

—Tenemos poco tiempo —advirtió la amazona mientras empezaba a quitarse la túnica apresuradamente.

Perseo la ayudó, y pronto estaban entrelazados en la esterilla, amándose con urgencia. Artemisia sentía una desesperación intensa por tenerlo cerca, hasta que alcanzaron el clímax.

¡Dioses! ¡Qué maravillosa es esta sensación!, pensó la amazona.

El amanecer se acercaba, y en silencio, la pareja se vistió. Artemisia intentaba ocultar su preocupación ante la inminente partida de Perseo a la batalla. *Cómo me gustaría luchar a tu lado*, pensó, mientras se acurrucaba en los brazos de Perseo después de vestirse.

—Que todos los dioses del Olimpo te protejan —pidió ella, mirando fijamente al espartano.

—No te preocupes, tengo la intención de regresar con vida —Perseo intentó sonreír, aunque sentía un nudo en el estómago cada vez que pensaba en la batalla que se aproximaba.

Perseo mantuvo sus ojos fijos en los de ella y, tomando la mano de la amazona, le besó

los dedos, haciéndola ruborizarse. Luego, se dio la vuelta y salió rápidamente de la tienda. Artemisia lo observó partir con el corazón encogido; sería el primer ataque de los griegos contra una ciudad fortificada, y habría numerosas bajas antes de que lograran dominarla. *¿Sobrevivirá Perseo? ¿Será en este combate cuando se cumplan las visiones que tuve? Que Artemisa lo proteja,* rezó mentalmente.

***

Al salir de la tienda, las amazonas no detuvieron a Perseo, simplemente lo observaron mientras se alejaba.

Al llegar al campamento, todo estaba en silencio; solo algunos ronquidos ocasionales rompían la quietud. Envolviéndose en su manto, se quedó dormido, y esta vez no tuvo pesadillas.

Al amanecer, Perseo fue bruscamente despertado con una patada en las piernas de Laertes, quien ya estaba completamente equipado, con su coraza y grebas reluciendo bajo la luz moribunda de la hoguera.

—Vamos, inútil, ya deberías estar listo para la marcha —ordenó mientras se alejaba.

Perseo se levantó. El sol aún no había salido, pero ya había señales de movimiento en el campamento, con los soldados preparándose. Se acercó a la hoguera y tomó un pequeño bocado de la papilla que el ayuda de cámara había preparado en el caldero, aunque su estómago seguía revuelto, lo que le causaba náuseas. Sus compañeros se despertaron y se aproximaron para desayunar; parecían relajados, con excepción de Evandro.

Georgios los puso en formación, y se unieron al pelotón de Menelao, donde Anaxandro los esperaba. Después de pasarles revista, el teniente los condujo en formación hasta su posición, uniéndose al regimiento y a la división.

El ejército griego se alineaba en la llanura. Perseo tomó su lugar en la fila; a su derecha estaban Laertes y Atreu, y a su izquierda, Evandro, Diomedes y Petrus. Laertes miró a Perseo y gruñó:

—Si rompes la formación y sales corriendo, te juro que yo mismo te alcanzaré y te meteré una lanza por el culo —prometió, mirándole con cara de pocos amigos.

—Tan simpático como siempre. Buenos días para ti también —rió Diomedes, que había oído la amenaza, dirigiéndose a Laertes, quien no respondió.

Guiñando un ojo, Diomedes le entregó a Perseo un pequeño morral.

—Llévate esto contigo, compártelo con Evandro; necesito espacio para llevar oro —rió de nuevo, guiñándole un ojo.

Perseo miró dentro del morral; había un trozo de queso y algunas frutas secas, y sonrió en señal de agradecimiento.

Al amanecer, las tropas estaban listas y formadas en la llanura fuera del campamento. En una colina no muy distante, Perseo observó a varios jinetes alrededor de una carroza. *¿Será Ciro y su estado mayor? ¿Está Artemisia entre ellos observándonos?* pensó, intentando concentrarse.

***

El día amanecía sin nubes y el cielo estaba despejado; una suave brisa marina soplaba, dejando un sabor salado en los labios. Desde lo alto de una colina, Artemisia tenía una vista privilegiada del ejército griego y de la ciudad a lo lejos.

Ciro, de pie en un carro de combate atado a dos hermosos caballos blancos, observaba todo atentamente, mientras generales persas y oficiales montados esperaban sus órdenes. Artemisia mantenía su montura al lado del carro.

—¿Crees que ellos vencerán? —preguntó Ciro.

—Creo que sí, majestad, aunque las bajas podrían ser altas —respondió la amazona, sintiendo un nudo en el estómago mientras observaba a los soldados griegos, inquietos a lo lejos, sobre los muros de la ciudad.

En una pequeña plataforma frente a las tropas formadas, los comandantes griegos esperaban que los soldados guardaran silencio. Cuando lograron captar la atención completa, Menón se dirigió al ejército:

—¡Soldados! ¡Valerosos griegos! —gritó—. Mis hombres y yo, vuestros compañeros de armas, fuimos emboscados. Intentamos flanquear a las tropas de Sienéses, quien, como un cobarde, no se presentó para el combate. Como vencedores, recorrimos la región en busca de suministros y encontramos una aldea en las montañas, cuyos habitantes nos recibieron con señales de hospitalidad: ¡pan y sal! Durante la noche, mientras descansábamos, fuimos atacados por los aldeanos y por las tropas de Sienéses que se ocultaban entre las montañas. Muchos soldados valientes fueron cruelmente asesinados y mutilados. Con gran esfuerzo, logramos escapar de los traicioneros cilicios, que huyeron a las montañas al amanecer. Arrasamos la aldea y otras que encontramos como represalia por haber traicionado los votos hechos a Zeus Hospitalario. ¡Juro por todos los dioses y por Zeus portador del rayo que hoy mis soldados y yo tomaremos la ciudad de Tarso y la saquearemos! Sus habitantes serán esclavizados, sus bienes serán saqueados y repartidos. Hoy obtendremos nuestra venganza o moriremos intentándolo. ¿Quién está conmigo?

—¡Ahuu! ¡Ahuu! ¡Ahuu! —respondieron los soldados, levantando sus lanzas hacia el cielo.

Hipócrita, pensó la amazona. *Él fue la causa de la muerte de sus compañeros al permitir que sus soldados saquearan las aldeas en las montañas, asesinando a hombres, mujeres y niños.*

CAPÍTULO 35

Los generales se dirigieron a sus respectivos estados mayores, y las órdenes fueron transmitidas a las filas. Las trompetas sonaron, dando la señal de marcha.

En la fila trasera, donde estaba Perseo, Georgios daba instrucciones:

—¡Atención! ¡Prepárense para marchar! Marchen en formación de combate, mantengan la línea unida. ¡Quien rompa la posición se las verá conmigo! —gritó, dirigiéndose a los soldados.

El ejército comenzó a marchar. La caballería tracia se quedó en la retaguardia, seguida por los peltastas y los arqueros, mientras que la infantería pesada de hoplitas marchaba al frente. Desde el campamento, las tropas persas observaban; esta sería una batalla solo para griegos.

Marcharon lentamente hacia la ciudad, cuyos muros, a lo lejos, parecían blancos bajo los primeros rayos del sol. Aquellos con mejor vista juraban ver a los arqueros cilicios preparándose en las almenas.

El sol de la mañana comenzó a calentar, y Perseo sintió la garganta seca. Georgios caminaba entre los soldados del pelotón, animando a unos y advirtiendo a otros. Se acercaron a los muros de la ciudad y recibieron la orden de detenerse, quedando fuera del alcance de las flechas de los arqueros, a quienes ahora podían ver agitados en las almenas.

Las órdenes fueron transmitidas, y los ingenieros avanzaron con sus máquinas de asedio; balistas y arietes se posicionaron al frente del ejército, en el rango de disparo.

Las balistas eran grandes arcos de madera montados sobre un soporte, diseñados para lanzar enormes flechas con gran fuerza contra los muros. Las cuerdas, hechas de tendones de buey, se tensaban mediante un mecanismo de palancas. Cinco arietes se alinearon a cientos de pasos entre sí; cada uno montado en una carreta con techos cubiertos de escudos. Un poste con una cabeza de metal en forma de cabra estaba sujeto por cadenas al techo del vehículo, y el ariete oscilaba como un péndulo, golpeando los muros y portones para debilitarlos y derribar secciones enteras de las murallas enemigas.

Un silencio descendió sobre la llanura cuando las máquinas se colocaron en posición.

Un sacerdote, seguido por el general Menón, avanzó y se situó frente a las filas, mirando al ejército. Los ayudantes del sacerdote inmovilizaron a la víctima: una cabra blanca. Alzando las manos al cielo y murmurando palabras ininteligibles, cortó la garganta del animal con un golpe seco de su puñal.

—¡Zeus, portador de égida! ¡Ares, de fuerte grito de guerra! ¡Aceptad esta ofrenda! —gritó el sacerdote, con los brazos manchados de rojo.

Volviéndose hacia el pobre animal, el sacerdote cortó su abdomen y examinó sus entrañas.

Los soldados aguardaron en silenciosa expectación.

—¡Los augurios[97] son favorables! —exclamó el sacerdote.

El ejército respondió al unísono:

—¡Ahuu!

El sacerdote y sus acólitos comenzaron entonces un canto a Ares, una voz que se extendía con el viento, permitiendo que todos escucharan:

—Invulnerable corazón brutal, magna fuerza, bravo numen que se deleita en las armas, indomable homicida rompe-muros, Ares, soberano de armas resonantes, siempre manchado de

sangre. Te regocijas en la crueldad de la matanza, en el tumulto de la guerra, aterrador. Anhelas el áspero estruendo de lanzas y espadas.

Luego entonaron otro cántico al cual el ejército respondió al unísono:

—¡Ié paián!

El sacerdote y sus acólitos hicieron una reverencia al general que los acompañaba y regresaron a la retaguardia, cargando el cuerpo del animal sacrificado.

El general Menón ordenó:

—¡Balistas, fuego! —gritó, señalando los muros de la ciudad.

Una decena de balistas lanzaron enormes flechas contra los muros de la ciudad; con cada disparo, los ingenieros corregían la distancia para que los proyectiles impactaran en un mismo punto. La intención de los generales era saquear la ciudad, no incendiarla, por lo que no se emplearon proyectiles incendiarios.

Durante dos horas, las balistas continuaron disparando, concentrándose en cinco puntos de la muralla, incluyendo la puerta principal de la ciudad. Mientras algunos soldados inexpertos esperaban ansiosos, otros, como Diomedes y Petrus, parecían aburridos y conversaban sobre mujeres y juegos. Perseo se sentía tenso; temía y deseaba a la vez la orden de atacar.

No pasó mucho tiempo antes de que las zonas golpeadas comenzaran a ceder, abriendo brechas en las murallas. Finalmente, los proyectiles se agotaron y las balistas se retiraron a la retaguardia.

Los arietes empezaron a avanzar hacia los muros ya dañados de la ciudad.

Menón gritó:

—¡Avanzad!

Las trompetas resonaron y el ejército se dividió en cinco grupos, cada uno dirigiéndose a una de las aberturas en las murallas producidas por las balistas, siguiendo de cerca a los arietes. La división de Perseo marchó hacia la tercera apertura, situada a la derecha de las puertas. Los soldados avanzaban cantando el peán en honor a Apolo, pero Perseo sentía la garganta seca y no lograba emitir ningún sonido; su corazón latía desbocado en el pecho.

Desde la colina, Artemisia observaba el movimiento de las tropas.

Artemisa, cazadora, guíalo; Apolo, arquero invencible, aparta de Perseo los dardos y las flechas, rogó en silencio mientras apretaba con más fuerza las riendas de su montura, que sintió la inquietud de la amazona y resopló, golpeando el suelo con los cascos.

— ¡Mantened los escudos sobre la cabeza al acercaros a las murallas, avanzad rápido hacia la apertura y subid por los escombros! — ordenó Anaxandro.

Unos pasos más y el pelotón de Perseo entró en el alcance de los arqueros cilicios. Una lluvia de proyectiles cayó sobre ellos, pero el entrenamiento de toda una vida prevaleció, y alzaron sus escudos para protegerse. Escuchaban el silbido de las flechas, seguido del sonido metálico al impactar contra los escudos de bronce. Pocos soldados resultaron heridos o muertos.

Los arqueros griegos, que avanzaban detrás de la infantería, comenzaron a disparar sus flechas contra los cilicios en las murallas, obligándolos a retroceder, aunque algunos fueron alcanzados y cayeron desde la almena, gritando de dolor. La infantería ligera de peltastas esperaba el choque de la falange griega contra la infantería cilicia. La caballería se mantenía a distancia, ya que no podría brindar apoyo en ese momento.

Llegaron a unos cincuenta pies del muro y de la abertura creada por las balistas. El ariete que el pelotón de Perseo seguía se acercó y comenzó a golpear la roca, ampliando las brechas.

Piedras y escombros del muro formaron un pequeño montículo; la apertura era lo suficientemente grande para que los soldados avanzaran de cinco en cinco. Sin embargo, antes de

que pudieran alcanzarla, una multitud de soldados cilicios salió por la abertura para enfrentarse en combate. Estaban armados con espadas, escudos de mimbre y grandes hachas de guerra.

Los soldados que manejaban el ariete corrieron de vuelta a la retaguardia mientras los cilicios atacaban con valentía, gritando y animándose unos a otros en su intento de impedir la entrada de los griegos a la ciudad.

—¡Manteneos en formación! —gritó Georgios.

Perseo mantenía su atención al frente; era su primer combate en formación de falange contra un ejército organizado. Sentía el estómago revuelto y la boca y la garganta ardían mientras se preocupaba por las flechas de los arqueros cilicios, que cruzaban el aire emitiendo un siniestro silbido.

La falange continuaba avanzando a un ritmo lento y cadencioso. Los soldados enemigos, en gran número, se acercaban cada vez más. Perseo estaba en la primera línea y sentía a sus compañeros en las filas detrás de él, listos para entrar en combate. No había posibilidad de retroceder, pues sentía la presión del escudo de un soldado en su espalda.

Diez pasos; el corazón de Perseo latía con fuerza en su pecho; cinco pasos; fijó la mirada en un soldado que llevaba un yelmo de piel y empuñaba un hacha, avanzando directamente hacia él, gritando como si estuviera poseído por demonios. *¿Mantendré la valentía? ¿Conseguiré la gloria que buscaba? ¿O me cubriré de infamia dando la espalda a los enemigos?* Pensó mientras miraba a su alrededor, viendo que sus compañeros permanecían firmes y preparados; solo Evandro parecía más pálido.

Perseo se llenó de valor. Un último y absurdo pensamiento cruzó por su mente: *Elana y Artemisia, de alguna forma, también combaten por la supremacía en mis pensamientos y en mi corazón.* Apartó ese pensamiento y se concentró en lo que tenía delante. *Hay un trabajo que hacer, no puedo decepcionar a mis compañeros, a mi padre y a mi hermano. No regresaré cubierto de vergüenza ante las mujeres que amo; prefiero morir antes.* Perseo se sorprendió con ese pensamiento. *¿Amaré a dos mujeres al mismo tiempo? ¿Por qué me ha cruzado eso por la mente?* Nuevamente apartó el pensamiento. *Debo concentrarme o acabaré muerto.*

—¡Escudos abajo! ¡Prepararse para el impacto! —ordenó Georgios.

—¡Ahuu! —gritaron los espartanos al unísono mientras colocaban los escudos al frente, protegiendo el lado izquierdo y a los compañeros junto a ellos, apuntando sus lanzas hacia adelante. El poder de la falange espartana consistía en luchar de forma cohesionada, cada soldado protegiendo a su camarada al lado.

El grito de Perseo fue débil; su garganta estaba seca y le ardía, el sudor le corría por dentro del yelmo dificultándole la visión. Por un breve instante sintió pánico; deseó soltar el escudo y la lanza y correr hacia la retaguardia, pero tan rápido como llegó, ese pensamiento se desvaneció, reemplazado por la determinación de no avergonzar a sus compañeros y a sus antepasados.

¡Ares, dame fuerza y valor! Perseo rezó mentalmente y se resignó.

El impacto fue violento y ensordecedor. Años de entrenamiento habían condicionado el cuerpo de Perseo para reaccionar de forma automática. Afirmó el escudo y la lanza, sintiendo cómo esta atravesaba carne blanda; no vio a quién había herido, y sin perder tiempo, retiró la lanza y la arremetió nuevamente hacia adelante, apuntando a un soldado que intentaba romper la formación, mientras bloqueaba un violento golpe de hacha que el cilicio lanzaba contra su cabeza.

Sus compañeros de la segunda fila lanzaban sus lanzas por encima de los soldados de la primera. Los cilicios fueron contenidos por la barrera de escudos y trataban de todas las formas

posibles de romper esa formación. Perseo volvió a retraer su lanza y la arremetió hacia la garganta de otro enemigo, atravesándola. Lo miró un instante; la expresión de su adversario era de asombro y terror. Violentamente, el espartano retiró la lanza y el cilicio cayó al suelo.

Perseo no tuvo tiempo para pensar; en el mismo instante en que retiraba la lanza, otro cilicio armado con espada y escudo chocó contra su pesado escudo de bronce, intentando desequilibrarlo. La frágil protección de mimbre del cilicio se quebró, y este gritó de dolor con el brazo roto por el impacto. Pero su sufrimiento pronto se extinguió, ya que nuevamente el espartano arremetió su lanza contra su pecho; la hoja y parte del asta lo atravesaron, y Perseo la retiró con fuerza, preparándose para un nuevo ataque.

Los espartanos habían soportado el impacto, y la formación no se rompió.

Los cilicios retrocedieron unos pasos, tratando de reagruparse.

—¡Avanzad! —gritó Georgios.

—¡Ahuu! —respondieron en coro.

Esta vez, la voz de Perseo sonó fuerte y vibrante. La emoción y la sed de sangre lo dominaron, embriagando su espíritu. Se sentía más vivo y capaz de grandes y valientes hazañas. Los espartanos avanzaron cinco pasos con las lanzas apuntadas hacia adelante, alcanzando a los cilicianos. Nuevamente, Perseo sintió cómo la lanza penetraba en carne blanda, y con violencia la retiró.

Los cilicianos avanzaron tratando de detenerlos.

Deimos, el terror, y Fobos, el miedo[98], compañeros de Ares, debían estar recorriendo las filas de los dos ejércitos, pues la muerte y la destrucción eran todo lo que existía frente a los muros de la ciudad. Los gritos de guerra y de los heridos se confundían con el ensordecedor choque de los escudos. El olor que llegaba a las narices de todos era de sangre, vísceras y desechos humanos.

La segunda línea espartana presionaba contra la primera. Esta presión, al mismo tiempo que los empujaba a avanzar, les daba fuerzas para resistir el choque de los cilicianos.

Los espartanos avanzaban un paso a la vez, los soldados enemigos luchaban por su ciudad y familia, los griegos por honor y gloria, al menos eso pensaba Perseo. Los cilicianos combatían salvajemente, retrocedían con cada choque contra la línea espartana para reagruparse y nuevamente lanzarse contra los griegos.

Antes de llegar al muro, los espartanos ya caminaban sobre los cuerpos de los hombres caídos, mientras las flechas volaban en todas direcciones.

Oyeron la trompeta que daba la orden de cambiar las filas. La segunda línea avanzó junto con la tercera, superando a la primera.

El pecho de Perseo jadeaba buscando aire, su corazón bombeaba furiosamente y sentía su cabeza palpitando bajo el yelmo. Deseaba beber un trago de agua o caer al suelo para recuperar el aliento, pero no había tiempo para descansar; el dios de la guerra aún no saciaba su sed de sangre y destrucción.

—¡En formación! ¿Queréis ser alcanzados por las flechas? —gritaba Georgios—. ¡Levanten los malditos escudos!

Perseo y sus compañeros se acercaron a la segunda fila, levantando los escudos para protegerse a sí mismos y a sus compañeros. Los soldados de la primera fila atacaban a los cilicianos por encima de los hombros de sus compañeros.

Perseo miró hacia la derecha. Laertes, a su lado, no parecía haber estado en combate; respiraba calmadamente, su armadura reluciente estaba cubierta de sangre de los soldados enemigos. Miró su coraza, también teñida de rojo, y buscó alguna herida, pero no encontró

ninguna. A su izquierda, Diomedes también estaba cubierto de sangre, su yelmo estaba roto y de una herida en su cabeza brotaba sangre sin parar. Perseo lo miró interrogante, y su compañero parpadeó y se rió:

—Un hacha casi me partió la cabeza —explicó—. Ahora tendré que conseguir otro yelmo.

Petrus, a su lado, protegido por su escudo, reía mucho.

—Me debes un odre de vino. Si no hubiera detenido el hacha con mi lanza, te habría partido por la mitad —se rió de su propia observación.

Colocados detrás de la segunda fila, Perseo y sus compañeros comenzaron a hacer presión contra las espaldas de los soldados de la primera línea. La tropa avanzaba. La trompeta sonó de nuevo y Perseo y sus compañeros superaron a los soldados de la primera fila. De reojo, observó que, mezclados entre los cilicianos muertos, también había griegos. La muerte no hacía distinción de nacionalidad.

Avanzaron, acercándose a la abertura en el muro, acorralando a los cilicianos que luchaban en un espacio cada vez más reducido.

En pocos minutos, lograron hacerlos retroceder al interior de los muros.

CAPÍTULO 36

Desde lo alto de la colina, Artemisia, tensa, observaba el combate.

Ciro, en su carroza a su lado, estiró el cuerpo para ver mejor.

El estruendo del impacto de los escudos griegos contra los cilicianos se esparcía por la llanura, llegando hasta lo alto de la colina. A lo lejos, todos observaban a los soldados lanzar sus lanzas por encima de los hombros de sus compañeros.

Los gritos se intensificaron, gritos de guerra, gritos de heridos, gritos de muerte.

Los griegos continuaron avanzando hasta que comenzaron a entrar en la ciudad. La caballería tracia se quedó cerca de los muros, junto con los equipos de ingenieros y las tropas de reserva.

—Creo que ahora es solo cuestión de tiempo —Ciro sonrió—. Volveré al campamento.

Con una señal, el auriga que comandaba su biga dio la vuelta en dirección al campamento real, seguido por los oficiales persas, abandonando la colina donde solo quedaron las amazonas.

—Puedes llevarlas al campamento, Ikarnas. Yo me quedaré aquí para ver el desenlace de la batalla —ordenó Artemisia, aún mirando la ciudad, donde los primeros signos de incendio comenzaban a elevar una columna de humo oscuro hacia el cielo azul.

Ikarnas obedeció, y ella se quedó sola en la cima de la colina. Entonces desmontó y se sentó sobre la hierba observando la ciudad. Algunos soldados salían por las aberturas, cargados por sus compañeros. Los sirvientes que trabajaban en el hospital de campaña corrían a auxiliarlos.

El día transcurrió. Los gritos de batalla que se escuchaban en el interior de la ciudad fueron sustituidos por gritos de terror que llegaban hasta la cima de la colina, llevados por el viento.

¿Qué está sucediendo dentro de las murallas? ¿Está Perseo vivo o yaciendo en alguna calle, desangrándose? Ikarnas sacó a Artemisia de sus pensamientos al sentarse junto a ella, trayendo una cesta con quesos, frutas y pan, además de odres de cuero de cabra con vino.

Artemisia sonrió agradecida y se preparó para esperar el desenlace de la batalla.

***

Varios soldados escalaron los escombros del muro dañado, saltando al interior de la ciudad. Laertes fue el primero en invadirla, sus compañeros lo siguieron gritando, siendo recibidos por una lluvia de flechas y dardos.

Perseo logró protegerse con su escudo a tiempo, tres flechas se clavaron en él, y con un rápido movimiento de su lanza las rompió.

Invadieron la ciudad intentando mantener la formación, pero el espacio para maniobrar era pequeño y el montón de escombros era inestable. Los espartanos descendieron por los escombros desordenadamente, buscando terreno más firme.

Cerca del muro, la infantería ciliciana se agrupaba nuevamente, intentando repeler a los invasores fuera de la ciudad. De repente, una lluvia de dardos cayó sobre los cilicianos, la infantería ligera había avanzado por la abertura, ocupando la cima de los escombros del muro

derrumbado, desde donde tenían una posición privilegiada para lanzar sus proyectiles.

Los soldados cilicianos avanzaron con renovada furia contra la desorganizada línea espartana, que sostuvo el impacto con sus escudos y lanzas, obligándolos a retroceder nuevamente.

—¡Avancen! ¡No los dejen reagruparse! —gritó Anaxandro.

Perseo y sus compañeros corrieron hacia los soldados enemigos que intentaban reorganizarse. Laertes fue el primero en alcanzarlos, lanzando su escudo violentamente contra un ciliciano que fue arrojado lejos, al mismo tiempo que clavaba su lanza en el abdomen de otro soldado, quien, desesperado, agarró con ambas manos la asta. Laertes, sin dudarlo, soltó la lanza y desenvainó su espada, asestando un golpe a la cabeza del infeliz, decapitándolo.

Dos cilicianos corrieron hacia Laertes, uno por la derecha y otro por la izquierda. Perseo avanzó e interceptó al ciliciano que venía por la derecha. En un intento torpe de imitar el golpe de Laertes, lanzó su escudo contra él. El impacto solo hizo que el enemigo tambaleara unos pasos, pero fue suficiente para que Perseo le clavara la lanza en el pecho, atravesándolo. Con un violento movimiento la retiró, y el soldado cayó al suelo sin vida. Mientras tanto, Laertes desentrañaba el abdomen del otro soldado que lo atacó, y los intestinos saltaron fuera, seguidos de un olor nauseabundo.

Diomedes y Petrus luchaban en pareja.

Petrus agarró a un soldado ciliciano por el cuello y le rompió el cuello con una fuerte torsión, luego lo levantó como si fuera un niño y lo lanzó contra otros soldados que avanzaban. Diomedes ya había perdido su lanza y espada, pero usaba un hacha de combate, cortando a todos los que llegaban a su alcance, decapitando brazos y cabezas.

El pelotón avanzó causando muerte y destrucción en las filas enemigas. Por un momento, Perseo buscó a Evandro, y lo vio luchando contra un soldado ciliciano. Él bloqueaba los golpes de espada con su escudo mientras intentaba acertarle con la lanza. El ciliciano llevaba la mejor parte y parecía que su compañero sucumbiría.

Perseo intentó alcanzarlo, pero fue interceptado por otro adversario que empuñaba una espada curva. Intentó cortar la cabeza del espartano con un golpe, pero Perseo logró defenderse con su escudo y con la lanza le acertó en el abdomen, haciendo que cayera al suelo con un grito.

Mientras sostenía la asta con ambas manos, Perseo intentó sacarla, al mismo tiempo que lanzaba una rápida mirada a Evandro. Pero se dio cuenta de que un soldado griego había matado al ciliciano y estaba ayudando a su compañero a levantarse del suelo. Con una mueca de odio, Perseo pisó la cabeza del ciliciano, aplastándole la nariz, y logró liberar su lanza.

Georgios gritaba animándolos a romper la resistencia de los cilicianos. Lanzó su lanza contra un soldado que parecía ser un oficial; voló unos diez pasos, alcanzándolo en el pecho. El hombre cayó al suelo, sosteniendo la lanza con ambas manos, en un intento desesperado de quitársela.

Cada vez más soldados griegos avanzaban por la abertura del muro, extendiéndose por la ciudad condenada.

¿Cuánto duró? ¿Una hora? ¿Una vida? Pensó Perseo. Ya no era posible luchar en formación de falange, actuaban en parejas o tríos. Intentó quedarse cerca de Laertes, pero él lo ignoró completamente.

De repente, los soldados cilicianos comenzaron a huir corriendo hacia el interior de la ciudad, perseguidos por una lluvia de dardos y flechas de los peltastas y arqueros. Muchos cayeron con proyectiles clavados en sus espaldas.

Con un grito de victoria, los espartanos avanzaron en persecución de los cilicianos, masacrando a todos los que alcanzaban. Era fácil matar a un soldado que huía, bastaba con clavarle la lanza o espada en la espalda desprotegida, sacarla con violencia y seguir corriendo. Pocos se giraron para enfrentarlos. La ciudad había caído y sus defensores huían para salvar sus vidas.

El saqueo comenzaría, lo peor del ser humano afloraría; las mujeres serían violadas, los niños y ancianos serían asesinados o esclavizados. Los soldados griegos se dispersaban por la ciudad, llevando muerte y destrucción a sus habitantes.

Perseo buscó a Evandro, pero no lo encontró. Llegaron órdenes de avanzar y tomar la ciudad. Vio a Diomedes y Petrus corriendo rápidamente hacia una ancha avenida que llevaba directamente a la ciudad alta, seguidos por Atreu y dos soldados más de otro pelotón.

Laertes reunió un grupo de hoplitas griegos y ordenó que lo siguieran en dirección contraria a la de Diomedes, lo cual hicieron sin cuestionar. Perseo se dio cuenta de que Georgios había quedado en la retaguardia organizando a los soldados que seguían avanzando por los escombros del muro derrumbado.

Estaba indeciso. *¿Me uno a Laertes o a Diomedes?* Decidió en un abrir y cerrar de ojos y corrió hacia Diomedes, uniéndose a su grupo.

***

El sol recorrió el cielo poniéndose en el oeste y las estrellas aparecieron en el firmamento. Tarso, a lo lejos, estaba iluminada por incendios, mientras Artemisia mantenía la mirada fija en la ciudad condenada.

Ikarnas encendió amablemente una hoguera y le trajo un manto para que su líder se cubriera. Artemisia no podía apartar los ojos de la ciudad, sus pensamientos estaban centrados en Perseo, orando para que estuviera vivo.

El sol nació en el este iluminando la ciudad devastada. Los incendios parecían haber sido controlados, pero aún ascendía al cielo una espesa columna de humo negro.

Un grupo de amazonas apareció en la colina. Montando en su corcel, Artemisia, en compañía de Ikarnas, las condujo descendiendo hacia la ciudad, donde se detuvieron en el camino que conducía a los portones.

La amazona estaba impaciente; al menos desde ese lugar podría observar a los soldados griegos saliendo de la ciudad.

Oficiales persas y griegos cabalgaban hacia el interior de la muralla. Uno de ellos, al ver a Artemisia, detuvo su montura al lado de ella.

—Mi señora, se ha acordado una tregua —informó, alejándose en dirección a sus compañeros que ya estaban entrando en la ciudad.

Las amazonas esperaron varias horas en el lugar. El tiempo pasaba y grupos de soldados comenzaban a salir poco a poco, algunos cargando a sus compañeros heridos o muertos, otros llevando productos saqueados y habitantes aprisionados, cuyo destino era la esclavitud. Sin embargo, Artemisia no vio a Perseo ni a sus compañeros, lo que aumentaba su ansiedad.

Cuando el crepúsculo se acercaba, Artapates, acompañado de varios oficiales persas, la localizó. Emparejando su montura junto a la amazona, la saludó.

—Ciro notó tu ausencia ayer a la hora del almuerzo y en el banquete nocturno —dijo.

—Estaba observando la ciudad, temía que los griegos fueran derrotados y los cilicianos contraatacaran —mintió la amazona.

Artapates esbozó una ligera sonrisa, sin creer del todo lo que escuchaba.

—Sienéses envió emisarios pidiendo una tregua —informó.

—Eso es bueno —respondió Artemisia, inquieta, observando a los griegos que salían entre los escombros del muro y de los portones.

En ese momento, un grupo atravesó los portones marchando desordenadamente en dirección al campamento griego. El corazón de la amazona dio un vuelco en su pecho, pues reconoció al sargento Georgios liderando el grupo, pero no vio a Perseo.

***

Liderados por Diomedes, el grupo avanzó por las calles de la ciudad. Al principio, las casas eran muy simples y parecían abandonadas, y entre ellas se encontraban incontables callejones estrechos. A medida que avanzaban, vislumbraron algunos rostros asustados a través de pequeñas aberturas en las paredes que servían de ventanas.

Diomedes, que iba al frente, los ignoró y siguió avanzando rápidamente por la avenida. De repente, al doblar una esquina, se toparon con un grupo de soldados cilicios que corrían en dirección a las murallas. Eran más numerosos y se detuvieron sobresaltados al ver a los espartanos. Petrus, como un poseído, corrió hacia ellos gritando y blandiendo su espada y su escudo manchados de sangre. Los soldados, aterrorizados, arrojaron sus armas y huyeron, pero él los persiguió unos pasos hasta alcanzar a uno. Lo agarró por el cuello, arrastrando al infeliz de regreso al resto del grupo y arrojándolo al suelo.

Los espartanos rodearon al cilicio, que los miraba aterrorizado. Uno de los soldados del otro pelotón que los acompañaba desenvainó su espada con intención de matar al guerrero. Diomedes le asestó un golpe en la mano, y la espada del griego cayó al suelo con un estruendo.

—¡Es un enemigo! —protestó el soldado, dolido, mientras se frotaba la mano. Era joven y probablemente un recluta tan inexperto como Perseo.

—Si tienes sed de sangre, estás en el grupo equivocado, y puedes largarte de aquí —respondió Diomedes con el ceño fruncido.

—Pero las órdenes son saquear la ciudad —replicó su compañero.

—Lárgate de aquí, novato —dijo Petrus, agarrándolo y lanzándolo a un lado.

El soldado cayó pesadamente al suelo, se levantó asustado y corrió de vuelta hacia las murallas, seguido por su compañero.

Diomedes se volvió hacia el soldado cilicio aterrorizado y, sonriendo, le preguntó:

—¿Oro?

El soldado abrió los ojos como platos y balbuceó palabras en un idioma desconocido.

—Oro —repitió Diomedes en persa, mientras sacaba una moneda de oro de su túnica y la mostraba.

El soldado esbozó una leve sonrisa y señaló hacia el interior de la ciudad, desatando un torrente de palabras en su extraño dialecto.

—Creo que quiere que lo sigamos —concluyó Atreu.

—Vamos, entonces —decidió Diomedes riendo.

El soldado los guió por varias calles. El olor a humo flotaba en el aire; la ciudad ya ardía en algunos lugares. Pasaron junto a familias enteras que suplicaban a los cielos la protección de los espartanos, los maldecían o rezaban a sus dioses. Perseo preguntó si no debían intentar ayudarlos, pero Petrus le dio un golpe en la cabeza que casi le hundió el yelmo en los ojos.

—¿Estás loco? Si te detienes a ayudar a estas personas, nuestros propios soldados te matarán. Vamos a buscar oro antes de que los otros lo encuentren, y si encontramos unas doncellas, será mucho mejor aún —rio lascivamente.

Perseo entregó su zurrón con queso y frutas a una mujer que estaba acompañada de dos niños y siguió a sus compañeros sin mirar atrás. Sabía que el destino de ellos sería terrible, pero no había nada que pudiera hacer.

Mientras avanzaban por la ciudad, guiados por el aterrorizado soldado cilicio, la calidad de las casas iba mejorando; ahora eran de mampostería y pasaban por plazas y jardines. No tardaron en llegar a un barrio de palacetes, donde en lugar de estrechos callejones, había amplias calles empedradas que desembocaban en la avenida que seguían.

Durante el trayecto, se cruzaron con varias unidades de soldados griegos que invadían las residencias, lanzando a sus habitantes desde las ricas terrazas. Aquellos griegos, orgullosos de pertenecer a la civilización helénica, ahora cortaban gargantas de ancianos y niños como si fueran bárbaros. Mujeres eran violadas en plena calle, soldados se embriagaban con cualquier bebida que encontraran y saqueaban todo objeto de valor. Muchos hacían prisioneros, pensando en venderlos como esclavos.

Tomar esclavos estaba permitido durante el saqueo de tierras enemigas, pero mantenerlos era costoso. El soldado que decidía esclavizar a alguien asumía la responsabilidad de su manutención, algo que solo los oficiales podían permitirse.

El destino de estos infelices era trágico: podrían ser vendidos en ciudades aliadas a la primera oportunidad o llevados a Grecia, donde trabajarían en los campos o como sirvientes domésticos. Obligados a acompañar al ejército durante toda la campaña, apenas comían lo suficiente para sobrevivir, y las mujeres, generalmente, eran violadas por sus captores. En caso de una derrota, serían los primeros en ser abandonados. En el pelotón de Perseo, solo Diomedes podía permitirse mantener un esclavo, pero él despreciaba tal práctica y decía que tenía mejores cosas en las que gastar su dinero.

Perseo trató de no mirar las atrocidades cometidas por sus compatriotas; la última vez que intentó intervenir casi lo mataron. Mantuvo la vista fija en la ancha espalda de Petrus, que avanzaba detrás de Diomedes y el soldado cilicio.

Finalmente, llegaron a una gran plaza arbolada. En el centro, se encontraron con un enorme edificio de piedra blanca que parecía un templo. Estatuas de toros, carruajes y animales extraños rodeaban el lugar. El edificio tenía una escalinata que conducía a grandes puertas que parecían de bronce. En la cima de la escalinata, hombres ancianos vestidos de blanco y mujeres cubiertas con velos que solo dejaban los ojos al descubierto esperaban pacientemente su aproximación.

El cilicio que los guiaba señaló el edificio y dijo en persa:

—¡Oro!

Petrus le dio una patada en las nalgas, y el cilicio salió corriendo de la plaza como si las Erinias lo persiguieran. Diomedes y Petrus subieron rápidamente la escalinata, mientras los hombres que parecían sacerdotes los miraban con espanto y terror.

—¿Oro? —preguntó Diomedes en persa.

Un sacerdote balbuceó algunas palabras y trató de detener a Petrus, que ya avanzaba hacia el interior del templo. Petrus lo empujó, haciendo que el sacerdote cayera al suelo con un golpe en las nalgas.

—Apártate, abuelito —se rió y avanzó hacia las puertas del templo.

Los sacerdotes y las mujeres empezaron a gritar, tratando de impedir que Petrus abriera las puertas. Este desenvainó su espada y golpeó con la empuñadura en la cabeza de uno de los sacerdotes, quien cayó al suelo con la frente sangrando. Fue suficiente para que todos los demás huyeran del lugar.

—Parece que su fe se ha esfumado —suspiró Atreu, decepcionado.

—Ya no se hacen sacerdotes como en la época de Homero —rió Diomedes.

Petrus lanzó una patada y las puertas del templo se abrieron de golpe con un estruendo. El grupo avanzó hacia el interior, y al entrar, quedamos extasiados. El lugar era amplio y fresco, y el aroma perfumado del incienso impregnaba el ambiente. El suelo parecía estar hecho de granito negro, y las mesas de sacrificios estaban cubiertas de objetos de oro y plata. En un altar central de piedra blanca, que parecía de mármol, se veía una mancha de sangre, señal de un sacrificio reciente a los dioses.

Comenzaron a recoger todo lo que fuera de oro y plata, envolviendo los objetos en sus mantos. Algunos soldados griegos de otros pelotones entraron en el lugar, pero fueron brutalmente expulsados por Diomedes y Petrus, quienes afirmaban haber llegado primero. Registraron el templo y, detrás de unas cortinas al fondo del salón, encontraron una pesada puerta de roble que estaba abierta. Con cautela, pasaron por ella y recorrieron un pasillo estrecho iluminado por candiles de barro, que terminaba en otra puerta, también abierta, que daba acceso a un salón grande.

En el centro de este salón había una enorme mesa rectangular de madera, rodeada de un

banco del mismo material. Por la cantidad de platos y ollas dispersos sobre ella, parecía una mesa de comedor. En una esquina del salón descubrimos otra puerta de madera cerrada. Con una patada violenta, Petrus la derribó y entró con la espada en alto y el escudo al frente, seguido por nosotros. Pero pronto bajamos las armas; nos encontrábamos en una espaciosa cocina, y algunos sirvientes, encogidos contra una pared, nos miraban aterrorizados.

Los espartanos los ignoraron mientras registraban el lugar y encontraron otra puerta que daba a otro salón, también iluminado por candiles. Por la cantidad de camas dispersas, comprendieron que era el alojamiento de los sirvientes del templo. Encontraron a algunos más escondidos y los expulsaron con patadas en el trasero, llevándolos hasta la cocina.

—Petrus, tranca la puerta y obstruye el pasillo que lleva al salón —ordenó Diomedes.

Petrus tomó un pesado banco apoyado contra la pared y se dirigió al salón de comedor, donde trancó la puerta que daba acceso al templo y colocó el banco para asegurarla.

Registraron la cocina y encontraron cerdos y bueyes abatidos. El pan se estaba horneando en grandes hornos, y había una gran cantidad de provisiones: legumbres, frutas, verduras y una gran variedad de carnes. Petrus encontró enormes odres llenos de vino.

Los sirvientes continuaban observándolos en silencio. Diomedes primero intentó comunicarse en una lengua extraña que Perseo supuso que era persa, reforzando sus palabras con gestos. Uno de los sirvientes, un hombre gordo y bien vestido que parecía ser el jefe de cocina, entendió y empezó a dar órdenes a los demás sirvientes reunidos: cuatro muchachos delgados, una mujer robusta de mediana edad y dos jóvenes. Con excepción del cocinero y de la matrona, los demás estaban desnutridos.

Los espartanos se acomodaron en el banco del salón de comedor. Petrus arrastró una pesada ánfora hasta la mesa, y todos se sirvieron de un excelente vino. Los sirvientes revolvían las ollas y el fogón bajo la supervisión del hombre gordo y la matrona; pronto, un delicioso aroma emanaba de los recipientes, haciendo que el estómago de Perseo gruñera de hambre. Los sirvientes salieron de la cocina y sirvieron bandejas de carne cocida, pan fresco, verduras y frutas. A través de gestos, los espartanos les hicieron entender que podían sentarse y comer con ellos.

Con una sonrisa afectada, el gordo cocinero extendió la mano para tomar una pierna de pollo, pero Diomedes le dio una palmada en la mano.

—¿Dónde están tus modales? Primero las damas y los niños —señaló a las dos jóvenes y a los muchachos, quienes se sirvieron tímidamente pequeñas porciones, lanzando miradas asustadas al hombre gordo.

Petrus, muy atento, servía generosamente a las jóvenes. Diomedes, de manera caballerosa, ofreció una gran porción de pastel de carne a la matrona, quien le sonrió de forma seductora.

—Creo que después de cenar saborearé este pastel de carne —rió descaradamente mientras apretaba uno de los senos de la mujer, quien sonrió con picardía.

Tímidamente, los sirvientes fueron a la cocina y regresaron con grandes ánforas de vino. Un sacerdote vestido de blanco entró al salón desde los dormitorios y se dirigió a nosotros en excelente griego.

—Nobles soldados, coman y beban cuanto deseen; son dádivas que los siervos de Ahura Mazda reciben del pueblo, y que generosamente compartimos con ustedes, nobles invitados —afirmó solemnemente.

—¡Por las bolas de Zeus! ¿Dónde estabas escondido? —preguntó Petrus sorprendido, haciendo ademán de desenvainar su espada.

Con un gesto, Diomedes le indicó que guardara el arma.

—Vaya, vaya, parece que vosotros, los sacerdotes, sabéis vivir bien —rió.

—¿Oíste, Atreu? Ahora somos tan nobles como tú —bromeó Petrus entre carcajadas.

—Siéntate, sacerdote, y comparte con nosotros las dádivas del pueblo —ordenó Diomedes con ironía.

El hombre se sentó y comenzó a servirse; la guerra y la caída de la ciudad no habían mermado su apetito.

—Nuestra hermosa ciudad está en llamas —afirmó el sacerdote mientras mordía una pata de ave.

—La guerra es triste —concluyó Diomedes suspirando, mientras se servía un gran trozo de carne de cerdo.

—Pero la guerra trae grandes oportunidades —filosofó Petrus, soltando un eructo—. Podemos ganar mucho dinero.

—Es verdad, siempre y cuando mantengamos los ojos bien abiertos —respondió Diomedes, apurando una jarra de vino.

El grupo comió y bebió durante el resto del día y toda la noche. Al principio, los sirvientes comían con timidez, pero los espartanos los obligaron a llenar sus platos. En cierto momento de la noche, después de incontables copas de vino y a pesar de la barrera del idioma, todos conversaban animadamente. Reían y gritaban, lanzaban comida unos a otros y se emborrachaban hasta quedar entorpecidos, mientras que afuera la ciudad ardía, entregada al saqueo y la furia de las tropas griegas. De vez en cuando oían a soldados tratando de forzar la pesada puerta al final del pasillo, pero los espartanos lanzaban terribles amenazas, y pronto los intrusos se marchaban.

Al amanecer, Atreu y el sacerdote persa discutían de filosofía, sobre cuáles dioses eran falsos y cuáles verdaderos, además de otros temas tediosos. Petrus intentaba explicar a una de las sirvientas y a los dos jovencitos cómo era la formación de la falange hoplita, usando trozos de muslos de ave. De repente, se levantó, tomó su escudo y su lanza, y cargó contra un conjunto de

ollas apiladas al fondo del salón, derribándolas con estruendo y cayendo al suelo, donde quedó tendido, mirando al techo e intentando comprender cómo había terminado en esa posición.

Diomedes, por su parte, tonteaba con la matrona sentada en su regazo, acariciándola por debajo de su vestido. En su embriaguez, Perseo trataba de explicarle a una sirvienta cómo eran las tierras de la finca de su padre y lo complicado que era amar a dos mujeres al mismo tiempo. La joven, una adolescente de cabello negro y brillante, sonreía tímidamente sin entender una palabra. A pesar de su delgadez, era bonita. Cuando Perseo ya estaba en un estado casi de embriaguez, ella lo llevó a un rincón de la cocina, invitándolo con gestos y sonrisas a hacer el amor; él se sonrojó como un adolescente y la rechazó con amabilidad.

El grupo perdió la noción del tiempo: bebían, comían, algunos hacían el amor con las sirvientas, discutían entre ellos y con los persas y luego reían como locos. Perseo trataba de olvidar la tensión de la batalla y los horrores que había presenciado, bebiendo copa tras copa de vino.

En estado de embriaguez, terminaron dormidos.

Cuando finalmente despertaron, sentían como si una caballería entera les hubiera pasado por encima. Perseo estaba tumbado sobre el banco. Petrus, que había dormido en el suelo, se arrastró hasta un barreño de agua y sumergió la cabeza, bebiendo como un caballo.

Diomedes tuvo que ser arrancado de debajo de la matrona, completamente desnudo. A Atreu lo encontraron en el dormitorio de los sirvientes, tumbado a los pies de una pequeña estatua de algún dios persa, con el sacerdote a su lado y dos enormes odres de vino vacíos.

La cabeza de Perseo le daba vueltas violentamente, sentía la lengua seca; intentó levantarse, pero vomitó sobre los pies de un sirviente que estaba escondido bajo la mesa. Se escuchaban gemidos por todos lados: Ares, el dios de la guerra, había cosechado su siembra de muerte y destrucción en la ciudad; pero en la cocina del templo era Dionisio[99], el dios del vino y de la orgía, quien había reinado.

De repente, oyeron golpes violentos en la puerta, y con esfuerzo, ésta fue derribada. Perseo y sus compañeros escucharon pasos en el pasillo, él hizo el amago de sacar su espada, pero no la encontró. Un soldado griego asomó cautelosamente en la cocina desde el umbral del pasillo, pero fue empujado a un lado con violencia por Georgios; detrás de él entraron Laertes y varios soldados de la compañía del teniente Anaxandro.

—¡Aquí estáis, irresponsables, parece que todo el ejército está borracho! —reclamó Georgios casi gritando.

—Más bajo, sargento —pidió Petrus—. Mi cabeza va a estallar.

—¡Pues levantaos o perderéis la cabeza! ¡Hay órdenes! Se ha acordado una tregua, el joven Ciro está en negociaciones de paz con la reina, los saqueos quedan suspendidos a partir de ahora. Tenemos órdenes de acampar fuera de la ciudad, ¡Anaxandro está furioso por vuestra desaparición! —reprendió el sargento con el ceño fruncido.

—Irresponsables, deberían ser ejecutados —dijo Laertes con una sonrisa irónica y maliciosa.

—Cállate, asesino maniático —replicó Georgios, irritado.

—¡Por los dioses! ¡Qué borrachera! —exclamó un soldado, pateando un odre de vino vacío con envidia—. ¿No ha quedado nada?

—¡Nada! Sólo los conquistadores merecen los dones de Dionisio —rió Petrus mientras apuraba un poco de vino que encontró en un odre.

—¡Adiós, mi amor! —se despidió, riendo, Diomedes mientras se vestía, mandándole un beso a la matrona, que intentaba cubrir su desnudez—. El ejército griego no puede vivir sin mí.

Después de muchas amenazas de Georgios y entre quejas y maldiciones de Diomedes y sus compañeros, se despidieron de sus nuevos amigos y salieron del templo. Perseo quedó asombrado; el sol ya estaba cercano al crepúsculo. Habían pasado allí toda la noche y casi todo el día. Una densa nube de humo negro cubría los rayos del sol, producto de los numerosos incendios que habían devastado la ciudad, aunque ahora se encontraban controlados.

En silencio, siguieron al sargento fuera de la ciudad. La visión era aterradora: el olor a sangre y vísceras esparcidas impregnaba el aire. Había cuerpos tirados por todos lados: hombres, mujeres y niños, cadáveres terriblemente mutilados y sin sepultura, algunos recogidos por los pocos supervivientes y familiares, que lloraban en silencio.

Cruzaron un puente sobre el río que atravesaba la ciudad. Perseo miró sus aguas y vio cientos de cuerpos flotando, algunos con los brazos extendidos hacia el cielo, como si clamaran justicia. Heraldos del ejército recorrían las calles, anunciando la tregua y advirtiendo que aquellos sorprendidos en saqueos serían ejecutados.

¿Será esta la gloria conquistada en combate? ¿Una ciudad próspera reducida a escombros, su población masacrada y esclavizada?, pensó Perseo.

Soldados griegos eran reunidos y enviados fuera de las murallas por compañías mixtas de persas y griegos que intentaban restablecer el orden en la ciudad devastada. El pelotón salió refunfuñando; después de tanto esfuerzo y sacrificio para tomarla, ahora debían volver al punto de partida.

Atravesaron las puertas, que estaban abiertas, y marcharon desordenadamente hacia el campamento. En el camino, se cruzaron con un escuadrón de amazonas apostado en las cercanías. Artemisia estaba entre ellas, y Perseo la buscó con la mirada, saludándola con un leve gesto de cabeza, pero ella lo ignoró, volviendo su atención hacia un oficial persa a su lado. No pudo ver sus ojos, ocultos en la sombra del yelmo. Sus compañeras lo observaron atentamente.

Atreu se percató de ello y lo interrogó con la mirada. Perseo se encogió de hombros. *¿Quién puede entender a las mujeres?* pensó, agotado física y mentalmente. No estaba en condiciones de intentar descifrar lo que pasaba por la mente de la líder amazona.

La tensión de la batalla del día anterior aún no se había disipado. A pesar de toda la bebida, las imágenes que había presenciado seguían rondando la mente de Perseo.

CAPÍTULO 37

¡Vivo, Perseo está vivo! pensó exultante Artemisia al verlo entre los hombres que caminaban, su rostro cubierto de hollín y con expresión cansada. Él la saludó con un leve movimiento de cabeza, pero, al sentir la mirada de Artapates fija en ella, la amazona fingió no haberlo visto.

Los griegos continuaron su camino. Fingiendo indiferencia, Artemisia se volvió hacia Artapates.

—Voy a presentarme ante Ciro —sonrió.

—Sí, hazlo —sugirió Artapates mientras golpeaba el flanco de su montura y se dirigía hacia la ciudad.

A pesar de su deseo de ver a Perseo, Artemisia no tuvo oportunidad. Durante la noche, Ciro reunió a todos sus generales para trazar los próximos planes. A pesar de que los emisarios enviados por Sienéses habían solicitado una tregua, las negociaciones para llegar a un acuerdo aún no estaban concluidas.

Solo en la madrugada fue liberada. Cansada, regresó a su campamento en compañía de Ikarnas cuando el alba empezaba a asomar en el horizonte.

—Esta noche, encuentra a Perseo; necesito verlo —pidió.

Ikarnas asintió en silencio. Exhausta después de un día y una noche de vigilia, Artemisia se acostó y cayó en un sueño sin sueños, despertando solo al final de la tarde. Después de un baño relajante, se preparó para recibir a Perseo en su tienda; estaba ansiosa, necesitaba tenerlo en sus brazos de nuevo.

Al anochecer, Ikarnas partió en persona para buscarlo, mientras Artemisia, vestida con una sencilla túnica griega, aguardaba ansiosa.

***

Perseo y sus compañeros llegaron al campamento y buscaron a Evandro por todas partes, pero no lo encontraron. Georgios ordenó que lo buscaran en las tiendas del hospital de campaña; él debía informar al regimiento de cuántos soldados había perdido el pelotón.

El hospital de campaña no era más que unas simples tiendas donde los médicos griegos cuidaban de los heridos. Ningún soldado gustaba de visitar aquel lugar: pilas de miembros amputados eran amontonadas junto a las tiendas, y perros callejeros se acercaban cautelosamente para morder un brazo o una pierna y huir con ellos. Alejadas de las tiendas, ardían piras funerarias que constantemente eran alimentadas con nuevos cuerpos.

Buscaron durante una hora, tienda por tienda, hasta que finalmente encontraron a Evandro en una de ellas. Tenía una herida en el pecho. Un médico, vestido con una túnica blanca ahora manchada de rojo, se acercó y les informó que la herida era resultado de una flecha cilicia que había atravesado su coraza y se había clavado en su pecho; su estado era grave.

Perseo y sus compañeros se arrodillaron junto al lecho de cuero de buey tendido sobre el suelo duro.

—¿Evandro, puedes oírme? —preguntó Perseo, tocándole suavemente el hombro.

Lentamente, él abrió los ojos e intentó hablar, pero un rictus de dolor cruzó su rostro pálido, y un hilo de sangre corrió por la comisura de su boca. Diomedes acercó con cuidado un odre de agua a sus labios, y él bebió con avidez.

—Tranquilo, o te vas a atragantar —recomendó Atreu.

Diomedes retiró el odre de los labios de Evandro, quien cerró los ojos. Sus compañeros pensaron que se había dormido o desmayado; su respiración era lenta e irregular. Pero él abrió los ojos y habló con voz pausada y baja.

—Una maldita flecha cilicia —dijo con dificultad, entre respiraciones—. Creo que no viviré mucho.

—No digas eso, aún te llevaremos a conocer todos los burdeles y tabernas de Atenas —prometió Petrus con una mirada triste.

Evandro esbozó apenas una sonrisa. Perseo tomó sus manos, y él lo miró fijamente; con voz entrecortada le dijo:

—Perseo, mis ahorros están depositados con el intendente del estado mayor; son diez monedas de plata persa y un dárico[100] de oro. Promete que se los entregarás a mi madre —pidió apretando las manos de su compañero.

Perseo sintió un nudo en la garganta y respondió, intentando animarlo con una sonrisa.

—Lo prometo, pero serás tú mismo quien se los entregue. Y yo iré contigo para conocer a esa hermana tuya, que dices es tan bella como Helena de Troya[101].

Evandro esbozó una sonrisa, cerró los ojos y su respiración se hizo más pesada. El médico, que observaba en silencio, se arrodilló y examinó la herida. Las vendas estaban empapadas de sangre, y al cambiarlas, un hilo rojo brotó del orificio en el centro de su pecho.

El médico negó con la cabeza.

—Si creéis en los dioses, rezad y haced un sacrificio, pues su estado es gravísimo —afirmó—. Ahora debéis iros —concluyó con amabilidad.

Atreu dijo que ofrecería un sacrificio a Asclepio[102], Higea y Panacea. Perseo lo acompañó mientras los demás regresaban al campamento. Diomedes prometió que buscaría al intendente para recuperar las monedas de Evandro.

Atreu llevó a Perseo hasta un altar en las cercanías del hospital de campaña. Bajo una frondosa encina, una pequeña mesa de piedra señalaba el altar. Dos sacerdotes vestidos con

túnicas blancas estaban sentados bajo el árbol. A su lado, un pequeño cercado improvisado contenía algunas ovejas y cabras destinadas a los sacrificios. Muchos soldados acudían a pedir la protección de los dioses para sí mismos o para sus compañeros de armas. Los sacerdotes cobraban un óbolo[103] por su labor, además del precio de los animales.

Atreu habló con los sacerdotes por un momento; le permitieron elegir un animal para el sacrificio, y él señaló una hermosa oveja que separaron y llevaron hasta el altar.

Los sacerdotes invocaron a los dioses pidiendo por la vida de Evandro. Después, uno de ellos, con un golpe seco, cortó el cuello de la oveja, esparciendo su sangre sobre el pequeño altar. Sacaron las entrañas y las quemaron en un brasero, concluyendo el sacrificio.

Salieron del lugar pensativos. *¿Habrían escuchado los dioses sus plegarias? ¿Conseguiría Evandro recuperarse o moriría lejos de su hogar, en tierra bárbara? ¿Sería él capaz de terminar la jornada o encontraría también la muerte lejos de su patria, sin poder despedirse de Elana y de su hijo, con quien apenas había convivido?* Pensar que no volvería a verlo, que no podría enseñarle y educarlo, causaba un dolor profundo en el alma de Perseo. *¿Habría tomado la decisión correcta al aventurarse en esta campaña? ¿Y Elana y Artemisia? ¿Era posible amar a dos mujeres?* Con estos pensamientos en mente, Perseo, en compañía de Atreu, llegó al campamento donde sus compañeros los esperaban.

Diomedes entregó una pequeña bolsa de cuero a Perseo, quien la abrió y miró su interior. Además de las monedas de Evandro, había diez monedas de oro persas adicionales. Miró interrogante a su compañero.

—Una pequeña contribución de todos nosotros, hasta Laertes colaboró —afirmó.

—El intendente intentó engañarnos, diciendo que no sabía de ningún depósito a nombre de Evandro. Tuve que refrescarle la memoria —rió Petrus.

—Sí, usando un garrote en su cabeza —añadió entre risas Diomedes—, y luego amenazándole con arrastrarlo al corral de los bueyes para que comiera mierda.

—Recordó muy rápido quién era Evandro —carcajeó Petrus.

Esa noche nuestro compañero falleció; solo, sin amigos a su lado, lejos de su patria y de sus seres queridos.

Al día siguiente, cuando fueron a visitarlo, Perseo encontró a un desconocido en el camastro improvisado que antes había pertenecido a su amigo. Buscaron al médico, quien informó que Evandro no había resistido la herida. Pidieron ver su cuerpo, pero el médico les dijo que no era posible; las órdenes eran incinerar a los muertos de inmediato.

Salieron del lugar desolados, sin haber tenido la oportunidad de despedirse de su amigo ni de rendirle los debidos honores fúnebres, colocando una moneda sobre sus ojos para que pagara al barquero Caronte[104] en su travesía por el río Estigia hacia el Hades.

—Tengo un amigo que vuelve a Grecia, ha sido herido en el brazo; es de confianza y puedo pedirle que entregue las monedas a la familia de Evandro —dijo Atreu mientras caminaban.

Perseo aceptó la idea. Al llegar al campamento, añadió una dracma de oro a la bolsa; no conocía a la familia de Evandro, pero merecían saber lo ocurrido. Cuando Atreu lo presentó al mensajero, Perseo le entregó la bolsa de monedas y le dio las instrucciones para llegar a la casa de la familia de Evandro. También entregó una carta que había escrito en un pergamino, relatando la muerte de su amigo y cómo había caído como un verdadero guerrero espartano. Tal vez eso aliviaría el dolor de la familia, aunque él no creía que lo hiciera.

Aquella noche, alrededor de la hoguera, Perseo y sus compañeros se embriagaron con vino en honor a Evandro.

En plena madrugada, Ikarnas se acercó al grupo y, mediante gestos, pidió hablar con Perseo. Mareado por el vino, se levantó tambaleándose y la siguió unos pasos, alejándose de sus compañeros.

—Artemisia solicita tu presencia —ordenó la amazona en un griego vacilante.

—Dile que no iré, no esta noche, ¿lo entiendes? —respondió Perseo, repitiéndolo tres veces.

La amazona, viendo su estado de embriaguez, asintió y se alejó.

Esta noche no sería buena compañía, pensó Perseo con una satisfacción infantil. *Será un buen castigo para Artemisia; al fin y al cabo, siempre me ignora, solo me busca cuando le conviene. No he olvidado su actitud más temprano cuando volvíamos de la ciudad conquistada con el sacrificio de muchos compañeros.*

Una hora después, Ikarnas encontró a Artemisia sola en su tienda.

—No ha venido. Dijo que ‘esta noche no’ —explicó.

Artemisia enrojeció de vergüenza. *¿He actuado como una niña tonta y enamorada? ¿Qué pensaba?*

—Estaba embriagándose con sus compañeros —añadió Ikarnas con una mirada triste.

—Gracias, amiga mía —Artemisia la despidió con un gesto.

Ikarnas salió, y la amazona tomó la copa de vino que había preparado mientras aguardaba a Perseo, bebiéndola de un trago. Con un arranque de rabia, la arrojó contra el paño de la tienda, manchándolo. *¡Maldito griego, maldito espartano!*, gritó mentalmente, furiosa consigo misma. *¿Quién se cree que es para tratarme así? Me consumí de angustia y preocupación; lo mínimo que podría haber hecho era venir a tranquilizarme.*

Irritada, se juró a sí misma que no volvería a verle.

Durante varios días, Perseo no tuvo más noticias de ella.

CAPÍTULO 38

Durante días, el ejército griego se alineaba frente a la ciudad, pero alrededor del mediodía eran desmovilizados. Durante este tiempo, Artemisia luchaba contra el impulso de buscar a Perseo. *Que siga su camino*, pensaba, irritada. *No soy una ramera que sigue al ejército junto con los convoyes de suministros; no soy una nativa, como tantas que se acuestan con los soldados. Soy la líder de las amazonas, juré no someterme a ningún hombre.*

Su mal humor no pasó desapercibido para nadie, ni siquiera para Ciro, quien la interrogó sobre lo que sucedía durante un almuerzo en su tienda.

—Asuntos de mujeres, mi señor —intentó responder la amazona con cortesía.

Artapates la miró fijamente, y ella sostuvo su mirada con una leve sonrisa en los labios.

Al tercer día, tras la toma de la ciudad, Epiaxa apareció en el campamento real. Llevaba un vestido sencillo, y aunque su cabello no estaba peinado, caía de manera simple y elegante sobre sus hombros. A pesar de no llevar joyas ni maquillaje, se veía hermosa. Se presentó como una suplicante, pero una suplicante con dignidad. Sus sirvientes llevaban varias arcas de madera, que hizo depositar a los pies de Ciro.

Luego, se arrodilló y tocó la frente contra el suelo.

—¡Mi señor y rey! Vengo ante vos a disculparme por los actos de mi esposo, quien se muestra arrepentido y envía estos presentes —hizo una señal para que los sirvientes abrieran las arcas.

En su interior había monedas persas de oro y plata. Ciro se levantó de su trono, se acercó, la tomó por las manos y la alzó.

—¿Sienéses me acepta como su soberano? —preguntó.

—Sí, nuestras vidas y tierras le pertenecen. Si lo perdonáis, él jura serviros lealmente —una lágrima le resbaló por la mejilla—. Si aceptáis, mañana mismo se postrará a vuestros pies.

¡Falsa! ¡Serpiente insidiosa!, pensó Artemisia, irritada. *Tanta sangre griega había corrido por culpa de ella y de su esposo, quien solo se rindió después de que Tarso fue tomada.*

Ciro asintió y, al día siguiente, Sienéses apareció en el campamento. Venía sin escolta, acompañado únicamente por un escudero. Artemisia lo observaba junto a otros oficiales griegos y persas fuera de la tienda. El rey desmontó de su caballo; era un hombre bajo y corpulento, que escondía su calvicie bajo una mitra, consistente en una banda triangular que le cubría la cabeza. Su barba estaba teñida con mechones rojos.

Antes de que Artemisia entrara en la tienda real, Artapates la sujetó por el brazo.

—No he podido evitar notar tu inquietud, amiga mía —comenzó, con tono solemne—. Sabes que puedes contar conmigo. Mis informantes dicen que tu amigo griego ha sufrido una gran pérdida; un compañero de infancia suyo murió en los combates en Tarso.

La amazona lo miró en silencio. *¿Será que nada escapa a su servicio de informantes?* Él sonrió y, con una reverencia, entró en la tienda. Artemisia respiró hondo y lo siguió, sintiéndose la peor de todas las mujeres. *Fui egoísta, pensando solo en mí misma. No pensé en lo que Perseo y sus compañeros han enfrentado; olvidé que él sigue siendo un joven e inexperto recluta, no acostumbrado a los horrores de la guerra.*

En el interior de la tienda, iluminada por candiles de metal y braseros, Ciro esperaba sentado en un pequeño trono de madera. Sienéses se arrodilló, tocando la frente contra el suelo.

—Mi señor y rey, os pido perdón y me pongo en vuestras manos —suplicó.

—Levantaos, Sienéses. Acepto vuestra amistad y sumisión. ¡Veréis que soy amigo de mis amigos, que los dioses no me lleven antes de que pague el bien que me hagáis con el doble! —exclamó, usando una de sus frases predilectas.

Ciro hizo un gesto con la mano, y un sirviente permitió la entrada de un hermoso corcel tordillo, traído directamente del reino de Arabia, un animal de un valor incalculable. Su brida era de oro. El príncipe también obsequió a Sienéses con un collar y brazaletes de oro, una cimitarra con empuñadura de plata, y una túnica persa bordada con hilos de oro.

—Os prometo también que vuestros campos serán preservados, y os autorizo a recuperar a los ciudadanos hechos esclavos por los griegos dondequiera que se encuentren —dijo magnánimamente, provocando que lágrimas se deslizaran por los ojos de Sienéses.

Lágrimas falsas, pensó la amazona mientras observaba la reacción de los generales griegos presentes. Clearco y Próxeno sonrieron con incomodidad, mientras que Menón, que había perdido a muchos hombres, tenía el rostro ensombrecido, intentando ocultar su irritación.

—Os pido que la ciudad sea evacuada de los griegos, mi rey, para así poder reconstruirla en vuestro honor —pidió Sienéses, sonriendo.

Ciro, aunque a regañadientes, estuvo de acuerdo, pero ordenó que una guarnición simbólica de sus fuerzas permaneciera en la ciudad.

Después de que Sienéses y Epiaxa fueran despedidos, Ciro se dirigió a los oficiales griegos y persas reunidos.

—No tenemos opción. Si no cedo en algo, tendremos que combatir en toda la extensión de Cilicia —dijo como si pidiera disculpas.

—Señor, solo temo que las tropas se amotinen; ya empiezan a sospechar de nuestro verdadero objetivo —explicó Clearco.

Cuando la noticia llegó a los soldados griegos, se indignaron. Tras el arduo esfuerzo de tomar Tarso, los esclavos que habían capturado les fueron arrebatados, permitiéndoles conservar solo los objetos saqueados de las casas y templos. La revuelta era natural, pues habían sufrido grandes bajas.

El pelotón de Perseo había perdido diez soldados, entre ellos Evandro, además de ocho heridos leves y cuatro en estado grave. La tensión en el campamento era palpable; los soldados amenazaban con rebelarse contra Ciro y los comandantes griegos debido al acuerdo de paz.

Los veteranos comenzaron a incitar a las tropas, y la situación llegó a tal punto que convocaron una asamblea sin la presencia de los oficiales.

Cientos de soldados asistieron, y los veteranos pronunciaran discursos inflamados, acusando de que estaban siendo engañados y despojados de sus derechos, de que habían derramado sangre griega para tomar la ciudad de Tarso solo para ser echados como perros sin derecho al botín.

La situación empeoró cuando Sienéses y su comitiva regresaron a Tarso y solicitaron, con la autorización de Ciro, que la ciudad fuera evacuada de todos los soldados griegos.

Muchos afirmaban que no iban a luchar contra Abrácomes, sino contra el rey persa Artajerjes; que no habían sido contratados para poner a Ciro en el trono de su hermano, y que los comandantes los llevarían a una destrucción segura.

Tras horas de debate, decidieron que el ejército no avanzaría hasta obtener respuestas claras de los comandantes.

Clearco fue el primer general que pensó en recurrir a la fuerza para obligarlos a marchar. Los espartanos recibieron órdenes de alinearse en la llanura al día siguiente, y muchos veteranos juntaron piedras para llevar consigo.

Al amanecer, la tropa se formó, y el general y su estado mayor pasaron revista. Creían que los soldados marcharían bajo su mando, pero apenas dio la orden de marcha, cayó sobre él y sus oficiales una lluvia de piedras, lanzadas por veteranos y reclutas, obligándolos a regresar al campamento persa para buscar refugio.

Clearco reconoció que no lograría nada con órdenes ni violencia, y convocó a la tropa a una asamblea para esa misma tarde.

Cuando todos estuvieron reunidos, el general apareció con sus oficiales. Al principio, se plantó ante la tropa, inmóvil y en silencio, mientras lágrimas recorrían su rostro. Todos quedaron enmudecidos de asombro. Finalmente, les habló:

—Soldados, no os asombréis de que me muestre dolido por lo que ocurre. Estoy ligado a Ciro por las leyes de la hospitalidad. Cuando fui desterrado de mi patria, Ciro no solo me acogió con todos los honores, sino que me dio diez mil dáricos. Acepté ese dinero, no para mi propio gozo, sino para asegurar vuestro sustento. Primero, combatí junto a vosotros contra los tracios y vengué al pueblo griego, expulsando del Quersoneso a los bárbaros que pretendían arrebatarle la tierra heredada de sus padres. Después, Ciro me llamó, y fui a encontrarme con él junto a vosotros, con el único propósito de serle útil y mostrar mi gratitud. Ahora, ya que no queréis acompañarnos, me veo en la encrucijada de traicionaros para seguir siendo leal a Ciro o traicionar a Ciro y quedarme con vosotros. No sé cuál es la decisión más justa, ni me importa saberlo. A vosotros os doy la preferencia, decidido a afrontar cualquier desgracia que nos caiga encima. No quiero que se diga que, habiendo yo capitaneado griegos en tierra extranjera, los traicioné y preferí a los bárbaros. No, tal mancha no caerá sobre mi nombre. Ya que os negáis a obedecerme y a seguirme, seré yo quien os siga. Mi suerte será la vuestra. Vosotros sois mi patria, mis amigos, mis camaradas. Con vosotros me honro de ser quien soy; sin vosotros, no creo tener dignidad para auxiliar a un amigo ni para enfrentar a un adversario. Quedaos tranquilos, pues, que adonde vayáis, iré yo.

La tropa estalló en gritos de júbilo y vítores, y los soldados de los generales Xénias y Paixón, al enterarse de la decisión del general Clearco, abandonaron sus campamentos y se unieron a los espartanos. Aquella noche celebraron con comida y bebida, y Clearco y su estado mayor recorrían las hogueras, deteniéndose y bebiendo con los soldados que albergaban la esperanza de regresar a casa al día siguiente. Solo Diomedes y Georgios se mostraban escépticos.

—Conozco muy bien al general, es más astuto que un ladrón de los muelles del Pireo; engañaría al mismo Zeus si eso le beneficiara —afirmó Diomedes.

—También creo que no vamos a casa; Clearco le debe mucho a Ciro, y solo actuó de esta forma para evitar un motín —explicó Georgios.

Durante dos días, los espartanos esperaron con la esperanza de regresar a Grecia. Heraldos persas aparecieron en el campamento anunciando que Ciro solicitaba la presencia del general Clearco, pero este se negó a atender la convocatoria del sátrapa, pues sabía que era una estratagema montada por Artapates. No obstante, en el segundo día en que los heraldos acudieron al campamento, el general ordenó que la tropa se reuniera nuevamente en la llanura, y se dirigió a todos:

—¡Soldados! ¡Compañeros míos! Ciro hoy depende de nosotros tanto como nosotros de él. Al habernos negado a seguirle, ya no somos sus soldados; él tampoco está obligado a pagarnos el sueldo. Sé que se queja de nosotros amargamente; ¿qué puedo hacer? Me llama, y no voy. Sabéis bien que no voy, avergonzado de haber faltado a la confianza que tenía en mí. Además, temo que quiera encarcelarme y castigarme por el daño que, según él, le estoy causando. En este momento, como veis, no es ocasión para descansar tranquilos, confiando en

que no hay peligro. Nada de eso; hay peligro, y os digo: ¡deliberad sobre el camino a seguir! Y una vez decidido, ¡con corazones firmes! Si decidimos quedarnos, hagámoslo con cautela para evitar riesgos; si decidimos partir, debemos preparar todas las opciones para la retirada y nuestra subsistencia. Sin provisiones, ni soldados ni capitanes sirven de nada. Ciro es amigo hasta el límite, pero en su odio es temible. Tiene infantería, caballería, una flota; sabemos bien con qué cuenta, pues lo vemos desde aquí. Ha llegado el momento de que cada uno diga lo que considera mejor; pronunciad vuestras ideas...

Algunos se manifestaron diciendo que sería difícil salir de Tarso y regresar a Grecia, o irse sin el permiso de Ciro. Un capitán peltasta tebano, veterano y muy nervioso, pidió la palabra:

—¡Compañeros! Si Clearco no quiere comandarnos en la retirada, debemos elegir otro general, y una vez que tengamos suficientes víveres para el viaje de regreso, debemos desmontar las tiendas y pedir a Ciro que nos proporcione barcos para llevarnos de vuelta a Grecia o que nos dé un guía para mostrarnos el camino. Si Ciro no acepta ni lo uno ni lo otro, debemos alinearnos en formación de batalla y, ante todo, ocupar las alturas antes de que lleguen Ciro y los cilicios, quienes sin duda nos odian por el saqueo de Tarso.

Muchos soldados gritaban en acuerdo con el capitán, mientras otros lo acusaban de sedición y traición.

Clearco respondió:

—Estoy a vuestra disposición para cualquier cosa que deseéis, salvo para comandar. Para eso, no. No me pidáis eso, pero os juro que obedeceré ciegamente al capitán que elijáis, y nadie dará mejor ejemplo de subordinación que yo.

Varios soldados pidieron la palabra, y Georgios se adelantó y le cedieron el turno:

—Compañeros, no seáis ingenuos; Ciro jamás nos cederá sus barcos, los necesita a todos para transportar sus tropas. Tampoco nos dará un guía, pues si abandonamos su ejército, no logrará vencer en la campaña; para bien o para mal, estamos atados a su destino.

Un murmullo de aprobación recorrió la asamblea, y Georgios continuó:

—Si confiamos en un guía que él nos dé, ¿por qué no pedirle también que defienda por nosotros las cumbres hasta que pasemos? Yo no subiría a trirremes cedidas por él sin preocuparme; ¿quién me asegura que no las hundirían en cuanto zarpen? Y en cuanto al guía que queréis pedir, yo no confiaría en él, pues bien podría guiarnos hasta un precipicio del cual nunca saldríamos, o hacernos perder en tierras que ya atravesamos con tanto esfuerzo. Si tuviera que volver, lo haría sin consultar a Ciro, lo cual me parece poco práctico. Entonces, ¿qué hacer? Todo lo que he escuchado son tonterías. ¿No será mejor elegir compañeros competentes que acompañen al general Clearco para preguntar a Ciro qué pretende de nosotros? Si se trata de la expedición contratada con las tropas griegas, entonces sigamos; no hay otra opción más que seguirlo, y no demostraremos ser más cobardes que nuestros predecesores. Pero si, por el contrario, la empresa es otra, con mayores peligros y fatigas, entonces decidiremos si seguirle después de escuchar sus razones o abandonarlo, persuadiéndolo de que nos permita partir en paz. Si logra convencernos, avancemos y con valentía permanezcamos fieles a él; si no, le diremos adiós, pero asegurémonos de hacerlo con seguridad. Que los compañeros elegidos vayan, traigan la respuesta, y veremos qué nos ofrecen.

Los soldados estuvieron de acuerdo con las palabras de Georgios, y se eligieron a diez oficiales y suboficiales para acompañar a Clearco, entre ellos Georgios. El general aceptó y, acompañado por los elegidos, se dirigió al campamento persa para reunirse con Ciro y su estado mayor.

Artemisia observó la reunión. Ciro se mostró amable, sirviendo vinos e iguarias y desplegando su encanto personal. En griego, prometió que su objetivo era combatir a Abrácomes, quien se encontraba a doce días de marcha a lo largo de las orillas del río Éufrates. Entre los oficiales, reconoció a Georgios, que escuchaba todo con una expresión desconfiada.

La amazona pensó en Perseo. Se sentía mezquina y avergonzada por su actitud. *Él había perdido a un amigo en los combates y yo lo había convocado como si fuera un sirviente, pero no tuve el valor de buscarlo nuevamente*, pensó.

Al final, Ciro prometió pagar seis veces más de lo que debía en salarios atrasados, además de estipular un aumento de un darico y medio por mes.

La comitiva salió de la tienda y se dirigió a la llanura donde las tropas permanecían esperando. Clearco se dirigió nuevamente a la tropa reunida:

—¡Compañeros! Como pueden atestiguar nuestros compañeros que me acompañaron —señaló a Georgios y a los demás oficiales—, escuchamos de los propios labios de Ciro que él había sido informado de que Abrácomes, su enemigo, se encontraba acampado a doce días de marcha a lo largo del río Éufrates. Es contra él que marchábamos, con el fin de aplicar el castigo que merece, y no contra Artajerjes.

La tropa murmuró desconfiada, pero Clearco inmediatamente les informó que Ciro había prometido pagar seis veces más de lo que debía en salarios atrasados, además de estipular un aumento en el sueldo de un darico y medio por mes. La reacción de la tropa esta vez fue más animada y, tras ser consultados, finalmente aceptaron seguirlo.

La asamblea terminó y los soldados se dispersaron por el campamento.

El pelotón de Georgios se reunió alrededor de una fogata. A pesar de la animación por el aumento de sueldo, notaban que Georgios estaba preocupado:

—¿Qué te preocupa, Georgios? —preguntó Atreu.

—Ciro se mostró amable con nosotros y lleno de deferencias. Nos mandó servir vino de la mejor calidad, y cuando nos dirigimos a él, parecía que ya sabía del asunto. Aseguró confiar en Clearco y dijo que éramos su mejor tropa. Garantizó que su enemigo era Abrácomes, pero no lo creo. Estamos adentrándonos cada vez más en el interior de Persia. En mi opinión, él quiere derrocar a su hermano del trono.

—Yo también he oído eso. ¿Recuerdan al general Ayanam? Él acusó a Ciro de querer derrocar al hermano —dijo Diomedes.

—Pues a mí me da igual si es Abrácomes, Artajerjes o cualquier otro persa, mientras paguen bien, no me importa —respondió Petrus.

—Si luchamos contra Artajerjes y ganamos, seremos ricos y ganaremos gloria inmortal. Nuestros nombres serán conocidos en toda Grecia —afirmó con orgullo Laertes.

—¿Y si perdemos? —preguntó Perseo tímidamente.

—En ese caso, mejor hagamos las paces con los dioses. ¿Vieron cómo tratan los persas a sus enemigos? —respondió Atreu.

Todos guardaron silencio. En realidad, no tenían otra opción que avanzar. Ya era demasiado tarde para retroceder o abandonar la campaña.

***

Artemisia estaba nerviosa consigo misma por haber sido orgullosa e irritada con Perseo

por haberla ignorado, dos sentimientos contradictorios que la dejaban confusa.

La amazona regresó al campamento de sus guerreras, montado en la orilla, cerca del campamento persa. La noche era aún peor, se sentía inquieta, impaciente, no conseguía dormir, así que tomaba su corcel y cabalgaba por la arena de la playa.

En una de esas noches solitarias, decidió salir sola; la luna llena iluminaba todo a cientos de pasos y hacía brillar el mar con su reflejo.

La amazona cabalgaba sintiendo el viento fresco en el rostro y el sabor de la sal en los labios, y a lo lejos divisó a cuatro soldados caminando, venidos de la ciudad. Continuó avanzando y los reconoció.

—Perseo —murmuró para sí misma, indecisa sobre si huir o ir hacia él.

CAPÍTULO 39

Tras la decisión de los griegos, Ciro ordenó que Artemisia avanzara al frente para comprobar si había señales de Tisafernes, preparando así el avance del resto del ejército.

Artemisia partió sin buscar a Perseo, demasiado orgullosa para pedir disculpas, demasiado avergonzada por su mezquindad y decidida a olvidarlo de una vez por todas.

Las amazonas avanzaron buscando tropas enemigas, dejando atrás la columna del ejército. Cruzan dos ríos, el Psaro y el Píramo, que vadearon sujetas a sus monturas. Finalmente, llegaron a la ciudad portuaria de Isso, donde encontraron a unos cuatrocientos soldados griegos que servían a Abrácomes como mercenarios. Estos desertaron cuando el sátrapa partió hacia el este y juraron obedecer a Ciro. Artemisia ordenó que los buscaran en la retaguardia.

El gobernador local, al ver llegar a las amazonas, envió emisarios ofreciendo su sumisión a Ciro, y Artemisia envió a sus batedoras hasta él. Estas regresaron de la retaguardia informando que la columna del ejército se acercaba. Los mensajeros enviados avisaron al gobernador de que el príncipe acamparía en la orilla marítima junto a sus tropas y que los suministros debían ser llevados al lugar.

La ciudad era grande y, en compañía de Ikarnas, Artemisia recorrió sus calles y tabernas, visitó el puerto y los jardines, pero nada le llamaba la atención. En todo momento pensaba en Perseo, necesitaba verlo de nuevo, y su orgullo comenzaba a desmoronarse.

El orgullo y la añoranza luchaban en su alma. *Fui mezquina y egoísta, lo ignoré y luego lo convoqué como si fuera un sirviente, sin preocuparme por saber lo que él había vivido en la batalla por la ciudad de Tarso, donde había perdido a un amigo de infancia*, pensó.

Los griegos permanecieron en Tarso durante veinte días para descansar, reabastecerse y entrenar. El sentimiento general era de desconfianza sobre quién realmente enfrentarían. A pesar de las garantías, desconfiaban de que terminarían luchando contra los ejércitos de Artajerjes.

Durante todos esos días, Perseo no tuvo noticias de Artemisia. *¿Estará ofendida porque no acudí cuando fui llamado? Si fuera así, sería una gran pretensión por su parte, ¿acaso soy un esclavo o un sirviente?* Alternaba momentos de irritación y añoranza. Al mismo tiempo que deseaba correr hacia la amazona, se enfurecía y prometía nunca más verla ni responder a sus llamados. En medio de este torbellino de pensamientos, seguía estando Elana. Cada vez que pensaba en ella, sentía vergüenza de sí mismo.

Finalmente, recibieron la orden de partir. Marcharon durante dos días y llegaron al río Psaro, donde acamparon en la orilla opuesta después de cruzarlo en balsas preparadas por los ingenieros. Al día siguiente, marcharon hasta el río Píramo, donde realizaron la misma maniobra, acampando en la otra orilla.

Después de dos días de marcha, llegaron a una ciudad llamada Isso, un puerto en la frontera de Cilicia, una ciudad poblada, extensa y floreciente gracias al comercio que traía el puerto. Sus emisarios habían ofrecido sumisión a Ciro durante la estancia del ejército en Tarso. El ejército acampó en las afueras de la ciudad durante tres días, y los soldados recibieron permiso para frecuentar la ciudad y el mercado.

Perseo, Diomedes, Petrus y Atreu pasearon por la ciudad y su puerto, mientras Georgios se quedaba en reuniones con otros sargentos del regimiento y Laertes se dedicaba a entrenar a los reemplazos que había recibido: unos cuatrocientos hoplitas griegos mercenarios que desertaron del campamento de Abrácomes para unirse a Ciro y marchar bajo sus órdenes.

En el segundo día, mientras paseaban por el puerto, vieron aproximarse unos treinta y cinco barcos griegos. El grupo esperó ansioso a que las primeras embarcaciones atracaran y los soldados desembarcaran.

—¡Eh, hermanos! ¿De dónde venís? —preguntó Diomedes a un grupo de soldados que desembarcaba bajo el mando de un oficial.

—Del Peloponeso —respondió un soldado.

—¿Quién es el comandante? — preguntó Atreu.

—Pitágoras, de Esparta —respondió otro soldado.

—¿Dónde podemos beber algo mejor que agua? —preguntó el oficial, frotándose la barba mal afeitada.

—¡Pues pueden venir con nosotros! Conocemos las tabernas y burdeles de la ciudad, hemos estado aquí casi dos días —rió Diomedes.

Llevaron al oficial y a diez de sus soldados a una gran taberna cerca del puerto, donde se servía vino y pescado asado, además de otras bebidas fuertes y desconocidas para los griegos, pero que los dejaban completamente embriagados. Pasaron toda la tarde en el lugar, los recién llegados contaron las noticias de Esparta y Grecia, mientras Perseo y sus compañeros compartían sus aventuras en Persia.

Cuando el sol se hundió en el horizonte, se despidieron del oficial y sus soldados, y se dirigieron tambaleándose hacia el campamento. Durante la conversación, se enteraron de que las trirremes habían llegado desde el puerto de Éfeso, y que pronto llegaría también un egipcio llamado Tarnos, al mando de otros veinticinco barcos, que al servicio de Ciro había sitiado Mileto, ciudad gobernada por Tisafernes.

En las trirremes que atracaron, varios comandantes griegos desembarcaron tropas para servir bajo las órdenes de Ciro, entre ellos Quirísofo, de Esparta, con setecientos hoplitas veteranos.

Regresaron al campamento siguiendo la orilla del mar, cuando se acercaban al campamento fueron interceptados por un corcel negro, en cuyo lomo iba Artemisia, vestida solo

con una túnica blanca y con sus dos espadas atadas a la cintura.

Se detuvieron sorprendidos; la amazona miraba fijamente a Perseo con expresión seria, ignorando a sus compañeros. Su caballo resoplaba, golpeando las patas delanteras en la arena. El grupo miró a Perseo y luego continuó su camino, sonriendo y bromeando, mientras él mantenía la mirada de la amazona, con los brazos cruzados, a la defensiva.

La amazona descendió del caballo con un movimiento ágil y se acercó a Perseo, aún con el rostro cerrado. En un movimiento rápido, le dio una bofetada en la cara al espartano, quien quedó sorprendido. Antes de que pudiera reaccionar, ella lo agarró por el cuello y lo besó violentamente.

El primer pensamiento de Perseo fue empujarla, pero no pudo resistir y correspondió a los besos con ardor. Pronto estaban entrelazados en la arena de la playa, despojándose de sus túnicas, casi rasgándolas con la urgencia que sentían. Se amaron con violencia y desesperación, Artemisia dejando que sus impulsos la llevasen a lugares que pensaba que no existían, hasta que alcanzaron el clímax.

Jadeantes, se tumbaron uno junto al otro, con miles de estrellas brillando en el cielo y la luz de la luna iluminando la playa y sus cuerpos. El sonido de las olas rompiendo en la orilla y la respiración de la pareja eran los únicos sonidos audibles; el corcel de la amazona pastaba lejos de la arena, en la hierba. Inclinada sobre el rostro de Perseo, Artemisia lo miró fijamente, con los ojos azules claros, nuevamente.

—Perdóname — dijo la Amazona.

—No hay nada que perdonar —respondió sinceramente.

—Me enteré de la pérdida de tu amigo y me sentí mezquina, pero no tuve valor para buscarte —Artemisia acarició el rostro de Perseo.

—No estaba en condiciones de verte aquella noche. Conocía a Evandro desde los siete años, aunque en ese entonces no éramos amigos. Después de dejar Esparta, creamos un vínculo. También confieso que me sentí ofendido por tu indiferencia cuando volvíamos de Tarso.

—Lo siento, Perseo, no era mi intención, pero tienes que entender que soy una comandante de caballería del ejército real. Estoy observada por mis compañeros y por mis hermanas. Mostrar afecto puede considerarse una señal de debilidad —explicó, pensando en lo que Ciro diría si supiera que se acostaba con un simple hoplita, cuando ella tuvo la oportunidad de ser su reina.

¿Afecto? ¿Es eso todo lo que ella siente por mí? Pensó el espartano, incómodo.

—Y yo soy un simple infante —respondió, herido.

— No es eso. Nosotras, las amazonas, somos criadas para ser libres y no ceder a los caprichos de Afrodita. Dormimos con quien elegimos, ningún hombre nos domina ni nos esclaviza. Solo cuando sentimos el llamado de la naturaleza para ser madres es cuando

regresamos a nuestra tierra y concebimos hijos. Nuestras niñas, desde la primera menstruación, son entrenadas para ser guerreras, nuestros niños son entrenados para ser agricultores y artesanos. Honramos a Ares, el dios de la guerra, y no a Afrodita, la diosa del amor. Pero ella es vengativa y me maldijo, porque no puedo alejarme de ti —Artemisia escondió su rostro en el pecho de Perseo. *Es cierto, intenté alejarme de él y olvidarlo, pero no pude. Una fuerza parece arrastrarme hacia él, como una fuerte marea que empuja los barcos contra las rocas, haciéndolos naufragar. ¿Es este mi destino? ¿Naufragar y perderme a causa de mis sentimientos por Perseo?* pensó.

Perseo se sorprendió, también sentía que no podía alejarse de ella. *¿Será amor? En su presencia olvido a Elana y a mi hijo en Atenas*, pensó, sintiéndose avergonzado y confundido por ello. Por un momento, pensó en contarle a la amazona sobre Elana y el niño, pero no tuvo valor. Así que, tomó el rostro de la amazona y la besó tiernamente en los labios.

—Entonces, estamos ambos malditos —la abrazó con fuerza.

—Tú fuiste el primer hombre con el que me acosté por voluntad propia. Antes de conocerte, juré que jamás permitiría que un hombre me tocara; sería una sierva de Ares. Despreciaba a mis hermanas que cedían a los impulsos del amor y la maternidad, abandonando nuestra hermandad. Pero Afrodita es una diosa vengativa y te puso en mi camino, para castigarme por el desprecio con el que trataba sus misterios —la amazona se sorprendió de la profundidad de sus sentimientos hacia el joven espartano.

Perseo tocó sus labios con el dedo, pidiéndole silencio, y luego se levantó, cargándola en sus brazos hasta la hierba, lejos de la arena de la playa, donde extendió sus túnicas debajo de unos árboles y pasaron la noche en ese lugar, amándose. Él exploró cada rincón del cuerpo de Artemisia, proporcionándole un placer que ella pensaba que nunca terminaría.

Mientras alcanzaba el clímax, un pensamiento afloró en la mente de Artemisia: *Artemisa, virgen y protectora de los partos, ¡permíteme engendrar un hijo!*

Al amanecer, ella seguía junto a Perseo, pero esta vez él no despertó solo.

Perseo la observaba mientras su larga cabellera rubia cubría su hermoso rostro. Con las puntas de los dedos acarició su espalda y notó cómo la piel se le erizaba. Con una sonrisa, Artemisia se giró, tomó el rostro del espartano y lo besó en los labios. Pronto estaban entrelazados, sus manos recorrían mutuamente sus cuerpos pegados el uno al otro, y se amaron de nuevo, esta vez sin prisa ni urgencia, saboreando cada momento.

¡Por los dioses! Cómo desearía que ese momento nunca acabara, pensó la amazona.

A medida que la mañana avanzaba, se levantaron y se vistieron. Artemisia silbó y su caballo trotó hasta su lado. Con un ágil movimiento, ella lo montó. Perseo sostuvo sus manos y besó la punta de sus dedos. Ella sonrió, y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero antes de que él pudiera hacer o decir algo, ella golpeó el flanco del corcel y salió a galope hacia el campamento persa.

¿Qué me está pasando? Parezco una adolescente inexperta, pensó mientras se alejaba,

bajo la mirada de Perseo, galopando con una sonrisa de felicidad en los labios.

Cuando Artemisia desapareció en el horizonte, Perseo se dirigió al campamento griego. El momento de paz había terminado y la guerra los llamaba nuevamente.

***

Durante todo un día, el ejército marchó y llegó a las puertas, a la vez de Cilicia y Siria. Se erguían dos murallas enfrentadas: una, en el lado ciliciano, defendida por tropas bajo las órdenes de Sienéses, y la otra, en territorio sirio, custodiada por las tropas de Artajerjes. Entre ambas corría el río Carso, de unos treinta metros de largo.

La distancia entre una muralla y otra era de cientos de pasos. Forzar el paso parecía imposible, no solo porque el desfiladero era sumamente estrecho, formado por rocas, sino también porque las murallas se extendían hasta el mar, bloqueando el acceso por cualquier lado. En medio de ellas, las pesadas puertas de roble, reforzadas con bronce, parecían bocas abiertas esperando para devorar a quien osara forzar la entrada.

A pesar de que Sienéses había aceptado los términos de Ciro en Tarso, durante la marcha por Cilicia, los espartanos se dieron cuenta de que no era un aliado confiable. No eran bienvenidos en ese territorio; las ciudades los abastecían, pero solo con lo estrictamente necesario y con visible desgana.

Se enviaron mensajeros al fuerte que dominaba la muralla del lado ciliciano, pero no fueron recibidos y tuvieron que huir bajo una lluvia de flechas.

Artemisia había recibido órdenes de avanzar con sus amazonas hasta las puertas de Cilicia. Se concentró en la misión, intentando apartar a Perseo de sus pensamientos, y pronto galopaban hacia la fortaleza. Los cilicianos y sirios se negaron a abrir los portones, a pesar de que les informaron que Sienéses se había sometido a Ciro.

Cuando regresó, le informó al príncipe.

—¡Maldito Sienéses! En el regreso lo apresaré y lo llevaré bajo custodia hasta Sardes —explotó, irritado.

Artapates informó que, según sus espías, Abrácomes y Tisafernes estaban más allá de las puertas con un gran ejército para impedir el avance. Se trazaron planes para intentar sortear el obstáculo por mar: las trirremes anclarían en la orilla y los hoplitas serían embarcados para desembarcar al otro lado de las puertas.

Durante todo un día, se hicieron preparativos en todo el campamento: las armas fueron afiladas, los escudos reparados y pulidos, y todos esperaban ansiosos la llegada de los barcos. Pero los exploradores regresaron con noticias de que las guarniciones de los fuertes habían abandonado el lugar y que el ejército de Abrácomes no había sido visto. Los prisioneros capturados y los desertores informaron que Abrácomes se había retirado hacia Fenicia, desde

donde probablemente partiría para presentarse ante el rey Artajerjes. Era cada vez más claro para los griegos que lucharían contra el rey persa.

Con el camino despejado, el ejército marchó durante todo un día, llegando a la ciudad de Miriandro, un puerto fenicio. En el lugar, estaban anclados varios barcos mercantes. Artemisia y sus amazonas fueron al frente, pero no encontraron rastros de Abrácomes ni de Tisafernes. *Este maldito me ha escapado de nuevo, cómo desearía enfrentarlo en combate*, pensó la amazona, frustrada.

La entrada a la ciudad fue concedida al ejército por el gobernador, quien juró fidelidad a Ciro. Se enviaron patrullas para inspeccionar la localidad, pero no encontraron señales de Abrácomes. Los exploradores tampoco hallaron rastros de su ejército en los campos.

El ejército permaneció en Miriandro durante siete días, descansando y reabasteciéndose de suministros. El pelotón de Perseo acampó en la orilla marítima y aprovechaba para bañarse en el mar todos los días.

Después de las reuniones con el príncipe y los oficiales, Artemisia se encontraba con Perseo en un lugar apartado de la orilla, donde se bañaban en las frías aguas del mar. Luego, calentaban sus cuerpos bajo el sol o se acostaban bajo la luz de las estrellas, amándose en la hierba, o Ikarnas los conducía hasta la tienda de la amazona. Ya no le preocupaba mantener en secreto su relación, especialmente con sus hermanas de armas.

Fueron siete días de paz y felicidad, como ambos nunca habían experimentado, con la guerra pareciendo estar distante.

Perseo era amable y atento; le contaba a Artemisia historias de su familia y de su entrenamiento en la agogé, el duro sistema educativo espartano.

A veces, dejaba de hablar y se quedaba mirando al vacío, indeciso sobre si contarle acerca de Elana y el niño. En esos momentos, Artemisia permanecía en silencio, acariciando su rostro, hasta que él sonreía y la tensión en su rostro desaparecía.

Artemisia contó parte de su historia, que no había nacido en Escitia, sino en la ciudad de Halicarnaso. Relató el ataque y la muerte de sus padres, así como la violación de su cuerpo.

—¿Fueron espartanos los que hicieron eso? —preguntó Perseo, horrorizado.

Artemisia lo miró fijamente, meditando una respuesta.

—No lo sé, llevaban armaduras griegas, hablaban griego entre ellos. Halicarnaso era aliada de Atenas, podrían haber sido espartanos o cualquiera de sus aliados —respondió cautelosamente, apartando la mirada.

Imaginar que sus compatriotas pudieran haber hecho algo tan terrible contra Artemisia y su familia dejó a Perseo desolado.

Ella continuó contando sobre el encuentro con Mardoc, quien la había salvado, su año en

Susa, el intento de Artajerjes de convertirla en una concubina. Habló sobre su envío a Escitia, sobre parte de su entrenamiento y de su vida con las amazonas. Explicó el intento de Artajerjes de destruir a Ciro. Perseo preguntó qué había sucedido, pero ella no quiso entrar en detalles, su mandíbula se tensó y su mirada se volvió dura, con el azul de sus ojos oscureciéndose, señal de su estado de ánimo sombrío.

Pero la amazona omitió el asesinato de Mardoc, la casi violación de su cuerpo por parte de Tisafernes, los sentimientos que había tenido hacia Ciro y su propuesta de convertirla en su reina, los sacrificios humanos que ella había hecho después de los combates, el odio que sentía por los espartanos y la cantidad de sangre en sus manos. También temía contar sobre el sueño con los dioses y el hecho de que no podía tener hijos.

Había muchas cosas de su pasado que aún no estaba preparada para contar.

Perseo se dio cuenta de que Artemisia no le había contado todo. *¿Qué ocurrió en la corte persa? ¿Qué pasó con su padre adoptivo, Mardoc? ¿Qué relación tenía con Ciro? ¿Solo amistad?*

La interrogó al respecto, pero ella no respondió.

—No quiero hablar de eso, Perseo, son recuerdos demasiado dolorosos —cortó, apartando la mirada.

—¿Eres descendiente de la reina Artemisia? — preguntó curioso, desviando el tema. No la presionaría, esperaría hasta que se sintiera lista y confiara en él.

—No, mis padres me pusieron ese nombre en su honor, pero dejo que los rumores se difundan —respondió la amazona, riendo.

En el penúltimo día en la ciudad, Perseo decidió presentar a Artemisia a sus compañeros. Diomedes había decidido alquilar una taberna solo para ellos, pues había ganado una pequeña fortuna jugando a los dados y quería despedirse a lo grande, alegando que pronto todos podrían estar muertos, así que no había nada más justo que aprovechar los placeres de la vida.

La celebración comenzó al mediodía, cuando el tabernero sirvió cerdo asado y grandes piezas de ternera acompañadas de platos de verduras y pan. La bebida fluía en abundancia: vino, cerveza y aguardiente.

A media tarde, cuando Artemisia llegó acompañada de otras diez guerreras, los compañeros de Perseo ya estaban bastante alegres por tanta bebida. La presencia de ellas hizo la celebración aún más festiva, ya que las amazonas no dudaron en unirse rápidamente a los espartanos.

En la madrugada, Artemisia tomó a Perseo de la mano y lo condujo fuera de la taberna, caminando una cuadra hasta llegar al puerto. El lugar estaba silencioso y vacío, la luna brillaba en el firmamento y se reflejaba en el océano tranquilo.

Bajaron por unas escaleras hasta unas rocas donde las olas se estrellaban suavemente, y

se acomodaron, sentados sobre una piedra, con los pies bañados por las aguas tibias.

—Tus compañeros son muy amables —dijo ella tras un minuto de silencio.

Artemisia había sido recibida con todo honor y se mostró encantadora al conversar con todos: discutió filosofía con Atreu, se rió de las historias que Diomedes y Petrus contaban, habló de estrategia y táctica con Laertes y consoló amablemente a Georgios, quien extrañaba a su esposa e hijos en la lejana Esparta.

—Son como hermanos para mí —respondió él, observándola. Al igual que él, ella usaba una túnica hasta las rodillas, sus espadas colgaban de la cintura, sujetas por tiras de cuero que cruzaban su pecho. Su cabello estaba recogido en una trenza tradicional.

—Al igual que mis hermanas —murmuró la amazona con cierta tristeza en su voz—. Es bueno pertenecer a una familia.

Algo en el tono de su voz y en su mirada hizo que el corazón de Perseo se apretara en su pecho, lo que lo impulsó a abrazarla por los hombros y atraerla hacia él.

Artemisia se acomodó en su pecho mientras miraba al horizonte, donde el cielo estrellado se confundía con el mar.

—¿Crees que los dioses pueden maldecirnos? —preguntó con un hilo de voz.

—No lo sé, ¿por qué? —Perseo la tocó en el rostro para hacerla mirarlo.

Los ojos de la amazona estaban humedecidos, mordió sus labios y meditó por un momento, pensando si debía contarle sobre el sueño con los dioses y sus visiones de Perseo.

—No es nada —sonrió ella, y luego rodeó su cuello con los brazos mientras se besaban largamente.

Pasaron unas horas sentados, conversando y dándose caricias como dos jóvenes enamorados. Perseo intentó volver al tema de la preocupación de Artemisia, pero ella desvió la conversación.

Cerca del amanecer, regresaron a la taberna. La fiesta aún seguía animada y no terminó hasta cerca del mediodía.

Las noches que pasaron en esa ciudad estuvieron llenas de paz, en contraste con los días turbulentos que atravesaba el campamento griego.

CAPÍTULO 40

En el tercer día en Miriandro, comenzaron a oírse rumores de que Xénias de Arcadia y Paixón de Megara habían cargado en un barco todo lo que lograron saquear durante la expedición y se habían marchado con varios de sus hombres de confianza.

En una de las reuniones con Ciro y los oficiales, Artapates confirmó que Xénias de Arcadia y Paixón de Megara habían cargado en un barco todo lo que habían saqueado y se habían marchado con varios de sus hombres de confianza.

— El motivo es los celos que sienten hacia Clearco, a quien Su Alteza honra con el mando de varias tropas griegas —explicó Artapates.

Artapates contó que la noticia se había propagado por el campamento y todos especulaban sobre lo que sucedería. El rumor era que Ciro estaba furioso y planeaba enviar sus trirremes rápidas con órdenes de hundir los barcos de los desertores. Algunos querían verlos encarcelados como traidores; otros, sin embargo, temían el castigo que les esperaba si los alcanzaban, deseando que pudieran escapar.

Después de una noche de inquietud y rumores, a la mañana siguiente, Ciro convocó una asamblea con la aprobación de varios generales griegos, incluido Clearco, que lo acompañaron cuando el monarca se dirigió a los soldados reunidos. Todos esperaban con ansias lo que el sátrapa diría. Tras un minuto de silencio, se adelantó y, con una voz potente y en un griego perfecto, sin acento, se dirigió a las tropas.

—Valerosos griegos, me dirijo a ustedes con el corazón apesadumbrado. Xénias y Paixón, sus compatriotas, me han abandonado, pero sepan que no huyeron a escondidas, pues estaba al tanto de sus planes. Sin embargo, no deben creer que están a salvo, pues si yo lo deseo, mis trirremes pueden alcanzar fácilmente los barcos que los transportan. Mi propósito, sin embargo, no es levantar un dedo contra ellos. Nadie podrá acusarme de aprovecharme de los hombres mientras están conmigo y lanzarlos a las fieras una vez que se retiran de mi servicio. Que se vayan, y que recuerden que fueron peores conmigo que yo con ellos. Sus mujeres e hijos están bajo mi poder en la ciudad de Trálide, pero los devolveré sin ningún daño como agradecimiento por la manera loable en que me sirvieron hasta hoy.

Las tropas griegas estallaron en entusiasmo por su benevolencia, a pesar de la traición de los generales. Incluso aquellos griegos que no mostraban gran simpatía por la expedición o por Ciro comenzaron a seguirlo con más entusiasmo. Las tropas de Xénias y Paixón juraron lealtad al sátrapa, ya que se sintieron traicionadas por sus generales, y fueron puestas bajo el mando de Clearco.

El pelotón de Perseo se reunió al caer la noche alrededor de la fogata y Georgios se dirigió a todos:

—No se engañen, Ciro es muy astuto y debe haber sido aconsejado por nuestros

generales, con esto conquistó la confianza de la mayoría del ejército griego, y Clearco ha aumentado su poder con él —explicó mientras removía las llamas con una ramita.

—Oí rumores de que ya se han enviado mensajeros con órdenes de ejecutar a las familias de Xénias y Paixón —comentó Diomedes.

—Más que merecido, son traidores, que sus nombres se cubran de infamia —gruñó con desprecio Laertes.

—Pues si yo tuviera la oportunidad, también me iría de aquí. Por lo que sé, lograron una verdadera fortuna con los saqueos y con lo que Ciro les pagó —rió Petrus.

—Sea como sea, su suerte no nos afecta —concluyó Georgios.

Esa misma noche, en un banquete ofrecido por Ciro solo a sus oficiales persas, varios generales lo animaron a enviar trirremes para hundir los barcos de los desertores y ordenar la muerte de sus familias.

—No, que esto sirva de ejemplo para los griegos, si trato con benevolencia a quienes me traicionan, ¿qué no haré por aquellos que me apoyan? —sonrió benevolentemente.

Más tarde, cuando Artemisia se encontró con Perseo, él le preguntó si Ciro habría dado la orden de hundir los barcos.

—No, Perseo, tú no conoces a Ciro. Lo acompaño desde Susa, he sido testigo de sus actos de benevolencia con amigos y súbditos. Él sería incapaz de tal desdén —le aseguró la amazona, mirándolo a los ojos.

Artemisia conocía demasiado bien al príncipe; sabía que él era un hombre amable, amigo de sus amigos y benevolente con los enemigos que mostraran arrepentimiento. Nunca haría algo como ordenar la ejecución de la familia de los desertores. Si había actuado con severidad contra Ayanam y Megafernes, era porque eran sus hombres de confianza y habían intentado contra su vida.

Perseo se dio cuenta de que Artemisia era extremadamente leal al príncipe y, aunque fuera cierto, ella nunca se volvería contra él, lo que lo hizo sentir celoso, ya que ella no le había contado mucho sobre su relación con él. *Pero, ¿cómo puedo exigir algo si yo mismo guardo en secreto el hecho de que tengo un hijo en Atenas?* Pensó.

En la última noche en Miriandro, Perseo la buscó y se amaron con ternura. Artemisia había recibido órdenes de avanzar con sus amazonas en un intento de encontrar el ejército de Abrácomes.

Por más que Perseo deseara protegerla, sabía que no podía. Ella era una comandante y él solo un humilde soldado de infantería.

¡Que los dioses la protejan! Rezó mentalmente mientras la abrazaba con fuerza, aspirando el perfume de su cabello.

Antes del amanecer, se despidieron como dos amantes apasionados.

—Cuídate, mi guerrera —Artemisia lo besó suavemente en los labios.

—Tú también, mi señora —respondió, saliendo de la tienda sin mirar atrás, pero con el corazón pesado en el pecho.

Una vez más había perdido la oportunidad de contar el secreto que parecía devorarlo por dentro.

Artemisia se acostó en su cama de pieles, sintiendo el aroma de Perseo. Apenas se había ido y ella ya lo echaba de menos. Estaba perdida en sus pensamientos cuando Ikarnas entró en la tienda avisando que estaban listas para partir.

Una hora después, las amazonas superaron las tropas griegas que marchaban por el camino y siguieron adelante. Continuaron galopando, de vez en cuando las exploradoras inspeccionaban el suelo en busca de señales del ejército enemigo.

Artapates afirmaba que sus espías informaron que Abrácomes había recibido a Tisafernes cuando este huyó de Mileto. Sus fuerzas eran de alrededor de diez mil soldados de infantería y dos mil caballeros. Sin embargo, cada vez que las amazonas se acercaban a sus fuerzas, ellos retrocedían.

Las señales eran claras: una gran tropa había pasado por el lugar hacía algún tiempo, quizás una semana o más, decían las exploradoras. Continuaron recorriendo las tierras sirias, despertaban al amanecer y cabalgaban hasta el crepúsculo.

Por la noche encendían fogatas para ahuyentar el frío. Después de la cena, Artemisia se acostaba sobre una piel de oso junto al fuego y se quedaba observando el firmamento. Una miríada de estrellas brillaba en el cielo, haciéndola recordar las noches en Escitia, cuando dormían en las llanuras.

En esos momentos se perdía en sus pensamientos. *¿Qué habría sucedido si los griegos nunca hubieran asesinado a mi familia? ¿Estaría casada en Halicarnaso? ¿Tendría hijos?* La amazona sentía nostalgia de sus padres, su hermano, Mardoc, su padre adoptivo y ahora Perseo. *¿Dónde estaría él? ¿Pensaría en mí? ¿Qué sentía por mí, y qué sentía yo por él?* Esos pensamientos la mantenían despierta durante horas, hasta que caía en el sueño junto al fuego, para despertar al día siguiente y volver a galopar.

Alcanzaron el río Chalo y lo cruzaron agarradas a sus monturas en un trecho que era posible vadear, después de desviarse durante dos horas hacia el norte. Cruzaron el río y regresaron por la otra orilla en dirección sur. Las exploradoras avanzadas regresaron informando que habían localizado una pequeña guarnición de unos cincuenta soldados persas en una gran aldea.

—Es una aldea que pertenece a Parisátide, madre de Ciro —explicó Artemisia a Ikarnas, señalando un punto en el mapa extendido sobre la hierba.

—¿Debemos atacar? La noche no tarda en llegar —preguntó Ikarnas, observando el sol que se ponía en el oeste.

—Avancemos silenciosamente y los tomemos vivos —decidió el líder de las Amazonas —. Necesitamos información.

Al caer la noche, las amazonas se acercaron a la aldea, desmontaron a una distancia segura y se deslizaron en la oscuridad hacia ella. Era un conjunto de varias casas de ladrillo rodeando un palacio, con campos de trigo y huertos de numerosos tipos de frutas, pequeños canales irrigaban los campos con las aguas del río Chalo.

Artemisia envió algunas amazonas al frente para eliminar a las centinelas persas. Tras una hora, todas regresaron informando que las habían localizado y neutralizado. Avanzaron silenciosamente hacia el complejo de casas y oyeron gritos y risas de soldados divirtiéndose dentro del palacio de Parisátide.

Con una señal de Artemisia, las guerreras se dispersaron, invadiendo las casas. Junto con Ikarnas y unas cincuenta amazonas, Artemisia irrumpió en el palacio principal, sorprendiendo a los persas en un gran salón, donde una larga mesa estaba llena de ánforas y odres dispersos, mezclados con platos de carne, verduras y panes parcialmente comidos. Algunos soldados se divertían con mujeres y, por sus gritos y llantos, no parecían estar disfrutando de su compañía.

Dos soldados intentaron desenvainar sus espadas, pero cayeron al suelo con el cuerpo acribillado de flechas. Los demás se rindieron, mirando a las amazonas con expresiones de terror. Rescataron a unas diez mujeres, eran sirvientas de la aldea; los hombres, niños y ancianos habían sido asesinados, informaron.

Las amazonas ataron a los hombres y los llevaron fuera del palacete. Dos guerreras informaron que habían encontrado los cuerpos de los sirvientes de la aldea. Artemisia las siguió hasta una pequeña zanja de riego cerca del huerto. Allí yacían, arrojados, hombres, ancianos y niños con los cuellos cortados.

Una ira fría se apoderó de Artemisia. *¿Por qué la guerra tenía que segar a los inocentes? ¿Por qué, en lugar de asesinar a ancianos y niños, esos soldados no nos enfrentaron en un campo de batalla?*

—Ikarnas, arranca la información que necesitamos —ordenó la amazona, contrayendo la mandíbula.

—¿Y luego? —preguntó Ikarnas con una media sonrisa.

—Oblígalos a enterrar dignamente a sus víctimas, luego que caven sus propias tumbas y los envíen al Hades —Artemisia apretó con fuerza el mango de su espada.

Cuando la aurora apareció, tiñendo el este de dorado, los persas estaban arrojados en una fosa que ellos mismos habían cavado. Las amazonas consiguieron información de que el grupo pertenecía al ejército de Abrácomes y que Tisafernes se encontraba con la columna principal, dirigiéndose hacia la ciudad de Tápsaco. Luego, se trasladarían a Carmanda, donde ambas

fuerzas se reunirían.

Artemisia dejó a un grupo de cincuenta amazonas vigilando el lugar hasta la llegada de Ciro y su ejército, y tras enviar dos mensajeras para informar a Artapates sobre lo que había descubierto, continuó su viaje en el rastro de Tisafernes.

CAPÍTULO 41

Tras dejar la tienda de Artemisia, Perseo llegó al campamento donde los soldados ya se preparaban para la marcha. Cuando los primeros rayos del sol iluminaron la ciudad, reanudaron la jornada.

Después de una hora de marcha, fueron adelantados por las amazonas lideradas por Artemisia. Perseo las siguió con la mirada hasta que desaparecieron en el horizonte, en medio de una nube de polvo.

Durante cuatro días marcharon hasta llegar a un río ancho llamado Chalo. Los sirios que habitaban sus orillas tenían la extraña costumbre de alimentar a los peces, los trataban como animales sagrados y no permitían que fueran pescados.

El ejército acampó en la otra orilla del río, mientras Ciro y sus generales se hospedaban en una gran villa, que según les dijeron, pertenecía a su madre, Parisátide. Y debía ser verdad, porque una infinita cantidad de suministros estaba almacenada y puesta a disposición del ejército. Incluso nuestro salario, con el aumento prometido, fue pagado. Perseo y sus compañeros aprovecharon para ir al mercado de la ciudad a conocer las comidas y bebidas exóticas de los sirios.

Diomedes y Petrus se involucraron en una confusión cuando pescaron algunos peces que eran considerados sagrados, y el grupo tuvo que huir de la ciudad perseguidos por una turba furiosa. Escaparon nadando al otro lado del río, pero esa noche asaron y comieron dos grandes tilapias. Aunque estaban sabrosas, nada indicaba que fueran sagradas, y los espartanos no fueron fulminados por un rayo ni nada por el estilo. Solo Atreu se negó a comer, alegando que, aunque no creía que fueran sagradas, al ser consagradas a un dios local, pensaba que debían respetar la creencia ajena.

Cinco días más de marcha y llegaron a la fuente del río Dardes. Perseo aún no había recibido noticias de Artemisia y comenzaba a preocuparse. *¿Estaría bien? ¿Había hecho contacto con el enemigo?* Acamparon en la residencia real de Bélesis, gobernador de Siria, en una extensa y espléndida finca, abundante en todo tipo de árboles frutales: manzanas, peras, uvas y frutas que los espartanos nunca habían probado.

Ciro ordenó que recogieran todas las frutas del huerto, luego mandó que fueran arrasadas y el palacio quemado. Bélesis, que había huido con la aproximación del ejército, no fue encontrado. El pelotón de Perseo recogió tantas frutas que pronto se sintieron hartos y comenzaron a lanzarse manzanas unos a otros en una verdadera guerra, pero cuando el capitán Admeto fue golpeado en la cara por una, la broma fue prohibida bajo pena de corte marcial.

Reanudaron la marcha y, después de tres días, finalmente el ejército alcanzó el río

Éufrates. El río era ancho y en la otra orilla se erguía la ciudad de Tápsaco, que era grande y parecía rica, con sus murallas blancas brillando bajo el sol de la mañana.

Buscaron, pero no encontraron ninguna balsa que les permitiera cruzar el río. Abrácomes había llegado antes y ordenado que todas fueran quemadas en un intento de impedir que el ejército de Ciro lo cruzara. Ingenieros sondaron la profundidad y descubrieron que el nivel estaba más bajo de lo normal, siendo posible cruzarlo a pie.

Los habitantes de Tápsaco y los persas del ejército de Ciro vieron esto como una señal de los dioses, un presagio que indicaba el éxito de la campaña. Emisarios de la ciudad fueron enviados con regalos, presentando su sumisión al príncipe.

Los sacerdotes que acompañaban al ejército, con el consentimiento de los generales y del joven Ciro, ofrecieron una hecatombe a los dioses griegos y persas. Cien bueyes fueron sacrificados en un altar montado en la orilla del río, su sangre corrió hacia el Éufrates, tiñendo sus aguas de rojo. Las entrañas de las víctimas fueron arrojadas a los braseros, y el resto de la carne fue cortado y servido en un gran banquete para todo el ejército, y la bebida se distribuyó generosamente.

Los griegos cruzarían el río al día siguiente, donde descansarían durante cinco días en la ciudad. Ciro envió algunas compañías de infantería bajo el mando del general Arieo para tomar la ciudad, evitando cualquier tipo de traición por parte del gobernador local.

Al día siguiente, antes de cruzar el río y aún bajo los efectos de la borrachera de la noche anterior, se convocó una asamblea de todo el ejército griego. Clearco y otros generales se dirigieron a las tropas.

—¡Compañeros! ¡Valientes griegos! He sabido que el enemigo del joven Ciro, aquel a quien fuimos contratados para combatir, el pérfido Abrácomes, ha huido nuevamente. ¡Teme enfrentarnos! Abrácomes, como un perro, corrió hacia su amo Artajerjes, ahora mismo deben estar planeando nuestra perdición. ¡No debemos perder la iniciativa de la campaña! Por eso, el joven Ciro decidió que atacaremos a Abrácomes y a Artajerjes. ¡Si vencemos, Ciro será coronado rey de toda Persia y ustedes serán hombres ricos, porque Ciro nos distingue entre todas sus tropas!

Un murmullo de desaprobación recorrió el ejército en un crescendo hasta convertirse en un clamor airado; los soldados se quejaban de que los generales habían mentido sobre los objetivos de la campaña, algunos llegaron a arrojar piedras a los oficiales, quienes huyeron a sus tiendas, protegidos por los escudos de sus guardias personales. Con mucho esfuerzo, algunos oficiales más valientes lograron calmar los ánimos, pero no pudieron disolver la asamblea. Prometieron entonces que se elegirían representantes para negociar con los generales.

Las tropas eligieron soldados veteranos de renombre por su valentía y honestidad, Georgios fue uno de los seleccionados. La comisión buscó a los oficiales y se quejó; no fue para combatir a Artajerjes, rey de Persia, para lo que fueron contratados. Un motín era inminente, pero los generales lograron calmar los ánimos con promesas de un nuevo aumento en el sueldo y riquezas más allá de la imaginación, si Ciro llegaba a ser rey de Persia. La comisión regresó con la promesa y transmitió a la asamblea aún reunida; muchos soldados afirmaban que solo

seguirían adelante si se confirmaba el aumento en el sueldo, otros querían dar la vuelta y regresar.

La comisión regresó para informar a los generales sobre la respuesta de las tropas. Estos prometieron que buscarían a Ciro para presentar nuestras quejas. El ejército esperó dos horas y, cuando la comisión regresó, anunciaron que el sátrapa prometió pagar a cada hombre cinco kilos de plata tan pronto como llegaran a Babilonia, además de pagar al contado el sueldo completo de la travesía de regreso hasta Jonia. Las promesas calmaron a la mayor parte del ejército, pero dado que la decisión no era unánime, se decidió que cada general convocaría una asamblea con sus soldados.

Los espartanos se reunieron a orillas del río, Clearco no acudió, pero envió a sus oficiales de mayor rango. Los soldados discutieron la propuesta durante horas, llegó la noche y aún no se había llegado a un consenso. Perseo no quería regresar a Grecia, no quería dejar a Artemisia, y si era necesario, estaba decidido a quedarse y alistarse en alguna compañía griega que decidiera continuar la campaña.

Muchos pidieron la palabra, algunos querían aceptar la propuesta diciendo que habían llegado demasiado lejos como para regresar con las manos vacías atravesando territorios hostiles como Liconia y Cilicia, otros querían regresar inmediatamente a Grecia creyendo que no vencerían a los ejércitos conjuntos de Abrácomes y Artajerjes.

Estaban discutiendo cuando un gran tumulto comenzó a surgir entre las tropas cercanas al río. Los espartanos se armaron y corrieron rápidamente hasta la orilla, creyendo que estaban siendo atacados. Al llegar al lugar, se dieron cuenta de que la tropa del general Menón estaba cruzando el río Éufrates en balsas, iluminadas con antorchas, muchos cruzaban el río a pie, con el agua a la altura del pecho, y al llegar a la otra orilla, montaron campamento.

Diomedes corrió hasta el punto donde los soldados de Menón se concentraban para la travesía y regresó quince minutos después.

—Ese Menón es muy astuto —rió con gusto mientras bebía de una pelleja—. Les prometió a sus soldados que, si eran los primeros en cruzar el río, Ciro los distinguiría de los demás griegos y los honraría con los regalos más caros.

—Ahora todo el ejército cruzará el río, nadie querrá quedarse atrás y perderse las gracias del sátrapa —comentó Atreu.

—Otra artimaña de Ciro —concluyó Georgios pensativo.

Las asambleas fueron disueltas, la codicia triunfó, nadie quería quedarse sin los despojos si resultaban vencedores. La mayoría del ejército decidió: irían a combatir a Artajerjes.

***

Tres días después de dejar el campamento de Parisátide, las amazonas llegaron a la fuente

del río Dardes, en sus alrededores se encontraba la villa de Belésis, gobernador de Siria, pero el lugar estaba deshabitado, sus moradores habían abandonado apresuradamente la residencia. Por los rastros encontrados, una gran movilización de hombres y animales había pasado por el lugar.

De nuevo, partieron siguiendo los rastros hasta el río Éufrates. Al otro lado se extendía la ciudad de Tápsaco, llegaron cuando varios soldados persas incendiaban las balsas del otro lado del río. Al ver a las amazonas, montaron en sus caballos y corrieron hacia el este sin entrar en la ciudad, perseguidos por las flechas lanzadas por las guerreras.

El nivel del río estaba bajo y las amazonas lograron cruzar, iniciando la persecución. Eran alrededor de trescientos caballeros cários, pertenecientes al ejército de Tisafernes. Las persiguieron disparando sus flechas contra las espaldas de los enemigos, hasta que, al darse cuenta de que las amazonas no abandonarían la persecución y al acercarse, los cários se dieron vuelta y ofrecieron combate.

Artemisia disparó dos flechas más derribando a dos caballeros de sus monturas con las flechas clavadas en sus pechos. Guardó su arco y desenvainó las espadas, controlando su corcel con la presión de los muslos y piernas, avanzó hacia los cários, junto con sus hermanas. Las tropas chocaron con violencia, los gritos de guerra se mezclaron con los relinchos de los caballos y, poco después, los gritos de los heridos se elevaron hacia los cielos.

La líder amazona se cruzó con un caballero que, armado con una lanza, intentó alcanzarla, pero ella giró su cuerpo hacia la izquierda al mismo tiempo que aplicaba un golpe circular con su hoja, que actuaba como una extensión de su brazo derecho, cortando el cuello de su adversario al pasar junto a él. La lanza pasó cerca de la costilla de Artemisia, rozando su coraza pectoral.

Se acomodó en la silla del caballo en el momento justo para detener un golpe de lanza de otro caballero, emparejando su montura con la de él, Artemisia clavó su espada en el cuello de su enemigo, derribándolo de su montura.

Artemisia miró alrededor, los cários, a pesar de ser valientes, estaban en menor número. Un caballero intentaba atacar por la espalda a una amazona que luchaba con otro, pero Artemisia avanzó con su corcel, clavando su espada en la espalda desprotegida de su enemigo, retirándola con un rápido movimiento, mientras su hermana cortaba el brazo de su adversario, que cayó al suelo gritando, hasta que otra amazona, galopando, lo atropelló, los cascos de su montura fracturando la cabeza del infeliz.

Minutos después, ya no quedaba ningún adversario con quien luchar. Los pocos sobrevivientes que intentaron huir fueron alcanzados y muertos. Las amazonas recorrieron el campo de batalla en busca de caballeros cários heridos, ejecutándolos después de interrogarles. Perdieron quince amazonas, otras diez tenían heridas leves y fueron atendidas. Dos estaban en estado grave, una con un corte en su cuello y otra con una lanza que le había atravesado el vientre, saliendo por la espalda.

Artemisia se acercó a la amazona con el cuello cortado en el momento en que expiraba, sosteniendo las manos de otra guerrera. Se levantó y se dirigió hacia la que tenía una lanza clavada en el cuerpo. La guerrera respiraba con dificultad, experimentando un dolor insoportable,

pero no se quejaba ni lloraba, sonreía sosteniendo las manos de Ikarnas.

La líder amazona se arrodilló junto a la guerrera.

—Imóstia —dijo, reconociéndola. Era una amazona de unos treinta y cinco años, con el cabello negro ya comenzando a volverse blanco.

—Artemisia —murmuró, sonriendo—. Hoy cabalgaré por los Campos Elíseos.

—Sí, hermana mía, viviste y moriste como una guerrera —Artemisia acarició los cabellos de la guerrera.

—Siento mucho dolor —murmuró, con un espasmo que la hizo torcer los labios—. Dame el alivio de la muerte.

Artemisia desenvainó su daga y colocó la mano sobre los ojos de su hermana mientras apoyaba la punta de la hoja en su pecho.

—Descansa, hermana mía —dijo, clavando la daga en su corazón. El cuerpo de la guerrera se estremeció y dejó este mundo.

Las exploradoras recorrieron el campo en busca de madera, y al final del día, las amazonas habían reunido suficiente para levantar una pira funeraria. La noche las encontró alrededor del fuego cantando su cántico funerario en honor a las guerreras caídas.

Cuando llegó el amanecer, partieron dejando los cuerpos de los caballeros cários donde cayeron, para que sirvieran de pasto a los lobos, animales consagrados a Ares.

Avanzaron otro día tras el ejército de Tisafernes, pero se distanciaron nuevamente, pues los cários las habían desviado hacia la dirección contraria al resto de la columna.

Artemisia observó el horizonte, se habían perdido tiempo luchando en la villa de Parisátide y enfrentando a los caballeros.

—Nuestras provisiones están por agotarse —advirtió Ikarnas de manera lacónica, al percatarse de la preocupación de su líder.

—Regresaremos a reabastecernos en Tápsco, el ejército ya debe haber llegado allí, luego retomaremos la persecución —decidió Artemisia.

Regresaron inmediatamente a la ciudad, cabalgando parte de la noche y todo el día. Cuando el sol se ponía en el horizonte, alcanzaron la ciudad. Fuera de sus murallas comenzaban a encenderse fogatas en los campamentos de los ejércitos griego y persa.

Localizaron las carretas de apoyo, conducidas por amazonas heridas y algunas mujeres que las seguían desde Sardes, sirviéndolas. Las amazonas montaron las tiendas mientras Artemisia se dirigía a la ciudad, donde le informaron que Ciro y sus generales estaban hospedados.

Finalmente, llegó al palacio del gobernador. Artapates ya la esperaba frente a las puertas, y con él entró en el lugar.

—¿Cómo fue la misión? —preguntó mientras caminaban por los pasillos iluminados por antorchas fijadas en las paredes, en dirección a los aposentos de Ciro.

— Enfrentamos un grupo de caballería cária que sirve bajo el mando de Tisafernes, él y Abrácomes se dirigen hacia la ciudad de Carmanda donde reunirán sus fuerzas — respondió Artemisia, cansada, cuando llegaron a una puerta doble custodiada por dos soldados de la guardia real, que descruzaron sus lanzas y abrieron las puertas.

En el aposento, débilmente iluminado por lámparas de metal, Ciro estaba sentado en la cabecera de una gran mesa, alrededor de ella taburetes de madera. Ánforas de bebidas y comida en fuentes estaban dispuestas sobre la mesa, junto con numerosos papiros.

—Mi señor —saludó Artemisia al acercarse.

—Mi amiga, pareces cansada —Ciro llenó una copa con vino que ofreció a la amazona.

—Gracias —agradeció ella, dando un gran sorbo.

—Artemisia enfrentó caballeros cários, nuestras informaciones son correctas, Abrácomes y Tisafernes se dirigen a Carmanda con algunos días de diferencia —relató Artapates.

—Debemos hostigarles —dijo Ciro—. No podemos permitir que se una a mi hermano, si conseguimos retrasarlos, tal vez nos ofrezcan combate.

—Puedo perseguirlos y atacar su retaguardia a distancia, eso tal vez los retrase — Artemisia bebió todo el contenido de su copa.

—Sería exigir demasiado, tú y tus guerreras necesitan descansar —dijo Ciro con una mirada preocupada.

—Pero entre tus tropas, solo mis amazonas pueden moverse rápidamente y atacar a distancia, retirándose si intentan enfrentarnos —respondió la amazona, pensando en la ventaja de galopar y disparar flechas al mismo tiempo.

—Es nuestra mejor opción, señor —intervino Artapates—. Si conseguimos vencer las fuerzas de Abrácomes y Tisafernes, no necesitaremos enfrentarlas en Susa.

—Que así sea —decidió el príncipe.

—Si me permite, voy a preparar a mis amazonas, mañana por la mañana partiremos — solicitó con una sonrisa cansada.

—Cuídate, amiga mía —respondió Ciro, mientras la amazona se retiraba tras hacer una reverencia.

Artapates la acompañó hasta la puerta del palacio.

—¿Cómo está la situación de las tropas griegas? —preguntó Artemisia, recordando que aún no sabían que iban a derrocar a Artajerjes.

—Los generales griegos les informaron sobre nuestro verdadero objetivo, al principio los soldados se mostraron reacios, pero después de que Ciro prometió recompensarlos, aceptaron continuar adelante —Artapates dio una media sonrisa burlona.

Artemisia asintió con la cabeza y, al llegar a la puerta, se despidió del general, montó en su corcel, que un soldado le había traído, y rápidamente regresó junto a sus hermanas.

Al llegar al campamento, Ikarnas la esperaba, los suministros ya habían sido distribuidos y las tiendas montadas.

—Mañana al amanecer partiremos, que todas descansen esta noche —ordenó.

—Así será, ¿algo más? —preguntó Ikarnas, atenta.

—Sí, busca a Perseo y dile que me gustaría verlo esta noche, si él lo desea —solicitó con una sonrisa.

Ikarnas hizo una reverencia y se retiró. Artemisia entró en su tienda, donde una tina con agua caliente la esperaba para un baño relajante. Despidió a dos amazonas que la aguardaban y se bañó sola.

Después de salir de la tina, examinó su cuerpo mientras se secaba. Tenía algunas manchas rojizas y moradas en sus muslos y brazos, resultado de los golpes que había sufrido en la lucha y de la cabalgata incansable. Estaba cansada, pero ansiosa por reencontrarse con Perseo; solo de pensar en verlo sentía el calor irradiando por su cuerpo.

Se puso una túnica simple y dejó su cabello suelto. Mientras esperaba, comió un trozo de queso y pan, estaba hambrienta, hacía horas que no había comido nada.

Durante la espera trataba de entender sus sentimientos por Perseo. *Él me brinda un placer que nunca antes había experimentado, pero ¿será solo sexo? Me gusta estar a su lado, me siento segura en sus brazos, su presencia calma mi espíritu y me hace sentir limpia de toda la sangre que he derramado. Me gusta su sonrisa, su mirada, su cariño y atención hacia mí. Admiro su coraje y su lealtad hacia sus compañeros. Su infancia fue tan dura como la mía, su entrenamiento en la agogé fue brutal, pero ni por eso se convirtió en un hombre duro, frío o despiadado, al contrario, las heridas de la guerra parecían afectarle, perdió a un padre en la guerra entre Atenas y Esparta, y su hermano regresó sin una pierna. Es un hombre honrado, como pocos que he conocido.*

La comparó mentalmente con Ciro, su amigo real, quien era bello y exudaba poder y autoridad, era inteligente y valiente, siempre había sido amable y atento con ella, y le había ofrecido su amor y la posición de reina a su lado, pero la amazona había rechazado.

Perseo era un simple hoplita, un espartano atado a sus estrictas leyes, pero era tan honorable como Ciro. La diferencia entre los dos era que, junto a Perseo, ella olvidaba su trágico

pasado, aunque él perteneciera a un pueblo que la amazona había odiado durante mucho tiempo. A su lado, se encontraba imaginando cómo sería construir una familia.

Un pensamiento tonto cruzó su mente. *¿Y si le diera un hijo? ¿Cómo sería el niño? ¿Tendría sus ojos? ¿Su carácter? ¿Cómo sería generar una vida, sintiéndola crecer en mi interior?* Pensó mientras pasaba la mano por su vientre. Lo imaginó en una casa sencilla en su aldea en Escitia, o en alguna gran ciudad del Imperio o de Grecia.

Una lágrima solitaria recorrió su rostro cuando una voz gritó en su mente que jamás podría tener un hijo.

El tiempo corre implacable y torturante para quien espera a la persona deseada.

CAPÍTULO 42

A la mañana siguiente, después de cruzar el río a pie, los espartanos acamparon en la otra orilla, a la sombra de las murallas de Tápsco. Perseo y sus compañeros recorrieron la ciudad durante el día, conociendo sus tabernas y mercados. Después de almorzar en una taberna, sus compañeros insistieron en que los acompañara a los burdeles. A regañadientes, Perseo los siguió, mientras sus amigos disfrutaban de los placeres del amor, Georgios y él se sentaron en una mesa y se dedicaron a beber vino.

Perseo extrañaba a Artemisia y no quería mancillar lo que sentía por ella con aquellas damas persas. No sabía si era amor o no, aún pensaba mucho en Elana, y la culpa lo devoraba; remordimiento por estar tan unido a Artemisia y remordimiento por no contarle sobre Elana y su hijo. Georgios comprendía sus sentimientos, él amaba a su esposa que estaba en la lejana Esparta y decía que ya no era tan joven, por lo que podía resistir los impulsos de Afrodita.

Al atardecer, dejaron la ciudad en dirección al campamento. Los compañeros de Perseo estaban borrachos y felices, cantando canciones obscenas mientras tambaleaban por el camino. Solo Perseo y Georgios, que caminaban detrás, estaban lo suficientemente sobrios. Cuando llegaron a las tiendas, encontraron a una amazona de pie, esperándolos. Era una mujer alta y parecía tan fuerte como Petrus. Ella los miró con aire de desaprobación.

Diomedes, al verla, se dirigió a ella:

—Mi bella dama, nunca vi mujer tan hermosa como vos, la misma Afrodita se avergonzaría ante tu presencia —elogió, colocando la mano en su hombro y haciendo un gesto para besarla.

La amazona, con repugnancia, agarró su mano, torció su brazo y lo tiró al suelo.

—¡Estoy enamorado! —gritó Diomedes antes de comenzar a roncar.

El resto del grupo se rió y se dirigió a sus tiendas, dejando a Diomedes tirado en el suelo. Petrus, con mirada compungida, le quitó su capa y lo cubrió.

La amazona miró a Perseo y, en un griego torpe, dijo:

—Mi señora desea verlo, si es posible.

Perseo miró a Georgios con ansiedad.

—Ve, pero regresa antes del amanecer —autorizó sonriendo.

Perseo siguió a la silenciosa guerrera en dirección al campamento persa, pero no llegaron a entrar en él, caminaron un poco más hasta llegar a las tiendas de las amazonas. Los hombres tenían prohibido entrar en ese lugar, a menos que fueran invitados. La amazona lo guió hasta una

tienda en el centro del campamento, que no se distinguía de las demás, y con un gesto le indicó que el espartano debía entrar.

Dentro, Artemisia lo esperaba, con candeleros de barro iluminando el lugar. Los ojos de la amazona, de un azul claro, brillaban bajo la luz difusa. Perseo caminó hasta ella, la tomó en sus brazos y se besaron apasionadamente durante un largo rato.

—Los dioses son crueles al apartarme tanto tiempo de ti —murmuró, aliviado de que ella hubiera regresado sana y salva.

—Nos envidian —respondió Artemisia, acariciando su rostro con la punta de los dedos.

Se besaron nuevamente mientras se quitaban las túnicas, casi rasgándolas, y pronto se encontraron tendidos sobre la estera que cubría el suelo de la tienda.

Cuando se separaron, estaban cubiertos de sudor. Después de que Artemisia recuperó el aliento, él se levantó y llenó una copa de madera con vino de una jarra de metal que estaba sobre una mesa de madera en un rincón de la tienda. Perseo observaba todos sus movimientos, como si intentara grabar la imagen de la amazona en su mente. No podía dejar de admirar su belleza, el largo cabello que caía casi hasta la cintura, el cuerpo firme y las largas y torneadas piernas. La amazona sintió su mirada y, sonrojándose, le ofreció una copa. Riéndose de su vergüenza, Perseo la tomó y dio un largo trago.

Artemisia se recostó a su lado, y Perseo acarició el cabello de la amazona.

—¿Te he extrañado, mi hermoso guerrero? —preguntó ella, mientras acariciaba el pecho musculoso del espartano.

—Sí, te extrañé y estuve preocupado. ¿Cómo fue tu misión?

—Buscamos a Abrácomes, pero no lo alcanzamos. Por los rastros sabemos que se dirige a unirse con el ejército de Tisafernes —respondió la amazona, apretando los labios. El azul claro de sus ojos se oscureció al recordar a sus hermanas muertas.

—Los generales nos han avisado que vamos a combatir contra Artajerjes. ¿Sabías del plan de Ciro? —Perseo la miró fijamente.

—Sí, lo sabía —Artemisia sostuvo la mirada de Perseo—. ¿Sabías que Darío, el padre de Ciro, apoyaba a Esparta en la guerra contra Atenas? Cuando Ciro asumió su satrapía, continuó la política de su padre, incluso brindando apoyo financiero para la construcción de una flota naval espartana. El almirante espartano Lisandro se convirtió en su amigo y, gracias a la influencia de Ciro, Lisandro logró ser nombrado jefe supremo de las fuerzas espartanas. Su deseo era convertirse en el gobernante absoluto de Grecia, con la ayuda de mi amigo real.

Perseo meditó sobre la información. Cuando estaba en la agogé, sabía que Lisandro era considerado el responsable de la victoria contra Atenas.

—Ciro puso todos sus recursos a disposición de Lisandro en la guerra contra Atenas, pero

cuando este fue destituido de su cargo, se negó a ayudar a su sucesor Calicrátidas —continuó Artemisia—. Cuando Darío se enfermó y llamó a Ciro a su lecho de muerte, este cedió todos sus tesoros a Lisandro y partió hacia Susa, con la esperanza de ser nombrado rey, pero el trono lo ascendió su hermano Artajerjes. Ciro fue acusado de conspirar contra su hermano en la ceremonia de coronación en Pasárgada, por Tisafernes, sátrapa de Caria, pero gracias a Parisátide, madre de ambos, y con mi ayuda, consiguió regresar a su satrapía, donde su hermano lo perdonó. Mi amigo planeó su venganza contra el hermano, y comenzó a reclutar un ejército de mercenarios griegos, además de reorganizar sus fuerzas. Gracias a su ayuda en la guerra contra Atenas, y con la intervención de Lisandro, los Éforos autorizaron que voluntarios espartanos participaran en la expedición — concluyó, aun manteniendo la mirada de Perseo.

Lo demás Perseo ya lo sabía, él se había ofrecido como voluntario pensando que iba a combatir a Abrácomes. *¿Debería sentirme ultrajado porque Artemisia no me lo haya contado?* Pensó.

—¿Por qué no me lo contaste?

—No tuve valor, era un secreto que solo sabían los oficiales del estado mayor, no pude traicionar mi juramento —la amazona bajó la mirada.

Artemisia es amiga de Ciro, ya me lo había contado, y es una comandante de su ejército y consejera. Pensó, entendiendo el motivo del secreto; al fin y al cabo, él era solo un simple soldado espartano. *Si la verdadera intención de Ciro hubiera sido descubierta al inicio de la expedición, tal vez el ejército griego habría regresado a Grecia.* Perseo pensó en su propio secreto, aún no había contado sobre Elana y su hijo.

—¿Qué decidió el ejército griego? —la amazona volvió a mirarlo.

—Aceptaron, pero al principio estaban indecisos. Sin embargo, yo ya había tomado mi decisión. Si decidían regresar a Grecia, me alistaría en cualquier compañía que quedara.

—Ustedes los espartanos aman la guerra —comentó Artemisia con aire triste.

—Estamos entrenados para ella desde la infancia, pero ese no es el motivo. Yo me quedaría para poder estar a tu lado —Perseo tomó el rostro de la amazona entre sus manos, para que ella percibiera la intensidad de sus sentimientos.

Por un momento, Perseo pensó que había visto lágrimas formándose en los bellos ojos de la amazona, pero ella giró el rostro y, tomando la copa de vino que estaba a su lado, bebió un sorbo disimulando sus emociones.

No entiendo, acabo de exponer mis sentimientos, tal vez no de manera directa, pero lo que siento es lo suficientemente fuerte como para posponer mi regreso a Grecia. No sé si es amor, pero a tu lado dejo de pensar en Elana. Pensó, confundido.

Recuperándose, Artemisia se levantó y comenzó a vestirse. Perseo la imitó, poniéndose su túnica.

—Hemos recibido órdenes de avanzar hasta Carmanda —avisó Artemisia mientras trenzaba su cabello de manera tradicional.

—¿Cuándo partes? —sintió un apretón en el corazón.

—Al amanecer —ella lo miró fijamente—. Vamos a cabalgar lo más rápido posible. Si alcanzamos la retaguardia del ejército de Abrácomes, tenemos órdenes de hostigarles para retrasar su encuentro con Artajerjes.

Perseo pensó en ello, la misión era peligrosa, tal vez ella moriría en combate, él también corría el riesgo de entrar en combate en cualquier momento. Tal vez no tendrían otra oportunidad de estar juntos. Ya había visto lo suficiente de la guerra para saber que no era nada gloriosa como sus instructores afirmaban. *¿Vale la pena morir en esta guerra? No lucho por mi patria ni para defender a mi familia, lucho por dinero. Como mercenario, firmé un* contrato para combatir a Abrácomes, no a Artajerjes. Si decido irme, nadie puede impedirlo. Pensó y recordó la oportunidad que había tenido en Atenas. *Si hubiera tenido suficiente valor, habría arrebatado a Elana y a mi hijo, y habría huido con ellos a cualquier lugar de Grecia o de Asia, incluso a la lejana Sicilia, pero me acobardé, escondiéndome tras el honor espartano. ¿Cometeré ese error de nuevo?*

—Artemisia, ¿por qué no nos vamos y dejamos esta guerra atrás? —preguntó cautelosamente.

—¿Qué palabras son esas que escapan de tus labios? —se indignó la amazona— ¡Jamás abandonaría a mis hermanas o a mi rey!

Perseo reunió valor y decidió contarle sobre Elana y el hijo que había dejado en Atenas.

Le contó que había desistido de estar con ellos para participar en una guerra que no era suya. Habló sobre el dilema que enfrentaba en su corazón, sobre cómo sentía la necesidad de estar a su lado, pero al mismo tiempo pensaba en Elana y en su hijo, en la lejana Atenas.

Artemisia escuchó todo atentamente en silencio, sus ojos se iban oscureciendo cada vez más, sintiendo que el rencor y la ira se acumulaban en su pecho, envenenando su alma y dejando un sabor amargo en su boca. *¡Perseo se enamoró de otra mujer que le dio un hijo, algo que yo nunca podré tener, y él me ocultó ese secreto todo este tiempo!* Pensó, sintiendo cómo el rencor crecía hasta que no pudo soportarlo más y explotó cuando él terminó de desahogarse, mirándola con ojos tristes.

—¡Maldito espartano! ¡Malditos todos los hombres! ¡Falsos, pérfidos, perjurios! ¡Maldito seas tú, Perseo! —gritó, lanzando un jarro de vino en dirección a Perseo, quien lo defendió con los brazos, el cual cayó con un estruendo al suelo, derramando su contenido.

—¡Estoy siendo sincero contigo! —trató de calmarla— ¡Te estoy diciendo que quiero estar contigo! ¡Quiero huir de esta guerra, no quiero verte morir!

—¡Un hijo! ¡Tienes un hijo! —gritó exaltada, ignorándolo, recordando que sus reglas de la luna habían bajado, señal de que ella no había quedado embarazada, y que nunca podría tener

un hijo.

Dos amazonas entraron en la tienda corriendo con espadas mortales en las manos, Artemisia se dirigió a ellas con voz firme.

—¡Sáquenlo de aquí! —ordenó con firmeza, no quería mirarlo, temía perder el control y llorar como una niña frente a él.

Las guerreras asintieron con la cabeza en señal de acuerdo.

—¡Vete, Perseo! ¡O les ordeno que te maten! —gritó.

Las amazonas avanzaron, apuntando con las espadas al pecho de Perseo. Él no entendía la reacción de Artemisia, y antes de que pudiera decir algo, fue brutalmente empujado por ellas, mientras la amazona giraba, dándole la espalda, con las manos temblando.

Artemisia cubrió su rostro con las manos y cayó de rodillas, llorando y sollozando. Las lágrimas caían copiosamente de sus ojos, un dolor insoportable parecía venir desde lo más profundo de su alma, expandiéndose por todo su ser.

Dioses, cómo desearía estar tendida muerta en los campos con mis hermanas, mi alma libre de todo, cabalgando en los Campos Elíseos, un fin para todo mi dolor y tormento. Pensó desesperada.

Sintió una mano en su hombro y, al volverse, encontró a Ikarnas, que la miraba con semblante triste y la abrazó con fuerza. Artemisia no resistió y lloró aún más en los brazos de su amiga, hasta que sus lágrimas se agotaron y cayó en un sueño lleno de pesadillas.

Perseo salió cabizbajo de la tienda, escoltado por las guerreras, quienes lo dejaron fuera de los límites del campamento. Se sentó en un tronco caído, observando a distancia el movimiento de las amazonas preparándose para partir.

Artemisia despertó antes del amanecer en su cama de pieles. Ikarnas, ya armada, estaba sentada a su lado velando su sueño. Al percatarse de que su líder había despertado, la amazona extendió un cuenco con gachas y una copa de vino caliente mezclado con hierbas.

Después de comer y beber, Artemisia se sintió un poco mejor, su deseo era quedarse acostada, olvidar el mundo y sus problemas, la guerra, Perseo, su vida. Pero eso no era posible, ella era la líder de las amazonas, debía dar el ejemplo. Así que se levantó y, con la ayuda de Ikarnas, se puso su equipo.

Al salir, su montura la esperaba. Sus guerreras, sus hermanas, ya estaban montadas esperando pacientemente. Se puso su casco con crin de caballo y montó en su corcel. Con una señal, las amazonas galoparon en fila india fuera del campamento, lideradas por Ikarnas. Cuando la última amazona salió, Artemisia la siguió cerrando la columna.

Vio a Perseo sentado en un tronco al límite del campamento, su semblante estaba triste y confuso, con ojeras en los ojos, indicando que no había dormido. Al verla, él se levantó y la

miró, y la amazona detuvo su montura frente a él, sosteniendo su mirada.

Mi deseo es cortar tu cuello y, al mismo tiempo, lanzarme a tus brazos. Pensó.

Perseo hizo ademán de acercarse, pero Artemisia azotó su montura y salió galopando en dirección a sus hermanas, que ya se alejaban. Él tuvo que saltar a un lado para no ser atropellado.

Sin mirar atrás y con los ojos llenos de lágrimas, Artemisia se dirigió a la guerra.

Si tengo suerte, tal vez muera en combate. Pensó desesperada.

Mientras Artemisia y sus guerreras se alejaban, Perseo las observaba desaparecer en una curva del camino. Se sentía el más infeliz de los mortales.

¿Me perdonará? ¿Me perdonaré yo mismo? Pensó.

CAPÍTULO 43

Perseo regresó desanimado al campamento, solo le contó a Georgios lo ocurrido, no entendía la reacción de Artemisia, él había sido sincero. Georgios creía que tal vez ella se había puesto celosa.

Días después partieron.

Durante nueve días, el ejército recorrió las tierras de Siria, llegando a las orillas del río Áraxes. La llanura estaba sembrada de aldeas, abundantes en cereales y vino, y los soldados acamparon en el lugar durante tres días, abasteciéndose con todo lo que necesitaban.

La bebida era abundante y Perseo se embriagaba cada noche tratando de olvidar a Artemisia, Elana y su hijo, intentaba olvidar la noción de honor que su padre y hermano le habían transmitido. Fue por honor que no había arrebatado a Elana y a su hijo y huido de Atenas, por honor se había alistado en la campaña pensando en conseguir gloria para que su hermano y su padre, en el reino de Hades, estuvieran orgullosos de él. Ahora había herido a Artemisia. *Debería haber contado la verdad desde el principio, pero actué como un cobarde*, pensó mientras bebía cada vez más.

Perseo quería escapar de sus problemas personales y olvidar las atrocidades que había presenciado. Sus pesadillas regresaron con más fuerza; soñaba que las almas de todos los que había matado y de todos aquellos a quienes no había podido salvar lo esperaban al otro lado del río Estigia.

Sus compañeros lo miraban con compasión e intentaban animarlo sin éxito. Al final, Georgios ordenó que Diomedes lo golpeara. Perseo despertó una mañana con un balde de agua fría en la cara, y al abrir los ojos vio a su compañero sobre él golpeándolo. A pesar de tener cuidado de no romperle ningún hueso, Diomedes sabía golpear bien, y Perseo quedó con el cuerpo adolorido durante días.

—Recuerda, somos una unidad. La unidad solo es tan fuerte como su miembro más débil. Si eres débil, debilitas al pelotón y puedes causar la muerte de todos nosotros. ¡Recupérate! No quiero más de estas borracheras irresponsables, ¡hay un límite para todo! —explicó Georgios calmadamente después de la golpiza.

Desde entonces, Perseo empezó a beber con moderación. Intentaba aliviar su sentimiento de culpa sacrificando a los dioses del Hades por las almas de los muertos y oraba para que tuviera una oportunidad de pedir perdón a Artemisia.

Cruzaron la frontera de Siria y entraron en Arabia, con el río Éufrates siempre a su derecha. En un viaje de cinco días atravesaron un desierto liso como el mar y cubierto de ajenjo, una planta dedicada a la diosa Artemisa. Los médicos del ejército la recogieron en abundancia, ya que tenía propiedades medicinales. También encontraron muchas plantas que nunca antes

habían visto, matas dispersas compuestas de pequeños arbustos con un fuerte olor, pero ningún árbol.

Manadas de animales parecidos con asnos, que los persas llamaban onagros, pastaban en la rala vegetación cerca de los varios pozos de agua que encontraron en el camino. Bandadas de avestruces y perdices, además de ciervos, corrían por el desierto. La caballería intentó cazar los onagros, pero estos salían corriendo rápidamente, distanciándose de ellos, eran más veloces que los caballos. Algunos pocos fueron capturados y muertos; la carne se parecía a la de la corza, tierna y sabrosa.

Consiguieron abatir muchas perdices y ciervos, lo que ayudó a llenar las despensas del ejército. Diomedes se mostró hábil en la captura de aves, tendía trampas por el desierto, y con su ayuda el pelotón almacenó una gran cantidad de ellas, que luego limpiaron y salaron para comer más tarde.

Salieron del desierto y llegaron al río Mascas. En su margen se erguía una gran ciudad llamada Corsote, sus puertas estaban abiertas y no había señales de centinelas en las murallas. Los exploradores entraron al lugar y regresaron informando que estaba casi abandonada. Los espartanos invadieron la ciudad y registraron casa por casa, como perros rastreadores, cualquier cosa de valor era tomada, pero recibieron órdenes de no incendiar el lugar.

Con excepción de varios ancianos y enfermos que no podían caminar y que se quedaron en la ciudad, no encontraron más moradores. Los ancianos dijeron que los habitantes habían recibido órdenes de evacuar el lugar, dejando atrás a los viejos y enfermos, y que un ejército de amazonas había llegado días antes. Ciro, en un gesto de benevolencia, ordenó que fueran perdonados y cuidados, pero autorizó el saqueo de la ciudad.

El ejército saqueó la ciudad, pero se encontró con pocos objetos de valor. El pelotón de Perseo se refugió en un pequeño palacio donde se quedaron tres días, comiendo las perdices y ciervos que habían cazado en el desierto y bebiendo vino, que se distribuía generosamente desde las bodegas del joven Ciro.

Diomedes montó una sala de juegos en una de las habitaciones, soldados de otros pelotones venían a apostar, grandes sumas de dinero cambiaban de manos rápidamente, pero al final él siempre se quedaba con la mayor parte de las ganancias. Fueron tres días en los que vivieron como reyes, cuando no estaban jugando comían hasta hartarse y bebían, pero Perseo evitaba embriagarse nuevamente, había mostrado una debilidad que no se repetiría.

La nostalgia por Artemisia aumentaba a medida que pasaban los días sin noticias de ella. Como un fantasma, Perseo rondaba el campamento persa con la esperanza de verlas, pero aún no habían regresado. *¿Habrá encontrado Abrácomes? ¿Estará Artemisia bien, o estará tendida en el suelo, agonizando o muerta? ¿Habrá sido capturada?* Estos pensamientos corroían su mente, y para distraerse entrenaba con Diomedes y Laertes, los mejores combatientes del pelotón.

La víspera de la partida, una tormenta cayó sobre la ciudad, nubes cargadas se acumularon en el cielo, negras como el carbón, hasta que un rayo cruzó el firmamento de occidente a oriente y la lluvia se desató con violencia. Muchos soldados creían que era un buen presagio enviado por Zeus.

—¡Zeus lanzó su rayo de occidente a oriente, eso significa que venceremos a los persas! —afirmaban los sacerdotes y adivinos.

A la mañana siguiente, abandonaron la ciudad dejando algunas provisiones para los pocos habitantes. El ejército reanudó la marcha y, tan pronto como salieron, tuvieron que cruzar un pantano formado por la lluvia de la noche anterior. Cuando el convoy de suministros intentó cruzar el lugar, quedaron atascados en el lodazal.

Durante una hora, los soldados observaron a los carreteros tratando de liberar sus carros atascados. Se negaban a volver y ayudarlos. Ciro, que observaba el esfuerzo de los carreteros, de repente se deshizo de su manto y, bajando del caballo, se dirigió al lodazal. Se acercó al primer carro y, lado a lado con el carretero, ayudó a empujarlo. Los hombres de su comitiva inmediatamente siguieron su ejemplo. Los griegos se sintieron avergonzados y pronto se unieron al príncipe. Después de seis horas de arduo trabajo, el convoy logró cruzar el pantano. Todos cayeron al suelo exhaustos y cubiertos de barro, y gastaron mucha agua intentando limpiarse, agua que más tarde les faltaría.

Continuaron la marcha, y pronto se dieron cuenta de que el campo verde comenzaba a dar paso a una tierra reseca, presagio del desierto al que se dirigían. A diferencia del anterior, donde había vegetación baja y caza abundante, en este no se veía nada de verde en el horizonte, solo piedras, todo era gris.

Marchaban bajo un sol abrasador, con la temperatura rondando los cincuenta grados. Al final del primer día, se dieron órdenes de racionar el agua. Al segundo día, recibieron instrucciones de continuar marchando durante la noche y detenerse solo al amanecer.

Las noches eran frías y los días infernalmente calurosos.

Durante el día, dentro de las tiendas, las temperaturas eran insoportables, los soldados no podían dormir bien. Cuando comenzaban la marcha nocturna, estaban cansados e irritados. Surgían peleas y discusiones en las filas del ejército sin motivo alguno, y los hombres perdían la vida en estas peleas. Los asesinos eran ejecutados por un verdugo persa, quien les cortaba la cabeza frente al ejército alineado; los actos de indisciplina eran severamente castigados.

Petrus, en especial, se mostraba irascible. Intentaba pelear con cualquiera sin motivo aparente. Con mucho esfuerzo, sus compañeros lograban calmarlo. En una de las paradas, durante el almuerzo, estaban alrededor del fuego sirviéndose de una sopa aguada e insípida de hierbas y restos de venados que sacaban del caldero humeante. Laertes se acercó para servirse una porción y, sin previo aviso, Petrus avanzó contra él, dándole un violento golpe en la nuca que lo derribó al suelo inconsciente. Se necesitaron cinco hombres para dominar a Petrus, que insultaba y luchaba, diciendo que sus compañeros querían matarlo. Al final, tuvieron que atarle los brazos y las piernas y lo dejaron dentro de una tienda, desde donde se oían sus gritos amenazando con matar a todos.

El médico fue llamado y examinó a Petrus, quien estaba balbuceando palabras desconectadas. Su diagnóstico fue que el trastorno era causado por el calor excesivo, y debía darle mucha agua. Laertes solo sufrió una conmoción cerebral, y cuando despertó, quería cortar

la garganta de Petrus con su espada.

—¡Mono maniaco! ¡Estoy cansado de ti, te mandaré al Hades! —gruñó furioso, dirigiéndose a Petrus, que estaba semiinconsciente y completamente atado.

—Si te acercas a él, te clavo mi lanza en el pecho —amenazó Diomedes, apuntando con una lanza hacia Laertes.

—Pues ven —desafió Laertes con una sonrisa maligna, apuntándole con su espada.

—¡Basta! No quiero saber de peleas entre nosotros, guarden esa energía para los persas. ¿Olvidaron la pena capital por asesinato? —ordenó Georgios, irritado.

—Debe estar poseído por un demonio —sugirió Atreu.

—Solo tú puedes creer en esas tonterías —murmuró el sargento, aún molesto—. Y tú, Laertes, ve a pulir tu armadura o haz algo útil. Diomedes, trae agua para este idiota. Juro que, si se comporta así de nuevo, lo mando a decapitar.

Laertes salió molesto hacia su tienda, donde pasó el resto del día. Diomedes salió y regresó con dos odres llenos de agua. Arrojó uno sobre la cabeza de Petrus y lo obligó a beber el otro. Petrus despertó casi ahogándose con el agua. Juró que estaba tranquilo y fue liberado bajo la mirada desconfiada de sus compañeros. Se apresuró a pedir disculpas a todos, jurando por todos los dioses que no sabía lo que había sucedido. Fue hasta la tienda de Laertes para disculparse, pero salió corriendo cuando un odre vacío fue arrojado contra su cabeza.

Los soldados marchaban toda la noche, estaban cansados por no haber dormido lo suficiente durante el día, irritados y sedientos. Perseo caminaba como un sonámbulo, con los ojos fijos en la nuca de Atreu, que iba al frente. Caminaba con la mirada vacía, tratando de no pensar en nada. Varios soldados se apartaron de la columna y terminaron perdiéndose en la inmensidad del desierto. Los exploradores tracios enviados para buscarlos regresaron diciendo que habían sido tragados por la tierra reseca.

El agua y la comida estaban racionadas. Solo Diomedes consiguió un poco de pan en el campamento de los lidios que seguían a Ciro, y lo compartió con sus compañeros, quejándose de que la porción de harina valía una moneda de oro.

Los animales eran los que más sufrían. Los soldados intentaban dejar la mayor parte del agua para ellos, pues sabían que, si los animales de carga del convoy de suministros morían, las posibilidades de salir del desierto con vida serían nulas. Muchos animales murieron de hambre; el forraje era difícil de encontrar, los exploradores salían durante horas y, muchas veces, regresaban sin nada. La sed causaba aún más muertes.

Después de ocho noches marchando por el desierto, finalmente avistaron un oasis a lo lejos. Corrieron animados hacia el lugar con la esperanza de beber agua fresca y, quizás, hasta darse un baño. Los oficiales intentaban contenerlos, pero fueron ignorados. Los soldados sentían la frescura del agua al acercarse al oasis. Al llegar al lugar, entraron en desesperación. Un pelotón de peltastas que se había adelantado vomitaba violentamente a orillas del lago. En medio

de las palmeras datileras, los infelices, en la oscuridad de la noche, no vieron que el agua estaba envenenada. Dentro del lago, varios burros y bueyes muertos flotaban en avanzado estado de descomposición.

—¡Malditos persas! —gritó Perseo, desesperado.

—¿Qué esperabas? Estamos invadiendo su país —respondió Diomedes, resignado.

—Tú, que eres tan piadoso, Atreu, ¿por qué no rezas a los dioses para que nos manden agua? —sugirió Petrus de forma irónica.

—Los dioses no tienen nada que ver con nuestros problemas —respondió Atreu, ofendido.

—Cállense todos, cuanto más hablen, más sed tendrán. No quiero escuchar discusiones que puedan llevar a una pelea. Dejen a Atreu en paz con sus creencias —ordenó Georgios, irritado.

El oasis era grande, con un vasto bosque de palmeras y datileras que rodeaban el lago en su interior. Los soldados registraron el lugar, pero no encontraron agua potable, solo rastros de los persas. Acamparon allí para pasar el día. Algunos soldados, desesperados, bebieron del agua envenenada y se enfermaron, sufriendo una violenta diarrea que llevó a algunos a la muerte.

—Morir cagando no es lo que yo llamaría una muerte digna de un espartano —bromeó Diomedes con amargura.

Se dieron órdenes para un racionamiento aún mayor del agua. Los soldados tomaban un pequeño sorbo al amanecer y al anochecer. La comitiva del joven Ciro y el alto mando también sufrían con el racionamiento. Los oficiales caminaban al lado de los infantes, tirando de las riendas de sus caballos para ahorrarles esfuerzos.

La caballería tracia también marchaba, solo un pequeño número de exploradores era enviado al frente del ejército en busca de forraje para los animales, agua o señales de emboscada. El joven Ciro caminaba en la vanguardia como un simple soldado de infantería, su rostro estaba demacrado y su boca agrietada por la falta de agua, al igual que todos los demás.

Marcharon durante cinco noches más por el desierto, la situación era desesperante. Varios soldados no soportaron la caminata y cayeron en la arena fría. Sus compañeros trataban de levantarlos; algunos, con mucho esfuerzo, volvían a las filas, pero muchos eran abandonados.

Perseo caminaba con la mirada fija. Su mente vagaba, volviendo a los días de descanso en la agogé, cuando todos iban a bañarse en los ríos y cascadas de Esparta. Era asaltado por imágenes de los almuerzos festivos cuando su padre regresaba, el vino era abundante y fresco, y las frutas tenían un sabor maravilloso. Recordaba las travesuras de su infancia junto a Elana, la tarde de amor bajo el roble, su partida y el reencuentro en Atenas. Ahora deseaba haber permanecido en la ciudad, pero si no hubiera aceptado participar en la expedición, no habría conocido a Artemisia. Su corazón y mente estaban divididos entre las dos mujeres.

Cuando pensaba en la amazona, la desesperación aumentaba. *¿Dónde estaría? ¿Por qué habría actuado de esa manera? Debería haberle contado antes sobre Elana y mi hijo Hipócrates, pero no tuve el valor. Ahora temía haberla perdido para siempre.*

Perseo caminaba y meditaba. Había pasado años escuchando sobre los hechos heroicos de los soldados espartanos; Leónidas, Lisandro, su padre, todos valientes soldados. *¿Dónde estaba la gloria de la que los instructores en la agogé alardeaban? Si pudieran vernos ahora, arrastrándonos por las arenas del desierto, ¿qué dirían?* Pensó amargamente.

Su mente regresó a la noche en que mató por primera vez a un ser humano en Atenas, en esa ocasión no sintió remordimiento, estaba luchando por su vida. Recordó el asesinato de soldados dormidos en el pueblo de Liconia, luego los muchos muertos en las batallas que siguieron y la toma de la ciudad de Tarso. *¿Cuántos maté? ¿Cuántos eran padres, hijos, maridos, hermanos? Estaban defendiendo sus hogares de un ejército invasor y ahora estaban muertos, sus seres queridos desamparados.* Perseo comenzaba a avergonzarse de sus actos.

Los muertos desfilaban por su mente acusándolo; *¿por qué él seguía vivo y ellos no?* Perseo comenzó a delirar; Evandro caminaba a su lado, en lugar de sus ojos había dos monedas. Los rostros de los muchos que mató parecían mirarlo desde la oscuridad del desierto, llamándolo a unirse a ellos. Pensó en acostarse y esperar a la muerte, sería un final suave; dormir y nunca más despertar, pero recordó a Artemisia, la amazona nunca se habría rendido, y se obligó a dar otro paso. Parecía que siglos habían pasado y no solo unos días desde que entraron al desierto.

En ese estado febril, Perseo daba un paso tras otro, su escudo, casco y lanzas colgaban de su espalda y parecían pesar una tonelada, la correa de cuero de su morral con las escasas provisiones de viaje le cortaba la piel del cuello. Pensaba en el odre que llevaba dentro, solo quedaba un hilo de agua de la ración diaria, pero apartaba el pensamiento de él, debía guardarla para el día, cuando el sol estuviera en su apogeo y sudaran dentro de las tiendas.

De repente, Perseo ya no vio la nuca de Atreu, miró alrededor y no vio a nadie, se detuvo atónito. *¿Dónde está el maldito ejército?* Pensó mientras solo veía arena y piedras, la noche estaba sin luna, pero una miríada de estrellas brillaba en el firmamento iluminando el desierto. Intentó retroceder, pero no podía ver sus huellas en la arena, comenzó a caminar sin rumbo tratando de localizar al ejército en el horizonte. *¿Cómo pude haberme salido de la columna y perderme?*

¿Cuánto tiempo habré caminado divagando? Pensó sintiendo la garganta seca, se puso la mano en la frente y, a pesar del frío de la madrugada, sintió que ardía, lo que indicaba fiebre e insolación. Perseo siguió moviéndose, si paraba acabaría muriendo, caminó durante lo que parecieron horas, las constelaciones cruzaron el cielo, y en el horizonte un tono rosado presagiaba la llegada del alba.

El cansancio comenzó a vencerlo, si dormía bajo el sol del desierto no despertaría más. Perseo localizó una piedra y cavó un agujero a su lado, luego se enterró en la arena fresca, solo con su taparrabos. Temblaba de frío, pero sabía que cuando el sol naciera el calor sería insoportable. Usó su escudo y su túnica para improvisar una tienda, aún le quedaba un hilo de agua, pero temía usarlo, así que se acostó y durmió en intervalos cortos, despertando todo el

tiempo.

El sol salió y cruzó el cielo, alrededor del mediodía el calor era insoportable, pero al menos estaba relativamente protegido. Perseo bebió el último trago de agua que pareció evaporarse antes de descender por su garganta. Cuando la temperatura empezó a disminuir, salió de su refugio. *Debo encontrar el ejército o moriré,* pensó fatalista.

Perseo caminó tratando de encontrar sus huellas, pero no lo logró, estaba seguro de estar caminando en círculos, pero aun así caminó durante horas. El sol se puso y las estrellas aparecieron nuevamente en el cielo. Continuó moviéndose por pura fuerza de voluntad, sabía que si caía moriría. La madrugada avanzó, Perseo temblaba de frío, había perdido su escudo y su lanza, pero no recordaba cómo ni dónde, solo estaba con su túnica.

El espartano caminaba tambaleante, sin rumbo fijo, caía constantemente, lastimando sus manos y rodillas. Miraba a su lado y veía a su padre con expresión seria, sus ojos parecían decir: *¡Levántate!* Con mucho esfuerzo se levantaba, sabía que el amanecer se acercaba y debía buscar refugio, pero no podía razonar. Su vista se nubló y sintió como si estuviera cayendo por un precipicio. Su último pensamiento fue: *Voy a morir, Artemisia, te amo.*

Mientras se sumergía en la oscuridad del olvido, con un sobresalto, se dio cuenta de que la amazona había ganado la disputa por su corazón.

CAPÍTULO 44

Las amazonas recorrieron las tierras sirias durante varios días, cruzaron el río Araxes, pero no alcanzaron las tropas de Abrácomes; parecía que marchaban a un ritmo acelerado, sin atreverse a demorarse en los pueblos y ciudades más de lo necesario para reabastecerse.

Entraron en Arabia y cruzaron un desierto lleno de manadas de onagros, ciervos y perdices. Aprovecharon para cazarlos, así no tendrían que reabastecerse en las ciudades.

Llegaron al río Mascas, al otro lado se encontraba la ciudad de Corsote, una tropa de infantería y arqueros las esperaba en la orilla opuesta. Las amazonas se acercaron al río disparando sus flechas. Los soldados del otro lado respondían lanzando dardos y flechas, pero ellas retrocedían galopando fuera de su alcance para luego regresar y atacar de nuevo.

El combate duró mucho tiempo, hasta que los persas comenzaron a retirarse dejando una gran cantidad de muertos y heridos atrás. Las amazonas cruzaron el río utilizando sus monturas, y tras ejecutar a los heridos, entraron cautelosamente en la ciudad, que parecía abandonada. Solo encontraron a ancianos y enfermos en su interior.

Tras socorrer a sus hermanas heridas y cremar a las amazonas que murieron en la lucha, Artemisia optó por pasar la noche en la ciudad casi deshabitada, ya que la noche había caído y sus guerreras estaban exhaustas.

Sin embargo, antes de descansar revisaron el lugar. Las casas parecían haber sido abandonadas apresuradamente. Interrogaron a los pocos habitantes, quienes afirmaron que, unos días antes, los moradores fueron obligados a evacuar la ciudad. Solo aquellos muy ancianos o enfermos, incapaces de caminar, se quedaron atrás. Los jóvenes y hombres adultos fueron forzados a acompañar a los soldados, siendo avisados de que recibirían entrenamiento y deberían luchar por el rey Artajerjes.

Al día siguiente, las amazonas partieron al amanecer, dejando parte de su suministro con los desafortunados habitantes que quedaron atrás, advirtiéndoles que pronto Ciro llegaría a ayudarlos. Con sus bendiciones, partieron al encuentro de sus enemigos. Las amazonas que estaban demasiado heridas para cabalgar las observaron partir con lágrimas en los ojos, pero estarían bien cuidadas por los agradecidos moradores.

Artemisia luchaba, comía, dormía, despertaba, ocupaba su mente para no pensar en Perseo, pero con el paso de los días y con la distancia, logró pensar en él sin desesperarse.

Analizó fríamente sus sentimientos: *Perseo había tenido un hijo y amado a una mujer, ¿eso estaba mal? Yo misma no deseé sentir más que amor fraternal por Ciro, ¿incluso no lo besé? ¿Tampoco le conté a Perseo sobre esto ni sobre el hecho de que Ciro me había deseado como reina? ¿Fui demasiado intransigente?*

Artemisia había tenido un ataque de celos al imaginar a Perseo en los brazos de otra mujer. Él había tenido un hijo con ella, había pensado en abandonar todo por ella. *¿Lo haría él lo mismo por mí? ¿La amaba él? Si tuviera que elegir entre la madre de su hijo y yo, ¿quién elegiría?*

Era la primera vez que sentía celos, no estaba preparada para ese sentimiento. Era una sensación amarga saber que Perseo había amado a otra mujer con tanta intensidad. *¿Qué sentiría él por mí? ¿Sería solo deseo? Él había demostrado preocupación y había afirmado que, si sus compañeros regresaban a Grecia, se quedaría solo para estar a su lado, pero no dijo que la amaba.*

¿Y yo? ¿Qué sentía yo realmente por él? ¿Sería solo deseo o algo más profundo? Artemisia se sorprendía a veces soñando con vivir con Perseo en un lugar apartado, tener un hijo con él, aunque sabía que era imposible.

Lejos de Perseo, ella era la guerrera, la líder de las amazonas, fría e insensible como una comandante de tropas debía ser. Pero cuando regresaba a su lado, Artemisia se sentía como una mujer, libre de las preocupaciones de la guerra, aunque solo fuera por algunos momentos.

¡Artemisa! Guíame. Oró mentalmente, tratando de calmar su espíritu perturbado.

Con estos pensamientos confusos, continuaba la persecución de Abrácomes y Tisafernes. La guerra seguía su curso sin importarse con sus problemas.

Siguiendo las huellas de Abrácomes, llegaron a las puertas de un desierto.

—¿Vamos a entrar en el desierto? —preguntó Ikarnas mientras descansaban durante la noche y analizaban el mapa que Artapates les había dado.

—Este desierto es extenso y tiene pocos oasis. Si yo fuera Abrácomes, después de pasar por ellos, envenenaría las aguas —respondió Artemisia, pensando en las dificultades que Ciro y su ejército tendrían.

Las monturas serían las que más sufrirían con la falta de agua. Ella examinó el mapa, por las huellas, Abrácomes no estaba lejos, tal vez menos de veinte horas, pero ya habrían pasado el primer oasis.

—Vamos a rodear el desierto, tomaremos el sur y cruzaremos por esta carretera que corre por el contrafuerte de estas montañas, llegaremos al río Éufrates, luego subiremos de nuevo hacia el norte y llegaremos a Carmanda. Con un poco de suerte, tal vez podamos sorprender a Abrácomes al salir del desierto —decidió, mostrando el camino con la punta de su daga en el mapa.

Antes del amanecer del día siguiente ya galopaban hacia el sur. Pasaron algunos días rodeando el desierto, deteniéndose solo lo necesario para que los caballos descansaran, pero finalmente llegaron al río Éufrates y lo cruzaron. Luego giraron nuevamente hacia el norte hasta alcanzar la ciudad de Carmanda.

Las puertas estaban abiertas cuando llegaron, y con cautela inspeccionaron los alrededores de la ciudad. Los emisarios del gobernador se presentaron, afirmando que Abrácomes había pasado por ese lugar hacía menos de dos días, y que el gobernador esperaba a Ciro ansiosamente. *Abrácomes y Tisafernes habían escapado nuevamente*. Artemisia pensó, molesta.

Estaba inquieta, una sensación premonitoria y extraña la había acompañado desde que llegó al río Éufrates. Una intranquilidad en su alma, una angustia que no podía explicar. Sentía que Perseo estaba en problemas.

La amazona decidió entonces entrar al desierto. Según el mapa que Artapates le había entregado, había un oasis a unas seis horas de marcha, y cabalgando a toda velocidad podrían llegar en dos o tres horas. Según sus cálculos, Ciro debería estar acercándose a él, si había optado por seguir por el desierto, un camino más rápido, en lugar de rodearlo como ella había hecho.

Dejando la mayor parte de sus amazonas en la ciudad con instrucciones de preparar la llegada de Ciro, y con un escuadrón de treinta guerreras, Artemisia galopó hacia el oasis. Llegaron a media tarde, y a distancia vieron varios soldados agitados por su presencia. Era una fuerza pequeña, tal vez no más de cincuenta hombres, cuyas monturas pastaban en la hierba del lugar.

Antes de que tuvieran tiempo de montar, las amazonas ya estaban lo suficientemente cerca para disparar sus flechas. Los soldados corrían intentando alcanzar sus caballos, pero las guerreras los alcanzaron con sus flechas y pronto estaban galopando dentro del oasis, atropellándolos. Artemisia desenvainó su espada y se acercó a un soldado que corría entre los arbustos. Le asestó un golpe cortándole la espalda al pasar a su lado y siguió avanzando, alcanzando a otro que su caballo había atropellado.

Poco después no quedaba ni un solo soldado persa con vida. Las amazonas los sorprendieron justo cuando comenzaban a arrojar al pozo del oasis los cadáveres en descomposición de animales muertos desde hace algunos días. Sacaron los animales del oasis y quemaron tanto los cuerpos de los caballeros muertos como los cadáveres de los animales, y sus monturas servirían para alimentar a las tropas de Ciro cuando llegaran.

Las amazonas esperaron en el oasis, el corazón de Artemisia estaba angustiado. *¿Dónde estará Perseo y el resto del ejército?* La noche llegó y decidió que al día siguiente partiría en su búsqueda. Pero durante la madrugada, un escuadrón de caballería tracia llegó al lugar, felices de finalmente encontrar agua potable. El resto del ejército estaba a menos de tres horas de distancia, dijeron.

Artemisia esperó ansiosamente la llegada de las tropas. Avistó a los primeros soldados llegando, entre ellos estaba Ciro, quien venía caminando como un simple infante. El príncipe tenía la piel quemada por el sol y profundas ojeras alrededor de los ojos, sus labios estaban agrietados, y sus vestiduras, siempre elegantes, estaban arrugadas y sucias.

A su lado, varios generales caminaban, algunos cojeando, apoyados por soldados, otros como Artapates, caminando con orgullo por haber vencido el desierto. Artemisia corrió hacia Ciro ofreciéndole ayuda, pero él, con un gesto, la rechazó, caminando erguido y orgulloso,

aunque su rostro estaba agotado, como el de todos.

—Mi querida amiga —saludó con los labios agrietados—. Me alegra verte bien.

—Yo también, mi señor. La ciudad está preparada para recibirle —Artemisia lo acompañó hasta una tienda que algunos soldados habían montado rápidamente.

Una jarra de agua fresca estaba preparada, llenó un vaso de madera y se lo entregó en sus manos. Ciro bebió con avidez hasta casi ahogarse.

—¡Por Mitra! Pensé que no lo lograríamos —dijo con aire cansado.

Artapates entró en la tienda, tenía el cabello y la ropa mojados, como si hubiera nadado en las aguas del oasis. Artemisia aprovechó para relatarle la persecución de las tropas enemigas que seguían retrocediendo.

—Llegamos justo a tiempo para evitar que los soldados de Abrácomes envenenaran las aguas del oasis —relató observándolos.

—Sí, hicieron lo mismo en todos los oasis —dijo Artapates—. Pensé que íbamos a morir de sed, perdimos muchos soldados y animales en esa travesía.

—La ciudad está a unas seis horas de marcha —avisó.

Varios sirvientes entraron al lugar preparando una cama para Ciro, que casi se quedaba dormido sentado.

—Gracias, amiga mía. Creo que ahora dormiré un poco —dijo estirándose en el pequeño catre que los sirvientes habían preparado.

Artemisia salió de la tienda con Artapates. Los soldados de la guardia real ya estaban apostados alrededor de ella.

—¿Cómo fue la travesía? —preguntó ansiosa.

—Terrible, muchos soldados se perdieron en el desierto, algunos simplemente se rindieron cayendo en la arena. Marchábamos por la noche para escapar del calor infernal —el general miró al horizonte y al desierto que habían dejado atrás.

—¿Cómo les fue a los griegos? —preguntó, sin querer ser directa.

—Si quieres saber de tu amigo espartano, no puedo decirte nada, lo siento. Ellos también tuvieron muchas bajas —respondió con aire desanimado.

El corazón de la amazona se disparó. *¿Estará Perseo tendido sobre las cálidas arenas del desierto?* Pensó.

—Yo también iré a descansar, luego hablaremos con más calma —Artapates caminó hacia un árbol donde se apoyó y cerró los ojos, pronto comenzó a roncar bajo la mirada atenta de

sus centinelas.

Artemisia observó el movimiento de las tropas que seguían llegando, algunos oficiales organizaban filas para que todos tuvieran acceso al agua fresca del oasis. Recorrió el campamento buscando a las tropas griegas que se dispersaban alrededor del lugar, varias hogueras ardían iluminando la noche y el olor a carne asada se esparcía por el aire.

Finalmente encontró el campamento de los espartanos y avistó a Georgios a lo lejos. Al acercarse rápidamente, lo oyó regañar a un soldado que se mantenía erguido. Varios compañeros de Perseo estaban alrededor de él con miradas severas, pero él no estaba a la vista.

—¿No te diste cuenta de que tu compañero salió de la fila y entró en el desierto? —gritó Georgios casi pegando su rostro al del soldado.

—Lo siento, señor —respondió el joven con expresión infeliz.

—Te tocará el turno de centinela todas las noches hasta que yo considere que basta. Ahora, quítate de mi vista —ordenó Georgios, furioso.

Al volverse, Georgios se sorprendió al ver a Artemisia.

—¿Dónde está Perseo? —preguntó con el corazón angustiado.

—Perdido en el desierto —respondió preocupado, lanzando una mirada hacia el oeste, donde las arenas y las piedras se extendían hasta donde la vista alcanzaba.

—¡Por los dioses, no! —murmuró incrédula.

—¡Voluntarios para buscarlo! —pidió con voz alta Georgios, dirigiéndose a los soldados reunidos.

Atreu, Petrus, Laertes y Diomedes se ofrecieron inmediatamente. El resto desvió la mirada, como si se sintieran avergonzados.

—Laertes, tú estarás a cargo, pon a esos animales en fila —ordenó con desdén el sargento —. Atreu, Petrus y Diomedes, llenen nuestros odres de agua y consigan algunos suministros, regresaremos.

—Iré con ustedes —anunció Artemisia, ansiosa.

—No, Artemisia, es demasiado peligroso, ha pasado más de un día desde que Perseo fue visto por última vez en la fila, tendremos que regresar mucho —dijo intentando convencerla de quedarse.

—No lo entiendes, Georgios, no fue una solicitud, iré con ustedes o sin ustedes —lo miró fijamente.

—Como quieras —aceptó con una sonrisa a medias.

Después de llenar los odres de agua y conseguir algunos suministros, partieron adentrándose nuevamente en el desierto. Decidieron no llevar caballos, así podrían economizar agua; solo llevaban un burro para cargar el agua y los suministros, y, si Perseo estaba muerto, su cuerpo.

Caminaron durante horas, el amanecer llegó con un sol inclemente. Diomedes era un rastreador tan bueno como cualquier amazona, y con su ayuda encontraron las huellas de la columna del ejército. Durante horas escudriñaron las arenas, haciendo breves paradas para comer algo y beber agua. La noche llegó y, con la ayuda de antorchas, continuaron la búsqueda, hasta que finalmente Diomedes encontró una huella que se desviaba hacia la derecha del camino seguido por el ejército.

—Los dioses deben estar de su lado, si hubiera viento, estas huellas se habrían desvanecido —suspiró aliviado.

Caminó durante algunas horas, las huellas parecían indicar que alguien había caminado en círculos. Mientras Artemisia buscaba a Perseo, los recuerdos de sus encuentros invadían su mente. *¿Cómo pude haber sido tan cruel al despedirlo de mi tienda, cuando él solo mostró preocupación por mí? Después de todo, si no le gustara, ¿por qué intentaría convencerme de abandonar todo y marchar a su lado?* Oraba mentalmente para que las huellas fueran de él y que aún estuviera vivo. *¡Artemisa, cazadora! ¡Protégelo!*

La aurora apareció en el horizonte y pronto el sol comenzó a calentar la arena del desierto, la amazona comenzó a entrar en desesperación.

Afrodita, diosa del amor, perdóname, protégelo, no debe pagar por mis elecciones y ofensas. Oraba fervorosamente.

De repente, Diomedes gritó.

—¡Allí, cerca de esa duna! —apuntó emocionado.

Artemisia observó el lugar señalado, parecía ser un cuerpo tendido sobre la arena caliente del desierto, su corazón latía acelerado. Corrieron hasta el lugar, y cuando se acercaban vio un cuerpo boca abajo, vestido con una túnica sencilla.

¡Dioses inmortales, que sea él y que esté vivo! pensaba la amazona mientras se arrodillaba junto al cuerpo y lo giraba. Un alivio recorrió su cuerpo al ver el rostro de Perseo, estaba quemado, sus labios agrietados, su rostro cubierto de una costra de arena, pero parecía respirar lentamente.

—Déjame verlo —pidió Atreu tomando su pulso y poniendo su oído sobre los labios agrietados de Perseo— ¡Está vivo!

Atreu le dio dos golpes suaves en la cara tratando de despertarlo.

—¡Hombre afortunado! —rió Petrus.

Perseo sentía como si flotara en un vacío oscuro y frío. *¿Sería este el reino de Hades? ¿No habría sido merecedor de entrar en los Campos Elíseos?*

El espartano sintió su rostro arder y doler, de repente su visión regresó, abrió los ojos, pero la claridad lo hizo cerrarlos nuevamente, su cabeza le dolía, oía voces a lo lejos, pero no podía concentrarse para entender lo que decían. Abrió los ojos lentamente y logró enfocar, fijando su mirada en la amazona.

—¡Artemisia! —murmuró con un gruñido.

Artemisia sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, a su lado Atreu y Georgios se inclinaban sobre Perseo con expresión preocupada.

—Vamos muchacho, despierta —ordenó suavemente Georgios.

—Aún no ha llegado tu hora de conocer al barquero Caronte —dijo Atreu.

Perseo intentó hablar, pero las palabras no salían de su garganta reseca, sentía los labios agrietados y un gran cansancio.

—¡Bebe! —ordenó Diomedes colocando un odre en sus labios.

Perseo bebió con avidez, dejando que el agua fresca se deslizara por su rostro, pero inmediatamente vomitó.

—Con calma, Perseo —recomendó Georgios.

Volvió a beber, solo un pequeño sorbo, y pareció recuperar algo de ánimo.

—¿Puedes caminar? —preguntó Georgios.

El espartano asintió con un movimiento de cabeza e intentó levantarse, pero sus rodillas cedieron. Artemisia lo sostuvo antes de que cayera al suelo.

—Si no puedes, te cargo —avisó Petrus poniéndolo de pie.

—Pensé que esta vez nos libraríamos de ti —rió Diomedes.

—No me di cuenta de que habías salido de la fila —explicó Atreu con expresión culpable.

—Nadie lo notó —dijo Georgios.

Perseo intentó hablar, pero no pudo, esbozó una sonrisa torcida, miró a Artemisia mientras se apoyaba en ella y en Petrus. La amazona lo abrazó por la cintura y lo ayudó a dar los primeros pasos. Intentó decir que no era culpa de ellos, pero las palabras no salían, así que esbozó una sonrisa que más parecía una mueca. Miró a su alrededor y no vio al resto de las tropas. Se sintió avergonzado, sus compañeros habían regresado a buscarlo arriesgando sus propias vidas, cuando podrían haber continuado la marcha y él habría sido solo uno más,

abandonado en las arenas del desierto para morir.

Perseo miró a Artemisia. *¿Cómo había llegado ella hasta ese lugar?* Se sintió el peor de los espartanos, una furia contra su propia debilidad recorrió su cuerpo dándole fuerzas. Con un esfuerzo hercúleo, logró dar dos pasos bajo la mirada de sus compañeros y de la mujer que acababa de descubrir que amaba.

—Compañeros, les pido perdón por mi debilidad, si vuelvo a fallar les ruego que me abandonen, mi actitud no es digna de un espartano —murmuró tratando de mantener la voz firme, pero solo un bajo gruñido salió de su garganta.

—Estás lleno de mierda espartana —rió Petrus.

—¡No digas eso! —regañó la amazona preocupada.

—Vamos, el sol ya está avanzando y la temperatura se va a volver insoportable para caminar, estamos horas atrás del ejército —ordenó Georgios mirando al horizonte, donde el aire caliente hacía que la tierra temblara, el sol avanzaba por la mañana calentando la arena.

Caminaron durante dos horas, Perseo al lado de la amazona, ya que se negó a ser llevado sobre el asno. El corazón de Artemisia estaba aliviado, todo el dolor que sintió cuando él le contó sobre su primer amor y su hijo desapareció.

Cuando la temperatura se volvió insoportable, montaron una tienda en una duna y se acomodaron para esperar el crepúsculo. Diomedes pasó su odre lleno de agua para que todos bebieran.

Hicieron que Perseo se recostara colocando su cabeza en el regazo de Artemisia. Él la miró mientras ella acariciaba su cabello. Sus compañeros contaron lo que había ocurrido desde que llegaron al oasis donde ella los esperaba.

—Tuviste suerte de que el viento no cubriera tus rastros y que hayas caminado en círculos, si no jamás te habríamos encontrado — afirmó Atreu.

—Perdonadme de nuevo, estaba marchando con la vista fija en tu nuca, y mi mente divagó, cuando me di cuenta estaba perdido —respondió Perseo con expresión cansada.

—Es lo que siempre digo, pensar no es muy saludable —rió Petrus.

—¿Cómo llegaste al oasis? —preguntó Perseo sonriendo a la amazona.

—Cuando nos separamos, me encargaron localizar a Abrácomes. Cabalgamos hasta la entrada del desierto siguiendo su rastro, nuestros caballos no resistirían una persecución en su interior, por eso rodeamos el desierto lo más rápidamente posible y llegamos a las orillas del río Éufrates. Avistamos la ciudad de Carmanda al otro lado del río, mis exploradoras informaron que Abrácomes ya la había cruzado, sabíamos que había un oasis a medio día de marcha de la ciudad, retrocedimos hasta el oasis y sorprendimos una compañía persa de Abrácomes preparándose para envenenar los pozos, matamos a todos y esperamos. Cuando Ciro y el ejército

llegaron, te busqué, algo en mi corazón me decía que estabas en peligro, sentía una inquietud en el alma, una inquietud que no sabía explicar, encontré a tus compañeros de partida para rescatarte y vine junto —respondió mientras seguía acariciando el cabello del espartano.

Perseo sonrió débilmente y terminó durmiendo. Artemisia lo observó mientras dormía, su rostro se contraía constantemente como si estuviera teniendo una pesadilla, y ella acariciaba su cabello, lo que lo tranquilizaba.

Dioses, ¿qué me ocurría? No podía enamorarme, no debía enamorarme, mi destino era servir a Ares, el dios de la guerra, era vengarme de Tisafernes, que asesinó a mi padre adoptivo, era vengarme de los hombres que destruyeron mi vida, aunque aún no hubiera descubierto quiénes eran. Estar con Perseo debilitaba mi voluntad.

Afrodita me había maldito, cuando pensé que Perseo estaba muerto en el desierto sentí un dolor profundo en mi alma, como si un pedazo de ella fuera arrancado. Pensar que no vería más su sonrisa, que no lo tendría más entre mis brazos, que no sentiría su cuerpo junto al mío, era un destino peor que la muerte. Pero no podía condenarlo a seguir mi camino de venganza, ese sendero solo me llevaría a la tragedia y tal vez a la muerte.

No, no condenaría a Perseo, lo quería demasiado, debía regresar a su patria, reencontrarse con su primer amor y su hijo, y vivir pacíficamente con ellos, ser feliz lejos de los horrores de la guerra.

Eso fue una advertencia de la diosa, si él continuaba a mi lado, si egoístamente lo mantenía conmigo, su destino sería la muerte.

Cuando el crepúsculo se acercó, desmontaron la tienda y reiniciaron la marcha. Perseo parecía más fuerte y caminaron toda la noche, con una pequeña parada para engullir un pedazo de pan duro de campaña y beber agua.

Al amanecer avistaron fogatas en el horizonte, habían encontrado al ejército. Al acercarse, oyeron el bullicio de los soldados celebrando en el oasis.

Artemisia oró mentalmente agradeciendo a los dioses. Perseo está vivo, pero yo estoy decidida a dejarlo partir.

CAPÍTULO 45

El ejército salió del desierto y se reencontró con el río Éufrates; al otro lado de la orilla se alzaba la ciudad de Carmanda, una ciudad grande e imponente. El gobernador local envió emisarios con presentes para Ciro y juramentos de amistad y lealtad.

Perseo aún estaba debilitado y, a pedido de Artemisia, fue autorizado por Georgios a quedarse en compañía de la amazona. Su tienda era pequeña, pero cómoda. En una estructura de madera colgaban sus armas; sobre una estera en el suelo, unos cojines servían de cama. Bacias y jarras de bronce contenían agua fresca y frutas.

A pesar de su decisión de dejarlo partir, Artemisia se preocupaba por él y esperaba el momento adecuado para decirle que no quería volver a verlo, que él debía seguir su propio camino y ella el suyo, aunque eso le partiera el corazón.

Tras un baño en una tina con agua caliente, en el cual Artemisia lo ayudó a lavarse, Perseo durmió todo el día, en un sueño profundo y sin pesadillas, mientras la amazona lo observaba durante horas, a menudo acariciando su rostro, ahora quemado por el sol y con los labios aún agrietados, como si intentara grabar la fisonomía del espartano en su mente. Sabía que cuando lo obligara a partir, jamás lo olvidaría.

Cuando él finalmente despertó, a la mañana siguiente, tenía hambre. La amazona había dejado en una pequeña mesa carne y frutas. Se habían distribuido suministros entre el ejército, y el gobernador se había mostrado encantado de someterse a Ciro, ofreciendo una gran variedad de víveres.

Gracias a Artemisa, había sobrevivido al desierto; si hubiese sucumbido, nunca me habría perdonado por haberlo echado de mi tienda, pensó la amazona, mientras lo observaba divertida al ver cómo comía con la voracidad de un lobo hambriento.

—Temí perderte.

—Y yo, temí no volver a verte nunca —respondió Perseo, tragando un trozo de carne.

Ambos se miraron fijamente. Perseo se levantó y se acercó a Artemisia.

—Perdóname por la explosión del otro día —se disculpó la amazona, sin apartar la mirada.

—No hay nada que perdonar. Debería haberte contado sobre Elana y mi hijo. Cuando estaba solo en el desierto, al borde de la muerte, en el momento en que me desmayé, cayendo en la oscuridad, mi último pensamiento fue para ti. En ese instante comprendí que te amaba —respondió Perseo, sosteniendo la mirada de la amazona.

Artemisia desvió la mirada; no podía mirarlo, de lo contrario se lanzaría a sus brazos. Su declaración había sacudido los cimientos de su alma. Con esfuerzo, controló sus manos para que no temblasen. Cogió una manzana de la mesa y la hizo girar entre sus dedos. *Dioses, no me hagáis esto,* oró mentalmente, intentando dominar la extraña felicidad que sentía tras oírlo decir que la amaba, aunque ya había decidido hacerlo partir. Pero estaba determinada a impedir que Perseo siguiera su camino de venganza, aunque tuviera que herirlo.

—¡No digas eso! No arruines lo que tenemos. Piensas que es amor, pero no es más que afecto y sexo. Soy una guerrera amazona; no hay lugar para el amor en mi vida, no tengo tiempo para esas tonterías —respondió la amazona, mirando la fruta que giraba en su mano.

—Te amo, Artemisia. Dime que no sientes lo mismo por mí, dime que para ti solo es afecto y sexo —la desafió, tomándola del rostro y obligándola a mirarlo.

La amazona sostuvo su mirada en silencio. *Ares, dame fuerzas para no lanzarme a sus brazos*, oró mentalmente. Percibió el dolor en el semblante y en la mirada del espartano, un dolor del alma y no del cuerpo. Perseo la soltó, irritado, y salió de la tienda sin mirar atrás. A pesar del impulso de Artemisia por detenerlo, no intentó impedírselo.

Al verlo alejarse, cayó de rodillas al suelo y cubrió su rostro con las manos; lágrimas silenciosas bañaron su rostro. *¡Dioses! ¿Qué he hecho?*, pensó. *Me dijo que me amaba, y sé que es sincero, pero lo rechacé, y lo peor es que tal vez estoy enamorada de él.*

Después de un rato, Ikarnas apareció y le avisó que Ciro la convocaba a una reunión. La amazona se recompuso, secando sus lágrimas; no podía permitir que sus sentimientos interfiriesen con su deber hacia su rey.

Acompañada de Ikarnas y de otras nueve amazonas, se dirigió al lugar donde Ciro estaba hospedado, en un ala del palacio del gobernador, ubicado en una colina en la ciudad, al otro lado del río.

Cruzaron el río con sus monturas a través de balsas. El movimiento de soldados griegos y persas era intenso en el puerto improvisado; comerciantes gritaban anunciando sus productos, y una mezcla de olores invadía las fosas nasales. Las calles de Carmanda también estaban abarrotadas, y las amazonas tenían que tener cuidado de no atropellar a nadie mientras avanzaban al trote hacia el palacio, en la parte alta de la ciudad.

Al llegar, fueron recibidas por soldados de la guardia real, que ahora se apostaban como centinelas en las puertas. Un oficial se acercó y, al reconocer a Artemisia, les permitió entrar en el gran patio exterior.

Mientras desmontaban, apareció Artapates sonriendo; Artemisia no lo veía desde el día en que él había llegado con Ciro al oasis. Parecía haberse recuperado de las dificultades del desierto.

—Amiga mía, qué placer volver a verla —saludó con una reverencia—. Me alegró saber que su amigo espartano fue encontrado.

Artemisia se sonrojó intensamente; parecía que Artapates sabía todo lo que ocurría en el ejército en movimiento y más allá.

—Gracias —respondió, algo avergonzada, pensando en Perseo. ¿Me estará odiando?

—Venga, Ciro nos espera —la invitó, guiándola hacia el interior del palacio.

El lugar era amplio, y varios de sus pasillos estaban iluminados por ventanas que dejaban entrar la luz. En las paredes, antorchas sujetas con soportes de hierro servían para iluminar el lugar durante la noche.

Llegaron a un salón espacioso; Ciro estaba sentado en la silla que debía pertenecer al gobernador local. Una gran mesa rectangular ocupaba casi toda la estancia. Sobre ella, un extenso mapa de piel de buey estaba desplegado; Artemisia ya lo había visto antes: en él estaban marcadas todas las ciudades y rutas desde Sardes hasta Susa.

Oficiales persas rodeaban la mesa, discutiendo; entre ellos estaban Orontas, Arieo y otros. Al verla, Ciro se levantó y se dirigió hacia ella con los brazos extendidos.

—Mi Artemisia —la saludó con una sonrisa.

—Mi señor —respondió ella, también sonriendo—. Me alegra verlo recuperado.

—Sí, gracias a usted. Si ese oasis hubiese tenido sus aguas envenenadas, habría perdido la mitad de mi ejército —sonrió mientras la acompañaba hacia la mesa—. Estamos cerca de Susa y, hasta ahora, mi hermano no ha ofrecido combate.

Artemisia siguió las discusiones estratégicas mientras Ciro planeaba avanzar directamente hacia Susa. Mientras los oficiales discutían, ella se perdió en sus pensamientos.

¿Dónde estaría Perseo? ¿Se habría resignado? ¿Estaría herido? A cada momento, sus palabras resonaban en su mente; nunca había oído a nadie decirle que la amaba, ni siquiera Ciro lo había dicho. La amazona recordaba la expresión de dolor en los ojos de Perseo cuando guardó silencio, aunque en su interior gritara que también lo amaba.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. *¡Amor! Estoy irremediablemente enamorada. Entonces, ¿esa inquietud en el alma, ese deseo de estar junto a alguien es eso el amor? ¿Era este uno de los misterios de Afrodita? Ares, perdóname* —rogó—, *pero no sé si tendré fuerzas para arrancar este sentimiento de mi espíritu.*

La reunión duró todo el día, había que organizar el abastecimiento de las tropas; muchos soldados estaban agotados por el viaje a través del desierto y necesitaban descanso, además de otras cuestiones prácticas. Ciro quería partir de inmediato, pero fue convencido de quedarse al menos tres días más para reunir todos los suministros y permitir que las tropas descansaran.

Al final del día fueron liberados, aunque la noche siguiente debían asistir a un banquete ofrecido por el gobernador local, tras lo cual el príncipe regresaría al campamento. Hasta entonces, todos debían alojarse en el palacio.

Por la noche, Artemisia cenó con Ikarnas en la cocina, pese a la invitación de Ciro para que se uniera a él y a algunos oficiales en una cena privada. La amazona alegó estar cansada, y en verdad estaba mentalmente exhausta.

Ikarnas notó su estado de ánimo. Era la mejor amiga de Artemisia, y por eso la amazona decidió contarle que, sin quererlo, se había enamorado de Perseo. Ambas se sentaron en el muro que rodeaba el palacio con un odre de vino; desde allí podían ver el río a lo lejos. La luna se reflejaba en sus aguas oscuras, la ciudad estaba iluminada por antorchas, y una brisa nocturna refrescaba el calor de la noche.

Ikarnas, tras escucharla en silencio, dio un sorbo de vino de su copa.

—Cuando era joven y ya había sido iniciada como amazona, conocí a un joven de mi aldea —comenzó, mirando hacia el río a la distancia—. Me enamoré perdidamente de él, y él de mí; pero Himosia, que entonces ya era líder, me dijo que debía elegir: serviría a Ares o a Afrodita.

Artemisia la observó en silencio; su amiga siempre había sido introspectiva, y esta era la primera vez que Ikarnas compartía algo tan íntimo.

—Mantis era su nombre. Tenía muchos sueños, no quería quedarse en la aldea; quería conocer el mundo más allá de Escitia y me pidió que me uniera a él —continuó—. Pero yo era una amazona recién iniciada, algo que siempre había deseado, algo para lo que había entrenado y me había preparado. Traté de convencerlo de quedarse en la aldea; podríamos ser amantes, y, quién sabe, cuando el deseo de ser madre me dominara, nos casaríamos.

Los ojos de Ikarnas brillaron un instante mientras recordaba su pasado.

—Pero tuve miedo. Miedo de lo que sentía por él, miedo de los misterios de Afrodita, y no acepté su propuesta. Tampoco le dije nunca que lo amaba —concluyó, bebiendo el líquido de su copa.

—¿Qué sucedió con él?

—Siguió su camino y se fue de Escitia; nunca volví a verlo. Lo único que puedo decir es que me arrepentí de no haberlo seguido; fue el único hombre al que amé en la vida. Por eso te digo, si amas a Perseo, díselo —concluyó, llenando las copas de vino de nuevo.

Pasaron casi toda la noche sentadas en ese muro, bebiendo y conversando sobre sus vidas. Cuando se retiraron, el alma de Artemisia estaba más tranquila; había decidido decirle a Perseo que lo amaba. *Que los dioses me perdonen por mi egoísmo, pero no quiero renunciar a*

este amor.

CAPÍTULO 46

Perseo salió de la tienda de Artemisia enfadado. No la comprendía; ella había arriesgado su vida para rescatarlo en el desierto, se había irritado cuando él le contó sobre Elana y su hijo, y ahora, después de que él le declarara sus sentimientos, decía que no sentía lo mismo.

Volvió al campamento y fue recibido alegremente por sus compañeros.

—¿Cómo estás, Perseo? —preguntó Georgios.

—Estoy bien —respondió, intentando disimular su irritación.

El sargento lo miró con suspicacia; nada se le escapaba a su mirada.

—Muy bien, quiero que mañana temprano vayas al mercado de la ciudad, al otro lado del río, junto con Diomedes y Petrus, para comprar provisiones —ordenó.

Perseo asintió con la cabeza y entró en su tienda, donde pasó el resto del día perdido en sus pensamientos. Durante la noche, se negó a compartir la cena con sus compañeros, alegando que todavía estaba muy cansado.

Se despertó al amanecer, no había dormido bien pensando en Artemisia. La mañana estaba fresca, y se unió a sus compañeros para el desayuno. Estaban comiendo cuando Georgios, que había estado en la tienda de mando del regimiento, regresó y se dirigió a él:

—Perseo, compra provisiones para el pelotón. Estos dos —señaló a Petrus y Diomedes— irán contigo para ayudarte con las compras. No se metan en problemas en la ciudad. Tú estás a cargo de las compras y de guardar el dinero; compra legumbres, frutas y carne.

Entonces, le lanzó una pequeña bolsa con monedas, que Perseo atrapó en el aire.

—No se metan en líos y vuelvan en cuanto hayan comprado las provisiones —le advirtió Georgios, dirigiéndose a Diomedes.

—Así me ofende, señor —respondió Diomedes con una gran sonrisa.

—Seremos auténticos guardaespaldas —juró Petrus con aire serio.

Georgios rodó los ojos y se marchó.

Se prepararon para partir, llevando solo las espadas en sus cinturas; el resto del equipo quedó en el campamento, ya que la ciudad se consideraba amistosa.

Se dirigieron hacia el río, y apenas se habían alejado del campamento cuando Diomedes le quitó la bolsa de dinero de las manos a Perseo.

—Eres muy niño para tener semejante responsabilidad —rió—. Primero mojaremos la garganta con vino y luego apostaremos algunas monedas para duplicar nuestro dinero.

—Después, buscaremos un burdel —añadió Petrus, riendo de forma lasciva.

—Me vais a meter en problemas —suspiró Perseo, resignado.

—Solo si tu amazona se entera —rió Diomedes, guiñándole un ojo.

—No soy su esclavo, y me dejó claro que solo me quiere para una cosa —respondió malhumorado.

—Muchacho, deberías agradecer a los dioses; bien que me gustaría que una amazona como ella abusara de mí —se carcajeó Diomedes.

Perseo no respondió, estaba irritado con Artemisia. Había abierto su corazón y expuesto sus sentimientos, creía que ella sentía lo mismo por él, pero parecía haberse equivocado.

Siguieron por el sendero hasta llegar a la orilla del río Éufrates, donde había un pequeño puerto. Numerosas balsas cruzaban ese punto hacia la ciudad del otro lado. Las pocas embarcaciones disponibles eran muy codiciadas, todos querían la oportunidad de ir al mercado

en la ciudad; era una ruptura en la monotonía de las largas marchas diarias y una oportunidad para divertirse.

Un capitán tebano, al mando de varios soldados de infantería, intentaba organizar el embarque, obligando a todos a formar fila.

Perseo y sus compañeros se pusieron en la fila a esperar su turno. Para pasar el tiempo, Diomedes sacó sus dados, se sentó en una piedra y anunció:

—¡Vamos, señores, vamos a ver quién agracia la diosa de la fortuna hoy! Hagan sus apuestas, aceptamos cualquier moneda, incluso las persas, el oro es bienvenido y bien valorado —proclamó, mostrando su enorme sonrisa.

Varios soldados se acercaron con miradas desconfiadas, especialmente hacia Petrus, que se había colocado detrás de Diomedes, sosteniendo un garrote de forma amenazante.

El juego transcurrió sin problemas, las monedas cambiaban de lado con gran velocidad. Diomedes parecía ser el único que nunca perdía, la pila de monedas en la bolsa destinada a comprar provisiones aumentaba considerablemente.

Cuando dijeron que era su turno para cruzar el río, Diomedes dio por terminado el juego y recogió las ganancias. En ese momento, un soldado ateniense de la compañía del general Menón protestó:

—¡Esos dados están trucados! —rugió, intentando arrebatar la bolsa de monedas de las manos de Diomedes.

Rápido como un rayo, Petrus asestó un golpe en la cabeza del soldado, quien cayó desmayado. Tres de sus compañeros se levantaron y avanzaron furiosos. Diomedes guardó la bolsa dentro de su túnica y asestó una violenta patada en las piernas de uno de los soldados que intentaban sujetarlo. El infeliz cayó al suelo gritando de dolor, sosteniéndose la pantorrilla herida.

Petrus, con su fuerza descomunal, agarró a los dos soldados restantes por el cuello y los arrastró hasta el río, arrojándolos violentamente al agua. Perseo desenvainó su espada y la apuntó hacia los varios soldados que observaban la pelea. Ellos solo miraron, se encogieron de hombros y se apartaron.

Se dirigieron hacia la balsa, pero un teniente de las tropas del general Menón, acompañado de cinco peltastas armados con pequeños escudos y dardos, se acercó exigiendo que Perseo y sus compañeros entregaran sus armas.

—¿Cómo se atreven a atacar a mis hombres? —gritó el teniente.

—Ellos atacaron primero, señor —respondió Perseo.

—Entreguen sus armas y acompáñenme, vamos a ver qué tiene que decirnos el general Menón sobre esto —ordenó el teniente, con una sonrisa maliciosa.

—Que te jodan —respondió Diomedes—. No somos tus soldados y estamos bajo el mando del general Clearco.

—¡Motín! ¡Agarren a estos hombres! —gritó el teniente, dirigiéndose a sus soldados.

Diomedes y Petrus desenvainaron sus espadas y, junto con Perseo, formaron una línea con las espaldas hacia el río.

—Si quieren nuestras armas, vengan a por ellas, malditos atenienses —gruñó Diomedes, mostrando una sonrisa asesina.

En el momento en que el oficial iba a dar la orden, el general Clearco se acercó al puerto montado a caballo, acompañado de otros cinco jinetes tracios. Había oído la discusión y, al acercarse al oficial, le asestó un golpe en la cabeza con el cabo de su espada. El teniente cayó al suelo con un gemido, y sus compañeros miraron sorprendidos al general, quien, de forma

imperiosa, ordenó:

—Llévense a su oficial de vuelta. Si tienen alguna queja, que Menón venga a buscarme.

Los soldados cargaron al teniente inconsciente de vuelta al campamento del ejército griego.

Clearco entonces se dirigió a Diomedes con una sonrisa irónica:

—Entonces, ¿robas mucho en los dados, ratón de alcantarilla? Voy a la ciudad para participar del banquete en honor a su alteza, Ciro. Busca la mansión del gobernador, un oficial mío estará en la puerta, y tú y tus compañeros podréis asistir al banquete como parte de mi escolta.

—Sí, señor, será un honor —respondió Diomedes, haciendo una displicente reverencia y mostrando su sonrisa de hiena.

Clearco se alejó en dirección a una balsa destinada a los oficiales, sonriendo, mientras Perseo y sus compañeros se dirigían a la zona común de los soldados. Cruzaron el río en una balsa que excedía su capacidad segura, balanceándose peligrosamente durante la travesía, pero finalmente llegaron al otro lado junto con otros cincuenta soldados griegos.

El pequeño puerto estaba muy concurrido. A su alrededor había una serie de almacenes donde se almacenaban productos que luego eran transportados río arriba en balsas. Los edificios estaban custodiados por soldados locales.

Los vendedores persas ofrecían sus productos, que estaban esparcidos por el suelo: peces, frutas y carnes con moscas verdes enormes revoloteando a su alrededor. Un grupo de casas y tabernas de aspecto sucio se extendía a lo largo de la carretera de tierra que llevaba a la ciudad, la cual se encontraba en una pequeña colina, no muy lejos de la orilla del río, rodeada por grandes murallas.

Cientos de soldados griegos caminaban por el lugar, muchos de ellos cargados con víveres comprados en el mercado. Intentaban conseguir un lugar en las balsas que en breve volverían al otro lado del río.

Un capitán al mando de una compañía de hoplitas intentaba organizar el embarque, pero la confusión era enorme; los barqueros maldecían a los soldados que se resistían a salir de la ciudad, los mercaderes persas ofrecían sus mercancías en un último intento de vender sus productos, y mujeres fuertemente maquilladas y con velos cubriéndoles la cabeza se insinuaban a los soldados, prometiéndoles los placeres de la carne.

El olor era insoportable, una mezcla de excrementos, comida, especias y perfumes.

Diomedes se acercó a un arquero cretense y cambiaron algunas palabras, mientras Perseo y Petrus observaban el ajetreo.

—Muy bien, amigos, todo solucionado —dijo Diomedes, riendo al regresar—. Nuestro colega allá, por una pequeña moneda, va a avisar a Georgios que no regresaremos hasta mañana. También nos indicó la mejor taberna y el prostíbulo de la ciudad.

Perseo se sonrojó como una manzana, lo que hizo que sus amigos se rieran.

—Vamos, chico, ánimo —se burló Diomedes—. Quién sabe, tal vez hoy dejes de ser un niño y te conviertas en un hombre.

Perseo pensó en Artemisia y Elana. La primera había despreciado su amor, la segunda estaba casada. *¿Por qué no puedo acostarme con otras mujeres?* pensó, irritado. *Puedo morir en el próximo combate.* La certeza de la muerte le hacía desear vivir aún más plenamente, pero esa idea pronto desapareció. Sabía que no podría traicionar a la amazona; aún tenía esperanzas de volver a verla.

Diomedes los condujo, salieron del puerto y entraron en un barrio pobre. Casas de

madera o barro se esparcían sin ningún orden aparente. Por las puertas abiertas se veían mujeres con velos que dejaban solo los ojos al descubierto, niños desnudos y calvos corrían por los callejones, chapoteando en el barro. Llegaron a los muros de la ciudad y localizaron una de las puertas. Los guardias persas los observaron, pero no hicieron intención de detenerlos.

Entraron en la ciudad, las viviendas comenzaron a mejorar. Todas eran de ladrillo y pintadas de blanco, resultado de la aplicación de cal en sus paredes. Caminaron casi una hora y entraron en un barrio donde las tabernas y posadas predominaban. Por las puertas abiertas se escuchaba el bullicio alegre de personas borrachas, mujeres semidesnudas se insinuaban desde las ventanas.

Finalmente llegaron a una gran taberna. Cómo Diomedes había encontrado el camino solo con la indicación del arquero cretense era un misterio, pero la verdad es que podía encontrar comida y ropa, aunque lo arrojaran desnudo en medio del desierto.

El lugar era amplio, con una gran puerta doble de madera, custodiada por dos gigantes mal encarados con cimitarras a la cintura, negros como la noche. Al acercarse, gruñeron algo en su lengua desconocida.

—¡Au, au! Para ustedes también, abran paso a los conquistadores griegos, perros pulgosos —ordenó Diomedes, riendo, mientras agitaba su bolsa de monedas, haciendo sonar el metal en su interior.

Los dos guardias abrieron el paso y los tres entraron. Fueron recibidos por una nube de humo: tabaco persa, olor a comida y especias, perfumes femeninos y sudor masculino luchaban por prevalecer. El lugar era amplio, con un gran mostrador en el rincón derecho, donde el dueño y sus sirvientes atendían los pedidos de bebidas y comida. Numerosos candiles de barro colgaban de cadenas en el techo, iluminando el lugar.

Esparcidas por el salón, había diversas mesas bajas rodeadas de cojines, donde grupos de soldados griegos, persas y lugareños discutían animadamente, jugaban a los dados, bebían o comían las comidas servidas. Mujeres insinuantes circulaban por el ambiente con ropas transparentes que dejaban entrever los pechos. Sus cabellos cubiertos por velos dejaban solo los ojos, pesadamente maquillados, al descubierto. Algunas se los quitaban rápidamente, mostrando los dientes en una especie de sonrisa.

—¡Ah, el Olimpo! —rió Diomedes—. Aprovechemos, chicos, nunca sabemos lo que Zeus nos depara para mañana.

—Yo sé lo que Zeus me depara —rugió Petrus— ¡Dinero y vaginas! —rió mientras agarraba a una matrona que pasaba cerca de él.

La mujer soltó una risita y simuló una defensa que no convenció a nadie, arañándole y golpeándole la cara, mientras murmuraba algo en persa.

—Dijo que eres un hombre guapo —rió Diomedes.

—No sabía que entendías persa —Perseo se sorprendió. Diomedes era un hombre lleno de sorpresas.

—Hay muchas cosas que no sabes —guiñó un ojo de manera maliciosa.

—No importa lo que dijo, voy a mostrarle mi lanza espartana —rió Petrus, arrastrando a la mujer hacia el fondo del salón, donde una matrona, bajo la mirada vigilante de otro guardia negro, controlaba la entrada de las mujeres y sus clientes.

—Vamos, chico, vamos a comer y beber, luego jugar y follar —rió Diomedes, arrastrando a Perseo hacia una mesa donde algunos griegos bebían y jugaban a los dados.

Se sentaron con el grupo compuesto por dos soldados atenienses, un tracio y un corintio, quienes los recibieron alegremente. Diomedes apostó varias veces, ganando y aumentando sus

ganancias, mientras Perseo, tímido, apostó solo un *lepton*[105]. No se atrevía a gastar el dinero de los suministros y no había traído sus ahorros para evitar ser robado. En la primera ronda, perdió lo que había apostado y se conformó con observar el juego.

Diomedes le ordenó a Perseo que pidiera comida y bebida, arrojándole unos *dracmas*[106]. Perseo se dirigió al mostrador, donde fue atendido por un joven con un anillo en el cuello, lo que indicaba que era un esclavo. A pesar de no entender griego, Perseo logró hacerse entender mediante gestos y mímicas, consiguiendo un jarro con algo que parecía vino y un gran trozo de cerdo con verduras servido en una bandeja de barro, que llevó a la mesa.

Mientras Diomedes jugaba, Perseo observaba el ambiente. La ciudad debía estar haciendo fortuna con el ejército del joven Ciro; el lugar estaba lleno de soldados de todas las nacionalidades que componían sus fuerzas. El dinero circulaba rápidamente. Diomedes ya había acumulado una gran cantidad de monedas y se reía mucho, mientras jugaba y contaba anécdotas y pasajes divertidos de su vida a los demás soldados, quienes parecían estar borrachos.

De repente, un tumulto estalló en el fondo del salón. Una mujer desnuda salió gritando desde el interior de la taberna, atropellando a la matrona y al guardia que controlaban la entrada. Justo detrás de ella, Petrus, gritando como un loco, irrumpió en el lugar, completamente desnudo.

—¡Vuelve aquí, bruja! ¡Quiero lo que es mío por derecho! —rugía mientras corría tras la desafortunada mujer.

Dos fornidos sirvientes salieron de la cocina armados con hachas de cortar carne. Los guardias que estaban en la puerta entraron al escuchar los gritos, con las cimitarras en las manos. El vigía que Petrus había derribado se levantó, furioso, y todos se dirigieron hacia él de forma amenazante.

Nuestro compañero rugió como un oso herido cuando vio que los guardias se acercaban y soltó a la mujer que había alcanzado. Ella aprovechó la oportunidad y huyó aterrada hacia el interior de la taberna.

—¡Que vengan, hijos de una puta persa! —gritó— ¡Nadie me va a impedir mi ración de coño!

Los guardias se lanzaron contra Petrus, quien acertó el primer golpe de forma violenta en la barbilla, derribando al primero al suelo, dejándolo inconsciente. Los otros tres saltaron sobre él intentando inmovilizarlo, pero el espartano parecía dominado por la furia y poseía la fuerza de un Hércules, por lo que los arrojó lejos con facilidad.

Varios persas que estaban en el lugar se levantaron, gritando amenazas mientras avanzaban hacia Petrus. Perseo y Diomedes se unieron a la lucha, arrojando jarros de barro llenos de bebida sobre las cabezas de los persas. Los soldados griegos, al ver que un compatriota estaba siendo agredido, avanzaron y se unieron al enfrentamiento, lo que desató una pelea generalizada.

Una mujer que había sido derribada por un griego agarró a Perseo por la pierna e intentó morderle la pantorrilla. Él le propinó un puñetazo en la nuca, dejándola inconsciente. Diomedes pateó los genitales de uno de los guardias en la puerta, haciéndolo gritar de dolor.

Petrus, usando a un persa al que había agarrado por los pies, lo empleó como un bastón, girando al hombre y golpeando a cualquiera que se acercara. Incluso las prostitutas se unieron a la lucha, mordiendo y arañando a todos los que llegaban a su alcance, sin discriminar nacionalidades. Los platos de comida y vino volaban por los aires, estrellándose contra las cabezas de los incautos o contra las paredes, mientras el alboroto era ensordecedor.

Sin saber cómo, Perseo fue repentinamente tirado hacia fuera de la taberna por Diomedes

y Petrus, y los tres corrieron lejos del lugar justo a tiempo, ya que se cruzaron con una tropa de guardias de la ciudad que se dirigía al local.

Riendo mucho, continuaron corriendo. Diomedes, que parecía conocer la ciudad como si hubiera nacido allí, los guiaba por calles y callejones. Las casas pobres fueron dando paso a palacetes. De repente, se encontraron en un barrio noble en la parte alta de la ciudad. Jadeando, se detuvieron en un jardín, donde los nobles y sus compañeras paseaban, disfrutando del frescor del final del día. Los miraban con una mezcla de desprecio, repugnancia y miedo. No era para menos; Petrus seguía desnudo, su rostro cubierto de sangre debido a una herida en la frente, Diomedes solo tenía algunos rasguños, pero reía como un loco, y Perseo cojeaba, con el ojo ligeramente hinchado por un golpe recibido.

Se acercaron a una fuente en el centro del jardín. Sin ceremonias, entraron y se sumergieron en el agua helada que los revigorizó, bañándose y limpiando sus heridas. Diomedes intentó entablar conversación con los nobles, que aún los miraban atónitos, pero todos se alejaron como si fueran portadores de lepra.

Dos soldados de la guardia de la ciudad se acercaron de forma belicosa, pero al ver a Petrus, desnudo, flexionando sus músculos de forma amenazante, avanzaron cautelosamente. Diomedes se dirigió a ellos en persa y pronto comenzaron a sonreír nerviosamente, mientras respondían.

—Estos nobles caballeros nos llevarán hasta la entrada del palacio del gobernador —explicó Diomedes—. Les dije que somos invitados de honor del propio Ciro —rió.

Los soldados les entregaron un manto para que Petrus pudiera cubrirse y los guiaron por varios bloques del barrio noble. Se acercaron a un palacio custodiado por soldados persas fuertemente armados, pero en lugar de entrar por la puerta principal, la escolta los condujo rodeando el muro del lugar hasta una entrada trasera, destinada a los sirvientes y vigilada por más soldados.

La escolta conversaba con un oficial persa, señalando a los espartanos nerviosamente. El persa los miró con desprecio y ordenó que un soldado entrara en la mansión, despidiendo a la pareja, que dio media vuelta y se alejó, dejando a Perseo y sus compañeros rodeados por los soldados y el oficial mal encarado, que seguía mirándolos de una manera nada amistosa.

Los tres esperaron pacientemente. Diomedes, de forma premeditada, silbaba una canción mientras limpiaba sus uñas con su daga. Petrus se quitó el manto y calentó sus músculos flexionándolos. Perseo temblaba de miedo por dentro, pero trataba de aparentar calma. Corrían el riesgo de ser arrojados a alguna prisión persa, pero pronto apareció desde el interior del palacio otro oficial persa acompañado de un suboficial griego que servía en el estado mayor del general Clearco.

—¡Diomedes, perro sarnoso! —saludó el suboficial riendo de manera amistosa—. ¿Qué habéis estado haciendo? Cuando llegaron noticias de un alboroto en una taberna, causado por soldados griegos, enseguida imaginé que eras tú.

—¿Yo, señor? —respondió Diomedes con expresión afectada—. Estábamos comiendo y bebiendo amigablemente con los nativos cuando fuimos traicioneramente atacados.

—¡Quiero presentar una queja, señor! ¡Me robaron la ropa! —exclamó Petrus indignado.

—¿De verdad? —preguntó el suboficial, levantando una ceja—. Vamos a conseguirte algo de ropa, no queremos que andes por ahí asustando a los persas.

Riéndose, el suboficial llevó a Perseo y sus compañeros al interior del palacio. Le avisó a Diomedes que se estaba celebrando un gran banquete en honor a Ciro y que el general Clearco era uno de los invitados de honor, por lo que no debían causar problemas en el palacio. Fueron

llevados a un patio en la parte trasera del lugar, donde varios soldados griegos y persas de la escolta del joven Ciro aguardaban el término del banquete, comiendo y bebiendo alegremente, atendidos por los esclavos del gobernador de la ciudad.

—Quedaos aquí, tenéis comida y bebida a voluntad, pero no hay mujeres. Las sirvientas del gobernador están prohibidas para vosotros. Si abusáis de alguna de ellas, ni tú, Diomedes, con tu gran boca, te librarás del castigo. Mañana partís con nosotros —ordenó.

—Soy un sacerdote celibatario, señor —Diomedes intentó hacer una expresión de hombre piadoso.

El suboficial solo rió y se dirigió al interior del palacio, dejándolos allí. Se acomodaron en almohadas repartidas por el patio, donde los esclavos servían grandes bandejas de carne y jarras con vino de excelente calidad.

—Esto sí que es buena bebida, y no ese orín de gato de la taberna —dijo Petrus, vaciando de un trago una gran jarra de vino y echando un eructo a continuación.

—¡Eso es vida, chicos! —exclamó Diomedes—. Disfrutad del momento, no siempre comemos y bebemos tan bien.

Aunque había vino en abundancia, el jolgorio de los soldados no pasó de los límites, ya que no muy lejos de allí, oficiales y comandantes del ejército griego participaban del banquete con el gobernador y el joven Ciro. Perseo bebía con calma, sin intención de emborracharse. Casi dos horas después, dos oficiales persas y uno griego llegaron al patio desde el interior del palacio. Mirando a su alrededor, uno de ellos gritó:

—¡Soldado Perseo! —gritó el oficial griego, intentando hacerse oír en medio del alboroto.

—¡Señor! —Perseo se levantó en posición de firmes.

—Acompaña a estos oficiales persas —ordenó.

—¿Algún problema, señor? Somos invitados del propio general —intervino Diomedes.

El oficial lo miró, mientras, al lado de Diomedes, Petrus jugaba descuidadamente con su daga.

—Ningún problema. El soldado Perseo ha sido solicitado para una reunión en el interior del palacio —respondió el hombre, claramente incómodo.

—Si hasta mañana, a la hora de la partida, no ha regresado, no os preocupéis, pondremos este lugar patas arriba —amenazó Diomedes en voz alta, lo suficiente para que el oficial griego lo oyera.

Perseo asintió con la cabeza y acompañó a los dos oficiales al interior del palacio, intrigado por la convocatoria.

CAPÍTULO 47

Artemisia durmió en el palacio del gobernador y, al día siguiente, participó en las reuniones estratégicas, esta vez con la presencia de los generales griegos. El espartano Clearco fue uno de los primeros en llegar, seguido por Próxeno y su amigo ateniense Xenofonte, entre otros.

Pasaron el día en reuniones, y al principio de la noche comenzó un banquete. Todos los nobles de la ciudad asistieron, ansiosos por mostrar su simpatía hacia Ciro. Artemisia recorría el salón aburrida, vestida con una túnica blanca con hilos dorados, regalo del príncipe. Deseaba que ese suplicio terminara pronto para poder regresar al campamento al día siguiente y así buscar a Perseo.

Al pasar junto a un grupo de nobles, los escuchó quejarse con el general Clearco sobre el alboroto causado por los soldados espartanos en la ciudad.

—¡Son tres bárbaros! —dijo un noble con voz afectada—. Uno de ellos es un gigante que rompió una taberna.

—Se bañaron en una fuente pública, ¡un verdadero horror! —exclamó una mujer fuertemente maquillada.

—¡Desnudos, completamente desnudos, como bárbaros que son! —se indignó un noble afeminado.

—Serán castigados. De hecho, ahora mismo están en el patio del palacio. Mañana los llevaré de vuelta al campamento donde serán debidamente castigados —respondió Clearco, visiblemente molesto.

¿Quiénes serán? Pensó la amazona. *¿Será Perseo y sus compañeros? La descripción coincide con sus compañeros*. Una esperanza brotó en su pecho y, discretamente, salió en busca de Ikarnas, pidiéndole que averiguara quiénes eran esos soldados.

Artemisia regresó al salón y esperó. Algún tiempo después, Ikarnas apareció en la puerta e hizo una señal.

—Son Perseo y dos de sus compañeros —murmuró Ikarnas con una media sonrisa.

—Vamos —dijo Artemisia y las dos salieron del salón sin mirar atrás.

Artemisia localizó al oficial de la guardia, responsable de la seguridad del palacio, quien sonrió al reconocerla.

—¿En qué puedo ser útil? —preguntó el hombre de mediana edad.

—Necesito interrogar a un soldado espartano llamado Perseo que se encuentra en el patio trasero. ¿Podría llevarlo hasta mis aposentos? —preguntó de manera amable pero autoritaria.

—Será un placer, señora —el oficial hizo una señal para que otro guardia lo acompañara.

—Seguiré tu consejo —le dijo a Ikarnas, quien sonrió.

Tras despedirse, la amazona corrió hacia el cuarto que le habían asignado. Se desnudó y apagó algunas lámparas, dejando la habitación en penumbra. Se sentó en la cama, desnuda, con el corazón acelerado.

¿Vendrá Perseo a mi encuentro? ¿Me perdonará?

***

Llevaron a Perseo por varios pasillos hasta que lo dejaron frente a una puerta. Con señales, le indicaron que debía entrar. Luego, dieron media vuelta y regresaron por el mismo

camino.

Perseo entró. El cuarto estaba a media luz, iluminado por una lámpara en una esquina. Al principio, vislumbró una cama en el centro y, al tocarse la cintura, notó que le faltaba su daga. La había dejado en el patio, junto con las espadas. Mientras el espartano intentaba acostumbrarse a la penumbra, oyó una voz femenina.

—No necesitas temer, mi valiente guerrero —dijo la voz proveniente de la cama.

—¡Artemisia! —exclamó sorprendido.

La amazona se arrodilló sobre la cama. Aunque la oscuridad era densa, Perseo pudo percibir su cuerpo desnudo. Quedó inmóvil, con el corazón latiendo desbocado en su pecho.

—Ven, Perseo, no me hagas implorar —murmuró la amazona suavemente.

—No soy tu esclavo, Artemisia —respondió Perseo ofendido, aunque el deseo ya lo consumía.

Se giró decidido hacia la puerta, pero antes de alcanzar la manilla, oyó la voz de la amazona.

—¡Te amo! —exclamó Artemisia, con la voz entrecortada por la emoción. Esas palabras salían por primera vez de su boca, y brotaban del fondo de su alma.

Perseo se detuvo. *¿Habrá oído bien?* Pensó, mientras se giraba lentamente y fijaba la mirada en Artemisia, aunque su rostro seguía oculto en la penumbra.

—Te amo, Perseo, te amo desde el primer momento en que te vi escondido en aquel bosque. ¡Afrodita me condenó a amarte, a mí, que juré jamás amar a un hombre! —murmuró entre un suave llanto de alivio y emoción, finalmente dejando aflorar sus sentimientos. *Sentimientos que había enterrado en lo más profundo de mi ser desde que la tragedia se abatió sobre mí y mi familia. Me controlaba para no amar, apartando a cualquier pretendiente, buscando ser dura y fría para conseguir mi venganza, y ahora estoy amando.* Pensó.

El espartano se acercó a la cama y, tomando el rostro de la amazona, la besó tiernamente en los labios.

—Te amo, Artemisia —dijo con seriedad, mirándola a los ojos.

Artemisia lo abrazó, enterrando el rostro en su pecho. Cuando su llanto cesó, le quitó la túnica a Perseo y, en segundos, ambos quedaron desnudos sobre la cama, amándose de manera urgente. La amazona poseía una energía sexual avasalladora, sus besos y caricias alternaban entre ternos y violentos.

Pasaron la noche haciendo el amor, y cerca del amanecer, Artemisia se acurrucó en el pecho de Perseo.

—Cuando te fuiste ayer, me di cuenta de cuánto te herí —dijo la amazona.

—Y me heriste —recordó Perseo, todavía confundido.

—Mentí, estaba confundida, nunca antes amé a nadie. El hecho de que ya tuvieras un hijo con una mujer que amaste, me dejó aún más confundida. Por eso te eché de la tienda esa noche, ¡era celos! Cuando te perdiste en el desierto, mientras te buscaba con tus amigos, me di cuenta de que estaba irremediablemente enamorada de ti. Si no te encontraba, moriría de dolor por habernos separado de esa manera. Cuando te encontré, un alivio inundó mi alma, pero aun así quería resistirme a este amor. Ayer, cuando dijiste que me amabas, me quedé sin palabras, una parte de mí quería lanzarse a tus brazos, la otra parte decía que debía dejarte partir, que aún tendrías una oportunidad con la madre de tu hijo. Después de que te fuiste, me di cuenta de que tal vez te perdería para siempre y me arrepentí —murmuró.

—Aun así, no estaba dispuesto a rendirme contigo —Perseo la besó.

—Acompañé a Ciro hasta este palacio como parte de su comitiva. Escuché los

comentarios sobre la confusión que causaron tus compañeros y me imaginé que tal vez estabas con ellos. Investigé y descubrí que estaban en el patio. Logré ausentarme del festín y ordené que te buscaran —concluyó acariciando las manos del espartano.

—Nada de eso importa, ahora estamos juntos —él la abrazó.

—¿Qué será de nosotros, Perseo? —preguntó Artemisia con un hilo de voz, preocupada por su destino. *¿Cómo puede sobrevivir el amor en medio de los horrores de la guerra?* Pensó.

—Nos iremos —respondió animado— ¡Podemos ir a cualquier lugar del mundo!

—Mi dulce Perseo, sabes que eso es imposible. No puedo abandonar a mis hermanas ni a mi rey, y tú no podrías abandonar a tus compañeros —los ojos de la amazona se llenaron de lágrimas. Era un sueño imposible, nunca abandonaría a Ciro, al menos no hasta verlo en el trono de Persia y a Tisafernes castigado por la muerte de Mardoc.

Es cierto, mis compañeros son como hermanos, tenemos un vínculo que solo hombres que han combatido juntos pueden forjar, nunca los abandonaría, no en medio de una campaña militar. Pensó Perseo.

—Vivamos el momento y disfrutemos de los dones de Zeus —respondí— Es lo que suele decir mi sargento.

Se besaron nuevamente e hicieron el amor. Esta vez, cuando alcanzaron el clímax, Perseo se dio cuenta de que lágrimas caían de los ojos de Artemisia, en contraste con su sonrisa de éxtasis.

¡Oh, cómo es doloroso y dulce al mismo tiempo el amor! Pensó la amazona.

Después de que cayeron exhaustos y felices en la cama, la amazona se acurrucó en el pecho de Perseo y lo acarició hasta que él se quedó dormido. Ella se sentó, apoyada en el cabecero de la cama, para observarlo. Él parecía un niño inocente. *¿Cómo puedo amarlo y condenarlo al mismo tiempo? ¿Estoy siendo egoísta y cruel?* De repente, el recuerdo de las visiones que había tenido con él en Escitia afloró en su mente. *¿Qué significan? ¿Acaso nuestras cabezas, la de Perseo y la mía, están en manos de Ares, el dios de la guerra? ¿Estaremos condenados a la muerte?*

Artemisia apartó esos pensamientos de su mente, pero no pudo dormir. Cuando los primeros rayos de la aurora aparecieron en el cielo, se levantó y, después de depositar un cálido beso en los labios de Perseo, partió.

Perseo despertó a la mañana siguiente, siendo pinchado en las costillas por Diomedes. Miró a su alrededor y no encontró a la guerrera, lo que le hizo sonreír mentalmente.

—¡Despierta, muchacho! Apolo ya ha salido con su carroza dorada —rió Diomedes, refiriéndose al mito de que el dios llevaba el sol atado a su carroza.

—¡Vamos, Perseo! La comitiva real está a punto de partir y vamos juntos con la guardia del general Clearco —exclamó Petrus.

Se alinearon fuera del palacio con las demás escoltas de los dignatarios. Los portones se abrieron; primero salieron los exploradores persas de la escolta del joven Ciro. Eran cuarenta jinetes ricamente armados, y en el centro de la formación cabalgaba el sátrapa, montado en un caballo blanco. Las riendas parecían de oro, al igual que sus vestimentas.

A continuación, Artemisia, con su armadura completa, seguida de diez amazonas. Al pasar junto a Perseo, le dedicó una sonrisa. Después vinieron varios generales y oficiales griegos que se unieron a sus escoltas, y por último, el general Clearco y sus oficiales, con quienes Perseo y sus compañeros partieron hacia el puerto.

—No vi al comandante Menón —comentó Perseo dirigiéndose a Diomedes.

—No vino, según me dijeron, está en cama por una diarrea —rió Diomedes.

La comitiva avanzó rápidamente, manteniéndose cerca del general y sus oficiales, que trotaban lentamente, aprovechando la mañana soleada, mientras una ligera brisa proveniente del río hacía que la temperatura fuera agradable. Perseo le recordó a Diomedes que aún no habían realizado la compra de los suministros en el mercado.

Diomedes se acercó al suboficial que los había recibido la noche anterior y conversó con él durante unos instantes. Este les autorizó a detenerse en el mercado, ya que también necesitaba comprar víveres. El general seguiría con el resto de la escolta, acompañando al joven Ciro.

—El gobernador juró lealtad eterna, pero apuesto a que tan pronto como volvamos la espalda, enviará mensajeros a Artajerjes sobre los movimientos de su hermano y del ejército —afirmó Diomedes.

—Es cierto —respondió el suboficial—. Nunca he visto tanta hipocresía como la de esos persas, sonríen en nuestra cara, pero en cuanto volvemos la espalda, intentan apuñalarnos.

Se dirigieron al mercado, y con la ayuda de Diomedes y del suboficial, compraron los víveres necesarios tras mucho regatear con los vendedores. Aprovecharon para contratar a cuatro cargadores que llevarían los suministros hasta el campamento. Cuando llegaron al puerto, Clearco esperaba su turno para embarcar. Se unieron a él en el momento en que una barcaza destinada a los oficiales atracó. Ciro y su comitiva, acompañados de Artemisia, ya habían cruzado el río.

—Por fin, Diomedes —sonrió Clearco—. Pensé que te habías parado en otra taberna a beber tranquilamente.

—Soy un hombre pacífico, mi general —respondió Diomedes, serio—. Solo me defendí de los nativos que no entendieron nuestras intenciones.

—Entiendo —rió mordazmente el general—. Me habéis causado un serio disgusto. El gobernador vino a quejarse del comportamiento de los soldados griegos en la ciudad, acusándolos de ser alborotadores. Menos mal que el joven Ciro nos tiene en alta estima y solo se rió, pero cuanto más rápido salgamos de aquí, mejor será.

Atravesaron el río Éufrates desembarcando en la otra orilla. Mientras ayudaban a desembarcar los caballos, varios soldados de la compañía del general Menón circulaban por el lugar observándolos. Cuando comenzaron a dirigirse al campamento griego, un soldado lanzó un hacha contra el general, sin alcanzarlo por poco. Luego, otro lanzó una piedra, golpeando su cabeza, la cual fue protegida por el yelmo que llevaba.

Se formó una pelea generalizada entre los soldados de la tropa de Clearco, que esperaban para cruzar el río, y los soldados del general Menón. La escolta aprovechó la confusión y retiró a Clearco, llevándolo a galope hacia el campamento espartano.

Perseo y sus compañeros corrieron tras ellos, armados con sus espadas y protegiendo a los cargadores que llevaban los suministros adquiridos.

Finalmente llegaron al campamento, jadeando, con los cargadores casi muertos de agotamiento, pero habiendo perdido pocas mercancías. En el lugar, la confusión era total: los oficiales gritaban órdenes, los hoplitas corrían a ponerse sus armaduras y los caballeros tracios se preparaban para partir. En el centro de la formación, el general Clearco gritaba órdenes para que los hombres se armaran, mientras maldecía a Menón, diciendo que los soldados de este se habían rebelado y que les daría una lección.

Perseo y sus compañeros corrieron hacia las tiendas del pelotón, donde Georgios ya estaba completamente armado, gritando órdenes para que los hombres se pusieran en formación. Al verlos, les ordenó que también se armaran.

—¿Dónde habéis estado, idiotas? ¡Se suponía que debíais haber vuelto ayer! —gritó

enfadado—. ¡Poneos la armadura, el general quiere que vayamos al campamento del general Menón! ¿Qué diablos habrá pasado?

—Diomedes debe estar involucrado —dijo maliciosamente Laertes, que ya estaba totalmente armado.

—Cállate, idiota —gruñó el sargento—. Si los tres tenéis algo que ver con esta confusión, os voy a arrancar la piel.

—Tranquilo, sargento, no tenemos nada que ver con esto. Algunos soldados del general Menón intentaron agredir a Clearco —dijo Diomedes encogiéndose de hombros.

Se armaron y se pusieron en formación. Clearco ya se adelantaba con su escolta de cuarenta caballeros tracios. Admeto organizó el regimiento y marcharon a paso acelerado. Cuando se acercaron al campamento del general Menón, al ver a los espartanos con sus equipos completos, los soldados de Menón comenzaron a gritar alerta y corrieron a ponerse en formación, mientras que otros se quedaron inmóviles mirándolos, atónitos.

Clearco ordenó que se detuvieran y entraran en formación de combate, mientras que, en el otro lado, en el campamento del general Menón, la confusión también era grande. Gritos ofensivos partían de ambos lados, exaltando los ánimos. Pero antes de que alguien lanzara el primer dardo, apareció el general Próxenes, acompañado de unos veinte caballeros y una compañía de hoplitas, poniéndose entre las dos tropas enfrentadas.

—¿Qué te pasa, Clearco? ¿Algún dios ha nublado tu conciencia? —preguntó Próxenes—. ¿Estás preparándote para atacar a compañeros de armas?

—¿Quién eres tú para hablarme así, Próxenes? —respondió Clearco—. ¡Esos animales intentaron matarme!

Con el tumulto, el general Menón salió de una tienda, pálido y debilitado, pero vestido con su armadura y gritando órdenes a aquellos que aún no se habían armado para que lo hicieran rápidamente. El general Próxenes intentaba calmar al general Clearco, mientras este exigía que Próxenes se apartara con sus tropas, o de lo contrario las atacaría. Por otro lado, Menón se preparaba para el combate.

De repente, un grupo de caballeros se acercó rápidamente con las insignias del joven Ciro, comandados por él mismo, montado ahora en un semental negro.

—¡Clearco, Próxenes, griegos presentes, habéis perdido el juicio o qué! ¡Sabed que estaremos perdidos si continuáis con motines! ¡Los bárbaros que nos acompañan, tan pronto como vean que nuestros asuntos van mal, se volverán contra nosotros y serán nuestros enemigos, enemigos peores aún que los que están al otro lado con mi adversario! —gritó Ciro, asegurándose de ser escuchado por encima de los gritos y las ofensas.

—Mis disculpas, mi señor —dijo Clearco—. Fui atacado cobardemente por los soldados del general Menón.

—Mi señor —dijo Menón—. No sé nada de tal suceso, ya que me encuentro debilitado por una indisposición pasajera, pero aseguro a Vuestra Alteza y al general Clearco que investigaré lo sucedido y los responsables serán severamente castigados.

—Solo trataba de evitar una batalla entre hermanos de armas —intervino Próxenes dirigiéndose a Ciro—. Una carnicería de este tipo no aprovecharía en nada a vuestros designios.

—Mi señor —dijo Clearco—. Os pido perdón, y perdón a mis hermanos de armas. Fui dominado por la ira, tal vez influenciado por Ares, el dios de la guerra. Coincido con Menón, también mis hombres, si tienen algo de culpa, serán castigados.

—Señores —el príncipe se dirigió a los generales—. Os agradezco el afecto que me tenéis, y después de resolver este malentendido, os espero para cenar conmigo.

El rey y su comitiva se alejaron a galope, dejando a los tres generales conspirando entre sí, mientras los soldados aún permanecían en formación de batalla. Se llamaron oficiales que se reunieron con los generales. Media hora después, los generales se apartaron y los soldados recibieron la orden de desmovilizarse y regresar a los campamentos.

Mientras los espartanos se alejaban, Georgios fue llamado por un oficial superior y lo acompañó de forma resignada. El pelotón regresó al campamento, guardaron las armas y prepararon la fogata para el almuerzo mientras esperaban el regreso del sargento.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Laertes dirigiéndose a Perseo, Diomedes y Petrus—. Si yo fuera comandante, os mandaría crucificar —concluyó maliciosamente.

—Menos mal que no lo eres —respondió Diomedes, lanzando un trozo de leña hacia su compañero, sin alcanzarlo por poco.

Soltando un rugido, Laertes avanzó en posición de lucha. Diomedes se levantó rápidamente, esperándolo con una mirada desafiante.

Laertes lanzó un golpe de derecha, pero Diomedes se esquivó rápidamente y aplicó una secuencia de dos golpes en el torso y la cabeza de Laertes, quien solo gruñó y reaccionó rápidamente, asestando un golpe en la sien de su adversario, haciendo que este tambaleara hacia atrás.

Rugiendo de satisfacción, Laertes avanzó con confianza, creyendo que la lucha estaba ganada, y lanzó un potente golpe contra la nuca de Diomedes. Sin embargo, este, rápido como una serpiente, esquivó el golpe y asestó un contragolpe en el mentón de su adversario, haciéndolo tambalear hacia atrás. Luego, le dio una patada en los genitales que lo obligó a doblarse de dolor. Diomedes, utilizando ambas manos, aplicó un golpe certero en la nuca de Laertes, quien cayó pesadamente al suelo, inconsciente.

—Mata a ese idiota —gritó Petrus, animado—. Se cree el hijo del propio Apolo.

—No conoce algunos trucos que aprendí en los callejones de Atenas —rió Diomedes, dándole una patada en las costillas a Laertes, que seguía tirado, inconsciente.

En ese momento, Georgios, que había llegado y había presenciado el final de la pelea, se dirigió a todos:

—¡Banda de animales! —gritó—. ¡No puedo dejaros ni media hora solos y ya causáis un lío! ¡Aquí no va a morir nadie! —dijo, dirigiéndose a Petrus con una mirada maliciosa.

Petrus sonrió y se encogió de hombros.

—Vosotros tres estáis en problemas —afirmó el sargento, mirando a Perseo, Diomedes y Petrus.

—¿Qué hemos hecho? —preguntó Diomedes, inocentemente.

—Diomedes, tu suerte es que el general Clearco te conoce, si no, la culpa caería sobre vosotros. Aunque fue él quien casi le rompe la cabeza a un infeliz soldado del general Menón. Él se eximió de toda responsabilidad, alegando que fuiste tú, con tu juego de dados, quien causó el lío, y prometió que seréis castigados. Yo tuve que escuchar pocas y buenas del comandante de la división —concluyó, irritado.

—¿Y cuál será nuestro castigo? —rió Diomedes.

—Desisto de vosotros —murmuró el sargento—. Estaréis de guardia todas las noches hasta que salgamos de este agujero maloliente, ¡y podéis empezar ahora mismo! ¡Fuera de mi vista, y que alguien despierte a este idiota! —ordenó, pateando a Laertes, que gimió.

Pasaron tres noches de servicio de centinela, pero fueron noches agradables, regadas de vino, mientras Diomedes contaba sus aventuras. En la primera noche, Artemisia lo buscó, y Perseo explicó el motivo de la sanción.

Durante las madrugadas, ambos escapaban a un lugar no muy lejano, donde se amaban bajo la luz de las estrellas, con la complicidad de sus compañeros.

Pero aquel pequeño momento de paz no duró mucho, y al amanecer del cuarto día, el ejército reanudó su marcha en dirección a Susa.

CAPÍTULO 48

El ejército reanudó la marcha dejando Carmanda, mientras los batedores tracios regresaban con la información de que habían encontrado rastros de una gran tropa de caballería. Las granjas habían sido incendiadas, los suministros y forrajes destruidos con la intención de que no sirviesen al ejército del joven Ciro. Las tropas de Abrácomes estaban utilizando la táctica de tierra arrasada.

Ciro convocó a sus oficiales para decidir qué hacer.

—Debemos combatirlos —afirmó el general Arieo—. Si nos quedamos sin suministros, no podremos avanzar hasta Susa.

—Envíen a vuestra caballería y a las amazonas para perseguirlos —sugirió Clearco, mirando de reojo a la amazona.

—No podemos separar nuestras fuerzas, la infantería quedaría desprotegida —opinó con cautela Orontas, general de la caballería persa.

—Podríamos perseguirlos para alejarlos de los campos, sin distanciarnos más de seis horas del resto del ejército —sugirió Artemisia.

—Encargo a Orontas y Artemisia que avancen con sus caballeros y encuentren al ejército que está incendiando los campos —ordenó Ciro, tras meditar un momento.

—Así será, mi señor —respondió la amazona de inmediato.

—Majestad, me gustaría proponer que Artemisia lidere ambas caballerías. Yo quedaría en la retaguardia con una tropa de reserva, y en cuanto ella localice al ejército enemigo, avanzaré para brindarle apoyo —sugirió servilmente Orontas.

¡Cobarde! Pensó Artemisia, pero se controló y permaneció en silencio.

Tras muchas discusiones, Ciro aceptó el plan. Artemisia partiría al día siguiente, comandando a las amazonas y a la caballería persa. Si encontraba las fuerzas enemigas y eran superiores a las suyas, debería retirarse y convocar a Orontas con los refuerzos; de lo contrario, tenía órdenes de combatirlas.

Cuando la reunión terminó, con la llegada de la noche, la amazona regresó a su campamento. Después de compartir la cena nocturna con Ikarnas y sus guerreras, entró en su tienda y, tras un baño, se preparó para esperar a Perseo.

Georgios permitía que Perseo se ausentara del campamento todas las noches para encontrar a Artemisia, siempre que regresara antes del amanecer.

A Artemisia le había agradado mucho la compañía de los compañeros de Perseo. Todos eran soldados simpáticos y valientes. No lo abandonaron cuando se perdió en el desierto y arriesgaron sus propias vidas para rescatarlo. Era el tipo de vínculo que Artemisia compartía con sus hermanas, algo que solo se forjaba con aquellos que habían luchado juntos y enfrentado la muerte en los campos de batalla.

Perseo apenas apareció en la entrada de la tienda, y la amazona se lanzó en sus brazos como una adolescente enamorada de su primer amor.

Se besaron largo tiempo, sus cuerpos fundidos en uno solo. Con suavidad, ella lo llevó a la cama de pieles. Con calma, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, comenzaron a despojarse de las túnicas. Desnudos, iluminados débilmente por la luz mortecina de la lámpara de barro, sus sombras danzaban sobre el tejido de la tienda con el movimiento de sus cuerpos.

Las caricias de Perseo llevaban a la amazona a lugares en los que su mente nunca había

estado, un placer primitivo que hacía que ella le devolviera el mismo placer que él le brindaba.

¿Será por eso que los dioses inmortales envidiaban a los mortales de corta existencia? ¿La posibilidad de alcanzar lo divino con la unión de nuestros cuerpos? ¿Aprovechar algo tan maravilloso de una forma tan intensa? Pensó Artemisia.

Exhaustos tras haberse amado, cayeron en un leve sopor. Pero la realidad pronto se impuso, y Artemisia le avisó a Perseo que partiría de nuevo a la mañana siguiente.

—Ciro me ha encargado liderar, junto con el general Orontas, una tropa de caballería para localizar y atacar a la caballería persa que está incendiando los campos —dijo, recostada sobre el pecho del espartano.

—Temo cada vez que partes en misión —suspiró él, resignado.

—Lo sé, mi amor, pero jamás me eludiría el deber. Nunca podría hacer lo que hizo Orontas, abdicar de su liderazgo —explicó Artemisia, refiriéndose a cómo el general persa logró evitar participar en la misión.

Esa era la extraña rutina de la pareja, encuentros furtivos en medio de los problemas de una campaña militar. Durante la madrugada, Perseo regresó a su puesto junto a sus compañeros. Se despidieron en la puerta de la tienda, besándose largamente.

—Cuídate —murmuró él, alejándose en la oscuridad de la madrugada.

Cuando la aurora iluminó el mundo, anunciando un nuevo día, Artemisia partió, liderando a sus amazonas y a la caballería de Orontas.

***

Al amanecer, mientras los espartanos desmontaban sus tiendas, Perseo observaba a Artemisia liderando una gran tropa de caballeros en busca del enemigo que venía incendiando los campos.

El ejército marchó hasta la hora del almuerzo, momento en el que recibieron órdenes de montar el campamento, donde permanecerían hasta que la amazona regresara.

El día transcurrió y, con él, la preocupación de Perseo aumentaba, perturbando sus pensamientos: *¿Cuándo terminaría esta campaña y podríamos tener paz? ¿Artemisia me seguiría de vuelta a Grecia? ¿Qué haría con Elana y mi hijo?*

Al día siguiente, la compañía de Perseo fue convocada por Clearco. Se dirigieron a su tienda de mando, donde Anaxandro, Georgios y Menelaus entraron mientras los demás esperaban fuera. Tras un tiempo, los oficiales salieron acompañados del persa Samyr, a quien ya conocían. Los condujeron a un lugar apartado de las tiendas, entre los campamentos griego y persa.

—Escuchad, nuestra misión es capturar al general Orontas. Samyr nos guiará hasta su tienda. Para quienes no lo sepan, él ya fue enemigo de Ciro, pero se reconciliaron. Orontas juró seguirlo, pero parece que lo traicionó; vamos a apresarlo y llevarlo ante el general Clearco —informó el teniente Anaxandro.

—Orontas pidió y recibió el mando de una tropa de caballería de mi señor Ciro para combatir a aquellos que están arrasando los campos, pero todo no fue más que una trama sórdida. Interceptamos una carta que él envió a Artajerjes, en la que afirmaba que su lealtad siempre fue hacia él, y solo se reconciliaba con mi señor por haber sido derrotado por él. Prometió traicionarlo y ayudar a derrotarlo. Ahora, mi señor desea que Orontas sea detenido y juzgado —explicó Samyr en un perfecto griego.

—Entonces, vamos —ordenó Anaxandro.

Rápidamente se dirigieron, guiados por el oficial, al campamento persa, cuya presencia, como la vez anterior, impedía que los griegos fueran interceptados por algún soldado u oficial.

Llegaron a un conjunto de ricas tiendas, y Samyr señaló la más grande de todas, que se encontraba en el centro. Algunos soldados persas los observaban sorprendidos. Los pelotones se dividieron y rodearon la tienda, mientras el oficial persa se dirigía a las personas en su interior.

Esperaron un minuto. Anaxandro ya se preparaba para ordenar la invasión cuando un persa de aproximadamente un metro ochenta, con una larga barba negra peinada y sujeta con varios anillos de oro, salió de su interior. Inmediatamente, el teniente dio la señal, Menelaus y Georgios avanzaron y ataron las manos del persa. Algunos soldados persas hicieron ademán de sacar sus espadas, pero los espartanos señalaron sus lanzas de manera amenazante, lo que los hizo desistir de cualquier reacción.

Salieron rápidamente del campamento persa bajo la mirada atónita de los caballeros que estaban bajo las órdenes de Orontas. Se dirigieron al campamento griego, donde entregaron al prisionero al general Clearco, quien los esperaba en la puerta de su tienda. En compañía de Samyr, entraron llevando al general prisionero, pero antes, el general espartano se dirigió a Anaxandro:

—Nadie entra ni sale de esta tienda sin mi orden —ordenó, antes de entrar.

Los espartanos rodearon la tienda y aguardaron formados, con las lanzas descansando apuntadas hacia el cielo. Una hora después, Clearco, Samyr, dos oficiales griegos y Orontas, aún con las manos atadas, salieron. El general espartano ordenó que escoltasen al prisionero hasta las tiendas del joven Ciro.

En formación, con Orontas en el centro de la columna y Clearco y Samyr al frente, se dirigieron nuevamente al campamento persa. Tomaron otro camino y llegaron al lugar donde las tiendas del joven Ciro estaban armadas. Estas eran aún más grandes y lujosas que las del prisionero.

De nuevo, Perseo y sus compañeros se quedaron de guardia, mientras el general Clearco y Samyr llevaban al persa maniatado al interior. Pasaron dos horas, cuando Anaxandro fue convocado a entrar, regresando diez minutos después.

—Menelaus, toma cinco soldados y regresa conmigo a nuestro campamento. Georgios, tú te encargas de la escolta del general, no te muevas de aquí sin órdenes —ordenó.

—Sí, señor —respondió el sargento, haciendo un saludo militar con el puño cerrado sobre el pecho.

Anaxandro, Menelaus y cinco soldados elegidos de su pelotón regresaron al campamento griego, mientras el pelotón de Georgios permanecía de guardia. Generales y oficiales persas entraban y salían de la tienda constantemente, mientras una compañía de la guardia personal de Ciro aguardaba formada a un lado. Después de una hora, Clearco salió y ordenó que escoltasen a Orontas, que caminaba cabizbajo, aún con las manos atadas.

Ciro salió de la tienda, seguido por Samyr y otros oficiales persas. Un soldado trajo un hermoso caballo blanco, que el sátrapa montó con agilidad. Golpeando los flancos del animal, comenzó a trotar lentamente hacia el campamento griego, seguido por su guardia personal. Los espartanos marcharon detrás, con Clearco al frente y el prisionero en el centro de la formación.

Llegaron al campamento, donde cerca de tres mil hoplitas estaban formados. En un tablado recientemente montado, los generales griegos aguardaban. Menelaus y Anaxandro estaban allí esperándolos. Ciro desmontó y, acompañado por el general Clearco, subió al tablado. Anaxandro llevó al prisionero hasta el frente de la formación y lo dejó allí solo, mientras los demás se quedaban al lado, aguardando órdenes.

El príncipe se dirigió a la tropa griega alineada, que se encontraba en silencio y expectante:

—Os he reunido, amigos míos, para deliberar juntos sobre cuál es la acción más justa ante los dioses y los mortales respecto a Orontas. Este hombre —dijo, señalando al prisionero, que estaba rodeado y detenido frente a las tropas—. Quiso mi padre que formase parte de mi círculo de amistades. Pero cuando mi hermano le dio órdenes de combatir contra mí, él, según dice, se rebeló contra mí, aunque la ciudad de Sardes estaba en sus manos. De tal modo, lancé contra él un ataque tan fuerte que vio con agrado el fin de las hostilidades. Me tendió la mano suplicante, y yo la acepté.

Ciro hizo una pausa dramática, mirando a las tropas.

—Orontas —prosiguió Ciro, volviéndose hacia el prisionero, que tenía la cabeza agachada—, ¿he cometido alguna injusticia que tengas que acusarme?

El prisionero levantó lentamente la cabeza, miró a Ciro y respondió en griego:

—Ninguna, mi señor.

—Entonces, ¿no sublevaste a los Mísios contra mí, ni saqueaste las tierras de mi provincia siempre que pudiste? —preguntó Ciro.

—Es cierto —respondió Orontas, bajando la cabeza.

—Y cuando te diste cuenta de que no eras hombre para enfrentarme, ¿no viniste a jurarme arrepentimiento en el altar de Artemisa? Y, después de muchos ruegos y promesas, ¿no juraste fidelidad? —preguntó el príncipe, mirando al prisionero.

Orontas asintió con la cabeza, confirmando.

—¿Qué mal te hice yo para que, por tercera vez, me tendieras una trampa, como tú mismo reconoces? —Ciro señaló hacia sí mismo, haciendo un gesto teatral.

—Ninguno —respondió el prisionero, mirando al suelo.

—Entonces, ¿confiesas que actuaste indignamente conmigo?

—Sí, mi señor —respondió el infeliz persa.

—¿Acaso es posible que te hagas enemigo de mi hermano y seas fiel a mí?

—Si te dijera que sí, no lo creerías —respondió Orontas, con lágrimas en los ojos.

Ciro, volviéndose hacia los miembros del consejo, habló en voz alta para que toda la tropa alineada lo oyera:

—Sabéis lo que este hombre ha hecho, y habéis oído bien lo que acaba de decir, ¿verdad? Clearco, te ruego que te pronuncies —ordenó.

—Mi opinión es que debemos deshacernos de este hombre lo más pronto posible, para no tener que preocuparnos más por él, sino por aquellos que lo merecen —respondió el general, con voz seca.

Los demás generales griegos estuvieron de acuerdo unánimemente con la sentencia.

—Lo condenó a muerte. Que sea llevado a la tienda de Artapates para que él mismo dé el fin que considere adecuado a este traidor —decidió Ciro.

Luego, por orden de Ciro, su guardia personal tomó al prisionero bajo su custodia y lo escoltó fuera del campamento griego.

Los espartanos fueron dispensados. El sol ya se estaba poniendo en el horizonte, y se dirigieron a su campamento. Más tarde, supieron que el prisionero había sido entregado a la tienda de Artapates. Diomedes descubrió que este persa era el verdugo personal de Ciro, experto en torturas y muertes lentas y crueles, y el general encargado de la seguridad del sátrapa y de su "servicio de espionaje". Orontas nunca más fue visto, ni se le dio sepultura.

A la mañana siguiente, Artemisia regresó con sus amazonas y la caballería persa.

CAPÍTULO 49

Tras abandonar el campamento del ejército, las amazonas siguieron durante horas los rastros de destrucción dejados por las tropas de Abrácomes. Aldeas enteras ardían, y el humo negro de los incendios, visible a grandes distancias, se elevaba hacia el cielo como una acusación contra los dioses.

Cuando las guerreras se acercaron, solo quedaban cuerpos calcinados de hombres y ganado entre los escombros humeantes de sus casas y establos. Plantaciones enteras habían sido destruidas y quemadas.

Las amazonas continuaron siguiendo los rastros hasta que finalmente las exploradoras localizaron la retaguardia de la caballería enemiga que venía devastando los campos.

—Están a dos horas de aquí, en una aldea. Oímos gritos provenientes de allí, pero no nos acercamos —informó una de ellas, una amazona experimentada.

—¿Cuántos son? —preguntó Artemisia.

—No más de tres escuadrones —respondió la otra exploradora, una joven amazona de veinte años.

Trescientos soldados, pensó Artemisia. Estamos en ventaja de cuatro contra uno.

—Vamos a atacarlos — decidió la líder de las amazonas.

Avanzaron por la llanura en un movimiento amplio, con la caballería persa de Ciro siguiéndolas de cerca. Rodearon la aldea, impidiendo cualquier fuga, y sorprendieron a los persas en medio de una orgía de destrucción. Completamente ebrios, violaban a niños, niñas y mujeres; incluso las ancianas eran abusadas.

Los hombres de la aldea estaban muertos, sus cuerpos yacían en el suelo junto a sus esposas e hijas, que eran violadas sin piedad, sin importarles el nauseabundo olor de sangre, vísceras y el humo negro de los incendios que subía al cielo.

Con rabia, las amazonas cayeron sobre los persas, matando a unos doscientos caballeros y apresando a otros cien. Algunos, tan ebrios, no lograban comprender que estaban prisioneros, miraban a las amazonas con sonrisas desorientadas.

La visión de las casas destruidas, los cuerpos ensangrentados de los muertos, las víctimas en estado de shock, hizo que Artemisia recordara lo que había sufrido en Halicarnaso. Una ira fría se apoderó de ella, endureciendo su corazón y su alma.

La líder de las amazonas autorizó que los persas sobrevivientes fueran interrogados bajo tortura. Sus gritos de dolor pronto se oyeron en toda la aldea.

Bajo la dirección eficiente de Ikarnas, las interrogadoras descubrieron que los persas formaban parte del ejército de Tisafernes. Su misión era saquear y destruir los campos para que el ejército de Ciro no encontrara recursos, para luego reunirse con Artajerjes en la ciudad de Cunaxa.

Artemisia reunió a la centena de prisioneros y, después de obligarlos a enterrar a los aldeanos muertos, las amazonas les cortaron la cabeza y las arrojaron al centro de la aldea, hasta formar un macabro montículo. Sus cuerpos, así como los de sus compañeros que habían caído en el ataque, permanecieron tendidos en el suelo.

Que los lobos de Ares se alimenten de sus carnes, pensó Artemisia.

Artemisia ordenó a los sobrevivientes que se retiraran y buscaran otro lugar donde pudieran refugiarse. Las amazonas los escoltaron en una triste fila de mujeres, ancianas y niños,

siendo las más heridas transportadas en caballos.

En su corcel Deimos, Artemisia llevaba a una niña de poco más de ocho años. Sus ojos estaban perdidos en la inmensidad de la llanura, en shock por lo que había sucedido a ella y a su familia. *¡Dioses! ¿Por qué los hombres son tan despiadados?* Pensó la amazona mientras caminaba al lado de la pequeña, acariciando su mano.

Finalmente, al día siguiente, encontraron el campamento de los ejércitos de Ciro, donde dejaron a las sobrevivientes junto a los médicos para que fueran atendidas.

Cansada y destrozada, Artemisia se presentó en la tienda de mando, donde Ciro y Artapates la esperaban. La tienda real contaba con una mesa grande, sobre la cual se encontraban bandejas de frutas y ánforas de metal, además de platos y copas.

—Mi señor, localicé la retaguardia de las tropas que estaban incendiando los campos. Forman parte del ejército de Tisafernes y se dirigen a Cunaxa, donde se reunirán con el ejército de Artajerjes —informó, sin omitir las atrocidades que habían cometido.

—Muy bien, amiga mía, entonces mi hermano tiene intención de enfrentarse a mí —dijo el príncipe, acariciándose la barba.

—Sí, mi señor, algunos soldados juraron que Artajerjes está en Cunaxa con un gran ejército. El resto de la caballería que atacaba los campos escapó de mi alcance, por eso regresé sin pedir apoyo a Orontes —concluyó la amazona su informe.

—Orontes se reveló un traidor —avisó Artapates, para sorpresa de Artemisia.

—Descubrimos que él pasaba información sobre nuestros movimientos a mi hermano y planeaba desertar en el calor de la batalla, volviéndose contra mí —explicó Ciro.

—¿Qué se hizo de él? —preguntó Artemisia, curiosa.

—Lo juzgué en presencia del ejército griego, y después de ser condenado lo envié a Artapates —respondió Ciro, con indiferencia.

—Conseguí su confesión y los nombres de sus oficiales que iban a traicionarnos. En este momento están siendo detenidos —Artapates sonrió fríamente.

Artapates era extremadamente leal a Ciro, su fama consistía en sacar información de cualquiera mediante las más terribles torturas. Pero Artemisia estaba demasiado cansada para preocuparse por ello. El príncipe lo percibió y despidió a Artapates, quien salió de la tienda tras hacer una reverencia.

Quedaron a solas. Ciro vertió vino de una ánfora en dos copas de plata, extendiéndole una a Artemisia, quien la tomó con una sonrisa de agradecimiento y dio un largo sorbo.

—Ha llegado a mi conocimiento que mantienes un romance con un hoplita espartano —comenzó cauteloso — ¿Cuándo pensabas contarme?

Artemisia se sonrojó violentamente. Había pensado muchas veces en contarle al príncipe, pero la oportunidad nunca se había presentado, y temía también su reacción, no una reacción violenta de celos, ya que hacía tiempo que él mantenía concubinas para su placer, incluso había tenido una relación ardiente con Epiaxa, esposa de Sienéses. Sin embargo, la amazona temía que hubiera sido desleal a su amigo al ocultar el romance con un griego, y encima un espartano, un pueblo que ella había odiado durante mucho tiempo. *Artapates debe haberle contado*. Pensó, bebiendo otro trago de vino antes de responder.

—Estaba esperando una ocasión propicia para contárselo, mi señor —Artemisia intentó calmar su corazón, que latía descontrolado en su pecho.

—Confieso que cuando me enteré, me sentí incómodo —Ciro puso su copa sobre la mesa.

—Perdóname, majestad, no era mi intención, pero ni siquiera yo sabía lo que sentía hasta

hace poco —respondió ella, intentando mantener la calma.

—¿Y ahora lo sabes? —Ciro sonrió tristemente.

—Sí, mi rey, lo amo como nunca he amado a nadie —respondió, impresionada por la fuerza de su propia convicción.

—Me alegra por ti, amiga mía, los dioses saben que yo te amaría con todo mi ser, pero nunca fue nuestro destino estar juntos —el príncipe se acercó, tomando la copa de la mano de la amazona y dejándola sobre la mesa.

Tomando las manos de Artemisia entre las suyas, Ciro la miró fijamente.

—Que Anahita, la diosa del amor, los bendiga. Si lo deseas, puedo enviarla en una misión a Sardes con tu espartano y sus amigos como escolta, así, si soy derrotado, tú y él podrían ponerse a salvo de mi hermano y Tisafernes —ofreció sinceramente.

Los ojos de Artemisia se humedecieron ante la generosa oferta, pero se contuvo.

—Gracias, mi amigo, pero juré servirte lealmente. El amor que siento por Perseo no cambia en nada mi determinación de verte en el trono de Persia. Solo podré aceptar tu oferta cuando estés sentado en el trono y Tisafernes haya sido castigado por sus crímenes —la amazona apretó las manos de Ciro.

—Te libero de tu juramento.

—Mi juramento es irrompible —sonrió ella.

Ciro le devolvió la sonrisa, y por un momento fue la sonrisa que Artemisia había conocido en Susa, en su juventud, antes de que las preocupaciones por la política y su hermano lo volvieran más duro.

—Ahora ve a descansar, amiga mía, pronto enfrentaremos a Tisafernes y a mi hermano, y entonces tendremos nuestra venganza.

—Gracias, mi rey —murmuró la amazona.

Al salir de la tienda, Artapates la esperaba.

—Me gustaría que me acompañaras hasta mi tienda, hay algo que deberías escuchar —dijo, haciendo un gesto para que la siguiera.

Caminaron por el campamento hasta la tienda del general, que no estaba muy lejos de las tiendas reales. Artemisia nunca había entrado allí, ni Artapates la había invitado antes. Circulaban rumores de que él torturaba personalmente a los enemigos de Ciro en su interior. Ella sabía que él era leal; su apodo era “perro guardián”, por ser responsable de la seguridad del príncipe y por su servicio de información.

Artapates había nacido en Susa, pero se había criado en Sardes. Le había contado a Artemisia que su abuelo había muerto en la batalla de Platea y que su padre se había enriquecido con la importación y exportación de productos provenientes de Oriente y de varios puertos del mundo.

A pesar de su riqueza, Artapates deseaba más que nada que el Imperio Persa volviera a ser tan poderoso como en los tiempos de Ciro el Grande. Cuando heredó los negocios de su padre, los expandió de tal manera que, en cinco años, era el hombre más rico del imperio, solo por debajo del rey.

El persa poseía numerosos barcos mercantes que cruzaban los mares comercializando productos que traía a través de caravanas desde el extremo Oriente. En cada puerto, barco y caravana había cooptado a hombres que actuaban como sus espías. Con esta poderosa red, se puso al servicio del rey Darío.

Artapates estuvo bajo las órdenes de Tisafernes cuando este era sátrapa de Lidia. Su riqueza y poder causaron celos a Tisafernes, quien lo acusó falsamente ante Darío de traición.

Sin posibilidad de defensa, ya que el sátrapa era querido por el rey y había conquistado la confianza de su hijo mayor, Artajerjes, fue arrojado a prisión para ser ejecutado. Su esposa e hija fueron asesinadas, y todos sus bienes confiscados y repartidos entre Tisafernes y Artajerjes.

Su ejecución no se llevó a cabo porque Ciro, por orden de su padre, asumió la satrapía de Lidia con instrucciones de apoyar a Esparta en la guerra que esta libraba contra Atenas. Al enterarse del proceso contra Artapates, el príncipe persa se dio cuenta de que las acusaciones eran falsas y lo liberó.

Artapates juró entonces que serviría a Ciro y que algún día lo ayudaría a llegar al trono de Persia, cuando entonces se vengaría de Artajerjes y Tisafernes. Esa era la historia de su vida. *Más una víctima de las ambiciones de la pareja.* Pensó Artemisia cuando escuchó la historia.

Llegaron a la tienda, donde varios soldados de la guardia real estaban de centinela. Entraron en el lugar pasando por una especie de vestíbulo, donde dos enormes soldados etíopes vigilaban la entrada. Pasaron junto a ellos sin decir palabra.

El interior de la tienda estaba bien iluminado por candiles de bronce, colgados en trípodes del mismo metal. Un enorme persa, de casi dos metros de altura, estaba junto a un trípode de madera en forma de "X" en el centro de la tienda. Sus músculos brillaban de sudor, llevaba solo pantalones y botas de fieltro, dejando su torso descubierto.

Atado por las manos y los pies con cadenas, un cuerpo desnudo estaba colgado en la "X". Artemisia tardó en reconocer a Orontas, su rostro era una masa desfigurada y sangrienta, uno de sus ojos estaba vacío. En su boca hinchada faltaban varios dientes. Sus rodillas estaban en un ángulo extraño debido a la fractura de los huesos. En el lugar donde deberían estar sus genitales solo había una masa sangrienta, sus órganos fueron cortados. Sangre cubría todo su cuerpo debido a numerosas heridas.

Artapates se acercó y tiró de los cabellos de Orontas, levantándole la cabeza. Con un gemido alto, el antiguo general de caballería abrió uno de los ojos. Al reconocer al general persa, gimió.

—Ahora, háblame sobre las órdenes especiales de Tisafernes, y pondré fin a tu sufrimiento —ordenó suavemente, mientras forzaba la cabeza del infeliz hacia la amazona.

Orontas intentó hablar, pero escupió una bocanada de sangre. Respirando profundamente, dijo con voz temblorosa y entrecortada:

—Tisafernes ordenó que, después de asesinar a Ciro y a sus generales de confianza, Artemisia debía ser capturada y llevada ante él sin ningún daño, sería un regalo para Artajerjes —Orontas escupió una nueva bocanada de sangre.

Artapates dejó caer la cabeza del traidor, quien cayó sobre su propio pecho, respirando de forma irregular y jadeante.

—Ahora sabemos que Tisafernes y Artajerjes aún tienen planes para ti —Artapates se limpió las manos con un paño que el gigante a su lado le ofreció—. Por el aprecio que Ciro te tiene y por el mío propio, te ruego que tengas cuidado.

—Gracias —murmuró la amazona.

Artemisia salió de la tienda hacia la luz del sol y respiró profundamente, cerrando los ojos mientras sentía el calor en su piel.

Dioses del Olimpo, ¿cuándo me libraré de Tisafernes y Artajerjes? ¿Qué obsesión enfermiza es esta que el sátrapa siente por mí? Pensó amargada.

La amazona regresó a su campamento, y después de dar órdenes para que sus amazonas se prepararan y descansaran, discutió con Ikarnas la estrategia para los próximos días. Cuando cayó la noche, Perseo apareció en su tienda. Al verlo, ella lo abrazó con fuerza, enterrando su

rostro en el pecho del espartano, mientras él acariciaba su cabello.

—Cuánto te he extrañado —murmuró.

***

Perseo vio cuando las amazonas llegaron, escoltando una fila de mujeres, niños y ancianas, pero solo por la noche logró encontrarla.

—Cuánto te he echado de menos —murmuró ella.

—Y yo a ti —Perseo la besó largamente.

Artemisia se sentía exhausta, todavía llevaba su coraza polvorienta y con manchas de sangre seca. Le contó a Perseo que, desde su llegada por la mañana, había estado reunida con Ciro y sus generales, pero omitió lo que vio y oyó en la tienda de Artapates, así como la generosa oferta de su amigo. Aún no había tenido el valor de contarle al espartano lo que el príncipe sentía por ella y el beso que habían intercambiado en los alrededores de Nínive.

Perseo, con amabilidad, la ayudó a quitarse la armadura y la túnica. Ikarnas había ordenado que prepararan una tina con agua caliente en la tienda. Con un suspiro, Artemisia se sumergió en el agua, cerrando los ojos durante unos segundos, vaciando su mente. Pero pronto los abrió y, con una sonrisa traviesa, dijo:

—Hazme compañía, Perseo.

La amazona observó cómo Perseo se desnudaba con una sonrisa en los labios. Su cuerpo era hermoso, su piel morena, quemada por el sol, mostraba algunas cicatrices, marcas del brutal entrenamiento al que había sido sometido desde los siete años.

Él entró en la tina, posicionándose detrás de ella. Con un paño, frotó su espalda y sus brazos, provocando que Artemisia se estremeciera de placer, mientras la besaba delicadamente en el cuello.

Después de bañarse, se acostaron en la estera de pieles que servía de cama.

—¿Cómo fue tu misión? —preguntó Perseo, interesado.

—Perseguimos a la caballería que incendiaba los campos, siguiendo su rastro de destrucción: aldeas, campos y granjas quemadas, cultivos arrasados. En algunos lugares encontramos a los campesinos y sus familias masacrados, con los cuerpos esparcidos por todas partes, mientras lobos y aves carroñeras se alimentaban de sus restos. Durante seis horas ininterrumpidas seguimos su rastro, y finalmente encontramos su retaguardia. Algunos escuadrones de caballería estaban saqueando una pequeña aldea; a lo lejos vimos el humo de las casas incendiadas. Rodeamos la aldea y atacamos. Ellos estaban borrachos, violando a mujeres y niños. Los aldeanos ya habían sido asesinados. Capturamos y masacramos a todos. Dejamos algunos vivos para interrogarlos y luego los decapitamos —respondió la amazona con los ojos cerrados, mientras las imágenes del pasado invadían su mente.

¿Acaso estos ataques no le habrán recordado su infancia? Pensó Perseo mientras la acariciaba.

Artemisia estaba exhausta después de cabalgar durante casi veinticuatro horas sin descanso, y el toque del espartano le resultaba reconfortante.

—Descubrimos que formaban parte del ejército de Tisafernes. Sus órdenes eran destruir todos los suministros desde aquí hasta Cunaxa, donde debían reunirse con el resto de las fuerzas de Artajerjes —dijo mientras abría los ojos nuevamente.

—¿Está lejos Cunaxa?

—De diez a quince días de marcha —calculó la amazona.

Artemisia miró el techo de la tienda, los recuerdos de la masacre en el pueblo y la

represalia de las amazonas revoloteaban en su mente, como pájaros hambrientos tratando de llamar la atención de la madre. Siempre había temido que Perseo la juzgara y criticara por sus acciones sanguinarias, pero el hecho de que él aparentemente no se importara y lo comprendiera la ayudaba a aliviar el sentimiento de culpa que a veces la asaltaba, aunque siempre intentaba actuar con justicia.

—Estoy cansada, Perseo, terriblemente cansada. ¿Por qué tienen que ser masacradas mujeres y niños? —preguntó, girándose para mirarlo—. ¿Por qué los dioses son tan crueles y permiten esto?

—Atreu dice que no son los dioses quienes causan las desgracias a los hombres, somos nosotros mismos, movidos por la codicia, el odio o las pasiones, quienes causamos los males que asolan el mundo. En nosotros están las semillas del bien y del mal, depende únicamente de los mortales elegir cuál plantar —acarició el rostro de la amazona.

Dos solitarias lágrimas recorrieron las mejillas de la amazona y Perseo la apretó en sus brazos, sintiendo su corazón oprimido en el pecho.

Estoy harta de matanzas, de la política del trono, de tener que ser dura y cruel con mis enemigos. Deseo más que nada que esta guerra termine y pueda irme con Perseo a algún lugar lejano, pensó Artemisia.

—Me estás dejando sentimental —murmuró la amazona, sonriendo y mordisqueando la oreja del espartano.

Perseo sonrió y la besó suavemente en los labios. Artemisia correspondió al beso, en un primer momento con ternura, pero pronto con ardor, sintiendo el fuego expandirse por su cuerpo. Perseo la acarició y ella suspiró en su boca mientras hacían el amor, completamente entregados el uno al otro.

Que los dioses me permitan quedar embarazada, pensó Artemisia cuando alcanzaron el clímax.

—Te amo, Perseo, amor de mi vida —murmuró con la mente encendida por el placer.

Durmieron entrelazados, como si fueran un solo cuerpo y alma.

Antes del amanecer, Perseo despertó y se vistió, tenía autorización de Georgios para ausentarse del pelotón durante la noche, pero debía regresar siempre antes de que saliera el sol.

Observó a Artemisia, que dormía plácidamente. Ella estaba desnuda, sus hermosos cabellos rubios cubrían su espalda y rostro, ocultando su bella cara. *¿Cómo puede ser tan hermosa?* Pensó. Su corazón se apretó al observarla, había amado a Elana, pero no con la intensidad y necesidad que sentía por la amazona.

Un sentimiento de urgencia lo dominó, un deseo loco de despertarla e implorarle que huyera con él a un lugar lejano, a un lugar donde no hubiera guerra, lucha por el poder ni sufrimiento, un lugar donde pudieran vivir en paz, donde tuvieran la oportunidad de formar una familia.

Pero estaban atrapados, ella por el juramento de servir a su amigo Ciro y liderar a sus amazonas, y por la obligación de vengar a sus enemigos; Perseo, por el honor espartano. *¿Cómo podré vivir conmigo mismo si abandono a mis compañeros?*

Dominando el deseo de despertarla, le dio un suave beso en la mejilla y partió.

Al salir de la tienda, Perseo sintió el aire frío de la madrugada. El tono rosado en el horizonte anunciaba que el alba se acercaba. Dos amazonas que estaban de centinela lo miraron y sonrieron. Él devolvió la sonrisa y regresó a su campamento preocupado. La batalla final se acercaba a pasos agigantados y no había forma de escapar de sus destinos.

¡Que los dioses la protejan! Oró mentalmente mientras caminaba.

CAPÍTULO 50

El ejército entró en la satrapía de Babilonia, uno de los territorios más importantes del Imperio Persa. Atreu contó a sus compañeros que la capital de la satrapía, también llamada Babilonia, había sido sede de un imperio, pero luego fue conquistada por los persas. Sin embargo, aún mantenía una gran importancia, ya que los nobles y comerciantes ricos poseían extensas propiedades en la fértil tierra regada por el río Éufrates.

Durante tres días marcharon por el territorio sin observar señales del enemigo. Cuando se detuvieron para acampar en la tarde del tercer día, Ciro, acompañado de los generales griegos y persas, formó al ejército y lo pasó revista. Todos sabían que pronto encontrarían y se enfrentarían al ejército de Artajerjes.

Los ejércitos fueron distribuidos en formación de batalla: la tropa del general Clearco fue posicionada en el ala derecha, y el general Menón y su tropa, en la izquierda.

Se ordenó que las tropas acamparan en el lugar, el convoy de suministros fue enviado a la retaguardia y las estafetas sirvieron carne fría y frutas. Los soldados encendieron hogueras para calentarse y durmieron al aire libre, con las armas a mano, listas para ser empuñadas.

Perseo no había visto a Artemisia en tres días. Después del último encuentro, ella y sus amazonas partieron en una nueva misión de reconocimiento.

*Ciro convocó a los generales griegos para una conferencia. La ansiedad y expectativa en el ejército eran palpables. Diomedes, que conocía a un ayudante de órdenes del general Clearco, lo buscó en busca de información. Una hora después, regresó entusiasmado:

—Mi camarada me dijo que Ciro prometió que, si vencemos a Artajerjes, no faltarán riquezas para pagarnos. Nombrará a los generales griegos sátrapas y hará ricos a todos los griegos que quieran quedarse en Babilonia —dijo frotándose las manos de satisfacción.

—Creo que me quedaré y montaré un harén —se animó Petrus.

—¡Seremos conocidos en toda Grecia! ¡Escribirán poemas sobre nuestra victoria! —afirmó Laertes.

—Soñáis demasiado, aún ni hemos encontrado al ejército enemigo. Me conformo con que ganemos y nos paguen lo prometido. Yo ya echo de menos a mi esposa e hijos —advirtió Georgios con rostro triste.

—Estoy de acuerdo en que no será fácil. Mi camarada me dijo que, según el último censo, somos unos diez mil cuatrocientos hoplitas y dos mil quinientos peltastas. Ciro tiene alrededor de cien mil soldados y unos veinte carruajes armados con guadañas. En cuanto al ejército de Artajerjes, según informaron los desertores capturados, se estima que es de un millón doscientos mil hombres, mil doscientos carruajes armados con guadañas, sin contar la caballería, que cuenta con seis mil caballeros, comandados por el propio Artajerjes —afirmó Diomedes.

—¡Estamos en una desventaja numérica enorme! —exclamó Atreu.

—Esos números deben estar equivocados, ¡ningún ejército es tan grande! —dijo Perseo.

—Puede ser, pero seguramente el ejército de Artajerjes nos supera al doble o al triple en número de soldados —dijo Georgios pensativo.

—Pero ya hemos visto que no pueden vencernos. Nuestra infantería pesada es mejor que cualquier tropa que Artajerjes nos mande —afirmó Laertes, orgulloso.

Conversaron animadamente hasta quedarse dormidos, hablando de lo que harían cuando ganaran la guerra y Ciro los convirtiera en hombres ricos. Perseo soñaba con regresar a Esparta

cubierto de honores y riquezas. Su hermano y su madre estarían orgullosos, desposaría a Artemisia y reconocería al hijo que tuvo con Elana, dándole el derecho de asistir a la agogé, o aseguraría su futuro con las riquezas que consiguiera. Si los ancianos de Esparta, su hermano o su madre no aceptaban a la amazona, él estaba decidido a marcharse.

Al amanecer, reiniciaron la marcha, esta vez en formación de batalla. La tensión en el aire era palpable, creían que ese día entrarían en combate, pero el día terminó y el ejército enemigo no fue avistado.

Al día siguiente, avanzaron por una llanura atravesada por varios canales de riego alimentados por el río Éufrates. El paisaje, que antes era seco, cambió abruptamente a vastas áreas verdes con diferentes tipos de cultivos que eran regados por los canales. A lo largo del río había bosques y una vegetación exuberante.

No era posible maniobrar el ejército en tal terreno, solo existía un estrecho paso que lo atravesaba. Entonces, se utilizaron barcas de los lugareños, normalmente usadas para transportar cereales, para ayudar al ejército a cruzar la llanura inundada, formando una especie de puente. Tardaron casi un día en atravesar los canales.

Los exploradores informaron que habían encontrado rastros de un gran ejército. Se sospechaba que Abrácomes y sus soldados no estaban lejos, y que se unirían al ejército comandado por Artajerjes. A pesar de la noticia, los soldados se sintieron aliviados, ya que Abrácomes y Artajerjes habían perdido la oportunidad de detenerlos en un terreno desfavorable.

El ejército cruzó la llanura inundada, dejándola atrás, y volvió a entrar en terreno seco. En el primer campamento, Ciro ofreció un sacrificio a los dioses en presencia de todos. Varios bueyes fueron sacrificados. Un adivino persa de confianza del sátrapa examinó las vísceras de las víctimas y afirmó que la batalla tendría lugar en diez días, o no ocurriría nunca.

Marcharon once días más sin encontrar resistencia. Los rumores decían que Abrácomes había huido de nuevo, y que Artajerjes no iba a enfrentar a Ciro, cediendo el reino de Persia a su hermano.

Al duodécimo día, se suspendió la marcha en formación de batalla. Volvieron a caminar a paso normal, las diversas tropas griegas y persas separadas por cientos de pasos. El convoy de suministros se acercó a la columna y los soldados volvieron a alimentarse con comida caliente, en lugar de la ración de campaña, que consistía en carne seca y frutas.

La tensión se disipó y las tropas se relajaron. Si seguían así, llegarían sin combate a la ciudad de Babilonia en breve, y luego a Susa, la capital de Artajerjes y del Imperio Persa.

Durante tres días más marcharon, aún sin señales del enemigo, y sin noticias de Artemisia y sus amazonas. La nostalgia carcomía el espíritu de Perseo, quien se preocupaba por la prolongada ausencia de la guerrera, pero nada podía hacer al respecto.

Acamparon nuevamente en la llanura. Durante la noche, Perseo estaba con sus compañeros alrededor del fuego, conversando animadamente sobre las posibilidades de que Ciro se convirtiera en rey de Persia, cuando dos amazonas aparecieron de repente.

Perseo miró ansioso a Georgios.

—Ve, pero regresa antes del amanecer —autorizó el sargento sonriendo.

***

Las amazonas entraron en la satrapía de Babilonia. La ciudad de Cunaxa no estaba lejos, y después de ella, la ciudad de Babilonia y finalmente Susa.

Las guerreras avanzaron galopando como exploradoras hacia Cunaxa. Durante tres días recorrieron la llanura, había señales de movimiento de tropas en el terreno, pero no las avistaron. Algunas aldeas estaban abandonadas. Al tercer día llegaron a una llanura con varios canales de

riego alimentados por el río Éufrates. Usando barcas cruzaron los canales.

Las huellas de un gran ejército eran visibles en las tierras inundadas y se dirigían hacia la ciudad de Cunaxa. A pesar de que el terreno era favorable para la defensa, no había señales de tropas enemigas, y las amazonas continuaron avanzando cautelosamente hasta que, días después, llegaron a una pequeña aldea abandonada.

Artemisia ordenó entonces que las amazonas se dividieran en grupos de cincuenta guerreras y se dispersaran en todas las direcciones, debiendo regresar en no más de cinco días al pueblo, donde se reunirían nuevamente. Las órdenes eran golpear el terreno en busca de señales de tropas enemigas, sin entrar en combate, salvo que fueran sorprendidas.

Artemisia, con un grupo de cincuenta guerreras e Ikarnas a su lado, avanzaron hacia la ciudad de Cunaxa. Dormían en turnos con los caballos listos para que, si las encontraban, pudieran montar rápidamente. Dos días después llegaron a un pequeño bosque, y si continuaban, en tres horas llegarían a Cunaxa. Las huellas que encontraron indicaban un gran movimiento de tropas.

Los dioses nos sonríen, aún no nos hemos encontrado con ninguna patrulla persa, pensó Artemisia.

—Vamos a esperar la llegada de la noche aquí —ordenó Artemisia desmontando—. Cuando llegue la oscuridad, avanzaremos hacia Cunaxa.

Durmieron durante el día, y a lo lejos, en la llanura, observaron una tropa de caballería persa con unos treinta jinetes galopando hacia el oeste.

¿Estarán yendo a observar la posición de las fuerzas de Ciro? Pensó Artemisia. *¿Cómo estará Perseo? Hace diez días que no lo veo, desde que partí.* Sentía una angustiosa nostalgia, unas ganas de regresar corriendo a sus brazos, pero la obligación con su rey y sus guerreras venía primero. *Dioses, permitid que ganemos esta guerra, solo así podré disfrutar de un poco de paz al lado del hombre que amo.* Oró en silencio. Pero los dioses, como siempre, no respondieron sus plegarias.

Cuando la noche estaba avanzada, cabalgaron hacia Cunaxa. Después de dos horas avistaron luces en el horizonte. Artemisia ordenó que sus guerreras desmontaran.

—Vamos caminando. Ipóxia, quédate con los caballos aquí —ordenó Artemisia a una joven amazona de veintidós años.

—Sí, mi señora.

Con cautela, las amazonas corrieron durante aproximadamente una hora en dirección a las luces, llevando los arcos en las manos. La hierba seca del verano estaba alta en la llanura, lo que les ayudaba a deslizarse sin ser vistas por alguna patrulla eventual. Subieron una pequeña colina, y al llegar a la cima lograron avistar el amplio valle donde se encontraba Cunaxa.

A lo lejos, divisaron los muros de la ciudad iluminados por antorchas. Alrededor de ella, una miríada de hogueras ardía, donde el ejército de Artajerjes estaba acampado.

—¡Ares! — murmuró Ikarnas—. Debe haber cientos de miles.

Artemisia observó las hogueras; las tiendas se extendían hasta donde alcanzaba la vista. La amazona calculó que había unos cuatrocientos mil soldados. Ahora estaba segura de que entraría en combate. Las esperanzas infantiles de algunos oficiales, que pensaban que Artajerjes no ofrecería resistencia y cedería el trono a favor de Ciro, no eran más que sueños.

—Retrocedamos —ordenó—. Necesitamos avisar a Ciro.

Con cautela, regresaron sobre sus pasos. La luna menguante ya había cruzado el cielo nocturno, y al este, el amanecer comenzaba a asomar, tiñendo el horizonte de varias tonalidades de rosa. A lo lejos, vieron a Ipóxia y las monturas escondidas entre la alta hierba. Aceleraron el

paso, pero cuando estaban a menos de quinientos pasos, escucharon el ruido de caballos galopando.

—¡Persas! —avisó Ikarnas con calma.

Artemisia miró hacia atrás y vio que, directamente desde Cunaxa, un grupo de cien caballeros galopaba hacia ellas. Sus lanzas apuntadas hacia el frente indicaban que las amazonas habían sido descubiertas.

—¡Arcos! —ordenó Artemisia.

Las amazonas formaron una fila doble. La primera línea se arrodilló sobre la hierba, y la segunda se mantuvo de pie, con las rodillas apoyadas en las espaldas de las guerreras que estaban al frente. Artemisia se posicionó en la segunda fila junto a Ikarnas.

Los caballeros aumentaron la velocidad del galope. Ahora gritaban animándose mutuamente mientras formaban un abanico para rodearlas, en caso de que intentaran huir.

No nos conocen. Las amazonas no huyen sin antes luchar, pensó Artemisia al comprender la estrategia persa.

—¡Esperen! —ordenó, apuntando con su arco a un caballero adelantado.

Artemisia calculó la distancia, la velocidad del caballero e incluso la suave brisa de verano que soplaba a su favor.

—¡Disparen! —gritó la líder de las amazonas, mientras soltaba la flecha que tenía en las manos, dejándola partir velozmente.

Con satisfacción, observó que su flecha y las de sus hermanas acertaron a varios caballeros, haciendo que cayeran de sus monturas.

—¡Disparen a voluntad! —gritó Ikarnas.

Artemisia disparó dos flechas más, acertando a los objetivos. Ahora estaban igualadas en número. Los caballeros estaban a pocos pasos de las amazonas, y el arco ya no sería útil en ese momento.

—¡Espadas! —gritó Artemisia, desenvainando las dos espadas tras dejar el arco.

Oyó el suave susurro del metal deslizándose por el cuero de las fundas de cien espadas.

—¡Dispérsense! —gritó Ikarnas.

La caballería persa estaba sobre las amazonas. Un caballero galopaba directamente hacia Artemisia, su lanza apuntada hacia su pecho. Ella podía ver la sonrisa de anticipación del guerrero, pero en el último instante, la amazona saltó hacia un lado mientras apuñalaba el abdomen del caballero con la espada de su mano derecha. La amazona sintió el impacto de la hoja penetrando en la carne blanda hasta el cabo, el choque hizo que su brazo temblara, mientras el caballero caía hacia atrás, su montura avanzando sin su jinete.

Otro caballero se acercaba, ya casi encima de Artemisia, quien rodó por el suelo sintiendo la lanza rozar sus espaldas. Al mismo tiempo que se levantaba, giró ambos brazos en un arco, sus espadas cortaron las patas traseras del caballo, lo que hizo que cayera hacia adelante. La amazona rodó de nuevo hacia un lado para no ser aplastada por otro caballo que pasó rápidamente a su lado.

El caballero que había caído, maldiciendo en persa, se levantó sacando una cimitarra. Con un grito, corrió hacia ella y asestó un golpe contra su cabeza, el cual Artemisia bloqueó con las espadas cruzadas, saltando al lado. La guerrera desató un golpe circular contra el torso de su adversario, la hoja cortó la piel y las costillas del persa, quien, con un grito, cayó al suelo. Antes de que tuviera tiempo de levantarse, la amazona estaba sobre él, hundiendo una espada en su cuello.

Artemisia miró a su alrededor. La confusión era enorme; los persas, muchos de ellos ya

fuera de sus caballos, luchaban contra las amazonas. Dos de ellos rodeaban a una joven guerrera que bloqueaba sus golpes mientras retrocedía.

Artemisia corrió hacia ellas, y con un salto, golpeó con ambas piernas el costado de un caballero, haciéndolo caer con un estruendo sordo. Se levantó y, en el momento en que el persa se arrodillaba para levantarse, aplicó un golpe circular en su garganta. La cabeza del caballero cayó hacia un lado, sujeta solo por un hilo de piel, mientras la sangre brotaba a chorros.

La joven amazona ahora atacaba ferozmente al persa sobreviviente, quien, con un grito de dolor, cayó al suelo, sosteniéndose las entrañas que la guerrera acababa de eviscerar.

Artemisia miró nuevamente a su alrededor. Algunos pocos caballeros persas huían hacia Cunaxa, dejando atrás los cuerpos de sus compañeros caídos sobre la hierba.

Con un grito gutural, Artemisia levantó las espadas ensangrentadas hacia el cielo, habían vencido. Las amazonas gritaron de vuelta.

Habían ganado la batalla, pero a un alto precio en sangre. De las cuarenta y nueve amazonas, seis estaban muertas, cuatro gravemente heridas, y otras cinco con heridas leves.

Las amazonas reunieron a las heridas en estado grave, mientras Ipóxia llegaba con las monturas.

—No resistirán el viaje de regreso —constató Ikarnas con mirada triste.

Artemisia miró a las amazonas, dos de ellas tenían lanzas clavadas en el pecho y respiraban con dificultad, una tenía el abdomen eviscerado y la cuarta una profunda herida en el cuello por donde brotaba sangre, a pesar de haber vendarlo con trozos de túnicas.

—Lo siento, hermanas —dijo, mirándolas tristemente.

Todas conocían el destino de una amazona gravemente herida en el campo de batalla. Era preferible una muerte suave a manos de sus hermanas que ser dejada a morir lentamente o ser capturada por los enemigos, quienes las matarían con crueldad.

La líder de las amazonas se acercó a la que tenía el cuello cortado, con el puñal en mano. Ella apretó las manos de la herida mientras la miraba fijamente, y la herida parpadeó con los ojos en señal de acuerdo. Artemisia apoyó la hoja sobre el corazón de la amazona, quien cerró los ojos. Con un golpe certero, Artemisia atravesó su pecho.

Artemisia repitió el gesto con las otras tres. Era su obligación como líder, aunque con cada una que sacrificaba, un pedazo de ella misma moría también. *Las conozco desde hace años, se ofrecieron para seguirme, y las guíe hasta sus muertes*, pensó, sintiéndose culpable.

Ikarnas cortó mechones del cabello de las amazonas muertas que serían incinerados cuando regresaran. No podían llevar los cuerpos con ellas; pronto los persas que habían huido regresarían en mayor número. Por esta razón, antes de partir para la guerra en lugares distantes, las ancianas realizaban una ceremonia funeraria, para que las almas de las amazonas pudieran llegar a los Campos Elíseos, ya que, al partir, se consideraban muertas.

Ayudaron a las heridas a montar y partieron rápidamente, después de enterrar, usando sus espadas para cavar, los cuerpos de las amazonas, dejando a los persas tendidos en el suelo. Galoparon con pequeñas pausas para descansar durante el día y parte de la noche, hasta llegar finalmente a la aldea donde los demás grupos debían reunirse. Todos regresaron con la misma información: los rastros de las tropas conducían directamente a Cunaxa.

Al amanecer, regresaron hacia el este en busca del ejército de Ciro, y cuando el sol ya estaba en lo alto del cielo, lo encontraron. Las tropas se habían detenido para almorzar; fogatas ardían y un olor a carne asada se esparcía por el aire. Las centinelas, al ver a las amazonas, las dejaron pasar.

Artemisia avanzó hasta la retaguardia y avistó la tienda real montada. Tras ordenar que

Ikarnas llevara a sus hermanas para que descansaran y comieran, se dirigió hacia la entrada. La amazona estaba sudada, con la coraza manchada de sangre y polvo. Las centinelas, al verla, abrieron paso. Ciro estaba sentado en una silla, frente a él una mesa desmontable de campaña estaba armada, con varios platos de carne y aves, además de ánforas de vino dispuestas para el almuerzo.

El alto mando, compuesto por generales persas y griegos, estaba sentado alrededor de la mesa, todos comiendo y conversando animadamente. Al verla, Artemisia, el ambiente quedó en silencio. Ella se acercó al príncipe.

—Mi señor, he localizado el ejército de Artajerjes —informó, haciendo una reverencia hacia Ciro, quien la miraba atentamente.

—Siéntate, amiga mía, pareces cansada —invitó Ciro amablemente, haciendo un gesto para que un sirviente trajera un taburete que colocó a su lado.

Artemisia se sentó y recibió una copa de vino de manos del general Clearco, mientras un oficial llamado Jenofonte pasaba una fuente con carne de cordero asada. Ella sonrió agradecida y dio un gran trago al vino, notando la tensión que se había instalado en el ambiente.

—Cuéntame, amiga mía, ¿qué has descubierto? —pidió Ciro amablemente.

—Alrededor de cuatrocientos a quinientos mil soldados se concentran alrededor de las murallas de Cunaxa —respondió lacónicamente.

Se oyeron murmullos alrededor de la mesa; la amazona no necesitaba explicar a los generales experimentados lo que eso significaba. En dos días alcanzarían Cunaxa, a menos que Artajerjes decidiera ofrecer batalla, lo cual podría suceder en un día.

Con una señal de Ciro, los sirvientes retiraron los platos de la mesa, mientras Artapates extendía un gran mapa de piel de buey. En él, estaban marcadas la ciudad de Cunaxa, seguida de Babilonia y finalmente Susa.

—Si Artajerjes ofrece batalla, colocaremos nuestra línea con Clearco en el ala derecha del ejército, junto al río Éufrates. Menón, de Tesalia, a tu izquierda —Ciro señaló en el mapa la región donde se encontraba el ejército.

—Nos superan en una proporción de cinco a uno —dijo Próxeno, con una expresión preocupada.

Artemisia observó a los generales griegos, algunos parecían preocupados, otros dos o tres incluso temerosos, mientras que los generales persas observaban el mapa en silencio, probablemente calculando las probabilidades de victoria. *¿Será que algunos de ellos se arrepintieron de haber tomado el partido de Ciro?* pensó.

El príncipe miró a los griegos por un momento.

—Griegos, no los he tomado a mi servicio porque me faltaran bárbaros; nada de eso; los he tomado porque los considero superiores a ellos. Lo que les pido ahora es que se muestren dignos, como sois, de esa libertad que tenéis como principio y que yo prefiero por encima de todas las riquezas. Permítanme advertirles que la fuerza es el enemigo que van a combatir; por su cantidad, es enorme y avanza rugiendo. Si logran aguantar su ímpetu, pronto verán, incluso me da vergüenza decirlo, qué raza de gente produce esta tierra. Vosotros que sois hombres, comportaos como tales, y prometo poner en Grecia a aquellos que quieran regresar, enriquecidos con dones que no dejarán de despertar envidia. Los que deseen quedarse, y espero que sean la mayoría, a mi lado tendrán una fortuna mayor que la que podrían encontrar en su tierra —afirmó, mirando a todos los presentes a su alrededor.

Gaulítes, un oficial de Menón, desterrado de la isla de Samos, pidió la palabra:

—Algunos dicen, Ciro, que hoy nos haces muchas promesas porque te ves impulsado por

el peligro, pero que mañana, después de la victoria, nunca más te acordarás de nosotros. También es común escuchar que, aunque quisieras cumplir con tus compromisos, no tendrías forma de hacerlo, pues son desmesurados —dijo, esbozando una sonrisa desagradable.

Ciro miró fijamente a Gaulítes.

—El imperio de mis padres se extiende hacia el sur hasta una zona vedada por el calor tórrido, implacable para el hombre, y hacia el norte hasta lugares igualmente desérticos debido al frío riguroso que allí reina; el centro está gobernado por sátrapas, todos partidarios de mi hermano. Si cuento con ustedes y ganamos, ¿quién ocupará esas satrapías, sino vosotros? Mi miedo es que, si tengo éxito como espero, me falte gente para esos cargos. Pueden estar tranquilos, serán recompensados; cada uno de ustedes puede, además, contar con una corona de oro cuando triunfemos —respondió tranquilamente.

Los oficiales griegos rieron animados, el brillo de la codicia centelleó en sus ojos. Los generales presentes instaban a Ciro a no arriesgarse en un combate cuerpo a cuerpo, aconsejándole quedarse en la retaguardia donde estaría más seguro. Pero el príncipe rechazaba el consejo con una sonrisa.

—¿Crees, Ciro, que tu hermano saldrá a enfrentarte cara a cara? —preguntó el general Menón.

—¡Sí! —respondió categóricamente—. Como hijo de Darío y de Parisátide, no dejará de cumplir con su deber.

—Creo que Su Alteza debería quedarse en la retaguardia del ejército griego, su persona es demasiado importante como para permitir que corra riesgos —aconsejó Clearco.

—¿Qué dices, Clearco? ¿Quieres que yo, que trato de convertirme en rey, me muestre indigno de serlo? —Ciro se irritó.

—Solo me preocupa su seguridad —respondió el general griego, visiblemente incómodo.

—En el ejército griego hay diez mil cuatrocientos hoplitas y dos mil quinientos peltastas —dijo Artapates, aliviando la tensión—. Nuestras tropas persas y aliadas suman alrededor de cien mil soldados, con cerca de un centenar de carros de combate armados con hoces.

Algunos murmullos se oyeron, pero pronto se silenciaron.

—Como dijo Artemisia y según mis espías, calculo que el ejército de Artajerjes está compuesto por alrededor de cuatrocientos a quinientos mil hombres, con unos mil doscientos carros armados con hoces, sin contar los seis mil jinetes bajo el mando de Artagerses, que lucharán frente a la posición de Artajerjes. Hay tropas de infantería comandadas por Abrácomes, Tisafernes, Góbrias y Árbaces, cada uno con un cuerpo de cien mil hombres. Sin embargo, Abrácomes se separó de Tisafernes en Siria y se encuentra en Fenicia reclutando más tropas —concluyó Artapates.

—Podemos vencerlos, para eso los contraté —dijo Ciro dirigiéndose a los generales griegos—. Su infantería pesada es incluso superior a los "Inmortales" de mi hermano —concluyó, refiriéndose a la tropa de élite que protegía al rey persa desde hacía décadas.

—Sí, podemos destrozar las tropas que nos ataquen y, después de romper sus filas, flanquear al resto, basta con que Arieo y los demás generales mantengan el ataque contra Artajerjes —dijo Clearco, ahora más animado.

La reunión estratégica se prolongó toda la tarde. Artemisia solicitó permiso para salir, pues necesitaba organizar a sus guerreras y, más que nada, encontrar a Perseo. *Si la batalla va a ocurrir en cualquier momento, debo despedirme de él*, pensó.

Ciro la dispensó, advirtiéndole que podría convocarla en cualquier momento. La amazona se retiró hacia su campamento. El crepúsculo se acercaba, el sol se ponía por el oeste tiñendo las

nubes de tonos rosados, y una cálida brisa de verano soplaba suavemente. Al llegar, encontró a Ikarnas esperándola. Un sacerdote había sido llamado, y en un pequeño altar montado en el centro del campamento, ardía un brasero. Junto a él, dos amazonas sujetaban un cabrito negro.

A una señal de Artemisia, el sacerdote comenzó a cantar en honor a Ares, dios de la guerra, y a Hades, dios de los muertos. Lanzó al brasero las mechas de cabello de las amazonas que cayeron cerca de Cunaxa, y luego cortó el cuello del animal, llenando una cuia con su sangre, la cual también arrojó a las llamas.

—Ares, del fuerte grito de guerra; Hades, del manto oscuro, ¡reciban esta ofrenda! Ares, concede valor a las amazonas en la guerra que aniquila a los hombres; Hades, recibe a las que caigan en los Campos Elíseos —rezó.

Después, abrió las entrañas del animal y las examinó, arrojándolas nuevamente al brasero, que chisporroteó con la carne quemándose.

—Veo muerte y sangre, pero también veo honor, valentía y coraje —dijo el sacerdote de manera impasible.

Artemisia ordenó que sus guerreras prepararan sus equipos y descansaran lo máximo posible. Finalmente, cuando la oscuridad de la noche cubrió el campamento, entró en su tienda acompañada de Ikarnas.

—Mi amiga, te pido solo un favor más —dijo con una sonrisa triste—. Busca a Perseo, necesito verlo, aunque sea por esta última noche.

Esta puede ser nuestra última noche juntos, pensó.

Ikarnas sonrió y salió. Artemisia pidió que una amazona trajera cubos con agua caliente, pues necesitaba urgentemente un baño. Mientras esperaba, su amiga regresó informándole que las órdenes habían sido cumplidas. Discutieron algunos detalles sobre la estrategia que los generales estaban formulando y, un rato después, dos guerreras introdujeron a Perseo en el interior de la tienda.

CAPÍTULO 51

Perseo siguió a las amazonas entre las risas y bromas de sus compañeros, y las acompañó hasta su campamento, montado entre el ejército griego y el persa.

El movimiento en el lugar era intenso; iluminadas por las varias hogueras que ardían, las guerreras cuidaban de las monturas, afilaban sus espadas y preparaban flechas, colocando las mortales puntas metálicas en un extremo de la vara y atando tres plumas en el otro para estabilizar la trayectoria. Había montones de flechas ya preparadas.

Perseo fue llevado hasta la tienda de Artemisia, donde lo dejaron y salieron del lugar.

Dos lámparas iluminaban el interior. Ikarnas, a quien él ya conocía de vista, conversaba en su lengua cita con su líder, quien estaba vestida con su armadura, grebas y las espadas sujetas a la cintura.

—Ikarnas, que todas descansen lo máximo posible hoy, después de revisar sus equipos y monturas —ordenó Artemisia.

Ikarnas asintió con la cabeza y salió, dejándolos a solas.

—¡Mi amor! —exclamó Artemisia, dirigiéndose a Perseo y abrazándolo con fuerza.

Se besaron con pasión, los cuerpos pegados en un abrazo apretado, pero al mismo tiempo separados por las corazas que llevaban puestas.

La añoranza era mutua y el deseo los consumía, después de más de dos semanas separados.

—Te deseo, mi señora —dijo Perseo, mirándola con el fervor de los enamorados.

—Y yo a ti, mi guerrero. Quédate conmigo esta noche y olvidemos los duros trabajos de Ares, entregándonos a los misterios de Afrodita —sonrió Artemisia de forma sensual, tocando delicadamente el rostro del espartano con la punta de los dedos.

Se besaron nuevamente, los cuerpos pegados, las manos ansiosas por sentir la piel del ser amado. Se separaron un momento, sin aliento, Artemisia, con el rostro sonrojado, se acercó a su mesa y sirvió vino en dos copas, entregando una a Perseo.

—¿Cómo fue tu misión de reconocimiento? —preguntó Perseo, interesado, tomando un sorbo del excelente vino, que provenía de la despensa de Ciro.

—Satisfactoria. Encontramos al ejército de Abrácomes, que se unió con el de Tisafernes y Artajerjes —respondió Artemisia con expresión preocupada, mientras tomaba un sorbo de su bebida, recordando la misión que Ciro le había encomendado.

—Dicen que el ejército persa tiene más de un millón de hombres —Perseo pensó en la desventaja numérica que esto representaba para ellos.

—No, según lo que descubrí, el ejército de Artajerjes debe contar con unos cuatrocientos mil soldados.

—Aún así, son más de tres contra uno. ¿Crees que ganaremos? —Perseo notó la preocupación en el rostro de la amazona.

—No lo sé, tienen la superioridad numérica, pero Ciro cuenta con ustedes. Los griegos tienen la mejor infantería del mundo, y los espartanos son los mejores entre todos —sonrió ella.

Orgulloso, Perseo la abrazó nuevamente, dejando su copa sobre la mesa. Se miraron durante un segundo.

Cómo es bello, valiente y noble. Cómo lo amo, pensó la amazona, sintiendo su corazón latir con fuerza en el pecho, y el deseo incendiar su cuerpo y alma.

Sus labios se acercaron, pero cuando estaban a punto de besarse, fueron interrumpidos por Ikarnas, quien entró en la tienda.

—Ciro te convoca —avisó Ikarnas en su lengua cita.

Artemisia cerró los ojos por un momento y, con un suspiro, despidió a la guerrera asintiendo con la cabeza. Ikarnas hizo una reverencia y se retiró de la tienda.

¡Por los dioses! Pensó, *al menos contaba con otra noche al lado de Perseo.*

—Ciro me está convocando —explicó Artemisia.

—¿No podremos estar juntos esta noche? —Perseo preguntó, decepcionado.

— No tenemos tiempo, mi amor, esas reuniones de los generales suelen durar toda la noche. Cómo desearía estar contigo esta noche, la saudade me consume el alma —murmuró, besando a Perseo nuevamente, mientras pensaba: *Cómo desearía ahogar el sentimiento de miedo que me consume en tus brazos, miedo de que pierdas la vida y me quede nuevamente sola, miedo del resultado de la batalla.*

El espartano correspondió al beso con fervor; su deseo era despojarla de su armadura y amarla allí mismo, pero se contuvo.

—Y yo contigo —respondió Perseo después de separarse. — ¿Crees que mañana entraremos en combate?

—Si no es mañana, será al día siguiente con seguridad. El ejército de Artajerjes está a menos de un día de marcha —la amazona suspiró.

—¿Dónde pelearás? —preguntó, preocupado.

—Al lado de Ciro y su guardia personal, estaremos en el centro de la formación, allí es donde Artajerjes debería estar, donde suelen luchar los reyes persas.

—Debes convencerlo de quedarse en la retaguardia, si él perece, todo estará perdido —sugirió Perseo, con un hilo de esperanza, tal vez así las amazonas quedarían en la retaguardia protegiéndolo.

—Clearco sugirió lo mismo en la reunión de generales más temprano, pero Ciro respondió que quien aspira a ser rey debe dar el ejemplo, liderar personalmente y no escapar del peligro cediendo el mando a otros —Artemisia recordó la sugerencia de Clearco y la negativa de Ciro. *Elegí a la persona correcta a quien jurar mi lealtad,* pensó.

Artemisia notó la preocupación en el rostro de Perseo. Un escalofrío recorrió su columna vertebral al recordar lo que Ciro había dicho si eran derrotados. La vida de Perseo y la de los demás griegos no valdría nada.

Perseo asintió con la cabeza.

—Debes prometerme que te cuidarás —murmuró la amazona, con una sombra de preocupación cruzando su rostro—. Sé que tú y tus compañeros estarán en la primera línea, y temo por tu vida, que es más valiosa para mí que todo en este mundo.

Perseo percibió la sombra de duda y tristeza en el rostro y los ojos de la amazona.

—Si las cosas no salen como planeamos, debes prometerme que huirás. Artajerjes y Tisafernes no tendrán piedad de los griegos —recomendó, tocando suavemente las manos del espartano.

—Mi destino está entrelazado con el tuyo, no me iré sin ti —sonrió.

Artemisia devolvió la sonrisa y abrazó a Perseo nuevamente. Se besaron largo y profundamente, como si ese fuera el último beso.

A pesar de la preocupación por la vida de Artemisia, Perseo sabía que ya no quedaban más argumentos para usar; no le pediría que se mostrara cobarde e indigna de liderar a las amazonas quedándose en la retaguardia. Él la entendía, y también sabía que no abandonaría a sus

compañeros en este momento crucial.

Un verso de la Ilíada, de los muchos que Hipócrates le había enseñado a leer y escribir en su infancia, cruzó por su mente; en él, Héctor responde a su esposa Andrómaca, quien le pide que se aleje de la lucha bajo los muros de Troya. La situación era la misma para ellos: ambos temían que el otro muriera en combate, pero ambos sabían que no había otra opción.

Aún con el cuerpo de Artemisia pegado al suyo, Perseo la miró a los ojos.

—Todo eso me preocupa, mujer; pero me avergonzaría mucho de los troyanos y las troyanas de largos vestidos si, como un cobarde, me quedara lejos de la guerra. Ni mi corazón lo consentiría, pues aprendí a ser siempre valiente y a luchar entre los primeros de los troyanos, esforzándome por el gran renombre de mi padre y por el mío —recitó Perseo el verso épico griego que, en diversas ocasiones, le había recitado a la amazona durante sus encuentros.

—No esperaría menos de ti, mi valiente guerrero —Artemisia tomó las manos de Perseo, sonriendo con orgullo, sabiendo que él, como ella, nunca abandonaría a sus amigos ni se escondería en la retaguardia.

Se besaron con ardor. Cuando se separaron, Perseo dijo:

—Si ganamos, quiero que vengas conmigo a Esparta.

Artemisia lo miró fijamente antes de responder. Acompañarlo hasta Esparta significaba que él estaba dispuesto a enfrentarse a sus gobernantes y su familia por ella. El sentimiento era mutuo: por Perseo, ella abandonaría a Ciro después de que tomara el trono y dejaría a sus hermanas, marchándose con el espartano a cualquier lugar.

—Si ganamos, iré contigo a cualquier lugar del mundo —acarició el rostro del espartano.

Por un momento, Perseo maldijo silenciosamente a los dioses. Quería encontrar palabras para convencerla de quedarse en la retaguardia, pero sabía que era inútil y solo la heriría. Sonriendo tristemente, la abrazó con fuerza y la besó con pasión, como si esa fuera la última vez.

El destino de ambos estaba marcado: lucharían al lado de sus hermanos y hermanas de armas.

—Ahora vete, mi amor, que todos los dioses griegos, persas y escitas te protejan —dijo la amazona cuando se separaron.

—A ti también, mi señora —Perseo besó las manos de la guerrera.

Artemisia sentía el corazón destrozado, lágrimas caían por su rostro libremente, sin preocuparse por mostrar sus sentimientos.

Sus dedos comenzaron a separarse lentamente, como si tuvieran vida propia y no quisieran romper ese contacto.

No habrá despedida antes de la batalla final. Pensó Artemisia. Los dioses no nos permitieron disfrutar de la compañía del otro en lo que puede ser nuestra última noche juntos.

—Te amo, quiero que sepas que tú fuiste el único hombre que amé en toda mi vida. Si muero mañana, moriré feliz por haberte conocido y amado —murmuró Artemisia, aún con los dedos entrelazados con los de Perseo, mirándolo con intensidad.

—Y yo te amo. Si tú mueres, la mejor parte de mí morirá contigo. Y si mi destino es descender al Hades, sepas que seguiré amándote.

Por unos segundos, sus miradas se cruzaron, llenas de emociones y sentimientos que las palabras no podían expresar. Perseo dejó que sus dedos se deslizaran lentamente de los de Artemisia. Cuando las manos se separaron, él salió de la tienda sin mirar atrás, con una lágrima solitaria corriendo por su rostro. *Tengo un mal presentimiento*, pensó.

Las lágrimas que caían por el rostro de Artemisia nublaron su vista. Temía no volver a ver a Perseo. *¿Será este el momento en que Afrodita se vengará de mí?* Pensó. *¿Se confirmará*

mi sueño? Encontré el amor, amaba y era amada en la misma medida, pero nuestro tiempo juntos parece caminar hacia un fin inevitable.

¡Diosa! Si debo llevarme la vida de alguien, que sea la mía y no la de Perseo. Oró en silencio mientras lo veía marcharse.

Artemisia se sentó en el suelo sollozando, nunca había llorado así. *Mi alma parece haber sido arrancada de mí, ¿qué destino cruel me ha deparado los dioses? ¿Nunca encontraré la paz y la felicidad?* Pensó entre lágrimas.

Ikarnas entró en la tienda y, al ver el estado de su amiga, se arrodilló a su lado y la abrazó. La líder amazona apoyó la cabeza en el hombro de Ikarnas. Estaba cansada de ser fuerte, pero la guerra imponía su presencia. Con férrea determinación, se levantó y se recompuso.

Ciro me convocaba, y antes de ser mi rey, era mi amigo. Estaba atada a él por cadenas irrompibles de obligación y honor. Pensó mientras, con determinación, caminaba en la oscuridad hacia la tienda del príncipe.

Perseo regresó a su puesto y les informó a Georgios y a sus compañeros que, a más tardar en dos días, entrarían en combate contra Artajerjes.

El ambiente, que antes era relajado, se había vuelto pesado.

—Muy bien, chicos, ya sabéis qué hacer, preparad las armas y revisad el equipo —ordenó Georgios, pragmático.

La noche pasó rápidamente. Perseo casi no durmió, pensando en Artemisia y en la batalla que se acercaba al horizonte.

Sería el combate definitivo.

CAPÍTULO 52

La reunión duró casi toda la noche, oficiales entraban y salían constantemente de la tienda, los generales persas y griegos discutían las innumerables posibilidades de lo que podría suceder.

Ciro creía que marcharían sin resistencia hasta Cunaxa, donde luego enfrentarían las fuerzas de Artajerjes. Algunos oficiales pensaban que lo mejor sería montar posiciones fortificadas y esperar a que el rey persa ofreciera combate.

Artemisia estaba agotada, con el corazón roto, tenía la sensación de que nunca volvería a ver a Perseo, y los dioses no le habían dado la oportunidad de pasar una última noche en sus brazos.

Pocas horas antes del amanecer, la reunión finalmente terminó y todos fueron despedidos.

Ciro decidió marchar hacia Cunaxa al amanecer, creyendo que su hermano no se atrevería a enfrentarlo.

El campamento greco-persa, separado por cientos de pasos, no sería desmantelado. El convoy de suministros, los sirvientes, las tropas encargadas de vigilarlos y la corte que acompañaba al príncipe esperaban el regreso del ejército desde Cunaxa.

Antes de que la amazona partiera, el príncipe la detuvo en su tienda por un momento, sosteniéndole suavemente el brazo. Esta vez, ella no lo apartó; Perseo la había curado de sus traumas.

—Artemisia, te ofrezco nuevamente la oportunidad de irte con tu espartano. Pídelo y te enviaré en una misión a Éfeso o Sardes, con él y sus compañeros como escolta. Si la batalla resulta desfavorable para mí, podrás partir hacia Grecia, Egipto o cualquier otro lugar lejos de mi hermano y de Tisafernes —ofreció con amabilidad.

Artemisia miró el rostro de Ciro iluminado por las lámparas, la larga marcha desde Sardes, las horas de sueño perdidas y la tensión de la batalla que se acercaba habían dejado huellas. Sus ojos expresivos estaban marcados por ojeras. Las arrugas en las comisuras de sus ojos, que nunca había notado, ahora reflejaban la presión a la que estaba sometido desde que decidió arrebatarle el trono a su hermano.

Él había apostado todo, si perdía, todos sus bienes, sus concubinas, sus amigos más leales pagarían el precio: algunos con la esclavitud, otros con la muerte. Para él no había opción; era la victoria o la muerte.

La amazona reflexionó sobre la oportunidad que se le presentaba. Una vida de paz junto a Perseo, en cualquier lugar del mundo, la posibilidad de construir un hogar, envejecer a su lado, tal vez adoptar a un niño, huérfano de guerra, porque los había por miles. Pero sostuvo la mirada fija de Ciro y recordó que él la había protegido en Susa, que había sido su amigo y hermano, que le había ofrecido su amor y que, si lo hubiese querido, podría haberse convertido en su reina. También recordó que le había jurado servir y que Tisafernes había sido el responsable de la muerte de su padre adoptivo.

El honor y la lealtad imponían solo una opción que debía tomar.

—Mientras no estés sentado en el trono de Persia y Tisafernes no haya sido castigado por la muerte de Mardoc, estaré a tu lado como amiga y leal súbdita —dijo decidida.

—¿Y si perdemos? Tu espartano puede morir en combate contra Artajerjes o, si sobrevive, podría morir en la larga travesía hasta llegar a Grecia. Tú, si no mueres en combate, tendrás un destino peor que la muerte: serás esclava de mi hermano y de Tisafernes —insistió él.

La amazona sintió un escalofrío recorrerle la espalda, como si un viento gélido hubiera entrado por la puerta de la tienda. *Si Perseo muere y soy capturada viva, solo habrá una opción: encontraré la manera de matarme,* pensó.

—Prefiero seguirlos al Hades que convertirme en perjura —dijo con determinación.

Ciro sonrió, y su sonrisa fue como la que ella recordaba de los tiempos en los que estuvieron en Susa; alegre y sincera.

—Gracias, mi amiga —respondió el príncipe, y Artemisia pensó que vio sus ojos humedecidos—. Ahora ve a descansar —ordenó, mientras tomaba una copa y bebía de su contenido, como si intentara disimular la emoción.

—Gracias, mi amigo, tú también deberías descansar —respondió, saliendo de la tienda real.

Al llegar al campamento de las amazonas, Ikarnas la esperaba en su tienda. *Siempre leal, solo se retiraba cuando la veía entrar para descansar. Estoy agradecida por ella*, pensó.

—Ve a descansar, amiga —ordenó Artemisia con una sonrisa triste.

—Lo haré. ¿Estás bien? —preguntó, con una expresión preocupada.

—Solo estoy cansada —respondió Artemisia, intentando sonreír.

—Enviaré un poco de agua caliente para que te bañes —respondió Ikarnas y salió de la tienda.

Artemisia suspiró. *Me gustaría ver a Perseo, tenerlo en mis brazos solo una vez más,* pensó. Pero el alba se acercaba rápidamente, y todos necesitarían sus fuerzas. Algo le decía que hoy mismo combatirían.

Mientras pensaba en ello, dos amazonas entraron y vertieron agua caliente en una tina situada en un rincón de la tienda. Artemisia agradeció con una sonrisa, y, una vez que se retiraron, se desvistió y se sumergió en el agua tibia. Después de bañarse, la amazona se recostó sobre la estera de pieles y se durmió profundamente, sin sueños.

Con los primeros signos del alba, Artemisia despertó y se colocó su coraza pechera y las grebas, que estaban limpias y relucientes. Al salir, el movimiento era intenso; las amazonas, en grupos, tomaban su desayuno alrededor de las fogatas dispersas por el centro del campamento.

Ikarnas se acercó con una copa de vino caliente con especias y trozos de pan y queso que Artemisia devoró con avidez, no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba. Tras el desayuno, las tiendas serían desmontadas por las sirvientas, a quienes Artemisia dio la orden de irse lo más lejos posible y regresar solo si llegaban noticias de la victoria de Ciro. En caso contrario, les ordenó que huyeran de vuelta a Sardes. La líder amazona temía la derrota, pues en ese caso las sirvientas serían muertas o esclavizadas.

Ikarnas llevó a su líder hasta un grupo de unas cincuenta amazonas que se habían herido en combates anteriores, algunas con heridas graves que empezaban a cicatrizar. Una de ellas estaba ciega de un ojo, al cual le habían causado una herida que le había dejado una cicatriz desde la frente hasta la mandíbula; dos tenían los antebrazos amputados, y una más había perdido una pierna por debajo de la rodilla. Artemisia había ordenado que se quedaran con las carrozas, junto a cuatro guerreras que permanecían inconscientes debido a heridas graves.

—Se niegan a obedecer la orden —explicó Ikarnas, con una media sonrisa de orgullo.

Artemisia se acercó al grupo y las observó. Todas estaban armadas y listas para la batalla.

—Hermanas mías, la batalla final se acerca. Ustedes me han servido lealmente, y sus

heridas son testamento de su coraje y honor. Por ello, les pido que sigan con las carrozas hacia la retaguardia —les pidió.

Murmuraron entre sí, y una de las guerreras, de nombre Parnésia, tomó la palabra.

—Usted es nuestra líder, juramos obedecer sus órdenes, pero esta es una que no acataremos. Hemos luchado desde Escitia como hermanas, muchas de nosotras hemos caído para honrar el juramento de servirla, y si nuestro destino es morir en la batalla que destruye a los hombres, así lo haremos, como hermanas que somos, siguiéndola hasta las puertas del Hades si es necesario.

Artemisia las miró fijamente, todas estaban decididas. Con lágrimas en los ojos, abrazó a cada una de ellas. Las amazonas heridas lucharían junto a sus hermanas, sabiendo que la muerte era su destino final.

La amazona reunió a todas las guerreras fuera del campamento. Montó en su corcel, que le había sido traído por una amazona, y se puso el yelmo con crin de caballo. Las observó por un momento, mientras ellas montaban en sus caballos.

—¡Hermanas! ¡Hoy, o a más tardar mañana, entraremos en combate cerca de Cunaxa! —gritó Artemisia a sus hermanas, que la escuchaban en silencio y con atención.

Algunas monturas se mostraron inquietas, resoplando y golpeando el suelo con sus cascos.

—¡Muchas de nosotras terminaremos la batalla tendidas en el polvo, nuestras almas descendiendo al reino de Hades, no temáis! ¡Recordad que hicimos los juramentos y los ritos funerarios correspondientes! ¡Estamos muertas desde que salimos de Escitia! —gritó aún más fuerte.

Las amazonas miraban a su líder con ojos feroces de determinación.

—A aquellas de vosotras que deseen partir y regresar a Escitia, tienen mi bendición. Las libero de su juramento de seguirme.

Un denso silencio fue la respuesta, solo se oían los resoplidos de las monturas y el sonido de los cascos sobre la hierba.

—Hermanas mías, oficiales griegos y persas están preocupados por nuestra inferioridad numérica, ¡les gustaría tener más guerreros! Pero yo no deseo ni una guerrera más, por Zeus. No deseo oro, ropas doradas ni palacios; esas cosas externas no tienen importancia en mis deseos. Pero, si es pecado ante los dioses inmortales codiciar el honor, yo soy la más pecadora de las mortales. ¡No! No deseamos una guerrera más en nuestras filas. ¡Por Ares! No desearía perder tan gran honor, por la mejor de las esperanzas, pues una guerrera más tal vez quisiera compartir la gloria con nosotras. ¡Oh! ¡No anhelo más guerreras! Proclamo, en cambio, que se retire quien no tenga valor para luchar; dadle una montura y entregadle una bolsa con monedas para que pueda viajar. ¡No deseamos morir en compañía de una guerrera que tenga miedo de acabar como nuestra compañera, pues incluso las heridas que están aquí y que fueron ordenadas a partir, se han negado a ello! —exclamé mientras controlaba a Deimos, que parecía indómito, como si estuviera ansioso por ir a la guerra.

La amazona observó detenidamente a sus hermanas, solo veía expresiones de determinación y algunas sonrisas feroces.

—Hoy o mañana será el día de la batalla de Cunaxa. Quien sobreviva a este día regresará sana y salva a su hogar, se erguirá cada vez que se hable del día de hoy y crecerá solo con el nombre de Cunaxa. Quien sobreviva a este día y llegue a la vejez, anualmente, en la vigilia de esta fecha, invitará a sus amigas y familiares y les dirá: "Mañana es el día de la batalla de Cunaxa". Luego mostrará sus cicatrices y dirá: "Recibí estas heridas en la batalla de Cunaxa".

Las viejas olvidan, sin embargo, aquella que haya olvidado todo, se acordará, aun así, con satisfacción, de las proezas que realizó ese día. Y entonces, nuestros nombres serán tan familiares en sus bocas como los de sus propios parientes; Artemisia, Ikarnas, Ipóxia, Parnésia y los nombres de todas nosotras resurgirán en la memoria viva y saludable, con brindis de copas espumosas de vino. Esta historia será enseñada por la buena mujer al hijo y a la hija, y desde este día hasta el fin del mundo, la batalla de Cunaxa nunca pasará sin que esté asociada a nuestro recuerdo, de nuestro pequeño ejército, de nuestro feliz pequeño ejército, de nuestra banda de hermanas; porque aquella que hoy derrame su sangre conmigo será mi hermana; por muy vil que sea, esta jornada ennoblecerá su condición, y los guerreros que se negaron a seguirnos y ahora permanecen en Escitia, tendidos en sus camas, se sentirán malditos por no estar aquí y considerarán de poco valor su propia nobleza, cuando oigan hablar de alguna de aquellas que combatieron con nosotras en la batalla de Cunaxa. —gritó Artemisia, sintiendo su pecho llenarse de orgullo por sus guerreras.

—¡Que Ares nos guíe! ¡Que sus hijos Deimos y Fobos nos acompañen y esparzan el terror y el miedo entre las filas enemigas! ¡Que seamos valientes y tengamos una muerte gloriosa para que podamos encontrarnos en los Campos Elíseos! —gritó Ikarnas emocionada.

Un grito gutural se extendió por la campiña, emitido por cientos de gargantas.

—¡Avanzad! —gritó Artemisia, señalando al frente con la mano.

En medio de un galope ensordecedor, las amazonas dejaron el campamento y se dirigieron a la vanguardia del ejército. Tras superar el perímetro defensivo del campamento del ejército greco-persa, Artemisia ordenó que Ikarnas esperara con las amazonas, mientras ella se dirigía al campamento de Ciro, situado en la retaguardia del ejército, con una escolta de cincuenta guerreras.

Al llegar al lugar donde estaba montada la tienda real, el movimiento era intenso: los sirvientes corrían de un lado a otro, los caballeros ajustaban sus equipos y monturas. Los oficiales corrían gritando órdenes, y los escuadrones de caballería de la guardia real esperaban montados en sus caballos.

Ciro salió de su tienda, una biga de guerra atada a una pareja de hermosos caballos negros, conducida por un auriga, aguardaba pacientemente. Artemisia se acercó, emparejando su montura al lado de la suya. El príncipe sonrió al verla.

—Un hermoso día para marchar —afirmó Ciro, mirando al cielo azul y despejado tras subir a la biga.

—Sí, mi rey —respondió la amazona—. Mis guerreras esperan vuestras órdenes en la vanguardia del ejército.

—Avanzaremos al frente. He ordenado que no desmonten los campamentos; marcharemos hasta Cunaxa y allí combatiremos —dijo de manera despreocupada, haciendo una señal para que el auriga partiera.

Su carro de combate salió del campamento y tomó la carretera real que conducía a Susa, seguido por Artemisia y sus amazonas, y cientos de soldados de la guardia real.

Continuaron galopando por la carretera, superando filas de soldados que marchaban de forma displicente: persas, lidios, mísios, cários, una miscelánea de soldados que servían bajo las órdenes de Ciro, al frente de ellos los ejércitos griegos. Artemisia los observaba de reojo mientras galopaba. ¿Dónde estará Perseo entre esta infinita multitud de soldados? Pensó, pero la velocidad era tan alta que no lograba identificarlo.

Finalmente, alcanzaron a las demás amazonas que se unieron a su líder y continuaron adelante por la carretera sin detenerse. Tras una hora de cabalgata, cinco exploradoras que

Ikarnas había enviado para sondear el terreno regresaron a todo galope.

Ciro ordenó que se detuvieran, las guerreras se acercaron y emparejaron junto a Artemisia.

—El ejército enemigo se acerca, infantería, caballería y carros de guerra, sus números superan los miles —avisó una de las amazonas, excitada.

CAPÍTULO 53

Los espartanos apenas habían comenzado a tomar el desayuno cuando llegaron órdenes informando que la división donde servía Perseo había sido escalada para liderar la vanguardia del ejército. Los guías informaron que se acercaban a la ciudad de Cunaxa, a unos setenta kilómetros al norte de Babilonia. La caballería tracia y persa actuaría como avanzadilla.

El ejército reanudó su marcha de manera relajada, con las demás tropas griegas y persas separadas por cientos de pasos. A pesar de la advertencia de Artemisia, el ejército continuaba marchando de forma despreocupada.

Ciro, en su carruaje, seguido por su guardia personal y las amazonas comandadas por Artemisia, superaron a los espartanos, avanzando por la carretera que conducía a la ciudad de Babilonia. Perseo la observó cabalgando audazmente, la crin de su casco ondeaba con el movimiento del caballo, pero ella no lo vio. Mentalmente, Perseo hizo una oración a los dioses para que la protegieran.

Siguieron marchando. Los pensamientos de Perseo estaban fijos en la amazona y en la batalla que se aproximaba. No temía por su vida, pero sí se preocupaba por la de ella. Su deseo era cabalgar a su lado, pero él era hoplita, y su lugar estaba en la falange espartana.

Era media mañana, faltaban dos horas para detenerse a almorzar. El día estaba soleado y caluroso, sin una brisa, y el cielo estaba completamente despejado. De repente, un caballo árabe galopando a gran velocidad apareció desde la dirección de Cunaxa. Montado en el animal, que sudaba profusamente, un oficial persa de la caballería gritaba en griego, persa y otros idiomas que los espartanos no entendían:

—¡Artajerjes se acerca!

Los soldados se quedaron en silencio. Finalmente, iban a entrar en combate contra el rey persa. Se dieron órdenes para que se pusieran las armaduras, que llevaban descuidadamente a la espalda sujetas con correas de cuero. Mientras se armaban, los exploradores tracios regresaron confirmando la noticia. No pasó mucho tiempo antes de que Ciro, en su carruaje, regresara disparado desde la vanguardia, escoltado por Artemisia y sus amazonas.

Las órdenes comenzaron a gritarse entre nuestros oficiales y sargentos para que los soldados tomaran formación.

—¡Formación, hombres! —ordenó Georgios.

Los generales empezaron a moverse entre las tropas tratando de organizarlas. La disciplina griega se impuso y pronto estaban en formación de batalla. Clearco, montado en su caballo, recorría las filas animando a los soldados. Ciro, por su parte, puso a sus fuerzas en alerta.

Nubes de polvo se levantaron con el movimiento de las tropas de infantería y caballería que corrían para entrar en posición de batalla, formando una línea que se perdía en el horizonte.

El polvo cubrió el sol como nubes de tormenta. A lo lejos, Perseo ya no podía distinguir a las amazonas de Artemisia, pero sabía que ella estaba junto a Ciro, en el centro de la formación. Con una oración silenciosa dirigida a los dioses, pidió por su protección y se concentró en la batalla que se avecinaba.

Perseo miró a su alrededor; sus compañeros de armas estaban listos. Diomedes y Petrus reían alegremente contando chistes, Laertes con una media sonrisa en los labios anticipaba la batalla. Atreu, a su lado, murmuraba una oración a los dioses. Perseo sintió el impulso de unirse

a él. Pensó en su padre y en su hermano. *¿Habrán experimentado el miedo que siento yo en cada preludio de batalla?* Su estómago daba vueltas, amenazando con expulsar el desayuno. Por eso, tomó un pequeño sorbo de agua para calmarse.

Georgios pasó dando instrucciones:

— Recuerden, no deshagan la formación, manténganse cerca unos de otros — recomendó.

El ejército griego estaba listo y en formación de batalla. Los espartanos, bajo el mando del general Clearco, tomaron posición en el lado derecho del ejército, junto al río Éufrates. Próxeno y otros capitanes bajo sus órdenes ocuparon el centro, mientras que Menón y su tropa se situaron en el lado izquierdo del ejército griego. A la derecha de Menón, los peltastas se concentraron junto con la caballería, que contaba con alrededor de mil caballeros.

Ciro, a la izquierda de las tropas del general Menón, ocupaba el centro del ejército greco-persa, con su guardia personal de seiscientos caballeros armados con lanzas, escudos y espadas, además de las quinientas amazonas lideradas por Artemisia. Arieo, general persa de Ciro, se posicionaba a la izquierda de las tropas de Ciro, con la infantería y la caballería persa y aliada.

Todos esperaban en posición, el sudor caía por dentro del yelmo de Perseo empapando su cabello, el sol se acercaba al centro del cielo y aún no se veía al enemigo. La garganta de Perseo estaba seca y su estómago comenzó a quejarse de hambre, a pesar de estar mareado.

De repente, surgió en el horizonte una enorme nube de polvo. Formaciones de tropas enemigas avanzaban lentamente en orden de batalla. Marchaban en silencio, solo el sonido de sus pasos y el tintineo de los equipos recorrían la llanura.

Los rayos del sol reflejaban en los yelmos y en las puntas de las lanzas del ejército enemigo.

Los soldados de infantería persa vestían largas túnicas de colores y pantalones. Portaban grandes escudos de mimbre que los cubrían de pies a cabeza, además de lanzas. Tropas de caballería circulaban entre los infantes. En la vanguardia avanzaban carros de guerra con hoces en las ruedas y en la carrocería, tirados por caballos y conducidos por una dupla de soldados: un auriga y un lanceros o arqueros.

La batalla estaba cerca.

***

Artemisia tradujo a Ciro lo que sus exploradoras habían dicho.

—¡Mensajero! —gritó el príncipe, y un oficial se acercó con su caballo—. Vuelve y avisa a todos que entren en formación de combate, diles que mi hermano Artajerjes se acerca.

El oficial golpeó el costado de su montura y salió a galope desenfrenado.

—Regresaremos —ordenó Ciro con expresión seria, mientras su auriga ejecutaba la maniobra de retorno.

Volvieron galopando y pronto superaron a las tropas griegas, que los observaban atónitas. Se gritaban órdenes para que los soldados se pusieran en formación.

Alcanzaron a los generales y oficiales griegos que trotaban lentamente por la carretera.

—¡Ordenen que nuestras fuerzas entren en formación! —ordenó Ciro a los generales, quienes salieron a galope para cumplir la orden.

La tensión en el aire era casi palpable.

—¡Traedme mi caballo! —ordenó Ciro a uno de los guardias reales.

En ese momento, Artapates se acercó trotando y se emparejó con ellos.

—¿Lucharás montado en tu carroza, mi rey? —preguntó el general.

—Cabalgaré con mi guardia real y mis amazonas —Ciro miró a la amazona.

—Entonces cabalgaré junto a vos, mi señor —afirmó Artapates.

En ese momento, un oficial llegó con un magnífico caballo blanco que había sido un regalo de Epiaxa cuando dejaron la ciudad de Tarso. Ciro llevaba una coraza de bronce y mimbre, ricamente trabajada, y una tiara fina que rodeaba su frente, sujetando su cabello. Vestía pantalones y botas de fieltro blancas, y bajo las mangas de su túnica, llevaba grebas de bronce en los antebrazos. En su cintura colgaba una espada y un puñal. Al acomodarse en la montura, que resoplaba impaciente, otro oficial le entregó una lanza.

—Que Mitra nos conceda la victoria —gritó, apuntando la lanza hacia el frente, y salió galopando hacia la vanguardia.

Nubes de polvo se levantaron con el movimiento de las tropas de infantería y caballería, que corrían para posicionarse en formación de batalla, en una línea que se perdía a la vista, comenzando en las orillas del río Éufrates.

Ciro se posicionó en el centro de la formación greco-persa, rodeado por su guardia real y las amazonas. Tropas de infantería persa marchaban justo detrás, colocándose en formación, mientras oficiales mensajeros se presentaban y, tras recibir órdenes del príncipe, salían disparados a cumplirlas.

El tiempo pasó y el murmullo de los soldados conversando aumentó. El sol estaba caliente, casi en su cénit, y el aire estaba estancado, sin ninguna brisa que refrescara la piel que sudaba bajo las túnicas y armaduras.

Artemisia miró a su alrededor y se sintió satisfecha. Sus guerreras estaban a su alrededor y junto a Ciro, sabía que podía contar con ellas, que nunca la abandonarían y seguirían su orden de proteger al príncipe, incluso a costa de sus propias vidas. Ikarnas la miró y sonrió feliz.

Tras un tiempo, a lo lejos, una enorme fila que superaba a la formación greco-persa avanzó a paso lento, en el más absoluto silencio, con sus equipos brillando bajo el sol.

—Avísenle al general Clearco que ordeno que avance y ataque el centro de la fila de Artajerjes —ordenó Ciro a uno de los varios mensajeros que esperaban en sus caballos a su lado.

El mensajero hizo una reverencia, inclinó la cabeza y, golpeando el costado de su montura, galopó hacia el sur, donde las tropas de Clearco estaban posicionadas a orillas del río Éufrates.

¡Perseo! Pensó Artemisia. *Que Artemisa lo proteja.*

***

Clearco y sus oficiales, posicionados detrás de las filas, observaban atentamente, mientras mensajeros corrían entre las tropas. Un persa montado en caballo se acercó y gritó en griego, dirigiéndose al general.

—¡General! Mi señor Ciro ordena que su tropa ataque el centro del ejército enemigo —dijo y esperó.

—Estoy listo para actuar, sé lo que hacer —respondió Clearco en voz alta, despachando al jinete.

El mensajero hizo una reverencia y se alejó a galope. Los soldados esperaban con expectación las órdenes, y un hilo de esperanza brotó en el pecho de Perseo. *Estaré cerca de Artemisia y podré ayudarla*, pensó riendo mentalmente. *Ella no es una guerrera que necesite ayuda.*

Clearco observó el ejército enemigo que se acercaba. Todos miraron hacia el lugar que parecía ser el centro, donde Artajerjes debía estar. Las filas enemigas eran extensas y

sobrepasaban en longitud y profundidad las líneas del ejército greco-persa. En el lado derecho tenían el río Éufrates, lo que impedía que los griegos fueran flanqueados por ese lado. El terreno donde los ejércitos estaban posicionados era plano, cubierto por una hierba baja.

El general entonces tomó una decisión, y sus órdenes fueron transmitidas a gritos por los oficiales.

—¡Mantengan la posición!

Georgios murmuró entre dientes:

—¡Maldito arrogante!

El corazón de Perseo se hundió en su pecho. No atacarían el centro del ejército; Ciro y Artemisia estarían solos. Miró a su alrededor, desesperado. Su deseo era unirse a la amazona, pero no podía abandonar a sus compañeros.

Laertes, a su lado, con voz potente, comenzó a cantar el primer verso de la Ilíada:

— Canta la ira, oh diosa, de Peleio Aquiles, la destructora, que innumerables dolores impuso a los aqueos y lanzó al Hades muchas almas valerosas, quedando ellos mismos arrojados a los perros, alimento para las aves.

Perseo se sorprendió, nunca había oído a su compañero recitar a Homero. Laertes lo miró sonriendo. *¿Será él el único entre nosotros que se regocija con la batalla que se aproxima?* pensó.

El ejército enemigo detuvo su avance, lejos del alcance de los arqueros griegos. Numerosos carros de guerra se estacionaron frente a la infantería, esperando la orden de avanzar. Algunos eran tirados por dos caballos, otros por cuatro, pero todos contaban con dos soldados: un auriga encargado de conducir el carro y un lanceros o arquero.

La infantería persa esperaba posicionada detrás de los carros en una fila que se perdía de vista. Estaban ocultos tras escudos de la altura de un hombre adulto, clavados en el suelo. Los espartanos desconocían la profundidad de sus formaciones, pero sabían que la infantería persa portaba arcos y flechas, y que los utilizarían antes del choque con las tropas enemigas.

Los espartanos se alineaban en una fila que comenzaba a orillas del río, con la infantería pesada hoplita al frente, en tres filas de profundidad. El pelotón de Perseo ocupaba la segunda fila. Algunas compañías de peltastas y arqueros aguardaban en la retaguardia. Sabían que esa sería la batalla final: si ganaban, la guerra estaría ganada; si perdían, sus vidas no valdrían nada.

De repente, los soldados escucharon un grito estridente:

—¡Ares, todopoderoso dios de la guerra, guíanos!

Inmediatamente respondieron al unísono:

—¡Ahuu! ¡Ahuu! ¡Ahuu!

Un sacerdote corrió hasta el frente del ejército, seguido por algunos acólitos que cargaban un cabrito. Estos miraban por encima del hombro en todo momento, temerosos de que los persas atacaran. El sacerdote, con un rápido movimiento, cortó la garganta del cabrito y, acompañado de sus acólitos, cantó al dios de la guerra:

—Ares, muy fuerte, conductor del carro, de casco dorado, ánimo terrible, portador del escudo, salvador de ciudades, armadura de bronce, brazo fuerte, incansable, hábil con la lanza, muralla del Olimpo. Padre de la victoria en la guerra, ayudante de la justicia, tirano contra los contrarios, guía de los más justos mortales, portador del cetro de la virilidad, que revuelves el globo flamante. Etéreo en las constelaciones de siete estrellas, donde corceles en llamas eternamente, sobre la tercera órbita, te mantienen. Escucha, defensor de los mortales, dotador de la juventud valiente. Desde lo alto del cielo, desciende brillando en fulgor hacia nuestra vida y fuerza bélica, que sea capaz de repeler la malvada aflicción de mi pecho, de doblegar los

engañosos impulsos del alma en las entrañas. ¡Venturoso, concédenos audacia para vencer a nuestros enemigos, danos ardor para el combate contra ellos!

Entonces comenzaron a entonar el peán, al que los espartanos respondían con grandes gritos, con el estribillo:

—¡Ié paián!

El sacerdote y sus acólitos regresaron a la retaguardia, cargando el cadáver del animal sacrificado.

—¡Hombres, atención! — gritó Georgios.

El toque de trompeta para avanzar sonó, y un gran alarido se escuchó por parte del ejército persa, comandado por Artajerjes, cuyo ejército comenzó a moverse en dirección a la línea greco-persa.

A paso marcado, los espartanos avanzaron lentamente mientras entonaban el peán. En su dirección, los carros de guerra persas avanzaban rápidamente, levantando polvo y cubriendo a la infantería que los seguía. Antes de llegar al alcance de los proyectiles de los arqueros y peltastas griegos, un nuevo grito de guerra se extendió por todo el ejército:

—¡Ares y Zeus, dioses poderosos!

La respuesta fue nuevamente unísona:

—¡Ahuu! —gritaron los espartanos, levantando las lanzas y apuntándolas hacia el cielo. *Si los dioses existían, ¿estarían observando la lucha que comenzaba? ¿Estarían en el Olimpo viéndonos?* Pensó Perseo.

CAPÍTULO 54

El toque de trompeta para acelerar el paso resonó. Con un estruendo, el ejército griego avanzó en filas cerradas. Los peltastas, al fondo, seguían a los hoplitas, golpeando con sus dardos en los pequeños escudos, y el sonido era ensordecedor.

El sudor recorría la espalda de Perseo, sentía la boca seca y su corazón latía desbocado en su pecho. Una ira fría recorría su cuerpo, alternando con el miedo. Solo tenía un pensamiento: *¡Matar y no ser muerto! ¿Será esta la ira que experimentó Aquiles? ¿Habría Héctor sentido miedo mientras defendía a su pueblo tras los muros de Troya?*

Perseo miró a su derecha. Laertes avanzaba sin temor, con una feroz sonrisa en los labios. Su altura parecía haber duplicado. A su lado, Atreu murmuraba una oración a los dioses. A su izquierda, Diomedes y Petrus avanzaban con amplias sonrisas en sus rostros. Al frente, Perseo observaba las nucas de sus compañeros de la primera fila. Las crines de caballo de sus cascos se movían al ritmo de sus pasos acelerados. Más allá de ellos, el campo abierto los separaba del enemigo. El polvo levantado por los carruajes persas cubría el sol y a la infantería justo detrás.

Los peltastas griegos se adelantaron, superando a los hoplitas, listos para lanzar sus dardos. Los arqueros, en la retaguardia, tensaron las cuerdas de sus arcos, preparándose para una lluvia de flechas contra las filas enemigas.

Los carruajes persas se acercaban rápidamente. Los soldados ya podían ver las hojas afiladas unidas a las ruedas, girando descontroladas, brillando con el reflejo del sol. Cuando llegaron al alcance de los arqueros, fueron recibidas por una lluvia de flechas: los aurigas caían heridos de sus carruajes, que perdían el control y se dirigían erróneamente, avanzando contra sus propias filas, creando un caos al atropellar a los infantes que se encontraban en su camino y derribar sus escudos. Otras se estrellaron entre sí, haciendo un gran estruendo.

El aire se llenó de gritos de hombres heridos y relinchos de animales aterrorizados. Los carruajes siguieron avanzando, llegando al alcance de los dardos de los peltastas, que lanzaron sus proyectiles causando numerosas bajas entre los aurigas antes de retirarse rápidamente a la retaguardia de las líneas griegas.

Los carruajes restantes dieron media vuelta. Sus aurigas, aterrados, condujeron sus bigas de regreso a sus filas, atropellando y creando aún más confusión en la línea persa. El toque de trompeta sonó ordenando a los espartanos mantener el paso acelerado, y avanzaron con renovado ímpetu, intentando mantener la línea cohesionada.

Gritando como poseídos, los espartanos superaron las carruajes destruidas y pisotearon a los desafortunados heridos por las flechas y los dardos.

Los espartanos se acercaron rápidamente a la línea persa, hombro con hombro, escudo con escudo, lanzas apuntadas hacia adelante, como una terrible bestia de metal impenetrable. Los infantes persas dispararon sus arcos, enviando una lluvia de flechas sobre las posiciones griegas.

—¡Levanten los escudos! —gritaron innumerables oficiales.

Los espartanos levantaron los escudos sobre sus cabezas. Las flechas trazaron una larga parábola y comenzaron a caer sobre ellos, produciendo un sonido metálico seco al chocar contra el bronce de los escudos. Algunos gritos de soldados heridos se escucharon, pero continuaron avanzando.

Las trompetas sonaron el toque de trote acelerado. Manteniendo los escudos sobre sus cabezas, los espartanos corrieron hacia la línea persa. Al acercarse, la primera fila griega bajó los escudos, protegiéndose de los posibles disparos de flechas a corta distancia. A menos de treinta pasos, los soldados de la segunda fila bajaron sus escudos, asegurándolos en las espaldas de sus compañeros de la primera fila. Estos avanzaban ahora con sus lanzas apuntadas hacia adelante.

Ahora Perseo y sus compañeros podían ver, detrás de los grandes escudos de mimbre fijados en el suelo, a los soldados persas observándolos con los ojos desorbitados por el terror. *¿Cuántos no serían descendientes de los soldados de los ejércitos de Darío y Jerjes que invadieron Grecia en el pasado? ¿Recordarían las terribles historias que sus abuelos les habrían contado? La derrota en Maratón, cuando enfrentaron por primera vez la infantería pesada de los atenienses y sus aliados; la valentía de Leónidas y sus trescientos espartanos que detuvieron a un ejército infinitamente mayor en las Termópilas, causando a los persas pérdidas incalculables; y la batalla de Platea, cuando diez mil espartanos lideraron a los aliados griegos, expulsando de una vez a los invasores.* Pensó Perseo en un abrir y cerrar de ojos.

Con un estruendo, los escudos de bronce de siete kilos de los espartanos chocaron con violencia contra los de mimbre de los persas. Ahora los espartanos podían hacer lo que habían entrenado desde su infancia, lo que nacieron para hacer: ¡matar!

Mientras Perseo firmaba su escudo en la espalda de su compañero de frente, empujándolo hacia adelante y sosteniéndolo para que no retrocediera, por encima de su hombro lanzó su lanza contra un escudo que tenía frente a él. La hoja penetró fácilmente en la protección y, al retirarla, trozos de mimbre se unieron. El soldado que estaba frente a Perseo retrocedió medio paso y nuevamente chocó contra el escudo de mimbre, haciendo que el infante que estaba detrás de él cayera al suelo, llevando su protección. Inmediatamente, Perseo lanzó la lanza contra otro soldado que intentaba cerrar la brecha, acertándole en la boca. Al retirar la lanza, trozos de lengua y dientes cayeron al suelo.

La formación compacta de los espartanos, con tres líneas de profundidad, empujó a los persas hacia atrás. Sus frágiles escudos no resistieron el impacto, las lanzas griegas se alzaban y, con un golpe violento, se lanzaban contra la fila persa, regresando bañadas en sangre y vísceras que se adherían a sus hojas, para ser lanzadas nuevamente.

La línea persa estaba desorganizada, mientras la compacta formación griega los empujaba hacia atrás, con su infantería intentando resistir. La masacre fue terrible.

La segunda y tercera fila griega presionaban a la primera línea, empujándola hacia adelante. Avanzaron paso a paso, pisando cuerpos de enemigos caídos, y cuando detectaban alguno vivo, lo atravesaban con sus lanzas en el pecho. El olor a sangre y vísceras era nauseabundo. Perseo y sus compañeros estaban ávidos de participar en el combate en la línea de frente.

Cuando un soldado griego moría o resultaba herido, inmediatamente otro lo reemplazaba. La infantería peltasta en la retaguardia lanzaba nuevamente sus dardos, y los arqueros detrás de ellos disparaban sus flechas furiosamente contra la extensa retaguardia enemiga.

La trompeta sonó, indicando el cambio de posición, y Perseo y sus compañeros avanzaron hacia la vanguardia. Perseo saltó hacia adelante, reemplazando a su compañero agotado por la matanza. Un persa armado con una cimitarra atacó, apuntando a la cabeza de Perseo. Él levantó su escudo para protegerse y lanzó su lanza con violencia contra el pecho de su adversario, sintiendo la hoja penetrar fácilmente en su coraza de mimbre. Con un golpe violento, la retiró y el soldado cayó al suelo muerto. Los compañeros de Perseo mataban a derecha e izquierda, y los soldados detrás de ellos lanzaban sus lanzas por encima de sus hombros,

aumentando la carnicería.

De repente, la línea de la infantería persa se deshizo. Los soldados de frente voltearon y comenzaron a huir, y los que avanzaban estorbaban su fuga, causando aún más confusión. Oficiales persas intentaban detenerlos usando látigos.

Los espartanos avanzaron, masacrando a los hombres que huían. Perseo alcanzó a uno y le clavó la lanza en medio de las costas de su enemigo. La hoja salió por su pecho y, al retirarla con violencia, continuó avanzando sin mirar al desafortunado que cayó muerto, con el rostro en el suelo. Un persa se volteó e intentó asestar un golpe con su espada contra la cabeza de Perseo. Antes de que pudiera completar el movimiento, Perseo lanzó su escudo contra el rostro del persa y escuchó el crujir de los huesos al romperse. Un golpe seco con la lanza en su pecho y el hombre quedó liquidado. Perseo alcanzó a otro que huía y lo atravesó con la lanza a la altura de la nuca, la hoja salió por la boca, llevando consigo tejido y dientes.

Laertes, a la derecha de Perseo, mataba calmadamente, aparentemente sin esfuerzo, a todos los que alcanzaba. Diomedes y Petrus, a la izquierda, formaban una pareja imbatible. Petrus usaba su fuerza descomunal, transformando su escudo en un arma tan mortal como su lanza. Diomedes, a su lado, liquidaba a todos los que alcanzaba con una sonrisa asesina en el rostro.

¿Cuántos enemigos matamos? No lo sé, el tiempo perdió su sentido, parecía que llevaba horas combatiendo. Pensó Perseo. Estaba cubierto de sangre de la cabeza a los pies, al igual que sus compañeros. Los persas se retiraban por toda la línea de frente. Pequeños grupos intentaban resistir formando bolsas en la llanura, pero los espartanos los rodeaban y, con sus lanzas, más largas que las de ellos, los pescaban como si fueran peces, atravesando sus frágiles escudos de mimbre. O entonces, los peltastas se acercaban y lanzaban sus dardos contra los persas, liquidándolos.

El ritmo de los espartanos comenzó a disminuir por el cansancio. El equipo pesado los hacía más lentos que los persas.

Perseo resoplaba como un caballo viejo después de una carrera. Su pecho parecía a punto de explotar, su garganta ardía de sed, los hombros le dolían por sostener el escudo y la lanza. El polvo levantado en el campo de batalla le secaba las fosas nasales, pero no tenían tiempo para descansar. Mataban a todos los que alcanzaban.

De repente, la trompeta sonó, indicando la parada. Perseo y sus compañeros se detuvieron, observando a los persas retirarse desordenadamente, perseguidos por las flechas y los dardos que les arrojaban. Muchos tiraban sus armas al suelo para correr más rápido.

Los muertos y heridos griegos fueron evacuados hacia la retaguardia, ayudados por los sirvientes de los médicos que avanzaron para socorrerlos. Perseo miró a sus compañeros: Atreu tenía la mirada perdida, Diomedes y Petrus compartían un botijo de vino, Laertes, con trozos de tela arrancados de los soldados persas muertos, intentaba limpiar su coraza y sus armas manchadas de sangre.

Perseo se sentó en el suelo y se quitó el casco. Su cabello estaba empapado en sudor, al igual que su túnica debajo de la coraza. Respiró lentamente, profundamente, tratando de calmar su corazón, mientras observaba a su alrededor; no había más que muerte y destrucción en todas direcciones.

Cadáveres de hombres y animales terriblemente mutilados estaban esparcidos por toda la llanura. Los gritos de los heridos y los relinchos angustiosos de los caballos llenaban el aire. El suelo estaba empapado de sangre oscura y espesa, un olor nauseabundo de heces, orina y vísceras llegaba a las narices de Perseo, pero él estaba tan entumecido que no le causaba náuseas.

Soldados griegos recorrían el campo en busca de compañeros heridos. Cuando encontraban a algún persa, les clavaban la lanza en el pecho. No había espacio para la clemencia en ese lugar. Junto a Perseo, un persa lo miraba con los ojos vidriosos. Por un momento, pensó que el hombre estaba vivo, pero no localizó el resto de su cuerpo.

Perseo sentía una loca necesidad de reír, pensaba que iba a enloquecer, pero el rugido de una batalla a lo lejos, traído por el viento, lo hizo recordar a Artemisia. *¿Cómo estará ella?* La preocupación se apoderó de su mente. Se concentró. No seré alcanzado por la Mania[107], la personificación de la locura, la demencia y la insania. Pensó, mientras se levantaba y miraba hacia el horizonte. No pudo ver nada, excepto una nube de polvo donde la batalla seguía.

Perseo sintió una mano en su hombro. Asustado, miró hacia atrás. Georgios le ofrecía un botijo con agua.

—Tranquilo, Perseo, lo hiciste bien. Vamos, debemos retroceder —ordenó.

Se transmitieron órdenes para retirarse a sus posiciones iniciales. Retrocedieron dejando la llanura llena de cuerpos de soldados persas y caballos horriblemente mutilados, carros destruidos esparcidos por el lugar. Ningún persa fue hecho prisionero.

El día avanzó y con él, el calor. El cielo estaba azul y sin nubes. ¿Cómo puede un día tan hermoso ser un día de matanza? Pensó. Los espartanos retrocedieron y esperaron en la posición inicial, a lo lejos, las nubes de polvo donde Ciro y Arieo seguían combatiendo cubrían la vista de todos. Escuadrones de caballería corrían de un lado a otro, pero Perseo no lograba distinguir si eran griegos, de Ciro o de Artajerjes.

Sus pensamientos volvían constantemente a Artemisia. *¡Dioses! ¡Protéjanla!* Oraba fervorosamente en silencio.

La batalla aún no había terminado.

***

Artemisia miró al horizonte, donde se concentraba una mayor cantidad de caballería directamente frente a ella, donde debería estar Artajerjes. Eso, si había tenido el valor de enfrentarse a Ciro, pensó. *¡Que los dioses me permitan encontrarme cara a cara con Tisafernes, y si he de morir en combate, que pueda matarlo antes!* Rezó en silencio.

La amazona miró al cielo, azul y sin nubes. *Ojalá estuviera en algún lugar lejano a la guerra, al lado de Perseo. Pero el honor y el deber me han llevado hasta este momento fatal,* pensó.

Las tropas de Artajerjes se detuvieron a una distancia considerable. De sur a norte, una fila ininterrumpida de soldados de infantería, carros de combate y caballería. Un silencio tenso se extendió por la llanura. Artemisia miró hacia el sur, donde se habían posicionado los espartanos, pero no había señales de movimiento en sus tropas.

De repente, escucharon gritos y el sonido de trompetas llevados por el viento desde la dirección de las filas griegas, que se encontraban cerca del río. En ese mismo instante, las tropas de Artajerjes comenzaron a avanzar, con los carros de combate al frente, seguidos por las tropas de caballería.

Ciro levantó su lanza hacia el cielo y luego la señaló hacia el frente. Con un largo grito, las tropas respondieron y comenzaron a avanzar, mientras las trompetas de ambos bandos anunciaban el inicio de la batalla.

Artemisia emitió un grito gutural que fue respondido por sus hermanas. Con los arcos en mano y las flechas encajadas en ellos, galoparon hacia las fuerzas de Artajerjes que avanzaban.

Cuando llegaron al alcance de sus flechas, las dispararon en salvas continuas contra los

carros de combate y la caballería enemiga, que seguía avanzando. Con satisfacción, Artemisia vio cómo muchos caían de sus monturas, con las flechas clavadas en sus troncos y cabezas. Los carros de combate, tirados por parejas de caballos y conducidos por un auriga y un lanzador o arquero a su lado, chocaban descontrolados entre sí cuando las flechas de las guerreras alcanzaban a sus conductores.

Pronto estuvieron demasiado cerca para usar los arcos con eficacia. Artemisia sujetó su arco a la silla y desenvainó sus dos espadas, mientras seguía controlando su corcel con la presión de las piernas. Apuntó las hojas hacia el frente, lo que fue imitado por todas las amazonas que galopaban a su alrededor, generando un estruendo ensordecedor.

De reojo, la amazona notó que Ciro seguía galopando a su lado, con Artapates a su izquierda. Los soldados de la guardia real se mezclaban con las amazonas en un galope desenfrenado, con las lanzas apuntadas hacia los enemigos que se acercaban.

Artemisia miró al frente, fijó la vista en un enemigo y se concentró en el arduo trabajo que le aguardaba: muerte y destrucción.

Los ejércitos se chocaron con un estruendo. Artemisia lanzó su corcel contra el caballo guiado por un lancero persa, mientras, con una estocada de su espada derecha, atravesaba el cuello del jinete, derribándolo de su montura.

Los gritos de guerra, los alaridos de los heridos y los relinchos de los caballos llenaban el aire en una cacofonía ensordecedora. Los lanceros luchaban entre sí en un combate sin tregua. Ikarnas combatía junto a Artemisia, sus espadas ya manchadas de sangre roja.

Un soldado enemigo lanzó su lanza contra Artemisia, pero con un golpe de su espada la partió en dos. El soldado soltó la astilla rota y avanzó con su montura, intentando atraparla con los brazos. Con un golpe corto, la amazona le cercenó ambos brazos, y de sus muñones brotó sangre. En ese mismo instante, una amazona galopó a su lado y, con un golpe violento, le cortó la cabeza.

Los caballos se estrellaban, y al igual que sus jinetes, intentaban morderse y patearse mutuamente. Artemisia miró a su alrededor: Ciro combatía con valentía, clavando su dardo en todos los que intentaban acercarse; Artapates portaba un escudo de mimbre, usándolo para proteger al príncipe como un fiel escudero, mientras manejaba un hacha de guerra.

La confusión era enorme, de norte a sur, la polvareda se elevaba al aire cubriendo el sol, que brillaba en un cielo azul profundo.

En ese momento, Artagerse, gobernador de la provincia de los cadusianos, a quien Artemisia había tenido el desagrado de conocer en la corte persa, avanzó desde la retaguardia montado en un caballo y gritó:

—¡Oh, traidor, el más desleal y el más insensato de los hombres que jamás hayan existido sobre la tierra! Deshonras el nombre de tu ancestro Ciro, el más hermoso de entre los persas, al traer aquí a los griegos, valerosos combatientes, para una empresa tan nefasta, para saquear los bienes de los persas, con la esperanza de arruinar y derrotar a tu soberano, tu señor y tu propio hermano, que tiene más servidores y esclavos, más hombres de bien que tú en toda tu vida. ¡Y aquí lo conocerás por experiencia, ahora mismo, pues dejarás la vida antes de poder ver la cara del rey, tu hermano! —Y luego, lanzó con violencia un dardo que impactó en la coraza de Ciro.

El príncipe perdió el equilibrio, pero Artemisia logró emparejar su montura y lo sostuvo de vuelta a la silla. El dardo había rozado la coraza de bronce y mimbre y cayó al suelo inofensivo. Con una mirada de odio, Ciro lanzó su dardo contra Artagerse, quien, como un cobarde, giró su caballo para intentar huir. El proyectil lo alcanzó, atravesándole el cuello.

—¡Señor, los griegos aún no han avanzado! —gritó Artapates por encima del estrépito de la batalla que rugía a su alrededor.

¡Perseo! El corazón de Artemisia dio un vuelco. *¿Cómo estará? ¡Que los dioses lo protejan!* Rezó. En ese instante sintió un ardor en el brazo: un lancero la había alcanzado. De la herida brotaba sangre, pero no era grave. La amazona se defendió de otro estocazo, logrando emparejar su montura al lado de la de su adversario, y con un golpe descendente cortó su torso de un tajo, desde el cuello hasta la cintura, haciendo que sangre e intestinos saltaran al exterior.

—¡Ahí está el hombre! —gritó Ciro sin prestar atención a Artapates a su lado, señalando hacia adelante donde estaba Artajerjes, montado en un caballo blanco, rodeado de caballeros y soldados de élite de su guardia, los cuales los griegos llamaban "Inmortales".

A continuación, el príncipe, sin temor, golpeó su montura y avanzó hacia su hermano.

—¡Avancen! ¡Protejan al rey! —gritó Artemisia con todas sus fuerzas, golpeando su corcel para que avanzara y emparejara al lado de Ciro.

Las amazonas oyeron el grito de su líder y, seguidas por soldados de la guardia real de Ciro, avanzaron lanzando estocadas y golpes en todas direcciones. Artemisia sacó su arco, y logró colocar una flecha, mientras Ikarnas y tres amazonas a su lado la protegían.

—Apolo, infalible arquero que aciertas desde lejos, guía mi mano —oró, apuntando contra Artajerjes.

Un soldado de infantería logró pasar por Ikarnas y chocó contra el corcel de Artemisia, pero antes de alcanzarla, cayó a los pies de su montura con la nuca atravesada por la espada de Ikarnas, lo que hizo que Deimos saltara sobre el cuerpo del persa, desequilibrando a Artemisia en el momento en que soltaba la flecha.

Frustrada, la amazona observó cómo la flecha volaba y alcanzaba el cuello del caballo del rey persa, haciendo que el animal se encabritara y derribara a Artajerjes al suelo.

Los "Inmortales", que lo acompañaban, se pusieron frente a él, mientras otros lo ayudaban a levantarse. Artemisia disparó sus flechas, matando a diez de ellos que protegían a Artajerjes con sus propios cuerpos. Cuando las flechas se acabaron, Artemisia golpeó su montura para avanzar hasta donde luchaba Ciro, abriendo paso hasta su hermano.

Artemisia se colocó junto a Ciro, con Ikarnas y varias amazonas que avanzaron arrollando a numerosos soldados de infantería. Estaban a pocos pasos de Artajerjes, pero antes de alcanzarlo, uno de sus oficiales, llamado Tiribazo, a quien la amazona había conocido en la corte persa, lo ayudó a montar en otro caballo, clamando para que huyera.

Ciro azuzó su caballo y lanzó un dardo que rozó a su hermano. Artemisia se dio cuenta de que Ikarnas había quedado sin su arco, pero aún tenía flechas en su aljaba.

—¡Una flecha! — gritó.

Ikarnas lanzó una flecha que Artemisia atrapó en el aire y rápidamente colocó en su arco. Nuevamente, apuntó y disparó la flecha, que acertaría en la espalda desprotegida del rey persa, pero en el momento en que estaba a punto de clavarse en su objetivo, un oficial se lanzó al frente, protegiéndolo, recibiendo la flecha en el pecho.

—¡Maldito! —gritó Artemisia, frustrada. *Los dioses deben estar protegiéndolo*. Pensó.

Los “Inmortales” se unieron formando una barrera de escudos contra la cual las amazonas chocaron. A pesar del impacto, lograron detenerlas, alcanzando sus monturas, haciendo que las guerreras cayeran al suelo, donde comenzaron a luchar.

Artemisia consiguió emparejarse nuevamente al lado de Ciro, quien atacaba a un soldado de infantería que intentaba agarrarlo por la pierna. Con un golpe, decepó sus manos. El príncipe ya no tenía dardos y usaba su espada. Por un breve momento, sus miradas se cruzaron, él sonrió

a la amazona y en ese instante un dardo lanzado desde las filas enemigas lo alcanzó, clavándose en su pecho.

Lentamente, Ciro, con una mirada de asombro, resbaló de su montura cayendo al suelo.

—¡Dioses, no! —gritó Artemisia, horrorizada por la herida de su amigo y rey.

La amazona desmontó y corrió hasta él, arrodillándose a su lado y colocándolo en su regazo. Un hilo de sangre escurría de la esquina de su boca, sus ojos aún brillaban con vida y sonrió tristemente.

—Siempre te amé —murmuró, y la luz de su mirada desapareció.

La lucha sangrienta por sus despojos comenzaría.

CAPÍTULO 55

Se transmitieron nuevas órdenes para que los espartanos retrocedieran aún más, regresando al campamento del convoy del ejército que habían dejado al amanecer. Después de una hora retrocediendo a paso acelerado, se acercaron al lugar, para desesperación de los soldados, que estaba siendo atacado por la caballería persa. Grupos de soldados griegos en formación de cuadrado, con arqueros y peltastas en el centro, se defendían del ataque. Los espartanos avanzaron corriendo, sorprendiendo a los caballeros.

Mientras corría, Perseo lanzó su lanza con violencia, acertando las costillas de un caballero que cayó de su montura. Corrió hasta el hombre caído para recuperar su arma, pero esta se rompió con la caída. Entonces sacó su espada y avanzó al lado de sus compañeros. Un caballero persa se acercó a galope, blandiendo un hacha de guerra. En el momento en que desvió su golpe apuntando a la cabeza de Perseo, él levantó el escudo para defenderse, al mismo tiempo que hundió su espada en el vientre del atacante, haciéndolo caer de la montura, que continuó su camino disparado.

Petrus golpeó la cabeza de un caballo que relinchó de forma estridente y se desplomó al suelo, derribando a su caballero, quien, antes de tener tiempo de levantarse, tuvo su cabeza aplastada por el borde del escudo griego. Laertes esperaba que los caballeros se acercaran y saltaba de lado, mientras arrojaba su lanza contra las costillas expuestas de ellos, derribándolos de sus monturas. Diomedes logró montar uno de esos animales y atacó a los caballeros con su lanza, lanzando aterradores gritos de guerra.

Los peltastas griegos lanzaban sus dardos, acertando caballos y caballeros, los arqueros eran más precisos, acertando solo a los caballeros. Después de fuertes bajas, la caballería persa se dispersó, pero los espartanos habían llegado demasiado tarde. Los animales de carga del convoy de suministros se esparcían por los campos, muertos o moribundos. Las provisiones y los víveres estaban destruidos o esparcidos por la llanura, y las tiendas ardían como pequeños incendios.

—¡Malditos hijos de una perra! —gritó Diomedes.

Su ira era comprensible, habían dejado atrás sus pertenencias, dinero y objetos saqueados durante la campaña en la retaguardia. Los esclavos capturados huyeron o fueron muertos, los griegos lo habían perdido todo.

Mientras observaban desolados lo que quedaba de sus tiendas, llegaron mensajeros informando que el ejército persa estaba saqueando el campamento de Ciro, a cientos de pasos de los griegos. Clearco ordenó que entraran en formación de batalla y envió mensajeros para que Próxeno y sus tropas lo ayudaran a impedir el saqueo en el campamento del príncipe. Todos sabían que allí había abundancia de suministros, además de oro y plata, que serían usados para pagar el salario de los soldados. Ciro mantenía en ese lugar sus bienes más preciosos, sus concubinas y todo lo valioso que había traído consigo desde que salió de la ciudad de Sardes.

Los espartanos avanzaron en formación y se unieron a las tropas de Próxeno, pero antes de llegar al campamento de Ciro, fueron interceptados por mensajeros que informaron que Artajerjes reagruparía sus fuerzas y regresaba a la línea que había ocupado al principio de la batalla, concentrando sus tropas en su ala izquierda, en un movimiento para flanquear a los griegos por la orilla del río. Si la maniobra tenía éxito, el ejército griego quedaría cercado.

El corazón de Perseo se hundió en su pecho, un presagio terrible recorrió su alma. *Si Artajerjes está intentando flanquearnos, es señal de que Ciro y Artemisia han sido derrotados,*

pensó desolado.

Los mensajeros galopaban sin descanso, uno de ellos informó que Tisafernes, que había reagrupar sus fuerzas después de que los espartanos dejaron de perseguirlo, había intentado avanzar por la retaguardia, pero no lo había conseguido debido a que Epístenes, de Anfípolis, capitán de los escuadrones de peltastas, había detenido su avance con una lluvia de dardos.

Clearco y Próxeno discutían sobre qué hacer para evitar la aniquilación del ejército griego. *¿Debían continuar hacia el campamento del joven Ciro para salvar lo que fuera posible? ¿Debían enfrentarse a las fuerzas de Tisafernes, que intentaban atacarlos por la retaguardia? ¿O debían atacar directamente a Artajerjes?* Pensó Perseo. Mientras esperaban la decisión, avistaron a lo lejos el ejército del rey persa avanzando directamente contra las posiciones griegas.

—¡Espartanos! ¡Atenienses! ¡Y demás griegos y aliados! Ha llegado la hora de honrar nuestras sagradas leyes, no abandonaremos nuestras posiciones, no seremos cubiertos por la infamia, ¡avanzaremos y demostraremos que no seremos derrotados tan fácilmente! ¿Quién está conmigo? —gritó Clearco.

—¡Ahuu! ¡Ahuu! ¡Ahuu! —gritaron los soldados en respuesta.

Con la unión de las tropas de Próxeno y Clearco, avanzaron rápidamente con la infantería hoplita en la vanguardia. A lo lejos, el ejército persa comenzaba a formar su batalla al ver que los griegos se acercaban a ellos. Entonando el peán, los espartanos se lanzaron furiosamente al ataque, ahora luchaban por sus vidas.

Se acercaron rápidamente a paso acelerado, manteniendo la formación. Creían que el ejército persa estaba siendo comandado por Artajerjes, y si era así, derrotarlo equivaldría a ganar la guerra.

Al ver a los griegos acercarse, las filas persas retrocedieron unos pasos en desorden, sorprendidos por la valentía demostrada. Perseo estaba en la primera fila, con sus compañeros a su lado. Imaginaba que aquel podría haber sido el ejército que venció a Artemisia, lo que inflamó su alma; una furia ciega recorría sus miembros, dándole fuerzas y apartando el cansancio. Agarró con más firmeza su escudo, protegiendo su lado izquierdo, y Diomedes estaba a su lado. Apuntó la lanza, que había encontrado en buen estado entre los restos abandonados en el campamento devastado, hacia adelante.

La indecisión de los persas fue su ruina. Con un estruendo, los espartanos se chocaron violentamente contra ellos con los pesados escudos de bronce, lanzando a los infantes persas hacia atrás, ya que no pudieron clavar sus frágiles escudos de mimbre en el suelo a tiempo, como solían hacer para erigir una muralla protectora.

Apretando la mandíbula, Perseo estrelló su escudo contra un escudo persa usando toda su fuerza. El infante que estaba detrás de él cayó de espaldas al suelo, arrastrándolo con él. Sin detenerse, el espartano pisó con fuerza su cabeza y avanzó, clavando la lanza en el vientre de otro soldado que intentaba frenar su paso. Perseo fue seguido por un hoplita que estaba detrás de él, quien también clavó su lanza en el enemigo que él había derribado.

A su lado, sus compañeros consiguieron romper la formación de los persas y avanzaban, atacándolos con furia redoblada. El aire se llenó de los gritos de los heridos. Oficiales persas en la retaguardia intentaban evitar que los infantes huyeran usando látigos, pero sin éxito.

Perseo siguió avanzando y alcanzó a un oficial que dejó caer el látigo e intentó sacar una espada de su cinturón, pero antes de que el persa tuviera oportunidad de desenvainarla, el espartano atravesó su pecho con la lanza, sacándola de vuelta con violencia. Oyó un grito de dolor mientras el persa caía al suelo, pero lo ignoró, buscando nuevos adversarios a su alrededor.

La infantería persa, que no había soportado el primer impacto, nuevamente dio la espalda y huyó. Los espartanos los persiguieron, masacrando a todos los que alcanzaban. Una cantidad impresionante de persas fueron asesinados, sus cuerpos cubrían la llanura, con sus bocas mordiendo el polvo.

La trompeta sonó, dando la señal para continuar avanzando.

—¡No paren! ¡Maten a todos! —gritaban los oficiales.

—¡Sin piedad! ¡Sin prisioneros! —gritaban los sargentos.

Si los griegos hubieran dado tiempo a los persas para reagruparse, su superioridad numérica podría haber inclinado la balanza a su favor. Se inició una carrera mortal; los espartanos perseguían a los persas que huían, matándolos al alcanzarlos, mientras estos intentaban escapar para reagruparse. Era una lucha despiadada; no se hacían prisioneros. Durante treinta minutos, los griegos los persiguieron hasta llegar a un pequeño pueblo en lo alto de una colina, donde tropas de caballería persa custodiaban el lugar, mientras la infantería huía más allá de ella.

Clearco ordenó que se detuvieran al pie de la colina. Los soldados aguardaron en formación, listos para resistir un ataque de la caballería o infantería enemiga, mientras el general decidía si debían o no avanzar colina arriba. Mientras tanto, el general envió a dos exploradores a recoger información. Estos regresaron con la noticia de que la caballería persa se había retirado del lugar de manera ordenada, cubriendo la retirada de la infantería.

El crepúsculo se acercaba rápidamente. Atacar en un terreno desconocido y de noche resultaba contraproducente, por lo que los generales ordenaron que los soldados regresaran al campamento griego devastado.

En orden, el pelotón de Perseo retrocedió hasta llegar a lo que quedaba de sus tiendas. No vieron señales de las tropas del joven Ciro ni de su general, Arieo. Perseo buscó en vano a Artemisia o algún rastro de sus amazonas.

Los griegos recibieron órdenes de formar un círculo defensivo alrededor del lugar, con los arqueros en el centro. Los peltastas intentaban recuperar lo que pudieran en la llanura devastada. Se encendieron fogatas por todo el campamento con los restos de las carrozas destruidas, mientras los soldados se relevaban en el servicio de centinela. La cena consistiría únicamente en lo que quedaba en sus alforjas personales o lo que encontraran en el campo.

La situación era desoladora. Los heridos eran atendidos por los médicos del ejército en un hospital de campaña improvisado en el centro del campamento. Las provisiones médicas también se habían perdido en el saqueo. Algunos heridos tuvieron que amputarse miembros, y sus gritos de dolor se escuchaban a largas distancias; no había suficiente vino ni aguardiente para brindarles el consuelo de la embriaguez.

El alto mando griego se reunió para evaluar la situación. No sabían qué estaba sucediendo; pensaban que habían ganado la batalla cuando derrotaron el primer y segundo ataque persa. Se enviaban exploradores en todas las direcciones.

Los pocos soldados persas capturados afirmaban que los griegos enfrentaban una tropa de persas y medos comandados por Tisafernes, no por Artajerjes.

La noche llegó envuelta en incertidumbre. Perseo y sus compañeros encendieron una fogata y se dejaron caer al suelo, exhaustos física y mentalmente, sucios y hambrientos. Habían combatido durante más de seis horas sin descanso, pero aún así se mantenían de centinela en los límites del campamento.

El grupo de Perseo estaba ileso. Él tenía algunos cortes superficiales en los brazos, resultado de los fragmentos de los escudos persas. Atreu se quejaba de dolor en la costilla, donde

fue rozado por una maza. Diomedes y Petrus estaban de mal humor, habían perdido una pequeña fortuna durante el saqueo del campamento. Laertes, como siempre, trataba de limpiar su equipo. Perseo se quitó el casco, su cabello estaba empapado de sudor y polvo, y sus miembros doloridos después de sostener la lanza y el escudo tanto tiempo. Se pasó la mano por la cara y, para su sorpresa, la encontró manchada de sangre seca.

Un soldado apareció convocando a Georgios y a todos los sargentos para presentarse al mando del regimiento.

—Mantengan los ojos abiertos —recomendó Georgios mientras se alejaba con los otros sargentos.

—Parece que nuestro paseo por Persia no será tan divertido, al final —rió Diomedes desanimado.

—¡Por los dioses, hemos ganado la batalla dos veces! ¿Dónde está Ciro y el general Arieo? —preguntó Atreu, inconforme.

—Corriendo con el rabo entre las piernas y lamiendo sus heridas, es lo que creo —Diomedes mostró una sonrisa amarga.

Las horas pasaron y fueron relevados. Perseo y sus compañeros se retiraron a una fogata en el centro del campamento, donde comieron la escasa ración que tenían. Estaban todos en silencio, nadie lo admitía, pero la situación era desesperante. Perseo estaba preocupado. *¿Estará Artemisia bien?* Pensó, temeroso por su suerte. Según todo indicaba, Ciro había sido derrotado; su esperanza era que se hubiera retirado, junto con la amazona y el resto de sus fuerzas.

Artemisia, mi amada, ¿dónde estás? Esa pregunta no salía de su mente.

***

Con Ciro caído, Artapates desmontó junto a la líder amazona, seguido de soldados de la guardia real, quienes formaron un amplio círculo alrededor del príncipe y de Artemisia, con las amazonas uniéndose a ella.

Artemisia apoyó su rostro sobre los labios de Ciro, pero no sintió su respiración. Intentó tomarle el pulso, pero no logró nada. La amazona no quería admitirlo, pero él estaba muerto. La líder amazona retiró la flecha que se había clavado en el pecho de Ciro y la arrojó a un lado. Con suavidad, colocó su mano sobre sus ojos y los cerró. Artemisia sintió el deseo de llorar, pero no era el momento. Sus últimas palabras fueron una declaración de amor. *¡Dioses, por qué juegan así conmigo!* Pensó.

La líder amazona miró alrededor, las tropas de infantería de los "Inmortales" comenzaban a rodear el lugar donde se encontraban. *Todo indicaba que Clearco no había obedecido la orden de avanzar con sus tropas directamente hacia el centro del ejército de Artajerjes.* Pensó. *Estamos solos.*

Entre los estrépitos de los gritos de guerra y los heridos, escuchó una voz desagradable.

—¡Maten a todos! ¡Maten a todos! —ordenaba a gritos Artajerjes.

Un odio frío subió por el cuerpo de Artemisia, dándole fuerzas. Su amigo Ciro, quien la había amado y a quien ella solo había correspondido con un amor fraternal, yacía muerto en su regazo. Los recuerdos de Mardoc, asesinado por orden de Tisafernes, con el permiso de Artajerjes, y la posibilidad de que Perseo estuviera en ese momento tendido en el suelo herido o muerto, desbordaron su razón.

Dejando a Ciro en el suelo, se levantó empuñando las espadas en ambas manos.

—¡Ares homicida! ¡Flagelo de los hombres! ¡Dame fuerzas! —gritó Artemisia lo más alto posible, desbordando la ira que recorría sus miembros.

Con la fuerza del odio y la desesperación, Artemisia avanzó contra los soldados que los rodeaban. Escuchó a sus guerreras gritar el grito de guerra y se dio cuenta de que la seguían. Como si estuvieran poseídas por las Erinias, las furias infernales, diosas de la venganza, las amazonas chocaron contra los escudos de mimbre de los soldados persas.

Artemisia hundía su espada entre los frágiles escudos, mientras apuñalaba a los infantes por encima de los bordes con la hoja en la otra mano. Sorprendidos por la furia del ataque, los "Inmortales" de Artajerjes retrocedieron varios pasos, abriendo una brecha en su barrera de escudos por la cual la líder amazona avanzó, deslumbrando golpes por todos los lados.

Artemisia lo vio a unos pasos adelante.

—¡Perro maldito! —gritó la amazona mientras decapitaba a un infante que se había puesto en su camino.

Artajerjes la miró aterrorizado, Artemisia se dio cuenta de que sus ojos se agrandaron al reconocerla. Un oficial ayudó al rey a montar un caballo y, galopando sin mirar atrás, huyó hacia la retaguardia mientras innumerables soldados avanzaban, impidiendo el paso de la guerrera.

—¡Cobarde! — rugió Artemisia llena de odio y frustración, mientras con un golpe descendente cortaba por la mitad la cabeza de un soldado que avanzaba contra ella.

Soldados de todas direcciones convergieron para cerrar la brecha en la línea de Artajerjes, haciendo que Artemisia y sus hermanas retrocedieran lentamente, luchando con cada paso que daban hacia atrás. Muchas de ellas cayeron en ese momento, pero las bajas de los atacantes eran inmensamente superiores.

En ese momento, Artemisia sintió un golpe en el lado derecho de su cintura, un dardo había atravesado su coraza, perforando la carne entre el hueso de la cintura y las costillas, haciéndola caer al suelo. La amazona sintió que manos la sujetaban y la arrastraban hacia la retaguardia, donde el cuerpo de Ciro yacía, mientras las guerreras y los guardias reales cerraban el perímetro defensivo.

Con odio y gritando de dolor, Artemisia rompió la punta del dardo en la parte delantera, mientras Ikarnas, quien no se había apartado de su lado en ningún momento, sacaba la espada desde atrás. A pesar del sangrado y el dolor, la herida no era grave, no había afectado ningún órgano interno. La amazona se levantó y se unió a sus hermanas y a los guardias reales, que, liderados por Artapates, luchaban valientemente.

El estrépito de la batalla se elevaba al cielo, un olor nauseabundo a sangre, vísceras y desechos impregnaba el aire cálido y estancado de aquel día de verano. La lucha por los despojos de Ciro era encarnizada, los soldados de la infantería persa, en mayor número, hicieron una carga contra la posición de las amazonas. Sus escudos de mimbre chocaron contra ellas, obligándolas a retroceder algunos pasos, dejando el cuerpo de Ciro desprotegido.

Un soldado persa se acercó lo suficiente e intentó arrastrarlo, agarrando su pie derecho. Artemisia avanzó con un salto y clavó su espada en su rostro, la hoja entró entre los ojos y salió por la nuca. El cuerpo sin vida del soldado cayó a los pies del príncipe muerto, cuando la amazona retiró la espada.

Otro "Inmortal" avanzó estocando con su lanza. Saltando hacia un lado y hacia adelante, Artemisia avanzó, agarrando la asta e inmovilizando al soldado, mientras clavaba su espada en su cuello, traspasándolo. En ese momento, otro inmortal se estrelló contra ella con su escudo, haciendo que la amazona retrocediera dos pasos. Nuevamente, otro infante agarró los pies de Ciro, tirando de su cuerpo, pero antes de que diera dos pasos, un dardo lanzado por un guardia real se clavó en su pecho.

Artemisia empujó el escudo de su atacante con el hombro, mientras apuñalaba su espada

por encima del borde de su escudo, entre los ojos de su adversario. Artapates se posicionó al lado de la guerrera, armado con un hacha de guerra que utilizó para partirle el cráneo a un "Inmortal" que intentó agarrar los brazos de Ciro.

La lucha alrededor del cuerpo de Ciro fue sangrienta. "Inmortales", guardias reales de Artapates y las amazonas entrechocaban sus espadas y lanzas en una carnicería salvaje. Muchos guerreros cayeron gravemente heridos o muertos al lado del cuerpo del príncipe.

De nuevo, Artemisia atacó a los "Inmortales" que intentaban arrastrar el cuerpo de Ciro. Sus hermanas avanzaron, gritando fuerte con el objetivo de alejarlos y proteger a su líder. Algunas guerreras portaban pequeños escudos redondos de bronce y, con la ayuda de los guardias reales con sus lanzas y de Artapates, quien luchaba como un león, lograron avanzar hasta el cuerpo de Ciro, haciendo que los "Inmortales" retrocedieran tres pasos.

Mientras Artemisia evisceraba el vientre de un infante, Ikarnas, sosteniendo el cuerpo del príncipe por uno de los brazos, lo arrastró de regreso, mientras las amazonas sostenían un nuevo ataque de los persas.

Por un segundo, Artemisia vislumbró el rostro de Ciro mientras era arrastrado, sangre y polvo pegados a su barba y cabellos. Sus ojos entrecerrados miraban el vacío, su rostro, antes tan imponente, estaba lacerado por el roce de su piel contra el suelo, al igual que su ropa, que ya estaba hecha jirones. Sintió un nudo en el corazón. *Mi querido amigo, antes tan bello, está muerto*, pensó.

Las amazonas y los guardias reales se agruparon alrededor del cuerpo de Ciro. Los "Inmortales" hicieron una nueva carga contra la posición. Las guerreras agarraban sus lanzas con una mano, mientras con la otra las partían con un golpe de espada o las clavaban en sus rostros por encima del borde de sus escudos. Atacaban a todos los que se acercaban, algunas amazonas aún tenían sus arcos y disparaban a corta distancia.

Luchaban con la fuerza del desespero. En ese momento, escucharon órdenes gritadas desde las filas enemigas para que los "Inmortales" retrocedieran, lo que hicieron, alejándose algunos pasos, permitiendo que las amazonas respiraran un poco.

—¡Arqueros! —gritó una voz.

—¡Protéjanse! —ordenó Artemisia con un grito, tomando el cuerpo de un persa muerto.

Soldados de la guardia real recogieron escudos caídos en el suelo. Las amazonas imitaron sus movimientos o se escondieron detrás de los cuerpos de soldados muertos, como su líder. En el mismo instante, el cielo se cubrió con flechas y dardos que venían en dirección a los defensores, describiendo una gran parábola.

—¡Mi rey! —gritó Artapates, cubriendo el cuerpo de Ciro con el suyo, prefiriendo la muerte antes que ser capturado con vida, en un último homenaje protegiendo el cuerpo del príncipe.

Una lluvia de flechas y dardos cayó sobre todos, causando pesadas bajas. Artapates murió perforado por las flechas, protegiendo el cuerpo inerte de Ciro. Se escucharon órdenes para que los soldados de Artajerjes avanzaran nuevamente. Muchos soldados de la guardia real, al ver a su general muerto, se mezclaron con los atacantes tratando de abrir paso hacia la retaguardia, huyendo de la muerte segura.

Los números se redujeron drásticamente, ahora solo las amazonas y algunos valientes soldados de la guardia real seguían resistiendo alrededor del cuerpo de Ciro. Por cada amazona que Artemisia veía caer muerta, una parte de su alma moría junto a ella. Ikarnas, a mi lado, luchaba con furia, protegiendo el lado derecho herido de su líder.

Un grupo de "Inmortales", al ver la fuga de parte de los soldados de Artapates, animados

por la posibilidad de romper la formación y matar a Artemisia, avanzaron temerariamente directamente hacia ella. La amazona logró bloquear el golpe de uno con la espada izquierda, mientras clavaba la hoja derecha en el vientre de un segundo atacante.

En ese momento, un soldado avanzó con una lanza, apuntando al vientre de Artemisia. Ikarnas, que había matado a dos persas con los que luchaba, se interpuso frente a su líder, protegiéndola con su cuerpo. Mientras Artemisia clavaba la espada en la barbilla del soldado con el que luchaba, vio de reojo la hoja salir por la espalda de su hermana. Con un esfuerzo sobrehumano, Ikarnas sostuvo la asta con la mano izquierda, empujándola hacia dentro de su cuerpo, acercando así al persa que luchaba para sacar el arma. Con un golpe violento, Ikarnas le decapitó la cabeza.

—¡No! —gritó Artemisia desesperada, mientras sostenía a su amiga que caía lentamente al suelo.

Algunas amazonas avanzaron, haciendo que los atacantes retrocedieran, mientras otras dos ayudaban a Artemisia a arrastrar el cuerpo de Ikarnas hasta el centro de la formación, donde se encontraba Ciro.

Ikarnas sostenía la asta de la lanza con ambas manos. Artemisia se arrodilló a su lado, revisando la herida. Era mortal, pero, aunque no lo fuera, todas estaban condenadas.

—Descenderé al Hades antes que tú, hermana mía, mi líder —sonrió Ikarnas por encima del sonido de la batalla, un hilillo de sangre escapaba por la comisura de su boca.

—Mi querida amiga, mi hermana, espérame, porque pronto estaré contigo y con nuestras hermanas de armas —Artemisia sintió un nudo en la garganta, pero no había tiempo para lágrimas.

—Fue un honor entrenarte y servir bajo tus órdenes —afirmó Ikarnas con la voz entrecortada, apretando las manos de su líder entre las suyas.

Ikarnas cerró los ojos y exhaló su último suspiro. *Ella fue mi primera maestra y desde entonces mi amiga más querida, mi única confidente, una compañera leal y valiente guerrera. Podría haber sido líder de las amazonas, pero nunca aspiró a esa gloria, prefiriendo estar a mi lado.* Pensó Artemisia, sintiendo el alma destrozada por la pérdida. Acomodó un mechón del cabello de su hermana y depositó un suave beso en su frente.

—Adiós, mi amiga, mi hermana, pronto nos veremos —murmuró la amazona, colocando las manos de Ikarnas sobre su pecho.

Los dioses fueron crueles, mi destino fue ver a todas las personas que amé morir de manera violenta: mis padres y mi hermano; Mardoc; Ciro; Ikarnas; las amazonas que me siguieron; y hasta Artapates, a quien estimaba como amigo. Solo queda Perseo, si es que no está muerto, su cuerpo tendido en el polvo. Pensó con amargura.

Perseo, ¡mi amor! ¡Dioses inmortales, protéjanlo! Que al menos sobreviva y regrese a su patria y a su hijo. Oró en silencio.

Artemisia se levantó sintiendo un punzón de dolor en su herida, pero la lucha continuaba, no había tiempo para lamentar a su rey y a sus hermanas caídas, ahora quedaban pocas de ellas. Extrañamente, los soldados que las rodeaban comenzaron a evitar un enfrentamiento directo, conformándose con cerrar el cerco y tratar de herir a las amazonas en las piernas y los brazos.

Como un rayo cruzando el cielo, la constatación de sus intenciones quedó clara para Artemisia. *¡Quieren apresarnos con vida!*

—¡Quieren hacernos prisioneras! ¡Prefiero una muerte gloriosa a la vergüenza de la servidumbre! ¡Que muramos de pie, con las armas en la mano, antes que someternos a vivir de rodillas a los pies de los verdugos que mataron a nuestras hermanas! ¡Que descendamos al Hades

hoy, ya que ese es nuestro destino inexorable, pero antes hagamos que muchas almas nos precedan! — gritó Artemisia por encima del estrépito de la batalla.

La amazona miró a su alrededor, sus guerreras gritaron el grito de guerra.

—¡Atacar! —gritó Artemisia, avanzando contra los escudos enemigos, clavando sus espadas por encima del borde de estos, apuntando a sus cabezas.

Sus hermanas la acompañaron temerariamente. Chocharon violentamente contra los persas, decapitando sus miembros y cabezas, eviscerando vientres, perforando pulmones. Las amazonas que habían perdido sus armas atacaban con las uñas, aferrándose a sus enemigos intentando arrancarles los ojos, mordiendo sus cuellos como fieras salvajes, en un abrazo mortal.

Ya no existía más estrategia de lucha, solo la certeza de que venderían sus vidas a un precio exorbitante. De reojo, Artemisia veía a sus hermanas a su lado luchando y muriendo valientemente, llenando su corazón de orgullo, haciéndola desear unirse a ellas en los Campos Elíseos.

De repente, Artemisia sintió un golpe violento en su yelmo, un sonido agudo explotó en sus oídos, apagando el estrépito de la batalla. Sintió el sabor de la sangre en la boca, su visión se nubló, otro golpe violento la alcanzó en el pecho, haciendo que perdiera el aliento.

La oscuridad avanzó envolviendo a Artemisia, sintió que se desmayaba mientras su cuerpo caía al suelo. La amazona miró al cielo de un azul profundo y sin ninguna nube. *Qué hermoso día para morir*. Pensó.

Artemisia sintió que alguien sujetaba su pie arrastrándola, mientras otras manos la tiraban del brazo en la dirección opuesta, como si disputaran su cuerpo.

Se libraba una lucha sobre Artemisia y a su alrededor. Con los restos de conciencia que le quedaban, observó los pies a su lado retroceder y avanzar, como si estuvieran en una danza mortal. Las cuchillas se entrecruzaban sobre su rostro en violentos choques, los gritos ensordecedores de la batalla comenzaron a disminuir hasta que solo quedó el silencio.

La conciencia de la amazona se desvaneció lentamente, la luz del día comenzó a oscurecer en sus ojos hasta que solo quedó un pequeño punto de luz. Su último pensamiento antes de sumergirse en la bendita oscuridad silenciosa fue:

¡Perseo, te amo!

EPÍLOGO

Finalmente, Georgios regresó, con el rostro sombrío, y ordenó que todos se reunieran a su alrededor. Durante un minuto permaneció en silencio, mirando las llamas. De repente, comenzó a soltar una lluvia de improperios que sorprendió a todos, no por las palabrotas en sí, ya que habían escuchado a Diomedes blasfemar durante casi una hora sin repetir, sino por la amargura en su voz. Cuando terminó, suspiró y se dirigió a todos.

—Perdonadme, estoy cansado. Ganamos la batalla, pero perdimos la guerra. Ese maldito idiota, arrogante, orgulloso, nuestro sabio general Clearco no aceptó las órdenes de batalla del joven Ciro, y por culpa de eso estamos condenados —explicó, frotándose la cara con las manos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Atreu.

—Ciro murió cuando avanzó contra el rey Artajerjes. Escuchasteis al mensajero ordenar que Clearco atacara el centro del ejército persa, donde Artajerjes debería estar. Íbamos a actuar como una tropa de choque, y si desbaratábamos a Artajerjes y sus fuerzas en ese lugar, el resto de su ejército huiría. Pero Clearco, en su arrogancia, no aceptó. Quiso quedarse cerca del río para proteger los flancos, y con eso perdimos la guerra —respondió Georgios.

Todos quedaron en silencio, el corazón de Perseo latía desbocado en su pecho. *Artemisia estaba al lado de su rey, ¿habría sobrevivido? Sabía que ella jamás huiría, su sentido del honor era similar al de los espartanos.*

—Algunos pocos soldados de la guardia personal de Ciro huyeron, pero fueron interceptados por nuestros exploradores y llevados al mando, donde fueron interrogados. Conseguimos un relato confiable de lo que ocurrió en la batalla. Las testigos dicen que Ciro montó un caballo en lugar de luchar en su carroza de guerra, avanzando valientemente, seguido por su guardia personal y las amazonas comandadas por Artemisia —continuó Georgios.

En ese momento, lanzó una mirada furtiva a Perseo, y su corazón se apretó en el pecho.

—Los ejércitos chocaron, y durante el enfrentamiento, Artagerse, el gobernador de la provincia de los cadusianos, vio a lo lejos a Ciro, avanzó hacia él y lanzó un dardo con violencia, que impactó contra la coraza de Ciro. Pero la coraza resistió el impacto. Sin embargo, el golpe fue tan fuerte que hizo que Ciro tambaleara sobre el caballo; no cayó solo porque Artemisia lo sostuvo. Artagerse giró rápidamente su caballo y trató de huir, pero Ciro le lanzó a su vez un dardo, atravesándole el cuello —narró Georgios.

Todos quedaron en suspenso. Después de tomar un sorbo de vino que le ofreció Diomedes, Georgios continuó:

—Después de matar a Artagerse, Ciro se lanzó furiosamente al ataque de las tropas que protegían a su hermano. A pesar de estar en inferioridad numérica, las amazonas lograron abrir un camino entre las fuerzas de Artajerjes. Según los testimonios, luchaban como furias infernales. La más temeraria de todas era Artemisia, quien, incluso galopando en medio del fragor de la batalla, utilizó su arco y lanzó una flecha que alcanzó el caballo que montaba Artajerjes, haciendo que cayera al suelo. Sus hombres se interpusieron entre su rey y la amazona, y varios murieron atravesados por sus flechas certeras. Decían que la propia Artemisa guiaba su mano. Antes de que Ciro o Artemisia pudieran alcanzarlo, uno de sus oficiales, llamado Tiribazo, lo montó inmediatamente en otro caballo, pidiendo a gritos que el rey huyera. Ciro, azotando

nuevamente su caballo, lanzó un segundo dardo, que alcanzó a Artajerjes de refilón. Artemisia disparó otra flecha, pero en el momento en que iba a darle, un oficial persa se lanzó delante de él, pagando con su vida la protección que ofreció a su rey. Un general llamado Satifernes, al mando de una gran tropa de infantería pesada, socorrió a Artajerjes, interponiéndose en el camino de Ciro, Artemisia y sus valientes guerreros. La barrera de escudos que formaron logró detener el ímpetu de la carga de caballería de las amazonas y de la guardia de Ciro. En ese momento, no se sabe de dónde, se lanzó un dardo que alcanzó a Ciro. Esta vez, su coraza no resistió el impacto, y el dardo se clavó en su pecho. Algunos dicen que fue Artajerjes quien lanzó el dardo, otros que fue un soldado común. Lo que afirman los testigos es que Ciro cayó muerto al suelo, y comenzó una feroz lucha por la posesión de sus despojos —relató Georgios, tomando otro sorbo de vino para recuperar el aliento.

Perseo imaginó a Artemisia luchando como una leona. Ella era la más leal de los generales de Ciro, a quien consideraba un amigo. Los ojos del espartano amenazaron con llenarse de lágrimas, pero hizo un esfuerzo por controlarse. Los espartanos están entrenados para soportarlo todo, pero él solo deseaba correr hasta el lugar para encontrar el cuerpo de Artemisia. No podía soportar la idea de que su cuerpo fuera violado por los vencedores o que sirviera de alimento para los animales salvajes.

Respirando hondo, Georgios continuó:

—Las amazonas y la guardia personal de Ciro desmontaron y rodearon su cuerpo, mientras la infantería de Artajerjes comenzaba a rodearlas. Las amazonas se unieron a Artemisia, que se encontraba junto al cuerpo de Ciro, junto con Artapates, uno de sus servidores más fieles. La carnicería fue grande; las tropas de Artajerjes intentaban tomar el cuerpo de Ciro, pero, lideradas por Artemisia, las amazonas y la guardia personal de Ciro las repelían. Desde la retaguardia, Artajerjes gritaba ordenando que todos fueran muertos. Los sobrevivientes afirman que, en ese momento, Artemisia, al oír la voz de Artajerjes, lanzó un largo grito de guerra invocando a Ares, y, tomada por la furia, avanzó con sus amazonas, haciendo retroceder a las tropas persas varios pasos. Artemisia estuvo a punto de alcanzar a Artajerjes, que, aterrorizado, montó su caballo y huyó. Sin embargo, la superioridad numérica de los persas era incontestable, y obligaron a las amazonas a retirarse —dijo Georgios con pesar.

—¡Por los dioses! —exclamó Laertes—. ¡Cómo hubiera querido estar con ellas! Debió ser un combate glorioso.

Georgios lo miró con tristeza y cansancio, y continuó:

—Los testimonios coinciden en que, en ese momento, Artemisia fue herida; unos dicen que, por una flecha, otros que, por un dardo, lo cierto es que ningún persa logró herirla de cerca. Dicen que su velocidad y ferocidad eran inhumanas. Algunos juran haber visto a Ares y a Artemisa luchando a su lado. Sus hermanas la ayudaron y la llevaron de vuelta al lugar donde yacía el cuerpo de Ciro, aún protegido por su guardia personal y por las amazonas. Nuevamente, las tropas persas atacaron, pero esta vez precedidas por una lluvia de flechas y dardos. Muchas amazonas y soldados leales a Ciro cayeron muertos, pero ellos continuaron resistiendo. Dicen que Artapates cubrió el cuerpo de su maestro, para que no fuera alcanzado, muriendo abrazado a él, lleno de flechas y dardos. Fue en ese momento cuando los soldados de Ciro se dieron cuenta de que la batalla estaba perdida, y comenzaron a desbandarse en medio del caos. Algunos lograron escapar, pero la mayoría fue perseguida y muerta. Lo último que los testimonios afirman es que vieron a las amazonas luchando en formación circular, con el cuerpo de Ciro en el centro y su líder guerrera, que, aunque herida, aún empuñaba una espada, animando a sus hermanas —concluyó el sargento mientras miraba las llamas del fuego.

Todos se quedaron en silencio. Para ellos, el coraje de Artemisia y sus amazonas se equiparaba al del legendario Leónidas y sus trescientos espartanos, que durante tres días bloquearon el avance del ejército persa en las Termópilas, ochenta años antes.

—¿No se encontró ninguna amazona? —preguntó Perseo, preocupado, con el corazón destrozado por el dolor.

—Lo siento, Perseo —respondió Georgios con pesar—. Hasta el momento no se ha visto a ninguna amazona.

Perseo asintió en silencio, sabía que las amazonas nunca abandonarían a su líder.

—Ahora estamos en medio de las tierras del Imperio Persa, rodeados de enemigos por todos lados. Con Ciro muerto, ya no tenemos más por qué luchar, salvo por nuestras vidas —concluyó el sargento.

—Y sin paga, al parecer —gruñó Petrus.

—¿Y el resto del ejército de Ciro? —preguntó Laertes.

—Por lo que hemos logrado averiguar con soldados persas capturados y algunos desertores, el general Arieo, después de recibir la noticia de que Ciro había muerto, asumió el mando y ordenó una retirada total de las fuerzas aliadas. De este modo, logró evitar ser rodeado por los flancos por la caballería de Artajerjes, pero el costo fue alto; dejó desprotegido el campamento de Ciro y el nuestro, que acabaron saqueados. Si la noche no hubiera llegado, impidiendo cualquier otra maniobra, habríamos sido rodeados y aniquilados. No habríamos aguantado mucho más con ese ritmo; la aplastante superioridad numérica de los persas habría prevalecido. Agradezcan a los dioses, parece que realmente existen —suspiró Georgios.

Diomedes pasó nuevamente el odre de vino al sargento, que tomó un gran trago. Perseo estaba destrozado. *¿Artemisia muerta? ¿Será posible?* Pensó.

Casi no notó cuando Georgios le entregó el odre de vino.

—¡Bebe! — ordenó, mirándolo con pesar.

Perseo vació el odre; no podía creer que la amazona estuviera muerta. Si realmente lo estuviera, quería recuperar su cuerpo para rendirle los debidos honores fúnebres. Sus compañeros lo miraban entristecidos, sabían del amor que él sentía por Artemisia y conocían su valentía.

—¿Qué va a pasar ahora? — preguntó Petrus.

—No lo sé, vamos a esperar. Los generales y el estado mayor están reunidos para decidir qué hacer. Nuestras pérdidas han sido pocas en comparación con las de los persas, pero nos superan en cien a uno, si es cierto que el ejército persa cuenta con un millón de soldados —respondió Georgios rascándose la cabeza.

—Somos superiores a ellos, no importa cuántos sean, siempre ganaremos —afirmó Laertes con orgullo.

—Como siempre, nosotros, pobres infantes, tenemos que sentarnos a esperar —rió Diomedes, ignorando el comentario de Laertes.

—Sí, y mientras esperamos, preparad vuestras armas y tratad de conseguir la mayor cantidad de agua y comida posible. Creo que no tendremos un viaje de regreso tranquilo. Hoy hemos tenido suerte; nuestro pelotón ha perdido pocos hombres, pero algunos otros pelotones han sido casi aniquilados —recomendó Georgios.

—Vamos, Petrus, vamos a buscar comida y bebida, tal vez también encontremos oro —dijo Diomedes, levantándose y armándose con su lanza y escudo. Pasó junto a Perseo y le apretó el hombro en un intento de darle fuerzas. Perseo le sonrió tristemente en respuesta.

Ambos salieron del campamento, olfateando el terreno como perros pastores. Todos podían escuchar sus risas en la tierra de nadie. Sería una larga noche. Estaban en territorio hostil,

en inferioridad numérica, rodeados por un poderoso ejército enemigo, sin aliados, lejos de su patria y ahora sin provisiones suficientes. El hambre, la sed y la muerte acechaban en el horizonte.

—Señor —Perseo se dirigió a Georgios— ¿me permite recuperar el cuerpo de Artemisia?

—Negado. Lo siento, Perseo. La llanura está infestada de tropas enemigas. Mañana, al amanecer, veremos si es posible enviar exploradores al lugar. Si es posible, te autorizaré a ir con ellos —ordenó.

Perseo asintió cabizbajo. No tendría oportunidad de encontrar el cuerpo de Artemisia en la oscuridad, pero juró por todos los dioses que al día siguiente partiría para recuperar sus restos y poder rendirle los debidos honores fúnebres, aunque tuviera que morir intentándolo.

Perseo se apartó del fuego en busca de un lugar aislado. En la oscuridad, escondiendo su rostro en el manto, permitió que lágrimas silenciosas recorrieran su rostro, lamentando su amor perdido. Le costaba aceptar que Artemisia estuviera muerta; un dolor físico atravesó su pecho. *Los dioses fueron crueles, no tuvimos oportunidad de despedirnos*, pensó.

Mientras tanto, los generales estaban reunidos para decidir el futuro de los griegos. No quedaban muchas opciones: o se rendían, lo que significaba una muerte segura o esclavitud, o tendrían que abrirse paso luchando.

Perseo se arrepentía de no haber abandonado la campaña y huido con Elana y su hijo a Atenas. Si hubiera hecho eso, no habría visto lo que vio, ni habría conocido a Artemisia, ahorrándose el dolor de su pérdida. Pero pronto se arrepintió de esos pensamientos. Conocer a la amazona fue un regalo de los dioses, los momentos que pasaron juntos estaban grabados en su mente como hierro al rojo vivo. Esos recuerdos lo acompañarían toda su vida. Su ejemplo de coraje, honor y determinación nunca sería olvidado. Además del código espartano, ahora seguiría también su ejemplo de vida.

Si mi destino, decretado por las crueles parcas, es morir en tierras bárbaras, lejos de la patria, que así sea; al menos moriría luchando, como un verdadero espartano. El ejemplo de Artemisia y sus amazonas caló hondo en mi alma. Si al final encuentro la muerte, al menos tendré la esperanza de verla en el reino de Hades, pensó, mirando al cielo estrellado.

La noche fue larga y oscura...

Fin del libro I

Hable con el autor

Facebook

https://www.facebook.com/escritoragclark

Instagram

ID: @A.G.Clark.autor

[1] La batalla de Salamina fue una batalla entre la flota persa dirigida por Jerjes I y la flota griega comandada por Temístocles. Tuvo lugar en el estrecho que separa Salamina del Ática, posiblemente el 29 de septiembre de 480 a.C., y terminó con una victoria griega.

[2] La batalla de Plateia fue la última batalla de las Guerras Medievales en el sur de Grecia. Se libró en la llanura de Plateia, en la región arenosa de Fenicia, el 27 de agosto de 479 a.C., entre una alianza de ciudades-estado griegas que incluía a Esparta, Atenas, Corinto y Mégara, por un lado, y el Imperio Aqueménida, por otro. La batalla de Micala fue una de las dos principales batallas que pusieron fin a la invasión persa de la antigua Grecia durante las Guerras Mediceas. La batalla tuvo lugar aproximadamente (o exactamente) el 27 de agosto de 479 a.C. al pie del monte Micala, en Jonia, cerca de la isla de Samos. La batalla se saldó con la destrucción de una de las principales fuerzas persas en Jonia, así como de su flota en el Mediterráneo.

[3] La Batalla de Mícale fue una de las dos grandes batallas que terminaron con la invasión persa en la antigua Grecia, durante las Guerras Médicas. La batalla tuvo lugar aproximadamente (o exactamente) el 27 de agosto de 479 a.C., al pie del monte Mícale, en Jonia, cerca de la isla de Samos. La batalla resultó en la destrucción de una de las principales fuerzas persas en Jonia, así como de su flota en el Mediterráneo. La Batalla de Platea, en el mismo día, en Grecia, también fue una victoria para los griegos, y los persas tuvieron que retirarse de ambos lugares, poniendo fin a su dominio.

[4] Gerusia (senado) era un consejo de ancianos en la Antigua Grecia, especialmente en Esparta.

[5] En el antiguo ejército espartano, un pelotón estaba formado por treinta y seis hombres, divididos en tres filas de doce.

[6] Agogé: era el estricto régimen obligatorio de educación y formación impuesto a todos los ciudadanos espartanos varones, excepto a los primogénitos de las casas entonces reinantes, Euripóntida y Agida. La formación implicaba el aprendizaje de la discreción, el cultivo de la lealtad al grupo, el entrenamiento militar (por ejemplo, la tolerancia al dolor), la caza, la danza, el canto y la preparación social (comunicación). La palabra «agogé» significaba «dependencia» en griego antiguo, pero en el contexto en cuestión su significado podía referirse a la idea de «liderazgo», «guía» o «entrenamiento». Según el folclore, la agogé fue introducido por el semimítico legislador espartano Licurgo, pero sus orígenes se remontan a los siglos VII y VI a.C., cuando el Estado formaba a ciudadanos varones de entre 7 y 21 años.

[7] Monte Taigeto es una cadena montañosa y también uno de los nombres de su punto más alto, en el Peloponeso, Grecia. Su nombre es uno de los más antiguos de los que se tiene constancia en Europa, ya en la Odisea. En la mitología griega, se asociaba a la ninfa Taigete.

[8] Heracles, en la mitología griega, era un semidiós, hijo de Zeus y Alcmena, y hermanastro de Perseo. Combinando gran fuerza y sagacidad, Heracles fue, en la mitología grecorromana, el más famoso de todos los héroes, símbolo del hombre en lucha contra las fuerzas de la naturaleza, ejemplo de masculinidad, antepasado de varios clanes reales (los Heracles) y campeón del orden olímpico contra los monstruos ctónicos. En la mitología romana y en la mayor parte del Occidente moderno, el héroe se hizo famoso por su nombre latino, Hércules.

[9] Licurgo fue un legendario legislador de la ciudad de Esparta. No se sabe nada con certeza sobre su existencia. Heródoto habla de él a mediados del siglo V a.C., pero la vida del legislador debió de transcurrir en el siglo VIII a.C., pero su recuerdo sería comúnmente mencionado en la Esparta del siglo V, porque sus habitantes de entonces sentían la necesidad de atribuir la organización estatal que les gobernaba a un ser humano, y no al azar. La organización estatal atribuida a Licurgo consistía en un rígido régimen de formación que era a la vez una obligación social y una imposición estatal, con el objetivo primordial de formar a los ciudadanos varones para la vida militar espartana.

[10] Esparta, o Lacedemonio, como también se la conocía, se encontraba en la región de Laconia. Según las leyendas, Lacedemonio era hijo de Zeus y de la ninfa Taigete, y fundó un reino en la región, nombrando a su país en su honor, y a la capital en honor de su esposa, Esparta, hija de Eurotas, que dio origen al río del mismo nombre que drenaba los pantanos de la llanura de Laconia. La ciudad de Esparta se formó por la reunión de varias aldeas, cinco de ellas vecinas a la ciudad: Pitana, Mesoa, Limnai, Kynosoura y Amyklai, construidas sobre pequeñas colinas en la llanura. En Esparta, en la zona más elevada, se encontraba la acrópolis central donde se ubicaba el templo de Artemisa Ortia, diosa vinculada a la vida salvaje, la caza, la luna, la magia y la

virginidad. Esta diosa era hija de Zeus y Leto, y hermana gemela de Apolo. Era una de las patronas de Esparta y a ella se sacrificaban víctimas animales en su honor antes del inicio de cualquier campaña militar.

[11] La Guerra del Peloponeso fue un conflicto armado entre Atenas (centro político y civilizacional del mundo occidental en el siglo V a.C.) y Esparta (ciudad-estado de tradición militarista y costumbres austeras), entre los años 431 y 404 a.C. Su historia fue recogida con detalle por Tucídides, en su Historia de la Guerra del Peloponeso, y por Jenofonte, en sus Obras helenísticas. Según Tucídides, la razón fundamental de la guerra fue el crecimiento del poder ateniense y el temor que despertaba entre los espartanos.

[12] La Acrópolis es la parte del Estado construida en las partes más altas de la región. Su posición tenía un valor tanto simbólico como estratégico, ya que desde allí se podía defender mejor. En las acrópolis de las distintas ciudades se construían las estructuras más nobles, como los templos, y era conocida como lugar sagrado.

[13] Paidagogoi: cuyo significado etimológico es preceptor, maestro, guía, el que conduce. Según Ghiraldelli Júnior, el Paidagogo era el director de orquesta del niño. Era él, el tío paterno del joven, quien lo guiaba hacia el lugar de la educación y, metafóricamente, hacia el conocimiento.

[14] Paidonomos, o «pastor de niños», magistrado encargado de supervisar la educación de los niños espartanos en la agogé.

[15] La Ilíada: es uno de los dos principales poemas épicos de la Antigua Grecia, atribuido al poeta Homero, que narra los acontecimientos que tuvieron lugar a lo largo de 50 días durante el décimo y último año de la Guerra de Troya, conflicto emprendido para la conquista de Ilión o Troya, cuya génesis se encuentra en la ira de Aquiles.

[16] La Odisea: uno de los dos principales poemas épicos de la Antigua Grecia, atribuido a Homero. Es una continuación de la Ilíada, otra obra atribuida al autor, y es un poema fundamental en el canon occidental. Históricamente, es la segunda -la primera es la propia Ilíada- obra de la literatura occidental. El poema narra el regreso de Odiseo (o Ulises, como se le llamaba en el mito romano), héroe de la guerra de Troya y protagonista que da nombre a la obra. Como dice la proposición, es la historia del «héroe de mil estratagemas que tanto vagó después de destruir la ciudadela sagrada de Troya, que vio ciudades y aprendió las costumbres de muchos hombres y que sufrió mil tormentos en el mar mientras luchaba por su vida y por el regreso de sus compañeros». Odiseo tardó diez años en llegar a su patria, Ítaca, tras la guerra de Troya, que también había durado diez años.

[17] Los ilotas eran los siervos de Grecia. A diferencia de los esclavos, los ilotas eran propiedad del Estado, que gestionaba la producción económica. Durante las krypteias, un grupo de jóvenes espartanos fueron asignados para asesinar a posibles líderes entre los ilotas.

[18] Penélope, en la mitología griega, es la esposa de Odiseo (o Ulises para los romanos), hija de Icario y Peribea. Durante diez años, Penélope esperó el regreso de su marido de la guerra de Troya. El largo viaje de regreso de Ulises es el tema de la Odisea de Homero.

[19] La esclavitud fue una práctica común y un componente integral de la vida en la Antigua Grecia a lo largo de su historia, al igual que en otras sociedades antiguas. Se calcula que en Atenas la mayoría de los ciudadanos poseían al menos un esclavo. La mayoría de los escritores de la Antigüedad consideraban la esclavitud no sólo natural, sino también necesaria

[20] krypteia, «oculta, secreta», es una tradición cultural o rito de paso practicado por los jóvenes espartanos como parte del régimen educativo de Agogé, cuando estos jóvenes vivían un periodo de exclusión, violencia e inversión. Los historiadores creen que servir en la Krypteia era un rito de paso para la propia complexión Agogé, durante el cual los soldados aprendían a camuflarse y adquirían experiencia para el combate cuerpo a cuerpo. La Krypteia también puede definirse como una fuerza policial secreta creada para sofocar los levantamientos ilotas en el campo. Los estudiosos difieren, sin embargo, sobre si la matanza de Ilotas era una adaptación de un antiguo ritual o si ya formaba parte de la Krypteia desde el principio.

[21] Aquiles, en la mitología griega, fue un héroe de Grecia, uno de los participantes en la Guerra de Troya y el protagonista y mayor guerrero de la Ilíada de Homero.

[22] ejemplo de himnos:

«Zeus de los Dioses el mejor y el más grande cantaré. Altitroante gobernante perfectivo, él con la Justicia que reclinado sólidamente conversa. Sea favorable, el más glorioso y más grande Altitroante Cronida».

«Muy fuerte Ares, conductor del carro, casco de oro, espíritu terrible, portador del escudo, salvador de la ciudad, arnés de bronce, brazo fuerte, incansable, hábil lancero, muralla del Olimpo. Padre bondadoso de Victoria, ayudante de la Justicia. Tirano de los contrarios, guía de los mortales más justos, portador del cetro de la virilidad, que hace girar el orbe flamígero. Etéreo en las constelaciones de siete estrellas, donde corceles flamígeros eternamente sobre la tercera órbita te guardan; Escucha, defensor de los mortales, dador de la juventud audaz. De las alturas del cielo desciende resplandeciente para nuestra vida y fuerza belicosa, para que pueda repeler de mi pecho la aflicción maligna, para doblegar en mis entrañas los impulsos engañosos del alma. Refrena también la ira feroz de mi corazón, que me incita a marchar en frías disputas: Pero tú, bendito, concede audacia para mantener en favorables leyes de paz el ardor por combatir a los enemigos y la violencia de Sina.»

«Ven, feliz Peanus, asesino de Ticio, Iê Phoebus, de Licorrea y Menfis, de muchos honores y dador de fortuna, Titán Pitio, de la lira de oro y el arado, sembrador, Grineus, Smaltheus, asesino de Pitón, profeta délfico, feroz numenus luciferino, amado e ilustre joven, líder de las Musas, soberano de los coros, arquero que golpea desde lejos, amante de Blanco, Dídimo, puro, Oblicuo, Loxia que actúa desde lejos, soberano de Delos, omnipresente con ojos luminosos a los mortales, con cabellos de oro, declarando oráculos y presagios inmaculados, escucha mis plegarias por el pueblo, con corazón benévolo: Toda la infinita vastedad del Éter la oteas desde lo alto de la rica Tierra y a través del crepúsculo; en las silenciosas sombras de la noche contemplas las raíces del

suelo con mirada astral, y sostienes los cabos de todo el cosmos: el principio y el fin de las cosas venideras son tuyos; todo lozano armonizas la esfera celeste con tu cítara multivibrante, a veces alcanzando los acordes más bajos, a veces de nuevo los más sublimes, en armónica melodía dórica.»

[23] Cástor y Pólux eran hermanos gemelos de la mitología griega y romana, hijos de Leda con Tíndaro y Zeus respectivamente, hermanos de Helena de Troya y Clitemnestra, y hermanastros de Timandra, Febe, Heracles y Filónoe. Eran conocidos colectivamente en griego como Dioscuros (griego: Διόσκουροι, Dioskouroi, «hijos de Zeus»; latín: Dioscūrī) y en latín como los Gemelos o Castores. A veces también se les denomina Tyndarids, en referencia al padre de Cástor y padre adoptivo de Pólux.

[24] Se cantaba con diversas intenciones: para pedir la salvación durante las plagas, para celebrar una boda, en conmemoraciones por la venida del dios Apolo, y sobre todo se cantaba antes de una batalla o después de una victoria, en señal de agradecimiento.

[25] Jerjes (518 a.C.-465 a.C.) fue el sha aqueménida desde 486 a.C. hasta la fecha de su asesinato en 465 a.C. Era hijo de Darío I, hijo de Histaspes y nieto de Ciro el Grande. Su nombre Jerjes es una transliteración griega de su nombre persa tras su ascensión, Jshāyār Shah, que significa «gobernante de los héroes». En la Biblia se le conoce como «Asuero».

[26] Las Guerras Medas, Guerras Greco-Persas, Guerras Persas o Guerras Medas son los nombres que reciben los conflictos bélicos entre los antiguos griegos y el Imperio Aqueménida durante el siglo V a.C. Tuvieron lugar entre los pueblos griegos (aqueos, jonios, dorios y eolios) y los medo-persas, por la disputa de Jonia en Asia Menor, cuando las colonias griegas de la región, especialmente Mileto, intentaron liberarse de la dominación persa.

[27] El Olimpo o monte Olimpo es la montaña más alta de Grecia y la segunda de los montes Balcanes (tras el Musala de Bulgaria, 2925 m,a con 2917 m1 b de altitud. Para la mitología griega, el Olimpo era el hogar de los dioses olímpicos, los principales dioses del panteón griego, presididos por Zeus.

[28] Afrodita es la diosa del amor, la belleza y la sexualidad en la antigua religión griega. Era responsable de la perpetuación de la vida, el placer y la alegría. Los romanos la llamaban Venus.

[29] Ares, es un dios griego, hijo del rey y la reina de los dioses, Zeus y Hera en la antigua religión griega. El culto a Ares no era muy extenso, estando centrado en la región norte de Grecia y en Esparta, una de las ciudades-estado más importantes de la Antigua Grecia. Aunque a menudo se le trata como el dios olímpico de la guerra, es más exactamente el dios de la guerra salvaje, la sed de sangre o la matanza personificada. Los romanos lo identificaban como Marte.

[30] Heródoto fue un geógrafo e historiador griego, continuador de Hecateo de Mileto, nacido en el siglo V a.C. (485 a.C.-425 a.C.) en Halicarnaso (actual Bodrum, Turquía). Fue el autor de la historia de la invasión persa de Grecia a principios del siglo V a.C., conocida simplemente como Las Historias de Heródoto.

[31] Darío I (550 a.C.-486 a.C.), conocido como el Grande, fue el tercer rey del Imperio Aqueménida. Gobernó el imperio durante su apogeo, cuando dominó gran parte de Asia occidental, el Cáucaso, Asia central, partes de los Balcanes (Bulgaria-Rumanía-Panonia), regiones del norte y noreste de África, incluido Egipto (Mudrâya), el este de Libia, la costa sudanesa y Eritrea, así como la mayor parte de Pakistán, las islas del Egeo y el norte de Grecia, Tracia y Macedonia.

[32] Ahura Mazda, Ormasde, Ahura Mazda u Ormuz era el principio o dios del bien, según el zoroastrismo y la mitología persa. Vivía en constante lucha contra su hermano gemelo, el principio o dios del mal conocido como Ariman. Ambos eran hijos del primer dios creador, Zurvan (el tiempo). Ariman, como primogénito, era más poderoso que Aúra-Masda y reinaría durante mil años. Sin embargo, tras este periodo, sería derrotado por Aúra-Masda.

[33] Cambises había asesinado en secreto a su propio hermano, Esmerdis, pero el mago Gaumata, haciéndose pasar por él, se sentó en el trono real y fue proclamado rey en lugar de Cambises.
Otanes, hijo de Farnaspes, sospechaba de la identidad de Esmerdis, y pidió a su hija Fédime, que había sido esposa de Cambises y era ahora una de las esposas de Esmerdis, que comprobara con Atossa, hermana de Cambises y verdadera Esmerdis, la identidad de esta última. Pero Fédime no pudo comunicarse con Atossa, por lo que Otanes le pidió que comprobara si Esmerdis aún conservaba sus orejas, ya que Cambyses había ordenado cortar las orejas del mago Gaumata.
Fédime descubrió que el falso Esmerdis no tenía orejas, y Otanes se lo contó a Aspathines y Gobrias, que también sospechaban de él. Decidieron elegir a un hombre de confianza cada uno; Otanes eligió a Intaphrenes, Gobrias a Megabizo y Aspathines a Hidarnes. Cuando se reunieron los seis, se les unió Darío, que venía de Persia, donde su padre Histaspes era gobernador.
Otanes quiso reunir a más conspiradores, pero Darío se opuso, porque cuanta más gente supiera, mayor era la posibilidad de que los traicionaran, y decidieron actuar de inmediato.
Mientras tanto, Prexaspes, el asesino del verdadero Asteris, que había sido convocado por los magos como aliado y debía pronunciar un discurso defendiendo al impostor Asteris, tras enumerar la ascendencia de Ciro, denunció la muerte de Asteris y que ahora estaban siendo gobernados por un mago impostor, y luego se suicidó.
Los siete persas estuvieron a punto de interrumpir sus planes, pero Darío, viendo una señal, les sugirió que continuaran. Pasaron fácilmente a los guardias, ya que eran nobles, pero fueron detenidos por los eunucos, que fueron asesinados.
Los magos fueron advertidos por los gritos de los eunucos e intentaron defenderse; Intaphrenes perdió un ojo y Aspathines fue herido en el muslo. Gobrias y Darío entraron en la habitación del falso Esmerdis, y Gobrias luchó contra Esmerdis, pero Darío no hizo nada, porque en la oscuridad no podía identificarlo, pero Gobrias le ordenó que atacara e intentar matar a cualquiera, por suerte, Darío mató al mago.

Los persas cortaron las cabezas de los magos y los cinco que no estaban heridos convocaron a los persas para que les ayudaran, matando a todos los magos que encontraron. Los persas se unieron a la revuelta y masacraron a todos los magos que encontraron; este día se convirtió en una fiesta para los persas, «el día de la masacre de los magos».

[34] Sátrapa («protector del poder [sobre el territorio]») era el nombre que recibían los gobernadores de las provincias, llamadas satrapías, en los antiguos imperios aqueménida y sasánida de Persia. Cada satrapía estaba gobernada por un sátrapa, que era nombrado por el rey. Para evitar la corrupción, el rey de reyes (sha) contaba con una red de espías a los que se llamaba «los ojos y los oídos del rey». Tras la conquista de Alejandro Magno, se mantuvo este sistema de administración.

[35] Artemisia I (en griego, Αρτεμισία) (c.480 a.C.), sátrapa de Caria, luchó en Salamina junto a los persas, como almirante de toda su flota. Según Pausanias, Artemisia, hija de Ligdamis, reina de Halicarnaso, se unió a la expedición de Jerjes contra Grecia y se distinguió en la batalla de Salamina. Según Heródoto, Artemisia era halicarnasa por padre y cretense por madre. Llegó a gobernar Caria tras la muerte de su marido, que era cliente de los persas. A pesar de sus orígenes griegos, participó en la segunda invasión persa liderada por Jerjes I, ofreciendo incluso buenos consejos al rey. Luchó con distinción en la batalla de Salamina, donde mandó cinco barcos de su reino. Heródoto la describió favorablemente y alabó su valentía durante la batalla del rey persa. Según Plutarco, fue ella quien reconoció el cuerpo de Ariamenes, hermano de Jerjes y almirante de la flota persa, que murió después de que su barco fuera embestido por el de Ameinias el Decéleo y Socles el Paeanio; Ariamenes intentó abordar el trirreme griego, pero fue muerto por las lanzas.

[36] Artajerjes I sólo tuvo un hijo legítimo, Jerjes II, hijo de Damaspia. Damaspia murió el mismo día que él. Artajerjes I tuvo diecisiete hijos ilegítimos, entre ellos Secydianus, hijo de la babilónica Alogyne, Ochus, (que después de convertirse en rey tomó el nombre de Darío II, y Arsites con la babilónica Cosmartidene y Bagapaeus y Parisatid con la babilónica Andria. Durante su reinado, Ochus (Darío II) fue nombrado sátrapa de Hircania y se casó con su hermanastra Parisatid.
Secydianus conspiró con los eunucos y asesinó a Jerjes II mientras dormía después de emborracharse en un festival, cuarenta y cinco días después de la muerte de su padre. Los cadáveres de padre e hijo fueron llevados juntos a Pasargadae, porque las mulas que debían transportar el cuerpo del padre se negaron a caminar, como si estuvieran esperando al hijo, y se movieron en cuanto llegó el cuerpo. Hizo lapidar a Bagorazos, lo que dejó descontento al ejército, así como la muerte de Jerjes II.
Entonces convocó a la corte a Oco (Darío II), pero éste, acompañado de generales y eunucos, reunió un gran ejército y fue coronado rey. Oco había asumido el nombre real de Darío y había atraído a Secydianus con un engaño, arrestándolo y condenándolo a morir en la hoguera.

[37] El hoplón tenía entre ochenta y noventa centímetros de diámetro y pesaba alrededor de siete kilos. Estaba hecho de bronce con una aleación de madera y cuero, y contaba con correas de cuero por donde podían sostenerlo. De este escudo proviene el término hoplita.

[38] La lanza medía dos metros y cincuenta centímetros, y la espada unos cincuenta centímetros y pesaba ochocientos gramos. Su tamaño era inferior al de los xifos de las demás ciudades griegas.

[39] La unidad básica espartana se dividía en pelotones de treinta y seis soldados, en tres filas de doce, al mando de un sargento. Dos pelotones formaban una compañía con setenta y dos hombres, al mando de un teniente; dos compañías formaban un regimiento con ciento cuarenta y cuatro hombres, al mando de un capitán y cuatro regimientos formaban una división con quinientos setenta y seis hombres, al mando de un comandante. La división era la mayor unidad táctica del ejército espartano. Tras el comandante de división venían los oficiales de estado mayor y el general que mandaba las divisiones. Además de la infantería pesada hoplita, estaba la infantería ligera peltastas formada por Skiritai; hombres de la región montañosa de Skirits, sometida a Esparta, no llevaban armadura para poder moverse más rápido y su escudo, llamado pelta, era ligero, portando varios dardos de un metro de largo. Los peltastas corrían delante de las filas enemigas, lanzaban sus jabalinas y volvían a correr detrás de la falange. El ejército también contaba con un cuerpo de caballería y arqueros.

[40] Según las explicaciones de los instructores y sacerdotes, la tradición contaba que Astrábaco y Alopeco, hijos de Irbo, hijo de Anfístenes, hijo de Anficles, hijo de Agis, afirmaban que la imagen de la diosa Artemisa conducía a la locura, y que los espartanos y los habitantes de los pueblos que formaban la ciudad de Esparta, al sacrificar a la diosa, se enzarzaban en luchas que desembocaban en derramamientos de sangre; muchos morían delante de su altar, y el resto moría de enfermedad. Se consultó entonces a un oráculo, que determinó que el altar debía untarse con sangre humana para apaciguar a la diosa. Antiguamente, se sacrificaba una víctima humana en el altar, pero el legislador Licurgo cambió la costumbre por la flagelación de los jóvenes, para que el altar se manchara de sangre humana, como había ordenado el oráculo. Durante la flagelación, una sacerdotisa sostenía una imagen de madera de la diosa, que aparentaba ser pequeña y ligera, pero si alguna vez los flageladores perdían el látigo debido a la belleza o al alto estatus del joven flagelado, la imagen se volvía tan pesada que la sacerdotisa apenas podía llevarla, por lo que culpaba a los flageladores del excesivo peso. Para los flageladores era una deshonra ser acusados y se esforzaban mucho en su trabajo.

[41] Agis II (? - 400 a.C.) fue rey de la ciudad griega de Esparta desde el 427 a.C. hasta el 401 a.C. o 400 a.C., año de su muerte, y perteneció a la dinastía Euripóntida. Sucedió a su padre Arquidamo II, pero no fue sucedido por un hijo porque, tras su muerte, Leótides, hijo de su esposa Timea, fue acusado de ser hijo del ateniense Alcibíades y no de Agis. Su sucesor, pues, fue su hermanastro Agesilao II.

[42] Lisandro buscó el apoyo de los persas para que financiaran una flota naval con la que hacer frente a los atenienses, que contaban con la mayor armada de Grecia. Con el apoyo de Ciro el Joven, hijo del rey persa Darío II, Lisandro estableció un sistema de gobierno autoritario en la región de las ciudades jónicas, que pasaron a estar bajo su influencia, ganando así un punto

de apoyo en Asia Menor para poder enfrentarse con mayor libertad a la flota ateniense. Dos años antes, había derrotado a los atenienses en la batalla naval de Notium, frente a las costas de la ciudad jonia del mismo nombre. La flota espartana estaba anclada en el puerto de la ciudad de Éfeso, cuando el almirante ateniense Alcibíades intentó forzar a Lisandro a una batalla naval, pero éste prefirió permanecer protegido en el puerto. Alcibíades dejó entonces a su subordinado Antíoco al mando de la flota ateniense, que bloqueaba el puerto, con órdenes de no combatir, mientras él se dirigía con parte de sus fuerzas a ayudar en el asedio de la ciudad jonia de Fócea. Violando sus órdenes, Antíoco intentó atraer a los espartanos a la batalla tentándoles con una pequeña fuerza. Antíoco se acercó a Éfeso con diez trirremes, su plan era atraer a la flota espartana con esta pequeña fuerza a alta mar, donde el resto de la flota ateniense les tendería una emboscada. Pero el plan no funcionó, Antíoco lideró el ataque y su trirreme fue hundido tras un repentino ataque espartano. Los nueve barcos restantes de la fuerza señuelo fueron perseguidos hasta la costa de la ciudad de Notium, donde la flota ateniense se vio sorprendida por la repentina llegada de toda la flota espartana. En los combates que siguieron, quince trirremes atenienses fueron capturadas y otras siete hundidas. Los espartanos regresaron a Éfeso, tras haber obtenido una inesperada victoria, mientras que los atenienses volvieron a la ciudad portuaria de Notium para reagruparse.

[43] La batalla naval de Egospotamos tuvo lugar en el año 404 a.C., en Grecia, enfrentando a la recién construida flota de Esparta con la de Atenas, con derrota de esta última. Para contrarrestar el peso del liderazgo ateniense, la ciudad de Esparta formó la Liga del Peloponeso. Estratégicamente, Atenas tenía superioridad marítima y Esparta terrestre. Con el apoyo del Imperio Aqueménida, Esparta construyó una poderosa flota y derrotó a los atenienses en la batalla de Egospótamo, logrando la hegemonía en el mundo griego. Siete años después de firmar la Paz de Nicias, Atenas decidió romper el tratado. Con la derrota de su flota en Egospótoco, Atenas se vio rodeada por tierra y mar. Tras una nueva victoria, Esparta obligó a los atenienses a destruir las fortificaciones de la ciudad. Comenzó entonces un breve periodo de hegemonía de Esparta, que duró hasta su derrota ante los tebanos en la batalla de Leuctra (371 a.C.).

[44] Hades, en la mitología griega, es el dios del inframundo y de los muertos. Equivalente al dios romano Plutón, que significa el rico y era también uno de sus epítetos griegos, su nombre se utilizaba a menudo para designar tanto al dios como al reino que gobierna en las entrañas de la Tierra. Proserpina o Proserpina, en la mitología romana, es la hija de Júpiter y Ceres, una de las diosas más bellas de Roma. Mientras recogía flores, fue raptada por Hades, que la convirtió en su esposa. Su madre, angustiada por la desaparición de su hija, montó en cólera y destruyó las cosechas y la tierra. Sólo a petición de Júpiter accedió a devolver la vida a las plantas, exigiendo, sin embargo, que Plutón le devolviera a su hija. Como Proserpina había comido una baya de granada como resultado de la artimaña de este último, no podía abandonar el inframundo para siempre. Al final, se encontró una solución con la que todos estaban contentos: Proserpina pasaría la mitad del año bajo tierra, en el inframundo, en compañía de su marido -esta época corresponde al invierno, cuando Ceres, desolada, descuida la Naturaleza, dejando morir las plantas- y la otra mitad del año en la superficie, en compañía de su madre -corresponde al verano, cuando renace la Naturaleza, fruto de la alegría de Ceres-.

[45] Escitia era una región de Eurasia habitada en la antigüedad por un grupo de pueblos de habla iraní conocidos como escitas.

[46] Tras la derrota persa, Atenas creó la Liga de Delos, mientras que Esparta creó la Liga del Peloponeso. El inicio del conflicto estuvo marcado por una serie de victorias atenienses, ya que consiguieron arrollar a las fuerzas espartanas tanto por mar como por tierra. Sin embargo, años antes, gran parte de la flota ateniense que había sido enviada a Egipto para apoyar una revuelta libia contra el Imperio persa había sido destruida, lo que llevó a Atenas a declarar una tregua de cinco años con Esparta. El conflicto se había reavivado y ahora se extendía por toda Grecia continental y más allá, a ciudades de la costa jónica e incluso a la lejana Sicilia. Sin embargo, ninguna de las ligas había logrado una victoria decisiva que pudiera poner fin a la guerra. Mientras tanto, Darío, siguiendo el ejemplo de su predecesor, apoyaba a Esparta o a Atenas en un juego político destinado a debilitarlas.

[47] Medusa, en la mitología griega, era un monstruo ctónico femenino, una de las tres Gorgonas. Hija de Focis y Keto, cualquiera que la mirase directamente se convertía en piedra. A diferencia de sus hermanas, Estene y Euríale, Medusa era mortal; fue decapitada por el héroe Perseo, que utilizó su cabeza como arma hasta que se la dio a la diosa Atenea, que la colocó en su escudo. En la Antigüedad clásica, la imagen de la cabeza de Medusa aparecía en un objeto utilizado para alejar el mal conocido como gorgonion.

[48] Mitra o Amigo es el dios del Sol, la sabiduría y la guerra en la mitología persa.

[49] Apolo (en griego: Ἀπόλλων; trad.: Apóllōn, o Ἀπέλλων, trad. Apellōn) fue una de las principales deidades de la mitología grecorromana, uno de los dioses olímpicos. Hijo de Zeus y Leto, y hermano gemelo de Artemisa, poseía numerosos atributos y funciones, y fue posiblemente el más influyente y venerado de todos los dioses de la Antigüedad clásica después de Zeus. Era el dios de la muerte súbita, las plagas y las enfermedades, pero también el dios de la curación y la protección contra las fuerzas malignas. También era el dios de la Belleza, la Perfección, la Armonía, el Equilibrio y la Razón, el iniciador de los jóvenes en el mundo de los adultos, estaba vinculado a la Naturaleza, las hierbas y los rebaños, y era el protector de pastores, marineros y arqueros

[50] Hércules (griego: Ηρακλής) es el nombre latino dado por los antiguos romanos al héroe mitológico griego Heracles, hijo de Zeus (Júpiter para los romanos) y de la mortal Alcmena. Hércules o Heracles fue el héroe más famoso de la cultura grecorromana. Hijo bastardo de Zeus y Alcmena, hija del rey de Argos, fue odiado desde su nacimiento por Hera, la esposa de Zeus, ya que su existencia despertó la ira de Hera al ser fruto de la infidelidad de Zeus. De bebé, Hércules estranguló a dos víboras colocadas en su cuna. Para aplacar la ira de su esposa Hera, Zeus bautizó al niño con el nombre de Hércules, que significa «Gloria de Hera». Hércules era un semidiós, tenía atributos humanos y divinos. Dotado de una fuerza extraordinaria, se hizo

famoso y célebre por sus actos de valentía e inteligencia, pero su existencia seguía encendiendo la ira de Hera, que lo llevó a la locura, provocando que asesinara a su esposa Megara y a sus propios hijos, creyendo que mataba a sus enemigos. Para obtener expiación, Hércules fue juzgado por el rey de Micenas, Euristeo, quien le ordenó realizar doce tareas que consideró imposibles. Tras superar los trabajos impuestos, Hércules encontró la muerte cuando sorprendió al centauro Neso intentando violar a su esposa. Hércules lo hiere gravemente y, a punto de morir, Neso ofrece una poción a la esposa de Hércules, que dice que si se la aplicaba en el manto de Hércules, éste se convertiría en un hombre fiel. Sin embargo, la poción era una trampa y quemó la carne del héroe, que pidió ser depositado en una pira funeraria. Cuando el humo llegó a Zeus, la llama se extinguió con un rayo del cielo y Zeus le concedió la inmortalidad junto a los dioses olímpicos.

[51] Era una mujer desde la cabeza hasta debajo de la cintura, donde sus piernas se unían en una cola de serpiente. En una ocasión, cuando Hércules atravesaba Escitia, Echidna supuestamente se apoderó de sus monturas y sólo se las devolvió cuando él accedió a poseerla a ella. De esta relación nacieron tres hijos, pero sólo uno de ellos fue capaz de tensar el arco que Hércules había dejado. A este hijo se le dio el nombre de Escita, y sus descendientes se convertirían en los escitas.

[52] Las Amazonas (griego antiguo: Αμαζόνες, trad.: Amazónes), en la mitología griega, eran las integrantes de una antigua nación de mujeres guerreras de la mitología griega. Heródoto las situó en una región fronteriza con Escitia, en Sarmacia. Entre las famosas reinas de las Amazonas se encuentran Pentesilea, de quien se dice que participó en la guerra de Troya, e Hipólita, su hermana, cuyo cinturón mágico fue objeto de uno de los doce trabajos de Hércules. En el arte griego, las Amazonas merodeadoras eran representadas a menudo en batallas contra guerreros griegos, en las llamadas Amazonomachies.

[53] Para desollar la cabeza del enemigo abatido, el escita primero hace una incisión alrededor de ella, hacia las orejas, y, sosteniéndola en alto, arranca la piel. A continuación, limpia la piel, retirando toda la carne, después de lo cual la frota en sus manos para ablandarla. Una vez preparada, la utiliza como servilleta y la ata a la brida del caballo. Esto constituye un título de honor. El escita que posee tales servilletas es considerado valiente e intrépido, y cuanto mayor es el número de estos trofeos, mayor es la estima que se le tiene entre su pueblo. Muchos cosen los fragmentos de piel humana, como si fueran mantos de pastores, y se hacen ropa con ellos. Otros despellejan la mano derecha del enemigo hasta las uñas, para hacer una funda para sus carcajs. Hay otros que desuellan a hombres enteros y, tras partir la piel en trozos de madera, los colocan sobre sus caballos (Heródoto, Historia).

[54] Sólo podían participar en la agogé los sparciatas o aquellos cuya ascendencia se remontaba a los habitantes originarios de la ciudad. Sin embargo, había dos excepciones: los trophimoi o «hijos adoptivos», que eran estudiantes invitados a participar, y los hijos de ilotas, que podían participar como syntrophoi si un spartiata los había adoptado y apadrinado formalmente, lo que solía ocurrir cuando una sirvienta ilota daba a luz a un hijo de un espartano, o cuando un espartano no daba a luz a ningún hijo, en cuyo caso, si tenía éxito, el ilota se convertía entonces en spartiata.

[55] Los éforos compartían el poder con los reyes de Esparta. Cinco eran elegidos anualmente, «juraban en nombre de la ciudad», mientras que los reyes juraban por sí mismos. Eran elegidos por una asamblea popular a la que podían asistir todos los ciudadanos mayores de treinta años. No podían ser reelegidos. Incluso eran consultados por los reyes espartanos. Cada otoño, durante las Cripteias, eran los éforos quienes declaraban la guerra a la población de Ilota.

[56] Sátrapa, «protector del poder [sobre el territorio]», era el nombre que recibían los gobernadores de las provincias, llamadas satrapías, en los antiguos imperios aqueménida y sasánida de Persia.

[57] En la mitología griega, las moiras eran las personificaciones del destino. Sus equivalentes en la mitología romana eran las Parcas o Fatae, las Laimas en la mitología báltica y las Nornas en la nórdica. Vestidas con túnicas blancas1 y de semblante imperturbable, su número terminó fijándose en tres.

[58] Artemisa o Artemisia (en griego: Ἄρτεμις) es la diosa griega vinculada a la vida salvaje y la caza; más tarde se asoció también con la luna y la magia. Era hija de Zeus y Leto, y hermana gemela de Apolo. Su equivalente romana era Diana. Homero se refiere a ella como Artemisa Agrotera, Potnia Theron: «Artemisa de las tierras salvajes, Señora de los Animales». Los acadios creían que Artemisa era hija de Deméter, diosa de la agricultura. Artemisa es la diosa de la luna, la caza, los animales salvajes, las tierras salvajes, el parto y la virginidad, y la protectora de las niñas en la antigua religión griega. Se la describía como la mejor cazadora entre dioses y mortales. Arcos y flechas son sus compañeros constantes. El ciervo, el oso y el ciprés estaban consagrados a ella.

[59] Atenea (griego: Αθηνά, trad.: Athēná, véase la sección Nombre), también conocida como Palas Atenea es, en la mitología griega, la diosa de la civilización, la sabiduría, la estrategia de batalla, las artes, la justicia y la habilidad. Una de las principales deidades del panteón griego y uno de los doce dioses olímpicos, Atenea era venerada en toda la Antigua Grecia y en toda su zona de influencia, desde las colonias griegas de Asia Menor.

[60] El Pireo (griego antiguo: Πειραιεύς, Peiraieús). El principal puerto de Atenas era Falero, hasta que Temístocles trasladó el puerto al Pireo. Como Falero era demasiado pequeño, Temístocles quiso hacer del Pireo el mayor y mejor puerto de Grecia, dándose cuenta de que con un poco de trabajo el Pireo podía convertirse en un puerto. Su objetivo era que Atenas ganara la hegemonía en el mar. Temístocles, primero en secreto y luego más claramente, mostró sus planes, y las obras se realizaron rápidamente, antes de lo previsto. Las largas murallas de Atenas unían la ciudad con el Pireo, a lo largo de cuarenta estadios; la capacidad del puerto era de cuatrocientos barcos.Cuando Atenas fue derrotada en la Guerra del Peloponeso, las murallas fueron destruidas; se reconstruyeron más tarde, y finalmente fueron destruidas cuando Lucio Cornelio Sula tomó la ciudad.

[61] Los Campos Elíseos (en griego: Ἠλύσιον πέδιον, trad.: Ēlýsion pédion) son el paraíso en la mitología griega, un lugar en el

mundo de los muertos gobernado por Hades, frente al Tártaro (lugar de tormento y sufrimiento eternos). En los Campos Elýsicos, los hombres virtuosos descansaban dignamente tras la muerte, rodeados de paisajes verdes y floridos, bailando y divirtiýndose dýa y noche. Sólo las almas de los héroes, sacerdotes, poetas y dioses entran en este lugar. Quienes residían en los Campos Elíseos tenían la oportunidad de regresar al mundo de los vivos, algo que sólo unos pocos podían hacer.

[62] En la mitología griega, Caronte es el barquero del Hades, que transporta las almas de los recién muertos sobre las aguas del río Estigia y el Aqueronte, que dividían el mundo de los vivos del de los muertos. Según la tradición funeraria de la Antigua Grecia, a veces se colocaba una moneda para pagarle el viaje, normalmente un óbolo o una danaca, en el interior o sobre la boca de los cadáveres. Según algunos autores, aquellos que no podían pagar la cantidad, o cuyos cuerpos no habían sido enterrados, tenían que vagar por las orillas durante cien años.

[63] En la mitología griega, Posidón, también conocido como Posidão, Poseidón o Possêidon asumió la condición de dios supremo del mar, conocido por los romanos como Neptuno, posiblemente de origen etrusco como Nethuns. También se le conocía como el dios de los terremotos. Los símbolos más asociados a Poseidón eran el tridente y el delfín.

[64] Lisandro (? - 395 a.C.) fue un strategos (general) y navarch (almirante) espartano, comandante de la flota que derrotó a los atenienses en la desembocadura del Egospotamos durante la Guerra del Peloponeso en 405 a.C.. Al año siguiente tomó Atenas, obligando a los dirigentes atenienses a capitular, con lo que puso fin a la guerra. Ya era Navarco (comandante supremo de la armada) cuando tuvo lugar la batalla naval de Nocio (406 a.C.), en la que fue derrotada la flota ateniense comandada por Alcibíades. Estableció un sistema de gobierno autoritario en la región que quedó bajo su influencia. Se alió con Ciro el Joven, hermano de Artajerjes II, rey de los persas, para afianzarse en Asia Menor y poder enfrentarse con mayor libertad a la flota ateniense. Con el apoyo del Imperio Persa Aqueménida, derrotó a los atenienses en Egospotamos (405 a.C.), donde tomó la ciudad y acabó con la vida de tres mil enemigos.

[65] Alcibíades o Alcibíades Clinias Escambónidas (Antigua Atenas, 450 a.C. - Melisa, Frigia, 404 a. C.) fue un general y político ateniense. En el 411 a.C. fue elegido comandante de la escuadra ateniense en Samos y obtuvo dos importantes victorias sobre Esparta, que devolvieron a Atenas el control del mar Egeo. En 407 a.C., fue recibido de vuelta en su patria con el apoyo del Partido Democrático. Poco después, fue culpado de la derrota de su prelado Antíoco en Nocio y se retiró a Queronea. Durante este periodo, intentó evitar el desastre naval de Egospótamo, pero sus consejos no fueron escuchados. En el 406 a.C., se dirigió a Tracia y luego a Persia, donde contó inicialmente con el apoyo del sátrapa local, Fernabazes. Éste, sin embargo, instigado por los espartanos, envió asesinos tras Alcibíades, que fue finalmente asesinado en su casa.

[66] Calícrates era un almirante espartano en la época de la Guerra del Peloponeso. Llegó a ser comandante de la escuadra de Esparta, sucediendo a Lisandro cuando el tiempo de éste en el mando llegó a su fin.En personalidad, Calícrates era lo opuesto a Lisandro: Lisandro estaba lleno de artimañas y era perseverante, mientras que Calícrates era sincero y abierto, y no intentaba conseguir nada mediante engaños o traiciones.Calícrates reunió una flota en Éfeso que, junto con sus aliados, sumaba ciento cuarenta trirremes. Con esta fuerza, obtuvo varias victorias contra los atenienses.Conón se opuso a Calícrates en Lesbos, pero en la batalla de Mitilene (406 a.C.), los atenienses fueron derrotados, su flota destruida o capturada, y los soldados se refugiaron en Mitilene.Mientras tanto, los atenienses y sus aliados consiguieron otras 150 trirremes y se dirigieron a las islas Arginus, con la intención de romper el asedio de Mitilene.Las islas Arginus estaban habitadas por un pequeño grupo de etolios y se encontraban entre Mitilene y Escitia.Cuando Calicrátides se enteró de que se acercaban los atenienses, dejó a Eteonio a cargo del asedio y llevó ciento cuarenta trirremes a las islas Argínidas. Para preparar la batalla, un adivino le dijo a Calicrátides que moriría, a lo que él respondió: «Si muero en la batalla, no habré menoscabado la fama de Esparta». Durante la batalla, su trirreme embistió al trirreme de Pericles, hijo del famoso Pericles; en el combate que siguió, Calicrátides murió.

[67] Anahita es una antigua forma persa del nombre de una diosa iraní llamada Aredvi Sura Anahita (Arədvī Sūrā Anāhitā); el nombre en lengua avestana de una figura cósmica indoirania venerada como deidad de las «Aguas» (Aban) y asociada, por tanto, a la fertilidad, la curación y la sabiduría, así como al amor.

[68] En la mitología griega, los erinios eran la personificación de la venganza. Mientras Némesis (diosa de la venganza) castigaba a los dioses, los erinios castigaban a los mortales. En la mitología romana, se las llamaba furias - Furiæ o Diræ. Vivían en las profundidades del Tártaro, donde torturaban a las almas pecadoras juzgadas por Hades y Perséfone, sus padres.

[69] Eretria era una ciudad de la antigua Grecia, situada en la costa occidental de la isla de Eubea. La actual Eretria fue construida en el mismo lugar.

[70] Milcíades el Joven fue un general heleno nacido en Atenas. Dirigió la victoria sobre los persas en Maratón, que liberó a Grecia de un poderoso ataque de las fuerzas de Darío I hacia el 490 a.C. A principios del siglo V a.C., transformó Atenas en la mayor potencia de la Grecia antigua.

[71] Temístocles, hijo de Neocles, fue un político y general ateniense. Dirigió el Partido Democrático Ateniense.

[72] Salamina es una isla situada al sur del Pireo, el antiguo puerto de Atenas, con una superficie de unos 96 km² y más de 38.000 habitantes. Fue el escenario de la Batalla de Salamina, el enfrentamiento naval decisivo de la Segunda Guerra Medieval.

[73] General espartano, gobernante del reino tras la muerte de Leónidas I en la batalla de las Termópilas.

[74] Según las leyendas, Esmirna fue la madre de Adonis; se dice que su madre le dijo que era más bella que Afrodita, y la diosa la maldijo, haciendo que se enamorara de su propio padre; de esta unión nació Adonis. Su belleza hizo que la diosa Afrodita se enamorara de él, lo que provocó la ira de Ares, amante de Afrodita, que envió un jabalí para matarlo. Al descender al mundo de

los muertos, donde reinaba Hades con su esposa Perséfone, ésta se enamoró del joven y se convirtió en rival de Afrodita. Al principio, Afrodita se apiadó de Adonis y le permitió regresar del inframundo para permanecer con Afrodita durante seis meses y luego regresar, pero el acuerdo no se cumplió y Zeus interfirió, estipulando que Adonis estaría libre durante cuatro meses al año, pasaría otros cuatro con Afrodita y los cuatro restantes con Perséfone. Se le consideraba el símbolo de la vegetación que muere en invierno, desciende al inframundo y se une a Perséfone, y regresa a la Tierra en primavera, para reunirse con Afrodita.

[75] Hermes era, en la mitología griega, uno de los dioses olímpicos, hijo de Zeus y Maia, y poseedor de diversos atributos. Deidad muy antigua, ya era venerado en la historia pregriega, posiblemente como dios de la fertilidad, los rebaños, la magia, la adivinación, los caminos y los viajes, entre otros atributos. Con el paso de los siglos, su mito se amplió enormemente, convirtiéndose en el mensajero de los dioses y patrón de la gimnasia, los ladrones, los diplomáticos, los comerciantes, la astronomía, la elocuencia y algunas formas de iniciación, además de ser el guía de las almas de los muertos hacia el reino de Hades.

[76] Un joven de entre dieciocho y veinte años que, en muchas ciudades-estado de la antigua Grecia, recibía instrucción militar y formación en el gimnasio como preparación para la ciudadanía plena.

[77] Auriga, en el contexto de la Antigüedad clásica, se refiere al conductor de un carro de guerra cuyo trabajo consistía en guiar a la caballería que tiraba del carro.

[78] Los escitas eran un antiguo pueblo iranio de pastores nómadas ecuestres[11][12] que dominaron la estepa póntico-caspiana, conocida entonces como Escitia, durante toda la Antigüedad clásica. En la Antigüedad tardía, los sármatas, un pueblo con el que los escitas estaban estrechamente emparentados, acabaron dominando la región. La mayor parte de la información que se conserva sobre los escitas procede del historiador griego Heródoto, que los describió en su obra Historias (siglo V a.C.) y de hallazgos arqueológicos, como las bellas piezas de orfebrería encontradas en los kurganes (túmulos) de Ucrania y el sur de Rusia.

[79] Artemisia I (c.480 a.C.), sátrapa de Caria, luchó en Salamina del lado de los persas, como almirante de toda su flota.

[80] En la época clásica de la antigua Grecia, un hoplita era un soldado ciudadano de la infantería pesada. Su nombre proviene del gran escudo que llevaba a la batalla: el hoplita. El hoplita era el principal soldado griego de la Antigüedad. Su armadura consistía en casco, coraza, escudo y grebas. Llevaban una lanza larga o pica, normalmente de 2,5 m de longitud, y una espada corta para el combate cuerpo a cuerpo.

[81] El paso de Gülek, también conocido como las Puertas de Cilicia o la Puerta de Hierro, es un paso a través de los montes Tauro que conecta las llanuras bajas de Cilicia con la meseta de Anatolia a través de un estrecho desfiladero del río Gökoluk. Su elevación máxima es de aproximadamente mil metros.

[82] El Templo de Artemisa o Templo de Diana fue una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo, situado en Éfeso. Fue el templo más grande del mundo antiguo y, durante mucho tiempo, el logro más significativo de la civilización griega y el helenismo, construido para la diosa griega Artemisa, de la caza y los animales salvajes. Fue construido en el siglo VI a.C. en el puerto más rico de Asia Menor por el arquitecto cretense Chersiphron y su hijo, Metagenes.

[83] El trirreme (trieres en griego, trireme en latín) era una antigua embarcación griega propulsada por remos. El origen de este buque de guerra es incierto, aunque autores como Tucídides apuntan a su uso ya en el siglo VIII a.C.. Se llamaba así porque los remeros se situaban en tres niveles o cubiertas (tres órdenes), lo que permitía un mayor número de hombres en barcos más pequeños.

[84] Peltasta era, entre los griegos, un soldado de infantería utilizado generalmente en escaramuzas. Originalmente, los peltastas eran tropas ligeras de Tracia y su nombre derivaba del escudo ligero que utilizaban, llamado pelta (griego: πέλτη, trad.: pélte). No llevaban armadura, lo que les permitía moverse rápidamente por el campo de batalla. Cada hombre llevaba varias lanzas, normalmente de un metro de largo. Su trabajo en el campo de batalla consistía en avanzar sobre formaciones enemigas pesadas y lentas, lanzarles lanzas y retirarse antes de que el enemigo les alcanzara. Si los peltastas lograban atacar a las legiones por los flancos (lado derecho, desprotegido), podían causar bajas y romper la formación antes de que el batallón de hoplitas pudiera reunirse.

[85] En la antigua Grecia, la Lykaia (en griego: Λυκαία) era un festival arcaico con un ritual secreto en las laderas del monte Lykaion («Montaña de los lobos»), el pico más alto de la rústica Arcadia. Los rituales y mitos de este rito de iniciación primitivo se centraban en una antigua amenaza de canibalismo y en la posibilidad de que los efebos (varones adolescentes) que participaban en él se transformaran en hombres lobo.

[86] La fiesta se celebraba anualmente, probablemente a principios de mayo. El epíteto Lykaios («lobo-Zeus») es asumido por Zeus sólo en relación con la Lykaia, que era el principal festival arcadio. Zeus sólo tenía una relación formal como patrón del ritual. En el mito fundacional, del banquete de Licaón para los dioses que incluía la carne de un sacrificio humano, tal vez uno de sus hijos, Nictimus o su nieto, Arcas, Zeus volcó la mesa y golpeó la casa de Licaón con un rayo; su patrocinio de la Lykaia puede haber sido poco más que una fórmula. Mucho más tarde, a finales del siglo III d.C., el filósofo Porfirio informó de que Teofrasto había comparado el sacrificio «en la Lykaia de Arcadia» con los sacrificios cartagineses a Moloc.
El ritual era nocturno, a juzgar por el nombre de Nytimó (nyx, «noche») que se daba al hijo de Lycaeus que era asesinado y servido como parte del festín de Zeus. Los rumores sobre la ceremonia que circulaban entre otros griegos giraban en torno al tema del sacrificio humano y el canibalismo: según Platón, un clan determinado se reunía en la montaña para hacer un sacrificio cada nueve años a Zeus Lykaios, y un solo trozo de vísceras humanas se mezclaba con la del animal. Se decía que quien comía carne humana se convertía en lobo y sólo podía recuperar la forma humana si no volvía a comer carne humana al final del

siguiente ciclo de nueve años. El viajero Pausanias hablaba de un campeón olímpico de boxeo, Damarchus de Parrhasia, que «se había convertido en lobo en el sacrificio de Zeus Lykaios y había vuelto a transformarse en hombre al noveno año siguiente».

[87] Midas es un personaje de la mitología griega, rey de Frigia. Se basa en un rey del mismo nombre de Frigia (una región de la actual Anatolia, Turquía) en el siglo VIII a.C., y existen dos mitos muy conocidos sobre este rey. Tenía un hijo llamado Litierses, que le servía de protector (Litierses era conocido como el «segador de hombres», debido a su fama de decapitar a sus enemigos). El principal mito atribuido a Midas, el de convertir en oro todo lo que tocaba, ha adquirido un carácter simbólico y metafórico en la sociedad contemporánea, y analogías simbólicas como el «complejo de Midas» son fácilmente comprensibles en nuestra cultura

[88] Los medos eran una de las tribus de origen ario que emigraron de Asia Central a la meseta iraní durante la Antigüedad. A finales del siglo VII a.C. fundaron el Imperio Medo, centrado en la ciudad de Ecbátana. Su lengua pertenecía al tronco indoeuropeo. En cuanto a etnia, raza, lengua y religión, estaban emparentados con los persas.

[89] Es una forma más refinada del garrote, siendo un arma de mano fuerte y pesada. Consiste en un mango de madera, a veces reforzado con metal o placas metálicas, con una cabeza de piedra, cobre, bronce, hierro o acero. Esta cabeza suele ser bastante prominente y a veces contiene tachuelas y pinchos para ayudar a penetrar la armadura e infligir mayor daño. Si la cabeza está sujeta por correas de cuero o una cadena, el arma se denomina mayal y no maza. El tamaño de las mazas varía mucho.

[90] La Segunda Guerra de Mesenia fue la segunda de las tres guerras entre Esparta y Mesenia, y forma parte de las Guerras Mesenias. La guerra comenzó con la revuelta de los mesenios, que habían sido esclavizados en la primera guerra, y duró veintiún años.

[91] Un demon, daimon o daimón es un concepto de la mitología y la religión griegas cuyo significado puede ser diferente según el contexto en el que aparece. En los textos de Homero habitualmente tenía el significado de una divinidad indeterminada; cuando se aplicaba a la vida del hombre, equivalía a la fortuna, la suerte, un genio protector, el destino o la fatalidad.

[92] Estigia es el nombre del río de la invulnerabilidad, uno de los ríos del Tártaro.

[93] Los sátiros, en la mitología de los pueblos griegos, son deidades menores de la naturaleza con apariencia de hombres con cola y orejas de asno o cabra, pequeños cuernos en la frente, nariz chata, labios gruesos y largas barbas. Normalmente estaban consagrados al pino y al olivo y, aunque eran divinos, no eran inmortales. Vivían en los campos y bosques y mantenían frecuentes relaciones sexuales con las ninfas (especialmente las Ménades, que se unían a ellas en la procesión de Dioniso).

[94] Los montes Tauro son una cadena montañosa del sur de Turquía, desde donde fluyen los ríos Éufrates y Tigris hacia Siria e Irak.

[95] Los titanes (masculinos) y las titánides (femeninas) de la mitología griega son algunas de las entidades que se enfrentaron a Zeus y a los demás dioses olímpicos en su ascenso al poder. Otros adversarios fueron los gigantes Tifón y Orión.

[96] El escafismo, también conocido como tortura del bote, era un método de ejecución practicado en la antigua Persia. Se tendía a la persona desnuda en una barca y se la cubría con otra barca ajustable a ella, dejando fuera la cabeza, las manos y los pies. A continuación se le obligaba a ingerir leche y miel hasta el punto de desarrollar diarrea, mientras se vertía más miel sobre su cuerpo para atraer a los insectos a sus miembros expuestos. Después se dejaba al condenado flotando en agua estancada o expuesto al sol. Los gusanos que aparecían en sus excrementos, junto con las hormigas y moscas atraídas por la miel, devoraban entonces poco a poco su carne expuesta y progresivamente gangrenada. La ingestión de miel y leche se repetía a diario para prolongar la tortura y evitar la muerte por deshidratación o inanición. La muerte, cuando finalmente se producía, era probablemente el resultado de una combinación de deshidratación, inanición y shock séptico. La muerte por escafismo era dolorosa, humillante y larga.

[97] Un presagio es un fenómeno que se cree que sirve para adivinar el futuro, y que a menudo hace referencia al advenimiento de un cambio. También es llamado augurio.

[98] Deimos, en la mitología griega, es el dios del terror. En la Teogonía de Hesíodo, es uno de los tres hijos de Ares y Afrodita (Citerea), siendo hermano de Fobos, el miedo, y de Harmonía, que se casó con Cadmo. El terrible Deimos es la personificación del pánico y acompañó a su padre y a su hermano Fobos, haciendo que las tropas abandonaran la formación y huyeran en desbandada. Fobos simboliza el miedo y acompaña a Ares en el campo de batalla, inyectando cobardía y temor en los corazones de sus enemigos, provocando su huida. En la mitología griega clásica, Fobos es otra personificación del miedo provocado por la guerra y no aparece como personaje en ningún mito.

[99] En la antigua religión griega, Dioniso es el dios de los ciclos vitales, las fiestas, el vino, la locura, el teatro, los ritos religiosos, pero, sobre todo, de la embriaguez que funde al bebedor con la deidad. Equivalente al Baco romano. Fue el último dios aceptado en el Olimpo, hijo de Zeus y de la princesa Sêmele. También fue el único olímpico hijo de un mortal, lo que lo convierte en una deidad griega atípica.

[100] El dario era una moneda de oro que pesaba alrededor de 8,4 gramos, común en el Imperio Aqueménida desde su introducción por el rey Darío I, en cuyo honor recibió su nombre.

[101] En la mitología griega, Helena era hija de Zeus y de la reina Leda, hermana gemela de la reina Clitemnestra de Micenas, hermana de Cástor y Pólux y esposa del rey Menelao de Esparta. Tenía fama de ser la mujer más bella del mundo. Helena tenía varios pretendientes, entre ellos muchos de los más grandes héroes de Grecia, y su padre adoptivo, Tyndareus, dudaba en tomar una decisión a favor de uno de ellos por miedo a enfadar a los demás. Finalmente, uno de los pretendientes, Odiseo (cuyo nombre en latín era Ulises), rey de Ítaca, resolvió el impasse proponiendo que todos los pretendientes juraran proteger a Helena y al

marido que eligiera, fuera cual fuera. Helena se casó entonces con Menelao, que se convirtió en rey de Esparta. En un viaje a Esparta, Paris conoce a la princesa Helena, casada con Menelao, hermano de Agamenón, hijos de Atreo, rey de Micenas. Helena y Paris huyen a Troya, abandonando a Hermione, que entonces tenía nueve años; Menelao, Agamenón y otros reyes se unen en una guerra contra Troya que duró diez años.

[102] Asclepio, en la mitología griega y romana, es el dios de la medicina y la curación. Hygiea, en la mitología griega, era la hija de Asclepio. Era la diosa de la salud, la limpieza y la cordura (y más tarde: de la Luna), y desempeñaba un papel importante en el culto a su padre. En la mitología griega, Panacea (o Panacea en latín) era la diosa de la curación. El término «panacea» también se utiliza mucho para referirse a un remedio para todos los males.

[103] Un óbolo era una unidad de masa en la Antigua Grecia que correspondía a unos 0,5 gramos. Como estos pesos se utilizaban para medir la cantidad de metal precioso de una moneda, el óbolo también se convirtió en una moneda de menor valor, correspondiente a la sexta parte de una dracma, con un peso de 0,5 gramos de plata.

[104] En la mitología griega, Caronte (en griego: Χάρων, trad.: Chárōn) es el barquero del Hades, que transporta las almas de los recién muertos sobre las aguas del río Estigia y el Aqueronte, que dividían el mundo de los vivos del de los muertos. Según la tradición funeraria de la Antigua Grecia, a veces se colocaba una moneda para pagarle el viaje, normalmente un óbolo o una danaca, en el interior o sobre la boca de los cadáveres. Según algunos autores, los que no podían pagar la cantidad, o aquellos cuyos cadáveres no habían sido enterrados, debían vagar por las costas durante cien años. En el mito de la catábasis, algunos héroes -como Heracles, Orfeo, Eneas, Dioniso y Psique- consiguen viajar al inframundo y regresar con vida, traídos por la barca de Caronte.

[105] leptón (del adjetivo neutro griego lepton: «pequeño») era una moneda pequeña de cobre.

[106] Dracma era un antiguo peso monetario que se encontraba en muchas ciudades-estado griegas y estados sucesores, y en muchos reinos de Oriente Próximo del periodo helenístico.

[107] Manía (Μανία) o Manias (Μανίαι) es la personificación de la locura, la demencia, la locura y el frenesí sagrado en la mitología griega, generalmente enviada a aquellos que no observan los ritos, para perturbar su espíritu. Compañera de Coalemos, la estupidez, Lissa, la furia, y Anoia, la demencia.

Acerca del autor

A. G. CLARK



A. G. CLARK es el seudónimo de un comisario de policía brasileño que escribe novelas históricas, contemporáneas y de fantasía en su tiempo libre.

Libros de este autor

LA GUERRERA INDOMABLE

"¿Qué sucede cuando una joven guerrera se encuentra entre el amor y su convicción? Siglo IX d.C., la península ibérica dominada por los árabes se ve envuelta en fuertes tensiones sociales. Una embajada enviada por el último rey cristiano a Mérida tiene el objetivo de hacer que un jeque bereber se rebelde contra el emir de Córdoba. Juan, el inconsciente hijo de un duque, es enviado como castigo en compañía de un padre. Solo que no imaginaba que conocería a Jamila, la hermosa hija del jeque, una joven adelantada a su tiempo, guerrera indomable que no se conforma con la servidumbre que la sociedad impone a las mujeres y que juró entregarse solo al hombre que la derrotara en combate. Cuando Juan la conoce, un intenso amor florece, pero ¿será este sentimiento lo suficientemente fuerte para sobrevivir a las intrigas políticas y a las diferencias culturales y religiosas de dos pueblos tan distintos? Acción y aventura en un romance ambientado en la Andalucía medieval."

EL CABALLERO DE LA SOLEDAD

"Jamila está prometida en matrimonio a un noble musulmán y se ve separada de su gran amor, Juan, un cristiano. Siguiendo caminos opuestos al de él, ahora presa del matrimonio, se concentra en defender a su pueblo, al lado de su esposo, y planea una nueva rebelión. Juan regresa al Reino de Asturias y se convierte en un guerrero al servicio del Rey. Sin imaginar que una gran amenaza se cierne sobre toda Hispania, proveniente del helado Mar del Norte, lucha valientemente, pero su mayor batalla es consigo mismo, tratando de vencer su sentimiento por Jamila. Ninguno de los dos imaginaba que sus caminos volverían a cruzarse y el amor, que nunca se había apagado, gritaría por una nueva oportunidad. ¿Serán capaces de dejar de lado el honor, las creencias y las promesas para permitirse vivir el amor?"

LA VIKINGA

"Siglo IX d.C. Brunilde es una joven escudera, líder de un grupo de vikingos en busca de aventuras y que sueña con convertirse en jarl, la gobernadora de su propio reino. A su lado está Ibrahim, un sagaz musulmán por quien devota su amor. Encargados de las más emocionantes aventuras, se ven envueltos en la guerra entre árabes y cristianos por el dominio de Sicilia y Hispania, y entre nórdicos y anglosajones por Britania. En medio de intrigas políticas y batallas sangrientas, ella deberá probar su valor como guerrera y la fuerza del amor de ambos. Permítete viajar por Hispania, Italia, Egipto y Britania. Robar reliquias y empuñar una espada en esta aventura sazonada con acción y mucho romance."

EL ÚLTIMO VIKINGO

"En un emocionante viaje al siglo XI d.C., sumérgete en la épica travesía de Leif Lavardsson, un intrépido joven vikingo, y Harald Sigurdsson, un príncipe noruego exiliado, mientras se atreven a desafiar al destino. Juntos, parten hacia Constantinopla, la deslumbrante e imponente capital del Imperio Bizantino, en busca de gloria y fortuna como miembros de la legendaria Guardia Varegue, la tropa de élite del emperador.

En la corte bizantina, Leif conoce a Ariadne Gabras, una princesa, nieta bastarda del antiguo emperador, que lucha por sobrevivir en un mundo de intrigas y conspiraciones. Un amor improbable nace entre el vikingo y la princesa, y a medida que batallas sangrientas y tramas palaciegas amenazan con devorar a todos a su alrededor, la joven pareja enfrenta desafíos inimaginables.

Embarca en esta emocionante narrativa de amor prohibido, valentía y supervivencia, donde la lealtad es puesta a prueba, las alianzas se deshacen y el destino de Leif, Harald y Ariadne queda suspendido bajo el filo de la espada.

Prepárate para una lectura épica que cautivará tus sentidos y te mantendrá ansioso por cada giro. Únete a ellos en esta emocionante saga, donde el amor es la única esperanza en un mundo donde la vida es solo una pieza en el tablero del juego por el trono."